

# ÉTICA MARXISTA

*Antología*

Prólogo y redacción  
A. SHISHKIN



EDITORIAL

CARTAGO

## DE LOS RECOPIADORES

La tarea de educar a la juventud, inculcarle elevadas cualidades morales y consolidar su espíritu comunista, es para el pueblo soviético una de las labores ideológicas más importantes del período correspondiente a la edificación del comunismo en todos los frentes.

La lucha que se libra por construir el comunismo no sólo supone crear una base material y técnica, sino que comprende educar en el hombre una elevada conciencia comunista; este es un proceso único, en el que un aspecto no puede concebirse desvinculado del otro. La sociedad soviética y el partido comunista realizan una enorme labor para infundir a su pueblo el espíritu de la moral comunista. La formación del hombre nuevo, activo y firme combatiente por el comunismo, es un mérito incuestionable del partido comunista, es el resultado directo de la dirección política e ideológica que éste ejerce en la sociedad soviética.

La introducción del curso sobre *Bases de la ética marxista* en los establecimientos de enseñanza superior de la Unión Soviética refleja la incansable preocupación del partido y el Estado por educar a la juventud, a los futuros especialistas que servirán en las distintas ramas de la economía y la cultura. La incorporación de la presente asignatura persigue el objetivo de ampliar la capacitación ideológica y política de los estudiantes y, además, está regida por el hecho de que los futuros peritos de la industria y la cultura estarán llamados a cumplir también una importante tarea de organización y educación. Por tales razones es preciso que estén preparados en el terreno teórico al igual que en el práctico.

La presente antología fue compuesta de acuerdo con el proyecto de programa preparado para el curso cuyo título se cita más arriba, destinado a los establecimientos de enseñanza superior, y ha sido elaborada por la Comisión del Ministerio de enseñanza especializada, media y superior de la URSS. Debe destacarse que, en modo alguno,

Libro de edición argentina  
Hecho el depósito que fija la ley 11.723  
© by EDITORIAL CARTAGO S. R. L.  
Buenos Aires, 1966

tiene la pretensión de presentar en forma exhaustiva las tesis marxistas vinculadas con la moral.

En lo tocante a los puntos fundamentales del curso hemos seleccionado y transcrito interesantes conceptos desarrollados por Marx, Engels, Lenin y destacados marxistas y dirigentes del movimiento comunista y obrero internacional, así como de otras personalidades del Partido Comunista de la Unión Soviética. Asimismo, hemos incluido extractos de documentos del partido vinculados directamente con la educación de los trabajadores en el período de la amplia edificación del comunismo en la Unión Soviética. Para ilustrar algunos temas hemos utilizado también las formulaciones del gran escritor proletario M. Gorki y de A. Makarenko, destacado pedagogo y escritor soviético.

Aprovechamos la oportunidad para hacer llegar nuestro profundo reconocimiento a todos los camaradas que con sus consejos y observaciones nos ayudaron a preparar la presente antología.

V. EFIMOV e I. PETROV

## INTRODUCCION

### PROBLEMAS DE ÉTICA EN LA CONCEPCIÓN MARXISTA-LENINISTA DEL MUNDO <sup>1</sup>

Los creadores de la concepción marxista-leninista y sus discípulos, jamás consideraron académicos los problemas de ética ni otros aspectos de las ciencias sociales. Siempre relacionaron su solución con el desarrollo de la autoconciencia de clase del proletariado, la elevación del grado de conciencia de todos los trabajadores y la cohesión de los mismos bajo la dirección del proletariado y de su vanguardia, el partido marxista, para luchar por una sociedad nueva. Por otra parte, tampoco separan el desarrollo de la autoconciencia de clase (incluida la autoconciencia moral) de la lucha material por la nueva sociedad, de la revolución comunista y la construcción de la nueva sociedad. "[...] que tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante la cosa misma, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases".<sup>2</sup>

Los problemas vinculados con el desarrollo de la conciencia de los obreros y de todos los trabajadores llegaron a su punto culminante en el período directo de preparación de la revolución socialista, y, en particular, después de la victoria de ésta, etapa en la que el par-

<sup>1</sup> Este artículo está basado en el capítulo VI del libro de A. Shishkin, *De la historia de las doctrinas éticas*, Gospolitizdat, Moscú, 1959. (Ed.)

<sup>2</sup> Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959, pág. 78. (Ed.).

sociedad. Es natural, por ello, que Lenin, jefe de la revolución socialista, al estudiar los problemas cardinales de la edificación de la nueva sociedad y la reducción de sus miembros, dedicara también gran atención a elaborar los problemas morales de la teoría marxista, a la ética marxista. En su formulación del marxismo Lenin desarrolló toda una doctrina sobre la moral comunista, su contenido, las vías para su formación y su papel en la lucha por el comunismo.

El PCUS, que se basa en esta doctrina y la adapta a las nuevas condiciones, realiza un trabajo cotidiano vinculado con la educación de quienes construyen la sociedad comunista, y esta tarea adquiere enorme significación en el período actual de amplia edificación del comunismo. "En la actualidad la formación del hombre nuevo, cuyo carácter, costumbres y moral tendrán rasgos comunista y la liquidación de las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres, son algunas de las tareas prácticas de mayor importancia [...]"<sup>3</sup>

La interpretación materialista de la historia, descubierta por Marx y Engels y estudiada por Lenin y sus discípulos en todos sus aspectos a la luz de la nueva época histórica, constituye la base teórica de la ética marxista.

El marxismo ha rebatido las doctrinas morales religiosas e idealistas según las cuales los principios morales devienen de fuentes colocadas al margen de la historia (dios, la idea absoluta, la autoconciencia abstracta, etc.).

Ya en las primeras obras de Marx, que datan de la época en que se comenzaba a forjar la nueva concepción del mundo, ese científico sometió la vieja filosofía a una verificación crítica realizada a la luz de los nuevos acontecimientos de la vida social y las conquistas de la ciencia, crítica que contiene un profundo análisis de la moral religiosa. En su tesis de doctorado Marx exaltó el ateísmo de Epicuro y señaló que el mérito de la ética formulada por ese filósofo niega que el bien exista desvinculado del hombre y, en lugar de ubicarlo en el mundo extraterrenal, lo sitúa en la tierra. Por otra

parte, ya entonces Marx destacaba, asimismo, como un gran defecto de Epicuro, su interpretación del hombre, en la que éste realizaba su libertad moral alejándose de la realidad social.<sup>4</sup>

Más adelante, cuando las tesis fundamentales de la nueva concepción del mundo estaban ya plasmadas, cuando quedó claro el papel histórico que le cabía desempeñar al proletariado en su carácter de creador de la nueva sociedad, la crítica de las doctrinas religiosas sobre la moral fue vinculada directamente con la lucha que libra el proletariado por la nueva sociedad. Marx y Engels señalaban que a lo largo de toda la historia de la sociedad de clases, la moral religiosa ha reflejado el predominio de las relaciones basadas en la propiedad privada en una u otra forma (la sociedad esclavista, feudal, capitalista). La historia del cristianismo revela de manera particularmente clara lo que antecede. En este sentido, al definir los principios sociales (incluidos los morales) del cristianismo, Marx dice que éstos sistemáticamente "justificaron la esclavitud en la Antigüedad, glorificaron la servidumbre de la Edad Media, y también saben, cuando es necesario, defender la opresión del proletariado, aunque pongan cara de lástima al hacerlo".<sup>5</sup>

Destacaban que la moral que predica la religión no se basa en la conciencia de la dignidad humana, sino en la de su debilidad, y está llamada a aniquilar en el hombre todo rasgo humano, a humillarlo con la conciencia de sus pecados, a educar a las masas en un espíritu de fidelidad servil hacia sus amos. Por otra parte, semejante moral persigue el objetivo de encubrir los vicios y crímenes de la clase dominante y los intereses de la propiedad privada. No está en condiciones de luchar contra tales vicios. "La moral es la 'impotencia puesta en acción'" —escribía Marx empleando una expresión de Fourier y refiriéndose a la moral religiosa—. Tan pronto como se pone a combatir un vicio, fracasa."<sup>6</sup> El proletariado es el único que podrá exterminar los vicios y defectos de la sociedad burguesa engendrados por el imperio de la propiedad privada. Los obreros adquieren la conciencia de que son seres humanos en la lucha práctica contra el capital. Contraponen al mundo egoísta y lleno de humillaciones, a la

<sup>4</sup> A. Cornu, *Carlos Marx y Federico Engels*, editoriales Platina y Stilco-graf, Buenos Aires, 1965, págs. 145 y 151. (Ed.)

<sup>5</sup> Marx, "El comunismo del periódico «Rheinischer Beobachter»", Marx y Engels, *Sobre la religión*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1959, pág. 73. (Ed.)

<sup>6</sup> *La Sagrada Familia y otros escritos*, ed. Grijalbo, México, 1958, pág. 266. (Ed.)

<sup>3</sup> *Las tareas de la propaganda del partido en las actuales condiciones*. Disposiciones del CC del PCUS, *Pravda*, 10 de enero de 1960.

moral teológica de ese mundo, una nueva moral y sus correspondientes principios, que atestiguan la nobleza humana que rige el movimiento de emancipación de la clase obrera.

Marx y Engels criticaron también los sistemas de moral que había creado la filosofía idealista alemana, cuyos representantes fueron Kant y Hegel, ya que, al igual que otras doctrinas filosóficas, bregaba por encontrar una fuente de moral al margen de la historia y de las clases.

Por consiguiente, la ética que predicaba Kant, al desechar el interés personal como base de la moral —tal como lo sostenían los materialistas franceses en sus teorías éticas— anulaba, a la vez, toda base empírica. Según este filósofo, el fundamento y origen de los conceptos morales es la razón del ser humano en la que están contenidos *a priori*, es decir, independientemente de intereses de cualquier tipo.<sup>7</sup> Para él, la razón que está regida por la voluntad recibe el nombre de "buena voluntad" y puede actuar de acuerdo con la "ley moral universal" que está siempre latente dentro de los hombres. Kant formula de la siguiente manera dicha ley: "obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne ley universal".<sup>8</sup> Denominó esta ley *imperativo categórico*, el que, a diferencia de los imperativos de otro tipo, no comprende objetivo práctico alguno que no esté vinculado con los intereses humanos. Para resumir, no incluye el contenido de la acción ni sus consecuencias, sino tan sólo las "formas y el principio" de los cuales procede la acción; según ese filósofo, el principio de dicha ley es "el fin en sí mismo absoluto". Y dado que el hombre es el ser que por naturaleza representa la finalidad absoluta, el imperativo categórico, como principio práctico superior, tiene para Kant también otra significación diferente: "obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo, y nunca solamente como un medio".<sup>9</sup>

En la ética que predicaba el filósofo citado se ignoraban las relaciones sociales reales y la lucha de clases, señalándose que el auto-perfeccionamiento moral de los hombres era el único medio para renovar la sociedad. En aras de la moral se exigía que se creyera en

<sup>7</sup> M. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, traducción de M. García Morente, ed. Calpe, Madrid, 1921, pág. 51. (Ed.)

<sup>8</sup> Idem, pág. 67. (Ed.)

<sup>9</sup> Idem, pág. 79. (Ed.)

dios, que hacía devenir la religión de la moral, y se exhortaba a ejercitar la buena voluntad dentro de los marcos de la atrasada realidad alemana de ese tiempo. Como escribían Marx y Engels, "Kant se daba por contento con la simple 'buena voluntad' aunque no se tradujera en resultado alguno, y situaba en el *más allá la realización* de esta buena voluntad, la armonía entre ella y las necesidades y los impulsos de los individuos. Esta buena voluntad de Kant corresponde por entero a la impotencia, a la pequeñez y a la miseria de los burgueses alemanes, cuyos mezquinos intereses no han sido nunca capaces de desarrollarse hasta convertirse en los intereses comunes, nacionales, de una clase [...]"<sup>10</sup>

Marx y Engels señalaron asimismo los vicios cardinales de que adolecía la doctrina que Hegel formuló sobre la moral. Según este filósofo la moral era una idea independiente del mundo objetivo y de las relaciones sociales reales. Más aun, consideraba las relaciones sociales reales (la familia, la sociedad civil, el Estado) como la encarnación de la idea de la moral, mistificación que aquéllos revelaron. No obstante, tras la forma mistificada de los juicios de Hegel al respecto, Marx y Engels localizaron un contenido racional: el enfoque dialéctico del problema de la moral y el contenido realista. Hegel trataba de analizar todas las categorías de la moral, en particular el bien y el mal, en su contradicción interior y en la transición mutua de uno a otro. Estimaba que en condiciones concretas, en el curso del desarrollo de la sociedad, el mal podía transformarse en bien. Este último, en mal; comprendía también el papel histórico que desempeña el "mal moral", hecho que fue subrayado por Engels. No obstante, dentro de los marcos de su idealismo la doctrina moral de Hegel tendría por fin justificar y exaltar el deplorable Estado prusiano en el que veía la representación perfecta de la "idea moral". Marx y Engels rechazaron categóricamente semejante idea reaccionaria.

Lenin demostró que las teorías de la moral que desarrollan los filósofos idealistas modernos persiguen el mismo objetivo de justificar el yugo social y apartar a las masas de la lucha contra éste. Los idealistas que seguían a Mach formulaban la tesis de que la moral es el resultado de "un firme estado de equilibrio espiritual del alma tendencia que es natural en el hombre y que, por sí sola, es suficiente para dominar cualquier mal social. Al comentar estos juicios formulados por el machista Petzhold, Lenin demostró la pobreza de:

<sup>10</sup> Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., pág. 212. (Ed.)

trema que encierran y los definió, con toda justicia, como "ilimitada estrechez mental del pequeño burgués". Los idealistas de la tendencia de Kant, de cuyas teorías se sirven gustosamente los liberales burgueses y los revisionistas, exponen una confusa formulación sobre un "ideal ético", al que, sin embargo, incluyen en el "campo de los paraísos irrealizables sobre la tierra, en el campo de la vida futura y de las 'cosas en sí'".<sup>11</sup> El idealismo filosófico fue siempre, y seguirá siendo, el camino hacia el clericalismo; siempre apoyó, y continuará apoyando, la moral religiosa que impera en la sociedad de clases. Crea una religión depurada que coloca en el lugar de los sacerdotes de profesión a los sacerdotes de convicción moral.

Los creadores del marxismo-leninismo tenían en gran estima el pensamiento materialista del pasado, que reflejaba la lucha que libran las fuerzas sociales progresistas de la sociedad para alcanzar un orden mejor, liberar a las masas oprimidas e instruir las. Veían en los viejos materialistas los embriones del enfoque científico respecto de la moral, de la aspiración de vincular la renovación moral de los hombres, su liberación de los vicios, con la restructuración de las relaciones sociales. En el resumen que Lenin hiciera del trabajo de Marx y Engels titulado *La Sagrada Familia*, señaló un importantísimo pensamiento de sus autores relacionado con la ética que desarrollaban los materialistas franceses del siglo XVIII: "Nada hay más fácil que deducir el socialismo de las premisas del materialismo (reorganización del mundo sensible; vincular el interés privado y el general; destruir las *Geburtsstätten* [fuentes.—Ed.] antisociales del crimen, etc.)."<sup>12</sup>

Lenin consideraba que el valor de las teorías éticas expuestas por Feuerbach (a pesar de que éstas, al igual que las teorías de otros materialistas anteriores a Marx, se fundaban en una interpretación idealista de la historia) residía en que contraponían a las doctrinas religiosas el concepto de que el hombre era un ser sensual y terrenal. Cuando cita las palabras usadas por Feuerbach en *Lecciones sobre la esencia de la religión*, en el sentido de que la sabiduría, la bondad y la belleza no son dioses, ni ideas platónicas o conceptos hegelianos autoestaruídos, sino que existen sólo como conceptos que expresan determinadas cualidades de los hombres, destaca al margen de esta formulación lo siguiente: "(Materialismo) contra teología e idealis-

<sup>11</sup> Lenin, *Obras completas*, t. VII, ed. Cartago, Buenos Aires, pág. 101. (Todos los trabajos de Lenin que se citan corresponden a las *Obras completas*, de editorial Cartago. Ed.)

<sup>12</sup> Idem, t. XXXIX, pág. 39. (Ed.)

de la mayoría oprimida que aspira a lograr su liberación, es el "embrión del materialismo histórico", y contrapone a las tesis de Feuerbach citadas, los conceptos del gran materialista ruso Chernishevski, cuya ética valoraba en alto grado, no sólo porque contiene elementos materialistas en la forma de encarar la moral, sino porque está relacionada con la preparación de la revolución, con la educación de los revolucionarios, con la reprobación de la naturaleza cobarde, vil y traidora del liberalismo.

No obstante, el marxismo no podía aceptar la tesis inicial de los antiguos materialistas sobre la "naturaleza eterna" del hombre como fuente de moral, ya que dicha tesis estaba vinculada con la interpretación idealista de la historia que no pudieron superar los materialistas del período premarxista. Por ello, en tanto estimaban en su justo valor, por ejemplo a Feuerbach, por su crítica a la religión y al idealismo de Hegel, los fundadores del marxismo lo criticaban por la falta de consecuencia que manifestaba al aplicar la línea del materialismo y porque, al interpretar la vida social, dicho filósofo no fue más allá de la interpretación idealista de la historia. Feuerbach redujo todas las relaciones que se desarrollaban entre los hombres a relaciones morales; toda la moral, a la necesidad de alcanzar una autolimitación racional (con respecto a sí mismo) y a predicar el amor omnímodo (en las relaciones entre los hombres). Partía de la idea falsa de que el hombre es un ente abstracto, genérico, y que su naturaleza es perenne. En tanto que Marx afirmaba que "La esencia humana no es algo abstracto, inherente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de las relaciones sociales."<sup>14</sup> De estas relaciones sociales (en primer lugar de las económicas) es de donde devienen todas las formas de la conciencia social de los hombres, incluida su moral.

El marxismo hizo madurar el embrión del enfoque materialista, latente en los viejos materialistas respecto de la moral, y creó toda una teoría científica. En cada época histórica (la comunidad primitiva, la sociedad esclavista, el feudalismo y el capitalismo) imperó una moral particular. Engels demostró que en la sociedad capitalista

<sup>13</sup> Idem, t. XXXVIII, pág. 65. (Ed.)

<sup>14</sup> Marx, "Tesis sobre Feuerbach", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, pág. 714. (Ed.)

moral teológica de ese mundo, una nueva moral y sus correspondientes principios, que atestiguan la nobleza humana que rige el movimiento de emancipación de la clase obrera.

Marx y Engels criticaron también los sistemas de moral que había creado la filosofía idealista alemana, cuyos representantes fueron Kant y Hegel, ya que, al igual que otras doctrinas filosóficas, bregaba por encontrar una fuente de moral al margen de la historia y de las clases.

Por consiguiente, la ética que predicaba Kant, al desechar el interés personal como base de la moral —tal como lo sostenían los materialistas franceses en sus teorías éticas— anulaba, a la vez, toda base empírica. Según este filósofo, el fundamento y origen de los conceptos morales es la razón del ser humano en la que están contenidos *a priori*, es decir, independientemente de intereses de cualquier tipo.<sup>7</sup> Para él, la razón que está regida por la voluntad recibe el nombre de "buena voluntad" y puede actuar de acuerdo con la "ley moral universal" que está siempre latente dentro de los hombres. Kant formula de la siguiente manera dicha ley: "obra sólo según una máxima tal que puedas querer al mismo tiempo que se torne ley universal".<sup>8</sup> Denominó esta ley *imperativo categórico*, el que, a diferencia de los imperativos de otro tipo, no comprende objetivo práctico alguno que no esté vinculado con los intereses humanos. Para resumir, no incluye el contenido de la acción ni sus consecuencias, sino tan sólo las "formas y el principio" de los cuales procede la acción; según ese filósofo, el principio de dicha ley es "el fin en sí mismo absoluto". Y dado que el hombre es el ser que por naturaleza representa la finalidad absoluta, el imperativo categórico, como principio práctico superior, tiene para Kant también otra significación diferente: "obra de tal modo que uses la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo, y nunca solamente como un medio".<sup>9</sup>

En la ética que predicaba el filósofo citado se ignoraban las relaciones sociales reales y la lucha de clases, señalándose que el auto-perfeccionamiento moral de los hombres era el único medio para renovar la sociedad. En aras de la moral se exigía que se creyera en

<sup>7</sup> M. Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, traducción de M. García Morente, ed. Calpe, Madrid, 1921, pág. 51. (Ed.)

<sup>8</sup> Idem, pág. 67. (Ed.)

<sup>9</sup> Idem, pág. 79. (Ed.)

dios, que hacía devenir la religión de la moral, y se exhortaba a ejercitar la buena voluntad dentro de los marcos de la atrasada realidad alemana de ese tiempo. Como escribían Marx y Engels, "Kant se daba por contento con la simple 'buena voluntad' aunque no se tradujera en resultado alguno, y situaba en el *más allá la realización* de esta buena voluntad, la armonía entre ella y las necesidades y los impulsos de los individuos. Esta buena voluntad de Kant corresponde por entero a la impotencia, a la pequeñez y a la miseria de los burgueses alemanes, cuyos mezquinos intereses no han sido nunca capaces de desarrollarse hasta convertirse en los intereses comunes, nacionales, de una clase [...]"<sup>10</sup>

Marx y Engels señalaron asimismo los vicios cardinales de que adolecía la doctrina que Hegel formuló sobre la moral. Según este filósofo la moral era una idea independiente del mundo objetivo y de las relaciones sociales reales. Más aun, consideraba las relaciones sociales reales (la familia, la sociedad civil, el Estado) como la encarnación de la idea de la moral, mistificación que aquéllos revelaron. No obstante, tras la forma mistificada de los juicios de Hegel al respecto, Marx y Engels localizaron un contenido racional: el enfoque dialéctico del problema de la moral y el contenido realista. Hegel trataba de analizar todas las categorías de la moral, en particular el bien y el mal, en su contradicción interior y en la transición mutua de uno a otro. Estimaba que en condiciones concretas, en el curso del desarrollo de la sociedad, el mal podía transformarse en bien. Este último, en mal; comprendía también el papel histórico que desempeña el "mal moral", hecho que fue subrayado por Engels. No obstante, dentro de los marcos de su idealismo la doctrina moral de Hegel tendría por fin justificar y exaltar el deplorable Estado prusiano en el que veía la representación perfecta de la "idea moral". Marx y Engels rechazaron categóricamente semejante idea reaccionaria.

Lenin demostró que las teorías de la moral que desarrollan los filósofos idealistas modernos persiguen el mismo objetivo de justificar el yugo social y apartar a las masas de la lucha contra éste. Los idealistas que seguían a Mach formulaban la tesis de que la moral es el resultado de "un firme estado de equilibrio espiritual del alma, tendencia que es natural en el hombre y que, por sí sola, es suficiente para dominar cualquier mal social. Al comentar estos juicios formulados por el machista Petzhold, Lenin demostró la pobreza en

<sup>10</sup> Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., pág. 212. (Ed.)

tema que encierran y los definió, con toda justicia, como "ilimitada estrechez mental del pequeño burgués". Los idealistas de la tendencia de Kant, de cuyas teorías se sirven gustosamente los liberales burgueses y los revisionistas, exponen una confusa formulación sobre un "ideal ético", al que, sin embargo, incluyen en el "campo de los paraísos irrealizables sobre la tierra, en el campo de la vida futura y de las 'cosas en sí'".<sup>11</sup> El idealismo filosófico fue siempre, le seguirá siendo, el camino hacia el clericalismo; siempre apoyó, y continuará apoyando, la moral religiosa que impera en la sociedad de clases. Crea una religión depurada que coloca en el lugar de los sacerdotes de profesión a los sacerdotes de convicción moral.

Los creadores del marxismo-leninismo tenían en gran estima el pensamiento materialista del pasado, que reflejaba la lucha que libran las fuerzas sociales progresistas de la sociedad para alcanzar un orden mejor, liberar a las masas oprimidas e instruir las. Veían en los viejos materialistas los embriones del enfoque científico respecto de la moral, de la aspiración de vincular la renovación moral de los hombres, su liberación de los vicios, con la restructuración de las relaciones sociales. En el resumen que Lenin hiciera del trabajo de Marx y Engels titulado *La Sagrada Familia*, señaló un importantísimo pensamiento de sus autores relacionado con la ética que desarrollaban los materialistas franceses del siglo XVIII: "Nada hay más fácil que deducir el socialismo de las premisas del materialismo (reorganización del mundo sensible; vincular el interés privado y el general; destruir las *Geburtsstätten* [fuentes.—Ed.] antisociales del crimen, etc.)."<sup>12</sup>

Lenin consideraba que el valor de las teorías éticas expuestas por Feuerbach (a pesar de que éstas, al igual que las teorías de otros materialistas anteriores a Marx, se fundaban en una interpretación idealista de la historia) residía en que contraponían a las doctrinas religiosas el concepto de que el hombre era un ser sensual y terrenal. Cuando cita las palabras usadas por Feuerbach en *Lecciones sobre la esencia de la religión*, en el sentido de que la sabiduría, la bondad y la belleza no son dioses, ni ideas platónicas o conceptos hegelianos autoestaruídos, sino que existen sólo como conceptos que expresan determinadas cualidades de los hombres, destaca al margen de esta formulación lo siguiente: "(Materialismo) contra teología e idealis-

mo (en teoría)".<sup>13</sup> Considera que el egoísmo racional de este filósofo, que también es egoísmo en el aspecto social, es decir, egoísmo de la mayoría oprimida que aspira a lograr su liberación, es el "embrión del materialismo histórico", y contraponen a las tesis de Feuerbach citadas, los conceptos del gran materialista ruso Chernishevski, cuya ética valoraba en alto grado, no sólo porque contiene elementos materialistas en la forma de encarar la moral, sino porque está relacionada con la preparación de la revolución, con la educación de los revolucionarios, con la reprobación de la naturaleza cobarde, vil y traidora del liberalismo.

No obstante, el marxismo no podía aceptar la tesis inicial de los antiguos materialistas sobre la "naturaleza eterna" del hombre como fuente de moral, ya que dicha tesis estaba vinculada con la interpretación idealista de la historia que no pudieron superar los materialistas del período premarxista. Por ello, en tanto estimaban en su justo valor, por ejemplo a Feuerbach, por su crítica a la religión y al idealismo de Hegel, los fundadores del marxismo lo criticaban por la falta de consecuencia que manifestaba al aplicar la línea del materialismo y porque, al interpretar la vida social, dicho filósofo no fue más allá de la interpretación idealista de la historia. Feuerbach redujo todas las relaciones que se desarrollaban entre los hombres a relaciones morales; toda la moral, a la necesidad de alcanzar una autolimitación racional (con respecto a sí mismo) y a predicar el amor omnímodo (en las relaciones entre los hombres). Partía de la idea falsa de que el hombre es un ente abstracto, genérico, y que su naturaleza es perenne. En tanto que Marx afirmaba que "La esencia humana no es algo abstracto, inherente a cada individuo. Es, en realidad, el conjunto de las relaciones sociales".<sup>14</sup> De estas relaciones sociales (en primer lugar de las económicas) es de donde devienen todas las formas de la conciencia social de los hombres, incluida su moral.

El marxismo hizo madurar el embrión del enfoque materialista, latente en los viejos materialistas respecto de la moral, y creó toda una teoría científica. En cada época histórica (la comunidad primitiva, la sociedad esclavista, el feudalismo y el capitalismo) imperó una moral particular. Engels demostró que en la sociedad capitalista

<sup>11</sup> Idem, t. XXXVIII, pág. 65. (Ed.)

<sup>14</sup> Marx, "Tesis sobre Feuerbach", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, pág. 714. (Ed.)

<sup>11</sup> Lenin, *Obras completas*, t. VII, ed. Cartago, Buenos Aires, pág. 101. (Todos los trabajos de Lenin que se citan corresponden a las *Obras completas*, de editorial Cartago. Ed.)

<sup>12</sup> Idem, t. XXXIX, pág. 39. (Ed.)



moderna se predicán tres tipos de moral: *la feudal*, herencia del pasado; *la burguesa*, que predomina en la sociedad correspondiente, y *la moral proletaria*, la del futuro. Pero si "las tres clases que forman la sociedad moderna, la aristocracia feudal, la burguesía y el proletariado, poseen cada una su propia moral, necesariamente tendremos que concluir que los hombres, sea conciente o inconcientemente, derivan sus ideas morales, en última instancia, de las condiciones prácticas en que se basa su situación de clase: de las relaciones económicas en que se opera la producción y el cambio".<sup>15</sup>

Al modificar esas relaciones cambian también las concepciones morales de los hombres: sus hábitos, principios de moral, normas de conducta y sus ideas sobre el bien y el mal.<sup>16</sup>

En la sociedad burguesa domina una moral determinada, tal como en la feudal regía la impuesta por el señor feudal y en la esclavista la del amo respectivo. El principio cardinal en que se basaron el derecho y la moral de todas las clases explotadoras fue siempre el de defender las formas de propiedad imperantes en la sociedad, y, en consecuencia, justificar la explotación del hombre por el hombre. Por ello, la clase de los explotadores trata de demostrar que la explotación de los oprimidos es necesaria para los intereses de estos últimos, que la esclavitud de los pueblos es imprescindible para ellos mismos. De aquí se desprende cuán hipócrita es la moral de las clases explotadoras que, en los hechos, se atienen a una moral doble: una para el pueblo, que en la práctica sirve a los intereses de la clase dominante, para someter a las masas oprimidas y otra para los fines prácticos de los explotadores. La primera reza: "La propiedad es sagrada"; la segunda, "si no robas te robarán". Aquella predica: "Ama a tu prójimo" (aunque sea un explotador); ésta, "el hombre es un lobo para sus semejantes".

En toda sociedad dividida en clases antagónicas, las masas oprimidas existen junto a las capas opresoras y luchan por su emancipación. La lucha de clases comprende la lucha ideológica, "que no es sino una superestructura sobre la lucha de las clases sociales".<sup>17</sup> Con el desarrollo y la agudización de las contradicciones sociales las clases oprimidas se liberan de la influencia moral de la clase dominante y

dictan sus propios principios morales y normas de conducta. En el conflicto social que se está incubando se enfrentan asimismo los principios morales que sostienen las clases hostiles entre sí. Los nuevos principios que presenta la clase oprimida se convierten en una poderosa arma ideológica en la lucha contra los antiguos regímenes, contra la moral de la clase dominante que brega por consolidar el orden ya envejecido. La liquidación del anticuado sistema económico transformará con bastante rapidez toda la superestructura social, comprendida la moral, que forma parte de aquélla.

Esto no significa que los conceptos y reglas morales pueden ser deducidos, siempre y directamente, de las relaciones económicas, de las condiciones económicas de existencia de las clases. La vinculación entre aquéllas y éstas por lo común no es directa; suele ser muy compleja, sobre todo en la sociedad contemporánea.

La política, la religión, la filosofía, el arte, etc., ejercen gran influencia sobre la moral (y del mismo modo, estas formas de la conciencia sufren los efectos de ella). Las diversas formas ideológicas afectan considerablemente la moral en cada etapa histórica. Fue así como en el medievo la conciencia de los hombres estaba regida inexorablemente por la religión, que también imperaba sobre la moral de la época. En la sociedad capitalista la ideología política y el derecho, destacados a primer plano por las condiciones históricas, influyen fuertemente sobre la moral.<sup>18</sup> Pero en todas las épocas de la sociedad clasista la moral, al igual que otras formas ideológicas, estuvo regida por la política de la clase dominante. Y nada tiene ello de sorprendente, pues, como lo señala el marxismo, "la política es la expresión concentrada de la economía",<sup>19</sup> se convierte en el arma más directa para la defensa de los intereses económicos de clase o la lucha por satisfacerlos.

Así como otras formas de la conciencia social, la moral se desenvuelve con cierta independencia. Ello significa que las nuevas clases no crean la moral de la nada, sino que la toman de los conceptos vigentes en épocas anteriores y los modifican, desechando lo que no necesitan y conservando todo aquello que corresponde a las nuevas relaciones económicas y a la situación que la clase en cuestión ocupa en la sociedad. Si las nuevas relaciones económicas conservan rasgos

<sup>18</sup> Engels, "Socialismo jurídico", Marx y Engels, *Obras completas*, t. XVI, ed. rusa, parte I, págs. 295-298.

<sup>19</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXII, pág. 75. (Ed.)

<sup>15</sup> Engels, *Anti-Dühring*, ed. Hemisferio, Buenos Aires, 1956, pág. 88. (Ed.)

<sup>16</sup> Idem. (Ed.)

<sup>17</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. I, pág. 406. (Ed.)

comunes sustanciales con las antiguas, pueden mantenerse determinadas normas morales adaptadas a las nuevas condiciones. Engels escribe que el mandamiento "no robarás" tuvo vigor para todas las sociedades en las que existió la propiedad privada sobre los bienes inmuebles. Señaló, asimismo, que este precepto no tendrá validez eternamente, que estará fuera de lugar en la sociedad comunista, en donde desaparecerán las razones que impulsan a robar. El contenido histórico concreto de esta sentencia difiere también de manera considerable en diversas épocas económicas.<sup>20</sup>

El desarrollo de la moral tiene gran relación con los hábitos y tradiciones gracias a los cuales en la sociedad (en determinadas clases) a menudo se conservan antiguos conceptos y normas morales, incluso cuando ya han desaparecido o cambiado de manera radical las condiciones que los originaron. Cuanto más lento es el avance de la vida social, cuanto mayor es el estancamiento de las relaciones económicas correspondientes, más se consolidan determinadas normas morales en la vida de la sociedad y siguen conservándose por tradición cuando las relaciones económicas ya se han modificado de manera sustancial.

De lo que antecede se desprende que no se pueden deducir los conceptos morales de los hombres directamente de las condiciones económicas en que se desenvuelven, olvidando la influencia que ejercen sobre ellos los factores ideológicos, políticos y de otro tipo. El desarrollo económico no condiciona la moral de manera directa e inmediata sino sólo en última instancia; determina la orientación en la que se modificarán o trasformarán los conceptos morales, sus normas de conducta, apreciaciones, etc.

El marxismo ha demostrado que "en rasgos generales, se ha efectuado un progreso en la moral, así como en las demás ramas del conocimiento humano".<sup>21</sup> En el trascurso de la historia de la sociedad de clases ese progreso fue en extremo contradictorio. Apenas si corres-

<sup>20</sup> En el medievo, por ejemplo, este precepto prohibía que se practicara la usura, en tanto que en el capitalismo, los intereses que rinde el capital constituyen la ambición de todo burgués (P. Lafargue, "Idea de la justicia y del bien", *Origen de la idea del bien*, Centro Editorial Presa, Barcelona, Cap. III, págs. 119 y 21). (Ed.)

pondió, en líneas generales, al desarrollo progresivo que sufrió la sociedad en el paso de una formación a otra. Vemos cómo el capitalismo constituyó un paso adelante en el progreso moral de la sociedad, dado que liberó a los trabajadores de la dependencia personal y, en esa forma, contribuyó a elevar el sentimiento de la dignidad individual, a unir y organizar a las masas proletarias. Pero este progreso era seguido por los más crueles crímenes que el capital cometía contra los trabajadores. Marx y Engels describieron el horroroso cuadro de la época de la acumulación primitiva del capital, grabado en los anales de la humanidad "por el candente lenguaje de la espada y el fuego". Demostraron que la despiadada expropiación a que eran sometidos directamente los productores, que representa por sí misma la génesis de la sociedad capitalista, se realizaba "con el más despiadado vandalismo y bajo el acicate de las pasiones más infames, más sucias, más mezquinas y más odiosas".<sup>22</sup> Marx afirmaba que en el capitalismo "[...] todo parece llevar en su seno su propia contradicción. Vemos que las máquinas, dotadas de la propiedad maravillosa de acortar y hacer más fructífero el trabajo humano, provocan el hambre y el agotamiento del trabajador. Las fuentes de riqueza apenas descubiertas se convierten, por arte de un extraño maleficio, en fuente de privaciones. Los triunfos del arte parecen adquiridos al precio de cualidades morales. El dominio del hombre sobre la naturaleza es cada vez mayor; pero, al mismo tiempo, el hombre se convierte en esclavo de otros hombres o de su propia infamia".<sup>23</sup>

Y si la moral siguió progresando, ello se debe sólo a que en la sociedad había fuerzas para luchar contra la explotación y la opresión, para combatir por la renovación social y por crear condiciones humanas para la existencia y desarrollo del hombre.

Por cuanto la moral de las clases de avanzada, sus sistemas éticos, reflejaban en alguna medida las necesidades del desarrollo social, es decir, los intereses de las masas populares, aquéllas tenían un contenido positivo que no desaparecía en las épocas posteriores, sino que era impulsado por nuevas fuerzas progresistas de la sociedad. Tal fue el contenido de la moral burguesa, de sus sistemas éticos, que crearon los ideólogos de esa clase cuando ésta encabezaba a las masas populares en su lucha contra el feudalismo.

<sup>22</sup> Marx, *El capital*, t. I, ed. Cartago, Buenos Aires, 1956, pág. 610. (Ed.)

El pueblo es la fuente de los más elevados valores morales de la humanidad y, además, los crea. Así sucedió mientras trabajaba tenazmente y luchaba por su liberación. En las épocas históricas del pasado se observaba un gran auge moral durante los movimientos de masas populares por la libertad, en los años en que los hombres se desvivían en aras de los intereses de la sociedad y subordinaban a ellos todo lo personal. En esos períodos se plasmaban las mejores cualidades morales del ser humano: su fidelidad a la causa común del pueblo, la ayuda recíproca, el valor, etc.

Este contenido positivo, en constante evolución, de las cualidades morales del hombre, de las normas y teorías de la moral, es un preciado tesoro de la humanidad. La clase obrera —portadora de la moral nueva, comunista—, lo toma en herencia y lo desarrolla.

La ley cardinal de desarrollo de la moral guarda vinculación orgánica con el progreso moral de la sociedad y la historia de las masas populares, con la historia de su trabajo, su lucha por la emancipación, la evolución de su autoconciencia y su instrucción. El criterio objetivo de la moral progresista que descubrieron los fundadores del marxismo-leninismo contribuye a la liberación de las masas, a la elevación de la sociedad y del ser humano. "La moral sirve para que la sociedad humana se eleve a la mayor altura, para que se desembarace de la explotación del trabajo",<sup>24</sup> decía Lenin.

Durante la evolución de la sociedad, en el proceso de la vida en común de los hombres, se acumulaban también valores morales que alcanzaron significación para la humanidad entera. Los fundadores del marxismo-leninismo admitían la existencia de verdades morales imperecederas cuando criticaban la moral dogmática y las pretensiones que abrigaban los moralistas burgueses de presentar sus sistemas éticos como una "moral eterna", adecuada a todos los tiempos y pueblos. Verdades de este género no abundan demasiado en la ciencia, decía Engels. Y en la moral, igual que en toda esfera del conocimiento vinculada con la historia de la sociedad, este tipo de verdades "son aun más escasas", afirmaba. Pero de todos modos existen, y los fundadores del marxismo-leninismo no incluían entre ellas las leyes y reglas morales que se encuentran al margen de la historia, sino las normas elementales de la vida en común, necesarias para la convi-

<sup>24</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 281. (Ed.)

vencia, que elaboraron los hombres en el curso de toda la historia.<sup>25</sup> Tales normas protegen a los miembros de la sociedad de determinados excesos que amenazan a la vida colectiva, de las truhanerías, la violencia con la mujer, etc. A pesar de que en la sociedad de clases esas normas cuentan con el apoyo de la religión y la jurisprudencia, son violadas constantemente. Lenin decía que "[...] la causa social más importante de los excesos, consistentes en la infracción de las reglas de convivencia, estriba en la explotación de la masa, en su penuria y su miseria".<sup>26</sup> Sólo cuando la sociedad que se funda en la explotación del hombre por el hombre se transforme en la sociedad socialista, se crearán condiciones para que todos los hombres observen las normas elementales de vida colectiva. En la sociedad socialista aún se infringen estos principios, y la lucha contra las supervivencias de la vieja sociedad requiere no sólo métodos de convicción, sino también de coerción. Como decía Lenin, cuando se pase al comunismo, la observancia de las reglas elementales de la vida colectiva será un hábito para los hombres, que las respetarán sin que sea necesario que se los fuerce.

La moral proletaria, comunista, que tiene en gran estima los valores acumulados durante toda la historia de la humanidad, es la consecuencia más acabada del progreso de los hombres y difiere de cualquier otra moral de clase porque tiene un fondo humano, porque es la expresión de la clase que liberará a la sociedad para siempre de la explotación del hombre por el hombre y de la lucha de clases. Así, por primera vez en la historia, la moral humana coincide con la de clase en su contenido. Y ello pudo convertirse en realidad sólo por-

<sup>25</sup> Marx desaprobó las frases comunes sobre derecho, moral y justicia que se incluyeron en el *Estatuto* de la Asociación Internacional de Trabajadores cuyo proyecto había escrito. Opinaba que eran expresiones totalmente abstractas, sin contenido histórico concreto (decía que había logrado incorporarlas en forma que "no ocasionan daño alguno". Marx y Engels, *Obras completas*, ed. cit., t. XXIII, pág. 210). En otros documentos de la Asociación se refirió a las "leyes simples de la moral y la justicia" que deben ser observadas en las relaciones entre los individuos y los pueblos. En su trabajo *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, Engels compara con precisión la moral de las dos clases hostiles de la sociedad burguesa y escribe, al mismo tiempo, sobre la existencia de "principios simplísimos", que regulan las relaciones entre los hombres, Lenin citaba normas fundamentales nada complejas para la vida colectiva, normas que se repiten desde hace milenios en todos los manuales elementales.

que es la obra de la clase que tiene por misión destruir todas las formas de explotación, la clase que no tiene interés alguno en mantener eternamente su dominación, y, en consecuencia, está libre de las limitaciones que son propias de todas las clases explotadoras. A diferencia de todas las demás, la clase obrera busca la felicidad para todos los trabajadores, y no únicamente para sí misma. Al liberarse, libera a todos los oprimidos. Sus nobles ideales, su lucha abnegada, su cohesión y conciencia, el sincero humanismo que constituyen la esencia de sus ideas y sentimientos, atraen a millones de trabajadores.

El partido marxista aporta la conciencia socialista a la clase obrera y dirige su lucha; por consiguiente, tiene gran influencia en la formación moral de ella, y eleva su conciencia de clase, le infunde el espíritu de solidaridad y la abnegación por la causa común.

Sólo cuando el proletariado —portador de una moral que comprende a la humanidad entera— se hizo sentir en el desarrollo de la historia, fue posible crear una teoría científica para la moral. En el campo de la ética la conmoción revolucionaria que causaron Marx y Engels rompió de manera definitiva con los esfuerzos que realizaban los idealistas, en particular Kant, y la mayoría de los viejos materialistas para que la moral se siguiera considerando como un concepto al margen de la historia y por encima de las clases. Todas las tentativas de crear una moral universal, independiente de las clases, llevaban el sello de las ilusiones de clase, e inclusive (en razón de que se trataba de ideólogos de la burguesía reaccionaria) de hipocresía de clase.

La clase obrera no necesita de ilusiones ni de hipocresía. No considera que debe esconder el carácter de clase de su moral. La conocida tesis de Lenin que afirma que la moral comunista está regida por la lucha de clases del proletariado, no contiene sectarismo alguno ni limitaciones de tipo clasista (que requieren ilusiones o hipocresía), justamente porque la moral gobernada por la lucha de clases del proletariado expresa, al mismo tiempo, los mejores ideales de la humanidad.

Esto no significa que la moral del proletariado, que lucha contra el capital, conservará intactos los rasgos actuales en la futura sociedad comunista. No; la moral, como cualquier otro fenómeno social, se encuentra en desarrollo. Y si en la sociedad burguesa la moral proletaria comunista es, en primer término, la moral de la lucha contra el capital, cuando la clase obrera haya conquistado el poder, la tarea de edificar una sociedad nueva, moldear nuevas actitudes hacia el trabajo, desarrollar y consolidar nuevas relaciones en el seno de la fa-

milia, etc., y, consecuentemente, también forjar la moral comunista, seguirá desarrollándose. Desde que comenzó a edificarse el régimen socialista, también el progreso social y moral deja de tener la naturaleza antagónica de que está revestido en la sociedad de clases antagónicas, donde marcha paralelamente con la desmoralización de grandes masas de la población. No obstante, la moral de los hombres seguirá siendo una moral de clases también dentro de la sociedad socialista, mientras continúe subsistiendo el capitalismo con sus clases antagónicas y se libere una enconada lucha entre los sistemas opuestos en la arena internacional, y dado que dentro de los países socialistas la educación comunista de los hombres supone la lucha contra la supervivencia y tradiciones del capitalismo. Cuando la victoria del comunismo sea definitiva, cuando desaparezcan las clases y la lucha de clases en la sociedad entera, cuando los hombres de todos los países se unan en una familia unida y armónica, la moral comunista quedará liberada de los rasgos que le imprime la existencia del mundo capitalista, la lucha de dos sistemas en el ámbito internacional, y contra los vestigios del capitalismo en la conciencia de los miembros de la sociedad socialista. Sólo entonces se desembarazará de las limitaciones de clase para convertirse en una moral aceptable para toda la humanidad, libre de la explotación y de la lucha de clases. He aquí por qué Engels decía:

"Una moral realmente humana, sustraída a los antagonismos de clase o al recuerdo de ellos, será factible solamente al llegar la sociedad a un grado de desarrollo en que no sólo se haya superado el antagonismo de las clases, sino que se haya olvidado en las prácticas de la vida."<sup>27</sup>

El marxismo esclareció que la moral está subordinada a las relaciones económicas, como asimismo su relativa independencia, sus consecuencias y avances; en esta forma dio respuesta al interrogante que se planteaba respecto del papel que desempeña la moral en la vida de la sociedad y en su desarrollo.

En la sociedad de clases la moral no refleja solamente determinadas relaciones económicas ni expresa los intereses de una clase dada: es una poderosa arma ideológica en manos de ésta. Para la clase go-

<sup>27</sup> Engels, *Anti-Dühring*, ed. cit., pág. 89. (Ed.)

bernante constituye una ayuda que le permite consolidar la base económica de su dominación y subordinar a las masas en el aspecto espiritual. En la lucha que libra la clase oprimida para alcanzar la liberación, su moral desempeña el papel de arma poderosa e inspiradora de las transformaciones sociales.

En épocas revolucionarias, en los períodos en que las relaciones sociales se resquebrajan, se revela con extraordinaria nitidez que la moral de las clases decadentes constituye un freno, en tanto que los conceptos y normas morales que formula la clase de avanzada desempeñan un papel progresista. La activa función de la moral se traduce en los actos y el proceder de los hombres, de los cuales, unos luchan contra la antigua sociedad y someten a crítica también la moral que predomina en ella, en tanto que otros defienden las caducas imágenes "sagradas" y califican de sacrilegio cualquier tentativa que atente contra los pilares de la antigua sociedad, protegidos por la moral dominante. Para los partidarios del viejo régimen sus adversarios son seres amorales, portadores del mal moral.

Engels censuraba a Feuerbach que en su teoría moral no hubiera incluido el "papel histórico del mal moral". Este juicio se aplica también a numerosos sistemas éticos, materialistas e idealistas, que se rigen por el método metafísico. El "mal" impulsaba a la historia en dos direcciones: por un lado (de ello habla toda la historia de la sociedad de clases) las pasiones perversas de los hombres, su egoísmo y ansia de poder, fueron las palancas que empujaban la marcha de la historia. La moral de las clases explotadoras ora justificaba, ora encubría esas pasiones con una pátina de frases falsas sobre el amor al prójimo, la caridad, la beneficencia, el papel civilizador del colonialismo, etc. Por el otro, todo nuevo paso de avance en el desarrollo de la sociedad era una rebelión contra el viejo orden, una ofensa que se infería a sus imágenes sagradas, y, desde el punto de vista reaccionario, constituía un mal. Cuando la clase obrera hizo su entrada en las lides de la historia, cuando triunfó sobre los explotadores, el mal, en su forma primitiva, no fue más la palanca que impulsaba a la historia. Como es natural la lucha de la clase obrera y su victoria son una profanación de los santuarios de la sociedad burguesa, y, por consiguiente, los ideólogos y defensores de esa sociedad, consideran que es un mal. En la práctica dicho "mal" es una condición y una premisa para materializar un auténtico bienestar para la aplastante mayoría de la sociedad.

La idea del bien o del mal morales tiene siempre un significado histórico concreto, es decir, depende de determinadas relaciones económicas. Por ello Marx y Engels, que aplicaban los conceptos morales para valorar las relaciones económicas, jamás sustituían con aquéllos el análisis de dichas relaciones, y se oponían categóricamente a las "críticas moralizantes" del capitalismo. Jamás partían de consideraciones morales para fundamentar la necesidad del socialismo. "Esta apelación a la moral y al derecho no nos hace avanzar científicamente ni una pulgada; la ciencia económica no puede encontrar en la indignación moral, por muy justificada que ella sea, razones ni argumentos, sino simplemente un síntoma."<sup>28</sup>

Marx, Engels y Lenin estudiaban las relaciones económicas del capitalismo tal como son, en sus leyes de desarrollo. Encaraban el estudio de los procesos sociales en la misma forma que los naturalistas investigan los procesos que se operan en la naturaleza; consideraban que el desarrollo social es un proceso histórico y natural. Pero al comparar el desarrollo de las relaciones que imperan en la producción con un proceso natural, que tiene lugar independientemente de la voluntad y la conciencia de los hombres, no dejaban de lado la apreciación moral de determinados hechos en todos los casos en que éstos no eran analizados por sí mismos (en su desarrollo natural, independiente de la voluntad y la conciencia de los hombres), sino en su relación con los demás, con las masas de trabajadores. El juicio moral, que no puede aplicarse a los fenómenos naturales, es válido para todo fenómeno social, dado que éste se analiza en su relación con el bien de la sociedad, con el bienestar de cada trabajador por separado.<sup>29</sup> En este caso ciertas relaciones sociales que son determinadas por la historia son calificadas como el bien o el mal al ser comparadas con otras y se las incluye en la categoría de justas o injustas. En el análisis de los modos capitalistas de producción que los clásicos del marxismo-leninismo hicieron, partiendo de su etapa inicial de desarrollo hasta llegar al período de crisis general del capitalismo, dieron una explicación exhaustiva de la esencia de las relaciones capitalistas y demostraron que el hundimiento de ese régimen es inevitable y que el socialismo triunfará. Además, formularon contra el capitalismo y la burguesía dominante una acusación de una fuerza moral jamás oída hasta entonces.

<sup>28</sup> Engels, *Anti-Dühring*, ed. cit., pág. 140. (Ed.)

<sup>29</sup> Véase al respecto el artículo de M. Klein, "Über das Wesen und die gesellschaftliche Funktion der sozialistischen Moral", en *Einheit*, 1956.

La conciencia de la importancia moral y la justicia de la lucha que se libra contra el capitalismo, sustentada en la comprensión de que históricamente el capitalismo está condenado y la victoria del socialismo es inevitable, desempeña un enorme papel movilizador en la lucha de la clase obrera por una nueva sociedad. Y, en razón de que dicha lucha se libra para eliminar todas las formas de explotación del hombre por el hombre y por el establecimiento de relaciones verdaderamente humanas entre los hombres, despierta un entusiasmo moral de vigor y firmeza incomparablemente mayores que la lucha de las masas oprimidas del pasado. En las revoluciones burguesas las masas demostraban su entusiasmo sólo en el período de la batalla por el derrocamiento del antiguo régimen. Sin embargo, cuando las tareas revolucionarias fundamentales se solucionaban (el derrocamiento del antiguo poder y su conquista por la nueva clase) la euforia de las masas se extinguía y éstas quedaban al margen, porque el poder pasaba a manos de la burguesía, una clase que, aun cuando nueva, era explotadora. En la revolución proletaria, socialista, el entusiasmo que despierta la lucha más justa, la más noble y revolucionaria, no sólo no desaparece con la conquista del poder, sino que constituye una grandiosa fuente de hazañas de trabajo, de heroísmo de las masas en la edificación de la nueva sociedad y en su defensa contra los explotadores y los intervencionistas. Todo ello fue comprobado en la experiencia que se recogió en la URSS, donde el pueblo mismo, que se encuentra en el poder, estructura nuevas relaciones sociales de manera consciente y planificada, e impulsa la producción y la cultura; en ese país la unidad moral y política del pueblo se consolidó con la victoria y constituye un poderoso factor para el desarrollo de la sociedad.

Los ideólogos que afirman que el marxismo sólo acepta los motivos económicos para las actitudes humanas y rechaza el papel de los elementos morales, lo hacen consciente y deliberadamente, con el fin de desacreditar esa doctrina ante las masas y presentarla como "amoral". En la práctica los marxistas están muy lejos de negar o rebajar el papel de los elementos morales. Afirman que éstos siempre fueron y serán poderosos factores para la conducta humana. El curso que tomarán los acontecimientos y el desarrollo de la sociedad dependen, en gran medida, de la orientación que tome el entusiasmo moral de las masas y del camino por donde se encamine la indigna-

ción de éstas. Por consiguiente, cuando luchan contra la reacción, los marxistas defienden y educan a las masas trabajadoras de todos los países y difunden entre ellas conceptos justos respecto de la naturaleza del nuevo régimen social, sus bases económicas y el nuevo orden político, así como también respecto de los hombres que se forman en ese régimen, de su moral auténticamente humanista y de los fundamentos científicos de la misma.

Los enemigos del marxismo suelen afirmar que la teoría marxista sobre la moral condena al hombre a someterse a las circunstancias históricas que, supuestamente, determinan por entero la conducta del ser humano sin dejarle la mínima libertad para decidir sus actos y su proceder. Dicen que los marxistas, al aceptar que los actos del ser humano son determinados por la historia, consideran que es moral todo aquello que impone la necesidad, pero en la práctica niegan la moral, porque donde reina la necesidad no hay libertad, y, por consiguiente, se carece de responsabilidad para actuar. Dado que la libertad y la necesidad son problemas que tienen gran significación para la correcta interpretación de la moral, es preciso que analicemos estos cargos, que no son nuevos y fueron formulados más de una vez, y expongamos la concepción marxista al respecto.

En la antigua disputa filosófica que mantuvieron los adeptos del determinismo y los indeterministas, el marxismo se colocó de manera decidida de parte del primero. En este caso, y a diferencia de los materialistas del pasado, traza la línea del determinismo de manera más consecuente, porque usa el arma dialéctica, el método del conocimiento. El marxismo reconoce que existe una dependencia entre la conducta del ser humano y las condiciones sociales e históricas así como los intereses objetivos de clase, pero afirma a la vez que ello no excluye en modo alguno que el hombre tenga una independencia relativa en la elección de la actitud que debe adoptar. Si no fuera por esta libertad relativa de conducta (o de voluntad), no podría hablarse siquiera de moral.

Si la actitud del hombre estuviera determinada fatalmente por condiciones exteriores naturales y sociales o instintos innatos, la posibilidad de controlar su conducta quedaría excluida para la sociedad y para el hombre mismo, no cabría mencionar la idea del bien y del

minismo fatalista, para quienes la necesidad en la naturaleza y en los actos de los hombres excluye toda libertad, se inclinan por lo general a justificar la conducta sobre la base de que uno no es libre para decidirla. El determinismo de algunos materialistas del pasado a menudo se convertía en fatalismo.

Pero si el hombre tuviera absoluta libertad para su conducta, la apreciación moral también quedaría excluida, porque para ello no existiría criterio objetivo alguno.

En el primer caso el ser humano se encontraría completamente a merced de las circunstancias; en el segundo, su conducta quedaría librada por entero a la casualidad y a la arbitrariedad.

El indeterminismo filosófico, que reconoce el libre albedrío absoluto y niega la necesidad, sirve de base teórica para justificar la arbitrariedad burguesa en política y el individualismo burgués en la conducta. Pero el individualismo no significa en modo alguno una auténtica libertad en la conducta y la apreciación de los actos humanos, porque en realidad, el libre albedrío del propietario, según las palabras de Marx, "está tan pegado a los intereses más mezquinos y egoístas como el esclavo al banco de la galera".<sup>30</sup>

El individualista burgués se apoya en el reconocimiento del libre albedrío que supuestamente habría sido concedido al hombre desde arriba, y afirma que cada persona forja su propio destino aisladamente, que el obrero elige su posición con todas las consecuencias (la pobreza, el desempleo, etc.). En esta forma, la actitud del "libre albedrío" justifica la división de la sociedad en explotadores y explotados, ricos y pobres, y aprueba el saqueo propio del capitalismo. Más aún, atribuye al hombre y a su "libre albedrío" todos los hábitos salvajes y las abominaciones a que lo condena el régimen capitalista. O dicho de otro modo, de la teoría del libre albedrío, al igual que de la idea teológica sobre la pecaminosidad innata del hombre, siempre surge la humillación. Por el contrario, el determinismo marxista se caracteriza por su fe en el ser humano. Lenin, que fue el continuador de los viejos materialistas, dijo más de una vez que en la sociedad contemporánea los vicios de los individuos aislados no constituyen, por lo general, cualidades personales; que, por ejemplo, "la deformación

<sup>30</sup> Marx, "Debates en el VI Landtag Renano (artículo tercero). Debates sobre la ley promulgada a propósito del robo de madera", Marx y Engels, *Obras completas*, t. I, ed. cit., pág. 141.

moral del pequeño burgués no es [...] una cualidad personal sino social".<sup>31</sup> Esto significa que al desaparecer las condiciones sociales que generan al pequeño burgués, se extinguirá también su deformación moral y terminará por renovarse.

Pero el determinismo no implica, en modo alguno, que los hombres estén privados de elegir libremente su conducta y actuar de manera racional, y, en consecuencia, ser responsables de su proceder. Lenin escribía: "Lejos de presuponer el fatalismo, el determinismo da base para la actuación conciente".<sup>32</sup> Y esa base que proporciona el determinismo obliga a comprender que la necesidad de sustituir la antigua sociedad por la nueva es un concepto maduro y objetivo, es decir, independiente de la voluntad y la conciencia de los hombres. El marxismo no comprueba simplemente el hecho de que determinadas estructuras sociales sean necesarias; también esclarece cuáles son las clases que definen la orientación del régimen y establece la interrelación entre esas clases y su papel en el desarrollo social. Conjuga el análisis objetivo de los regímenes sociales con el punto de vista partidario de la clase obrera, lo que le permite comprender más a fondo la realidad. El marxismo reconoce que es posible elegir conscientemente determinada posición y presupone la responsabilidad del individuo por el lugar que ocupa en la lucha histórica y en la conducta personal, y, consiguientemente, también el juicio moral respecto de esa posición. Como lo expresó Lenin, el determinismo marxista rebate las teorías burguesas de la moral que se alimentan con absurdas historias sobre el libre albedrío, pero "no niega en un ápice la inteligencia ni la conciencia del hombre, como tampoco la valoración de sus acciones. Muy por el contrario, solamente la concepción determinista permite valorar rigurosa y acertadamente, sin imputar todo lo imaginable al libre albedrío".<sup>33</sup>

Todo individuo tiene "libertad" para elegir, pero su elección será auténticamente libre sólo cuando se apoye en el conocimiento objetivo de la necesidad de actuar de esa manera, y no de otra. No existe otra base para elegir y enjuiciar acertadamente la conducta que la fundamentación de su necesidad (mediante un análisis minucioso de la situación con sus contradicciones, destacando el aspecto fundamental, etc.).

<sup>31</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. X, pág. 242. (Ed.)

<sup>32</sup> Idem, t. I, pág. 439. (Ed.)

<sup>33</sup> Idem, pág. 172. (Ed.)

Así sucede tanto cuando se adoptan "grandes resoluciones" (respecto de la participación en la lucha de clases) como en la vida diaria. En todos los casos el libre albedrío no es "[...] otra cosa que la capacidad de decidir con conocimiento de causa. Así, pues, cuanto más libre sea el juicio respecto de un problema determinado, tanto más señalado será el carácter de *necesidad* que determine el contenido de ese juicio; en cambio, la inseguridad basada en la ignorancia, que elige, al parecer, caprichosamente entre un cúmulo de posibilidades [...] demuestra precisamente de ese modo su falta de libertad, demuestra que se halla dominada por el objeto que pretende dominar. La libertad consiste, pues, en el dominio de nosotros mismos y de la naturaleza, basado en la conciencia de las necesidades naturales; es, por lo tanto, forzosamente, un producto del desarrollo histórico".<sup>34</sup>

El dominio de nosotros mismos implica el control de los sentimientos, las pasiones, la conducta, etc., es decir, obrar con inteligencia. Los viejos materialistas trataban de fundamentar la necesidad de que el razonamiento predominara sobre las inclinaciones y las pasiones. Tal es el problema que, por ejemplo, planteó Spinoza en su *Ética*, aunque lo hizo dentro de los marcos de la existencia individual de la personalidad, y por ello no pudo resolverlo. Se vio obligado a reconocer que la mayoría de los hombres no pueden vivir rigiéndose por el raciocinio, que es imposible eliminar la inclinación al lucro, etc. Y por cierto, el control de las inclinaciones y pasiones sólo se hace posible para la masa de los hombres (y no para los individuos aislados) en determinadas condiciones históricas. Únicamente en la sociedad socialista, donde los seres humanos pueden controlar su existencia social, su desarrollo económico, están en situación de llegar al dominio de sí mismos. Con la desaparición de la propiedad privada sobre los medios de producción, la indigencia y el desempleo, se extinguieron también las más importantes causas que daban lugar a los delitos y la corrupción. La sociedad socialista muestra creciente solicitud por el hombre. Por ese motivo aumenta en ella en gran medida el papel de la actividad consciente de cada ser, y, en consecuencia, la responsabilidad de la propia conducta. El hombre es juzgado por su conducta y la obra que realiza. Desde luego, también en el socialismo la conducta de los hombres está regida por las circunstancias, pero las condiciones sociales hacen posible y

<sup>34</sup> Engels, *Anti-Dühring*, ed. cit., pág. 107. (Ed.)

necesario que se opte por una actividad que no contravenga las reglas de la sociedad.<sup>35</sup>

Para resumir, la libertad significa, en primer término, el control de los hombres sobre su propia existencia social, sus propias fuerzas productivas y las relaciones de producción. En la sociedad socialista la técnica deja de ser una "fuerza endemoniada" y los hombres no conocen el imperio de las fuerzas ciegas del desarrollo social: el poder del capital, la competencia, las guerras, etc.

El desarrollo de las relaciones humanas entre los hombres —la ayuda mutua y la colaboración en todas las esferas de sus actividades— descansa en la propiedad socialista sobre los medios de producción. La sociedad socialista asegura al hombre una amplia libertad: su liberación de las necesidades y de la explotación, las libertades políticas, la libertad de desarrollar sus aptitudes y capacidades. Libera su conciencia de los prejuicios y de la pasión por el lucro; garantiza la auténtica evolución de los sentidos y cualidades morales.

Con el avance de la sociedad de la primera fase del comunismo hacia la segunda, el campo de la libertad se amplía, porque comunismo quiere decir máxima productividad del trabajo y un nivel superior de conciencia de los trabajadores. Con el comunismo desaparecen las diferencias sustanciales que existen entre la ciudad y el campo, el trabajo intelectual y el físico; los hombres se liberan de la estrechez y la limitación profesionales que caracterizan a los hombres de la sociedad de clases. Cada individuo participará en la producción de los valores materiales y tendrá suficiente tiempo libre para ocuparse de la ciencia, el arte, los deportes o cualquier otra actividad que le interese.

El socialismo y el comunismo eliminan las divisiones absolutas que existen en el campo de los valores espirituales, típicas de la vieja sociedad y que se reflejan en la ideología: la separación de los

<sup>35</sup> Las circunstancias que influyen en la conducta de los hombres pueden ser muy distintas. Por ello, también en el socialismo, donde son mayores las exigencias morales para la conducta de los hombres, el juicio que merecen sus actos —y que, en primer término, toma en cuenta esos actos— no se puede formular al margen de las condiciones concretas de la conducta. De lo contrario, sería preciso que el socialismo adoptara la abstracción "libre albedrío", que es independiente de las circunstancias. El juicio debe ser amplio, es decir, debe considerar las circunstancias y motivos de los actos, las características espirituales del hombre, las vinculaciones con sus semejantes, etc. Los motivos que determinan la conducta tienen gran importancia en la valoración moral del individuo, pero sólo podemos juzgar los primeros por los segundos.



valores morales de los estéticos y los científicos, la separación de la verdad y la belleza del campo del bien. Suprimen los antagonismos entre los valores espirituales y los materiales, la teoría y la práctica, el trabajo intelectual y el físico. Con ello se logrará acelerar enormemente, no sólo el desarrollo de la producción material, también, la actividad espiritual de amplias masas de trabajadores. La desaparición de la antigua división de los "valores" aplicados a la personalidad significa educar un individuo en el que se conjugan armónicamente la riqueza espiritual, la pureza moral y la perfección física.

En el aspecto moral el comunismo representa la escala superior de la armonía entre el bienestar personal del hombre con el de semejantes, el florecimiento de la solidaridad humana, la ayuda mutua y la colaboración, es decir, el desarrollo integral de la naturaleza social del hombre, la observancia voluntaria de las reglas de la vida colectiva de todo el mundo. Esta faz humanista del comunismo se convierte en el ideal moral más grandioso de la época.

El ideal comunista no es una utopía irrealizable, vacuos deseos ni el inalcanzable dominio kantiano de la "cosa en sí". Surge de la evolución de la sociedad contemporánea y, en consecuencia, es el resultado natural y legítimo de ese desarrollo. Hoy ya no es más una causa para un futuro lejano; sus rasgos se hacen cada vez más tangibles y visibles en la Unión Soviética, que ha entrado en el período de la amplia edificación de la sociedad comunista.

El avance paulatino de la sociedad hacia el comunismo es el criterio superior que rige la conducta moral y la elección acertada de las actitudes en nuestra época. "La base de la moral comunista está en la lucha por consolidar y llevar a su término el comunismo." La significación moral de los actos y la conducta de los hombres (y de los grupos sociales) aumentará en la medida en que se ajusten a ese criterio.

Los mejores ejemplos de conducta moral son los actos y el proceder de los hombres vinculados indisolublemente con el movimiento comunista y que armonizan con él, con su objetivo y tareas vitales. Los que luchan contra el yugo social, cuya vida está consagrada a la gran lucha por la felicidad de los trabajadores, los activos y conscientes edificadores del socialismo y del comunismo, que dedican a la causa todas sus energías y su capacidad, sin detenerse ante el sacrificio personal, constituyen un modelo de moral elevada.

<sup>36</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 282. (Ed.)

La lucha por el comunismo constituye la medida objetiva para juzgar los actos humanos, o sea, que es una base común imprescindible que no depende de la conciencia de los hombres. Este criterio objetivo permite delimitar claramente la moral verdadera de la falsa. Cuando el representante del capital norteamericano dice: "Lo que es bueno para la General Motors tiene que servir también para toda la nación", refleja en su juicio un enfoque subjetivo, egoísta, el espíritu del propietario privado, un criterio que expresa los intereses de clase y la posición del capital, cuyo papel progresista ha desaparecido ya en el desarrollo social. Cuando los hombres de la clase obrera dicen: "Lo que es bueno para la clase obrera, que lucha por el socialismo, es bueno para todo el pueblo", expresan la necesidad objetiva del desarrollo histórico, los intereses de millones de trabajadores que luchan por abolir todas las formas de la explotación del hombre por el hombre, por crear un régimen en el que las relaciones entre los hombres sean auténticamente humanas.

Lo expuesto significa que los valores morales pueden tener una importancia y fundamentación científica si la moral extrae conscientemente sus ideas, principios y normas de la realidad objetiva, de las relaciones sociales en desarrollo, y no de ideas abstractas sobre la "naturaleza" abstracta del hombre. Como ya se ha dicho, el marxismo toma su ideal moral (que se convierte en criterio para juzgar la conducta de los hombres), de las leyes del desarrollo social. Al igual que las leyes de la naturaleza, éstas son objetivas y, por ello, no requieren una apreciación moral. Pero para ser científica, la moral no puede dejar de basarse en las leyes del desarrollo social.

En su búsqueda por encontrar una fundamentación científica para la moral, los viejos materialistas, anteriores a Marx, trataban de adjudicarle leyes comunes con el mundo de la física y una necesidad mecánica, geométrica, etc., en sus fenómenos morales. El mérito de aquéllos fue buscar la necesidad natural en el mundo de lo moral, rechazando a dios, al libre albedrío, etc. Pero en razón de las condiciones históricas no conocían ni podían conocer las leyes de la historia, y por ello no pudieron formular la fundamentación científica de la moral. El marxismo resolvió este problema tomando como base las leyes objetivas de la historia por él descubiertas. En esta forma plasmó la unión entre la ciencia y la moral que ambicionaban los viejos materialistas. Desde entonces las investigaciones teóricas en el terreno de la ética contaron con un método objetivo e histórico.

Mediante este método la ética marxista rechazó todas las formas

de la dogmática moral. No prescribe normas ni busca la fuente de éstas en la "naturaleza" del individuo, sino que deduce las normas morales de la existencia social de los hombres. No separa los "valores morales" de los hechos, ni el deber ser de la existencia como lo hacen las teorías idealistas sobre la moral. A la luz de las leyes del desarrollo social, la ética marxista explica por qué en determinada época histórica predominan ciertos principios y normas de conducta dados, y en virtud de qué razones éstos ceden su lugar a otros principios y normas. Descubre la ley interior del progreso moral y la inevitabilidad de que triunfen los principios y normas de la moral comunista; y ésta no es presentada como un canon compuesto de preceptos impercederos, adaptables a cualesquiera condiciones. Una misma exigencia moral de amor a la patria tiene un contenido totalmente distinto para los obreros conscientes y los trabajadores de la sociedad burguesa y los de la sociedad socialista: en el primer caso refleja la aspiración de liberar a la patria del poder del capital, en el segundo, la de construir una patria socialista. A pesar de que, en principio, quienes luchan por el comunismo condenan la falsía y la falta de honestidad en las relaciones entre los hombres no pueden descubrir, en aras de una honradez abstracta, sus propias organizaciones, a sus camaradas de lucha, etc., ante sus enemigos de clase. Semejante "honestidad" sería una traición respecto de los camaradas, una delación de la causa común de la lucha por el comunismo.

En todos los casos concretos el criterio de la moral comunista proporciona al hombre la guía para resolver los problemas prácticos de la conducta. Protege nuestros juicios y apreciaciones morales del dogmatismo; al mismo tiempo, nos resguarda del relativismo, punto de vista para el que todas las normas morales son igualmente buenas, porque, de acuerdo con esta concepción en el campo moral, nada hay que sea objetivo; cada hombre, cada clase tiene su propia moral y todos tienen razón a su manera.

Puesto que existe un criterio objetivo para la moral, una vez que se ha descubierto la ley objetiva en el desarrollo de aquélla ya no queda lugar para el relativismo. Y como en la evolución del conocimiento la humanidad avanza de una etapa incompleta del saber a otra más completa, a través de las verdades relativas a la verdad absoluta, también en el desarrollo de los principios morales y las teorías éticas los hombres se dirigen hacia una moral comunista que será inherente a la humanidad entera. Como ya lo hemos señalado, el marxismo asimiló e impulsó todo lo que de positivo había adqui-

rido el pensamiento ético del pasado, todos los resultados del progreso moral de la humanidad. La verdad objetiva de la teoría moral en su conjunto y de los principios de la moral comunista fue comprobada y ratificada por la experiencia histórica y la vida de la sociedad contemporánea. Puede aplicarse a esta teoría la conocida tesis de Lenin sobre el carácter de la teoría marxista en su conjunto. "La única conclusión que se puede sacar de la opinión, compartida por los marxistas, de que la teoría de Marx es una verdad objetiva, es la siguiente: yendo por la senda de la teoría de Marx nos aproximaremos cada vez más a la verdad objetiva (sin alcanzarla nunca en su totalidad); yendo, en cambio, por cualquier otra senda, no podemos llegar más que a la confusión y la mentira".<sup>37</sup>

Esta es la confusión y la falsía a que llegó la ética burguesa de nuestra época al rechazar toda tentativa de realizar un análisis científico de los problemas morales. Por esa razón las teorías éticas contemporáneas (el positivismo lógico, la semántica, el pragmatismo y otras) consideran que las normas y las apreciaciones morales no son otra cosa que una expresión de los sentimientos subjetivos, las emociones, los deseos y gustos de un individuo o un grupo determinado. Niegan que sea posible emplear el criterio objetivo para resolver si una apreciación moral es justa. Pero en esa forma eliminan totalmente a la ética como ciencia.

Los partidarios del pragmatismo, que hablan mucho de encarar en forma científica los problemas de la moral, consideran que existe un criterio justo de conducta en el beneficio o el éxito de la resolución que adopta y pone en práctica un sujeto en una situación concreta dada. Desde el punto de vista de este criterio subjetivo, toda acción y cualquier arbitrariedad del sujeto pueden ser justificadas si le resultan convenientes en determinada situación.

La ética del existencialismo se caracteriza por el mismo subjetivismo y relativismo. Los representantes de esa escuela (J. P. Sartre, K. Jaspers, Heidegger, etc.) predicán la absoluta libertad del individuo, independientemente de las condiciones económico-sociales. El hombre se crea libremente a sí mismo, por su propia esencia; elige con libertad la conducta a seguir, y esa libertad, según lo enseñan los existencialistas, es el criterio de los actos morales, la base de la responsabilidad moral por esos actos, etc.

Pero la libertad independiente de la necesidad histórica, de la

<sup>37</sup> Idem, t. XIV, pág. 142. (Ed.)

comprensión de las exigencias candentes del desarrollo social, es una "libertad" burguesa y anárquica, que en la práctica no es otra cosa que una adecuación al régimen burgués y una justificación burguesa del individualismo en la conducta. Al igual que los positivistas, los adeptos del existencialismo niegan los principios morales que tiene importancia de la verdad objetiva. Estas dos tendencias de la ética reflejan la profunda crisis por que atraviesa la moral burguesa de nuestros días.

Lo expuesto no significa que el único que puede actuar en el espíritu de elevadas exigencias morales es el hombre, digamos obrero, que conoce las leyes del desarrollo social, es decir un marxista instruido. No. Todo tiembro de la sociedad, aunque desconozca las reglas de la moral comunista. Nada hay de desusado en esto, dado que en sus actos se guíe por los mismos y, por consiguiente, por las reglas de la moral comunista. Nada hay de desusado en esto, dado que los principios y reglas de esa moral expresan los intereses cardinales de todo trabajador honesto. Esto no excluye en absoluto la tarea de elevar el nivel ideológico de cada obrero o trabajador, liberar su conciencia de la influencia de los prejuicios, atraer a todos los trabajadores y hombres honestos de otras clases al campo de la clase obrera.

El marxismo no afirma, ni mucho menos, que movimiento alguno, a excepción del comunista, pueda tener una significación moral. Ello sería un doctrinarismo tonto; todo movimiento de liberación tiene enorme significación moral. Tal es, en nuestra época, la lucha de las masas oprimidas contra el colonialismo y el yugo nacional. Tal es la lucha por la paz. Es ésta una magna tarea moral de nuestra época. Los marxistas son los luchadores más consecuentes, valerosos y firmes por la paz, la democracia y la independencia nacional de los pueblos. Encaran la tarea de defender la paz desde la posición del humanismo consecuente, vinculado orgánicamente con la lucha por los mejores ideales de la humanidad.

El egoísmo y el individualismo son principios importantísimos de la moral burguesa. Su base económica es la propiedad privada sobre los medios de producción, que aísla a los hombres entre sí y los empuja a mantener relaciones hostiles. Al definir estas relaciones entre los hombres en la sociedad burguesa, Engels escribió: "[...]

La uno explora al otro, y ocurre que los más fuertes aplastan al débil y que los pocos poderosos, es decir, los capitalistas, atraen todo para sí mientras a los más numerosos, los humildes, les queda apenas para vivir".<sup>38</sup>

Al calificar la moral de la sociedad burguesa, que impregna de individualismo las relaciones entre los hombres, Lenin decía: "La antigua sociedad se basaba en el siguiente principio: saqueas a tu prójimo o te saquea él, trabajas para otro o él trabaja para ti; eres esclavista o esclavo".<sup>39</sup> Una sociedad semejante inculca a los hombres un concepto de que cada uno debe preocuparse de sí mismo, y que no deben importarles los demás; que nada hay más valioso o superior al propio "yo"; que en aras del bien personal se debe desear el mal al prójimo, puesto que el mundo está estructurado de manera que el bien de unos es inconcebible sin el perjuicio para los demás. El cinismo de este principio se manifiesta en los preceptos comunes tan enoga. como "el hombre es un lobo para el hombre", "tus pérdidas constituyen mis ganancias", "la camisa de uno mismo es la que está más cerca del cuerpo", etc.

Pero esto no significa que el individualismo sea antihumanista, dado que refleja la relación entre los hombres; como principio que expresa la relación del hombre con la sociedad, es antisocial, hostil a los intereses sociales. Este principio contraponen el "individuo" a las "masas", es decir, el individuo burgués a la masa de trabajadores. Es cierto que el individualista burgués habla a menudo del "bienestar" de cada uno, pero en los hechos divide la sociedad en "personalidades" y "masa", en "dignos" e "indignos", "elegidos" y "no elegidos", y entiende que la personalidad, como lo señalaron Marx y Engels, es la del burgués, el propietario. Y en carácter de tal considera a su familia, a su esposa e hijos, a la sociedad y el Estado: todo lo que existe debe servir a sus intereses.

El individualismo burgués tuvo importancia progresista cuando la burguesía por medio de sus ideólogos de avanzada, significaba con este concepto la emancipación de la personalidad de las cadenas del feudalismo, la supresión de los privilegios de casta, la solidaridad con las clases más bajas en la lucha contra el feudalismo y la Iglesia. En aquel entonces el individualismo burgués tenía un contenido de-

<sup>38</sup> Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, ed. Futuro, Buenos Aires, 1965, pág. 45. (Ed.)

<sup>39</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 281. (Ed.)

mocrático y humanista universal. Hemos visto su reflejo en los materialistas franceses, en las teorías del "egoísmo racional" que estaban dirigidas contra el aplastamiento de la personalidad por la tiranía y la Iglesia.

Desde el momento en que la burguesía pasó a ser la clase dominante y desconoció a las capas más bajas, con cuya ayuda derrocado al feudalismo y llegado al poder, el individualismo se convirtió en un principio hostil a la sociedad. Y a partir de ese principio no expresa otra cosa que la lucha por la riqueza y el poder, el culto de los hombres de negocios "fuertes" y prósperos de los trepadores que se benefician con el fracaso y la ruina de los demás. En teoría este principio estuvo reflejado, en sus comienzos, en la conocida fórmula de los economistas (y moralistas) burgueses: "cada uno para sí y dios para todos"; más tarde se trasladó en el precepto de Nietzsche: "superhombre" que desprecia a la

El individualismo de ese filósofo fue después el culto de los señores "llamados a dirigir el mundo", el culto de la "superioridad".

Ya hemos hablado de la hipocresía de las clases explotadoras en los problemas de la moral. La moral oficial de la sociedad burguesa, santificada por la religión y destinada "a todos", no puede sino ser abierta y directamente las reglas cotidianas que son expresión del principio individualista. Incluso pretende preocuparse del bienestar de los hombres, de educar los sentimientos sociales. Pero esta preocupación no tiene asidero alguno. La idea básica de toda moral burguesa es la salvación personal, profundamente individualista y basada en el espíritu del interés privado, característico en la vieja sociedad. En lo que se refiere a la prédica religiosa sobre la fraternidad entre los hombres, el amor al prójimo, etc., en la sociedad explotadora hace más que encubrir ese individualismo y engañar a las masas con la utópica ilusión sobre la hermandad y el amor entre los explotadores y los explotados. A medida que se descubre la incompatibilidad que existe entre el individualismo de la sociedad, más hipócrita y falsa se vuelve esta prédica y más frecuentemente es desenmascarada por la vida.

El marxismo demostró que cuando triunfe la propiedad socialista sobre los medios de producción, el principio burgués del egoísmo y del individualismo dejará de ser el que rija las relaciones entre los hombres, sus actitudes y sus actos. Entonces "cesa la lucha por la existencia individual [...] Las condiciones de vida que rodean

hombre, y que hasta ahora lo dominaban, pasan, a partir de este instante, bajo su dominio y su mando, y el hombre, al convertirse en dueño y señor de sus propias relaciones sociales, se convierte por primera vez en señor conciente y efectivo de la naturaleza." <sup>40</sup>

Cuando cesa la lucha por la existencia individual, sustituida por la "vida socializada" controlada por los hombres mismos, el principio individualista de relaciones entre los hombres es remplazado por el principio del colectivismo. Este último no se separa de la lucha por el comunismo, que es la base de la moral comunista y constituye su criterio superior, del que ya hemos hablado. La fidelidad a la causa de la lucha por el comunismo, la intransigencia con sus enemigos, la conciencia de la comunidad de intereses de los trabajadores en la lucha por la causa común, son la base de la solidaridad y el colectivismo de los obreros. En el trascurso de la lucha que libra la clase obrera contra el capital crece la conciencia de la comunidad y la unidad de sus intereses de clase, se va minando la autoridad de la vieja regla moral que reza "cada uno para sí y dios para todos", y se impone paulatinamente en la vida la que dice, "todos para uno, y uno para todos". El partido marxista, que aporta a las filas de la clase obrera la conciencia socialista, fundamenta teóricamente la necesidad de que los obreros se unan y se solidaricen en la lucha contra el capital, la necesidad de pasar a una sociedad donde los hombres sean los "dueños de su vida socializada".

Ya en las primeras manifestaciones de la lucha de los obreros contra los regímenes capitalistas, en las huelgas espontáneas, se revela la solidaridad. Los obreros tratan con desprecio a quienes colocan sus intereses personales mal comprendidos por encima de los intereses de la causa común, a quienes traicionan la solidaridad fraternal. La historia del movimiento huelguístico de todos los países está llena de ejemplos de la lucha de los obreros contra los esquirolas, a quienes con justicia llaman traidores. En el trascurso de la lucha huelguística los obreros adquieren cada vez más conciencia de que la dominación de los capitalistas sobre ellos es facilitada por la competencia que los obreros se hacen entre sí, que la solidaridad proletaria elimina dicha competencia y con ello hace tambalear el dominio económico de los capitalistas.

Marx, Engels y Lenin consideraban que la lucha huelguística de los obreros contra los capitalistas era una escuela preparatoria para

<sup>40</sup> Engels. *Anti-Dühring*. Ed. de la U.R.S.S. 1955.

la gran batalla decisiva del proletariado contra la burguesía, la escuela donde se desarrolla la autoconciencia de clase de los obreros y se forja una nueva moral proletaria. En esa escuela se educan y fortalecen en los combatientes cualidades como la firmeza, el valor, la abnegación y la voluntad de triunfar. Al incorporarse a la huelga el obrero marcha al encuentro de la miseria, las privaciones y las persecuciones. No sólo condena a sufrir privaciones a su propia persona, sino también a sus allegados, su esposa e hijos. Y sin embargo lo afronta todo en aras de la causa común. Los hombres que tanto sufren para vencer a un solo burgués, escribía Engels, tendrán fuerzas también para quebrantar el poderío de toda la burguesía. Los fundadores del marxismo-leninismo estimaban que el gran significado moral de las huelgas es que influyen en la masa de obreros haciéndoles comprender que es necesario desarrollar una lucha unida por el socialismo.

El principio proletario de colectivismo socialista, que refleja las condiciones de la lucha que libra la clase obrera por una nueva sociedad, continúa y extiende las mejores tradiciones de lucha de las masas populares por liberarse de la explotación; al mismo tiempo, está estrechamente vinculado con las conquistas más grandes del pensamiento filosófico y ético del pasado.

Los pensadores avanzados de la humanidad, que reflejaban los intereses de las amplias masas y luchaban por la libertad, enseñaban a los hombres a preocuparse, en primer término, del bien de la sociedad. Helvecio, por ejemplo, destacado representante de la Ilustración francesa, consideraba que el criterio de la virtud consistió en servir al bien de todos y al progreso social.

Partiendo de la tesis de que los actos del ser humano se basan en el interés personal (tesis fundada en la aceptación de que el interés personal es inmutable, depende de las condiciones sociales y refleja las relaciones de la sociedad burguesa en crecimiento), exigía que se adaptara siempre y en todas partes el interés personal al social por medio de leyes y una educación racionales. N. Chernishevski, el gran revolucionario demócrata ruso, irreconciliable enemigo del despotismo y del régimen de servidumbre, predicaba el "egoísmo sensato", enseñaba a los hombres a subordinar todo lo personal a la lucha por los intereses del pueblo, y él mismo consagró a esa lucha todas sus energías, sin reservas. Pero para que no sean los hombres aislados ni los pequeños grupos de combatientes de avanzada, sino las amplias masas de trabajadores las que puedan usufructuar de

los múltiples intereses sociales (y, además, no sólo en los períodos en que se producen violentos acontecimientos sociales, sino en forma permanente), la sola prédica no es suficiente, como tampoco bastan las buenas leyes y la educación. Mientras en la sociedad exista la propiedad privada, ningún tipo de educación podrá reprimir en los hombres el afán de lucro, la preocupación preferente por los intereses personales, el egoísmo, etc. Para que los hombres vivan de acuerdo con los intereses sociales es preciso que la sociedad se reestructure en base a la propiedad social sobre los medios de producción, factor éste del cual los pensadores de avanzada del pasado no podían tener idea alguna en razón de las condiciones de su época, o tenían tan sólo una noción muy vaga (utópica). La teoría marxista basada en el socialismo científico señaló las condiciones y vías para semejante transformación de la sociedad.

Como lo demostró la experiencia de la URSS, el régimen socialista, fundado en la propiedad social sobre los medios de producción, crea las condiciones objetivas para conjugar los intereses sociales con los personales en todas las esferas de la vida. Como es natural, los intereses personales del trabajador, sus reivindicaciones materiales y culturales, difieren de manera radical de los intereses rapaces del capitalista, de la sed de acumular riquezas inherente a la masa de pequeños propietarios. En la misma forma, el interés social en el socialismo es totalmente distinto del "interés general" que predicaban los ideólogos de la burguesía y que constituye su interés de clase.

En el régimen burgués el auténtico interés social de los trabajadores los reúne sólo para luchar contra ese régimen, contra los intereses comunes de la clase dominante. La solidaridad, la cohesión y la fidelidad a la causa común se van plasmando en los obreros durante la lucha que libran contra el capital. Pero este interés común no es aquí todavía el interés que nace de la actividad conjunta, del trabajo colectivo. En lo que se refiere a la actividad conjunta de los trabajadores, que en el régimen capitalista adquiere un carácter socializado, no llega a ser, todavía, un interés común, porque "se les aparece a estos individuos, por no tratarse de una cooperación voluntaria, sino natural, no como un poder propio, asociado, sino como un poder ajeno, situado al margen de ellos".<sup>41</sup>

En el socialismo el verdadero interés común de los hombres es precisamente el que surge de su actividad conjunta en la edificación

<sup>41</sup> Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., pág. 35. (Ed.)

de la nueva sociedad, cuyo desarrollo conduce a colmar, cada vez en mayor medida, las necesidades materiales y culturales de los trabajadores. La satisfacción de los intereses personales (necesidades materiales y culturales) de cada trabajador depende del incremento de la economía social, de la cantidad y calidad de la labor que realice cada trabajador en aras de la economía nacional. Al aplicar el principio de pago por el trabajo, el socialismo crea el interés material personal del trabajador en el resultado de su propio trabajo, vincula el interés personal con el social en la base misma de la sociedad: la vida económica.

Suele preguntarse si el interés material personal, que surge del principio socialista de pago según el trabajo, no se contrapone a la exigencia de servir a los intereses sociales; si la moral que exhorta a cumplir el deber, no es impotente frente al interés personal. Otras personas que observan esta "contradicción" afirman que es necesario "acentuar" la influencia moral para corregir los aspectos "negativos" que contiene el principio de distribución en el socialismo.

Pero quienes así discurren olvidan que en el régimen socialista el interés personal no es, para la masa de los hombres, el interés del pequeño propietario, sino el del trabajador; que el interés material que surge de las bases del socialismo es la palanca que impulsa el ascenso de la economía nacional, eleva la productividad del trabajo en la producción social; sirve de medio de lucha contra la actitud deshonesto respecto del trabajo; de medio de educación en el espíritu de la disciplina socialista del trabajo. Ese interés material personal no frena, sino impulsa el desenvolvimiento de los métodos comunistas para la edificación de la nueva sociedad y el desarrollo de las diversas formas de emulación socialista, que ejerce enorme influencia en el progreso de la industria y la agricultura. Sin este interés de cada uno en el resultado de su trabajo es imposible conducir a millones de hombres hacia el comunismo, decía Lenin.

Y precisamente porque el interés personal del trabajador no se contrapone, en el aspecto fundamental y decisivo, al interés de la sociedad, sino que sirve a la misma (lo que es posible sólo en una sociedad donde impera la propiedad social sobre los medios de producción), las exigencias morales de solidaridad y abnegación a la causa común de la lucha por el comunismo no se apartan de la vida, sino que tienen enorme significación vital y han penetrado firmemente en la conciencia de las amplias masas populares. "En la sociedad socialista —se afirmó en el XXI Congreso del PCUS— aumen-

ta constantemente el entusiasmo laboral y adquieren cada vez mayor importancia los estímulos morales del trabajo."<sup>42</sup>

Esto no excluye en modo alguno, sino por el contrario presupone, una labor sistemática tendiente a elevar la conciencia de las masas, a darles una educación comunista para superar sus hábitos y tradiciones individualistas, penetradas del espíritu del interés privado, que les quedaron en herencia de la vieja sociedad. Es necesario conjugar el interés material con el desarrollo de los estímulos morales hacia el trabajo, con el incremento de la exigencia interna de trabajar por el bien de la sociedad, con la incorporación de los trabajadores a la emulación socialista, etc.

Semejante labor es tanto más necesaria cuanto que el socialismo no ha logrado aún superar la posibilidad de que los intereses personales se contrapongan a los sociales en cierta medida. La nueva sociedad, que después de prolongados dolores de parto ha nacido de la sociedad capitalista, "[...] presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad, de cuya entraña procede".<sup>43</sup> Estas "manchas congénitas" son sustentadas por el mundo capitalista, donde se encuentra su raíz económica. Al penetrar en nuestro país la propaganda del individualismo burgués, corrompe a algunas personas vacilantes y revive en ellas la conciencia de las viejas supervivencias. La deformación que en la práctica puede hacerse del principio socialista de distribución, las deficiencias en la labor de educación ideológica y económica y la infracción de la legalidad soviética pueden contribuir también a reavivar los vestigios del pasado. Nuestra sociedad cuenta con todas las premisas imprescindibles para superar esas supervivencias. Ha reducido ya a millones de hombres en el espíritu de nuestra ideología y nuestra moral, ha liberado de dichas supervivencias la conciencia de aquéllos. En el proceso de transición del socialismo al comunismo nuestra sociedad logrará enterrar para siempre los vestigios capitalistas del pasado.

La estructura social socialista consolida cada vez más el principio según el cual la conducta de los hombres no se regirá por la pre-ocupación de sus beneficios personales, sino por los intereses de los

<sup>42</sup> XXI Congreso extraordinario del Partido Comunista de la Unión Soviética, 27 de enero-5 de febrero de 1959, ed. Fundamentos, Buenos Aires, 1959, pág. 98. (Ed.)

<sup>43</sup> Marx y Engels. *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 458. (Ed.)

demás, por los de toda la sociedad. "El comunismo —decía Lenin— comienza allí donde los obreros de filas sienten la preocupación abnegada y más fuerte que la dureza de la vida —una preocupación abnegada y más fuerte que la dureza de la vida— de elevar la productividad, defender *cada púd de pan, de bión, de hierro* y de otros productos, destinados, no a los que trabajan y a sus familias, sino a personas extrañas, es decir, a toda la sociedad en su conjunto." 44

El contenido moral de la actitud comunista hacia el trabajo reside en que los trabajadores se preocupen solamente de sí mismos o de los más "próximos" (como enseña, por ejemplo, la moral cristiana), sino de las personas "extrañas", es decir, que sus desvelos extienden a los intereses de la sociedad.

Lenin escribía que "el trabajo comunista, en el más estricto y riguroso sentido de la palabra, es un trabajo gratuito en bien de la sociedad, un trabajo realizado, no para cumplir determinada obligación, no para tener derecho a ciertos productos, no de acuerdo con normas legales y establecidas de antemano, sino un trabajo voluntario, al margen de las normas, un trabajo realizado sin tener cuenta su remuneración, un trabajo realizado por el hábito de bajar en bien de la sociedad y de acuerdo con la actitud consciente (trasformada en hábito) ante la necesidad de trabajar para el común y, por último, un trabajo como exigencia del organismo sano." 45

En el socialismo no se dan todavía las condiciones para el trabajo comunista en el "sentido estricto y riguroso de la palabra". En esta etapa aún es preciso que exista el control por la medida del trabajo y la de su pago; es preciso que se aplique el principio de interés material del trabajador en el resultado de su propio trabajo. No obstante, surgen ya, y se desarrollan, los rasgos de la nueva actitud comunista hacia el trabajo. Ésta incluye, en primer lugar, el respeto a todo tipo de trabajo social útil, comprendido el físico, que en la antigua sociedad de clases era considerado indigno de una persona "instruida". En segundo término, significa hacer comprender a amplias masas de trabajadores que el trabajo tiene una importancia social y, junto con ello, infundirles la ambición de elevar la productividad del trabajo, no sólo con el objeto de obtener una remuneración mayor, sino en beneficio de todos, es decir, tomando como

punto de partida elevados motivos morales. Con este aspecto están vinculadas las aspiraciones de los trabajadores de dominar la nueva tecnología y métodos de avanzada para el trabajo, elevar la calificación profesional, promover la iniciativa creadora para aprovechar la técnica y la organización de la producción. En tercer lugar, significa la emulación por obtener mejores índices de trabajo, aplicar el espíritu de ahorro, reducir los costos de producción, etc. En cuarto término, imponer, voluntaria y concientemente, la disciplina del trabajo que no sólo requiere la observancia del orden de trabajo establecido, sino también nivelarse con los mejores modelos de trabajo así como también la ayuda recíproca, la colaboración, la preocupación por la causa común y el bien colectivo.

Un aspecto inseparable de la actitud comunista hacia el trabajo es la preocupación por cuidar y desarrollar la propiedad socialista, la lucha contra la actitud deshonesto hacia el trabajo y la disciplina laboral, combatir las actitudes anárquicas, el despilfarro y la negligencia con respecto a la propiedad social.

Todos estos rasgos de la nueva actitud hacia el trabajo y la propiedad social existen ya en la realidad soviética socialista. Fuera de los materializados en diversas formas de la emulación socialista de los trabajadores, en particular en las brigadas de trabajo comunista, cuyos miembros anhelan no sólo trabajar en el espíritu comunista, sino vivir de la misma manera, es decir, perfeccionar sus relaciones, observar las reglas de la vida colectiva y las normas morales comunistas, y superar los vestigios de las épocas pasadas, en que los hombres oprimidos e ignorantes buscaban el olvido en el alcoholismo, el desenfreno, etc. El partido comunista, el Estado soviético y las organizaciones sociales desarrollan y consolidan en la masa trabajadora, en particular en los adolescentes, todos estos brotes de la nueva actitud hacia el trabajo.

La nueva actitud hacia el hombre, hacia cada persona por separado, está indisolublemente ligada con el principio del colectivismo con la actitud comunista hacia el trabajo. El socialismo es enemigo del individualismo burgués y del egoísmo, y en tal carácter asegura el más amplio margen para el desarrollo de la personalidad.

Marx y Engels decían que la riqueza espiritual de una persona depende de la riqueza de sus actitudes reales.

El capitalismo liberó al individuo del régimen feudal y creó la socialización del trabajo, con lo cual amplió en gran medida el campo de la comunicación entre los hombres; creó el mercado nacional, :

44 Lenin, *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 420. (Ed.)

45 Idem, t. XXX, pág. 507. (Ed.)

luego el mundial, vínculos culturales universales, etc. Pero no eliminó la explotación. No hizo más que modificar las formas de la misma: sustituyó la explotación feudal, de servidumbre, encubierta con instituciones religiosas y políticas, por la explotación capitalista, desvergonzada, directa y dura. En el régimen capitalista la riqueza de las vinculaciones sociales constituye, a la vez, el dominio de las fuerzas sociales espontáneas (que han tomado forma material) sobre los hombres, la subordinación del hombre a esas fuerzas, al capital, al mercado, a la división espontánea del trabajo, etc. El individuo está puesto a ser aplastado por el azar experimenta constantemente horror ante esas fuerzas ciegas.

Por el contrario, el socialismo crea la riqueza de auténticas relaciones humanas y racionales, libera al hombre del poder de las fuerzas ciegas, de la explotación, la indigencia y el desempleo, del miedo al día de mañana, del temor a la idea de perder su pedacito de pan. Si la antigua sociedad constituyó un "sucedáneo de la comunidad", en lugar de ese sucedáneo el socialismo crea la colectividad que proporciona al hombre "los medios necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos".<sup>46</sup>

En el socialismo el hombre se convierte realmente en el más grande de todos los valores que existen en el mundo. La fórmula ética de Kant que reza "considerar al hombre no como un medio sino siempre como un fin", fue sólo una reivindicación abstracta que no llegó más allá del reconocimiento de la igualdad formal de los hombres. Pero en la práctica, en la sociedad burguesa la gente se habitúa a considerarse como un medio para sus fines personales.

En la sociedad libre de explotación el concepto "ser humano" en toda su verdadera significación, se aplica igualmente al hombre y a la mujer, a la gente de diversas naciones, de cualquier color, profesión, etc. La sociedad socialista vela por el hombre, facilita el trabajo colocando a su servicio la ciencia y la cultura, elevando el nivel de su bienestar, asegurando el desarrollo de todas las dotas naturales y la capacidad de cada trabajador.

Con el desarrollo de la sociedad socialista, con el paso al comunismo, crece constantemente la preocupación por el hombre. La entrada del país soviético en la etapa de amplia edificación de la sociedad comunista reveló con mayor claridad que nunca de qué manera puede velar la sociedad por el hombre, por su salud, por

<sup>46</sup> Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 82-83. (Ed.)

condiciones de su trabajo y su existencia, por la educación de la generación de adolescentes, por la aplicación social de las energías creadoras de la mujer, etc.

Pero allí donde la sociedad cuida del hombre, todos se educan en el espíritu de la preocupación por el bienestar común y el de su semejante. En el socialismo "aparece en primer plano la preocupación por el bienestar general del pueblo, y por el desarrollo multifacético de la personalidad humana en el marco de la colectividad, donde el hombre no es enemigo del hombre, sino su amigo y hermano".<sup>47</sup> Ello significa, precisamente, que el humanismo de las relaciones entre los hombres constituye un aspecto inalienable del principio del colectivismo. Sin embargo, los miembros de la sociedad socialista comprenden el humanismo de otro modo que los viejos humanistas burgueses.

Mientras el humanismo burgués se refería al hombre en general, el socialista percibe a los hombres reales, históricamente concretos, que pertenecen a diversas clases. Por ello, el amor hacia los hombres que predicán el humanismo socialista presupone el odio a los explotadores y la lucha contra ellos.

Mientras para los antiguos humanistas el hombre podía ser "bueno" incluso si no hacía nada útil para la sociedad y era un parásito, el humanismo socialista considera al parásito como tal en primer término, y exige que se eliminen las condiciones que engendran el parasitismo. Mientras el antiguo humanismo consideraba que el hombre oprimido salido de las masas trabajadoras era un ser que merecía únicamente lástima y conmiseración, el humanismo socialista lo trata como un ser que puede y debe luchar por la nueva sociedad, que debe contribuir a la edificación de ésta.

Dicho de otro modo, el humanismo socialista difiere del antiguo en que deposita auténtica fe en las energías y capacidad del hombre, en su futuro. Por ello exige luchar por la suerte de los hombres, y no pasividad. Por ello es exigente para con el hombre.

La medida en que se respeta al hombre es, a la vez, también la medida en que se es exigente con respecto de él, decía con justicia Makarenko, pedagogo marxista soviético. El respeto al hombre y la exigencia hacia él presuponen la crítica de sus defectos, el deseo de ayudarlo a liberarse de ellos y convertirse en un combatiente activo y conciente por la suerte de la humanidad.

<sup>47</sup> XXI Congreso del PCUS, ed. cit., pág. 53. (Ed.)



La exigencia hacia la conducta de los demás, es una condición inseparable de la exigencia hacia la propia conducta. El respeto a los méritos de los semejantes significa también respetar las cualidades propias. El respeto y las exigencias del hombre se basan en la fe en sus fuerzas y capacidades; reflejan el orgullo y el cariño que se le profesan. Asimismo, se basan en la fe en las fuerzas de la colectividad, en las relaciones fraternales que cohesionan y educan a los luchadores por la nueva sociedad.

La sociedad burguesa, basada en la competencia y la hostilidad mutua de los propietarios, no deja lugar a las relaciones fraternales. Éstas podían existir sólo en los restringidos límites personales entre cierta gente. Únicamente la lucha de la clase obrera dio vida a ese tipo de relaciones, y el socialismo las difundió a todos los ámbitos de la actividad humana. Sobre esta base crece y se eleva un nuevo hombre socialista que pronuncia con mayor frecuencia la palabra "nosotros", que "yo"; que contraponen la alegría y el orgullo que experimenta por los éxitos de la colectividad, de sus camaradas, a la mezquina ambición del individuo pequeñoburgués. En el socialismo se plasman de una manera nueva también los vínculos personales tales como el amor y la amistad; éstos se fundamentan en las relaciones sociales auténticamente humanistas, basándose en las cuales se educa al nuevo hombre en la fidelidad a los magnos ideales humanistas de la época.

El principio del colectivismo socialista está indisolublemente ligado con las relaciones humanistas, no sólo entre los hombres, sino también entre los pueblos. La lucha de la clase obrera por su emancipación y la edificación de la nueva sociedad transcurre dentro de los límites históricamente determinados de la patria. Esto quiere decir que la fidelidad a los intereses de la sociedad, a los de la clase obrera, es también la fidelidad a la patria misma, el respeto hacia las mejores tradiciones nacionales de su pueblo, el amor a su idioma, etcétera. En el capitalismo la clase obrera lucha para que en la patria se operen las transformaciones que la adecúen a los intereses de los trabajadores, para liberar al pueblo de toda opresión. Después de convertir a su patria al socialismo, los obreros y campesinos comenzaron a gobernar el país y a trabajar para él, a fin de asegurarle un amplio desarrollo económico y cultural, y defenderlo de los agresores con el coraje sin reservas que sólo puede despertar la lucha por una auténtica patria socialista. "Recuerden —escribía Engels— qué maravillas realizó el entusiasmo de los ejércitos desde 1792 a 1799 —

eso que aquellos soldados no lucharon más que por *una ilusión, por una patria imaginaria*— y comprenderán cuán poderosa puede ser la fuerza de un ejército que no combate por una ilusión, sino por un objetivo real y tangible."<sup>48</sup> Esta profecía de Engels fue confirmada de manera cabal por la experiencia de las guerras que libró el país soviético para defenderse de los intervencionistas en 1918-1920 y 1941-1945.

El Estado soviético y los países que integran el campo del socialismo constituyen un terreno propicio para el desarrollo de ese tipo particular de *patriotismo* que está orgánicamente vinculado con el *internacionalismo socialista*, con las tareas internacionales de la clase obrera, con la consolidación de la paz entre todos los pueblos, con el fortalecimiento de la solidaridad internacional de los obreros y trabajadores, con la lucha contra el yugo nacional y colonial. Los marxistas de todos los países contraponen la fraternidad entre los pueblos al "hipócrita y falso cosmopolitismo";<sup>49</sup> y luchan contra todos los prejuicios raciales, nacionalistas y cosmopolitas.

Los fundadores del marxismo destacaban la vinculación directa que existe entre el nacionalismo burgués y el cosmopolitismo con el principio individualista y egoísta que rige a la sociedad burguesa. Tanto el nacionalismo como el cosmopolitismo de la nación opresora constituyen una manifestación de su egoísmo con respecto a otros pueblos.<sup>50</sup> Por el contrario, los principios del patriotismo y el internacionalismo socialistas expresan la posibilidad y la necesidad de conjugar los intereses comunes de un pueblo dado con los de todos los pueblos; el amor a la patria con la fidelidad a la causa del progreso de la humanidad entera, a la causa de la libertad y la independencia de todos los pueblos. El pueblo de los países socialistas cumple su plan de desarrollo de la economía nacional impulsado por la conciencia patriótica y la conciencia de las obligaciones internacionales que lo ligan con los trabajadores de todos los países, con el movimiento comunista y obrero internacionales, con la causa de la lucha de los pueblos oprimidos por su independencia.

<sup>48</sup> Engels, "Discursos pronunciados en Elberfeld", Marx y Engels, *Obras completas*, t. II, ed. cit., pág. 539.

<sup>49</sup> Engels, "Fiesta de las naciones en Londres", Marx y Engels, *Obras completas*, t. II, ed. cit., pág. 587.

<sup>50</sup> Es preciso distinguir el nacionalismo de la nación opresora y el nacionalismo de la nación oprimida. Véase el libro: *XXVI años (1906-1932)* de la

El elevado contenido moral de estos principios revela, precisamente, que quienes combaten por el comunismo no sólo tienen en gran estima el destino de su patria, sino también el de todos los pueblos, el de la humanidad entera. Respetan los derechos, tradiciones y cultura de los demás pueblos en la misma forma que los del propio. Los hombres que combaten toda forma de opresión racial y nacionalista excluyen de su norma de conducta individual y su actividad social toda manifestación de soberbia, presunción e intolerancia nacionales, así como también cualquier sentimiento de estrechez, reserva y aislamiento propios de la mezquindad nacional; no pueden mantener las costumbres y normas atrasadas aunque se las presente como "tradiciones nacionales", etc. Bregan por asegurar el máximo de confianza y solidaridad entre los hombres a fin de organizar la vida de la sociedad sobre la base de los principios de la paz, la amistad y fraternidad de los pueblos libres. Las relaciones que imperan entre los pueblos de los países socialistas encarnan una forma concreta de esa fraternidad. El más elevado deber internacionalista para todos los que luchan por el comunismo es la preocupación por consolidar ese tipo de relaciones, afirmar la ayuda recíproca y la colaboración entre los países socialistas (según la fórmula "todos para uno y uno para todos"), mantener la unidad política y moral de esos pueblos, que es la unidad del movimiento comunista internacional.

Hemos visto que los principios de la moral comunista no son exigencias abstractas, sino que tienen una base histórica concreta y objetiva en las condiciones de vida y de lucha de la clase obrera, en el régimen socialista que libera al hombre de todas las formas de explotación y opresión.

Los principios de la moral, como los de cualquier otro tipo, son una "expresión teórica del movimiento práctico";<sup>51</sup> en el presente caso constituyen la expresión teórica de las relaciones que se plasman en las filas de los hombres que luchan por una nueva estructura social. Hemos señalado la intervencionalidad de estos principios, su unidad y su base social: la solidaridad y comunidad de los intereses

<sup>51</sup> Marx, "La crítica moralizadora y la moral crítica", Marx y Engels, *Obras completas*, t. IV, ed. cit., pág. 319.

de los trabajadores, la adecuación de los intereses personales a los sociales en la lucha por el comunismo. Es esta naturaleza común la que caracteriza tales categorías éticas como el deber, el honor, la conciencia y la felicidad.

Los críticos burgueses del marxismo afirman que la ética propia de esta doctrina, que acepta la existencia de una relatividad histórica en las normas morales, desecha por completo el concepto del deber como tal, que supuestamente sólo sirve para una moral "eterna".

En la práctica, la ética marxista no niega el deber, la conciencia ni el honor, sino únicamente asigna un nuevo contenido a dichos conceptos.

El defecto de muchos sistemas éticos antiguos, que desarrollaban el concepto del deber, reside en que formulaban el concepto abstracto del deber "eterno", sin vinculación alguna con la vida, es decir, con el contenido histórico concreto. Por ello, las exigencias del deber aplicadas a todos los tiempos y todos los pueblos tenían un sentido nulo en el aspecto práctico. Se consideraba que la fuente del deber era dios, o el mundo interior del hombre, tomado independientemente de las relaciones sociales.

La teoría marxista de la moral estima que la fuente del *deber* (del deber social en el sentido cabal de la expresión) no es dios ni la "naturaleza del hombre", ni tampoco la "voluntad autónoma" de Kant, independiente de las condiciones históricas concretas y, en general, del mundo real que existe en el tiempo y el espacio, sino las necesidades objetivamente maduras del desarrollo progresivo de la sociedad. En cada etapa de la lucha revolucionaria el partido marxista formula las obligaciones que se plantea a quienes luchan por el comunismo y a todos los hombres de avanzada, y brega para que esas obligaciones sean comprendidas como un deber moral.

En el discurso que Lenin pronunció en 1920, en el III Congreso de las juventudes comunistas, señaló cuál era el deber de la juventud en las condiciones de ese tiempo.

Después de destacar las perspectivas generales de la lucha por el comunismo, vinculadas con la creación de una tecnología superior, la electrificación del país, etc., definió inmediatamente las tareas prácticas más urgentes que debía emprender la juventud. Nuestro pueblo no sabe leer ni escribir, les decía, abóquense a la tarea de liquidar el analfabetismo, luchen por transformar a la Rusia ignorante en un país culto. Esta no es una labor fácil, pero si la emprenden todos juntos, el éxito será seguro y ustedes demostrarán que son komso-

moles, verdaderos comunistas. Tenemos escasez de provisiones, mu- nifestaba luego, en las fábricas y talleres impera el hambre; empiecen a trabajar en seguida en los huertos suburbanos, extiendan la superficie de los mismos, revelen espíritu de iniciativa, esfuércense por obtener resultados, y entonces cualquier trabajador dará fe de que son verdaderos komsomoles, que son comunistas. "Ser miembro de la Unión de Juventudes Comunistas es poner su trabajo y su inteligencia al servicio de la causa común. En esto consiste la educación comunista",<sup>52</sup> decía Lenin dirigiéndose a la juventud.

Desde esa época el país soviético avanzó a pasos gigantescos: creó la sociedad socialista y marcha seguro hacia el comunismo. Ahora la Unión Soviética se abre la grandiosa perspectiva de un continuo ascenso de la economía y la cultura, de la elevación del nivel material y cultural de los trabajadores. Pero estas tareas requieren que se pongan en tensión nuevas energías del pueblo para materializarlas, para llevar adelante la hazaña laboriosa. El deber del hombre y de la juventud de la URSS consiste, al igual que antes, en poner sus conocimientos y sus energías al servicio de la causa común del pueblo: elevar la productividad del trabajo, asimilar nuevas regiones, construir nuevas fábricas, centrales atómicas, térmicas, hidroeléctricas, etc.

El partido enseña que el camino de las hazañas, del romanticismo, no es únicamente el de las tierras vírgenes o la construcción de grandes centrales hidroeléctricas. La juventud debe recordar y cumplir los preceptos del legado leninista, que señalan que cada uno debe cumplir determinada tarea práctica del trabajo común, por más pequeña y simple que sea, en cualquier ciudad o aldea. Es importante que la juventud comprenda la relación que existe entre esas tareas pequeñísimas y la causa común de la edificación comunista de la actualidad —el cumplimiento del plan septenal para 1959-1965—, y tenga la noción de que al llevarlas a cabo cumple con su deber patriótico e internacional.

Para dar una definición más general del término *deber* podríamos decir que es la obligación que contrae el hombre frente a la sociedad (la clase, el partido, el Estado socialista, el pueblo, la humanidad) y otras personas.

El deber existe dondequiera el hombre está ligado a los demás por determinadas relaciones. Puede derivarse de las relaciones entre

camaradas, de la amistad, la familia, así como también con respecto a su propia clase, patria y partido, a determinado movimiento social y al Estado socialista.

Los fundadores del maxismo-leninismo y los jefes del partido marxista no consideraban que su actividad revolucionaria fuera un deber superficial, sino que veían en ella el sentido de su vida.

En una carta dirigida a un camarada de partido, Marx explicaba en los siguientes términos por qué no había respondido a la carta del primero: "¿Qué por qué nunca le contesté? Porque estuve rondando constantemente el borde de la tumba. Por eso tenía que emplear todo momento en que era capaz de trabajar para poder terminar el trabajo al cual he sacrificado mi salud, mi felicidad en la vida y mi familia. Espero que esta explicación no requiera más detalles. Me río de los llamados hombres 'prácticos' y de su sabiduría. Si uno resolviera ser un buey, podría, desde luego, dar las espaldas a las agonías de la humanidad y mirar por su propio pellejo. Pero yo me habría considerado realmente *impráctico* si no hubiese terminado por completo mi libro, por lo menos en borrador."<sup>53</sup>

En la polémica que Lenin desarrolló con Mijailovski señaló que la simpatía que los marxistas sienten hacia la clase obrera, el ansia de luchar por los intereses de ésta, no se desprenden de un deber abstracto, "puesto que ningún ser viviente *puede quedar al margen* de una u otra clase (tan pronto haya comprendido la correlación mutua entre ellas), no puede dejar de alegrarse con el éxito de esa clase, ni dejar de sentir amargura por sus fracasos; no puede dejar de sentir indignación contra los que se manifiestan hostiles a ella, contra los que ponen trabas a su desarrollo difundiendo concepciones atrasadas, etc., etc."<sup>54</sup> La categoría del deber que se convierte en causa personal por la convicción de quien lucha por el comunismo, adquiere, por ello mismo, un contenido moral.

En la lucha contra los populistas, Lenin tenía que demostrar el contenido objetivo del deber moral, que no devenía de un ideal abstracto, sino de las exigencias reales de la lucha por la democracia y el socialismo. En su lucha contra los economistas y sus continuadores, los mencheviques, Lenin subrayaba que, al cumplir su deber, el revolucionario debe saber anteponer los intereses de la causa común a

<sup>53</sup> Marx, "Carta de Marx a S. Meyer, de abril 30 de 1867", Marx y Engels, *Correspondencia*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1957, pág. 151. (Ed.)

<sup>54</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. II, págs. 521-522. (Ed.)

los personales, los intereses de clase a los de grupo, los intereses nacionales de los obreros a los temporales, ordinarios, los intereses de socialdemocracia rusa e internacional a los locales, a los de la amistad, etc. "[...] para nosotros ese deber de camaradería surge del deber ante la socialdemocracia rusa y ante la socialdemocracia internacional y no a la inversa".<sup>55</sup>

En la medida en que la conciencia del deber social se hace más necesaria la necesidad de darle cumplimiento se convierte para el hombre en una exigencia orgánica, en una costumbre, y queda menos margen para los conflictos que surgen, por un lado, entre el deber y el deseo y la inclinación y los lazos personales, por el otro. En este caso, ninguna inclinación personal impedirá que el hombre cumpla su deber sin vacilaciones, por más severas que sean las exigencias del mismo por más que difieran de los deseos personales.

Esto no significa, en modo alguno, que el deber nada tiene de común con las inclinaciones del ser humano, con sus deseos, etc., como lo exige la ética de Kant. Por el contrario, el apasionamiento por cumplir el deber es una importantísima premisa para su exitosa realización.

Del hecho de que, para los hombres que luchan con firmeza por un nuevo régimen, el deseo y el deber se funden de tal manera que no resulta ya preciso recordárselos, no debe deducirse que el concepto del mismo deje de ser necesario, ya que desempeña un enorme papel en la educación.

Es preciso que quienes se incorporan a un movimiento socialista progresista, en particular los jóvenes, aprendan a ser fieles a la causa común y consideren que este es su deber. En ese caso la disciplina, la autoridad de la opinión pública y las exigencias de la colectividad tienen enorme importancia.

El hombre aprende el concepto del deber por medio de la disciplina y la influencia que sobre él ejerce la colectividad. Cuando cumple con su deber en razón de la disciplina o las exigencias de la opinión social, llega a la conclusión de que las obligaciones que ha contraído ante la colectividad socialista constituyen para él un deber moral, y las lleva a cabo como un hábito.

El partido marxista inculca la conciencia del deber a todos los

<sup>55</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. IV, pág. 264. (Ed.)

que luchan por la causa del pueblo, a todos los que edifican el comunismo. Semejante conciencia sólo puede ser asimilada por los hombres que están unidos en una colectividad que cumple tareas sociales serias, y representa por sí misma una agrupación voluntaria de hombres libres. Donde no existen tales tareas, ni una colectividad de ese tipo, donde el hombre se ve obligado a cumplir determinadas obligaciones de manera superficial, por miedo al castigo o al hambre, tampoco existe conciencia del deber. Tal situación, según palabras de Marx, "no sólo debilita el sentimiento del deber, sino que lo paraliza por completo".<sup>56</sup>

Los enemigos del marxismo difaman a los partidos marxistas y a los Estados socialistas cuando dicen que en ellos el hombre cumple con sus obligaciones únicamente por la fuerza de la disciplina (la partidaria o la estatal) y el temor al castigo. No comprenden el simple hecho de que el partido marxista representa la unión voluntaria de quienes tienen idénticos ideales, que dentro del mismo la disciplina se consolida sobre todo "por la conciencia de la vanguardia del proletariado y por su fidelidad a la revolución, su firmeza, su espíritu de sacrificio y su heroísmo",<sup>57</sup> así como también por los estrechos vínculos que lo unen a las masas, y la acertada dirección política. Las masas siguen al partido porque se convencen por propia experiencia de que esa dirección es correcta; y sólo entonces manifiestan una predisposición sin precedentes para el heroísmo y el espíritu de sacrificio. Sería absurdo suponer que los obreros y campesinos de Rusia marcharon a la revolución y realizaron milagros de coraje en la lucha por el socialismo impulsados únicamente por las directivas, la disciplina, etc. Como es natural, movimiento alguno puede desarrollarse normalmente sin dirección ni disciplina, y la lucha por el socialismo, la edificación de una nueva sociedad, presuponen una disciplina férrea dentro del partido, una rigurosa disciplina en el trabajo estatal, disciplina en el ejército, etc. Pero, como ya lo hemos señalado, la disciplina sirve aquí como instrumento para educar a los hombres en el espíritu de fidelidad a los intereses comunes y al deber social; y desempeña ese papel, precisamente, porque la profunda base de la disciplina entre quienes luchan por el socialismo se funda en su devoción a la causa

<sup>56</sup> Marx, "Debates en el VI Landtag Renano (artículo tercero). Debates sobre la ley promulgada a propósito del robo de madera", Marx y Engels, *Obras completas*, t. I, ed. cit., pág. 139.

<sup>57</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 19. (Ed.)

de la nueva sociedad y la firme convicción de que esa lucha es históricamente justa y necesaria.

En la ética marxista el concepto *honor y dignidad del hombre* adquieren un nuevo contenido.

Los antiguos conceptos de honor y dignidad eran expresión del individualismo, que superponía los intereses personales (o corporativos y de casta) a los de la sociedad, a los de todo el pueblo. Según lo entendía el aristócrata, el honor coincidía con el respeto y la pleitesía, que constituían atributos del origen noble y de los privilegios vinculados con la posesión de extensas propiedades.<sup>58</sup> La burguesía redujo el concepto de la dignidad y el honor a la bolsa del dinero, a la riqueza. Mientras los aristócratas denominaban "pillo con dinero" al burgués sin honor, surgido del seno de la sociedad feudal, la burguesía estigmatizaba a los representantes de los primeros como hombres que se encubrían con la máscara del honor para ocultar su parasitismo y su ansia de placeres. Según Marx, estos ataques recíprocos revelan la verdad y constituyen una prueba tangible de la baja de ambas partes.

En las doctrinas morales teológicas e idealistas el honor y la dignidad del hombre eran mistificados y exaltados, destacando la esencia divina del mismo (el hombre es la "imagen de dios"); se representaban como dignidad de la personalidad abstracta, como un fin en sí, etc. Todo ello servía para encubrir y consagrar la verdadera humillación de que es objeto el hombre trabajador en la sociedad explotadora.

<sup>58</sup> Semejante concepción del honor alimentaba inevitablemente una ambición exagerada y hacía temer más que a la muerte cualquier atentado u ofensa. En la novela de Kuprin intitulada *El duelo* se demuestra, por ejemplo, qué significaba el honor de un oficial. Junto al contenido positivo (la fidelidad al deber militar, etc.) había en ella mucho del sentido de casta, ajeno al pueblo. Ese "honor" les hacía observar continuamente con recelo a su alrededor, diciéndose: ¿Y si alguien me ofende de pronto? ¿Es un civil? ¡Pues entonces mátalos en el acto! ¿Es uno de los míos, un oficial? Pues entonces a batirse, porque sólo con la sangre se puede borrar una ofensa inferida al honor. Y en aras de ese honor se podía sacrificar incluso el deber militar.

El sentido sano del honor era propio, fundamentalmente, del pueblo trabajador y también de los hombres ligados con el pueblo, y reflejaba la preocupación de conservar el buen nombre en el pueblo (el sentido del honor se expresaba en la fidelidad conyugal, el amor al trabajo, la fidelidad a las propias obligaciones, etc.). Pero en la sociedad de clases ese sano sentimiento era desfigurado permanentemente y las condiciones de explotación y opresión lo aplastaban.

El capitalismo elevó la dignidad del trabajador porque lo liberó de las cadenas feudales, pero le impuso la nueva carga de la explotación. Por ello, los fundadores del marxismo vinculaban la elevación de la dignidad en los hombres oprimidos por el capital con la lucha contra la explotación, con el apasionado sentimiento de indignación revolucionaria sin el cual "no habría esperanzas siquiera de que el proletariado se emancipara".<sup>59</sup>

En el socialismo, que libera al hombre de todas las formas de explotación y opresión, la dignidad del hombre se eleva como nunca lo fuera hasta el presente. Nada tiene de común con la riqueza, los privilegios, etc., y por ello no necesita de las mistificaciones idealistas o religiosas.

En el socialismo la dignidad del hombre se mide por su trabajo y su actitud hacia el mismo. En este régimen el trabajo es una causa de honor; el amor al trabajo y los éxitos en éste reflejan realmente la dignidad del hombre y sus relaciones con la colectividad socialista. En el trabajo el ser humano aprende a sentirse miembro de la numerosa familia socialista, del ejército mundial del trabajo, dueño y edificador de la nueva sociedad. Esta nueva autoconciencia de los trabajadores, esta conciencia de que son miembros de la gran familia de quienes edifican la nueva sociedad, es el sentimiento de honor y dignidad de los hombres de la sociedad socialista. Esta conciencia se manifiesta no sólo en el trabajo, sino también en las batallas que se libran contra los enemigos para defender la patria socialista. El combatiente soviético que presta juramento se compromete a defender a su patria "con valentía y destreza, con dignidad y honor, sin escatimar su sangre ni su propia vida para lograr la victoria sobre el enemigo".

El honor del ciudadano y del militar soviéticos, del miembro del partido marxista, es más alto cuanto mejor cumple con su deber (civil, militar o partidario), es decir, las obligaciones que surgen del lugar que ocupa en determinadas condiciones históricas de la lucha por el comunismo. Esto significa que la comprensión profunda y el cumplimiento honesto del deber social, vinculados en la labor de edificar el socialismo y los combates contra los enemigos de la patria, constituyen una base y un criterio para el honor de los trabajadores en la sociedad socialista. El cumplimiento del deber social reporta el reconocimiento de la opinión que sobre la actividad de ese hombre se

<sup>59</sup> Engels, "La jornada laboral de diez horas", Marx y Engels, *Obras completas*, t. VII, ed. cit., pág. 238.

forma en la sociedad, lo que, a su vez, eleva la autoestimación y la conciencia de la dignidad personal.

El sentimiento del honor, como el del deber, pueden aumentar y afirmarse únicamente en una colectividad cuando se cumplen tareas de significación social. Este es un hecho que fue ratificado de manera convincente por la experiencia recogida en la edificación de la nueva sociedad en la URSS. Sea cual fuere el lugar que ocupe el hombre soviético, siempre es miembro de una colectividad determinada, y cumple tareas comunes en un sector dado de la edificación socialista. Se esfuerza porque esa colectividad (fábrica, institución, koljós o unidad militar) lleve a cabo con dignidad las tareas que se le plantean; lucha por el honor de su frente de trabajo y considera que ese honor es el suyo propio. Responde no sólo por sí mismo, sino por los demás; se enorgullece por los éxitos que obtiene su colectividad, sufre por sus fracasos, critica sus defectos, ansía que obtenga buena reputación en la sociedad soviética. Su honor personal está indisolublemente unido con el de la colectividad que lucha por dar cumplimiento a las tareas de todo el pueblo en su propio sector. En este terreno no contraponen los intereses de la primera a los del pueblo y el Estado socialista, cuya honra tiene en particular estima porque se trata de su propio Estado, de la patria socialista, con cuyo crecimiento y consolidación están ligadas las mejores esperanzas de la humanidad.

De lo que antecede no debe extraerse la conclusión de que el hombre soviético es indiferente al reconocimiento de sus méritos personales. Tal sentimiento significaría una actitud apática con respecto a la valoración de su propio trabajo o sus proezas por parte de la sociedad.

El ser humano educado en el espíritu del colectivismo socialista tiene una sensibilidad particular con respecto a la opinión social. El deseo de que la sociedad lo reconozca, apruebe y honre son partes integrantes de los esfuerzos que realiza en aras del bienestar general. Por ello el soviético experimenta una profunda y sincera alegría cuando se entera que su trabajo es aceptado y merece tal o cual recompensa. Pero ese deseo de alcanzar la aprobación de la sociedad en hombres cuyas vidas están estrechamente ligadas con la colectividad no se transforma en egoísta ambición personal, no sufre las deformaciones tan típicas para los hombres de la sociedad explotadora. La sociedad socialista combate las ambiciones mezquinas y vulgares, que contraponen los intereses personales a los sociales; condena la pre-

misión y la vanidad, originadas siempre por la separación de la colectividad.

Los hombres de la sociedad socialista no son indiferentes a lo que de ellos se dirá después de su desaparición. El soviético aspira a dejarse un buen nombre, quiere que se lo recuerde como un miembro digno del noble ejército de los que edifican el comunismo. Pero sabe que para ello es preciso servir bien a los intereses de la sociedad. Quien sólo vive en aras de lo personal no dejará recuerdo alguno tras sí. El pueblo sólo conserva el nombre de los hombres que vivieron para los intereses de la sociedad, de los que sirvieron honestamente a la causa común.

El concepto *conciencia* está estrechamente ligado con el deber y el honor. La ética marxista-leninista rechaza tanto la negación materialista vulgar de la conciencia (surge del reconocimiento de la necesidad fatal que supuestamente actúa en el mundo y no admite siquiera una libertad relativa para los actos del ser humano), como la definición idealista de que la conciencia es un criterio abstracto del juicio moral, o un acusador ubicado por encima del ser humano e independiente de la situación histórica y de las clases, y que representa el supuesto testimonio de una ilimitada libertad para la voluntad humana. Hemos visto que la interpretación marxista-leninista de la necesidad no excluye en absoluto la actividad conciente, la valoración de las actitudes, ni la conciencia. Pero esta última no es un concepto al margen de la historia. No fue dada al hombre por su "naturaleza", ni puesta dentro de aquél por dios. Como lo enseñaban los fundadores del marxismo-leninismo, para los ricos la conciencia es una, para los pobres es otra. "El republicano tiene una conciencia distinta a la del realista; el rico, una diferente a la del pobre; la del ser que piensa no es igual a la del que no sabe pensar."<sup>60</sup> La conciencia de los ricos está limitada por la propiedad privada y los privilegios, y por ello Marx decía que "la conciencia de los privilegiados" es "una conciencia privilegiada" y se burlaba de los hombres que aconsejaban a los revolucionarios que si caían en manos de la justicia confiaran en la conciencia de los jueces, pertenecientes a la clase privilegiada, porque la auténtica conciencia, la que no sufre las limitaciones de la "censura", es algo que esos jueces desconocen.<sup>61</sup>

<sup>60</sup> Marx y Engels, "El proceso a Gotschalk y sus camaradas", *Obras completas*, t. VI, ed. cit., pág. 140.

<sup>61</sup> En el medio social donde impera la pasión por las riquezas y el avarismo, la conciencia es sustituida con facilidad por una decencia pura-

La conciencia es el sentimiento de la responsabilidad moral por la propia conducta respecto de los demás hombres y de la sociedad (clase), por el destino de los semejantes, del pueblo de su patria (clase) y de la humanidad; en consecuencia, es la apreciación de la conducta, los pensamientos y actos de uno mismo. El resultado de esta apreciación provoca, según el tipo de conducta que se lleve, un sentimiento de satisfacción moral o de vergüenza. En la lucha contra los defectos, el sentido de la vergüenza es muy importante, porque "la vergüenza es un tipo de ira que se refleja hacia el interior de uno mismo".<sup>62</sup>

Cuando la educación del hombre responde a determinadas reglas morales, hasta el punto de que éstas se convierten en una parte orgánica de sus rasgos espirituales, su conciencia no le permite cometer actos que se opongan a la moral. Ese hombre no necesita de la presión exterior para proceder de acuerdo con la moral. En este aspecto la conciencia no sólo es un medio para enjuiciar los actos, para corregirlos, etc., sino también una forma de elegirlos. La formación de la conciencia es una de las tareas más importantes de la educación moral.

El concepto conciencia, al igual que otras categorías de la ética, no se aplica únicamente a los actos de los individuos aislados, sino a los de clases y partidos enteros. "[...] si la nación entera experimentara realmente el sentido de la vergüenza, se asemejaría a un león que se encoge para disponerse a saltar"<sup>63</sup>; así soñaba Marx a comienzos de la década de 1840 el despertar en los alemanes del sentimiento de la vergüenza nacional por su lastimosa situación. Lenin comprobó más de una vez que sus adversarios políticos del campo de la reacción carecían de un sentido auténtico de la conciencia. Con ese motivo demostraba en 1905 que la "conciencia" política de los kadetes<sup>64</sup> les servía para arrastrarse ante la reacción y embotar la conciencia revolucionaria del pueblo.

La conciencia, como el criterio moral en su conjunto, puede

nente exterior, para la "opinión pública", que con frecuencia se parece a la opinión de la "Princesa María Alexéievna", personaje de Griboiédov.

<sup>62</sup> Marx, "Cartas de Deutsch-französische Jahrbücher", Marx y Engels, *Obras completas*, t. I, ed. cit., pág. 371.

<sup>63</sup> Idem.

<sup>64</sup> *Kadetes*: miembros del Partido Demócrata Constitucionalista, organización política de la burguesía monárquica liberal de Rusia, constituido en octubre de 1905. (Ed.)

desarrollarse en realidad solamente en la gente que vive por los intereses del pueblo y lucha por ellos. Parafraseando las palabras del conocido pedagogo soviético Makarenko, podríamos decir que cuanto más numerosa es la colectividad por cuya suerte el hombre siente una responsabilidad moral, tanto mayor será el grado de desarrollo de su conciencia. En la sociedad socialista la conciencia no es ahogada por el despotismo del capital, no conoce los conflictos con la ley (porque el Estado socialista y sus leyes sirven a los trabajadores), no se subdivide en conciencia personal y conciencia civil.

Una gran conquista del socialismo es que en este régimen las normas morales y las jurídicas no entran en contradicción entre sí, sino que coinciden, por cuanto el Estado socialista refleja los intereses de los trabajadores. En la sociedad explotadora la situación es distinta, dado que el Estado, sus normas legales y las leyes representan los intereses de la minoría explotadora de la sociedad y a menudo entran en contradicción con las exigencias morales de las masas trabajadoras.

La opinión pública de la colectividad socialista adquiere enorme importancia en la educación del sentido de la conciencia moral del individuo. Allí predomina la unidad en los conceptos morales. Y, por cuanto los conceptos morales de un miembro aislado de la sociedad no se apartan, en principio, de los de la colectividad socialista, por regla general la conciencia no entra en conflicto con la opinión pública, sino que es apoyada por ésta. Como es lógico, suele suceder también que un sector dado de la sociedad socialista juzgue injustamente los actos de un individuo. Algunas veces éste tiene más razón en un caso particular que el primero. Pero, por lo general, es precisamente la colectividad quien ayuda al individuo a encontrar el camino justo, a enjuiciar con acierto sus actos cuando aquél está desorientado. En tales circunstancias le señala las contradicciones que existen entre las exigencias morales de la sociedad y su proceder, o la contradicción entre sus palabras y sus actos. En uno y otro caso la colectividad despierta la conciencia, la fortalece, ayuda a comprender los defectos personales, autocriticarlos y enmendarse. La condena, más o menos severa, de las culpas por parte de la colectividad, dependerá del carácter de ellas y de las circunstancias, y puede llegar hasta la manifestación abierta del desprecio hacia los hombres cuya moral está corrompida. Por otra parte, la colectividad puede estimular la actitud honesta del individuo con respecto a sus obligaciones, rodearlo de respeto, honores, etcétera.

Los millones de hombres del Estado soviético —seres cuya conciencia tiene un elevado desarrollo— nada saben de las transacciones con la conciencia, no conocen los remordimientos que experimenta mucha gente progresista de los países capitalistas —ingenieros, científicos, artistas, etc.— cuando ven que su trabajo es arrastrado a la lucha de la competencia y puesto al servicio de los intereses egoístas de algún “poderoso del mundo”. El hombre soviético tiene conciencia de que la causa a la que sirve es históricamente justa, y ello contribuye a que la conciencia de cada miembro de esa sociedad sea una parte integrante de la conciencia de todo el pueblo.

Los hombres que luchan incansablemente por el progreso de la humanidad, los comunistas, representan en todos los países el honor y la conciencia de las masas populares, porque son la expresión de todo lo que el pueblo considera justo, porque sus palabras no se apartan de sus hechos, porque no engañan al pueblo, sino que lo sirven con la fe y la verdad, porque los comunistas son los luchadores que más se arriesgan por los intereses del pueblo.

Asimismo la concepción marxista-leninista de la *felicidad* es inseparable de la lucha por los intereses del pueblo. El ideal de la “felicidad pequeñoburguesa” del individuo satisfecho, que no conoce otras preocupaciones que las propias y la codicia, es ajeno a los hombres que luchan por el comunismo, como lo es la idea santurrón de que la felicidad está dentro de nosotros mismos o más allá, en el reino de los cielos. La felicidad personal del hombre que lucha por el comunismo está orgánicamente vinculada con la felicidad de millones de seres y toma sentido moral únicamente cuando existe esa ligazón. Su felicidad reside en que sus energías espirituales y físicas sean ampliamente utilizadas por la sociedad. Como es natural, para renovar esas energías se requieren condiciones materiales adecuadas que, en creciente medida, crea el régimen socialista. En los países capitalistas los obreros luchan por esta premisa imprescindible para la felicidad. Pero con ella no se agota el contenido de la felicidad en modo alguno. El hombre debe comer, pero como dice con justicia uno de los personajes de Gorki, con eso solo no basta. Tiene que encontrar la aplicación social más completa para su esencia humana; sin ello no existe la verdadera felicidad. El hombre soviético encuentra la forma de aplicar sus energías al trabajo en bien de la sociedad. El trabajo que produce todos los valores materiales y culturales, el trabajo creador al servicio del bienestar del pueblo, se ha convertido en fuente de auténtica felicidad para millones de soviéticos.

Por consiguiente, las más importantes categorías de la ética comunista expresan, desde diversos ángulos, la vinculación entre el individuo y la sociedad, la forma en que aquélla sirve a los intereses sociales y, al mismo tiempo, reflejan la exaltación del hombre, la preocupación por éste, la forma superior del humanismo.

Los principios y categorías de la ética marxista, comunista, no pueden ser únicamente materia de conocimiento y de estudio. El partido exige que la labor de educación ideológica que se realiza entre la juventud la ayude a “convertir los principios de la moral comunista en profunda convicción personal”. Sólo en esta forma los principios de nuestra moral servirán de fuerza motriz para los actos, y se prescindirá de la influencia exterior.

La convicción moral y los sentimientos del hombre (que se funden orgánicamente) que se materializan en la conducta, en la voluntaria observancia de determinadas normas morales —en los hábitos, en las tradiciones y en la exigencia orgánica de proceder de una manera determinada, y no de otra—, se convierten en cualidades morales de un hombre o en rasgos de su carácter. Cuando se dice que alguien es conciente del deber, se quiere destacar que la abnegación por el deber constituye el rasgo distintivo de sus convicciones morales, sentimientos y actos, una cualidad de su carácter, su perfil moral.

El internacionalismo y el patriotismo, el humanismo, el colectivismo, el amor al trabajo, el desarrollo de la conciencia, así como el sentido del deber, de la dignidad personal, el honor y la integridad, son cualidades morales de todo trabajador soviético conciente.

El hombre soviético tiene, asimismo, en gran estima cualidades morales tales como la sencillez y la modestia, la franqueza y la honestidad, que se desarrollan dondequiera exista la ayuda recíproca y la solidaridad entre los hombres. Pero cuando los actos son regidos por el egoísmo y el interés esas cualidades no pueden prosperar, porque generan inevitablemente la deshonestidad, la hipocresía, la presunción, el engreimiento, etc. Debe agregarse a lo expuesto que el concepto mismo de la honestidad fue distinto en los diversos sistemas éticos. Makarenko tenía absoluta razón cuando escribía: “El individuo aislado, que se muestra indiferente a los fenómenos sociales, no puede ser, en forma alguna, el eje lógico de nuestro código moral. Nuestra conducta se debe medir únicamente por los intereses de la colectividad y de cada uno de sus miembros.

“Por eso, incluso virtudes que llevan el mismo nombre, que aparentemente eran reconocidas en otros tiempos y que nosotros acepta-



mos, en el fondo son fenómenos distintos por completo. La honestidad del 'devoto' y la del comunista son, por principio, dos cosas distintas."<sup>65</sup>

Como es sabido, la honestidad presupone, por ejemplo, fidelidad a determinadas convicciones. Pero en el caso del individualismo, las convicciones pueden apartarse radicalmente de los intereses de los demás hombres. El "devoto" puede causar un daño enorme a los demás para salvar su alma. Y lo mismo sucede con cualquier otro individualista.

Más aun; tomemos una categoría moral como el *valor*, cualidad muy importante que debemos educar en nosotros mismos y en nuestra juventud. Pero el valor puede entenderse de distintas maneras. Analicemos un poema épico tan notable como la *Iliada*. Vemos allí diferentes tipos de valor en sus personajes. El de Héctor no se asemeja al de Aquiles: el primero es más humano y generoso porque su valor está impregnado de amor a la patria y a la familia.

En la filosofía antigua el valor es definido de diversas maneras, según Epicuro o los adeptos del estoicismo. Para el primero reflejaba el desprecio por los sufrimientos; para los segundos, la resignación ante el destino, o sea, una virtud netamente pasiva. Tal es el imaginario valor que ensalzaba y sigue ensalzando la religión.

En la ética de los populistas se exaltaba el valor de los personajes aislados. En la novela *Andrei Kozhujov*, su autor, Stepniak-Kravchinski, describía el valor del protagonista que se disponía a asesinar al zar; pero no revelaba que ese valor estaba unido al sentimiento de la predestinación, la desesperanza.

El auténtico valor, constante y firme, sólo existe allí donde se lucha por una causa que está vinculada estrechamente con el pueblo y se apoya en él. En esas condiciones el valor personal adquiere un carácter cualitativamente distinto; y el entusiasmo de las masas exalta el heroísmo de muchos, el heroísmo de masas. Lenin ha señalado que las primeras manifestaciones de heroísmo de masas en el trabajo fueron las de los que participaron en los sábados comunistas, y calificó esa actividad como la forma más difícil y superior del heroísmo. Escribía que la tarea de crear una nueva sociedad es incomparablemente más difícil que la de derrocar a la burguesía y que dicha tarea "no puede resolverse en modo alguno mediante un esfuerzo

<sup>65</sup> A. Makarenko, "La ética comunista", *Obras completas*, ed. APN de la RFSSR, 1958, pág. 433.

heroico aislado, sino que exige el heroísmo más sostenido, constante y difícil del trabajo de masas *cotidiano*".<sup>66</sup> De esta naturaleza es el heroísmo que despertó y encumbró el país del socialismo victorioso.

Vimos ejemplos de heroísmo de este tipo en los días de la guerra del pueblo soviético contra los invasores fascistas; lo hemos presenciado y lo seguimos presenciando en las construcciones, en la gigantesca tarea de roturar las tierras vírgenes, etc. No es el heroísmo del impulso, de la presión, sino el heroísmo constante, fruto de una tensión sostenida. Este heroísmo no responde únicamente a circunstancias excepcionales: es el heroísmo cotidiano, cuyas manifestaciones abundan en nuestros días y pueden verse en cada fábrica o koljós. Nuestro partido educa a la juventud en el espíritu de ese heroísmo cotidiano, es decir, en la labor tenaz en cualquier frente de trabajo. Y la tarea reside en saber apreciar a primera vista ese heroísmo imperceptible y destacarlo como un modelo moral.

Marx y Engels estudiaron los problemas del origen y el desarrollo de la familia a la luz de la interpretación materialista de la historia, y formularon, como conclusión, una serie de ideas profundas respecto de las *bases morales de la familia* en diversas etapas de su desarrollo. Demostraron que con la evolución de las condiciones materiales de la vida social cambian las formas de la familia, y, consiguientemente, se modifican también las normas morales que regulan las relaciones entre ambos sexos. El problema del matrimonio y la familia fue explicado con claridad y en forma ejemplar en el trabajo de Engels intitulado *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*.

Como lo han demostrado los estudios científicos sobre la sociedad, en los albores de la historia las relaciones entre los sexos eran totalmente irregulares y la familia no existía. Más adelante surge la familia consanguínea, en la cual los padres y los hijos son excluidos de las relaciones matrimoniales, en tanto que los hermanos y hermanas pueden continuar siendo, como antes, marido y mujer, cosa completamente admitida por la moral primitiva. "En los tiempos primi-

<sup>66</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 416. (Ed.)

tivos, la hermana era esposa, y esto era moral",<sup>67</sup> decía Marx en respuesta a la gente que tergiversaba la moral de la época primitiva y la interpretaba con el criterio que se tiene en nuestros días sobre el matrimonio. Más tarde aparece una nueva forma de familia ("punalúa"), donde el matrimonio continúa siendo por grupos, pero del mismo se excluyen ya los padres y los hijos, y luego los hermanos y hermanas con distinto grado de parentesco (primos carnales, primos segundos y primos terceros, etc.). Refiriéndose a afirmaciones de algunos científicos burgueses sobre el carácter "ilegal" o amoral de los matrimonios "punalúa", Marx señaló que el hombre de aquella época habría considerado incestuosos los matrimonios que en la actualidad se contraen entre parientes cercanos o lejanos y, por consiguiente, los habría reprobado. Después de varias etapas intermedias (que excluían a nuevos grupos de parientes de las relaciones matrimoniales), el matrimonio por grupo cedió su lugar a la unión conyugal por parejas, muy poco sólida en un principio. Este fue el comienzo histórico de la actual familia monogámica.<sup>68</sup>

Mientras en todas las formas de la familia por grupo la descendencia sólo se establecía por la línea materna (por cuanto no podía saberse quién era el padre de la criatura), el paso a la familia de nuevo tipo modificó la situación de manera radical. En la unión conyugal, y posteriormente en la familia monogámica, a la par que se conoce a la madre del niño, se sabe quién es el padre. A medida que aumentaban las riquezas y se concentraban en manos de determinadas familias, el hombre fue ocupando una posición más influyente. El "derecho materno" (es decir, cuando la descendencia sólo contaba por la línea materna y lo mismo sucedía con la herencia de los bienes) fue debilitándose cada vez más, hasta que, finalmente, fue reemplazado por el "derecho paterno". Esa fue, según Engels, "[...] la gran

<sup>67</sup> Engels, "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 580. (Ed.)

<sup>68</sup> En la actualidad la etnografía ha introducido numerosas e importantes enmiendas en el esquema de desarrollo de la familia de la sociedad primitiva que describía Engels en la obra citada, sobre la base de las investigaciones del científico norteamericano L. Morgan. Por ejemplo, se pone en duda que haya existido la familia consanguínea y la "punalúa", de la cual nace directamente la gens. No obstante, los datos nuevos sobre el desarrollo de las relaciones familiares y matrimoniales no sovacaron, sino que por el contrario, confirmaron la tesis de que la familia se fue formando sobre la base de relaciones irregulares entre ambos sexos y el matrimonio de grupo, y de este último estado pasó a la unión conyugal por parejas y la monogamia.

*historia del sexo femenino en todo el mundo.* El hombre ayudó también las riendas en la casa; la mujer se vio degradada, convertida en la servidora, en la esclava de la lujuria del hombre, en un simple instrumento de reproducción".<sup>69</sup>

La familia monogámica surge cuando el régimen de la comunidad primitiva se transforma en sociedad de clases. "[...] el primer antagonismo de clases que apareció en la historia coincide con el desarrollo del antagonismo entre el hombre y la mujer en la monogamia; y la primera opresión de clase, con la del sexo femenino por el masculino".<sup>70</sup>

La familia monogámica debe su aparición a la necesidad de conservar y heredar la propiedad, y constituye un gran adelanto en la evolución de la familia. En el aspecto moral este progreso puede resumirse en que, a diferencia del matrimonio de grupo, los cónyuges se eligen entre sí por inclinación recíproca, la que, no obstante, no se convirtió en la razón fundamental para contraer matrimonio. "En la práctica y desde el principio —escribía Engels—, si había alguna cosa inconcebible para las clases dominantes, era que la inclinación recíproca de los interesados pudiese ser la razón por excelencia del matrimonio. Esto sólo pasaba en las novelas o en las clases oprimidas, que no contaban para nada".<sup>71</sup>

El amor del caballero del medievo, tan ensalzado por los poetas, no fue, ni por asomo, amor conyugal. Este último era con mayor frecuencia una excepción que una regla. A la mujer se le exigía fidelidad a su cónyuge; por su parte, al hombre, la deshonor de una mujer sólo le ocasionaba una "honra tentadora". Según Engels, "para un caballero o el barón, como para el mismo príncipe, el matrimonio es un acto político, una cuestión de aumento de poder mediante nuevas alianzas; el interés de la casa es lo que decide, y no las inclinaciones del individuo".<sup>72</sup> El matrimonio era concertado por los padres de los contrayentes, y lo más común era que los novios no se conociesen siquiera.

En el período de la lucha contra el feudalismo la burguesía calificaba de amorales los matrimonios que no se realizaban en base al amor recíproco y el libre acuerdo de los esposos. Pero con el de-

<sup>69</sup> Engels, "El origen de la familia...", ed. cit., pág. 591. (Ed.)

<sup>70</sup> Idem, pág. 596. (Ed.)

<sup>71</sup> Idem, pág. 604. (Ed.)

<sup>72</sup> Idem, pág. 603. (Ed.)

recho a concertar los matrimonios por amor como derecho inalienable del hombre, resultó en el capitalismo lo mismo que con todos los demás derechos del hombre: se redujo a palabras o quedó sobre el papel, y tuvo incluso menos posibilidades de concretarse que otros "derechos" aparentes. Como lo señalaba Engels, mientras otros derechos (la libertad, la igualdad, etc.) tenían una significación concreta para la clase dominante, y en la práctica quedaban reducidos a la nada para la clase oprimida, el matrimonio por amor y libre acuerdo de las partes fue posible justamente en la clase oprimida, que carecía de propiedad privada sobre los medios de producción. Cuando el amor no constituye la base del matrimonio y la familia, "la vida familiar es algo *inanimado*, una *ilusión*". Y a eso queda reducido, con frecuencia, el matrimonio burgués, donde "el tedio y el dinero" son los vínculos que unen a los esposos.

Con respecto a la clase obrera oprimida, en ese medio se conserva la posibilidad de formalizar un matrimonio basado en el amor y la familia normales, porque los proletarios no están ligados por la propiedad privada ni tienen la preocupación de conservarla o recibirla en herencia. Pero el capitalismo ejerce su influencia también en la vida familiar de los obreros: por las condiciones de vida, el proletariado está condenado muchas veces a no tener familia, los hijos de los obreros son vendidos a las fábricas, sus mujeres se incorporan a la producción y no pueden cumplir con las obligaciones familiares, educar a sus hijos, etc.

Engels escribía que, aunque el hecho de incorporarse las mujeres a la producción constituye un fenómeno progresista, es muy frecuente que en el sistema capitalista el mismo sea la causa de que el hombre, robusto físicamente, sea despedido de su trabajo y se convierta en ama de casa, en tanto que la débil mujer asume el cargo de cabeza de familia. Esta absurda situación, "[...] que castra al hombre —escribía Engels— y roba a la mujer su femineidad, sin que esté en su poder el dar al hombre una real femineidad ni a la mujer la real masculinidad; estas condiciones, que degradan a los dos sexos, y en ellos a la humanidad, son la última consecuencia de nuestra altamente elogiada civilización [...]"<sup>73</sup>

El adulterio y la prostitución son un complemento inevitable del matrimonio en el medio de las clases explotadoras dominantes, donde

<sup>73</sup> Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, ed. cit., pág. 150. (Ed.)

los cónyuges no están ligados por el amor, sino por el interés, y los burgueses tienen a su servicio a jovencitas y mujeres que no cuentan con medios de vida. En la sociedad burguesa la "trata de blancas" es una forma legal o clandestina de comercio.

En esa sociedad la lucha contra la prostitución es falsa de punta a punta. Se realiza con la ayuda de la religión y la policía. Es una lucha inútil en la práctica, porque ignora por entero las causas sociales de ese mal y desconoce el hecho de que la burguesía lo alienta. Es el burgués, justamente, quien formula la "demanda por la mujer" y ve en ella sólo un medio para satisfacer su lujuria. "La consideración de la *mujer* como botín y sirvienta de la lujuria colectiva expresa la infinita degradación en que el hombre existe para sí [...]"<sup>74</sup> — escribía Marx. El capitalismo de nuestros días lleva ese envilecimiento hasta el extremo, pues transforma el arte y la literatura, la televisión y la radio, en un medio para lograr la degradación sexual de los hombres. Nada tiene de extraordinario que la corrupción sexual haya penetrado profundamente en el seno de la sociedad burguesa, influyendo para que el matrimonio sea cada vez más inestable; este hecho es comentado con alarma por numerosos sociólogos burgueses contemporáneos.

Los clásicos del marxismo-leninismo anticiparon que cuando se elimine la explotación del hombre por el hombre, y la mujer se incorpore a la producción social como miembro libre de la sociedad socialista y con igualdad de derechos, el matrimonio dejará de ser una transacción (comercial, política, etc.), tal como fue y lo es todavía en el ámbito de las clases explotadoras, y junto con él desaparecerán el libertinaje y la prostitución, elementos inseparables de semejante matrimonio. La monogamia será entonces íntegra y real; crecerá "[...] una generación de hombres que nunca se habrán encontrado en el caso de comprar a costa de dinero, ni con la ayuda de ninguna otra fuerza social, el abandono de una mujer; y una generación de mujeres que nunca se habrán visto en el caso de entregarse a un hombre en virtud de otras consideraciones que las de un amor real [...]"<sup>75</sup> Esta profecía se convierte en realidad en nuestra época en los países que se han liberado del yugo del capitalismo.

<sup>74</sup> Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, Empresa Editora Austral Ltda., Santiago de Chile, 1960, pág. 100. (Ed.)

<sup>75</sup> Engels, "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 606. (Ed.)

La Gran Revolución Socialista de Octubre derrocó el poder de los capitalistas y terratenientes y anuló las leyes que consolidaban la deprimente situación de la mujer. Con ello la mujer obtuvo la igualdad de derechos. La victoria del socialismo, la liquidación de las clases explotadoras, así como también la miseria y la desocupación, la incorporación en vasta escala de la mujer a la producción y la actividad social, la difusión de las formas sociales de educación de los niños, las comedidas en los comedores públicos, etc., modificaron sustancialmente la situación de la mujer. La soviética se libera cada vez más de la dependencia del hombre en el aspecto material y en cuanto a la esclavitud de las tareas domésticas y se convierte en su igual tanto desde el punto de vista legal como del práctico. Con tal motivo desaparecen todas las trabas que pueden impedir la libre elección de los esposos y el matrimonio por amor. La familia se convierte en un terreno fértil para el desarrollo de la auténtica dignidad humana del hombre, al igual que de la mujer; y se forman relaciones auténticamente humanas entre los cónyuges, así como entre padres e hijos.

Aun cuando la influencia de consideraciones secundarias (materiales, etc.) no ha desaparecido todavía por entero, por cuanto en el socialismo se conserva cierta diferencia en el bienestar material y no se han superado las dificultades ni las insuficiencias de la vida diaria, y en la conciencia de los hombres subsisten todavía las supervivencias religiosas y otros prejuicios propios del capitalismo, de todos modos, al ser eliminada la explotación, la miseria y el desempleo sobre la base del modo socialista de producción, y con la incorporación de la mujer a la actividad social y la producción, esas consideraciones secundarias perdieron fuerza y destacaron al primer plano (en la mayoría de los casos como factor único) al amor como base moral del matrimonio. Cuando la sociedad socialista evolucione, cuando pase del socialismo al comunismo, esa base moral seguirá consolidándose y desplazará definitivamente todas las consideraciones secundarias. Al afirmarse esa base moral del matrimonio, se consolidará y fortalecerá el matrimonio mismo.

"Si el matrimonio fundado en el amor es el único moral, sólo puede ser moral el matrimonio donde el amor persiste",<sup>76</sup> escribía Engels. Esto quiere decir que, en determinados casos, la disolución del matrimonio no contradice las exigencias de la moral, sino, a la inversa, es dictada por consideraciones morales. Sin embargo, esta tesis

<sup>76</sup> Idem. (Ed.)

de Engels no niega, en modo alguno, la disciplina en el amor, ni justifica el "amor libre", en el sentido de pasar con ligereza de un objeto de amor a otro.

Cuando Engels habla de *amor* alude a un sentimiento profundo y serio, que nada de común tiene con los entusiasmos pasajeros a los que son tan afectos los hombres ociosos que forman las clases explotadoras. Engels dice abiertamente que el hombre que necesita un nuevo amor cada dos años "debe ser frenado" para que no complique su existencia ni la de los demás en "conflictos trágicos interminables".

En una carta que Lenin dirigió a I. Armand en 1915 a propósito del folleto que ella se proponía escribir sobre el matrimonio, le aconsejaba que suprimiera la exigencia de "amor libre", porque era de índole burguesa y no proletaria. Cuando se comprende por este concepto la libertad respecto de los intereses materiales, de los prejuicios religiosos, de la prohibición de los padres, de los prejuicios de la sociedad, etc., escribía Lenin, esa acepción no corresponde. Y si por él se entiende la libertad con respecto a la seriedad en el amor, a la procreación, al adulterio, etc., semejante "amor libre" es, por cierto, una exigencia burguesa. En la sociedad de clases se da a la reivindicación de amor libre este último sentido. No se trata de lo que una persona determinada entiende como "amor libre". "Se trata de la lógica objetiva de las relaciones de clase en las cuestiones de amor",<sup>77</sup> escribía Lenin.

¿Lógica objetiva de las relaciones de clase en las cuestiones de amor! ¿Qué moralista burgués no protestaría contra semejante forma de introducir la política en la existencia?

¿Se encontraría alguno que no objetara que el amor nada tiene de común con las clases, con la política, etc.? Sí, por cierto; el amor sexual es un sentimiento natural en el hombre, pero como es la sociedad quien lo educa, sus manifestaciones son diferentes en cada capa social. Como hemos visto, en el ambiente burgués dicho sentimiento es rebajado con frecuencia hasta el nivel de la lujuria animal. En la sociedad socialista se crean las condiciones para que el amor entre los sexos sea verdaderamente humano, es decir, un sentimiento sólido y serio, en el que el aspecto personal está ligado con el interés de la sociedad, con el nacimiento y educación de los niños, es decir, con la nueva generación destinada a edificar la nueva sociedad.

<sup>77</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXV, pág. 180. (Ed.)

Lenin censuraba la actitud poco seria con respecto al amor, condenaba de manera categórica a las personas desenfrenadas, que pierden el dominio de sí mismos y olvidan la autodisciplina. "La revolución —decía en una conversación con C. Zetkin— exige a las masas y al individuo toda su concentración y tensión de energías [...]. En la vida sexual el desenfreno es un rasgo burgués, un síntoma de descomposición. El proletariado es una clase en ascenso [...]. No necesita embriagarse con los arrebatos sexuales ni con el alcohol [...]. Autodominio y autodisciplina, no suponen esclavitud; hacen falta también en el amor".<sup>78</sup> Y expresaba al referirse a un joven: "¡Es magnífico y tiene mucho talento! A pesar de todo, temo que nada bueno saldrá de él. Se lanza de una aventura amorosa a otra, y eso no sirve para la lucha política ni para la revolución".<sup>79</sup>

El amor desinteresado, libre del egoísmo y de las ilusiones religiosas, como base moral del matrimonio y la familia soviéticos, supone amistad entre los cónyuges, respeto recíproco por las preocupaciones y que cada uno de los esposos considere que la felicidad del otro es la suya propia; dedicación a los hijos, a su educación, para hacer de ellos hombres y mujeres dignos de la sociedad socialista; fidelidad común de ambas partes hacia la gran tarea de edificar la sociedad comunista.

Un amor semejante puede recibir el calificativo de sublime, porque ennoblece a los esposos, consolida la unión conyugal, los hace mutuamente responsables, así como también por la familia y la educación de los futuros constructores de la sociedad comunista. Cuando los padres se oponen a la concertación de un matrimonio que se funda en un amor bueno y puro, o incluso destruyen una unión como esa inmiscuyéndose en ella sin necesidad, obran en el espíritu de las tradiciones deformes del pasado.

El amor y la conciencia del deber social son las bases fundamentales del matrimonio y la familia soviéticos. La familia sana y fuerte, nacida del amor, forma parte de la gran colectividad socialista en la sociedad soviética. Esa familia no contrapone sus intereses a los de la sociedad; los subordina a los de esta última. Por su parte, la sociedad se preocupa de los intereses de la familia y de consolidar sus vínculos, luchando contra la supervivencia de una actitud superficial con respecto a ella, contra la corrupción, la poligamia y otros vicios,

<sup>78</sup> C. Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*, Gospolitizdat, Moscú, 1955, pág. 50.

<sup>79</sup> Idem.

y combatiendo el concepto de que todo ello puede justificarse porque el matrimonio es "asunto privado".

La aspiración de separar la vida doméstica de la social es una escuela de la concepción burguesa que considera la vida personal y la familiar como un "asunto privado", sin vinculación con la vida social. La esencia de ese criterio es negar todas las obligaciones del individuo y la familia para con la sociedad, ocultarle las abominaciones de la vida burguesa, tales como la corrupción, la opresión de la mujer, etc.

La sociedad socialista no puede alimentar un concepto semejante sobre la familia. En ese sentido, respeta el amor serio y rechaza toda intervención mezquina e innecesaria en la vida personal o familiar; lucha también enérgicamente contra cualquier manifestación de inestabilidad moral que pueda aparecer en la vida diaria de algún miembro de la colectividad, pues ella reporta un grave perjuicio a éste, a sus familiares, a los que lo rodean y a los intereses de la sociedad. La experiencia ha demostrado que la voz de la sociedad, la fuerza moral de la opinión pública soviética, salva a muchas personas de dejarse llevar por la perversión.<sup>80</sup>

El marxismo ha rechazado categóricamente las recetas y métodos de educación moral propuestos por las doctrinas idealistas y teológicas. En *La Sagrada Familia* Marx pinta con vívidos colores el cuadro de deformación moral de un hombre educado en el espíritu de la religión. Demuestra cómo una educación religiosa consecuenta anula la personalidad paso a paso, y la adapta a las exigencias de la clase dominante. A este efecto toma el ejemplo de dos personajes de la

<sup>80</sup> Engels escribía que en el régimen comunista "las relaciones entre los sexos serán exclusivamente privadas y no afectarán más que a los intereses, en cuyas vidas la sociedad no tiene por qué inmiscuirse". (Engels, "Principios de comunismo", Marx y Engels, *Obras completas*, t. IV, ed. cit., págs. 336-337.) Los intentos que se han hecho en el sentido de apoyarse en esta tesis para defender la no intervención de la sociedad en las relaciones matrimoniales o familiares de nuestros días, carecen de fundamento. Engels vinculaba esas relaciones con la liquidación de la propiedad privada, con la educación de los hijos por la sociedad, con la desaparición de la dependencia de la mujer con respecto al hombre y de los hijos con relación a los padres. Por ahora tales condiciones no existen todavía. Tampoco todos los miembros

conocida novela de Eugenio Sue, *Los misterios de París*, en la que los críticos burgueses vieron una hazaña moral.

Uno de los personajes, el asesino, que en una época fue carnicero, se ha convertido en un "ente moral honesto" por la noble influencia de Rudolph, que personifica al representante de la moral cristiana. Por medio de lecciones prácticas Rudolph consigue convertir paulatinamente al asesino en un ser obediente que siente por su dueño el apego de un perro. En las siguientes palabras del ex carnicero: "Tengo un protector que es para mí lo mismo que dios para los sacerdotes; es como para postrarse de hinojos ante él" (palabras que sumieron en arrobamiento a un crítico burgués por considerarlas "un espléndido despertar" de la personalidad), Marx veía la degradación del individuo, la pérdida de toda independencia y personalidad, un "bulldo-guismo moral" que conviene a los señores de la sociedad burguesa.

El segundo personaje es la prostituta Fleur de Marie. A pesar de su humillante situación conserva en cierta medida su dignidad humana, y confía en emanciparse de las tristes condiciones en que la colocaron las circunstancias. Pero aquí aparece ese mismo Rudolph de "elevada moral" y la libera de ese mundo pecaminoso. Confía la educación de Fleur de Marie a un cura, quien le inculca que no debe considerar la actividad de Rudolph como simplemente humana, sino como una caridad divina. El sacerdote infunde a la muchacha la conciencia de que será eterna pecadora ante dios; le enseña la resignación, le promete que será recompensada por ello en el cielo, pero en la vida terrestre —según expresión de Marx— la convierte en esclava de sus pecados. Ella se entrega a dios sin reservas; se recluye en un convento, donde destruye su vida.

Marx demuestra que el aislamiento del hombre respecto del mundo real y su encierro en un mundo interior abstracto, es una consecuencia de la doctrina cristiana, que considera ese aislamiento del mundo exterior como un bien.

La doctrina religiosa recluye al hombre inevitablemente, si no en un convento real, por lo menos en uno ideal, en el convento de una noche impenetrable donde no penetra la luz del mundo exterior, "en el convento de una conciencia condenada a la inacción y de una

de la sociedad han alcanzado el grado de conciencia que se requiere para el comunismo. Hasta que se llegue a ello será necesario que las relaciones matrimoniales y familiares estén sujetas a la influencia moral y, también, a normas jurídicas.

conciencia del pecado".<sup>81</sup> En semejante convento el hombre se convierte en un cadáver moral mucho antes de su muerte.

La ética idealista de Kant, que tanta difusión ha alcanzado, propone ese mismo método de recogimiento del hombre en sí mismo. La educación en el espíritu de la eterna ley moral de Kant, al margen de la historia y por encima de lo empírico (el imperativo categórico), tiene como finalidad liberar al hombre de la influencia de las pasiones y la sensualidad en aras de una ley moral abstracta. Se recomienda realizar esa educación moral, no en la lucha práctica por la transformación del mundo, sino por medio del ascetismo y los preceptos morales, así como del catequismo. Sufre y resignate, he aquí la regla fundamental de esa educación, ajustándose a la cual, según Kant, los hombres se habitúan a actuar de acuerdo con la ley moral.

En la misma forma que la ética de Kant propone la religión y pasa a ella (pues la ley moral kantiana necesita de la existencia de dios y de la inmortalidad del alma para su realización), la educación moral que recomienda se transforma en religiosa. Y, pese a que este filósofo habla extensamente de inculcar el respeto a la dignidad humana, la superposición de conceptos religiosos que abundan en su ética (el reconocimiento del "vicio radical" en la naturaleza del hombre, la deificación de la ley moral) contribuye en la práctica a humillar la dignidad humana.

En contraposición a las doctrinas teológicas e idealistas, el marxismo requiere que la educación moral esté vinculada con la vida. El marxismo continúa las tradiciones del antiguo materialismo, que otorgaba gran importancia a la influencia que las condiciones de vida, las circunstancias y la actividad orientada hacia un fin determinado, ejercen en la formación moral del hombre. Pero a diferencia del antiguo materialismo, el marxismo demuestra que son justamente los hombres quienes modifican las circunstancias, y que la educación misma cambia también, en la misma forma que la actividad orientada hacia un objetivo determinado. "La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*".<sup>82</sup>

<sup>81</sup> Marx y Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos filosóficos de la primera época*, ed. Grijalbo, México, 1958, pág. 244. (Ed.)

<sup>82</sup> Marx, "Tesis sobre Feuerbach", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 713. (Ed.)

En la práctica revolucionaria, en la transformación de la sociedad capitalista en socialista, en la edificación del socialismo y del comunismo, el marxismo encontró el único camino justo para liberar la conciencia de los hombres del fango de la vieja sociedad y formar una conciencia y una moral nuevas. Como ya lo señalamos, la influencia ideológica del partido marxista, que dirige la lucha de la clase obrera y aporta a sus filas la conciencia socialista, es la que moldea esa nueva moral.

El partido marxista estima que toda su labor de educación está indisolublemente unida con las tareas políticas. Lenin decía que en la actividad política del partido comunista siempre hay y habrá determinados elementos de pedagogía, porque es preciso preparar a toda la clase obrera para que luche por su emancipación y por liberar la humanidad entera de todo tipo de opresión, elevar la conciencia de los trabajadores y atraer a nuevas fuerzas a esta lucha.

La labor de educación del partido comunista aumenta de manera particular en el transcurso de la edificación del socialismo y del comunismo, cuando es preciso convertir a todos los trabajadores en constructores activos y conscientes de la nueva sociedad, y superar en su conciencia los vestigios de la vieja sociedad, sobre todo la moral del propietario privado, el individualismo y el egoísmo.

La actividad educativa del partido no puede separarse de sus tareas políticas. La formación de convicciones y de cualidades morales y políticas constituye una parte inalienable de la actividad política sin sustituirla, sin mezclarse con ella ni agotar todos los problemas inherentes a la lucha de la clase obrera.

Al elevar a las masas a la lucha contra la autocracia y el capital, el partido comunista contribuyó a educar hombres de elevado perfil moral, revolucionarios proletarios, en los que se encarnaron de la manera más acabada los mejores rasgos morales de la clase obrera y las masas populares. Para el revolucionario proletario la palabra se identifica con los hechos, las ideas con la vida, la convicción con sus actos. Sacrifica los intereses personales en aras del bien común, entrega sus energías y su propia vida a la causa de la clase obrera, es un ejemplo de elevado heroísmo revolucionario. Continúa las mejores tradiciones de los revolucionarios de épocas pasadas y las enriquece.

Los partidos marxistas de todos los países educan a la juventud en el espíritu de fidelidad a las tradiciones revolucionarias, le enseñan a tomar como modelo para su conducta la vida y actividad de los revolucionarios proletarios, el ejemplo del gran Lenin, cuya vale-

esa existencia y personalidad reflejaron los mejores rasgos morales y espirituales de la clase revolucionaria y de su vanguardia comunista

En la lucha por el socialismo y durante la superación de las enormes dificultades que se presentaron en el curso de la edificación con motivo del atraso en que se encontraba el país y la furiosa resistencia de los enemigos de clase internos y externos, el Partido Comunista de la Unión Soviética logró elevar en gran medida la conciencia de amplias masas trabajadoras. Tanto en las nuevas condiciones, como antes, vinculó su labor de educación con las tareas sociales más importantes: la de edificar una nueva sociedad y la del trabajo cotidiano de los obreros y campesinos. El método comunista fundamental empleado en la educación de los trabajadores no es la "instrucción" pura ni el autoperfeccionamiento intelectual y moral "solitario"; la formación se logra en el curso de la lucha por las tareas principales y más urgentes de la edificación comunista, en el trabajo diario de los obreros y de los campesinos.

Cuando Lenin se refería a la educación comunista de la juventud planteaba con vigor la tarea de ampliar los conocimientos, sin lo cual no se puede construir el comunismo. Pero asimilar los conocimientos que son imprescindibles para cumplir el objetivo trazado no se reduce a aprender las consignas comunistas. Esa tarea requiere, en primer término, enriquecer la mente "con los conocimientos de todas las riquezas creadas por la humanidad", y luego "un trabajo muy serio, difícil y grande" para reelaborar con espíritu crítico esos conocimientos. En segundo término, demanda una vinculación con la vida, con la lucha por la nueva sociedad. "Sólo trabajando con los obreros y los campesinos se puede llegar a ser un verdadero comunista",<sup>83</sup> decía Lenin dirigiéndose a la juventud.

En el régimen socialista el trabajo es, al mismo tiempo, la escuela donde se educa el nuevo hombre comunista. En las empresas socialistas el trabajo no sirve a los explotadores; quienes lo hacen son los dueños de la producción, y están unidos entre sí por relaciones amistosas de colaboración y ayuda recíproca. Trabajan para sí mismos y para su sociedad. El papel educativo del trabajo adquiere una calidad nueva: por primera vez en la historia tiene un significado social. Los hombres participan en la emulación socialista, la que ejerce preponderante influencia en su organización moral y espiritual. Como lo señalaba Lenin, por primera vez se manifiesta la fuerza que tiene en

<sup>83</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 285. (Ed.)

el trabajo el ejemplo de la vanguardia, que despierta en los trabajadores la ambición de trabajar mejor y de un modo nuevo, de alcanzar una mayor productividad en beneficio de toda la sociedad.

En el proceso gradual de transición del socialismo al comunismo con el aumento de la productividad y la abundancia de artículos de consumo, esa actitud nueva, comunista, hacia el trabajo, se elevará a un nivel más alto todavía. Los hombres comprenderán que el trabajo no tiene únicamente una significación social y trabajarán en beneficio de la sociedad, respondiendo sólo a la necesidad de esforzarse.

En la sociedad soviética se observa ya esta actitud hacia el trabajo. En particular modo se manifiesta en las brigadas de trabajo comunista y en otras formas de iniciativa laboral de los trabajadores. Cuando esta disposición se arraigue en la forma de vida de las masas significará que el comunismo ha triunfado, que la sociedad llegó a establecer la armonía máxima entre los intereses personales y los de la colectividad, que los hombres han abandonado para siempre los resabios individualistas que les impedían trabajar media hora más sin la correspondiente compensación. Más aun, la observancia de las reglas fundamentales de la vida en común se convertirá en un hábito para todos los hombres.

Para materializar estos objetivos es preciso desarrollar una lucha intensa, un trabajo tenaz para crear la base técnica y material del comunismo, elevar la conciencia ideológica de los trabajadores y difundir los estímulos morales para el trabajo. Es necesario luchar para imponer el principio "quien no trabaja no come" a los que rehúyen participar en el trabajo socialmente útil. Hay que inculcar a nuestros jóvenes una actitud laboral en relación con el concepto del comunismo. La joven generación debe saber que la sociedad comunista no será un paraíso terrenal donde los hombres se solazarán con las relaciones armónicas que ellos mismos crearon, donde no tropezarán con dificultades de ningún género y donde, en consecuencia, no se requerirán cualidades como la voluntad de superar los obstáculos, la perseverancia, la tenacidad, el valor, la audacia, etc. Un cuadro del comunismo pintado con colores tan pequeñoburgueses nada tiene en común con el comunismo real que está surgiendo del socialismo.

El paso al comunismo y la evolución de ese régimen social presuponen educar a hombres bien dotados, íntegros, audaces y valerosos, hombres de mente clara y firme voluntad, capaces de superar las dificultades e impulsar el desarrollo de la sociedad en base a los principios comunistas. La formación de seres con estas características sólo

puede lograrse en la escuela templadora del trabajo, en la lucha práctica por el cumplimiento de complejas tareas inherentes a la edificación de la nueva sociedad, por crear una organización y una disciplina nuevas para el trabajo, con una elevación continua del nivel ideológico y la conciencia de los trabajadores. "En las actuales condiciones, la orientación principal, que se justificó ampliamente en la labor práctica de la orientación ideológica, radica en la educación en el proceso del trabajo, en el curso de la lucha por el comunismo."<sup>84</sup>

El pensamiento pedagógico de avanzada ha revelado hace mucho tiempo la importancia que tiene el trabajo productivo en la educación de la generación joven, y exigió que se conjugara el estudio con el trabajo. No obstante, se tenía presente, fundamentalmente, el trabajo del campesino o del artesano de la pequeña producción individual. Los socialistas utópicos soñaban con combinar la instrucción con el trabajo productivo en los talleres sociales o asociaciones agrícolas. Los fundadores del marxismo formularon la idea de combinar los estudios con el trabajo productivo en el terreno real de la lucha por el socialismo.

Los creadores del marxismo-leninismo enseñan que, en la sociedad socialista, la combinación del estudio con el trabajo productivo se convertirá en un "método para elevar la producción social", en un "método para formar hombres de vasto desarrollo". Lenin decía que la juventud debe aprender a construir el comunismo por medio de la asimilación y relaboración de todas las riquezas de la cultura, y vinculando cada paso de su instrucción con el trabajo productivo.

Consideraba que la combinación del estudio y el trabajo productivo no es sólo un medio para educar a la juventud en el espíritu de la moral comunista, sino también una forma de influir en las amplias masas de trabajadores, un camino para cultivar una nueva actitud hacia el trabajo.

La experiencia que la juventud estudiosa recogió al colaborar en el trabajo productivo de los obreros y campesinos en las tierras vírgenes, en los koljoses, en la organización de los servicios en ciudades y aldeas, ha demostrado que esta participación tiene enorme importancia desde el punto de vista de la preparación para el trabajo social útil, así como también para la adecuada educación moral. En el trabajo los jóvenes aprenden a conocer la vida, a respetar el esfuerzo

<sup>84</sup> Las tareas de la propaganda partidaria en las condiciones actuales, Disposiciones del CC del PCUS, *Pravda*, 10 de enero de 1960.



de los obreros y campesinos, forman en sí mismos una actitud comunista hacia el trabajo, se templan en el aspecto físico, se habilitan en la disciplina, etc.

Es sabido que los hombres que participan desde temprana edad en el trabajo productivo desarrollan antes esa independencia y firmeza de carácter que tan a menudo falta en quienes no pasaron por esa escuela. Lenin decía que un rasgo que se observa frecuentemente en las personas instruidas que no conocieron el trabajo físico, es la negligencia, la despreocupación, el apresuramiento nervioso, la tendencia a sustituir la acción por la discusión, de empezarlo todo y no terminar nada. Esta característica, manifestaba, "no nace de un mal carácter, y menos aun de sus malas intenciones, sino de todos los hábitos de su vida, de las condiciones de su trabajo, como resultado de la fatiga, de la separación anormal del trabajo intelectual y el trabajo manual, etc., etc."<sup>85</sup> Es cierto que Lenin se refería a los hombres instruidos del pasado, salidos de las clases no laboriosas, pero también en nuestros días los hombres cultos que no han pasado por la escuela del trabajo físico ni conocen el ambiente de un trabajo colectivo, pueden adolecer de los mismos defectos. Semejantes deficiencias de carácter ejercen una influencia muy grave en la formación moral del individuo.

El partido comunista ha tomado medidas tendientes a fortalecer los vínculos entre la escuela y la vida, combinar la instrucción con el trabajo productivo, y con ellas contribuye a preparar a los miembros de la sociedad para una actividad útil y a educar a la juventud en el espíritu del respeto hacia el trabajo. La ligazón entre la escuela y el trabajo ayuda a resolver mejor la tarea de educar hombres fieles a la causa común, firmes, perseverantes y capaces, que desdennan las dificultades y llevan a feliz término cualquier trabajo.

La opinión pública de la colectividad socialista constituye una poderosa fuerza que influye en la moral, en la conciencia y la conducta de los hombres. El frente de trabajo con el que está vinculado cada trabajador constituye la expresión directa de la opinión pública que forma la personalidad y, por medio de la influencia educativa que ejerce sobre ésta, contribuye a la formación de la colectividad misma. La opinión pública del frente de trabajo (y de todo el pueblo) estimula los mejores ejemplos de utilidad a los intereses de la sociedad, los mejores ejemplos de conducta, tanto en el trabajo y la actividad

<sup>85</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXVI, pág. 393. (Ed.)

social como en la vida diaria. Esa opinión somete a implacable crítica los hábitos que llevan impreso el sello de la propiedad privada y las supervivencias que en la conciencia y la conducta se mantienen por tradición de la antigua sociedad. Forma en los hombres el sentido del deber moral ante la sociedad y los semejantes, el sentido personal de la responsabilidad moral por los actos y la conducta. La sociedad soviética y el Estado utilizan tanto el método de la *persuasión* como el de la *coerción*. En la medida en que se incrementa el bienestar y la conciencia de las masas, el papel del primer método aumenta, mientras el del segundo disminuye. La convicción desempeña una función cada vez más importante en la labor de los organismos estatales soviéticos que dirigen todos los asuntos vinculados con el orden social. Es este uno de los recursos principales empleados en la labor de las organizaciones sociales que se incorporan cada vez más ampliamente a esta actividad. Pero, como es lógico, este sistema no excluye la necesidad de aplicar la coerción cuando se trata de premeditados portadores de las tradiciones capitalistas. Pero no sólo las disposiciones del Estado tienen carácter coercitivo. Lenin decía que cualquier colectividad tiene el mismo poder. Incluso en el comunismo, cuando los hombres trabajan voluntariamente en beneficio de la comunidad y observan las reglas de ésta, no se podrá evitar que algunos individuos cometan excesos y, por consiguiente, los organismos sociales se verán obligados a imponer la coerción.

En nuestros días la coerción estatal es todavía un método indispensable para influir sobre determinadas personas que rehuyen el cumplimiento de las normas sociales. Sería un error admitir que se puede debilitar la actividad de los organismos del Estado que luchan contra los obstinados portavoces de los resabios capitalistas: los pillos, los especuladores y los delincuentes de todo tipo.

Esta lucha se apoya en la fuerza de la opinión pública, contribuye a formar una actitud intolerante hacia todos los infractores del orden social, educa a los hombres en el espíritu de una disciplina estatal y social muy estricta, en el respeto a las leyes soviéticas y a las reglas de la vida colectiva socialista.

El Partido Comunista de la Unión Soviética orienta hacia un objetivo único la actividad de las organizaciones de masas de los trabajadores (soviets, sindicatos, komsomol, etc.), y de medios de educación social tales como la escuela, la literatura, el arte, la televisión, la radio y la prensa: la edificación del comunismo y la educación de los hombres en el espíritu comunista. "Toda la labor ideológica de

nuestro partido y del Estado —se señaló en el XXI Congreso del PCUS— está llamada a desarrollar las nuevas cualidades de los soviéticos, a educarlos en el espíritu del colectivismo y del amor al trabajo, del internacionalismo socialista y el patriotismo, de los elevados principios de la moral de la nueva sociedad, en el espíritu del marxismo-leninismo. Para llegar al comunismo, la sociedad más justa y perfecta, en la que se pondrán de manifiesto plenamente todos los mejores rasgos morales del hombre libre, es necesario que forjemos ahora ya el hombre del futuro. Hay que inculcar a los soviéticos la moral comunista, que descansa en la fidelidad al comunismo y en la intransigencia con sus enemigos, la conciencia del deber social, el afán de trabajar intensamente en beneficio de la sociedad, la observancia voluntaria de las reglas fundamentales de la convivencia humana, la ayuda mutua de camaradas, amistosa, la honradez y la veracidad, la intolerancia con los infractores del orden público.”<sup>86</sup>

Desarrollar la moral comunista significa lograr que sus preceptos sean cumplidos voluntariamente, por costumbre, que se conviertan en profunda convicción personal, en una cualidad moral. Esta última condición no es otra cosa que el precepto moral convertido en rasgo íntimo, en conciencia, en conducta de una persona. Desarrollar la moral comunista significa además fomentar la profunda comprensión de las bases científicas de la ética comunista, sus principios generales que, como hemos visto, no constituyen algo estancado, sino en desarrollo, que se enriquecen y se colman de un contenido nuevo en nuestro avance hacia el comunismo y requieren una aplicación inteligente en cada situación concreta. Esta labor toca a los soviéticos, y debe realizarse de manera diferenciada, de acuerdo con las características profesionales, la edad, la instrucción, la nacionalidad y otras particularidades de diversas capas de la población.

La formación de la moral comunista está indisolublemente unida a los demás aspectos de la educación comunista. “Es preciso que toda la educación, toda la enseñanza y formación de la juventud contemporánea le infundan el espíritu de la moral comunista”,<sup>87</sup> decía Lenin. Como ya lo señalamos, el marxismo no separa con una muralla china la moral de otros valores espirituales, en particular de los valores científicos. En la sociedad socialista la ciencia y el arte, libres de las

cadena del capitalismo, sirven para incrementar los bienes materiales y espirituales de los trabajadores, contribuyen al ascenso de sus fuerzas creadoras, a la formación de una nueva concepción del mundo, de una moral nueva.

El partido marxista asigna al arte un gran papel en la educación comunista de los trabajadores y en la formación de su moral. El arte socialista está lejos de la huera moralización y el sermón didáctico; está estrechamente ligado a la vida del pueblo y, por consiguiente, refleja con justicia y superior maestría la realidad, la actividad que desarrollan los hombres que luchan por el comunismo en aras de la reorganización de la sociedad, la forma en que trabajan, piensan, sienten y viven, sus nobles aspiraciones y cualidades morales, la batalla que libran contra todo lo que de atrasado e inútil hay en la vida de la sociedad. Es por ello que el arte se convierte en un medio de educar a los trabajadores, en particular a la juventud, en el espíritu de abnegada dedicación a la magna causa del comunismo.

El partido marxista, vanguardia de los trabajadores, y sus hijos e hijas, dieron ejemplos de inolvidable heroísmo y audacia en la lucha por los luminosos ideales del comunismo; fueron un modelo de abnegación, entereza y perseverancia en la senda que recorrieron para alcanzar el grandioso objetivo.

Los enemigos del comunismo repiten con frecuencia que los adeptos de esta doctrina imponen su moral al pueblo. La verdad es que los comunistas no hacen más que expresar claramente la moral que va tomando forma en las filas de millones de hombres que bregan por liberarse de la miseria y la explotación, la opresión y las guerras.

El partido comunista personifica la mente, la conciencia y el honor de millones de trabajadores, sus ansias de libertad y paz, sus anhelos de llegar al comunismo. No tiene una moral propia, que difiere de la que siguen los hombres sin partido que contribuyen a edificar la sociedad comunista. En el país donde el socialismo ha triunfado impera y existe una sola moral: la moral comunista, única para los obreros, campesinos e intelectuales, así como para los comunistas y para los sin partido. La unidad moral y política de la sociedad soviética es la base para la unidad del partido, para su cohesión y espíritu monolítico, basados en los principios del marxismo-leninismo.

<sup>86</sup> XXI Congreso del PCUS, ed. cit., pág. 52. (Ed.)

<sup>87</sup> Lenin, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 278. (Ed.)

El Partido Comunista de la Unión Soviética ha incluido en sus estatutos las normas de conducta partidaria que, en su conjunto, presentan las leyes y el código de la moral partidaria, de la ética comunista. La observancia estricta de esas normas ayuda a los miembros del partido a convertirse en auténticos dirigentes políticos y morales de las masas y ocupar los puestos de avanzada entre los trabajadores.

A. SHISHKIN

## I

### EL MARXISMO Y LAS DOCTRINAS ÉTICAS DEL PASADO

#### TEORÍA ÉTICO-FILOSÓFICA DEL HEDONISMO

La *filosofía* que predica el placer es tan antigua en Europa como la escuela cirenaica. Como los *griegos* en la antigüedad, entre los modernos son los *franceses* los portavoces de esta filosofía, y lo son por la misma razón que aquéllos, es decir, porque su temperamento y su sociedad los capacitan más que a otros pueblos para el placer. La filosofía del placer no ha sido nunca más que el lenguaje ingenioso empleado por ciertos círculos sociales que gozan del privilegio de disfrutar. Aun prescindiendo del hecho de que el modo y el contenido de su placer se hallan condicionados siempre por toda la estructura del resto de la sociedad y padecen de todas las contradicciones de ésta, esta filosofía se convirtió en una simple *frase* al pretender asumir un carácter general y proclamarse como la concepción de vida de la sociedad en su conjunto. Degeneró, así, para convertirse en una edificante prédica moral, en el sofístico embellecimiento de la sociedad existente, o se trocó en lo contrario de lo que era, al declarar como placer un ascetismo impuesto.

La filosofía del placer surgió en la época moderna con el derrumbamiento del feudalismo y la transformación de la nobleza feudal del campo en la optimista y despilfarradora nobleza cortesana de la época de la monarquía absoluta. En esta nobleza, cobra todavía más bien la forma de una concepción de vida directamente candorosa, que se expresa y manifiesta en memorias, poemas, novelas, etc. Sólo se convertirá en una verdadera filosofía en manos de algunos escritores de la burguesía revolucionaria, que, por una parte, compartían la forma-

ción y el modo de vida de la nobleza cortesana, mientras que por otra participaban del modo general de pensar de la burguesía, basado en las condiciones más generales de existencia de esta clase. De ahí que fuera aceptada por ambas clases, aunque desde puntos de vista totalmente diversos. Mientras que en la nobleza este lenguaje se limitaba todavía por entero al Estado y a las condiciones de vida de la clase noble, la burguesía lo generalizó, refiriéndolo a todo individuo sin distinción, haciendo abstracción en la teoría del placer de las condiciones de vida de estos individuos y convirtiéndola por ello en una insípida e hipócrita doctrina moral. Y cuando, más tarde, por obra del desarrollo posterior, fue derrocada la nobleza y la burguesía entró en conflicto con su contrario, el proletariado, aquélla se hizo devotamente religiosa y la burguesía se volvió, en sus teorías, solemnemente moral y rigorista o cayó en la hipocresía a que más arriba nos referíamos, si bien, en la práctica, no renunciaba en modo alguno al placer y entre la burguesía adoptaba, incluso, una forma económica oficial, la del *lujo*.

El entrelazamiento del placer de los individuos, en todas las épocas, con las relaciones de clase y las condiciones de producción y de comunicación en que viven y que engendran aquellas relaciones; la limitación de las formas anteriores del placer, que se encontraban al margen del contenido real de la vida de los individuos y en contradicción con él; el entronque de toda filosofía del placer con el disfrute real que tiene ante sí, y la hipocresía de tal filosofía, referida a todos los individuos sin distinción: todo esto sólo podía descubrirse, naturalmente, a partir del momento en que fue posible criticar las condiciones de producción y de comunicación del régimen existente; es decir, cuando la contraposición entre la burguesía y el proletariado había hecho brotar las concepciones comunistas y socialistas. Con lo cual se condenaba a muerte a toda moral, tanto la del ascetismo como la del placer.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. Pueblos Unidos, Montevideo, 1959, págs. 473-474. (Ed.)

### LA ÉTICA DE EPICURO Y LUCRECIO

Mientras le quede a la filosofía una gota de sangre en su corazón absolutamente libre y conquistador del mundo, dirá por boca de

Epícuro a sus adversarios: "No es deshonesto quien rechaza a los dioses de la muchedumbre, sino quien adhiere a la opinión que la muchedumbre tiene sobre los dioses." \*

La filosofía no lo niega. La confesión de Prometeo: "En verdad, sé a todos los dioses..." es su propia confesión, su propio aforismo, dirigido contra todos los dioses del cielo y la tierra...

Marx, "La diferencia entre la filosofía naturalista de Demócrito y la filosofía naturalista de Epicuro", Marx y Engels, *Primeras obras*, ed. rusa, pág. 24.

Como la naturaleza, que despierta en primavera y descubre sus encantos a la mirada del hombre, cual si tuviera conciencia de su victoria, así es Lucrecio, lozano, valeroso y poético dominador del mundo; por el contrario, Plutarco cubre con la nieve y el hielo de la moral su mezquino "yo". Cuando vemos a un individuo medroso, encorvado bajo el peso de la humillación, echamos involuntariamente una mirada a nuestro alrededor, con miedo de extraviarnos y dudando de nuestra propia existencia. Pero cuando contemplamos a un intrépido acróbata de vistoso ropaje, nos olvidamos de nosotros mismos y sentimos que nos elevamos por encima de nuestra personalidad, para alcanzar el nivel de las fuerzas universales y respirar más libremente. ¿Quién se siente más libre y de moral más alta: el que acaba de abandonar el aula de Plutarco y medita sobre la injusticia de que el bueno pierda al morir los frutos de su existencia, o aquel que contempla la plenitud de la eternidad, al escuchar el valiente y poderoso canto de Lucrecio?:

La esperanza de la gloria clavó su profundo dardo en mi corazón,  
y me embriagó con la dulce pasión de las musas.  
Marcho, pues, inspirado, por los campos sin senderos de las píerides,  
que nadie ha hollado aún. Me es grato sumergir los labios  
en las frescas fuentes y adornar mi cabeza con desconocidas y maravillosas flores,  
que frente alguna han coronado antes que la mía.  
Porque yo enseño la gran ciencia que procura liberar el espíritu del hombre  
de las apretadas redes de la religión, y canto un tema oscuro  
en versos perfectamente claros, impregnándolo todo del dulce hechizo de las musas.

\* Marx cita aquí, en griego, un pasaje de la epístola de Epicuro a Menipo, de acuerdo con el libro décimo de Diógenes Laercio.

Quien experimenta mayor placer en hurgar eternamente de sí que en construir con sus propias fuerzas un mundo entero, creador del mundo, sobrelleva la maldición del espíritu, está mulgado, desterrado del templo y privado del eterno goce de lo piritual; debe buscar sosiego en meditaciones sobre la bienaventuranza individual y soñar de noche consigo mismo:

"la bienaventuranza no es una recompensa por la virtud, sino virtud misma." \*

Veremos también cuánto más filosóficamente que Plutarco interpreta Lucrecio a Epicuro. Poseer un espíritu osado y libre es la base primordial de toda investigación filosófica.

Marx, "Cuadernos sobre historia de la filosofía épúrea, estoica y escéptica", Marx y Engels, *Primeras obras*, ed. rusa, pág. 169.

#### LA IDEOLOGÍA DEL MEDIOEVO

La Edad Media se había desarrollado sobre la barbarie; había hecho tabla rasa de la civilización antigua, con su filosofía, política y jurisprudencia, para empezar de nuevo. Del mundo antiguo no había recibido más que el cristianismo y una serie de ciudades en ruinas, despojadas de toda su civilización. La consecuencia fue que el clero tenía el monopolio de la instrucción, como suele acontecer en toda civilización primitiva y que la misma instrucción tenía un marcado carácter teológico. En manos de la clerecía, la política, la jurisprudencia y todas las demás ciencias no pasaron de ser meras ramas de la teología, a las que se aplicaban los principios de ésta. El dogma de la Iglesia era al mismo tiempo axioma político y los textos sagrados tenían fuerza de ley en todos los tribunales. Aun después de crearse el oficio independiente de los juristas, la jurisprudencia permaneció bajo la tutela de la teología. Esta supremacía de la teología en todas las ramas de la actividad intelectual era también una consecuencia directa de la posición singular de la Iglesia como símbolo y sanción del orden feudal. Es evidente que en esas condiciones todo ataque general contra el feudalismo y sobre todo contra la Iglesia, todas las doc-

\* Spinoza, *Ética*, parte quinta, teorema 42.

trinas revolucionarias, sociales y políticas, debían ser, en primer lugar, herejías teológicas. Para poder tocar las relaciones sociales imperantes había que despojarlas de su aureola de santidad.

Engels, *La guerra campesina en Alemania*, ed. Problemas, Buenos Aires, 1941, pág. 29.

Con su traducción de la *Biblia*, Lutero había dado un instrumento poderoso al movimiento plebeyo. Por medio de la *Biblia* había enfrentado el cristianismo sencillo de los primeros siglos al cristianismo feudal de la época; frente a la sociedad feudal en descomposición había descrito una sociedad que desconocía la jerarquía feudal, compleja y artificiosa. Este arma fue aprovechada ampliamente por los campesinos contra los príncipes, la nobleza y el clero; ahora Lutero la volvía contra ellos y sacó de la misma *Biblia* la alabanza de las autoridades instituidas por la gracia de Dios, como ningún lacayo de la monarquía absoluta lo hizo jamás. La *Biblia* sirvió para justificar la monarquía por la gracia de Dios, la obediencia pasiva y hasta la servidumbre. Fue la negación, no sólo de la sublevación campesina, sino de la rebeldía del mismo Lutero contra la autoridad espiritual y secular; la traición en beneficio de los príncipes, no sólo de la rebeldía popular, sino del movimiento burgués.

Idem, pág. 42.

Su doctrina teológica y filosófica no sólo atacaba los principios del catolicismo, sino que se volvió contra el cristianismo en general. En forma cristiana, Münzer predicaba un panteísmo que tiene extraordinario parecido con las teorías especulativas modernas,\* acercándose algunas veces al ateísmo. Desechaba la *Biblia* en tanto revelación única e infalible. La verdadera revelación, la revelación viviente, es la razón humana que ha existido y existe en todos los pueblos. Oponer la *Biblia* a la razón significa matar el espíritu por la letra. El Espíritu Santo de que tanto habla la *Biblia*, no existe fuera de nosotros; es la razón misma. La fe no es más que el despertar de

\* Engels se refiere a los conceptos del filósofo idealista alemán Strauss y de otros jóvenes hegelianos, que en sus primeras obras encaraban los problemas religiosos igual que los panteístas. (Ed.)

la razón en el hombre; por eso, también los paganos podían tener fe. Con esa fe, con la razón llamada a la vida, el hombre se diviniza y alcanza la felicidad. Por eso el cielo no es de ultratumba, hay que buscarlo en esta vida; al creyente incumbe la misión de establecer este cielo, el reino de Dios, aquí sobre la tierra. Como no hay paraíso en el más allá, tampoco existe infierno o condenación eterna. Y no hay más diablo que la codicia y concupiscencia de los hombres. Cristo fue un hombre como nosotros, un profeta y maestro cuya cena no fue más que una comida conmemorativa donde se come pan y se bebe vino sin ningún aderezo místico.

Esos fueron los conceptos que Münzer predicaba, encubriéndolos la mayoría de las veces con esa misma fraseología cristiana detrás de la cual la nueva filosofía tuvo que esconderse durante algún tiempo. Pero a través de sus escritos aparecen sus principios archiheréticos, y se ve que el adorno bíblico le importaba mucho menos que a ciertos discípulos de Hegel en tiempos recientes y, sin embargo, los separaban tres siglos.

Idem, págs. 46-47.

En este primer precursor del movimiento nos encontramos con el mismo ascetismo que caracteriza todas las insurrecciones medievales de tipo religioso, y en tiempos recientes también la etapa inicial de todo movimiento proletario. Esta austeridad ascética, establecido del renunciamiento de todos los placeres y diversiones, establece frente a las clases dominantes el principio de la igualdad espartana y constituye una etapa de transición necesaria, sin la cual la capa inferior de la sociedad nunca podrá ponerse en marcha. Para desarrollar su energía revolucionaria, para tener la conciencia de su posición hostil frente a los demás elementos de la sociedad, para concentrarse como clase, la capa más baja debe empezar por deshacerse de todo lo que pudiera reconciliarla con el orden establecido y renunciar a los pocos placeres que todavía le hacen soportable su vida mísera y que ni la presión más fuerte le podrá arrebatar. Por su forma fanática y violenta, así como por su contenido, este *ascetismo plebeyo y proletario* se distingue fundamentalmente del *ascetismo burgués*, tal como lo predicaban la moral burguesa, luterana y los puritanos ingleses (que difieren de los independientes\* y otras sectas más avanzadas) y

\* *Independientes*: Corriente religiosa y política surgida en Inglaterra en la segunda mitad del siglo XVII; reflejaba la oposición de la burguesía

que en el fondo no es más que la *parsimonia burguesa*. Claro está que este ascetismo plebeyo y proletario pierde su carácter revolucionario en la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas modernas aumenta, multiplicando hasta el infinito los medios de consumo y haciendo necesaria con ello la igualdad espartana; al mismo tiempo, la posición del proletariado en la vida social, así como su carácter, será más y más revolucionario.

El ascetismo desaparece entonces entre las masas para refugiarse entre los sectarios que lo transformaron ya sea directamente en avaricia burguesa, ya sea en una beatería hipócrita, que en la práctica será más que la mezquina avaricia de los artesanos gremiales y burgueses pedantes.

No hace falta predicar el desprendimiento a las masas proletarias, pues ya no les queda casi nada de que desprenderse.

Idem, págs. 56-57.

#### LA ÉTICA DE LOS MATERIALISTAS FRANCESES

En su obra *Essai sur l'origine des connaissances humaines*, Condillac desarrolló los pensamientos de Locke y demostró que no sólo el alma, sino también los sentidos, no sólo el arte de hacer ideas, sino también el arte de la captación sensorial eran fruto de la *experiencia* y del *hábito*. De la *educación* y de las *circunstancias externas* dependerá, por lo tanto, todo el desarrollo del hombre. Condillac sólo fue desplazado de las escuelas francesas al llegar la filosofía *ecléctica*.

Entre el materialismo francés y el materialismo inglés media la misma diferencia que entre ambas nacionalidades. Los franceses dotaron al materialismo inglés de espíritu, de carne y sangre, de elocuencia. Le infundieron el temperamento y la gracia que aún no tenía. Lo *civilizaron*.

Con Helvecio, quien parte también de Locke, adquiere el materialismo su carácter propiamente francés. Helvecio concibe inmediatamente el materialismo con referencia a la vida social. (Helvecio,

media comercial e industrial y los "nuevos" nobles hacia el absolutismo y la Iglesia estatal. En el período de la revolución burguesa del siglo XVII de Inglaterra los independientes formaron un partido político que conquistó el poder a fines de 1648. (Ed.)

*De l'homme.*) Las cualidades sensibles y el amor propio, el goce y el interés personal bien entendido son el fundamento de toda moral. Esta igualdad natural de las inteligencias humanas, la unidad entre el progreso de la razón y el progreso de la industria, la bondad natural del hombre y la omnipotencia de la educación: tales son los momentos fundamentales de su sistema [...]

En el *Système de la nature* de Holbach, la parte física reside también en la combinación del materialismo francés y el inglés, lo mismo que la parte moral descansa, esencialmente, sobre la moral de Helvecio [...]

No hace falta tener una gran perspicacia para darse cuenta del necesario entronque que guardan con el socialismo y el comunismo las doctrinas materialistas sobre la bondad originaria y la capacidad intelectual igual de los hombres, sobre la fuerza todopoderosa de la experiencia, el hábito, la educación, la influencia de las circunstancias externas sobre el hombre, la alta importancia de la industria, la legitimidad del goce, etc. Si el hombre forma todos sus conocimientos, sus sensaciones, etc., en base al mundo de los sentidos y de la experiencia dentro de este mundo, se trata, por consiguiente, de organizar el mundo empírico de tal modo que el hombre experimente y asimile lo verdaderamente humano, que se experimente a sí mismo en cuanto hombre. Si el interés bien entendido es el principio de toda moral, lo que importa es que el interés privado del hombre coincida con el interés humano. Si el hombre no goza de libertad en sentido materialista, es decir, si es libre, no por la fuerza negativa de poder evitar esto y aquello, sino por el poder positivo de hacer valer su verdadera individualidad, no deberán castigarse los crímenes en el individuo, sino destruir las raíces antisociales del crimen y dar a cada cual el margen social necesario para exteriorizar de un modo esencial su vida. Si el hombre es formado por las circunstancias, será necesario formar las circunstancias humanamente. Si el hombre es social por naturaleza, desarrollará su verdadera naturaleza en el seno de la sociedad y solamente allí, razón por la cual debemos medir el poder de su naturaleza, no por el poder del individuo concreto, sino por el poder de la sociedad.

Estas tesis y otras parecidas las encontramos al pie de la letra ya en los materialistas franceses más antiguos. No es este el lugar indicado para detenerse a enjuiciarlas. Característico de la tendencia socialista del materialismo es la *Apología del vicio*, de Mandeville, discípulo inglés de Locke, más viejo que éste. Mandeville demuestra

en la actual sociedad los vicios son indispensables y útiles. Lo que no es, por cierto, una apología de la sociedad actual.

Marx y Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos*, ed. cit., págs. 196-197.

Con raras excepciones, esta ética ha pasado por *chocante* durante todo nuestro siglo, como una doctrina indigna de un sabio o de un filósofo que se respete, y hombres como La Mettrie, Holbach y Helvecio pasaban por sofistas peligrosos que "predicaban únicamente el placer de los sentidos y del egoísmo".

Sin embargo, ninguno de estos escritores ha enseñado una cosa semejante. Basta leer sus libros con un mínimo de atención para convencerse totalmente.

Hacer el bien; contribuir al bienestar de los otros; ayudarlos, esto es ser virtuoso. La virtud sólo puede ser lo que contribuye a la utilidad, a la dicha, a la seguridad de la sociedad.

La primera de las virtudes sociales es la "humanidad". Ella es el compendio de todas las demás. Tomada en su mayor amplitud, es el sentimiento que da a todos los seres de nuestra especie derechos sobre nuestro corazón. Basada en una sensibilidad cultivada, nos propone a hacer todo el bien que nos permitan nuestras facultades. Sus efectos son el amor, la buena voluntad, la liberalidad, la indulgencia, la piedad por nuestros semejantes.

Así se expresa Holbach.

¿Cuál es, pues, el motivo de esta acusación tan poco fundada, y cómo ha podido ser creída en todas partes, y casi por todo el mundo?

En primer lugar hay que hacer responsable a la *ignorancia*. Se habla mucho de los materialistas franceses del siglo XVIII, pero no se los lee. Por lo tanto, no es sorprendente que el prejuicio, bien arraigado, persista hasta nuestros días. Y este prejuicio ha tenido dos fuentes, tan abundantes la una como la otra.

La filosofía materialista del siglo XVIII era revolucionaria. Era la expresión ideológica de la lucha de la burguesía revolucionaria contra el clero, la nobleza y la monarquía absoluta. En su lucha contra el régimen envejecido, la burguesía, evidentemente, no podía respetar un concepto del mundo heredado del pasado y que santificaba el régimen detestado. "Otros tiempos, otras circunstancias, otras filosofías", como dice muy bien Diderot en su artículo sobre Hobbes en la *Encyclopédie*. Los filósofos del buen tiempo antiguo, que ha-

bían intentado vivir en paz con la Iglesia, nada tenían que objetar a una moral que se basaba en la religión que llamaban revelada. Los filósofos de los tiempos modernos querían una moral liberada de toda alianza con la "superstición".

Nada hay más desfavorable —dice Holbach— para la moral humana, que combinarla con la moral divina. El asociar una moral racional, basada en la razón y la experiencia, a una religión mística, irracional, fundada en la imaginación y la autoridad, no hace más que confundir, debilitar y hasta destruir a la primera.

Esta separación entre la moral y la religión no podía ser del gusto de todo el mundo: ella sola bastaba para que se denigrara la ética de los materialistas. Pero esto no es todo. La "moral religiosa" enseñaba la sumisión, la mortificación de la carne, la destrucción de las pasiones. Prometía una recompensa en la vida futura a todos los que sufrían aquí abajo. La nueva moral rehabilitaba la carne, restablecía las pasiones en sus derechos y volvía a la sociedad responsable de las desdichas de sus miembros. Quería, como quería también Heine, "establecer el cielo sobre la tierra". Era este su aspecto revolucionario, pero también su defecto a los ojos de los partidarios del orden social establecido en la época.

J. Plejánov, "Esbozos de historia del materialismo".  
*Obras escogidas*, ed. Quetzal, Buenos Aires, 1964,  
págs. 508-509.

El hombre sólo trae, al venir al mundo, la facultad de *sentir*. A partir de esta facultad se desarrollan todas las facultades llamadas "intelectuales". El hombre recibe de los objetos impresiones o sensaciones: unas le agradan, otras le molestan. Aprueba las primeras: desea que se prolonguen o que se renueven en él; desaprueba las otras y las evita dentro de lo posible. Dicho de otro modo, ama a unas y a los objetos que las han provocado; detesta las otras y a los objetos que las han producido. Pero el hombre vive en sociedad y está rodeado de seres que se le parecen, sensibles como él. Todos estos seres buscan el placer y temen el dolor. Llamamos *bueno* a todo lo que les procura el primero, *malo* a lo que provoca el segundo. Llamamos *virtud* a lo que les es *constantemente* útil; *vicio* a todo lo que les molesta en el carácter de sus semejantes. Un hombre que hace bien a su prójimo es *bueno*, un hombre que lo daña es *malo*. Esto implica, en primer término, que el hombre no tiene necesidad alguna de la ayuda divina para distinguir la *virtud* del *vicio*; en segundo

término, para que los hombres sean virtuosos, la práctica de la virtud debe darles alegría, debe serles *agradable*. Si el vicio hace feliz al hombre, el hombre amará el vicio. El hombre sólo es malo porque tiene interés en serlo. Los viciosos y los malvados son tan frecuentes sobre la tierra porque no existe un gobierno que les permita conocer las ventajas de practicar la justicia, la honestidad, de hacer el bien; por el contrario, en todas partes los intereses más poderosos los llevan a la injusticia, la maldad, el crimen. "Por lo tanto, no es la naturaleza la que hace a los malos: son nuestras instituciones las que los empujan hacia la maldad."

Este es el lado formal de la moral materialista. La hemos expuesto casi con las palabras textuales de Holbach. Sus ideas carecen muchas veces de claridad. Así, es una tautología decir: "Si el vicio hace feliz al hombre, el hombre debe amar al vicio", puesto que si el vicio lo hace feliz, el hombre amará al vicio. Esta carencia de precisión lleva muchas veces a Holbach a consecuencias enojosas. Así, dice en un pasaje que "el interés es el único móvil de las acciones humanas".

Pero luego define la palabra "interés" de la siguiente manera: "Llamamos *interés* al objeto en que cada hombre, según su temperamento y las ideas que le son propias, cifra su dicha; dicho en otros términos, el *interés* no es más que lo que cada uno de nosotros considera necesario para su felicidad".

La definición es tal amplia, que ya no se puede reconocer en qué difiere la moral materialista de la moral religiosa; un partidario de esta última podría decir que sus adversarios no han hecho más que inventar una nueva terminología, que prefiere llamar interesados a los actos que antes se llamaban *desinteresados*. Sea como fuere, se comprenderá fácilmente lo que Holbach quiere decir con estas palabras: "Si el vicio hace feliz al hombre, el hombre amará al vicio". En esta forma hace a la sociedad responsable de los vicios de sus miembros [...]

En su lucha contra la "moral religiosa", Holbach y su escuela se esforzaban, sobre todo, por demostrar que los hombres eran capaces, sin ayuda del cielo, de saber qué era la "virtud". "¿Fue necesaria una revelación sobrenatural a los hombres —escribe Holbach— para que supieran que la justicia es necesaria para mantener la sociedad, y que la injusticia no haría más que acercar a los enemigos dispuestos a destruirse entre sí? ¿Fue necesario que un Dios hablara para mostrar que los seres que viven unidos tienen necesidad de



amarse y de prestarse mutuo auxilio? ¿Fue necesaria la ayuda de lo Alto para descubrir a los hombres que la venganza es un mal, que es un ultraje a las leyes del país y que es ampliamente sustituido por las leyes justas? ¿Acaso todo hombre que desee su preservación no sabe que los vicios, la intemperancia, la voluptuosidad acortan la vida? Por último, ¿acaso la experiencia no ha mostrado a todo ser pensante que el crimen es objeto de odio de sus semejantes (es decir, de su prójimo. J.P.), que el vicio es nocivo para los que están infectados por él, que la virtud atrae la estima y el amor a quienes la cultivan? Por poco que los hombres reflexionen sobre sus actos, sobre sus verdaderos intereses, sobre los fines de la sociedad, sentirán lo que se deben los unos a los otros... *La razón basta para enseñarnos nuestro deber para con nuestros semejantes*".

Así, ya que la razón basta para enseñarnos nuestros deberes, es necesario renovar la "filosofía". Ella debe mostrar que la virtud reside en nuestro propio interés bien comprendido. Debe probar que los héroes más célebres de la humanidad no habrían actuado de otra manera si sólo hubiesen tenido presente su propia dicha. Se desarrolla así un análisis psicológico que, en efecto, parece *denigrar* frecuentemente a Sócrates y calumniar a Régulo. Por consiguiente, la imputación de Rousseau no carecía de fundamento. El "ciudadano de Ginebra" olvidaba únicamente que el "calumniado" Sócrates cometió con mucha frecuencia la falta que se reprochaba a los materialistas [...]

En Grecia, en Francia, en Alemania o en Rusia (Chernishevski y sus discípulos), en todas partes los grandes ilustrados han cometido el mismo error. Querían *demostrar* lo que no se demuestra, lo que quizá sólo sea enseñado por la vida social misma [...]

El desarrollo moral de la humanidad sigue paso a paso la necesidad económica: se adapta ajustadamente a las necesidades reales de la sociedad. En este sentido se puede y debe decir que el interés es la base de la moral. Pero el proceso histórico de esta adaptación se realiza a espaldas del hombre, independientemente de la voluntad y de la razón de los individuos. La línea de conducta dictada por el interés aparece como una prescripción de los "dioses", de la "conciencia innata", de la "razón" o de la "naturaleza". ¿Y cuál es el interés que dicta al individuo tal o cual línea de conducta? ¿Es el interés personal? En gran número de casos, sí. Pero dado que el individuo se atiene a sus propios intereses personales, no se trata ya de actos "virtuosos" que demanden nuestra explicación. En estos actos

se manifiesta el interés del *todo*, el *interés social* que es el que los proscribire.

Idem, págs. 510-513.

## LA ÉTICA DE KANT

Kant se daba por contento con la simple "buena voluntad" aunque no se tradujera en resultado alguno, y situaba en el *más allá* la *realización* de esta buena voluntad, la armonía entre ella y las necesidades e impulsos de los individuos. Esta buena voluntad de Kant corresponde por entero a la impotencia, a la pequeñez y a la miseria de los burgueses alemanes, cuyos mezquinos intereses no han sido nunca capaces de desarrollarse hasta convertirse en los intereses comunes, nacionales, de una clase, razón por la cual fueron constantemente explotados por los burgueses de todas las demás naciones.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., pág. 212.

También en Kant nos encontramos, una vez más, con la forma característica que en Alemania adoptó el liberalismo francés, basado en los intereses reales de clase. Ni Kant, ni los burgueses alemanes de los que era apaciguador portavoz, se daban cuenta de que estos pensamientos teóricos de los burgueses descansaban sobre intereses materiales y sobre una *voluntad* condicionada y determinada por las condiciones materiales de producción; por eso Kant separaba esta expresión teórica de los intereses por ella expresados, convertía las determinaciones materialmente motivadas de la voluntad de la burguesía francesa en autodeterminaciones *puras* de la "libre voluntad", de la voluntad en sí y para sí, de la voluntad humana, convirtiéndolas con ello en determinaciones conceptuales puramente ideológicas y en postulados morales. De aquí que los pequeños burgueses alemanes se aterraran ante la práctica de este enérgico liberalismo burgués, tan pronto como se manifestó tanto en el régimen del terror como en el desvergonzado lucro de la burguesía.

Idem, pág. 214.

Hablaremos ahora del imperativo categórico. ¿Qué es esto? Kant llama imperativas a las reglas que tienen "sentido de deber". El imperativo puede ser *condicional* o *categórico*. El primero determina la voluntad sólo en relación con la acción deseada dada. El *categórico* determina la voluntad independientemente del objetivo buscado; determina la voluntad como tal "inclusivo antes de que me pregunte si soy o no lo bastante capaz de realizar la acción buscada o qué debo hacer para realizarla". Además del sentido de deber, el imperativo categórico tiene, por consiguiente, también un sentido de *necesidad* incondicional. Si decimos a alguien que debe trabajar y acumular dinero para los días difíciles, resultará un imperativo *condicional*: ese hombre debe guardar dinero sólo porque no quiere vivir en la pobreza cuando llegue a viejo, y carece de otros medios para lograrlo. En cuanto a la regla de *no hacer promesas falsas*, se refiere sólo a la voluntad del hombre como tal y no depende en modo alguno de los objetivos perseguidos por el hombre dado. Por esta regla, la volición se determina *a priori*. Esto es el imperativo *categórico*. "Por consiguiente —dice Kant— las leyes prácticas se refieren exclusivamente a la voluntad, prescindiendo de lo que se cumpla por su causalidad, y es posible hacer abstracción de esta última [...] para tenerla pura". (*Crítica de la razón práctica*, ed. Losada, Buenos Aires, 1961, pág. 25 [Ed.]).

En verdad existe un solo imperativo categórico, el que dice: *Obra sólo de acuerdo con la máxima por la cual puedas al mismo tiempo querer que se convierta en ley universal* (*Grundlegung zur Methaphysik der Sitten*, Leipzig, 1897, S. 44).

Kant, a fin de aclarar su pensamiento, cita algunos ejemplos. El hombre dado es hasta tal punto desdichado que la vida se ha convertido para él en una carga; se pregunta entonces si le está permitido quitársela. ¿Dónde encontrar respuesta a este problema? En el imperativo categórico. ¿Qué ocurriría si se hiciera del suicidio una ley universal? Resultaría que se terminaría con la vida misma. Quiere decir que el suicidio contradice a la moral. Otro ejemplo más: un hombre confía a otro el cuidado de sus bienes. El interrogante: ¿le está permitido a ese otro hombre ocultar dichos bienes? También este problema le parece a Kant de fácil solución por medio del imperativo categórico: si toda la gente ocultara los bienes que le han sido confiados, nadie se los entregaría. Al hombre que vive en la holgura no le es difícil ayudar a los pobres, pero se niega a hacerlo. ¿No contradice esto el deber moral? Sí, nadie puede desear que este

proceder se transforme en regla universal, pues cada uno de nosotros puede encontrarse en una situación difícil.

Estos ejemplos esclarecen bien el pensamiento de Kant, pero descubren al mismo tiempo su endebles. Ya Hegel señaló con justeza que el ejemplo de los bienes confiados para su cuidado no es convincente, pues es posible preguntarse: ¿qué podría ocurrir de malo si no se entregaran a nadie para guardarlos? Y si alguien respondiera que entonces resultaría más difícil proteger los bienes y que la propiedad misma sería imposible, también se podría preguntar: ¿y por qué es necesaria la propiedad? La doctrina de Kant, según Hegel, no contiene ley moral alguna que sea clara por sí misma sin la adición de razonamientos y sin contradicciones, independientemente de otras definiciones. Esto es justo y especialmente evidente en el ejemplo del suicidio. En efecto, en él se habla del suicidio de gente destrozada en la dura lucha por la vida, y no de los hombres en general; el suicidio de esa gente no acabaría con la vida.

Hegel dice, además, que cada ley moral es en Kant una afirmación vacua, una tautología sin sentido igual a la fórmula  $A=A$ : los bienes confiados son bienes confiados, la propiedad, propiedad. También esto es justo y claro. Para Kant simplemente no existían las cuestiones que Hegel opone a sus "afirmaciones vacuas": ¿qué podría ocurrir de malo si las cosas no se entregaran a nadie para guardarlas? ¿por qué es necesaria la propiedad?, etc. *El ideal de Kant*, su "Reino de los objetivos" ("*Reich der Zwecke*", véase *Grundlegung*, pág. 58), fue un ideal abstracto de la sociedad burguesa, cuyas normas las imaginaba Kant como mandatos perentorios de la "razón práctica". La moral de Kant es la moral burguesa traducida a la lengua de su filosofía, cuyo defecto fundamental fue, como ya hemos visto, la absoluta incapacidad de resolver los problemas del desarrollo. Para confirmarlo, me detendré en el tercero de los ejemplos mencionados, tomados de Kant. Pero previamente rogaré al lector tener en cuenta que Kant fue adversario decidido de la moral utilitaria. Según él, el principio de la felicidad no contiene base alguna para determinar la voluntad, excepto la que es inherente a la capacidad de deseo; pero la razón que determina la voluntad no puede tener en cuenta esta capacidad de categoría inferior. La razón es tan distinta de esta capacidad, que hasta la más pequeña mezcla de los impulsos "de la última atenta a su fuerza y excelencia, así como lo más mínimo empírico como condición de una demostración matemática rebaja y anula su dignidad y energía". (*Crítica de la razón práctica*, ed. cit., pág. 30

[Ed.]. El principio de la moral consiste en la independencia respecto del objeto deseado.

Esta independencia respecto del objeto deseado hace ya mucho tiempo que da lugar a bromas y epigramas (véase, por ejemplo, *Xenia* de Schiller-Goethe). No puedo darlas aquí. Sólo quiero decir que el tercer ejemplo de Kant, ya citado, puede ser considerado como convincente sólo en el caso de que partamos del punto de vista de la moral utilitaria y obliguemos a nuestra "razón práctica" a tener en cuenta nuestra "capacidad de deseo", porque, según Kant, yo debo ayudar a mi semejante porque también yo puedo tener necesidad de su ayuda. ¿Hay algo más utilitario? Quiero llamar además la atención del lector sobre el hecho de que Kant, al objetar a los utilitaristas, tiene siempre en cuenta el principio de la "felicidad personal", al que, con toda justeza, llama "principio del de sí". Precisamente por ello no puede resolver el principio fundamental de la moral. En efecto, la moral se basa en la aspiración, no a la felicidad personal, sino a la felicidad del todo: de la tribu, del pueblo, de la clase, de la humanidad. Esta aspiración nada tiene en común con el egoísmo. Por el contrario presupone siempre, en mayor o menor medida, el autosacrificio. Y dado que los sentimientos sociales pueden transmitirse de generación en generación e intensificarse mediante la selección natural (véanse las acertadas observaciones de Darwin a este respecto en su libro *El origen del hombre*), la abnegación puede adquirir a veces la forma de "voluntad autónoma", sin elemento alguno de "capacidad de deseo". Pero esta circunstancia indiscutible no excluye la base utilitaria de esta elevada capacidad. Si la abnegación no fuera útil a una sociedad o clase concretas, o a una especie animal dada para la lucha por la existencia (recordemos que los sentimientos sociales no sólo son propios del hombre), sería ajena a los componentes de esa sociedad, clase o especie. Eso es todo. Ese individuo concreto nace con la "capacidad" a priori "de abnegación", del mismo modo que nace —de acuerdo con la observación de Reincke ya citada (en la nota 7)— con la capacidad "a priori" de respirar y digerir; pero en este elemento "a priori" nada hay de misterioso. Se ha formado gradualmente en el prolongado proceso del desarrollo. Desde el punto de vista del desarrollo y de la utilidad social se resuelven fácilmente los problemas que permitieron a Hegel echar por tierra las leyes morales de Kant: ¿para qué es preciso conservar los bienes? ¿para qué la propiedad?, etc. Pero, repito, en la teoría de la moral se pone de manifiesto con mucha mayor evidencia que en la teoría del conocimiento la falta de capacidad de Kant y de sus continua-

dores de partir del punto de vista del desarrollo. Y en este caso, con la misma frecuencia que en lo que se refiere a la teoría kantiana del conocimiento, cabe recordar las propias palabras de Kant: "La mayor obligación del filósofo es la de ser consecuente, y esto es lo más difícil de encontrar".

J. Plejánov, "Notas sobre el libro de Engels «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana»", *Obras filosóficas escogidas*, t. I, ed. rusa, Gospolitizdat, 1956, págs. 491-494.

La ética kantiana se ajusta completamente a las condiciones del medio pequeñoburgués en que vivía el propio Kant; es una ética que no puede aplicarse a los innumerables conflictos morales que crea a diario la gran producción capitalista, puesto que no contribuye a su solución. El imperativo categórico de Kant constituye en realidad una redición de los diez mandamientos de Moisés; la teoría kantiana acerca de que el hombre es malo por naturaleza constituye una variante del concepto teológico del pecado original... "obra de tal modo que uses la humanidad tanto en tu persona como en la persona de cualquier otro, siempre como un fin al mismo tiempo y nunca solamente como un medio". Este postulado kantiano no es otra cosa que el disfraz moral de un hecho extremadamente inmoral: la necesidad que tuvo el capitalismo de obreros libres para sus fines de explotación. Pintar el hundimiento del modo feudal de explotación exclusivamente como la emancipación de los obreros, y no ver en ello la transformación del modo de explotación feudal en el modo de explotación capitalista, fue una de las debilidades típicas de la Ilustración burguesa, una ilusión sincera o deliberada, pero ilusión al fin, puesto que tendía sobre la dura realidad un magnífico velo de belleza. Así como la Revolución Francesa, no obstante haber proclamado la libertad, la igualdad y la fraternidad, privaba a la clase obrera de derechos electorales, Kant admitía a los componentes de las clases trabajadoras como habitantes de la nación, pero no como ciudadanos con plenos derechos. Y precisamente en este sentido, en el de justificar el modo capitalista de explotación, fue interpretada durante todo un siglo esta premisa ética de Kant.

F. Mehring, "Kant, Dietzgen, Marx y el materialismo histórico", *En defensa del marxismo*, Gospolitizdat, 1927, pág. 130.

En ningún otro aspecto es tan marcado el filisteísmo de Kant como en su ética, con el agravante de que es un filisteo por cuyas venas corre toda la sangre malsana de la teología. Su doctrina del deber, con sus imperativos categóricos, no es más que una repetición de los diez mandamientos mosaicos, y su teoría de la maldad absoluta de la naturaleza humana, el dogma del pecado original. Ni siquiera fue el Nuevo Testamento, sino el Antiguo, el padrino de su ética. Goethe, siempre escéptico ante el dualismo de Kant, dijo en una ocasión que éste había manchado sacrilegamente su inmaculada capa filosófica con la teoría del mal radical. Incluso Schiller, kantiano entusiasta, se burlaba de la falacia filisteá del filósofo, según la cual no obra virtuosamente quien ayuda al prójimo siguiendo los dictados de su corazón compasivo —pues con ello sólo satisface su propio placer—, sino aquel que, siendo avaro, da una limosna muy a disgusto, obedeciendo el imperativo categórico. He aquí el epigrama de Schiller:

#### REMORDIMIENTO DE CONCIENCIA:

Ayudo con gusto a mis amigos, pero desgraciadamente eso me procura placer. Por ello, a menudo me aflige el no ser virtuoso.

Solución:

No puedo darte otro consejo que el siguiente: aprende a despreciar a tus amigos. Entonces harás con repugnancia lo que te ordena el deber.

Al propio Schopenhauer, quien se proclamó auténtico y verdadero heredero del trono de Kant —y en muchos sentidos lo era—, le indignaba la ética kantiana; y a continuación del postulado de éste: "La convicción que obliga al hombre a obedecer la ley moral exige que lo haga por deber, no por inclinación voluntaria ni por impulso espontáneo", agregó esta certera observación: "¡Debemos hacerlo por una orden! ¡Qué moral de esclavos!" Y es esta moral de esclavos la que hoy se quiere insuflar a la lucha de emancipación proletaria.

Detengámonos un momento más en el postulado por el que se glorifica a Kant como "el genuino y verdadero creador del socialismo alemán". Como hemos visto, el postulado sostiene que la humanidad debe prevalecer como un fin y no apenas como un medio en nuestro obrar sobre nosotros mismos y sobre los demás. Y se quiere transformar este pensamiento en la base ética del socialismo, con el argumento de que en la sociedad socialista todos los hombres serán simultáneamente el fin y el medio. Pero lo único que dicha argumen-

tación consigue es confirmar el aserto de que Kant ha legado a sus discípulos su falta total de comprensión histórica, tanto a los que estaban en la esfera filosófica —Schopenhauer y los neokantianos— como en la política, Teodoro von Schen y Johannes Jacobi. La única excepción era Schiller, y excepción más aparente que real, porque su olfato histórico se debía exclusivamente a su intuición poética. Para convencernos de ellos, es suficiente comparar su *Historia de la Guerra de los Treinta Años*, obra de un diletante, con su genial trilogía sobre Wallenstein.

Desde el punto de vista histórico, el mencionado postulado de Kant resulta ser el reflejo ideológico del siguiente hecho económico: la burguesía, que necesitaba un material humano apto para ser explotado en la producción, tenía que utilizar a la clase obrera como un medio y además convertirla en un fin; es decir, emanciparla de las cadenas feudales en nombre de la dignidad y la libertad humana. Quizá Kant no comprendía esta relación de fenómenos, pero en tal caso, él, a su vez, en calidad de vocero de la Ilustración francesa, ensanchó ideológicamente el pensamiento de ésta, restringiéndolo en la práctica. Porque pese a la elogiada premisa, que a primera vista hasta puede parecer socialista en el moderno sentido de la palabra, Kant exige libertad completa para los ciudadanos del Estado, aunque no para los habitantes, entre los cuales coloca a la clase trabajadora, a los criados, aprendices, comerciantes, artesanos y, en primer lugar, a los campesinos tributarios, a quienes la Revolución Francesa había realmente emancipado.

La premisa kantiana, que supuestamente lo convierte en el padre del socialismo alemán, pudo ser oída a lo largo de todo el siglo pasado en boca de los liberales alemanes, a menudo hostiles al socialismo; de manera que tal vez tengamos derecho de considerar extravagante la pretensión de transformar una estéril sabihondez en la estrella-guía del mundo de las ideas socialistas.

F. Mehring, "Emanuel Kant", *En defensa del marxismo*, ed., cit., págs. 175-178.

#### LA ÉTICA DE HEGEL

"¡Todo fluye y cambia perpetuamente! No es posible descender dos veces al mismo río, tocar dos veces una sustancia mortal en el mismo estado [...]". Así habló el profundo pensador de Efeso (lla-

mado "el oscuro").\* La filosofía de Hegel se basa en el mismo pensamiento, pero forjado en la fragua de una lógica incomparablemente más rigurosa. Y si todo fluye y todo cambia, si la fuerza poderosa del movimiento dialéctico no excluye a los fenómenos más estables, no tenemos derecho a considerar a ninguno de ellos desde el punto de vista de la mística. Por el contrario, todos deben ser enfocados sólo desde el punto de vista de la ciencia.

El lector debe de conocer la célebre contraposición que hace Kant en su *Crítica de la razón práctica* entre el cielo estrellado y la ley moral: "La primera visión de una innumerable multitud de mundos aniquila, por así decir, mi importancia como criatura animal que debe devolver al planeta (sólo un punto en el universo) la materia de donde salió [...] La segunda, en cambio, eleva mi valor como inteligencia infinitamente, en virtud de mi personalidad, en la cual la ley moral me revela una vida independiente de la animalidad y aun de todo el mundo sensible [...]"\*\* De tal modo, para Kant, lo mismo que para Fichte, la ley moral era algo así como una llave que abría las puertas al mundo del más allá. Hegel la consideró de manera por completo diferente. Según su teoría, la moral es un producto inevitable, una condición necesaria de la vida social. Y recuerda las palabras de Aristóteles de que el pueblo existe antes que el hombre aislado. El individuo no es algo independiente, y por ello debe existir en unidad con el todo. *Ser moral significa vivir de acuerdo con las costumbres del país*. Para dar una buena educación al hombre es preciso hacerlo ciudadano de una sociedad bien ordenada.

Resulta, por lo tanto, que la ética tiene sus raíces en la política. Esto se asemeja como dos gotas de agua a la doctrina revolucionaria de la moral elaborada por los enciclopedistas franceses del siglo XVIII. Esta semejanza puede provocar asombro. Aceptar que ser moral significa vivir de acuerdo con las costumbres del país dado, equivale a censurar de antemano a los *innovadores*, cuya actividad los coloca invariablemente *en contradicción con unas u otras costumbres* del país, es decir, los convierte en *inmorales* (en el sentido estricto de la palabra). Aristófanes acusó a Sócrates precisamente de ser inmoral. La muerte de éste demostró que el pueblo de Atenas consideró dicha acusación justificada.

No obstante, la contradicción se resuelve fácilmente por medio

\* Se refiere a Heráclito. (Ed.)

\*\* Edición citada, pág. 177. (Ed.)

del método dialéctico. En su introducción a la *Filosofía de la historia*, Hegel señala que en lo que se refiere en general al debilitamiento, violación y abolición de los fines y relaciones morales, es preciso decir que, infinitos y eternos por su esencia intrínseca, éstos son finitos en sus manifestaciones extrínsecas y están subordinados a las leyes de la naturaleza, así como a la acción de la contingencia. Por eso son transitorios, por eso son susceptibles de ser violados y abolidos. En la misma obra Hegel expone el pensamiento, desarrollado más adelante con mayor detalle por Lassalle en su *System der erworbenen Rechte*\*: "El derecho del espíritu del mundo es superior a todos los derechos privados" (*Das Rechte des Weltgeistes geht über alle besonderen Berechtigungen*).

Las grandes personalidades conocidas en la historia como portadoras y defensoras del "derecho del espíritu del mundo" encontraron plena justificación en la filosofía hegeliana de la historia, pese a que sus posiciones constituyeron una trasgresión de los derechos privados e hicieron vacilar el orden social existente. Hegel llamó *héroes* a estas personalidades, héroes que con su actividad crean un mundo nuevo. "Ellos —dice— entran en contradicción con el viejo orden y lo destruyen; trasgreden las leyes en vigor; son los violadores de las leyes existentes. Por ello perecen, pero sólo como individuos; su castigo no elimina el principio que representan [...] el principio triunfa más tarde, aunque sea bajo otra forma". Aristófanes no se equivocó. En la realidad Sócrates alteró las viejas normas morales de su pueblo. Y a éste no se lo puede culpar por el hecho de que, al presentir el peligro que amenazaba a ese orden que le era tan preciado, haya condenado a Sócrates a muerte. Los atenienses, a su modo, tenían razón. Sin embargo, también la tenía Sócrates, e inclusive mucha más razón que sus jueces, puesto que actuó como representante conciente de un principio nuevo, superior.

Hegel sin duda tenía debilidad por estos "violadores de las leyes existentes" y se mofó mordazmente de los psicólogos profundos que tratan de explicar las acciones de los grandes hombres de la historia como producto de móviles e intereses personales. Consideraba perfectamente natural que el hombre que se entrega a una causa encuentre, en la labor relacionada con ella, entre otras cosas, una satisfacción personal que podría comprender todos los tipos de amor de

\* *Sistema de los derechos adquiridos*. (Ed.)

sí. Pero sólo los "lacayos psicológicos" pueden pensar, basándose en ello, que los grandes hombres de la historia se guiaron únicamente por móviles personales, pues para ellos no hay héroes, no porque en la realidad no existan, sino porque estos enjuiciadores son sólo *lacayos*.

J. Plejánov, "Del idealismo al materialismo". *Obras filosóficas escogidas*, t. III, Gospolitizdat, Moscú, 1957, págs. 648-650.

#### LA ÉTICA DE FEUERBACH

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por lo tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación distinta, olvida que las circunstancias son cambiadas por los hombres y que el propio educador necesita ser educado. Conduce, pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad (así, por ejemplo, en Robert Owen).

La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como *práctica revolucionaria*.

Marx y Engels, "Tesis sobre Feuerbach", *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 713.

Donde el verdadero idealismo de Feuerbach se pone de manifiesto, es en su filosofía de la religión y en su ética. Feuerbach no pretende, en modo alguno, acabar con la religión; lo que él quiere es perfeccionarla. La filosofía misma debe volverse religión. "Los períodos de la humanidad sólo se distinguen unos de otros por los cambios religiosos. Para que se produzca un movimiento histórico profundo es necesario que este movimiento vaya dirigido al corazón del hombre. El corazón no es una forma de religión, como si ésta se albergase también en él; es la esencia de la religión (citado por Starcke, pág. 168). La religión es, para Feuerbach, la relación sentimental, la relación cordial de hombre a hombre que hasta ahora buscaba su verdad en un reflejo fantástico de la realidad —por la mediación de uno o muchos dioses, reflejos fantásticos de las cualidades humanas— y ahora la encuentra, directamente, sin intermedia-

rio, en el amor entre el yo y el tú, de donde, en Feuerbach, el amor sexual acaba siendo una de las formas supremas, si no la forma culminante, en que se practica su nueva religión.

Ahora bien; las relaciones de sentimientos entre seres humanos, y muy en particular entre los dos sexos, han existido desde que existe el hombre. El amor sexual, especialmente, ha experimentado durante los últimos 800 años un desarrollo y ha conquistado una posición que durante todo este tiempo lo convirtieron en el eje alrededor del cual tenía que girar obligatoriamente toda la poesía. Las religiones positivas existentes se han venido limitando a dar su altísima bendición a la reglamentación del amor sexual por el Estado, es decir, a la legislación matrimonial, y podrían desaparecer mañana mismo en bloque sin que la práctica del amor y de la amistad se alterase en lo más mínimo. En efecto, desde 1793 hasta 1798, Francia vivió prácticamente sin religión cristiana, hasta el punto de que el propio Napoleón, para restaurarla, no dejó de tropezar con resistencias y dificultades; y, sin embargo, durante este intervalo nadie sintió la necesidad de buscarle un sustitutivo en el sentido feuerbachiano.

El idealismo de Feuerbach estriba aquí en que para él las relaciones de unos seres humanos con otros, basadas en la mutua afectación, como el amor sexual, la amistad, la compasión, el sacrificio, etc., no son pura y sencillamente lo que son de suyo sin retrotraerlas en el recuerdo a una religión particular, que también para él forma parte del pasado, sino que adquieren su plena significación cuando aparecen consagradas con el nombre de religión. Para él, lo primordial no es que estas relaciones puramente humanas existan, sino que se las considere como la nueva, como la verdadera religión. Sólo cobran plena legitimidad cuando ostentan el sello religioso.

La palabra religión viene de "*religare*" y significa originariamente, unión. Por lo tanto, toda unión de dos seres humanos es una religión. Estos malabarismos etimológicos son el último recurso de la filosofía idealista. Se pretende que valga, no lo que las palabras significan con arreglo al desarrollo histórico de su empleo real, sino lo que deberían denotar por su origen. Y, de este modo, se glorifica como una "religión" el amor entre los dos sexos y las uniones sexuales, pura y exclusivamente para que no desaparezca del lenguaje la palabra religión, tan cara para el recuerdo idealista. Del mismo modo, exactamente, hablaban en la década del cuarenta los reformistas parisienses de la tendencia de Louis Blanc, que no pudiendo tam-

poco representarse un hombre sin religión más que como un monstruo, nos decían: "*Donc, l'athéisme c'est votre religion!*"\* Cuando Feuerbach se empeña en encontrar la verdadera religión sobre la base de una interpretación sustancialmente materialista de la naturaleza, es como si se empeñase en concebir la química moderna como la verdadera alquimia. Si la religión puede existir sin su dios, la alquimia puede prescindir también de su piedra filosofal. Por lo demás, entre la religión y la alquimia media una relación muy estrecha. La piedra filosofal encierra muchas propiedades de las que se atribuyen a dios, y los alquimistas egipcios y griegos de los dos primeros siglos de nuestra era tuvieron también arte y parte en la formación de la doctrina cristiana, como lo han demostrado los datos suministrados por Kopp y Berthelot.

La afirmación de Feuerbach de que los "períodos de la humanidad sólo se distinguen unos de otros por los cambios religiosos" es absolutamente falsa. Los grandes virajes históricos sólo han sido acompañados de cambios religiosos en lo que se refiere a las tres religiones universales que han existido hasta hoy: el budismo, el cristianismo y el islamismo. Las antiguas religiones tribales y nacionales nacidas espontáneamente no tenían un carácter proselitista, y perdían toda su fuerza de resistencia en cuando desaparecía la independencia de las tribus y de los pueblos que las profesaban; respecto de los germanos, bastó incluso para ello el simple contacto con el Imperio romano en decadencia y con la religión universal del cristianismo, que este Imperio acababa de abrazar y que tan bien cuadraba a sus condiciones económicas, políticas y espirituales. Sólo es en estas religiones universales, creadas más o menos artificialmente, sobre todo en el cristianismo y el islamismo, donde pueden verse los movimientos históricos con un sello religioso; e incluso dentro del campo del cristianismo este sello religioso, tratándose de revoluciones de un alcance verdaderamente universal, se circunscribía a las primeras fases de la lucha de emancipación de la burguesía, desde el siglo XIII hasta el siglo XVII, y no se explica, como quiere Feuerbach, por el corazón del hombre y su necesidad de religión, sino por toda la historia medieval anterior, que no conocía más formas ideológicas que las de la religión y la teología. Pero en el siglo XVIII, cuando la burguesía fue ya lo bastante fuerte para tener también una ideología propia, acomodada a su posición de clase, hizo su grande y definitiva

\* "¡Por lo tanto el ateísmo es vuestra religión!" (Ed.)

revolución, la revolución francesa, bajo la bandera exclusiva de ideas jurídicas y políticas, sin preocuparse de la religión más que en la medida en que le estorbaba; pero no se le ocurrió poner una nueva religión en lugar de la antigua; sabido es cómo Robespierre fracasó en este empeño.\*

La posibilidad de experimentar sentimientos puramente humanos en nuestras relaciones con otros hombres se halla ya hoy bastante mermada por la sociedad erigida sobre los antagonismos y el régimen de clase en la que nos vemos obligados a movernos; no hay ninguna razón para que nosotros mismos la mermemos todavía más, convirtiendo esos sentimientos en una religión. Y la comprensión de las grandes luchas históricas de clase se halla ya suficientemente enturbiada por los historiadores al uso, sobre todo en Alemania, para que acabemos nosotros de hacerla completamente imposible transformando esta historia de luchas en un simple apéndice de la historia eclesástica. Ya esto solo demuestra cuánto nos hemos alejado hoy de Feuerbach. Sus "pasajes más hermosos", festejando esta nueva religión del amor, hoy son ya ilegibles.

La única religión que Feuerbach investiga seriamente es el cristianismo, la religión universal del Occidente, basada en el monoteísmo. Feuerbach demuestra que el dios de los cristianos no es más que el reflejo imaginativo, la imagen refleja del hombre. Pero este dios es, a su vez, el producto de un largo proceso de abstracción, la quintaesencia concentrada de los muchos dioses tribales y nacionales que existían antes de él. Congruentemente, el hombre, cuya imagen refleja es aquel dios, tampoco es un hombre real, sino que es también la quintaesencia de muchos hombres reales, el hombre abstracto, y por lo tanto, también una imagen mental. Este Feuerbach que predica en cada página el imperio de los sentidos, la sumersión en lo concreto, en la realidad, se convierte, tan pronto como tiene que hablarnos de otras relaciones entre los hombres que no sean las simples relaciones sexuales, en un pensador completamente abstracto.

Para él, estas relaciones sólo tienen un aspecto: el de la moral. Y aquí vuelve a sorprendernos la pobreza asombrosa de Feuerbach, comparado con Hegel. En éste, la ética o teoría de la moral es la filosofía del derecho y abarca: 1) el derecho abstracto; 2) la mo-

\* Se alude al intento de Robespierre de implantar la religión del "ser supremo". (Ed.)

ralidad; 3) la moral práctica que, a su vez, engloba la familia, la sociedad civil y el Estado. Aquí, todo lo que tiene de idealista la forma, lo tiene de realista el contenido. Juntamente con la moral se engloba todo el campo del derecho, de la economía, de la política. En Feuerbach, es al revés. Por la forma, Feuerbach es realista, arranca del hombre; pero como no nos dice ni una palabra acerca del mundo en que vive este hombre, sigue siendo el mismo hombre abstracto que llevaba la batuta en la filosofía de la religión. Este hombre no ha nacido de vientre de mujer, sino que ha salido, como la mariposa de la crisálida, del dios de las religiones monoteístas, y por lo tanto no vive en un mundo real, históricamente creado e históricamente determinado; entra en contacto con otros hombres, es cierto, pero éstos son tan abstractos como él. En la filosofía de la religión existían todavía hombres y mujeres; en la ética, desaparece hasta esta última diferencia. Es cierto que en Feuerbach nos encontramos, muy de tarde en tarde, con afirmaciones como éstas: "En un palacio se piensa de otro modo que en una cabaña"; "el que no tiene nada en el cuerpo, porque se muere de hambre y de miseria, no puede tener tampoco nada para la moral en la cabeza, en el espíritu ni en el corazón"; "la política debe ser nuestra religión", etc. Pero con estas afirmaciones no sabe llegar a ninguna conclusión; en él son simples frases, y hasta el propio Starcke se ve obligado a confesar que la política era, para Feuerbach, una frontera infranqueable, y "la teoría de la sociedad, la sociología, *terra incognita*".

La misma vulgaridad denota si se lo compara con Hegel, en el modo como trata la contradicción entre el bien y el mal. "Cuando se dice —escribe Hegel— que el hombre es bueno por naturaleza, se cree decir algo muy grande; pero se olvida que se dice algo mucho más grande cuando se afirma que el hombre es malo por naturaleza". En Hegel, la maldad es la forma en que toma cuerpo la fuerza propulsora del desarrollo histórico. Y en este criterio se encierra un doble sentido, puesto que, por una parte, todo nuevo progreso representa necesariamente un ultraje contra algo santificado, una rebelión contra las viejas condiciones, agonizantes, pero consagradas por la costumbre; y, por otra parte, desde la aparición de los antagonismos de clase, son precisamente las malas pasiones de los hombres, la codicia y la ambición de mando, las que sirven de palanca del progreso histórico, de lo que, por ejemplo, es una sola prueba continuada la historia del feudalismo y de la burguesía. Pero a Feuerbach no se le pasa por las mientes investigar el papel histórico de la maldad

moral. La historia es para él un campo desagradable y descorazonador. Hasta su fórmula: "El hombre que brotó originariamente de la naturaleza era, puramente, un ser natural, y no un hombre. El hombre es un producto del hombre, de la cultura, de la historia"; en sus manos, hasta esta fórmula es completamente estéril.

Con estas premisas, lo que Feuerbach pueda decirnos acerca de la moral tiene que ser, por fuerza, extremadamente pobre. El anhelo de dicha es innato del hombre y debe constituir, por lo tanto, la base de toda moral. Pero este anhelo de dicha sufre dos enmiendas. La primera es la que le imponen las consecuencias naturales de nuestros actos: detrás de la embriaguez viene la desazón, y detrás de los excesos habituales, la enfermedad. La segunda se deriva de sus consecuencias sociales: si no respetamos el mismo anhelo de dicha de los demás, éstos se defenderán y perturbarán, a su vez, el nuestro. De donde se sigue que, para dar satisfacción a este anhelo, debemos estar en condiciones de calcular bien las consecuencias de nuestros actos y, además, reconocer la igualdad de derechos de los otros a satisfacer el mismo anhelo. Dominio racional de la propia persona en cuanto a uno mismo, y amor —¡siempre el amor!— en nuestras relaciones para con los otros, son, por lo tanto, las reglas fundamentales de la moral feuerbachiana, de las que se derivan todas las demás. Para cubrir la pobreza y la vulgaridad de esta tesis, no bastan ni las ingeniosísimas consideraciones de Feuerbach, ni los calurosos elogios de Starcke.

El anhelo de dicha muy rara vez lo satisface el hombre —y nunca en provecho propio ni de otros— ocupándose de sí mismo. Tiene que ponerse en relación con el mundo exterior, encontrar medios para satisfacer aquel anhelo: alimento, un individuo de otro sexo, libros, conversación, debates, una actividad, objetos que consumir y que elaborar. O la moral feuerbachiana da por supuesto que todo hombre dispone de estos medios y objetos de satisfacción, o bien le da consejos excelentes pero inaplicables, y no vale, por lo tanto, ni un solo centavo para quienes carezcan de aquellos recursos. El propio Feuerbach lo declara lisa y llanamente: "En un palacio se piensa de otro modo que en una cabaña. El que no tiene nada en el cuerpo, porque se muere de hambre y de miseria, no puede tener tampoco nada para la moral en la cabeza, en el espíritu, ni en el corazón".

¿Acaso acontece algo mejor con la igualdad de derechos de los demás en cuanto a su anhelo de dicha? Feuerbach presenta este postulado con carácter absoluto, como valedero para todos los tiempos



y todas las circunstancias. ¿Pero desde cuándo rige? ¿Es que en la antigüedad se hablaba siquiera de reconocer la igualdad de derechos en cuanto al anhelo de dicha entre el amo y el esclavo, o en la Edad Media entre el barón y el siervo de la gleba? ¿No se sacrificaba a la clase dominante, sin miramiento alguno y "por imperio de la ley", el anhelo de dicha de la clase oprimida? —Sí, pero aquello era inmoral; hoy, en cambio, la igualdad de derechos está reconocida y sancionada. Lo está sobre el papel, desde que la burguesía, en su lucha contra el feudalismo y por desarrollar la producción capitalista, se vio obligada a abolir todos los privilegios de casta, es decir, los privilegios personales, proclamando primero la igualdad de los derechos privados y luego, poco a poco, la de los derechos públicos, la igualdad jurídica de todos los hombres. Pero el anhelo de dicha no se alimenta más que en una parte mínima de derechos ideales; lo que más reclama son medios materiales, y en este terreno la producción capitalista se cuida de que la inmensa mayoría de los hombres equiparados en derechos sólo obtengan la dosis estrictamente necesaria para malvivir; es decir, apenas si respeta el principio de la igualdad de derechos en cuanto al anhelo de dicha de la mayoría —si es que lo hace— mejor que el régimen de la esclavitud o el de la servidumbre de la gleba. ¿Acaso es más consoladora la realidad, en lo que se refiere a los medios espirituales de dicha, a los medios de educación? ¿No es un personaje místico hasta el célebre "maestro de escuela de Sadowa"? \*

Más aun. Según la teoría feuerbachiana de la moral, la Bolsa es el templo supremo de la moralidad... siempre que se especule con acierto. Si mi anhelo de dicha me lleva a la Bolsa y, una vez allí, sé medir tan certeramente las consecuencias de mis actos, que éstos sólo me acarreen ventajas y ningún perjuicio, es decir, que salgo siempre ganancioso, habré cumplido el precepto feuerbachiano. Y con ello, no lesiono tampoco el anhelo de dicha de otro, tan legítimo como el mío, pues el otro se ha dirigido a la Bolsa tan voluntariamente como yo, y al cerrar conmigo el negocio de especulación, obedecía a su anhelo de dicha, ni más ni más menos que yo al mío. Y si pierde su dinero, ello demuestra que su acción era inmoral,

\* Expresión que se extendió en la literatura burguesa alemana después de la victoria de los prusianos en Sadowa (en la guerra austro-prusiana de 1866) y que encierra la idea de que dicho triunfo se habría debido a las ventajas del sistema prusiano de instrucción pública. (Ed.)

por haber calculado mal sus consecuencias, y, al castigarlo como se merece, puedo incluso darme un puñetazo en el pecho, orgullosamente, como un moderno Radamante.\* En la Bolsa impera también el amor, en cuanto que éste es algo más que una frase puramente sentimental, pues aquí cada cual encuentra en el otro la satisfacción de su anhelo de dicha, que es precisamente lo que el amor persigue y en lo que se traduce prácticamente. Por lo tanto, si juego en la Bolsa, calculando bien las consecuencias de mis operaciones, es decir, con fortuna, obro ajustándome a los postulados más severos de la moral feuerbachiana, y encima me hago rico. Dicho en otros términos, la moral de Feuerbach, está cortada a la medida de la actual sociedad capitalista, aunque su autor no lo quisiese ni lo sospechase.

¡Pero el amor! Sí, el amor es, en Feuerbach, el hada maravillosa que ayuda a vencer siempre y en todas partes las dificultades de la vida práctica; y esto, en una sociedad dividida en clases, con intereses diametralmente opuestos. Con esto desaparece de su filosofía hasta el último residuo de su carácter revolucionario, y volvemos a la vieja canción: amaos los unos a los otros, abrazaos sin distinción de sexos ni de posición social. ¡Es el sueño de la reconciliación universal!

Resumiendo. A la teoría moral de Feuerbach le pasa lo que a todas sus predecesoras. Sirve para todos los tiempos, todos los pueblos y todas las circunstancias; razón por la cual no es aplicable nunca ni en parte alguna, resultando tan impotente frente a la realidad como el imperativo categórico de Kant. La verdad es que cada clase y hasta cada profesión tiene su moral propia, que viola siempre que puede hacerlo impunemente, y el amor, que tiene por misión hermanarlo todo, se manifiesta en forma de guerras, de litigios, de procesos, escándalos domésticos, divorcios y en la explotación máxima de los unos por los otros.

¿Pero cómo es posible que el impulso gigantesco dado por Feuerbach resultase tan infecundo en él mismo? Sencillamente, porque Feuerbach no logra encontrar la salida del reino de las abstracciones, odiado mortalmente por él, hacia la realidad viva. Se aferra desesperadamente a la naturaleza y al hombre; pero en sus labios la naturaleza y el hombre siguen siendo meras palabras. Ni acerca de la naturaleza real ni acerca del hombre real, sabe decirnos nada con-

\* Según un mito griego Radamante fue nombrado juez de los infiernos por su espíritu justiciero. (Ed.)

creto. Para venir del hombre abstracto de Feuerbach a los hombres reales y vivientes, no hay más que un camino: verlos actuar en la historia. Pero Feuerbach se resistía contra esto; por eso el año 1848, que no logró comprender, no representó para él más que la ruptura definitiva con el mundo real, el retiro a la soledad. Y la culpa de esto vuelven a tenerla, principalmente, las condiciones de Alemania, que lo dejaron decaer miserablemente.

Pero el paso que Feuerbach no dio, había que darlo; había que sustituir el culto del hombre abstracto, médula de la nueva religión feuerbachiana, por la ciencia del hombre real y de su desenvolvimiento histórico. Este desarrollo de las posiciones feuerbachianas superando a Feuerbach fue iniciado por Marx en 1845, con *La Sagrada Familia*.

Engels, "Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana". Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit. págs. 697-701.

(Materia-  
lismo)  
contra  
teología  
e idealismo  
(en  
teoría)

"No niego [...] la sabiduría, la bondad, la belleza; sólo niego que, como tales conceptos genéricos, sean entes, bien como dioses o cualidades de Dios, o como ideas platónicas, o conceptos hegelianos autoestablecidos..." (158); existen sólo como cualidades de los hombres.

Lenin, "Resumen del libro de Feuerbach «Lecciones sobre la esencia de la religión»", *ob. cit.*, t. XXXVIII, pág. 65.

Sólo registraré lo más importante entre lo que ofrece cierto interés: el fundamento de la moral es el egoísmo (392). ("El amor a la vida, el interés, el egoísmo")... "no existe sólo un egoísmo singular e individual, sino también un egoísmo social, un egoísmo familiar, un egoísmo de corporación, un egoísmo de comunidad, un egoísmo patriótico" (393).

"...El bien es simplemente lo que responde al egoísmo de todos los hombres..." (397).

¡Un  
embrión  
de materia-  
lismo  
histórico!

N B  
N B  
Un  
embrión de  
materia-  
lismo  
histórico  
Cf. Cher-  
nishevski.  
N B  
El  
"socialis-  
mo" de  
Feuerbach.

"...¡No hay más que echar una ojeada a la historia! ¿Dónde comienza una nueva época histórica? Sólo allí donde, frente al egoísmo exclusivo de una nación o casta, una masa o mayoría oprimidas hacen valer su egoísmo justificado, donde las clases humanas [*sic!*] o las naciones enteras, triunfando sobre las arrogantes pretensiones de una minoría patricia, salen de la sombra miserable del proletariado a la luz de la gloria histórica. Así debe abrirse y se abrirá paso también el egoísmo de la mayoría actualmente oprimida de la humanidad, hasta afirmar su derecho y fundar con ello una nueva época histórica. No se trata de acabar, en modo alguno, con la nobleza de la cultura, del espíritu; ¡por cierto que no!; se trata simplemente de que no sólo unos pocos sean aristócratas y todos los demás plebeyos, sino de que todos deben —*deben*, por lo menos— llegar a ser gente instruida; no se trata de acabar, en modo alguno, con la propiedad en general; ¡por cierto que no!; se trata simplemente de que no tengan acceso a la propiedad sólo unos pocos y todos los demás carezcan de todo, sino de que todos deben participar de la propiedad" (398).

Estas lecciones fueron dictadas desde el 1-XII-1848 hasta el 2-III-1849 (Prólogo, pág. V) y el prólogo del libro lleva la fecha 1-I-1851. ¡Cuán considerablemente rezagado con respecto a Marx (*Manifiesto Comunista*, 1847, *Neue Rheinische Zeitung*, etc.) y a Engels (1845: *Lage*) ha quedado Feuerbach ya en este período! (1848-1851).

Idem, págs. 71-72.

#### LA ÉTICA DE BENTHAM

*La órbita de la circulación o del cambio de mercancías, dentro de cuyas fronteras se desarrolla la compra y la venta de la fuerza de*

trabajo, era, en realidad, el verdadero *paraíso de los derechos del hombre*. Dentro de estos linderos sólo reinan *la libertad, la igualdad, la propiedad y Bentham*. La libertad, pues el comprador y el vendedor de una mercancía, verbigracia de la *fuerza de trabajo*, no obedecen a más ley que la de su *libre voluntad*. Contratan como *hombres libres e iguales ante la ley*. El *contrato* es el resultado final en que sus voluntades cobra una expresión jurídica común. La *igualdad*, pues compradores y vendedores sólo contratan *como poseedores de mercancías*, cambiando equivalente por equivalente. La *propiedad*, pues cada cual dispone y solamente puede disponer de lo que es suyo. Y *Bentham*, pues cuantos intervienen en estos actos sólo se mueven por su interés. La única fuerza que los une y los pone en relación es la fuerza de su *egoísmo*, de su provecho personal, de su *interés privado*. Precisamente *por eso*, porque cada cual cuida solamente de sí y ninguno cuida de los demás, contribuyen todos ellos, gracias a una *armonía preestablecida de las cosas* o bajo los auspicios de una providencia omniastuta, a realizar la obra de su provecho mutuo, de su conveniencia colectiva, de su interés social.

Al abandonar esta órbita de la circulación simple o cambio de mercancías, adonde el librecambista *vulgaris* va a buscar las ideas, los conceptos y los criterios para enjuiciar la sociedad del capital y del trabajo asalariado, parece como si cambiase algo la fisonomía de los *personajes* de nuestro drama. El antiguo poseedor de dinero rompe la marcha convertido en *capitalista*, y tras él viene el poseedor de la fuerza del trabajo, transformado en *obrero suyo*; aquél, pisando recio y sonriendo desdeñoso, todo apresurado; éste, tímido y receloso, de mala gana, como quien va a vender su propio pellejo y sabe la suerte que le aguarda: que se la *curtan*.

Marx, *El capital*, ed. cit., t. I, pág. 143.

Jeremías Bentham es un fenómeno genuinamente inglés. Nadie, en ninguna época ni en país alguno, sin exceptuar siquiera a nuestro filósofo Christian Wolff, se ha hartado de profesar tan a sus anchas como él los más vulgares lugares comunes. El *principio de la utilidad* no es ninguna invención de Bentham. Éste se limita a copiar sin pizca de ingenio lo que Helvecio y otros franceses del siglo XVIII habían dicho ingeniosamente. Así, por ejemplo, si queremos saber qué es útil para un perro, tenemos que penetrar en la naturaleza del perro.

Pero a ella no llegaremos jamás partiendo del "principio de la utilidad". Aplicado al hombre, si queremos enjuiciar con arreglo al principio de la utilidad todos los hechos, movimientos, relaciones humanas, etc., tendremos que conocer ante todo la naturaleza humana en general y luego la naturaleza humana históricamente condicionada por cada época. Bentham no se anda con cumplidos. Con la más candorosa sequedad toma al filisteo moderno, especialmente al *filisteo inglés*, como el *hombre normal*. Cuanto sea útil para este lamentable hombre normal y su mundo, es también útil de por sí. Por este rasero mide luego el pasado, el presente y el porvenir. Así, por ejemplo, la religión cristiana es "útil" porque condena religiosamente los mismos desaguisados que castiga jurídicamente el Código penal. La crítica literaria es "perjudicial" porque perturba a los hombres honrados en su disfrute de las poesías de Martín Tupper, etc. Con esta pacotilla ha ido llenando montañas de libros nuestro hombre, que tiene por divisa aquello de "*nulla dies sine linea*". Si yo tuviese la valentía de mi amigo E. Heine, llamaría a Mr. Jeremías genio de la estupidez burguesa.

Idem, pág. 490.

#### LA ÉTICA DE CHERNISHEVSKI

... Antes de conocer las obras de Marx, Engels y Plejánov, fue Chernishevski el único que ejerció sobre mí una influencia aplastante y poderosa, que comenzó con su *¿Qué hacer?* El gran mérito de Chernishevski reside en haber demostrado que todo hombre verdaderamente decente y de pensamiento correcto debe ser revolucionario; y también en esto, más importante todavía: señalar las cualidades individuales que debe poseer un revolucionario, su norma de conducta, su manera de marchar hacia su meta y los métodos y medios para alcanzarla.

Lenin, *Sobre la literatura y el arte*, Gospolitizdat, Moscú, 1960, págs. 24-25.

¿Qué es el bien y qué el mal, según su teoría? A esta pregunta responde el mismo artículo —como ve el lector, de gran contenido—

*El principio antropológico de la filosofía.* "El hombre aislado —dice allí Chernishevski— llama proceder bien a los actos de otras personas que a él le resultan útiles; en opinión de la sociedad, se considera proceder bien a lo que es útil para la sociedad toda o para la mayoría de sus miembros. Por último, los hombres en general, sin diferencias de nacionalidad o capa social, consideran bueno lo que es útil para el hombre en general". Ocurre con frecuencia que los intereses de las diferentes naciones y capas sociales se contradicen entre sí o contradicen los intereses de la humanidad. También sucede con frecuencia que los intereses de una capa social son opuestos a los de la nación. ¿Cómo resolver en este caso dónde está el bien y dónde el mal? Teóricamente, la solución del problema no presenta dificultades: "el interés universal está por encima de lo que pueda ser ventajoso para la nación, el interés general de la nación es superior a lo que es útil para una capa determinada, y el interés de una capa numerosa es superior al de otra, poco numerosa". ¿Qué resulta en la práctica? Que los hombres consideran buena una acción que les resulta útil, y mala, la que los perjudica; raras veces tratan de ver qué significado tiene esa acción respecto de los intereses más amplios del todo. Mas Chernishevski está convencido de que la gente, las capas sociales o las naciones que ponen sus intereses particulares por encima de los intereses comunes se ven, en fin de cuentas, perjudicados por esta "falsedad teórica". Y afirma: "En los casos en que una nación dada pisotea, para su propio beneficio, los intereses generales de la humanidad o en que una capa determinada pisotea los intereses de una nación, los resultados son siempre perjudiciales, no sólo para la parte cuyos intereses han sido violados, sino también para la que imaginó lograr para sí ventajas con esa violación; ocurre siempre que, al subyugar a la humanidad, la nación se destruye a sí misma; que la capa dada se dicta su propio fin, cuando sacrifica en su propio beneficio a un pueblo entero". No nos detendremos aquí a analizar los ejemplos históricos y económicos con los que quiere confirmar esta tesis suya: trataremos este tema más adelante, cuando hablemos de las concepciones históricas de Chernishevski. Nos limitaremos ahora a algunas observaciones, puesto que, sea justa o no esta tesis, es indudable que lo dicho por él sobre la relación que guardan los intereses de una parte respecto de los del todo, nos permite plantear el problema del egoísmo con mayor justeza que la que lo hace él en su artículo. En efecto, supongamos que se trata de una sociedad no dividida en capas o en clases. En tal

se considerarán buenas las acciones individuales, si ellas concuerdan con los intereses del todo, y malas, las que contradigan esos intereses. Por lo tanto, los juicios sobre el bien y el mal se basarán en lo que puede denominarse egoísmo del todo, *egoísmo social*. Pero éste no excluye en modo alguno el altruismo de algún individuo, el *altruismo individual*. Por el contrario, es su fuente: la sociedad aspira a educar a cada uno de sus miembros de modo que éstos coloren el interés social por encima del propio; y en la medida en que el proceder de una persona dada satisfaga este requerimiento de la sociedad, tanto más abnegada, moral y altruista será esa persona. Y cuanto más sus actos *traspreden* este requerimiento, tanto más egoísta e inmoral será. Este es el criterio que siempre han aplicado los hombres —de modo más o menos conciente— al establecer si la acción de un individuo concreto es egoísta o altruista; toda la diferencia se reduce en este caso a lo que representa ese todo cuyos intereses se ponen en la circunstancia dada por encima de los intereses del individuo.

Pero cuando la sociedad aplica un criterio basado en los intereses del todo para enjuiciar los actos individuales, quiere que los que son ventajosos para ella hayan sido dictados por el impulso interno del hombre y no por consideraciones de utilidad propia. Cuando un individuo que sirve a los intereses del todo se guía por su interés personal, revela mayor o menor inteligencia, mayor o menor preparación, pero en modo alguno mayor o menor altruismo. La educación del hombre en el espíritu de la moral consiste precisamente en lograr que los actos útiles para la sociedad se conviertan para él en una necesidad instintiva ("imperativo categórico" de Kant). Cuanto más intensa sea esta exigencia, tanto más moral será el individuo dado. Es propio del héroe no evitar someterse a esta propia exigencia, inclusive cuando su cumplimiento contradice radicalmente sus intereses vitales, cuando, por ejemplo, llega a la amenaza de muerte. Por lo general esto fue dejado de lado por los ilustrados, entre ellos, por Chernishevski. Se puede agregar también que Kant se equivocó no menos que los ilustrados cuando afirmó que los impulsos morales no tienen relación alguna con lo ventajoso. Tampoco en este caso supo partir del punto de vista del desarrollo y deducir, del *egoísmo social*, el *altruismo individual*...

En sus *Notas sobre revistas* (enero de 1857), al definir la diferencia existente entre Pechorin y Rudin: "Uno es un egoísta que no piensa en otra cosa que en sus propios placeres; el otro, un entusiasta

que se olvida por completo de sí y está íntegramente absorbido por los intereses generales; uno vive para satisfacer sus pasiones, el otro para sus ideales. Esta es gente [...] que representa, uno respecto del otro, un verdadero contraste" ¡Perfectamente justo! Pero precisamente debido a la posibilidad de que existan tales contrastes, resultaría erróneo afirmar que la gente es egoísta y que sólo se diferencia entre sí por el mayor o menor grado de espíritu calculador. Pero no es por cálculo que Rudin vive para sus ideales, tampoco por cálculo Pechorin vive para sus pasiones.

Otro ejemplo. Al casarse con Lopujov, Vera Pávlovna deja de ver durante seis meses a sus padres; luego va a visitarlos. Veamos cómo describe el autor la impresión que le causa dicha visita: "Durante seis meses Vera Pávlovna había respirado aire puro; había perdido la costumbre de soportar aquella ponzoñosa atmósfera y aquellas palabras malintencionadas, dictadas todas ellas por el cálculo egoísta; no estaba ya habituada a oír expresar ideas ruines ni proyectos viles. El sótano le causó una impresión horrorosa. La sordidez, la bajeza, el cinismo de aquel ambiente le saltaba a la vista con la crudeza de lo nuevo.

"¿Cómo he tenido fuerzas para vivir en tan degradantes condiciones? ¿Cómo podía respirar en ese sótano? Y no sólo he vivido, sino que inclusive he quedado sana. Es asombroso, incomprensible. ¿Cómo he podido crecer amando el bien? Es increíble, pensaba Vera Pávlovna camino de su casa, sintiendo el alivio de quien respira después de haber estado asfixiándose".

Vera Pávlovna había vivido en una "atmósfera de palabras malintencionadas, dictadas todas ellas por el cálculo egoísta". Y hoy le resulta doloroso respirar esa atmósfera. ¿Por qué, si la gente se guía en general sólo por el cálculo? Le resulta duro porque el cálculo por el que se guía la gente semejante a sus padres es bajo, "egoísta", ajeno por completo al "amor por el bien". De ahí que, al reducir todo al cálculo, Chernishevski se vea obligado a diferenciar el cálculo egoísta, "ajeno al amor por el bien", del desinteresado, henchido de este amor\*. Dicho de otro modo, que vuelve a la antigua diferencia-

\* En otro pasaje de su novela describe el desagrado de la gente "habituada a interpretar la palabra «interés» en el sentido, demasiado estrecho, de «cálculo cotidiano». (Obras, t. IX, ed. rusa, pág. 169.) Hoy nos encontramos con que, además de ese cálculo cotidiano, existe también cierto cálculo no cotidiano. ¿En qué se diferencia éste del anterior? En que la gente que se guía por él, entre otras cosas, tiene en cuenta los intereses de su "conciencia" (idem).

ción entre el egoísmo y el altruismo. Ocurre con él lo mismo que anteriormente con Holbach y otros pensadores del siglo XVIII, que todo lo reducían también al cálculo y que como él se encontraron ante la necesidad lógica de oponer el cálculo desinteresado al egoísta.

J. Plejánov y N. Chernishevski, *Obras filosóficas escogidas*, t. IV, Sotsekquiz, Moscú, 1958, págs. 258-262.

... La novela de Chernishevski ejerció una enorme influencia en el movimiento revolucionario ruso de la segunda mitad del siglo XIX. Rajmétov, Kirsánov, Lopujov y Vera Pávlovna, personajes de la obra, contribuyeron a educar con su ejemplo a varias generaciones de jóvenes revolucionarios, quienes a menudo procuraron imitar literalmente las cualidades de estos héroes: reciedumbre y entereza de carácter, fidelidad a la causa revolucionaria e irreconciliable firmeza ante el enemigo.

En lo que a mí se refiere, la novela *¿Qué hacer?* tuvo un influjo profundo e irresistible hace treinta y cinco años, cuando era yo un joven obrero que daba sus primeros pasos en el movimiento revolucionario búlgaro. Puedo decir que ninguna otra obra literaria, ni antes ni después, aportó tanto a mi formación revolucionaria. Rajmétov era mi favorito. Me propuse ser firme, intrépido y abnegado, templar mi carácter en la lucha contra las dificultades y privaciones, subordinar mi vida personal a los intereses de la gran causa de la clase obrera; en una palabra, ser como yo imaginaba al irreprochable héroe de Chernishevski. Y no me cabe la menor duda de que fue precisamente esa bienhechora influencia juvenil la que me ayudó a ser un revolucionario proletario y, posteriormente, se reflejó en mi acción revolucionaria en Bulgaria y en el proceso de Leipzig.

Todavía hoy experimento emoción y deleite con la lectura de *¿Qué hacer?* ¿A qué se debe la fuerza, la influencia que ejerce la novela de Chernishevski? A mi juicio, se explica por el hecho de que el gran revolucionario y escritor supo crear imágenes hermosas y vivientes de gente nueva para aquel entonces, pese a sus conceptos políticos erróneos, propios de la época de la Ilustración revolucionaria. Era gente valerosa, sin vacilaciones, resuelta frente al enemigo, que no temía las dificultades y subordinaba su vida personal a un gran ideal; personas que saben realizar su labor, que —como dice

Chernishevski— "cuando emprenden una tarea, la toman con tal fuerza entre sus manos que no hay peligro de que se les escape"

Sí, la osadía, la abnegación, el heroísmo sin par, la fidelidad ilimitada a la revolución: he aquí lo que hacía de los héroes de Chernishevski las figuras amadas de las jóvenes generaciones revolucionarias.

Son estas cualidades revolucionarias, unidas a la justa concepción bolchevique y a la grandiosa doctrina de Marx, Engels y Lenin, las que hoy hallamos en los cuadros del ejército multitudinario que está construyendo el socialismo, la sociedad socialista sin clases, en la sexta parte del globo, y lucha por la victoria del socialismo en el mundo capitalista.

La novela *¿Qué hacer?* no ha perdido aún su virtud educativa. Si nuestra juventud la lee con criterio crítico, experimentará, sin duda, gran placer y extraerá conclusiones de real utilidad para su formación revolucionaria.

No sin razón Lenin tenía tanto aprecio y afecto por Chernishevski revolucionario y escritor.

G. Dimítrov, "Al joven lector", *Obras escogidas*, t. I, Gospolitizdat, 1957, págs. 485-486.

## II

INTERPRETACION MATERIALISTA DE LA HISTORIA  
Y DE LA MORAL

## RELACIONES ECONÓMICAS Y MORAL

La producción de las ideas, representaciones, de la conciencia, aparece al principio directamente entrelazada con la actividad material y el contacto material de los hombres, como lenguaje de la vida real. Las representaciones, los pensamientos, el contacto espiritual de los hombres se presentan todavía, aquí, como emanación directa de su relación. Y lo mismo ocurre con la producción espiritual, tal y como se manifiesta en el lenguaje de la política, de las leyes, de la moral, de la religión, de la metafísica, etc., de un pueblo. Los hombres son los productores de sus representaciones, de sus ideas, etc., pero son reales y actuantes, tal y como se hallan condicionados por un determinado desarrollo de sus fuerzas productivas y a la vida en común que a él corresponde, hasta llegar a sus formaciones más amplias. La conciencia (*das Bewußtsein*) no puede ser nunca otra cosa que el ser conciente (*das bewußte Sein*), y el ser de los hombres es un proceso de vida real, y si en toda la ideología los hombres y sus relaciones aparecen invertidos como en la cámara oscura, este fenómeno responde a su proceso histórico de vida, como la inversión de los objetos al proyectarse sobre la retina responde a su proceso de vida directamente físico.

Totalmente al contrario de lo que ocurre en la filosofía alemana, que desciende del cielo a la tierra, aquí se asciende de la tierra al cielo. Es decir, no se parte de lo que los hombres dicen, se representan o imaginan, ni tampoco del hombre predicado, pensado, representado o imaginado, para llegar, arrancando de aquí, al hombre de carne y

hueso; se parte del hombre que realmente actúa y, arrancando de su proceso de la vida real, se expone también el desarrollo de los reflejos ideológicos y de los ecos de este proceso de vida. También las formaciones nebulosas que se condensan en el cerebro de los hombres son sublimaciones necesarias de su proceso material de vida, proceso empíricamente registrable y sujeto a condiciones materiales. La moral, la religión, la metafísica y cualquier otra ideología y las formas de conciencia que a ellas corresponden pierden, así, la apariencia de su propia sustantividad. No tienen su propia historia ni su propio desarrollo, sino que los hombres que desarrollan su producción material y su relación material cambian también, al cambiar esta realidad, su pensamiento y los productos de su pensamiento. No es la conciencia la que determina la vida, sino la vida la que determina la conciencia. En el primer punto de vista, se parte de la conciencia como del individuo viviente; en el segundo punto de vista, que es el que corresponde a la vida real, se parte del mismo individuo real viviente y se considera la conciencia solamente como *su* conciencia.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 25-26.

¿Acaso se necesita gran perspicacia para comprender que con toda modificación sobrevenida en las condiciones de vida, en las relaciones sociales, en la existencia social, cambian también las ideas, las nociones y las concepciones, en una palabra, la conciencia del hombre?

¿Qué demuestra la historia de las ideas sino que la producción intelectual se transforma con la producción material? Las ideas dominantes en cualquier época no han sido nunca más que las ideas de la clase dominante.

Cuando se habla de ideas que revolucionan toda una sociedad, se expresa solamente el hecho de que en el seno de la vieja sociedad se han formado los elementos de una nueva, y la disolución de las viejas ideas marcha a la par con la disolución de las antiguas condiciones de vida.

En el ocaso del mundo antiguo las viejas religiones fueron vencidas por la religión cristiana. Cuando en el siglo XVIII las ideas cristianas fueron vencidas por las ideas de la Ilustración, la sociedad feudal libraba una lucha a muerte contra la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad religiosa y de libertad de conciencia

no hicieron más que reflejar el reinado de la libre competencia en el dominio de la conciencia.

"Sin duda —se nos dirá—, las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., se han ido modificando en el curso del desarrollo histórico. Pero la religión, la moral, la filosofía, la política, el derecho, se han mantenido siempre a través de estas transformaciones.

Existen, además, verdades eternas, tales como la libertad, la justicia, etc., que son comunes a todo estado de la sociedad. Pero el comunismo quiere abolir esas verdades eternas, quiere abolir la religión y la moral, en lugar de darles una forma nueva, y por eso contradice todo el desarrollo histórico anterior."

¿A qué se reduce esta acusación? La historia de todas las sociedades que han existido hasta hoy se desenvuelve en medio de contradicciones de clase, de contradicciones que revisten formas diversas en las diferentes épocas.

Pero cualquiera que haya sido la forma de estas contradicciones, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todos los siglos anteriores. Por consiguiente, no tiene nada de asombroso que la conciencia social de todas las edades, a despecho de toda divergencia y de toda diversidad, se haya movido siempre dentro de ciertas formas comunes, dentro de una forma —formas de conciencia—, que no desaparecerán completamente más que con la desaparición definitiva de los antagonismos de clase.

La revolución comunista es la ruptura más radical con las relaciones de propiedad tradicionales; nada de extraño tiene que en el curso de su desarrollo rompa de la manera más radical con las ideas tradicionales.

Marx y Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *Obras escogidas*, ed. cit., págs. 26-27.

En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia

del hombre la que determina su ser, sino por el contrario, el ser social es lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente, toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudian esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas, en una palabra, las formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siempre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción: antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para

la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por lo tanto, la prehistoria de la sociedad humana.

Marx y Engels, "Prólogo de «La contribución a la crítica de la economía política»", *Obras escogidas*, ed. cit., págs. 240-241.

Este antagonismo [entre el bien y el mal. — *Ed.*] se manifiesta pura y exclusivamente dentro de la órbita moral, es decir, en un campo que pertenece a la historia humana, donde ya sabemos que son diseminadas poquísimas verdades definitivas y de última instancia. Las ideas de bien y de mal han cambiado tanto de pueblo a pueblo, de siglo a siglo, que no pocas veces hasta se contradicen abiertamente.

Engels, *Anti-Dühring*, ed. cit., pág. 88.

La conexión entre el régimen de distribución vigente y las condiciones materiales de existencia de una determinada sociedad es algo tan arraigado en la naturaleza de las cosas que suele reflejarse, por lo común, en el instinto popular. Mientras un régimen de producción se encuentra en la escala ascensional de desarrollo, cuenta incluso con la adhesión y el homenaje entusiasta de los que menos beneficiados salen por el régimen de distribución correspondiente a él. Así ocurrió entre los obreros ingleses al surgir la gran industria. Incluso mientras este régimen de producción sigue siendo un régimen social normal sigue imperando en general el contento con la forma de distribución, y si alguna voz de protesta se alza, sale de las filas de la clase dominante (Saint-Simon, Fourier, Owen) sin encontrar apenas eco en la masa explotada. Sólo cuando la forma de producción dada ha recorrido una buena parte de su camino descendente, cuando se halla superada a medias, cuando han desaparecido en gran parte las condiciones que justifican su existencia y llama ya a las puertas su sucesora, únicamente entonces la distribución, cada vez más desigual, se reputa injusta, y se apela de los hechos caducos ante el foro de la llamada justicia eterna. Claro está que esta apelación a la moral y al derecho no nos hace avanzar científicamente ni una pulgada; la ciencia económica no puede encontrar en la indignación moral, por muy justificada que ella sea, razones ni argumentos, sino simplemente un síntoma. Su misión consiste más bien en demostrar los nuevos males sociales, como consecuencias necesarias del régimen



de producción vigente, a la par que como indicios de su inminente disolución, poniendo al descubierto los elementos de la nueva organización futura de la producción y del cambio en que esos males van a desaparecer, y que ya se albergan en el seno del régimen económico que camina hacia su disolución. La cólera, que hace al mundo está muy en su lugar cuando se trata de describir esos males, se ataca a los armonizadores que pretenden negarlos o embellecerlos al servicio de la clase dominante; más para comprender lo poco que la cólera prueba en cada caso, basta fijarse en que, hasta hoy, en las épocas de la historia ha habido materia sobrada para alimentar sus impulsos.

Idem, págs. 139-140

Según la concepción materialista de la historia, el elemento determinante es, en última instancia, la producción y la reproducción en la vida real. Ni Marx ni yo hemos afirmado nunca más que eso por consiguiente, si alguien lo tergiversa transformándolo en la afirmación de que el elemento económico es el único determinante, se transforma en una frase sin sentido, abstracta y absurda. La situación económica es la base, pero las diversas partes de la superestructura — las formas políticas de la lucha de clases y sus consecuencias, las constituciones establecidas por la clase victoriosa después de ganar la batalla, etc. — las formas jurídicas—, y, en consecuencia, inclusive los reflejos de todas esas luchas reales en los cerebros combatientes: teorías filosóficas políticas, jurídicas, ideas religiosas y su desarrollo ulterior hasta convertirse en sistemas de dogmas— también ejercen su influencia sobre el curso de las luchas históricas y, en muchos casos, predominan en la determinación de su forma. Hay aquí una interacción de todos esos elementos, en la que, en fin de cuentas, el movimiento económico se abre paso como algo necesario a través de la interminable multitud de casualidades (es decir, de cosas y hechos cuyo vínculo interno es tan lejano o tan imposible de demostrar que lo consideramos como inexistente y que podemos despreciarlo). Si fuese así, la aplicación de la teoría a cualquier período de la historia que se elija sería más fácil que la solución de una simple ecuación de primer grado.

Marx y Engels, "De Engels a J. Bloch, 21 de noviembre de 1890". *Correspondencia*, ed. cit., p. 309.

¿En qué consiste propiamente el concepto de formación económico-social y en qué sentido puede y debe ser considerado el desarrollo de semejante formación como proceso histórico-natural? Estas son las cuestiones que ahora se nos plantean. Ya he indicado que desde el punto de vista de los viejos economistas y sociólogos (que no lo son para Rusia), el concepto de formación económico-social es completamente superfluo: hablan de la sociedad en general, discuten con los Spencer sobre lo que es la sociedad en general, sobre los fines y la esencia de la sociedad en general, etc. En tales disquisiciones, estos sociólogos subjetivistas se apoyan en argumentos por el estilo de los que afirman que el fin de la sociedad consiste en procurar ventajas para todos sus miembros y que, por ello, la justicia exige una organización determinada, y los sistemas que no corresponden a esta organización ideal ("la sociología debe comenzar por cierta utopía", dice uno de los autores del método subjetivista, el señor Mijailovski, lo que caracteriza perfectamente la naturaleza de sus métodos) son anormales y deben ser eliminados. "La tarea esencial de la sociología —razona, por ejemplo, el señor Mijailovski— consiste en el estudio de las condiciones sociales en que esta o la otra necesidad de la naturaleza humana es satisfecha." Como se ve, a este sociólogo sólo le interesa una sociedad que satisfaga a la naturaleza humana, pero en modo alguno le interesan esas formaciones sociales que, por añadidura, pueden estar basadas en fenómenos tan en pugna con la "naturaleza humana" como la esclavización de la mayoría por la minoría. Se ve también que, desde el punto de vista de este sociólogo, ni hablar cabe de considerar el desarrollo de la sociedad como un proceso histórico-natural. ("Al reconocer algo como deseable o indeseable, el sociólogo debe hallar las condiciones necesarias para realizar lo deseable o para eliminar lo indeseable", "para realizar tales y tales ideales", razona ese mismo señor Mijailovski). Más aún, ni hablar cabe siquiera de un desarrollo, sino de diversas desviaciones de lo "deseable", de "defectos", que se han producido en la historia a consecuencia... a consecuencia de que los hombres no han sido inteligentes, no han sabido comprender bien lo que exige la naturaleza humana, no han sabido hallar las condiciones para realizar estos regímenes racionales. Es evidente que la idea fundamental de Marx sobre el proceso histórico-natural de desarrollo de las formaciones económico-sociales socava hasta las raíces esa moraleja infantil que pretende llamarse sociología. Pero ¿cómo llegó Marx a esta idea fundamental? Lo hizo separando de los diversos campos de la vida social el de la

economía, separando de todas las relaciones sociales, *las relaciones de producción*, como relaciones fundamentales, primarias, que determinan todas las demás [...]

Hasta entonces los sociólogos, no sabiendo descender hasta relaciones tan elementales y primarias como las de producción, empezaban directamente por la investigación y el estudio de las formas político-jurídicas, tropezaban con el hecho de que estas formas surgían de estas o las otras ideas de la humanidad en un momento dado, y no pasaban de ahí; resultaba como si las relaciones sociales se estableciesen concientemente por los hombres. Pero esta conclusión, que halló su expresión completa en la idea del *Contrato Social* (cuyos vestigios se notan mucho en todos los sistemas del socialismo utópico), estaba completamente en pugna con todas las observaciones históricas. Jamás ha sucedido, ni sucede, que los miembros de la sociedad se representen el conjunto de las relaciones sociales en que viven como algo definido, integral, penetrado de un principio fundamental; por el contrario, la masa se adapta inconcientemente a esas relaciones, y hasta tal punto no tiene idea de ellas como relaciones sociales históricas especiales, que, por ejemplo, sólo últimamente se ha dado una explicación de las relaciones de intercambio, en las que los hombres han vivido durante muchos siglos. El materialismo ha eliminado esta contradicción, profundizando el análisis hasta llegar al origen de estas mismas ideas sociales del hombre y su conclusión de que el desarrollo de las ideas depende del de las cosas, es la única conclusión compatible con la psicología científica. Además, también por otro concepto, esta hipótesis ha elevado, por primera vez, la sociología al grado de ciencia. Hasta ahora, los sociólogos distinguen con dificultad, en la complicada red de fenómenos sociales los fenómenos importantes de los que no lo eran (esta es la raíz del subjetivismo en sociología) y no sabían encontrar un criterio objetivo para esta diferenciación. El materialismo ha proporcionado un criterio completamente objetivo, al destacar las "relaciones de producción" como la estructura de la sociedad, y al permitir que se aplique a estas relaciones el criterio científico general de la repetición, cuya aplicación a la sociología negaban los subjetivistas. Mientras se limitaban a las relaciones sociales ideológicas (es decir, relaciones que antes de establecerse pasan por la conciencia \* de los hombres), no podían advertir la repetición

\* Es decir, se entiende que se trata de la conciencia de las relaciones sociales y de ninguna otra.

y la regularidad en los fenómenos sociales de los diversos países, y su ciencia, en el mejor de los casos, se limitaba a describir estos fenómenos, a recopilar materia prima. El análisis de las relaciones sociales materiales (es decir, relaciones que se establecen sin pasar por la conciencia de los hombres: al intercambiar productos, los hombres contraen relaciones de producción, aun sin tener conciencia de que en ello reside una relación social de producción), el análisis de las relaciones sociales materiales permitió inmediatamente observar la repetición y la regularidad, y sintetizar los sistemas de los diversos países en un solo concepto fundamental de *formación social*. Esta síntesis fue la única que permitió pasar de la descripción de los fenómenos sociales (y de su valoración desde el punto de vista del ideal) a su análisis rigurosamente científico, que subraya, por ejemplo, qué es lo que diferencia a un país capitalista del otro y estudia qué es lo común para todos ellos.

Finalmente, en tercer lugar, esta hipótesis ha creado, además, por primera vez, la posibilidad de existencia de una sociología científica, porque sólo reduciendo las relaciones sociales a las de producción, y estas últimas al nivel de las fuerzas productivas, se ha obtenido una base firme para representarse el desarrollo de las formaciones sociales como un proceso histórico natural. Y se sobreentiende que, sin semejante concepción, tampoco puede haber ciencia social. (Los subjetivistas, por ejemplo, reconociendo que los fenómenos históricos se rigen por leyes, no pudieron, sin embargo, ver su evolución como un proceso histórico-natural, precisamente porque no pasaban más allá de las ideas y fines sociales del hombre, sin poder reducir estas ideas y estos fines a las relaciones sociales materiales).

[...] Marx [...] no se limitó sólo a la "teoría económica", en el sentido habitual de la palabra; que, al explicar la estructura y el desarrollo de una formación social determinada *exclusivamente* por las relaciones de producción, Marx, no obstante, siempre y en todas partes, estudiaba las superestructuras correspondientes a estas relaciones de producción, cubría el esqueleto de carne y le inyectaba sangre. Por ello, *El capital* obtuvo un éxito tan gigantesco pues esta obra del "economista alemán" ha puesto ante los ojos del lector toda la formación social capitalista, como organismo vivo, con los diversos aspectos de la vida cotidiana, con las manifestaciones sociales efectivas del antagonismo de clases propio de las relaciones de producción, con su superestructura política burguesa destinada a salvaguardar el

dominio de la clase de los capitalistas, con sus ideas de libertad, igualdad, etc., con sus relaciones familiares burguesas.

Lenin, "Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas", *ob. cit.*, t. I, págs. 151-156.

Hablemos, ante todo, de moral. No me refiero a los sistemas filosóficos ni a las catequesis religiosas. Ambos existieron y existen en su mayor parte fuera de los límites comunes de los asuntos mundanos, de la misma manera que las utopías se hallan al margen de la realidad concreta. Tampoco me refiero a los análisis formales de las relaciones éticas, que alcanzaron tanto refinamiento, comenzando por los sofistas y terminando por Herbart. Todo ello es ciencia y no vida. Y, por otra parte, ciencia *formal*, como la lógica, la geometría y la gramática...

Me refiero a la moral común, que existe en forma empírica y cotidiana en las inclinaciones, costumbres, hábitos, consejos, opiniones y juicios de la gente común, a esa moral cuyo influjo impulsa o refrena, alcanza diversas etapas de desarrollo y se manifiesta con mayor o menor evidencia, pero en forma fragmentaria, en todos y en cada uno de los hombres. Ella se debe a que todo individuo, por el hecho de vivir en la sociedad y ocupar en ella un lugar determinado, naturalmente y por necesidad, reflexiona sobre sus propios actos y los del prójimo, y formula juicios y opiniones que van estructurando los primeros fundamentos de los principios generales. La realidad adquiere diversas y múltiples formas en las diferentes condiciones de la vida, modificándose a lo largo de la historia. La investigación científica tiene por base esta realidad. Los hechos no son verdaderos ni falsos, como ya lo entendía Aristóteles, pero los sistemas, tanto los teológicos como los racionalistas, sí pueden serlo porque se proponen como fin comprender, explicar y completar un fenómeno, descubriendo el vínculo causal que lo une a otro.

De modo que hoy podemos considerar establecidos ciertos postulados de la teoría prejurídica, en lo referente a una interpretación de la realidad.

La voluntad no existe por sí misma, ni se manifiesta de manera espontánea, como lo suponían los inventores de la *libre voluntad*, que sólo es testimonio de un débil análisis psicológico que aún no había alcanzado su madurez. Las manifestaciones de la voluntad, siendo

actos concientes, constituyen una expresión particular del mecanismo psíquico; en primer lugar, son el resultado de las necesidades, incluso de las más elementales y orgánicas, como la necesidad de moverse, y de todo aquello que las antecede.

La moral no surge ni nace espontáneamente. Por lo tanto, esa sustancia espiritual que recibió la denominación de *conciencia moral* no constituye el fundamento universal de las diversas y cambiantes relaciones éticas, no es una y única para todos los hombres. La crítica ha rechazado esa sustancia abstracta y todas las demás sustancias de género similar; en otras palabras, ha descartado las llamadas aptitudes del alma. En efecto, ¿podemos considerar acertada la teoría surgida de la generalización de un hecho, como medio para interpretar el mismo hecho? ¿Podemos razonar así: las sensaciones, percepciones e intuiciones experimentan en alguna medida la acción de la imaginación; en otras palabras, se modifican y, por consiguiente, las ha modificado la imaginación? La llamada conciencia moral, erigida en postulado de los juicios éticos correspondientes, figura entre este tipo de falsedades. La conciencia moral, que realmente existe, es un fenómeno empírico; es un indicio, una expresión de las ideas éticas de uno u otro individuo. Por lo tanto, como materia de estudio científico, las relaciones éticas no pueden ser explicadas por la ciencia en base a la conciencia moral; antes bien, la ciencia debe establecer cómo se forma dicha conciencia.

Si los impulsos volitivos y la moralidad son determinados por las condiciones de vida, la ética en su conjunto no es sino una forma ideológica cuya finalidad se asemeja a la que se le plantea a la pedagogía.

Existe una doctrina pedagógica —yo la calificaría de individualista y subjetiva— que, *a priori*, supone la capacidad de perfeccionamiento en todos los hombres y crea normas abstractas cuya observancia, en la etapa de formación del individuo, le ayuda a alcanzar el sentido de justicia, el valor, la veracidad, la bondad, etc.; es decir, a adquirir las diversas virtudes. Pero surge una pregunta lógica: ¿puede esta pedagogía subjetiva crear por sí misma el terreno social en que todos esos hermosos dones pueden florecer? Creer que puede hacerlo es una utopía.

El género humano, en realidad, en el curso de todo su complejo desarrollo, jamás ha tenido tiempo ni posibilidades de frecuentar las escuelas de Platón, Owen, Pestalozzi o Herbart. Los hombres han actuado bajo el dictado de la necesidad. Desde un punto de vista

abstracto, todos son educables y pueden perfeccionarse; pero en la realidad sólo lo consiguieron algunos, según sus condiciones de vida y el medio ambiente. Es este precisamente el caso en que el término "medio ambiente" no es una metáfora y la palabra "adaptación" se emplea en sentido real, no figurado. En la práctica, la moral se aparece siempre como algo convencional y limitado, como algo que la imaginación intentó superar, forjando utopías o creando la figura de algún pedagogo sobrenatural o una expiación milagrosa.

Surge el interrogante: ¿por qué el esclavo ha de tener iguales ideas, pasiones y sentimientos que su amo, a quien tanto teme? ¿Cómo podría el campesino liberarse de las tenaces supersticiones, a las que está condenado por su dependencia directa de la naturaleza, la sujeción a un organismo social que desconoce y la fe ciega en el sacerdote que ha sustituido al mago y al hechicero? ¿De qué manera el proletariado moderno de las grandes ciudades industriales, acorralado continuamente por la miseria y la opresión, podría llevar la vida normal y mesurada que caracterizó a los miembros de los gremios corporativos, cuya existencia parecía estar regulada por cierto plan providencial? ¿En base a qué elementos intuitivos o de la experiencia el comerciante en cerdos de Chicago, que provee a Europa de una enorme cantidad de productos baratos, podría tener aquella claridad de espíritu y elevación de pensamiento que convertían al ateniense en un hombre *bello e buono* y al *civis romanus* (el ciudadano romano) en un héroe? ¿Qué cristiana resignación, qué llamado a la concordia podría arrancar del alma de los proletarios de hoy el odio justificado que sienten por sus opresores directos o indirectos? Pues si desean el triunfo de la justicia, se ven obligados a emplear la violencia; y para que el amor al prójimo les parezca una ley universal posible debe imaginarse condiciones de vida diametralmente opuestas a las que en la actualidad existen, y que engendran el odio, erigiéndolo en una necesidad semejante a la de cobrar una deuda. En la sociedad contemporánea, edificada sobre la desigualdad, el odio, la soberbia, la mentira, la hipocresía, la vileza, la injusticia y todo el arsenal de vicios mayores y menores forman parte de la moral de todos; más aun, constituyen los elementos de la sátira social.

De modo que la ética, en cierta medida, se reduce al estudio histórico de las condiciones subjetivas y objetivas en virtud de las cuales la moral se desarrolla o choca con obstáculos que le impiden desenvolverse. Sólo en este plano, es decir, dentro de estos límites, es válida la afirmación de que el nivel de la moral corresponde a una

determinada posición social, o sea, en último término, a la condición económica.

Pero sólo un bobo puede pensar que la moral de un hombre corresponde rigurosamente a su posición material. Ello es empíricamente falso, y además irracional. Considerando la flexibilidad de la psiquis humana, de ningún modo podemos pensar que el desarrollo del individuo está determinado exclusivamente por su posición social o por la clase a la que pertenece. Aquí se trata de fenómenos generales, de fenómenos que constituyen, o deberían constituir, la materia de la *estadística moral*; hasta el momento, ésta sigue siendo una ciencia incompleta, porque ha elegido como objeto de investigación los grupos que ella misma ha formado, y registra el número de casos (por ejemplo, de adulterio, robo o asesinato), en lugar de considerar los grupos sociales que realmente existen; las clases, las situaciones y las condiciones sociales.

Recomendar moral a la gente desconociendo o conociendo mal sus condiciones de vida ha sido hasta el presente la finalidad y el método de argumentación de todos los que se dedicaron a predicar la moral. Lo que oponen los comunistas a la utopía e hipocresía de los moralistas es la afirmación de que el medio social circundante determina las condiciones de vida de la gente. Y puesto que los comunistas no creen que la moralidad sea un privilegio de elegidos ni un don de la naturaleza, sino el producto de la experiencia y la educación, admiten la capacidad humana de perfeccionamiento, y se basan al afirmarlo en pruebas y argumentos que, a mi juicio, son más morales y próximos al ideal que los esgrimidos con ligereza por los idealistas.

En otras palabras, el hombre se desarrolla, es decir, se forma, no como un ser dotado de determinadas cualidades innatas que se repiten y se desarrollan de acuerdo con cierto ritmo racional; se forma y se desarrolla como causa y efecto, como creador y al mismo tiempo como resultado de determinadas condiciones, las cuales originan también determinadas corrientes de ideas, opiniones, creencias, pensamientos, aspiraciones y principios. De allí surgen las diferentes ideologías, las generalizaciones sobre la moral y la costumbre de erigirla en catequesis, cánones y sistemas. Por consiguiente, no es asombroso que los distintos cuerpos doctrinarios, a partir de su nacimiento, evolucionen por caminos abstractos, mostrando en las últimas fases de su desarrollo un divorcio respecto del terreno vital del cual surgieron, y pareciendo estar por encima de la humanidad, transformados en imperativos o modelos. Los sacerdotes y doctrinarios de las especies más diversas han colaborado en el transcurso de los siglos en este tra-

bajo abstracto del pensamiento, procurando mantener en la mente de los hombres las ilusiones que fueron naciendo. En la actualidad, cuando las verdaderas fuentes de todas las ideologías han sido puestas al descubierto por el mecanismo de la vida misma, la tarea consiste en explicar de un modo realista de qué manera han surgido las ideologías. Y puesto que se trata de todas, también se trata, en particular, de las que aspiran a llevar las apreciaciones éticas más allá de sus límites naturales y directos, con el fin de que se constituyan en premisas divinas o postulados universales exigidos por la conciencia.

Todo ello es materia de investigaciones históricas especiales.

A. Labriola, *Ensayos sobre la interpretación materialista de la historia*, Gospolitizdat, Moscú, 1960, págs. 162-167.

#### ORIGEN DEL CONCEPTO DE LA JUSTICIA

##### 1. La ley de la compensación. La justicia retributiva.

En las sociedades civilizadas la justicia tiene dos fuentes. Una tiene su origen en la naturaleza misma del ser humano y la otra en el medio social, organizado sobre la base de la propiedad privada. Los sentimientos e ideas, inherentes al hombre antes de que la propiedad privada existiera, y los intereses, pasiones y conceptos originados por ésta, en constante interacción, engendraron, desarrollaron y cristalizaron las nociones de lo justo y lo injusto en la mente del hombre civilizado.

El salvaje, en permanente lucha contra las fieras y los otros hombres, asediado constantemente por el miedo ante peligros reales o imaginarios, no pudo vivir solo; se unió con sus semejantes, formando rebaños; no concebía la existencia fuera de su horda; expulsarlo de ella era condenarlo a muerte\*. Los miembros de la tribu tienen la

\* Caín, desterrado de su clan después de dar muerte a Abel, se lamenta: "He aquí que me echas hoy de la faz de la tierra... seré errante extranjero en la tierra, y sucederá que cualquiera que me hallare me matará" (Génesis, cap. 4, vers. 14). El destierro era uno de los castigos más terribles en las sociedades primitivas.

seguridad de que descienden de un mismo antepasado. La misma sangre corre por las venas de todos, y derramar la sangre de uno es derramar la sangre de la tribu entera. El salvaje no tiene individualidad; solamente la tienen la tribu, el clan y, más tarde, la familia. La más estrecha y fuerte solidaridad une a los miembros de la tribu y el clan, que constituyen un ser único, como el ser de cien brazos de la mitología griega. Por eso, en las civilizaciones primitivas que han podido estudiarse, las mujeres eran de todos y los niños pertenecían a la tribu. Según Fison y Howitt, pacientes observadores de las tribus australianas, allí la propiedad individual no existe aún y los objetos de carácter personal, como las armas y adornos, pasan de mano en mano con asombrosa rapidez. Los integrantes de las tribus salvajes y de los clanes bárbaros viven y accionan en común, como un solo hombre; se trasladan de un sitio a otro, cazan, pelean y cultivan la tierra en forma comunitaria. Cuando han perfeccionado la táctica militar, se alinean para la batalla por tribus, clanes y familias.

La ofensa, como todo lo demás, se considera asunto común. Ultrajar a un salvaje es interpretado por el clan como una ofensa inferida a cada uno de sus miembros. Derramar la sangre de uno equivale a verter la sangre del clan, y todos sus componentes tienen la obligación de vengar esa sangre derramada. La venganza es colectiva, así como son colectivos el matrimonio y la propiedad. Entre los bárbaros germanos, el derecho de cumplir el acto de venganza constituía el principal vínculo familiar. Cuando las tribus francas establecieron el *Wehrgeld*, es decir, la compensación en dinero por la vida quitada, el pago por la sangre era repartido entre todos los miembros de la familia; pero el franco que hubiera abandonado la comunidad, perdía el derecho al *Wehrgeld*, y, si alguien lo mataba, era el rey quien lo vengaba y cobraba por su sangre.

Pero así como el clan hacía suyo el ultraje infligido a uno de sus componentes, era también responsable por la ofensa cometida por uno de los suyos. Tanto el ultraje recibido como el inferido eran colectivos...

La igualdad más absoluta era inevitable en las tribus comunitarias, como consecuencia de las condiciones en que vivía el salvaje\*. En *Viaje*

\* Esta frase nos indica que es imposible ver en la propia naturaleza del hombre una de las fuentes de la justicia, como lo afirma el autor. (Véase Pág. 136.) (N. de los recopiladores.)

de un naturalista, Darwin relata la siguiente anécdota característica: un aborigen de Tierra del Fuego, a quien habían regalado una franda de lana, la desgarró en franjas de igual ancho, para que cada miembro de su tribu recibiera su trozo; el salvaje no concebía que un componente del clan obtuviera una parte mayor que otro, cualquiera fuese el objeto. Cuando César conoció a las tribus germánicas quedó asombrado por la tendencia igualitaria sobre la que basaban el reparto de bienes; la atribuyó al deseo de establecer la igualdad entre los miembros de la tribu. César pensaba, como hombre civilizado, que vivía en un medio social donde las condiciones desiguales de vida engendraban inevitablemente la desigualdad entre los ciudadanos. En cambio, los bárbaros por él observados vivían en un medio comunista que engendraba la igualdad; por lo tanto, no necesitaban esforzarse por establecer la igualdad mediante repartos equitativos; les bastaba con satisfacer su espíritu igualitario, distribuyendo a todos partes iguales. Y no sospechaban siquiera la significación social de su modo de obrar...

La ancianidad, rodeada del respeto general, fue el primer privilegio que tuvo lugar en la sociedad humana; el único que existía en las tribus salvajes. Por numerosas y admirables que fueran las cualidades que distinguían a un guerrero —valentía, inteligencia, capacidad para soportar el hambre, la sed y el dolor—, no le conferían privilegio alguno; se lo podía elegir como guía en la caza o el combate, pero una vez terminada la expedición volvía a ser como los demás. "El jefe supremo de los pieles rojas —dice Volney— no puede golpear ni castigar a ninguno de sus guerreros, ni siquiera durante la guerra, y en la aldea sólo lo obedecen sus propios hijos." \*

El jefe griego de la época homérica tampoco gozaba de mayor poder. Aristóteles observa que, si bien Agamenón tenía el derecho de matar a un desertor durante una ofensiva contra el enemigo, en las asambleas soportaba pacientemente los insultos. Los jefes militares griegos de la época histórica se convertían en soldados cuando terminaba el año de mando. Fue así como Aristides y Filopemen —según Plutarco— sirvieron como simples soldados después de haber sido jefes de ejércitos y haber conquistado numerosas victorias...

\* *Observations générales sur les Indiens de l'Amérique*, ed. 1820.

La propiedad irrumpió como una furia en el corazón humano, sacudiendo los más firmes sentimientos, instintos e ideas, y despertando nuevas pasiones. Únicamente la propiedad pudo contener y debilitar la venganza, la antigua pasión que dominaba el alma del bárbaro.

No bien se implantó la propiedad privada, la sangre ya no exigía otra sangre; exigía propiedad. La ley de compensación se transformó...

Entonces, en lugar de ojo por ojo y diente por diente, se pasó a pedir ganado, hierro u oro. Los caftres exigen bueyes; los escandinavos, germanos y otros bárbaros exigen dinero, cuyo uso conocían gracias al contacto con pueblos más civilizados.

Esta revolución —una de las más profundas que se produjeron en el alma humana— no se operó en forma repentina, sino tras fuerte lucha interior. La religión, guardiana de las antiguas costumbres, así como los sentimientos de solidaridad y dignidad de los bárbaros, se resistían a sustituir la sangre por el dinero. Bajo el influjo de la superstición, el dinero que se pagaba por sangre comenzó a ser considerado origen de toda desgracia...

La capacidad mental del salvaje hubo de sufrir una dura prueba, cuando la ley de la compensación fue modificada por influencia de la propiedad, y la brutal ecuación "vida por vida" fue sustituida por la ecuación económica "ganado u otros bienes por vida, heridas, ultrajes, etc."; el bárbaro se vio obligado a resolver problemas que exigían un planteo abstracto. Por una parte, debía evaluar el daño moral y material que causaba a una familia el asesinato de uno de sus miembros o al individuo una herida o una ofensa; por otra parte, debía considerar las ventajas de recibir ciertos bienes materiales; es decir, tenía que dosificar y equiparar cosas que no tenían entre sí ninguna vinculación material. En un comienzo, el bárbaro, en los casos de asesinato, exigía rudamente la ruina completa del criminal, su colapso económico, la pérdida de todos sus bienes; pero más tarde, a costa de grandes esfuerzos mentales, llegó a tasar la vida, la pérdida de un ojo o un diente, y hasta una injuria. La tabla de tarifas lo obligó a adquirir nuevas y abstractas nociones acerca de las relaciones mutuas entre los hombres, como de los vínculos entre los hombres y los objetos; estas nociones originaron a su vez, en su cerebro, la idea de la *justicia retributiva*, que tiene por objetivo establecer la más exacta correspondencia posible entre el perjuicio y la compensación.

## 2. La justicia distributiva.

El instinto de conservación —el primero y más poderoso de los instintos— impulsa al salvaje, como también a su antepasado, el animal, a apoderarse de las cosas que necesita; se adueña de todo lo que puede satisfacer su hambre y otros apetitos. Considera los bienes materiales de la misma manera que el científico y el escritor los bienes intelectuales: toma su bien dondequiera lo halla, como decía Molière. Furiosa indignación solía embargar a los viajeros europeos, víctimas de este instinto, quienes llamaban ladrones a los salvajes, como si en la mente humana pudiera surgir la noción de robo antes de existir la propiedad.

Uno de los objetivos de la civilización fue, domar ese instinto rapaz, que es una forma trasfigurada de una de las características esenciales de la materia organizada, someterlo y eliminarlo. Pero para dominar el instinto de rapacidad, los hombres debieron atravesar una serie de etapas más largas que para subyugar y mitigar la pasión de la venganza. El concepto de justicia, que nació con la represión de la venganza, se fue refirmando a medida que la humanidad dominaba este poderoso instinto.

[...] en una aldea de pieles rojas, dice Catlin, cualquier persona, hombre, mujer o niño, tiene el derecho de entrar en la choza de otro, incluso del jefe militar de la tribu, y comer hasta el hartazgo. Según Aristóteles, los espartanos mantenían asimismo estas tradiciones comunistas. Pero el reparto de las tierras de labrantío del clan provocó un cambio en las costumbres.

El reparto de la tierra sólo pudo efectuarse a condición de satisfacer plenamente el sentimiento de igualdad que colmaba el alma de los hombres primitivos, sentimiento que exige imperiosamente que todos posean cosas iguales, de acuerdo con la fórmula que Teseo, el personaje mítico de Atenas, puso en los fundamentos del derecho. La distribución de alimentos o del botín militar se efectuaba entre los primitivos sobre la base de la más rigurosa igualdad. No podían concebir otro orden de cosas. El reparto equitativo era para ellos la fatalidad, el destino; por eso, la palabra griega *moiras*, que significaba la parte que tocaba a cada partícipe del festín, con el tiempo pasó a referirse a la diosa suprema del destino, a quien obedecían

los hombres y los dioses; y la palabra *dike* que en un comienzo indicaba la tradición de un reparto igualatorio, llegó a ser el nombre de la diosa de la justicia... [*Dike* o *Dice*, hija de Zeus y Temis. Ed.].

La vara, utilizada para medir la longitud, era sagrada; el codo, unidad de medida, es el símbolo de la justicia y la verdad en los egipcios: lo que el codo medía era justo y verdadero\*.

Las parcelas, encerradas entre líneas rectas de igual longitud, satisfacían el espíritu igualitario de la gente y no ofrecían motivo de disputas. La línea recta constituía la parte más importante de la operación, pues una vez trazadas las rectas, los padres de familia quedaban contentos, satisfechos sus sentimientos de equidad. Y por eso la palabra griega *orthos*, que primitivamente significaba lo dispuesto en línea recta, más tarde, por extensión, se aplicó a todo lo que es verdadero, justo y correcto. Puesto que la línea recta había adquirido la capacidad de calmar las desenfrenadas pasiones de los salvajes, era inevitable que éstos le atribuyeran un carácter sagrado. De igual manera, los pitagóricos, asombrados por las propiedades de los números que estudiaban, atribuyeron carácter profético a las diez primeras cifras; asimismo, todos los pueblos asignaban propiedades mágicas a los primeros números. Es muy natural, entonces, que la línea recta simbolizara, para los hombres que participaban en los primeros repartos de tierra, todo lo que ellos creían justo...

En un comienzo, el concepto de justicia se hallaba tan estrechamente relacionado con el reparto de las tierras que la raíz del término griego *nomos* (tradición, costumbres, ley), *nem*, dio origen a una numerosa familia de palabras que se referían a campos de pastoreo y al reparto de tierras.

La palabra *nomos*, que en un comienzo se aplicaba exclusivamente al campo de pastoreo, tomó con el correr de los años significados múltiples y diferentes (lugar de residencia, vivienda, costumbre, tra-

\* Dice Haksthausen en su curioso *Viaje por Rusia*, que en la provincia de Iaroslav vio unas varas sagradas que la gente utilizaba para la agrimensura. La longitud de las diferentes varas era inversamente proporcional a la calidad de la tierra; la más corta se usaba para medir las mejores tierras, y viceversa; "de manera que las parcelas, si bien desiguales en tamaño son iguales en mérito".

ción, ley) formando una especie de sedimento histórico de la evolución humana. Si analizamos estos significados en su orden cronológico, advertiremos que encierran las principales etapas del desarrollo de los pueblos prehistóricos. *Nomos*, campo de pastoreo, nos recuerda la época pastoril, nómada; no bien el nómada (*nomas*) se afianza el término *nomos* comienza a emplearse para designar el lugar de residencia o la vivienda. Pero cuando los pueblos pastores eligen un país para establecerse, deben inevitablemente abordar el reparto de las tierras; entonces, *nomos* adquiere el significado de reparto de tierras: cuando los repartos se incorporan a la vida cotidiana, la palabra *nomos* toma su última acepción: costumbre, ley; porque primitivamente la ley fue tan sólo la codificación de las costumbres. En el período bizantino, como en la época moderna, el término *nomos* significa en griego únicamente ley. De *nomos* derivan otras palabras: *nomisma*, lo establecido por la costumbre, rito religioso; *nomizo*, observar la costumbre, pensar, juzgar; *nomisis*, culto, religión; *Némesis*, diosa de la justicia distributiva, y otras palabras que atestiguan la influencia ejercida por los repartos agrarios en el pensamiento humano.

Un nuevo mundo se abrió a la imaginación de los hombres prehistóricos con el reparto de las tierras comunes del clan; el reparto cudió los instintos, las pasiones, los conceptos y las costumbres con mucha mayor fuerza y hondura que lo haría en nuestro tiempo el reparto de la propiedad capitalista a manos de la colectividad.

Para hacer penetrar en las mentes de los hombres primitivos la traña y antinatural idea de que no debían tocar los frutos de los árboles colindantes que tenían tan a mano, hubo que recurrir a las chicerías más fantásticas...

Pero ni los dioses más terribles, ni los más horribles conjuros y maldiciones, que tanto atemorizaban la ingenua y confiada imaginación de los primitivos, conseguían frenar el instinto de rapiña y la antigua costumbre de apoderarse de las cosas que necesitaban; entonces hubo que recurrir a castigos corporales de increíble ferocidad, o contradecía sentimientos y costumbres de los salvajes y bárbaros, si bien se infligían voluntariamente torturas para templarse en la vida por la vida, jamás lo hacían en calidad de castigo. El salvaje no daba a sus hijos; fueron los padres-propietarios quienes inventaron

el repugnante aforismo "porque te quiero, te aporreo". Los atentados contra la propiedad se castigaban con mayor crueldad que los crímenes contra el individuo; los códigos de justicia más viles y más injustos aparecieron en la historia junto con la propiedad familiar y como efectos de ésta.

Aparecida la propiedad, se comienza a inculcar a los bárbaros el menosprecio por sus nobles sentimientos de igualdad y fraternidad; se promulgan leyes que castigan con la pena de muerte los atentados contra la propiedad. "Aquel que de noche, a hurtadillas, recoja la cosecha de otro o deje su ganado pastar en el campo ajeno —ordena la Ley de las Doce Tablas—, si es mayor de edad, será consagrado a Ceres y morirá; si es menor, recibirá la cantidad de azotes que el juez indique y deberá retribuir el doble del perjuicio causado. El convicto de robo, el capturado en el lugar y el momento del delito, si es hombre libre será azotado y vendido como esclavo [...] El que incendiare un molino será flagelado y quemado vivo" (Tabla VIII, 9, 10, 14). La ley de los burgundios superaba en ferocidad la crueldad romana: condenaba a esclavitud a la esposa e hijos mayores de catorce años que no hubiesen denunciado inmediatamente al marido o padre culpable de robo de caballos o bueyes (XLVII, 1, 2). La propiedad introdujo la lacra de la denuncia en el seno familiar.

Desde el primer instante de su nacimiento, la propiedad privada de bienes muebles e inmuebles engendró instintos, sentimientos, pasiones y conceptos que fueron desarrollándose bajo influjo de aquélla, paralelamente con sus transformaciones, y que seguirán existiendo mientras la propiedad privada exista.

[...] golpe por golpe, réplica igual al daño causado, partes iguales en el reparto de alimentos y tierras: tales eran las únicas nociones de justicia de los primeros hombres, conceptos que los pitagóricos expresaban con el axioma *no vulneréis el equilibrio de la balanza*. Inventada la balanza, se convirtió inmediatamente en el atributo de la justicia y la equidad.

Pero la noción de justicia, que comenzó por ser solamente una manifestación del espíritu igualitario, más tarde, y bajo la influencia del concepto de propiedad, en cuya implantación colaboró, aplicóse a consagrar la desigualdad entre los hombres originada por la propiedad.

Y en efecto, la propiedad sólo pudo consolidarse cuando adquirió el derecho de protegerse contra el instinto de rapiña. Este derecho la convirtió en seguida en una fuerza social independiente que dominó al hombre y se volvió contra él.



El derecho de propiedad fue adquiriendo tal legalidad, que ya Aristóteles identifica la justicia con las leyes que protegen este derecho, y la injusticia, con la infracción de esas leyes. La "Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano", de los revolucionarios burgueses de 1789, erige el derecho de propiedad en "derecho natural e inalienable del hombre" (art. II); el Papa León XIII, en su famosa encíclica sobre la situación obrera, lo convierte en dogma de la Iglesia católica. La materia conduce al pensamiento en pos de sí. El bárbaro colocó la propiedad como sustituto de la sangre derramada; y la propiedad, por propia gravitación, sustituyó al hombre, que en las sociedades civilizadas posee únicamente los derechos que le otorga la propiedad.

La justicia, a semejanza de esos insectos que inmediatamente después de nacer devoran a su madre, aniquiló el espíritu igualitario que la engendrara y consagró la esclavización del hombre.

La revolución comunista, al suprimir la propiedad privada y dar "a todos las mismas cosas", liberará al hombre y hará renacer el espíritu igualitario. Entonces, la noción de justicia, que conmueve a la razón humana desde que existe la propiedad PRIVADA, se disipará como la pesadilla más horrible que haya atormentado a la desdichada humanidad civilizada.

## ORIGEN DEL CONCEPTO DEL BIEN

### 1. La formación del ideal heroico.

Los principales idiomas europeos emplean una misma palabra para designar los bienes materiales y el bien moral. Sin temor de que nos tachen de precipitados, podemos afirmar que igual cosa ocurre en los idiomas de los pueblos que han alcanzado determinada etapa de civilización, puesto que hoy se sabe que todos los pueblos atraviesan fases similares de evolución material e intelectual [...]

En el bosquejo que ofrezco al lector, intentaré llevarlo por los sinuosos caminos que siguió el pensamiento humano, hasta llegar a fusionar las nociones de bien material y moral en un solo término.

Las palabras que en latín y griego significan bienes materiales y bien moral, servían primitivamente para señalar determinadas cualidades humanas.

*Agathos* (griego): fuerte, valeroso, noble, virtuoso, etc.; *ta agatha*: bienes, riquezas; *to agathon*: el bien; *ot akron agathons* el bien supremo. *Bonus* (latín): fuerte valeroso, etc.; *bona*: bienes; *bona patria*: hacienda familiar; *bonum*: el bien.

*Agathos* y *Bonus* son adjetivos genéricos; los griegos y romanos de los tiempos bárbaros que merecían tales adjetivos poseían todas las cualidades físicas y morales que requería el ideal heroico; por eso, sus superlativos irregulares (*aristos esthlos*, *belistos* y *optimus*) se emplean como sustantivos en plural, para referirse a los ciudadanos primeros, los mejores. El historiador Veleyo Patérculo calificó de *optimates* a los patricios y plebeyos ricos que se habían unido para combatir a los Gracos.

La fuerza y el valor eran las primeras y más imprescindibles virtudes de los hombres primitivos, que vivían en constante lucha entre sí y contra la naturaleza.\* Los fuertes y valientes salvajes y bárbaros poseían, además, todas las virtudes morales de su ideal; por eso, se abarcaba en un adjetivo único todas las cualidades físicas y morales. En aquellos tiempos, la fuerza y la valentía representaban hasta tal punto la virtud toda que los latinos, que empleaban el término *virtus* para identificar la fuerza y el valor físicos; más tarde lo utilizaron para significar la virtud [...]

La virtud se resumía en aquel entonces en la fuerza y el valor; y era inevitable, puesto que la educación física y moral de los bárbaros consistía en la preparación para la guerra: adquirir el valor para la lucha, desarrollar las fuerzas físicas para sobrellevar las privaciones, templar las fuerzas morales para soportar estoicamente las torturas que se practicaban contra los prisioneros. Desde la infancia se entregaban a los ejercicios físicos que fortalecían el cuerpo y lo hacían flexible, y hasta se templaban con ayunos y azotes que a veces ocasionaban la muerte. En una alocución fúnebre, pronunciada con motivo de sepultar las primeras víctimas de la guerra del Peloponeso, Pericles hizo un paralelo entre la educación heroica que aún se impartía en Esparta, guardiana de las antiguas costumbres, y la que recibían los jóvenes

\* Tanto se valoraba la fuerza física, que cuando Elena, en el tercer canto de la *Iliada*, señala los jefes griegos a los ancianos de Troya, no diferencia a Menelao, Odiseo y Ajax por su edad, semblante, ni carácter, sino por su fuerza; así, Ajax supera a los otros dos jefes por la amplitud de su torso. Diodoro de Sicilia, al analizar las cualidades de Epaminondas menciona primero el vigor de su cuerpo y luego la fuerza de su elocuencia, su generosidad y capacidad de estratega.

atenienses [...] "Nuestros enemigos —dijo—, desde la más tierna infancia desarrollan y fortalecen su valor en las pruebas más severas; sin embargo, nosotros, pese a nuestra educación severa, hacemos gala de igual coraje y fervor frente al peligro". Livingstone, que halló entre las tribus africanas costumbres heroicas similares, trazó un paralelo análogo entre los soldados ingleses y los guerreros negros, en su conversación con los jefes de éstos.

Así como el valor constituía la suma de la virtud, la cobardía era, naturalmente, el vicio; la palabra griega *kakos* y la latina *malus*, que significan "cobarde", indican también el mal, el vicio.\*

Cuando en la sociedad bárbara se operó la diferencia de clases, los patricios monopolizaron el valor y la defensa de la patria. Fue un monopolio —para utilizar un término de la economía política burguesa— "natural"; en tanto que a nuestro burgués nada le parece más natural que enviar a los obreros y campesinos a las expediciones coloniales, y hasta confiar la defensa de la patria a los proletarios, hombres que no poseen en ella ni un trozo de tierra, ni el tornillo de una máquina. Los patricios se reservaban el privilegio de defender la patria, pues ésta era sólo de ellos; en aquel tiempo, para tener patria, era necesario que se poseyera un pedazo de su suelo. Los extranjeros, a quienes sus intereses comerciales e industriales obligaban a vivir en las ciudades, no podían ser siquiera propietarios de la casa donde sus bisabuelos habían fundado su comercio, y seguían siendo extranjeros. Los plebeyos romanos, radicados en la colina Aventina, tuvieron que luchar durante tres siglos para conquistar el derecho de propiedad sobre la tierra en que habían edificado sus casas. Los extranjeros, proletarios, artesanos, comerciantes, colonos, siervos y esclavos estaban exceptuados del servicio militar y no tenían derecho de portar armas, ni siquiera de poseer valentía, que era privilegio de la clase patricia.\*\*

\* *Imbellis, imbecillus*, se refiere al hombre inservible para la guerra; en las obras de los escritores latinos se emplean principalmente en el sentido de cobarde o débil mental y moral. *Malus* tiene un sentido más amplio; se aplica al hombre sin las virtudes requeridas, tanto en lo físico como en lo moral.

\*\* En la democrática Atenas de Aristófanes, los comerciantes no tenían la obligación de cumplir el servicio militar; el sicofante de su *Plutos* dice que se hará comerciante para no ir a la guerra. Plutarco relata que Mario, "para luchar contra los cimbrios y teutones, enroló —contrariando las leyes y costumbres— a todo género de esclavos y vagabundos (es decir, pobres). Antes que él, ningún jefe militar los había aceptado en sus filas; ellos confiaban las armas, así como los otros atributos honoríficos de la República, únicamente a los hombres dignos, cuya fortuna era la garantía de su fidelidad".

Cuenta Tucídides que los jefes espartanos ordenaron exterminar a dos mil ilotas que habían salvado al país luchando valientemente. Pero si a los plebeyos les estaba prohibido tomar parte en la defensa de la patria y, por consiguiente, tener valor, era natural que la cobardía tenía que convertirse en el rasgo característico del plebeyo, así como el valor era el rasgo distintivo del aristócrata. De ahí que el adjetivo griego *kakos* (cobarde, feo, malvado), empleado como sustantivo, significa hombre de la plebe; mientras que *aristos*, superlativo de *agathos*, se empleaba para designar al miembro de la clase patricia; y la voz latina *malus* significa "feo", "monstruoso", pues así veían los patricios a sus esclavos y artesanos, cuyos cuerpos, según Jenofonte, eran deformados por el trabajo, mientras que el cuerpo de los aristócratas se desarrollaba armónicamente con ejercicios gimnásticos.\*

El patricio de la antigua Roma era *bonus* y el eupátrida de la Grecia homérica, *agathos*, porque ambos poseían las virtudes físicas y morales del ideal heroico, el único ideal que podía nacer en el medio social en que vivían; eran valientes, generosos, fuertes de cuerpo y firmes de espíritu; además, eran los propietarios de las tierras, es decir, miembros de la tribu y del clan que poseían el territorio donde habitaban.\*\*

Los bárbaros, que únicamente conocían una ganadería y una agricultura embrionarias, se entregaban con pasión al bandillaje y a la piratería, para dar salida a un exceso de energía física y moral, y para apoderarse de los bienes que no sabían ni podían conseguir de otra manera [...] "El oficio de pirata nada tenía de ignominioso en aquel tiempo; incluso conducía a la gloria" — dice Tucídides. Este oficio

\* "El trabajo artesanal deforma el cuerpo y debilita la inteligencia; por eso, los hombres que se dedican a este tipo de trabajo jamás llegan a cargos oficiales" (Jenofonte, *Acerca de la economía doméstica*).

\*\* El epíteto "estoico", aplicado al bárbaro, puede parecer un anacronismo. Pero es anacrónico sólo aparentemente; la palabra fue creada para designar a los discípulos de Zenón, filósofo que enseñaba bajo un pórtico (*stoa*); los bárbaros tenían esa fuerza moral que los estoicos trataban de adquirir.

goza también de mucha estima en el mundo capitalista. Las acciones coloniales de los pueblos civilizados son, en esencia, un tipo de bandolerismo. Pero mientras los capitalistas obligan a los proletarios a ejecutar sus hazañas de piratería, los héroes bárbaros arrojan el propio pellejo. En aquellos tiempos, la única manera honrosa de enriquecerse era por vía de la guerra. Por eso, los ahorros de los señores de las familias romanas se llamaban *peculium castrense* (se trataba de las ganancias individuales, conseguidas en los campamentos militares); más tarde, cuando sumaban la dote de la esposa, decían *peculium quasi castrense*. Los jefes militares estimulaban el pillaje; relata Plutarco que Iticrates, jefe militar griego de la época de Foción, "deseaba que el soldado mercenario fuese ávido de dinero y placeres, para que no lo detuviera ningún otro y se viera impulsado por el anhelo de satisfacer sus pasiones". Este pillaje general explica con gran exactitud el refrán medieval "qui terre a, guerre a", o sea, quien tierra tiene, guerra tendrá. Los propietarios de rebaños y cosechas nunca se separaban de sus armas; la espada en mano realizaban las labores cotidianas. La vida de los héroes era un combate continuo; morían jóvenes, como Aquiles y Héctor. El ejército aqueo sólo contaba con dos ancianos: Néstor y Fénix. La vejez era en aquel tiempo un fenómeno tan excepcional que se consideraba un privilegio, el primer privilegio admitido en las sociedades humanas [...]

Hubo una época en la antigüedad en que era tan imposible imaginar a un propietario carente de virtudes militares, como cuesta pensar en un director de minas o de una fábrica química sin capacidades administrativas o científicas. La propiedad era exigente en aquel tiempo; requería del poseedor determinadas cualidades físicas y morales; el solo hecho de poseer una propiedad suponía en el propietario las virtudes del ideal heroico, sin las cuales le era imposible conquistar ni mantener la propiedad. En los bienes materiales encarnaban las virtudes físicas y morales del ideal heroico, que eran transmitidas al poseedor. Así, en la época feudal, el título de nobleza estaba vinculado con la tierra; el barón que perdía su castillo perdía también el título, que pasaba a su vencedor. Lo mismo ocurría con todo género de tributos y prestaciones personales, que se regulaban de acuerdo con las condiciones de la tierra y sin tener en cuenta la situación de las personas que la ocupaban. Por tanto, nada más natural que ese antro-

porfismo bárbaro, que atribuía virtudes morales a los bienes materiales.\*

Puesto que sólo a los propietarios de bienes muebles e inmuebles se les permitía ser valerosos y tener las virtudes del ideal heroico; puesto que sin tener bienes materiales dichas virtudes eran inútiles y hasta nocivas para sus poseedores, como lo ejemplifica la matanza de los dos mil ilotas; puesto que la posesión de bienes materiales constituía una fuente de virtudes morales, nada más lógico y natural que se identificaran las cualidades morales con los bienes materiales y se los fusionara en una palabra única.

## 2. La descomposición del ideal heroico

El proceso del desarrollo económico y los acontecimientos políticos a los que dio origen, destruyeron el ideal heroico y corrompieron la primitiva unidad entre las virtudes morales y los bienes materiales, tan ingenuamente fijada en el lenguaje [...]

La concentración de las fortunas crea dentro del Estado una clase de "personas dotadas de un aguijón como los zánganos; éstas contraen deudas; aquéllas se cubren de ignominia, las de más allá pierden la fortuna y el honor; y todas se hallan en estado de permanente hostilidad y conspiración contra los que se apropian de sus bienes, así como contra los demás ciudadanos, y lo único que anhelan es la revolución [...]. Mientras tanto, codiciosos usureros que ni se dignan mirar a aquéllos a quienes han arruinado, esperan a las nuevas víctimas, multiplicando sus ganancias y multiplicando en el Estado la especie de los zánganos y mendigos".

Cuando los zánganos se convertían por su número y su conducta rebelde en una amenaza para las clases gobernantes, se los enviaba a fundar colonias, y si no se podía recurrir a este medio, los ricos y

\* Un fenómeno inverso, de hipomorfismo, se operó en la Edad Media. A raíz de que los nobles se reservaron el derecho de andar armados a caballo, lo que tanta superioridad les daba en las batallas, la gente empezó a creer que era el caballo el que transmitía al barón feudal sus virtudes militares. Por eso, el señor feudal, a semejanza de los ricos de las repúblicas antiguas, pasó a ser llamado *chevalier*, *caballero*, etc. Sus virtudes más preciadas eran las del caballo: *chevaleresque*, *caballesc*, *chivalrous*, etc. Don Quijote consideraba el caballo elemento tan importante del caballero andante, que necesitó de toda su casuística para permitir a Sancho Panza que lo siguiera montando en un asno.

el Estado procuraban pacificarlos, repartiendo entre ellos alimentos y dinero...

En un comienzo, el salario del juez ateniense era de un óbolo diario; más tarde, el demagogo Cleonte lo elevó a tres óbolos. Los jueces cobraban por año 5.560 talentos, lo que constituía una cantidad considerable, incluso para una ciudad como Atenas. Por eso, cuando Pisandro suprimió el gobierno democrático ateniense, ordenó que los jueces no cobraran salario alguno y que, en lo sucesivo, sólo los soldados serían rentados; además, la administración de los asuntos estatales fue encomendada a 5.000 ciudadanos, capaces de ser útiles al Estado por su fortuna y servicios personales. Pericles, deseoso de contentar y satisfacer a los artesanos que se habían unido a los zánganos, debió emprender grandes obras sociales.

El proceso económico, que privó de sus bienes a una parte de la clase patricia y creó un grupo de hombres desclasados y arruinados que anhelaban el advenimiento de la revolución, se fue desarrollando con mayor rapidez en las ciudades costeras, convertidas por su ubicación en centros comerciales e industriales. A medida que aumentaba el número de patricios arruinados y transformados en parásitos, se ampliaba la clase de los plebeyos enriquecidos por el comercio, la industria y la usura. Estos ricos plebeyos, para conseguir que los grupos gobernantes les otorgaran los derechos políticos, se aliaban a veces con la aristocracia empobrecida; pero no bien conseguían esos derechos, se unían a los grupos gobernantes y pasaban a combatir a los patricios arruinados y a los plebeyos pobres. Cuando estos últimos se convertían a su vez en amos de la ciudad, anulaban las deudas, destrataban a los ricos y se apoderaban de sus bienes. Los ricos, desterrados, solicitaban ayuda al extranjero, regresaban a la ciudad natal y exterminaban a los vencedores. Una sangrienta lucha de clases se libraba con encarnizamiento en todas las ciudades griegas, lo que favoreció el advenimiento de la dominación macedonia y luego de la romana. El desarrollo económico y la lucha de clases provocada por éste alteraron por completo aquellas condiciones de vida que contribuyeron a la formación del ideal heroico.

El método de conducción de la guerra fue modificado radicalmente por el desarrollo económico. La piratería y los saqueos, ocupaciones favoritas de los héroes de la época bárbara, se convirtieron en una tarea difícil, desde que se perfeccionó el arte de las fortificaciones, que protegían las ciudades de las incursiones sorpresivas. Pese a que Solón fue el jefe de una ciudad comercial, y comerciante él

tuvo que fundar en Atenas una corporación de piratas, en consecuencia a la arraigada costumbre. Sin embargo, con el establecimiento de numerosas colonias a lo largo de las costas del Mediterráneo y el consiguiente desarrollo del comercio, las ciudades costeras se vieron obligadas a establecer un orden legal en el mar y perseguir la piratería; en consecuencia, el prestigio de este oficio comenzó a decaer, y el mismo que las ganancias que proporcionaba.

También se produjeron importantes cambios en la organización de las tropas de tierra y de mar. Los héroes homéricos —así como los escandinavos, que asolaron más tarde las costas europeas del Atlántico— no llevaban en sus expediciones remeros ni marinería. En las tropas de fondo plano que ellos mismos construían y que, según Homero, sólo daban cabida a unas 120 personas como máximo, únicamente se embarcaban los guerreros, quienes se encargaban de remar y de combatir. Todas las batallas eran terrestres; la *Iliada* no menciona ningún combate naval. El perfeccionamiento que los corintios introdujeron en las construcciones navales y el aumento de las fuerzas de mar obligaron a recurrir a remeros y marineros asalariados, que no participaban de las batallas marinas ni terrestres, misión encomendada a los hoplitas y a otros guerreros de armas menos pesadas.

Cuando la costumbre de emplear mercenarios se afirmó en la Grecia, se hizo necesario extenderla a los ejércitos de tierra. En los primeros tiempos éstos estaban formados por ciudadanos que iniciaban la campaña provistos de víveres para sólo 3 ó 5 días, proporcionados por ellos mismos, al igual que caballos y armas. Agotadas las provisiones, se alimentaban a costa del enemigo, y finalizada la expedición, que era siempre breve, regresaban a su casa. Pero cuando se batallaba lejos del país, lo que exigía de los ciudadanos una prolongada permanencia en el ejército, la alimentación de los guerreros estaba a cargo del Estado. Fue Pericles quien, por primera vez, al comenzar la guerra del Peloponeso, fijó un salario a los guerreros atenienses, que desde entonces se convirtieron en soldados, es decir, mercenarios que cobraban paga. El salario de los hoplitas era de dos dracmas por día. Diodoro de Sicilia relata que los romanos introdujeron el salario en el ejército durante el sitio de Veyos. Desde el momento en que se comenzó a cobrar dinero por pelear, la guerra fue convirtiéndose en una profesión lucrativa como en los tiempos de Homero. Se formaron cuerpos de soldados donde se enrolaban los ciudadanos pobres y los patricios arruinados y desclasados, así como

las unidades de remeros y marineros que vendían sus servicios a quien pagaba mejor.\*

Dice Sócrates que un Estado oligárquico, es decir, el gobierno por los ricos, "es incapaz de guerrear, pues, para ello tiene necesidad de armar a la turba a la que debe temer más que al enemigo, o bien no armarla y marchar a la batalla con un ejército auténticamente oligárquico", es decir, formado exclusivamente por ciudadanos pudientes. Pero las nuevas exigencias que planteaba la guerra obligaron a los ciudadanos ricos a acallar sus recelos y vulnerar las antiguas costumbres; se vieron precisados a armar a los pobres y hasta a los esclavos. Los atenienses enrolaron a estos últimos en la flota, prometiéndoles libertad; y, en efecto, se la concedieron a aquellos que habían combatido con valor en la batalla de Arginusas (406 a.n.e.). Incluso los espartanos se vieron obligados a conceder la manumisión y armamento a los ilotas; con la finalidad de socorrer a los siracusanos, asediados por los atenienses, les enviaron un cuerpo de seiscientos hoplitas, compuesto por ilotas y *neodamod* (libertos recientes). El gobierno de Esparta, que marcó con el sello del deshonor a los espartanos que habían rendido sus armas en Esfacteria, aun cuando algunos de ellos desempeñaban importantes cargos políticos, concedió libertad a los ilotas que habían transportado los víveres para los asediados [...]

\* Cuenta Tucídides que los embajadores corintios, para ganarse la buena voluntad de los espartanos atemorizados por las fuerzas de mar de Atenas e impulsarlos a declarar la guerra a ésta, les dijeron: "Nos basta con conseguir un préstamo para tentar con un mayor salario a los remeros atenienses". En una carta que Nicias enviara desde Sicilia a la asamblea popular ateniense se queja de la desertión de los mercenarios. Algunos años más tarde los marineros de la flota ateniense, fondeada en las costas del Asia Menor, desertaron y se pasaron a la flota de Lisandro, quien les había ofrecido una paga mayor.

Para estar en condiciones de combatir en Sicilia al ejército griego, los cartagineses contrataron a soldados griegos profesionales. Alejandro halló entre las tropas de Darío mercenarios griegos; los perdonó por haber peleado a favor de los bárbaros contra los griegos y los incorporó a su ejército. La institución de los ejércitos mercenarios extirpó el sentimiento patriótico, el hondo y fervoroso entre los bárbaros. Los mercenarios griegos servían en cualquier ejército. Cuando los estoicos y los cínicos, mucho antes del cristianismo, empezaron a hablar de la hermandad entre los hombres, elevándose por encima de los estrechos muros de la ciudad antigua, no hacían sino conferir expresión humanitario-filosófica a un hecho creado por el proceso político-económico.

El salario, que transformó al guerrero en mercenario, en soldado,\* se convirtió en poco tiempo en instrumento de descomposición social. Los griegos en Platea juraron "legar a los hijos de sus hijos el odio a los persas, para que el odio perdure hasta que los ríos corran hacia el mar". Sin embargo, medio siglo después del altivo juramento, atenienses, espartanos y peloponesios adulaban a porfía al rey de los persas con el objeto de conseguir el dinero que necesitaban para pagar a sus marineros y soldados. La guerra del Peloponeso aceleró la decadencia de los partidos aristocráticos y puso de relieve la corrupción de las tradiciones heroicas que el proceso de desarrollo económico llevaba a cabo.

Si bien los ricos se habían reservado en un principio el derecho exclusivo de usar armas y defender a la patria, como el primero de sus privilegios, poco a poco se fueron acostumbrando a hacerse remplazar en el ejército por mercenarios; cien años después de la innovación de Pericles, el grueso del ejército ateniense estaba formado por hombres a sueldo. Informa Demóstenes, en uno de sus discursos, que el ejército enviado contra Olinto se componía de 4.000 ciudadanos y 10.000 mercenarios, y que en el ejército derrotado por Filipo en Queronea había 2.000 atenienses y tebanos y 15.000 mercenarios. Los ricos no combatían personalmente, pero eran ellos quienes cosechaban los beneficios de la guerra. "Los ricos —decía Atanágoras, el demagogo de Siracusa— saben conservar las riquezas; dejan los peligros a la mayoría y, no conformes con apropiarse de la mayor parte de los beneficios de la guerra, se apoderan de todo."

Los patricios bárbaros, habituados desde la infancia a soportar las penurias de las expediciones (bélicas) fueron guerreros incomparables; en cambio, los nuevos ricos no resistían la comparación con los demás, como lo atestiguaba Sócrates: "Cuando ricos y pobres se juntan en el ejército, ya sea en tierra o en mar, y se observan mutuamente en caso de peligro, los ricos no tienen motivo alguno para despreciar a los pobres; por el contrario, el pobre, enjuto y calcinado por el sol, al contemplar en el campo de batalla al rico, grueso y criado a la sombra, y verlo jadeante y perplejo, ¿qué crees tú que piensa? ¿No se dirá a sí mismo que esa gente debe su riqueza sólo

\* El término "soldado", que sustituyó al de "guerrero" en los idiomas europeos (*soldier*, en inglés; *soldat*, en alemán; *soldado*, en castellano; *soldato*, en italiano, etc.) proviene de *solidus*: sou (céntimo), del cual deriva *soldo*, sueldo, salario. Por ende, el nombre de soldado proviene del salario que éste cobra. Históricamente el soldado fue el primer asalariado.

a la cobardía de los pobres? ¿Y cuando los pobres se encuentran, no se dirán uno a otro: en verdad, estos ricos nada valen?"

Los ricos, al desertar del servicio militar y encargar la defensa de la patria a los mercenarios, perdieron las cualidades físicas y morales del ideal heroico, conservando, no obstante, los bienes materiales, que en su tiempo fueron el fundamento lógico de este ideal.

Comenta Aristóteles: "La riqueza dejó de ser la recompensa de la virtud; por el contrario, liberó a los ricos de la necesidad de ser virtuosos".

Las virtudes heroicas, no cultivadas ya por los ricos, se convirtieron en el destino de mercenarios, libertos y esclavos, desprovistos de bienes materiales; pero esas virtudes que habían proporcionado riquezas a los héroes bárbaros, dieron a los mercenarios tan sólo una mísera existencia con un escaso salario. Y de esta manera, el proceso de desarrollo económico causó la ruptura entre los bienes materiales y las virtudes morales, tan estrechamente vinculados en el pasado \* [...]

A la sociedad, fundada sobre la propiedad individual y la producción mercantil, le había llegado la hora de formular un ideal moral y una religión, acordes con las nuevas condiciones sociales creadas por el proceso de desarrollo económico.

P. Lafargue, "El determinismo económico de Carlos Marx", *Obras*, t. III, ed. rusa, págs. 56-97.

#### RELIGIÓN Y MORAL

El fundamento de la crítica irreligiosa es: *el hombre hace la religión*; la religión no hace al hombre. Y la religión es, bien entendido, la autoconciencia y el autosenntimiento del hombre que aún no

\* La época capitalista conoce una ruptura análoga, igualmente brusca y plena de efectos revolucionarios. A comienzos del período capitalista, en los primeros años del siglo XIX, el ideal del pequeño burgués y del artesano se consolidó en cierta medida en la opinión pública. El trabajo, el orden y el ahorro se consideraban entonces cualidades estrechamente ligadas a la propiedad; eran virtudes morales que conducían a la posesión de los bienes materiales. Los economistas y moralistas burgueses pueden todavía repetir como loros que la propiedad es fruto del trabajo, pero ya no constituye una recompensa por el trabajo. Las virtudes ideales del artesano y del pequeño burgués hoy sólo conducen al obrero asalariado a las oficinas de la sociedad de beneficencia.

se ha encontrado a sí mismo o ya ha vuelto a perderse. Pero *el hombre* no es un ser abstracto, agazapado fuera del mundo. El hombre es *el mundo de los hombres*, el Estado, la sociedad. Este Estado, esta sociedad, producen la religión, *una conciencia del mundo invertida*, porque ellos son un mundo *invertido*. La religión es la teoría general de este mundo, su compendio enciclopédico, su lógica bajo forma popular, su pundonor espiritualista, su entusiasmo, su sanción moral, su solemne complemento, su razón general de consolación y justificación. Es la *fantástica realización* de la esencia humana porque la esencia humana carece de verdadera realidad. La lucha contra la religión es, por lo tanto, indirectamente, la lucha contra aquel mundo que tiene en la religión su *aroma* espiritual.

La *miseria religiosa*, es, de una parte, la *expresión* de la miseria real y, de otra, la *protesta* contra ella. La religión es el suspiro de la criatura agobiada, el estado de ánimo de un mundo sin corazón, porque es el espíritu de los estados de cosas carentes de espíritu. La religión es el *opio* del pueblo.

La superación de la religión como la dicha *ilusoria* del pueblo es la exigencia de su dicha *real*. Exigir sobreponerse a las ilusiones acerca de un estado de cosas vale tanto como *exigir que se abandone un estado de cosas que necesita de ilusiones*. La crítica de la religión es, por lo tanto, *en germen, la crítica del valle de lágrimas* que la rodea de un *halo de santidad*.

La crítica no arranca de las cadenas las flores imaginarias para que la humanidad siga soportando su amarga existencia sin alegrías ni placeres, sino para que se las sacuda y su mano pueda alcanzar las flores vivas. La crítica de la religión desengaña al hombre, lo induce a pensar para que actúe y organice su realidad libre de ilusiones, como un hombre que ha entrado en razón para que gire en torno de sí mismo y de su sol real.

La religión es solamente el sol ilusorio que gira en torno del hombre mientras éste no gira en torno de sí mismo.

La *misión de la historia* consiste, pues, una vez que ha desaparecido el *más allá de la verdad*, en averiguar la *verdad del más acá*.

Y, en primer término, la *misión de la filosofía*, que se halla al servicio de la historia, consiste, una vez que se ha desenmascarado la *forma de santidad* de la autoenajenación humana, en desenmascarar la autoenajenación en sus *formas no santas*. La crítica del cielo se convierte con ello en la crítica de la tierra, la *crítica de la religión*

en la crítica del derecho, la crítica de la teología en la crítica de la política.

Marx, *En torno de la crítica de la filosofía del derecho*; Marx y Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos*, ed. cit., págs. 3-4.

Los principios sociales del cristianismo han tenido ya ochocientos años para desarrollarse, y no necesitan ser desarrollados más aun por los concejales del Consistorio prusiano.

Los principios sociales del cristianismo justificaron la esclavitud de la Antigüedad, glorificaron la servidumbre de la Edad Media, y también saben, cuando es necesario, defender la opresión del proletariado, aunque pongan cara de lástima al hacerlo.

Los principios sociales del cristianismo predicen la necesidad de una clase gobernante y una oprimida, y lo único que tienen para esta última es el piadoso deseo de que la otra se muestre caritativa.

Los principios sociales del cristianismo trasladan al cielo la corrección de todas las infamias por el concejal del Consistorio, y por lo tanto justifican la existencia continuada de dichas infamias en la tierra.

Los principios sociales del cristianismo declaran que todos los actos viles de los opresores contra los oprimidos son, o bien el justo castigo del pecado original y de otros pecados, o bien pruebas que el Señor, en su infinita sabidura, impone a los redimidos.

Los principios sociales del cristianismo predicen la cobardía, el desprecio de sí mismo, la humillación, la sumisión, el desaliento; es una palabra, todas las cualidades de la *canaille*. Y el proletariado que no quiere ser tratado como una *canaille*, necesita su valentía, su sentimiento de sí mismo, su orgullo y su sentido de la independencia mucho más que su pan.

Los principios sociales del cristianismo son solapados, y el proletariado es revolucionario.

Marx, "El comunismo del periódico *Rheinische Beobachter*", *Sobre la religión*, ed. cit., págs. 73-74

Leyendo el denominado Libro de la Revelación de Juan es posible hacerse una idea de lo que era el cristianismo en su forma primitiva. Un salvaje y confuso fanatismo, apenas el comienzo de los dogmas, sólo la mortificación de la carne de la denominada me-

trasciana, pero por otra parte también una multitud de visiones y profecías. El desarrollo de los dogmas y de la doctrina moral pertenece a un período posterior, en que se escribieron los Evangelios y las llamadas Epístolas de los Apóstoles. En ellos —por lo menos en lo que respecta a la moral— se utilizó sin mucha ceremonia la filosofía de los estoicos, en particular de Séneca. Bauer demostró que las Epístolas a menudo copian a este último palabra por palabra; en rigor, incluso los creyentes lo advirtieron, pero afirmaron que Séneca había escrito el Nuevo Testamento, aunque éste aún no había sido escrito en su época. El dogma se desarrolló, por una parte, en relación con la leyenda de Jesús, que entonces iba adquiriendo forma, y por la otra, en la lucha entre los cristianos de origen judío y los de origen pagano.

Engels, "Bruno Bauer y el cristianismo primitivo", Marx y Engels, *Sobre la religión*, ed. cit., pág. 170.

Sin embargo, los burgueses ingleses, como buenos hombres de negocios, veían más allá que los profesores alemanes. Sólo de mala gana habían compartido el poder con los obreros. Durante el período anterior habían tenido ocasión de aprender de qué era capaz el pueblo, aquel *puer robustus sed malitiosus*. Desde entonces habían tenido que aceptar y ver convertida en ley nacional la mayor parte de la Carta del Pueblo. Ahora más que nunca era importante tener al pueblo a raya mediante recursos morales; y el recurso moral primero y más importante con que se podía influir a las masas, seguía siendo la religión. De ahí la mayoría de puestos otorgados a curas en los organismos escolares, y de ahí que la burguesía se imponga a sí misma cada vez más tributos para sostener toda clase de campañas de revivación de la fe, desde el ritualismo hasta el Ejército de Salvación.

He aquí que ahora el respetable filisteísmo británico triunfaba sobre la libertad de pensamiento y la indiferencia en materia religiosa del burgués continental. Los obreros de Francia y Alemania se volvieron rebeldes. Estaban totalmente contaminados de socialismo, y además, por razones muy fuertes, no se preocupaban gran cosa de la legalidad de los medios empleados para conquistar el poder. Aquí, el *puer robustus* se había vuelto realmente cada día más *malitiosus*. Y el burgués francés y alemán no le quedaba más recurso que renunciar tímidamente a seguir siendo librepensador, como esos guapos mozos que cuando se ven sometidos irremediamente por el mareo dejan

caer el cigarro humeante con que fantocheaban a bordo. Los ingleses fueron adoptando uno tras otro, exteriormente, una actitud de devoción y empezaron a hablar con respeto de la Iglesia, de sus dogmas y ritos, llegando incluso, cuando no había remedio, a compararse con los últimos. Los burgueses franceses se negaban a comer carne los domingos y los burgueses alemanes se aguantaban, sudando, en sus reclinatorios interminables sermones protestantes. Habían llegado con su materialismo a una situación embarazosa.

"Hay que conservar la religión para el pueblo" era el último recurso para salvar a la sociedad de su ruina total. Para conseguir la gracia suya, no se dieron cuenta de esto hasta que habían hecho todo lo humanamente posible para derrumbar para siempre la religión. Había llegado, pues, el momento en que el burgués británico podía irse a su vez de ellos y gritarles: "¡Ah, necios, eso ya podía habérselos dicho yo hace doscientos años!"

Sin embargo, me temo mucho que ni la estupidez religiosa del burgués británico ni la conversión *post festum* del burgués continental consigan poner un dique a la creciente marea proletaria. La tradición es una gran fuerza de freno; es la *vis inertiae* de la historia. Pero es una fuerza meramente pasiva; por eso tiene necesariamente que ceder y cumbir. De ahí que tampoco la religión puede servir a la larga como muralla protectora de la sociedad capitalista. Si nuestras ideas jurídicas, filosóficas y religiosas no son más que los brotes más próximos o más remotos de las condiciones económicas imperantes en una sociedad dada, a la larga estas ideas no pueden mantenerse cuando han cambiado fundamentalmente aquellas condiciones. Una de dos: o creemos en una revelación sobrenatural, o tenemos que reconocer que no hay prédica religiosa capaz de apuntalar una sociedad que se derrumba.

Engels, "Del socialismo utópico al socialismo científico", Prólogo a la edición inglesa *Sobre la religión*, ed. cit., págs. 268-270.

La opresión económica de los obreros provoca y engendra inevitablemente todo género de opresión política, de humillación social, oscureciendo y embruteciendo la vida espiritual y moral de las masas. Los obreros pueden lograr y obtener una mayor o menor libertad política para luchar por su liberación económica, pero ninguna libertad podrá liberarlos de la miseria, de la desocupación y del sojuzgo

miento, mientras no sea arrojado el poder del capital. La religión es uno de los aspectos del yugo espiritual que en todas partes oprime a las masas, agobiadas por el perpetuo trabajo para los demás, por la necesidad y el desamparo. La impotencia de las clases explotadas en su lucha contra los explotadores también engendra inevitablemente la fe en una vida mejor en ultratumba, del mismo modo que la impotencia del salvaje en su lucha contra la naturaleza engendra la fe en los dioses, en los demonios, en los milagros, etc. A aquel que durante toda su vida trabaja y padece de necesidad, la religión le enseña la humildad y la resignación en la vida terrena con la esperanza de la recompensa celestial. Y a aquellos que viven del trabajo ajeno, la religión les enseña la caridad en la tierra, proponiéndoles una muy barata justificación para toda su vida de explotadores y vendiéndoles a precios módicos billetes de entrada a la bienaventuranza celestial. La religión es el opio del pueblo. La religión es una especie de brebaje espiritual en el cual los esclavos del capital ahogan su fisonomía humana, sus exigencias de una vida medianamente digna del ser humano.

Lenin, "Socialismo y religión", *ob. cit.*, t. X, págs. 76-77.

La raíz más profunda de la religión en nuestros tiempos es la opresión social de las masas trabajadoras, su aparente impotencia total frente a las fuerzas ciegas del capitalismo, que cada día, cada hora, causa a los trabajadores sufrimientos y martirios mil veces más horribles y salvajes que cualquier acontecimiento extraordinario, como las guerras, los terremotos, etc. "El miedo creó a los dioses." El miedo a la fuerza ciega del capital —ciega porque no puede ser prevista por las masas del pueblo—, que a cada paso amenaza con aportar y aporta al proletariado o al pequeño propietario la perdición, la ruina "inesperada", "repentina", "casual", convirtiéndolo en mendigo, en indigente, arrojándolo a la prostitución, acarreándole la muerte por hambre: he ahí la raíz de la religión contemporánea que el materialista debe tener en cuenta antes que nada y más que nada si no quiere quedarse en aprendiz de materialista. Ningún folleto educativo será capaz de desarraigar la religión entre las masas aplastadas por los trabajos forzados del régimen capitalista, y que dependen de las fuerzas ciegas y destructoras del capitalismo, mientras dichas masas no aprendan a luchar unidas y organizadas, de modo sistemático y con-



ciente, contra esa raíz de la religión, contra el *dominio del capital* en todas sus formas.

Lenin, "La actitud del partido obrero ante la revolución", *ob. cit.* t. XV, págs. 382-383.

De la misma manera plantea el problema el representante oficial de los octubristas, Kámenski (16 de abril), quien reclama que se restablezca la parroquia "en aras del fortalecimiento de la ortodoxia". Esta idea es desarrollada por el llamado "octubrista de izquierda" Kapustin: "Si analizamos la vida popular —exclama—, la vida de la población rural, veremos hoy, ahora, un triste fenómeno: la vida religiosa se tambalea, se tambalea el grandioso y único fundamento del sistema moral de la población [...] ¿Con qué sustituir el concepto de pecado, con qué sustituir el dictado de la conciencia? Porque es imposible sustituir eso con la concepción de la lucha de clases y de los derechos de una u otra clase. Esa es una concepción lamentable que ha entrado en nuestra vida corriente. Pues bien, desde este punto de vista, para que la religión, como base de la moral, siga existiendo y sea accesible a toda la población, es necesario que los vehículos de esta religión gocen de la debida autoridad"...

El representante de la burguesía contrarrevolucionaria quiere fortalecer la religión, quiere reforzar la influencia de la religión sobre las masas, percibiendo la insuficiencia, la vetustez e incluso el perjuicio que causan a las clases dirigentes los "burócratas de sotana", que *rebajan* la autoridad de la Iglesia. El octubrista lucha contra el extremismo del clericalismo y contra la tutela policíaca para *intensificar* la influencia de la religión sobre las masas, para sustituir, aunque sólo sea, algunos medios de atontamiento del pueblo, demasiado burdos, demasiado envejecidos, demasiado caducos, que no consiguen el fin propuesto por otros medios más sutiles, más perfeccionados. La religión policíaca es ya insuficiente para atontar a las masas, damos una religión más culta, renovada, más hábil, capaz de actuar en la parroquia autónoma: eso es lo que exige el capital a la autocracia.

Lenin, "Clases y partidos, ante la religión y la Iglesia", *ob. cit.*, t. XV, págs. 394-395.

"Dios es el complejo de ideas elaboradas por la tribu, la nación o la humanidad, que despiertan y organizan los sentimientos sociales, y que se proponen como fin vincular al individuo con la sociedad y refrenar el individualismo zoológico."

Esta teoría tiene una clara relación con la o las teorías de Bogdánov y Lunacharski.

Y también es manifiestamente falsa y manifiestamente reaccionaria. Al igual que los socialistas cristianos (la peor especie de "socialismo" y su peor tergiversación), usted emplea un método en el que (a pesar de sus mejores intenciones) se repite la cantilena de los curas: se suprime en la idea de dios lo que *histórica y cotidianamente* está contenido en ella (lo impuro, los prejuicios, la santificación del oscurantismo y la humillación, por una parte, y por la otra, la consagración del régimen de servidumbre y de la monarquía). En lugar de la realidad histórica y cotidiana, se inserta en la idea de dios una melosa frase filistea (dios = "las ideas que despiertan y organizan los sentimientos sociales").

Con ello usted trata de expresar lo que es "bueno y noble", de apuntar "a la verdad y a la justicia", etc. Pero ese buen deseo suyo sigue siendo patrimonio personal y privativo de usted, un "inocente deseo" subjetivo. Basta con que lo ponga por escrito para que se difunda en la *masa*, pero su importancia no la determina su buen deseo, sino la *correlación de las fuerzas sociales*, la correlación objetiva entre las clases. Y esta correlación conduce (en contra de la voluntad e independientemente de la conciencia de usted) al RESULTADO de que lo que hace es embellecer y endulzar la idea de los clericales, de los Purishkiévich, los Nicolás II y los señores Struve, pues en rigor la idea de dios los ayuda a ELLOS a sujetar al pueblo en la esclavitud. Al adornar la idea de dios, adorna usted las cadenas con que ellos atan a los obreros ignorantes y a los mujiks. Ahí tienen —dirán los popes y Cía.— cuán buena y profunda es esta idea (la idea de dios) que hasta "*vuestros*" señores demócratas, vuestros jefes, la reconocen, y nosotros (los popes y Cía.) servimos a dicha idea.

No es verdad que dios sea el complejo de ideas que despiertan y organizan los sentimientos sociales. Eso es *idealismo* al estilo de Bogdánov, que esfuma el origen material de las ideas. Dios es (histórica y cotidianamente), sobre todo, un complejo de ideas engendradas por la bestialización del hombre y por la naturaleza que lo rodea, así como por el yugo de clase, ideas que sirven para *afianzar* esta opresión y para *adormecer* la lucha de clases. Hubo en la historia una

época en que, pese a ese origen y a ese significado real de la idea de dios, la lucha entre la democracia y el proletariado se desarrollaba en forma de la lucha de una idea *religiosa* contra otra.

Pero esa época ha quedado atrás desde hace mucho.

Hoy, tanto en Europa como en Rusia, *todo* lo que sea defender y justificar la idea de dios, aunque se trate de la defensa más refinada y mejor intencionada, es una justificación de la reacción.

Toda su definición es reaccionaria y burguesa hasta el tuétano. Dios = el complejo de ideas "que despiertan y organizan los sentimientos sociales y que se proponen como fin vincular al individuo con la sociedad y refrenar el individualismo zoológico".

¿Por qué es esto reaccionario? Porque embellece la idea clerical y feudal de "refrenar" la zoología. En realidad el "individualismo zoológico" no fue refrenado por la idea de dios, sino por la horda y la comunidad primitiva. La idea de dios *siempre* sirvió para adormecer y embotar los "sentimientos sociales", suplantando lo vivo por lo muerto; *siempre* fue la idea de la esclavitud (de la peor de las esclavitudes; de la esclavitud sin salida). La idea de dios jamás "vinculó al individuo con la sociedad", sino que sirvió siempre para *maniatar* a las *clases* oprimidas por la creencia en el carácter divino de sus opresores [...]

El concepto "popular" de dios y de lo divino es el embotamiento, el embrutecimiento y la ignorancia "populares", exactamente lo mismo que la "representación popular" acerca del zar, acerca de los espíritus del bosque o de la necesidad de maltratar a las mujeres. No acierto a entender cómo puede considerar "democrática" la "idea popular" acerca de dios.

Es falsa la afirmación de que el idealismo filosófico "sólo tiene en cuenta los intereses del individuo". ¿Es que Descartes se fijaba más que Gassendi en los intereses del individuo? ¿O Fichte y Hegel más que Feuerbach?

¡Y resulta ya completamente espantoso oír que "la construcción de dios es un proceso de desarrollo y acumulación de los principios sociales en el individuo y la sociedad"! Si en Rusia hubiera libertad, toda la burguesía lo habría puesto a usted por las nubes por escribir tales cosas, como premio a esa sociología y a esa teología del más puro carácter y tipo burgués.

Lenin, "A M. Gorki, diciembre de 1913", *ob. cit.*, t. XXXV, págs. 123-125,

A los que defienden la religión con el argumento de que consuela al hombre, Feuerbach señala justamente el carácter reaccionario de esos consuelos: quien consuela al esclavo, dice Feuerbach, en vez de empujarlo a sublevarse contra la esclavitud, no hace más que ayudar a los esclavistas.

Todas las clases opresoras sin excepción necesitan, para salvaguardar su dominio, de dos funciones sociales: la del verdugo y la del cura. La función del verdugo es reprimir la protesta y la indignación de los oprimidos. El cura debe consolar a los oprimidos, abriendo ante ellos la perspectiva (esto resulta muy cómodo cuando no se garantiza que sea "realizable") de que los sufrimientos y sacrificios se dulcificarán con el mantenimiento de la dominación de clase, razón por la cual ha de llevarlos a la aceptación de ella, apartarlos de la acción revolucionaria, socavar su espíritu revolucionario y destruir su decisión revolucionaria.

Lenin, "La bancarrota de la II Internacional", *ob. cit.*, t. XXI, pág. 230.

La claridad es una de las tres virtudes del alma, y el cristianismo se atribuye el mérito de haberla despertado en el corazón humano. El cristianismo nos enseña que ni el sentimiento de compasión ni ningún otro anidaba en el corazón del hombre antes de la llegada de Cristo [...]

El amor cristiano activo, que con profunda humildad sólo exige al rico una migaja de su abundancia, constituye, sin embargo, una virtud que proporciona un provecho muy palpable. Sin alterar las costumbres del rico, sin causarle molestias en la satisfacción de sus viciosas necesidades, sin limitarlo en sus placeres, sin exigirle el menor esfuerzo físico o moral, sin siquiera acarrearle gastos excesivos, este amor le brinda la fuente de respeto público que generalmente está vinculado con todo acto de generosa magnanimidad. Más aun, le asegura un lugar en el paraíso, pues, como dice el apóstol Pedro, "al que amó, muchos pecados le serán perdonados". Pero el activo amor cristiano proporciona además otros servicios importantes, sobre los que callan prudentemente sus apologistas y predicadores. La caridad es un medio ruin; con su ayuda corrompen al pobre, humillan su dignidad y su respeto por sí mismo, y lo habitúan a soportar con paciencia de oveja su suerte injusta y amarga. Sólo una sociedad que ha llevado al extremo la explotación de los pobres puede ingeniarse para entro-

nizar como virtud moral y social una inversión que produce tan fabuloso interés usurario.

P. Lafargue, *Beneficencia*, ed. rusa, Odesa, 1905, págs. 3-4.

Al analizar un sistema de moral religiosa es necesario considerar no sólo los postulados que expresa oficialmente, sino también las diversas formas históricas que, lógicamente, surgen de estos postulados. Por eso, no nos interesa en absoluto el conjunto de la ortodoxia. Para nosotros, es igualmente importante lo que las religiones consideran positivo formalmente y lo que se refiere a las desviaciones, al sectarismo. Las desviaciones son carne de la carne de todo sistema ético, forman parte de su esencia. De allí la importancia que tiene ese mundo de experiencia moral, su sistema concreto.

El análisis del cristianismo, muestra que también en él las reglas de conducta surgieron dentro del desarrollo de la sociedad basada en la explotación, y fueron, ante todo, reglas necesarias para el mayor éxito de dicha explotación. Precisamente con ese fin nació la moral cristiana, que inculcó en la conciencia de los trabajadores determinadas normas de conducta, y, lo que es más importante, se formaron las tradiciones a lo largo de la historia. Hay que confesar que se trata de un sistema ético realizado con mucha habilidad. Si hubiese sido construido tan burdamente como la mitología y el dogma, hoy observaríamos muchas menos supervivencias de esta ética.

La religión cristiana existe desde hace cerca de dos mil años, y en todo este tiempo no han sido tantos los hombres que han creído seriamente en la trinidad de dios, la inmaculada concepción o el pecado original. Además, si bien trataban de creer en esas cosas, con seguridad no se les escapaba la verdadera personalidad de los servidores del culto en los regímenes basados en la explotación. Al parecer, ni la literatura ni la creación popular han presentado una sola figura de sacerdote dotado de las cualidades correspondientes a su santidad oficial.

A través del desarrollo histórico de la sociedad explotadora, la jerarquía eclesiástica se constituyó en aparato de compulsión y opresión. No sin razón el pueblo, durante la rebelión de Pugachov, en una época bastante religiosa, castigó duramente a los popes con igual saña que a los terratenientes. En este aspecto, todos los cultos religiosos tienen una trama burda. Muy otra cosa son los sistemas éticos

religiosos, en particular el cristianismo. No cabe duda de que este sistema nació mucho antes que la iglesia oficial y que, por otra parte, surgió entre las clases oprimidas y esclavizadas, en una época de desesperación y desaliento. Fue una tentativa de estas clases de reafirmar así fueran los mínimos asomos de su dignidad humana.

Perdida toda su esperanza de obtener siquiera un sucedáneo de vida libre, los hombres resolvieron emprender el intento suicida de hallar la libertad en el individualismo pesimista, en la total renuncia a luchar, a resistir. La "perfección" moral, que consiste en renunciar a la felicidad, cultivar una mansedumbre ilimitada y antinatural, y ponerse voluntariamente a disposición del prójimo, cualquiera sea, constituye, a pesar de todo, una reafirmación de la fuerza del "yo", aunque se manifieste como acto de vencer las propias pasiones.

Esta idea fundamental poseía características muy importantes, que determinaron su vigor y el éxito "feliz" que tuvo durante más de dos mil años...

La asombrosa universalidad de este sistema, analizado en su aspecto clasista, se debe a su maximalismo ético, que consiste en la mayor sumisión y en la no resistencia de los oprimidos —carne de la carne de la sociedad explotadora— y que no podría ser sustituido por nada más efectivo. Esta ética, como de costumbre, sistema de tradiciones morales y lógica moral, robustecida por la experiencia, resultó ser muy sólida y se aseguró una prolongada existencia hasta... la revolución proletaria, que puso fin a la sociedad de clases. Pese a su humildad, subrayada a cada paso, la vieja moral es una ética individualista hasta la médula. Nada le importa al "justo" de la colectividad, de la sociedad, del prójimo. Cuando golpean su mejilla derecha, ofrece la izquierda, pues ve en ello su propia perfección, su mérito. No le interesa en absoluto el bárbaro que se dedica a abofetear a sus "prójimos". Con idéntico celo, el "justo" está siempre dispuesto a favorecer a sus calumniadores, porque la moral religiosa recomienda: "si os persiguen, acosan y difaman, no debéis afligiros, quejaros ni preocuparos; por el contrario, debéis estar alegres, pues vuestra recompensa en el cielo será mucho mayor por semejante desgracia".

Desde luego, en la práctica no hay muchos voluntarios dispuestos a realizar tales hazañas; pero no se trata de eso. Lo importante es la total indiferencia del individuo por los intereses de la sociedad, el hecho de que los problemas morales tienen solución dentro de los estrechos límites de la aspiración individual. La norma ética, por consiguiente, se convierte en una completa e indivisible posesión del

individuo. Dicho individuo acaso no acostumbre a ofrecer su <sup>mejilla</sup> derecha o izquierda, pero sí se ha afirmado vigorosamente en su <sup>de-</sup>recho al perfeccionamiento personal, y de allí las numerosas <sup>tenden-</sup>cias individualistas que aún existen, incluso en la sociedad soviética. A veces se trata de una arrogancia individualista, del ciego <sup>orgullo</sup> solitario por la propia "perfección", sin la mínima sombra de <sup>pensa-</sup>amiento dedicado a la utilidad social; otras veces son casos de <sup>vanidad</sup> personal, de accesos estéticos de un egoísta moral, para quien la <sup>lí-</sup>grima propia tiene mayor valor que la alegría de todos.

La celosa ética del individualista, impregnada de avidez moral y autoadmiraación, lo obliga a cada instante a rechazar los fenómenos sociales: "No juzguéis y no seréis juzgados, pues el juicio que hagáis a otros se os hará a vosotros". En otras palabras, no preste usted atención a nada de lo que ocurre a su alrededor, no se meta en disgustos, guíese por la siguiente regla: "¿Y a mí, qué...?" Esta norma ética, colmada de un espíritu de no resistencia a los demás, tampoco es demasiado exigente con el sujeto que busca su perfección. En realidad, la perfección se reduce a ser pasivo; por lo tanto, uno de los postulados universales que caracterizan esta ética es el siguiente: nunca y en ningún caso debes exigir nada de los demás, ni de ti mismo. El "pecado" —el acto indebido que hasta llega a contradecir directamente las normas éticas— nada tiene de terrible. Siempre puede uno arrepentirse, pasar a un nuevo acceso de humillación y seguir viviendo tranquilo, contando con su futuro ingreso en el reino de los cielos [...]

Es imposible abarcar con la mirada, calcular lo ocurrido en esos dos milenios de experiencia moral de la humanidad, basada en esta franca afirmación: arrastra tu yugo como puedas, piensa sólo en ti mismo, no te metas en disgustos, no exijas nada a los demás ni a ti mismo y, de cometer un pecado, siempre estarás a tiempo de arrepentirte [...]

Semejante sistema moral fue necesario para que la opresión de clase se desarrollara con éxito y pudiera existir una desenfrenada explotación universal con la "conciencia tranquila" [...]

La conducta comunista, la moral comunista, la educación comunista deben seguir otras líneas de desarrollo, normas completamente distintas, y hasta emplear una terminología nueva. En la sociedad comunista la línea divisoria entre lo "bueno" y lo "malo" debe pasar por lugares completamente diferentes. La ética cristiana no tenía interés alguno por los problemas del trabajo y de la honradez laboral.

"Mirad las aves del cielo; no siembran ni cosechan, no guardan lo recogido en el granero y, sin embargo, viven." En la sociedad soviética el trabajo es una cuestión de honor, virtud y heroísmo; no sólo una categoría económica, sino también moral, cosas que en otros tiempos se consideraban normales, como la mendicidad, la indolencia, constituyen faltas.

El individuo aislado, indiferente a los fenómenos sociales, no puede ser de manera alguna el eje lógico de nuestro código moral. Solamente los intereses de la colectividad y del colectivista deben ser la medida de nuestros actos.

A. Makarenko, de su artículo "Sobre la ética comunista", *Obras*, t. V, págs. 430-433.

#### TIPOS HISTÓRICOS DE MORAL. CLASES Y MORAL

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad, es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante. La clase que tiene en su poder los medios para la producción material dispone al mismo tiempo de los medios para la producción espiritual; en razón de ello, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente, por lo general están subordinados a la clase dominante. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes, las mismas relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por lo tanto, la expresión de las relaciones que hacen dominante una clase determinada son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con su posición; por eso, en cuanto dominan como clase y determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión y, por lo tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas que regulan la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que por ello mismo sus ideas sean las dominantes de la época. Por ejemplo, en una época y en un país en que se disputan el poder la corona, la aristocracia y la burguesía, en que, por lo tanto, se halla dividida la dominación, se impone como idea dominante la doctrina de la división de poderes, proclamada ahora como "ley eterna".

La división del trabajo, con que nos encontramos ya más arriba [...] como una de las fuerzas fundamentales de la historia anterior, se manifiesta también en el seno de la clase dominante como división del trabajo físico e intelectual, de tal modo que una parte de esta clase se revela como la que da sus pensadores (los ideólogos activos capaces de crear concepciones, quienes convierten la tarea de crear la ilusión de esta clase acerca de sí misma en fuente fundamental de su subsistencia), mientras que los demás adoptan ante estas ideas e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva, ya que son en realidad los miembros activos de esta clase y disponen de poco tiempo para formarse ilusiones e ideas acerca de sí mismos. Puede incluso ocurrir que, en el seno de esta clase, el desdoblamiento a que nos referimos llegue a desarrollarse en términos de cierto antagonismo y hostilidad entre ambas partes, pero esta hostilidad desaparece por sí misma tan pronto como surge cualquier colisión real susceptible de poner en peligro a la clase misma, ocasión en que desaparece, asimismo, la apariencia de que las ideas dominantes no son las de la clase dominante, sino que están dotadas de un poder propio, distinto de esta clase. La existencia de ideas revolucionarias en determinada época presupone ya la existencia de una clase revolucionaria, acerca de cuyas premisas ya hemos hablado [...]

Ahora bien, si en el análisis del proceso histórico se separan las ideas de la clase dominante de esta clase misma; si se las convierte en algo aparte e independiente; si nos limitamos a afirmar que en una época han predominado tales o cuales ideas, sin preocuparnos en lo más mínimo de las condiciones de producción ni de los productores de estas ideas; si, por lo tanto, damos de lado a los individuos y a las situaciones históricas que sirven de base a las ideas, podemos afirmar, por ejemplo, que en la época en que dominó la aristocracia imperaron las ideas de honor, lealtad, etc., mientras que la dominación de la burguesía representó el imperio de las ideas de libertad, igualdad, etc. Así se imagina las cosas, por regla general, la propia clase dominante. Esta concepción de la historia que prevalece entre todos los historiadores desde el siglo XVIII, tropezará necesariamente con el fenómeno de que imperan ideas cada vez más abstractas, es decir, que se revisten cada vez más de la forma de lo general. En efecto, cada nueva clase que pasa a ocupar el puesto de la que dominó antes de ella, para poder sacar adelante los fines que persigue, se ve obligada a presentar su propio interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad, es decir, expresando esto mismo en tér-

minos abstractos, a imprimir a sus ideas la forma de lo general, a presentarlas como las únicas racionales y dotadas de vigencia absoluta. La clase revolucionaria aparece de antemano, ya por el solo hecho de contraponerse a una *clase*, no como clase, sino como representante de toda la sociedad, como toda la masa de la sociedad, frente a la única clase, a la clase dominante. Y puede hacerlo así porque en los comienzos su interés se armoniza realmente todavía más con el interés común de todas las demás clases no dominantes y, bajo la opresión de las relaciones existentes, no ha podido desarrollarse aún como el interés específico de una clase especial. \* Su triunfo es aprovechado también, por tanto, por muchos individuos de las demás clases que no llegan a dominar, pero sólo en la medida en que estos individuos se hallen ahora en condiciones de elevarse hasta la clase dominante.

Marx y Engels. *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 48-51.

¿Qué moral se nos predica hoy? Ahí tenemos, en primer término, la moral cristiana feudal, que nos han legado los viejos tiempos de la fe y que, a su vez, se divide, sustancialmente, en una moral católica y una moral protestante, con toda una serie de subdivisiones que van, desde la moral católica-jesuita y ortodoxo-protestante, hasta una moral relajada liberal. Y al lado tenemos la moderna moral burguesa, y al lado de ésta la moral proletaria del futuro. Por donde solamente en los países cultos de Europa, el pasado, el presente y el futuro nos brindan tres grandes grupos de teorías morales, que rigen a la par y simultáneamente. ¿Cuál es, pues, la verdadera? En sentido absoluto y definitivo ninguna; pero, evidentemente, tiene más elementos prometedores de duración la moral que en el presente pugna por derrocar el régimen vigente, que defiende el porvenir; es decir, la moral proletaria.

Si vemos, pues, que las tres clases que forman la sociedad moderna, la aristocracia feudal, la burguesía y el proletariado, poseen cada una su propia moral, necesariamente tendremos que concluir

\* La generalidad corresponde: 1) a la clase contra el estamento; 2) a la competencia, al intercambio mundial, etc.; 3) al gran contingente numérico de la clase dominante; 4) a la ilusión de los intereses comunes (ilusión en un principio verdadero); 5) al autoengaño de los ideólogos y a la división del trabajo. (*Glosa marginal de Marx.*)

que los hombres, sea conciente o inconcientemente, derivan sus ideas morales, en última instancia, de las condiciones prácticas en que se basa su situación de clase: de las relaciones económicas en que producen y cambian lo producido.

Pero, por cierto, hay algo de común a las tres teorías morales mencionadas: ¿no será esto por lo menos una parte de la moral definida de una vez y para siempre? Aquellas teorías morales representan tres etapas distintas del mismo desarrollo histórico; tienen, por lo tanto, un fondo histórico común, y esto hace que tengan, necesariamente, muchos rasgos comunes. Más aun, en etapas iguales o aproximadamente iguales de desarrollo económico las teorías morales tienen necesariamente que coincidir, en mayor o menor grado. Desde el momento en que se desarrolla la propiedad privada sobre las cosas muebles, se impone necesariamente en todas las sociedades en que rige esa propiedad privada, como precepto moral, común a todas, el de "no robarás".

De acuerdo con eso rechazamos toda pretensión de querer imponernos como ley eterna, definitiva, y por lo tanto, como ley moral, inmutable, cualquier dogmática moral bajo el pretexto de que también el mundo moral tiene sus principios permanentes que están por encima de la historia y de las diferencias de los pueblos. Por el contrario, afirmamos que hasta hoy toda teoría moral ha sido, en última instancia, producto de una situación económica concreta de la sociedad. Y como hasta ahora la sociedad se ha agitado entre antagonismos de clase, la moral ha sido siempre una moral de clase; o justificaba la dominación y los intereses de la clase dominante, o representaba, cuando la clase oprimida se hacía lo bastante poderosa, la rebelión contra esta dominación y los intereses del futuro de los oprimidos. Es indudable que se ha efectuado, en rasgos generales, un progreso en la moral, así como en las demás ramas del conocimiento humano. Pero no hemos salido todavía de la moral de clase. Una moral realmente humana, sustraída a los antagonismos de clase o al recuerdo de ellos, será factible solamente al llegar la sociedad a un grado de desarrollo en que no sólo se haya superado el antagonismo de las clases, sino que se haya olvidado en las prácticas de la vida.

Engels, *Anti-Dühring*, ed. cit., págs. 88-89.

En lugar de criticar el verdadero contenido de las concepciones marxistas, el señor Mijailovski ejercita su ingenio en las categorías

del pasado, del presente y del futuro. Engels, por ejemplo, al refutar las "verdades eternas" del señor Dühring, dice que "nos predicamos actualmente" tres tipos de moral: la cristiana feudal, la burguesa y la proletaria, de modo que el pasado, el presente y el futuro tienen sus teorías de la moral. El señor Mijailovski opina sobre esto: "Creo que todas esas divisiones triples de la historia en períodos se basan precisamente en las categorías del pasado, del presente y del futuro". ¡Qué profundidad de pensamiento! ¿Pero quién ignora que al examinar cualquier fenómeno social en el proceso de su desarrollo siempre se hallarán en él vestigios del pasado, bases del presente y gérmenes del futuro? Pero Engels, por ejemplo, ¿quería acaso afirmar que la historia de la moral (sólo se refería al "presente") se limitaba a los tres momentos indicados, quería decir que la moral feudal no ha sido precedida, por ejemplo, de la moral esclavista, y esta última de la moral de la comunidad comunista primitiva? ¡En lugar de criticar seriamente el intento de Engels de orientarse en las corrientes contemporáneas de las ideas morales mediante su explicación materialista, el señor Mijailovski nos ofrece la más vacua de las fraseologías!

Lenin, "Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas", *ob. cit.*, t. I, pág. 195.

Pero hubo un tiempo en que no existió el Estado, en que las relaciones sociales, la sociedad misma, la disciplina y la organización del trabajo se mantenían por la fuerza de la costumbre y la tradición, o por la autoridad y el respeto de que gozaban los ancianos de la tribu o las mujeres —quienes en aquellos tiempos, no sólo se hallaban frecuentemente equiparadas al hombre, sino que ocupaban, no pocas veces, incluso una categoría superior a la de éste—, y en que no se conocía una categoría particular de personas especializadas en la tarea de gobernar. La historia revela que el Estado, es decir, ese aparato especial creado para coaccionar a los hombres, sólo surge en el lugar y momento en que aparece la división de la sociedad en clases, o lo que es lo mismo, en grupos de personas, algunas de las cuales se hallan permanentemente en condiciones de apropiarse del trabajo ajeno, de explotar a otros.

Lenin, "Sobre el Estado" *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 466-467.

La moral es una suma de conceptos que regulan las relaciones de los hombres y su conducta, mientras que la religión considera las relaciones del hombre con un ser sobrenatural. Pero las nociones morales, al igual que la religión, están condicionadas por la posición social de los hombres. Los caníbales consideraban la antropofagia asunto muy moral; los griegos y romanos creían moral la esclavitud, y los señores feudales pensaban lo mismo del régimen de servidumbre; altamente morales parecen al capitalista moderno el sistema de trabajo asalariado, la explotación de las mujeres y los niños en las fábricas. He aquí cuatro etapas del desarrollo social y cuatro conceptos diferentes sobre la moral; pero en ninguno de ellos se expresa la suprema verdad de lo ético. No se puede dudar de que el Estado de más alto nivel es aquel donde los hombres se tratan unos a otros como *libres e iguales*, donde impera la siguiente regla para las relaciones mutuas: "No hagas a otro lo que no desees que te hagan a ti". En la Edad Media el hombre era apreciado por su árbol genealógico; en nuestro tiempo, su riqueza es lo que tiene importancia decisiva; en el porvenir, el hombre será valorado como hombre. Y el porvenir pertenece al socialismo.

A. Bebel, *La mujer y el socialismo*, Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 516.

He citado las palabras de Lessing para definir la ética de la lucha de clase proletaria, lucha contra "un orden que atormenta, asfixia y aniquila sin piedad a centenares de miles de hombres". El señor Tönnies intenta refutarme, recurriendo a Marx. Dice que con mi definición me he sentado en el sitial del juez para pronunciar una sentencia moral condenatoria de la sociedad moderna, proceder que Marx rechazaba con decisión y evidente menosprecio, desde un punto de vista rigurosamente teórico — *in rigore theoretico*. Señor Tönnies, ¿esto sí que es sutileza con respecto al *rigor theoreticus*! En efecto, Marx, que investigó la historia y la economía, jamás operó con conceptos morales, por la sencilla razón de que los estudios científicos y la prédica moral son dos cosas completamente diferentes. Pero mucho se equivoca usted cuando afirma que Marx, "político", nunca tomó en consideración eso que usted llama "sentimientos". Lea, por favor, los Estatutos de la Internacional redactados por él donde se dice que la principalísima causa de la esclavitud, en sus más variadas formas, la miseria social, la decadencia moral y la dependencia política, residen

en la dependencia económica obrera respecto de los medios monopolistas de producción. Los Estatutos terminan diciendo que la Asociación Internacional de los Trabajadores, como todas las asociaciones y personas adheridas a ella, reconocen la verdad, el derecho y la moralidad como principios rectores de sus relaciones recíprocas, y también de sus relaciones con todos los hombres, sin distinción de creencia, raza o nacionalidad. Un programa bastante similar al de la "Sociedad Alemana de Cultura Ética", por lo menos en la forma de expresión; en cuanto al contenido, desde luego, completamente diferente, como lo demuestra un análisis profundo.

Si el señor Tönnies no quiere admitir mi competencia en lo que respecta a una interpretación de las ideas de Marx, con sumo gusto le presentaré a otro intérprete, a quien, quiéralo o no, tendrá que reconocer competencia. Engels se refiere a este problema en los siguientes términos: "De acuerdo con las leyes de la economía burguesa, la mayor parte del producto no pertenece a los obreros que lo han elaborado. Ahora bien, si dijéramos: eso es injusto, no debe ocurrir, sería un juicio que, ante todo, no tendría la menor relación con la economía. Sólo expresariamos, a través de él, que el hecho económico en cuestión contradice nuestro sentimiento moral. Por ello Marx nunca fundó sobre dicho sentimiento sus demandas comunistas, sino sobre la inevitable y cada día más cercana bancarrota del modo capitalista de producción. Cuando Marx afirma que la plusvalía es el resultado del trabajo no retribuido, se limita a establecer un simple hecho. Sin embargo, lo que es inexacto desde un punto de vista formalmente económico, puede ser muy acertado históricamente. Cuando la conciencia moral de las masas califica de injusto un hecho económico — como ocurrió en su tiempo con la esclavitud y la prestación personal — es señal de que ya ese fenómeno constituye una supervivencia, que han entrado en acción otros factores económicos en virtud de los cuales el anterior se ha tornado insoportable y ha perdido su carácter inmutable.

"De modo que, tras un juicio económico formalmente inexacto puede ocultarse un contenido económico muy verdadero."

Por consiguiente, el señor Tönnies puede ver que, según Marx y Engels, la ética puede existir en la política y en la economía, y que mi definición de la ética de la lucha de clases, "confrontada con eso — a saber, con los conceptos de Marx —, no es a pesar de todo "solamente un patetismo retórico".

Con lo anterior también queda enmendado lo que el señor Tönnies dice sobre los motivos de la lucha proletaria contra el orden existente. En su opinión, el sentimiento de justo descontento moral no desempeña en ello ningún papel, o a lo sumo un papel insignificante. Desde luego, el proletariado moderno no libra su lucha contra el régimen capitalista imbuido de ese estado anímico débil y estéril en cuanto a sus resultados, que el filisteo denomina "indignación moral". Pero la suprema claridad de tareas y objetivos de la lucha no excluye, sino precisamente educa esa energía moral, esa medida máxima de perseverancia, honestidad, valor y abnegación que distinguen sustancialmente la lucha partidaria de los obreros de la lucha partidaria de las otras clases.

Por lo tanto, la diferencia que el señor Tönnies quiere señalar entre la lucha política obrera contra el orden (o el desorden) capitalista y los métodos especiales que practican algunos empresarios para consolar a sus obreros, carece de importancia. Es indudable que los obreros saben distinguir entre un explotador y otro, pero esta diferencia no tiene importancia para el rumbo y vigor de la lucha proletaria, y si la tiene, es ínfima. Y si el señor Tönnies supone que en la lucha contra estas formas particulares de explotación, la clase obrera puede aceptar con satisfacción la ayuda de los "ideólogos burgueses" (quizá indiferentes o todavía no formados políticamente) o bien sacar algún provecho de esta ayuda, se olvida de formular una pequeña salvedad: "en el supuesto caso de que no perjudique a la fuerza de la lucha de clase proletaria". Tönnies opina que Marx ha dado muchos ejemplos de semejante ayuda, habidos en Inglaterra, que extrajo de la actividad, eficaz en cuanto a sus resultados políticos, y en particular de la actividad práctica desplegada por médicos, inspectores de fábricas, etc., cuyos motivos filantrópicos e idealistas reconocía el propio Marx. ¡Pero existe una gran diferencia, señor Tönnies! Marx caracteriza a los inspectores de fábrica como a hombres sin partido, experimentados e imparciales, mientras que emite un juicio muy distinto y en un tono que está lejos de ser laudatorio —eche una mirada al tomo I de *El Capital*— sobre los políticos del tipo de lord Ashley. Y debe de comprender muy mal a Marx, si esta diferencia de juicio no se explica por el hecho de que los inspectores de fábrica entregaban a los obreros un arma agudísima para esgrimir en su lucha de clases, mientras que los señores Ashley, con su política

de grandes terratenientes "amigos de los obreros", buscaban hundir la lucha obrera en el pantano de sus cálculos de clase.

F. Mehring, "La ética y la lucha de clases", *Marxismo y ética*, recopilación de artículos, redacción dirigida por I. Rozánov, ed. del Estado de Ucrania, 1925, págs. 168-171.

#### LAS COSTUMBRES BURGUESAS Y LA MORAL BURGUESA

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "superiores naturales" las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio; ha sustituido las numerosas libertades conferidas y bien adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal [...]

La burguesía ha desgarrado el velo de emocionante sentimentalismo que encubría las relaciones familiares, y las redujo a simples relaciones de dinero.

Marx y Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 16.

La brutal indiferencia, el drástico aislamiento de cada individuo en sus intereses privados, aparecen tanto más desagradables y chocantes cuanto más juntos están estos individuos en un pequeño espacio, y aun sabiendo que el aislamiento de cada uno, ese sórdido egoísmo, es, por todas partes, el principio básico de nuestra sociedad actual, en ningún lugar aparece tan vergonzosamente al descubierto, tan conciente, como aquí, entre la multitud de las grandes ciudades. El desdoblamiento de la sociedad en mónadas, de las cuales cada una tiene un principio de vida aparte y un fin especial, el mundo de los átomos, es llevado aquí a sus últimos extremos.

De ahí proviene también que la guerra social, la guerra de todos contra todos, esté aquí abiertamente declarada. Como el individualista



Stirner, las personas se consideran recíprocamente como sujetos de uso, cada uno explota al otro, y ocurre que los más fuertes aplastan al más débil y que los pocos poderosos, es decir, los capitalistas, atraen todo para sí mientras a los más numerosos, los humildes, les queda apenas para vivir.

Y lo que vale para Londres vale también para Manchester, Birmingham y Leeds, vale para todas las grandes ciudades. Por todos lados bárbara indiferencia, duro egoísmo por un lado, y miseria sin nombre del otro; en todas partes, guerra social, la casa de cada uno en estado de sitio, por todas partes, saqueo recíproco bajo la protección de las leyes, y todo esto, tan impunemente, tan manifiestamente, que uno se espanta ante las consecuencias de nuestro estado social, tal como aparece aquí en forma descubierta, y se maravilla sólo de que continúe todavía esta vida de locura.

Como en esta guerra social, el capital, la posesión directa o indirecta de los medios de subsistencia, son el arma con que se lucha, es evidente que todas las desventajas de tal situación recaen sobre el pobre. Nadie se ocupa de él; lanzado al confuso torbellino, debe abrirse camino como pueda. Si es tan afortunado que encuentra trabajo, es decir, si la burguesía le hace el favor de permitirle enriquecerla, recibirá un salario que le permitirá apenas tener el alma unida al cuerpo; si no encuentra trabajo, puede robar, si no teme a la policía, o sufrir hambre, y todavía en este caso la policía cuidará de que, muriendo de inanición, no estorbe demasiado a la burguesía. Durante mi estada en Inglaterra de veinte a treinta personas han muerto precisamente de hambre, en las circunstancias más indignantes, y a la vista de los cadáveres, raramente se encontró un juez que tuviese el coraje de comprobarlo en forma clara. Los testimonios podían ser bien decisivos, pero la burguesía, entre la cual se escogía el juez, encontraba una escapatoria para poder rehuir el terrible veredicto "muerto de hambre". En tales casos, la burguesía no puede decir la verdad; sería pronunciar su propia condena. Además, muchos mueren de hambre indirectamente —muchos más directamente— porque la falta de medios suficientes de subsistencia produce enfermedades mortales, porque dicha privación produce en aquellos que son víctimas de ella un debilitamiento tal del cuerpo, que enfermedades que para otros serían ligeras se hacen para ellos gravísimas y mortales. Los obreros ingleses llaman a eso un homicidio social, y acusan a la sociedad entera de cometer el delito. ¿Están equivocados?

Además, si sólo algunos caen víctimas del hambre, ¿qué garan-

ría tiene el obrero de no caer mañana? ¿Quién le asegura su situación? ¿Si es despedido por sus patrones, con motivo o sin él, qué le garantiza que podrá resistir con los suyos hasta que haya encontrado otra ocupación que le dé el pan? ¿Quién garantiza al obrero que la buena voluntad en el trabajo, la honestidad, la inteligencia, la economía y todas las otras virtudes que le son recomendadas por los prudentes burgueses lo conducirán verdaderamente por el camino de la felicidad? Ninguno. Sabe que hoy tiene alguna cosa, pero que no depende de su voluntad el tener algo mañana [...]

Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, ed. Futuro, Buenos Aires, 1965, págs. 45-46.

Si un individuo produce a otro un daño físico tal, que el golpe le causa la muerte, llamamos a eso homicidio; si el autor sabe, de antemano, que el daño va a ser mortal llamaremos a su acción asesinato premeditado. Pero si la sociedad reduce a centenares de proletarios a un estado tal, que, necesariamente, caen víctimas de una muerte prematura y antinatural, de una muerte tan violenta como la muerte por medio de la espada o de una maza; si impide a millares de individuos las condiciones necesarias para la vida; si los coloca en un estado en que no pueden vivir, si los constriñe, con el fuerte brazo de la ley, a permanecer en tal estado hasta la muerte, muerte que debe ser la consecuencia de ese estado; si esa sociedad sabe, y lo sabe muy bien, que esos millares de individuos deben caer víctimas de tales condiciones, y sin embargo deja que perdure tal estado de cosas, ello constituye, justamente, un asesinato premeditado, como la acción del individuo, solamente que un asesinato más oculto, más péfido, un asesinato contra el cual nadie puede defenderse, que no lo parece, porque no se ve al autor, porque es la obra de todos y de ninguno, porque la muerte de la víctima parece natural y porque no es tanto un pecado de acción como un pecado de omisión. Pero ello no deja de ser un asesinato premeditado.

Idem, págs. 106-107.

¡Cantidad de enfermedades son producidas simplemente por la horrible aidez de dinero de la burguesía! Solamente para llenar la bolsa, las mujeres quedan incapacitadas para la procreación, los hijos son lisiados, los hombres débiles, los miembros lacerados, generaciones enteras perjudicadas, corroidas por la debilidad y la enfermedad.

Y, si se lee, en primer lugar, la barbarie de casos particulares, de muchachos que estaban en la cama desnudos y eran sacados por los capataces y echados de la fábrica, con las ropas bajo el brazo, a golpes y puntapiés (ejemplo, Stewart, p. 39 y otras); si se lee que se les interrumpía el sueño con golpes; que no obstante esto, se dormían en el trabajo; que un pobre muchacho, todavía dormido, cuando la máquina estaba detenida, saltaba al grito del capataz y con los ojos cerrados retomaba el trabajo; si se lee que los chicos demasiado cansados para irse a casa se escondían entre la lana, en los secadores, y que solamente podían ser arrojados de la fábrica a golpes de cinto; si se lee que muchos centenares de muchachos, cada noche, llegaban a su casa tan cansados que no podían cenar, por el sueño y la falta de apetito, y sus padres los encontraban de rodillas ante el lecho, dormidos así al decir su plegaria; si se lee en ese informe todo esto y centenares de otras infamias y vergüenzas, todo afirmado bajo juramento y probado por numerosos testigos, confesado por hombres que los mismos inspectores declaraban dignos de fe; si se piensa que se trata de un informe "liberal", de un informe burgués hecho para anular el anterior de los *tories* y para afirmar la pureza de conciencia de los fabricantes; si se piensa que los inspectores están todos de parte de la burguesía y que de todo han hecho declaración contra su voluntad, ¿no debe sentirse indignación y odio contra una clase que se pavonea de su amor y devoción por la humanidad, mientras no piensa más que en llenar, *à tout prix*, la bolsa? [...]

Idem, pág. 168.

¿Declara la tendencia burguesa "nociva y peligrosa" para la moral y el bienestar del pueblo! ¿De qué "pueblo", respetable señor moralista? ¿Del que trabaja para los terratenientes en el régimen de la servidumbre, régimen que fortalecía el "hogar familiar", la "vida sedentaria" y el "santo deber de trabajar"? \* ¿O del que iba después a buscar el rublo para el rescate? Usted sabe perfectamente que el pago de ese rublo era la condición fundamental, primordial, de la "emancipación", y que el campesino únicamente podía obtener ese

\* Palabras del señor Iuzhakov.

del señor Cupón.\* Usted mismo ha descrito cómo ese señor se arreglaba; cómo "la burguesía aportó a la vida su ciencia, su código moral y sus sofismas"; cómo se formó ya una literatura que cantaba "la inteligencia, la iniciativa y la energía" de la burguesía. Está claro que todo se reduce a la sustitución de una forma de organización social por otra: el sistema de apropiación del plus-trabajo de los siervos adscritos a la tierra creó la moral feudal; el sistema del "trabajo libre" que se esfuerza "para otros", para los poseedores del dinero, ha creado, en sustitución, la moral burguesa.

Pero el pequeño burgués teme mirar las cosas y llamarlas por su nombre: cierra los ojos a estos hechos indiscutibles y se pone a evadir. Sólo considera "moral" la pequeña economía independiente (*para el mercado*, cosa que silencia modestamente), mientras que el trabajo asalariado lo estima "inmoral". La ligazón entre lo uno y lo otro —ligazón indisoluble— no la comprende y considera que la moral burguesa es una enfermedad casual, y no un producto directo del orden de cosas burgués, que nace de la economía mercantil (contra lo que el autor, hablando en propiedad, nada tiene que objetar).

Lenin, "Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", *ob. cit.*, t. I, pág. 411.

En las clases superiores de la sociedad, toda aspiración a las elevadas finalidades humanas se halla reprimida, *no existen ya ideales*. Debido a la carencia de ideales y de una actividad orientada hacia un fin racional, se propaga en ellas una ilimitada sed de placeres y la tendencia al libertinaje, con todas sus secuelas físicas y morales. ¿Cómo podría ser diferente una juventud que crece en semejante atmósfera? La única finalidad que observan y conocen es gozar de la vida sin medida ni límites, en forma groseramente materialista. ¿Para qué y a qué aspirar, cuando toda aspiración les parece superflua gracias a las riquezas de sus padres? El máximo nivel de ilustración que alcanza la gran mayoría de los hijos de la burguesía

\* Señor Cupón: expresión metafórica empleada en la literatura de las décadas del 80 y del 90 para designar el *capital* y los capitalistas. La expresión señor Cupón fue adoptada por el escritor Uspienski en su ensayo "Los pecados capitales" (publicado por primera vez en la revista *Rússkaia Misl*, 1888, vol. 12). (Ed.)

les permite apenas rendir el examen de teniente, después de un año de servicio. Si logran aprobarlo, creen haberse elevado hasta los cumbres de los conocimientos modernos y se sienten semidioses. Y si consiguen el diploma de oficial de reserva, no hay límites a su orgullo y altanería: es tan grande su influencia sobre esta generación, débil de carácter y conocimientos, pero fuerte en ambición y carencia de principios, que podríamos calificar a nuestro tiempo como el siglo de los oficiales de reserva. Grandes exigencias unidas a falta de carácter y conocimientos deficientes es lo característico, a lo que se añade el servilismo ante los superiores y la altivez y la grosería para con los inferiores.

Se educa a las hijas de las clases superiores de manera que se conviertan en muñecas ataviadas a la moda, en damas de salón, cazadoras de placeres; finalmente, hastiadas, desfallecen de aburrimiento y de toda clase de enfermedades reales e imaginarias. Cuando llegan a la vejez, se transforman en hipócritas devotas o en espiritistas, lloran la corrupción del mundo y predicán el ascetismo. En cuanto a las clases inferiores, se procura que tengan un bajo nivel de educación; no sea que el proletariado se haga demasiado inteligente, se cansé de su condición de esclavo y se rebelé contra los dioses terrenales. Cuanto más tonta la masa, más fácilmente se la puede dominar y dirigir. "El obrero más estúpido es el mejor para nosotros", han repetido infinidad de veces los terratenientes del este del Elba. Es una frase que encierra todo un programa.

De modo que, en los problemas de instrucción y educación, la sociedad moderna se muestra tan ineficaz como en todos los otros problemas sociales. En efecto, ¿qué hace? Deposita sus esperanzas en el garrote; predica la religión, es decir, la sumisión y la paciencia a quienes deben abstenerse por necesidad. Y los que, por su rudeza, rehúsan someterse, son encerrados en las llamadas instituciones correccionales dirigidas por gazmoños hipócritas. A eso se reduce la sabiduría pedagógica de nuestra sociedad. Podemos observar la total ineficacia de los métodos educativos que se emplean con los niños proletarios abandonados, en los numerosos casos de brutal tratamiento por parte de los dirigentes de las llamadas casas de educación, que han terminado a veces en procesos judiciales. Se descubrieron así indignantes actos de crueldad, cometidos con sádica alegría por los

gazmoños fanáticos. ¡Y cuántos horrores quedan ocultos a la opinión pública!

A. Bebel, *La mujer y el socialismo*, ed. cit., págs. 526-528.

Menear la cola en agradecimiento por la benevolencia y la amable sonrisa del superior; el modo de pensar rastrero, perruno; librar una lucha envidiosa, empleando los medios más bajos y viles para conseguir un trabajo bien remunerado; ocultar las propias convicciones y reprimir las buenas cualidades e imponerse hipocresía en las ideas y sentimientos son todas cualidades —a las que podemos dar la denominación común de cobardía y falta de carácter— que se presentan cada día con un aspecto más repugnante. Aquello que eleva y ennoblece al hombre: el sentimiento de la propia dignidad, ideas y convicciones independientes e incorruptibles, la libre manifestación de la personalidad, se tornan en las condiciones actuales un vicio o un defecto, en la mayoría de los casos. A menudo son cualidades que hundén al hombre si no sabe reprimirlas. Muchas personas ni siquiera advierten su humillación porque se han habituado a sufrirla. El perro halla muy natural vivir bajo el dominio de su amo y también que éste lo castigue con un látigo cuando está de mal humor.

Idem, pág. 531.

Pero no sólo las cosas mienten; la mentira impera tanto en el mundo material como en el moral.\* Se diría que jamás se ha hecho tanto uso de la mentira social; podemos afirmar que toda la moral y la política constituyen una mentira global. Me es imposible enumerar todas las formas de mentira que emplean con gran dignidad los respetables representantes de las clases superiores, pues la lista sería demasiado extensa. Mencionaré sólo algunas que tienen relación con el tema.

La propiedad es el fundamento de la sociedad, se repite constantemente. Preservar la "propiedad privada" constituye la eterna pre-ocupación de las clases dominantes. Por su parte, los sacerdotes del

\* Se refiere a la sociedad capitalista. (Ed.)

becerro de oro —los economistas— elogían el orden y la armonía de la sociedad capitalista. Eso es una mentira.

Jamás hubo mayores desacuerdos y contradicciones en sociedad alguna. En la armónica sociedad capitalista se libra una incesante, despiadada y frenética guerra civil. ¿Acaso no se hallan en permanente hostilidad los comerciantes que venden la misma mercadería y los fabricantes que producen el mismo artículo? ¿No procura cada uno de ellos, con todas sus fuerzas, quitarles compradores a sus cofrades, desalojarlos del mercado, arruinarlos?

Esta guerra se llama competencia. Es la guerra de todos contra todos de la que hablaba el implacable Hobbes. En la Edad Media los barones feudales rivalizaban y combatían entre sí, pero de tanto en tanto y con interrupciones y treguas; por otra parte, eran luchas de capa y espada que desarrollaban sus cualidades físicas y morales (la valentía, el sentido del deber, la fidelidad a la palabra empeñada, el vigor y la capacidad de resistir los padecimientos, las fatigas y la inclemencia del tiempo), cualidades que ennoblecían el cuerpo y el alma del hombre. La pasión dominante de la actual sociedad capitalista es el ansia de dinero, una inextinguible sed de riquezas, lograda sin trabajar. La capacidad de intriga, la astucia, la falacia, la codicia y el egoísmo son las únicas cualidades que la competencia económica desarrolla en el alma del hombre. ¡Que sucumban la sociedad, la patria, la humanidad, con tal de que yo me haga rico!, he aquí la consigna del capitalista.

P. Lafargue, "En pro y en contra del comunismo",  
*La propiedad y su origen*, Gospolitizdat, Moscú,  
1959, págs. 21-22.

#### NACIMIENTO DE LA MORAL PROLETARIA

Antes de la introducción de las máquinas, el hilado y tejido de la materia prima se hacían en casa del obrero. La mujer y los hijos extendían el hilo que el marido tejía o ellos vendían si el jefe de la familia mismo no lo trabajaba. Estas familias de tejedores vivían generalmente en el campo, en las cercanías de las ciudades, y podían con su salario arreglárselas bien, porque el mercado del país, que se regulaba según la demanda de las telas, era casi el único mercado, y la importancia de la competencia, que irrumpió después de la

conquista de los mercados extranjeros y con el desarrollo del comercio, no ejercía todavía una presión sensible sobre las mercancías del trabajo. Con esto se tuvo, en el mercado natal, un continuo aumento de la demanda, que fue proporcional al gradual crecimiento de la población, y por lo tanto pudo ocupar a todos los trabajadores; agréguese a esto la imposibilidad de una activa competencia de unos obreros con otros, a causa del aislamiento campestre de sus viviendas. De ahí derivaba que el tejedor estaba casi siempre en condiciones de poner aparte algún dinero, y arrendarse un fondito que trabajaba en sus horas de ocio, y de éstas tenía cuantas quería, porque podía tejer cuando quisiera y tuviera ganas. En verdad, era un mal agricultor y cultivaba sus campos con negligencia y con poquísimo resultado real; pero al menos, no era un proletario; tenía, como dicen los ingleses, clavada una estaca en la tierra de su patria, tenía domicilio y ocupaba, en la sociedad, un escaloncito más alto que el del obrero inglés de hoy.

De este modo los trabajadores vegetaban en una dulce y plena existencia, y llevaban una vida honesta y tranquila en la devoción a Dios y en la probidad; su condición material era mucho mejor que la de sus sucesores; no tenían necesidad de excederse en el trabajo; no hacían más que lo que deseaban y, no obstante, ganaban lo que les era necesario, tenían descanso para un trabajo sano en su campo o jardín, trabajo que era para ellos un pasatiempo, y además de eso, podían tomar parte en las diversiones y juegos de sus vecinos, y todos esos juegos, birla, juego de balón, etc., contribuían a la conservación de la salud y al fortalecimiento del cuerpo. En su mayor parte, eran gente sana y en la constitución de sus cuerpos nada o casi nada se podía encontrar de diferente con la de sus vecinos agricultores. Sus niños crecían al aire libre, y si podían, ayudaban en el trabajo de sus progenitores; esto sucedía sólo de tiempo en tiempo, y no era cosa de hablar de un trabajo cotidiano de ocho o doce horas.

Fácil es adivinar cuál era el carácter moral e intelectual de esta clase. Excluida de las ciudades, a las cuales jamás llegaba, consignaba el hilado y el tejido a los agentes viajantes, contra pago de la mercadería separada, de modo que viejos residentes, muy cercanos a las ciudades, no fueron jamás a ellas, hasta que, con la introducción de las máquinas, esa clase fue privada de ganancias y obligada a buscar trabajo en las ciudades. Se encontraba en el grado intelectual y moral de la gente de campo, con la cual estaba todavía unida, y en especial, de modo directo, por su pequeño arrendamiento. Estos obre-

ros consideraban a su *squire*\* —el más grande propietario terrateniente del país— como a su superior natural, y recurrían a él para aconsejarse; llevaban ante él los pequeños litigios para que decidiese, y le tributaban todos los honores que van unidos a estos hábitos patriarcales. Eran gente "respetable" y buenos padres de familia, vivían moralmente, porque no tenían ningún motivo para ser inmorales: en su vecindad no había tabernas o casas equívocas y el dueño de la hostería, junto al cual, de cuando, en cuando, apagaban la sed, era también un hombre respetable y a menudo un gran arrendatario que gustaba de la buena cerveza, del buen orden y de descansar a su tiempo. Durante el día, tenían sus niños consigo y los educaban en la obediencia y el temor a Dios; la condición de la familia patriarcal permanecía sin cambios, hasta que los niños, ya adultos, se unían en matrimonio; jóvenes, crecían en idílica simplicidad y familiaridad, cerca de sus camaradas, hasta que se casaban, y si bien el comercio sexual se verificaba ordinariamente antes del matrimonio, esto sucedía solamente donde era reconocido por ambas partes el deber moral del matrimonio, y éste, que lo seguía, ponía todo en orden. En síntesis, los obreros industriales ingleses de aquel tiempo vivían y pensaban todos de un mismo modo, como ocurre todavía, aquí y allá, en Alemania, retirados y apartados, sin actividad intelectual y sin excitaciones violentas en su condición de vida. Raramente sabían leer y mucho menos escribir, iban regularmente a la iglesia, no hacían política, no conspiraban, no pensaban, se divertían con los ejercicios del cuerpo, oían leer la Biblia con devoción hereditaria y se comportaban noblemente en su modestia, sin pretensiones con las clases elevadas de la sociedad. Pero, por lo demás, estaban muertos intelectualmente, vivían sólo para sus pequeños intereses privados, para el telar y su jardincito, y nada sabían del grandioso movimiento que afuera invadía a la humanidad.

Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, ed. cit., págs. 26-28.

Si la libre actividad productora significa la satisfacción más alta que conocemos, el trabajo obligatorio es el tormento más duro y envilecedor. Nada es más terrible que tener que hacer todos los días,

\* *Squire*: señor. (Ed.)

de la mañana a la noche, algo que nos repugna. Y cuanto más humilladamente siente el obrero, tanto más debe odiar el trabajo, porque siente la violencia y la falta de estímulo que para él encierra. ¿Por qué trabaja? ¿Por el placer de producir? ¿Por un impulso de la naturaleza? Ni en sueños. Trabaja por el dinero, para obtener algo que nada tiene que hacer con el trabajo; trabaja porque está obligado, y trabaja tanto, con tan ininterrumpida uniformidad, que ya por esta causa, desde las primeras semanas, el trabajo debe serle un tormento si todavía tiene sentimientos humanos. La división del trabajo ha aumentado la acción deprimente del trabajo obligatorio. En la mayor parte de las ramas del trabajo la actividad del obrero está limitada a una breve y simple manipulación que se repite minuto a minuto y que sigue siendo la misma de año en año.\*

Aquel que desde la infancia, cada día, por doce horas o más, ha hecho alfileres o pulido peines, y además ha vivido en las condiciones de un proletario inglés, ¿qué sentimientos humanos y qué aptitudes puede tener después de los treinta años? Lo mismo sucede con la introducción de las máquinas y del vapor. La actividad del obrero disminuye, se ahorra esfuerzo del músculo y el trabajo mismo se vuelve insignificante, pero monótono al más alto grado. El trabajo no deja al obrero ningún campo para la actividad intelectual; le es necesaria la mayor atención, puesto que para atender bien su trabajo no debe pensar en otra cosa. Un trabajo así es una condena; quita al obrero todo el tiempo disponible, quedándole sólo el necesario para comer y dormir, nada para ejercicio del cuerpo al aire libre, para gozar de la naturaleza. Y no hablemos de la actividad intelectual; ¡no debe degradarse a los hombres, con semejante condena, a la condición de bestias! El obrero tiene la alternativa de someterse al destino, de volverse "un buen obrero", de vigilar fielmente el interés del burgués —y entonces se embrutece—, o resistir a fin de luchar por su humanidad mientras le sea posible, y esto sólo puede hacerlo luchando contra la burguesía.

Idem, págs. 127-128.

\* ¿Debo aquí también hacer hablar por mí los testimonios de los burgueses? Elijo solamente uno, que puede leerse en Adam Smith, *Wealth of Nations* (edición citada), vol. 3, lib. 3, cap. 8, pág. 297 (Nota de Engels).

[...] las condiciones en que ésta [la clase obrera] vive tales que proporcionan una educación práctica, que no sólo el inútil bagaje escolástico, sino que también vuelve inocua la fusa concepción religiosa de las diferentes escuelas, y coloca a obreros a la cabeza del movimiento nacional de Inglaterra. La sería enseña a pedir, y lo que es más importante, a pensar y a

El obrero inglés, que sabe leer poco y escribir menos, sabe bien cuál es su propio interés y el de toda la nación; sabe muy bien cuál es el interés especial de la burguesía, y qué es lo que puede esperar de esa burguesía; no sabe escribir, pero puede hablar, y hablar públicamente; no sabe calcular, pero sabe, no obstante, calcular con nociones de economía nacional cuanto es menester para discutir e impugnar a un burgués que pretende la abolición de las leyes sobre el grano; pese a los esfuerzos de los predicadores, permanecen oscuras para él las aspiraciones acerca del paraíso, pero conoce bien los problemas terrenales, políticos y sociales [...]

Así los obreros son, tanto física e intelectualmente como moralmente, olvidados y rechazados por la clase que detenta el poder... El único miramiento que se tiene para con ellos es la ley, que se les aplica tan pronto como ofenden a la burguesía; así como contra las bestias irracionales se aplica un solo medio de educación, el látigo, la fuerza brutal, que no convence y sólo amedrenta.

Por lo tanto, no asombra que los obreros, tratados como bestias, o se vuelvan realmente bestias, o salven la conciencia y sentimiento de su humanidad conservando el odio más vivo, la continua rebelión interna contra la burguesía que detenta el poder. Son hombres en tanto sienten cólera contra la clase dominante; y se vuelven bestias tan pronto como se pliegan dócilmente al yugo, buscando hacer llevadera una vida de esclavos, sin pensar en romper las cadenas.

Esto es, pues, todo lo que la burguesía ha hecho por la educación de la clase obrera; y si consideramos las otras condiciones en que ésta vive, no podemos criticar el rencor que nutre contra la clase dominante. La educación moral, que no es dada en la escuela al obrero, no le es dada tampoco en las otras circunstancias de su vida; no es, por lo menos, la educación moral que tendría algún valor a los ojos de la burguesía. La forma de vivir del obrero y todo aquello que lo rodea lo empujan hacia la inmoralidad. Es pobre, para él la vida no tiene atractivos, le están negadas casi todas las satisfacciones, las penas de las leyes no tienen, para él nada de terrible, ¿por qué debe él medirse en sus deseos, por qué razón debe dejar a los ricos el

gocce de sus bienes, en lugar de apropiarse de una parte? ¿Qué razón tiene el proletario para no robar? Es muy lindo, y al burgués suena muy bien al oído, cuando se habla de la "santidad de la propiedad"; pero para aquel que no tiene propiedad alguna esta santidad deja de ser tal. El dinero es el Dios de este mundo. El burgués, al quitar el dinero al proletario, lo transforma en un ateo práctico. No hay que asombrarse, por tanto, si el proletario salvaguarda su ateísmo y no respeta más la santidad y la fuerza del Dios terrenal.

Y si la pobreza del proletario llega hasta la privación verdadera de las cosas más necesarias de la vida, hasta la miseria y la más negra indigencia, simultáneamente con ello se agranda el desprecio contra todo orden social [...]

Al esclavo le está asegurada la existencia, por el interés particular de su patrón; el siervo tiene todavía un pedazo de tierra, del que vive; ellos tienen al menos una garantía para la simple vida, pero el proletario solamente puede contar consigo mismo y, al propio tiempo, no encuentra el modo de emplear sus fuerzas de manera de poder hacer algún cálculo sobre ellas. Todo lo que el obrero podía hacer para mejorar su condición desaparece como una gota en el océano, con la corriente en contra de las alternativas a que está expuesto y contra las que no tiene la menor fuerza. Es el objeto, sin voluntad, de todas las posibles combinaciones de las circunstancias y puede llamarse afortunado si por un tiempo logra conservar la vida. Como es fácil de comprender, su carácter y su método de vida se adaptan a tales circunstancias. O trata de detenerse en este vórtice, de salvar su humanidad, y esto puede conseguirlo sólo rebelándose \* contra la burguesía —que lo explota sin ningún miramiento y lo somete a su propio destino, obligándolo a permanecer en esta situación indigna de un hombre— o renuncia a la lucha como inútil y busca aprovecharse lo más posible de los momentos favorables [...]

Idem, págs. 122-125.

El obrero es mucho más humano que el burgués, en la vida corriente. Ya tuve ocasión de decir que los mendigos suelen dirigirse, casi solamente, a los obreros y que, por lo general, para la asistencia

\* Veremos, en seguida, cómo la rebelión del proletariado contra la burguesía es legitimada, en Inglaterra, por el derecho de libre asociación (*Nota de Engels*).

a los pobres se hace más de parte de los obreros que de parte de los ricos. Este hecho, que, por lo demás, puede comprobarse todos los días, está también anotado por el señor Parkinson, canónigo de Manchester: "Los pobres se dan recíprocamente más de lo que los ricos dan a los pobres. Puedo confirmar mi aseveración con el testimonio de uno de nuestros médicos entre los más viejos, más hábiles, más humanos, el doctor Bradsley. Éste ha declarado públicamente que la suma total que los pobres se dan recíprocamente cada año, sobrepasa a la que en el mismo tiempo destinan los ricos".\*

La humanidad de los obreros se muestra jovial en todas las ocasiones. Han conocido un destino duro y pueden, por lo tanto, nutrir simpatías hacia aquellos que están en la miseria: para ellos, cada hombre es un hombre, mientras que para el burgués el obrero es menos que un hombre. Los obreros son más sociables y más corteses que los de las clases poseedoras; aun cuando tengan necesidad de dinero, son menos ávidos, pues para ellos el dinero tiene valor solamente para comprar aquello que necesitan, mientras que para el burgués el dinero tiene un valor especial, un valor en sí, el valor de un Dios, que hace así del burgués un hombre-dinero vulgar y sucio. El obrero, que no conoce este sentimiento de veneración por el dinero, no es, por lo tanto, tan ávido como el burgués, capaz de cualquier cosa para ganar dinero y que hace de la acumulación de éste un fin de la vida. Por esto aun el obrero más ingenuo tiene los ojos más abiertos para los hechos que el burgués, no considera todas las cosas según su egoísmo. Está protegido, por su imperfecta cultura, de los prejuicios religiosos; no entiende nada de esto, no se atormenta por ellos, no reconoce el fanatismo, que tiene prisionera a la burguesía, y si tiene un poco de religión, ésta es solamente nominal, nunca teórica; vive, en la práctica, sólo para este mundo y busca vivir lo mejor posible.

Todos los escritores de la burguesía están de acuerdo en decir que los obreros no tienen religión y que no concurren a la iglesia [...] Y así como la condición de vida, también la falta de educación religiosa o de otra especie contribuye a conservar a los obreros más simples y más libres que el burgués, con sus opiniones hechas y principios fijos. Este último está sumergido en los prejuicios de su

\* *On the Present Condition of the Labouring Poor in Manchester, etc.*, by the Rt. Rev. Parkinson, Canon of Manchester, 3rd. edit., London and Manchester, 1841 (Nota de Engels).

que le fueron machacados en los oídos desde la juventud; con lo que no hay nada que hacer; es esencialmente conservador, bien que en forma pueda aparecer liberal; su interés está unido a lo que es y es insensible a todo movimiento. El burgués ya no está en la cabeza del desarrollo histórico; los obreros, por derecho primero, y en los hechos después, ocupan el puesto.

Idem, págs. 132-133.

No nos asombraremos, después de todo esto, si la clase obrera ha llegado a ser totalmente otro pueblo que la burguesía inglesa. La burguesía tiene más afinidad con todas las otras naciones de la tierra, que con estos obreros que están a su lado. Los obreros hablan otro idioma, tienen otras ideas y nociones, otras costumbres y otros principios morales, otra religión y otra política que la burguesía. Son dos pueblos completamente distintos, se diferencian como si fuesen dos razas, y en el continente hasta ahora sólo conocíamos uno: la burguesía. Y es precisamente el otro, el pueblo formado por proletarios, el que tiene la mayor importancia para el porvenir de Inglaterra.\*

Idem, págs. 131-132.

Se dice, en el continente, que los ingleses, y en modo especial los obreros, son miedosos; no realizarán revolución alguna porque no hacen, a semejanza de los franceses, insurrecciones a cada momento, aunque dejan, en apariencia, marchar tranquilamente el régimen burgués. Esto es falso: los obreros ingleses no son inferiores a ninguna nación en coraje; son tan subversivos como los franceses, pero de otra manera. Los franceses, que son políticos por naturaleza, luchan también políticamente contra los males sociales; los ingleses, quienes consideran que la política sólo sirve los intereses de la sociedad burguesa, luchan, en lugar de contra el gobierno, directamente contra la burguesía, y esto sólo puede ser eficaz por la vía pacífica. La paralización de los negocios y la miseria que la siguió determinaron en Lyon, en 1834, la insurrección para la república; en 1842, en Manchester, el *turn-out* general, para la "Carta del pueblo" y el au-

\* (1892) La misma idea de que la gran industria ha dividido a los ingleses en dos naciones distintas, ha sido, casualmente, en la misma época, expresada por Disraeli en su novela: *Sybil, or the two Nations* (N. de Engels).

mento del salario. Y que —cosa clara para todos— para el obrero es preciso también valor quizá mayor, mucho más valor y una decisión mucho más audaz y firme, que para una insurrección. En verdad no es poca cosa para un obrero que conoce por experiencia la miseria, salirle al encuentro con la mujer y los hijos, soportar el hambre y la miseria por largos meses y permanecer firme e inflexible. Qué es la muerte, qué son las galeras que amenazan al revolucionario francés, frente a la muerte lenta por hambre, frente al diario espectáculo de la familia hambrienta, frente a la certeza de la futura venganza de la burguesía, venganza que lleva al obrero inglés a la sumisión bajo el yugo de la clase propietaria?

Veremos más adelante un ejemplo de este valor obstinado e invencible del obrero inglés, el cual cede a la fuerza sólo cuando toda resistencia resulta inútil y absurda. Y, justamente, en esta perseverancia tranquila, en esta calma decidida, que da cada día cien pruebas de su existencia, el obrero inglés desarrolla el lado admirable de su carácter.

Gente que sufre tanto para doblegar a un solo burgués, estará también en condiciones de destrozarse la fuerza de toda la burguesía.

Idem, págs. 218-219.

Si, como vemos, al obrero no se le deja otro campo para manifestar sus sentimientos humanos que la protesta contra su situación, es natural que, precisamente en esta protesta, el obrero deba revelar sus rasgos más atractivos, más nobles y más humanos. Veremos que toda fuerza, toda la actividad de los obreros se orienta a dicho fin, y que inclusive todos sus esfuerzos por incorporarse a la cultura de la humanidad se encuentran en directa vinculación con ello. Es cierto que ocurrirán algunos casos de violencia, inclusive groserías, pero ante ellos nunca debe olvidarse que en Inglaterra se libra una lucha social abierta, y que si el interés de la burguesía es conducir hipócritamente esta lucha bajo apariencias de paz y hasta de filantropía, el obrero sólo puede obtener ventajas desenmascarando el verdadero estado de cosas, liquidando esa hipocresía. Por consiguiente, aun la acción más violenta y hostil de los obreros contra la burguesía y sus lacayos no es más que una manifestación franca y abierta de lo que la propia burguesía realiza respecto de los obreros furtiva y maliciosamente.

Idem, pág. 209.

En la huelga política, la clase obrera interviene como vanguardia de todo el pueblo. El proletariado, en esos momentos, no actúa simplemente como una clase más de la sociedad burguesa, sino que ejerce la hegemonía, es decir, es el dirigente, el que va delante, el jefe. Las ideas políticas que se manifiestan en el movimiento tienen un carácter popular, o sea, afectan a las condiciones fundamentales y más profundas de la vida política de todo el país. Ese carácter de la huelga política —y así lo señalan todas las investigaciones científicas relativas a la época de 1905-1907— hace que se interesen por el movimiento la totalidad de las clases y, en particular, se comprende, en las capas más amplias, numerosas y democráticas de la población, el campesinado, etc.

Por otra parte, sin reivindicaciones económicas, sin un mejoramiento directo e inmediato de su situación, las masas trabajadoras nunca aceptarán el papel de representantes del "progreso" general del país. La masa se incorpora al movimiento, participa en él con energía, lo tiene en gran estima y da muestras de heroísmo, abnegación y fidelidad a la gran causa, siempre y cuando esté implícito un mejoramiento en la situación económica de quienes trabajan. De otra manera no puede ser, pues las condiciones de vida de los obreros en situaciones "normales" son increíblemente duras. Cuando la clase obrera trata de mejorar sus condiciones de vida, se eleva a la vez en el sentido moral, intelectual y político, se hace más capaz de llevar a cabo su gran misión liberadora.

Lenin, "Huelga económica y huelga política", *ob. cit.*, t. XVIII, pág. 78.

A fin de explicar el inmenso viraje y las dificultades que esperan a la clase obrera, hoy voy a permitirme delinear las etapas fundamentales de desarrollo por las que pasó el proletariado ruso en su marcha hacia el régimen comunista.

Los campesinos ignorantes y poco concientes, al caer por primera vez en una fábrica bien equipada y dotada de las maravillas de la técnica moderna, se quedaban perplejos y se sentían deprimidos ante el lujo extraordinario que contemplaban. El alma ignorante del campesino veía en el dueño de la fábrica a su bienhechor, al dador de alimentos y trabajo, el hombre sin el cual no podía vivir el obrero. Ese obrero inerme que llegaba del abandonado y perdido rincón aldeano, al caer en la hirviente caldera de la fábrica, donde encon-



traba condiciones más llevaderas de existencia y la posibilidad de alimentarse de alguna manera, caía bajo el yugo opresor de la explotación capitalista. Todo el mundo sabe muy bien cómo los obreros de Rusia y de otros países han vivido esos duros tiempos. Pero he aquí que el obrero se fue liberando poco a poco de su atraso y embrutecimiento aldeanos, y empezó a alcanzar una etapa más elevada de desarrollo; vemos asimismo cómo aparecieron los primeros intentos de lucha contra los opresores, es decir, las huelgas, intentos de las masas proletarias diseminadas tendientes a organizarse en sindicatos; vemos cómo comenzó a latir en el obrero otra fuerza y cómo toda huelga, por insignificantes que fuesen sus resultados, daba algo inapreciable y nuevo, algo importante y concreto. La huelga enseñó al obrero a cobrar conciencia de que la fuerza poderosa, capaz de paralizar las máquinas, de transformar al esclavo en un hombre libre y de aprovechar los bienes que por derecho propio pertenecen a su productor, hay que buscarla únicamente en la unidad con los demás obreros. Todo el mundo conoce el cuadro de desarrollo del movimiento huelguístico en los últimos decenios, su paso gradual de las pequeñas huelgas, faltas de cohesión, a las grandes huelgas organizadas. En 1905 el movimiento huelguístico se extendió como una poderosa ola por toda Rusia. A la vez que creció la lucha organizada contra los capitalistas mediante las huelgas, el obrero adquirió una fuerza sin precedentes. En este terreno, uno de los primeros lugares correspondió a las organizaciones sindicales. El obrero llegó a ser consciente de que todos los inventos de la técnica, todas las máquinas y todos los instrumentos de producción que los capitalistas utilizan en beneficio de sus propios intereses y en perjuicio de los intereses de los proletarios, podían y debían ser patrimonio del proletariado. Esta nueva fase, resistencia organizada de los obreros a los capitalistas, con ayuda de los sindicatos, representó un nuevo paso de avance en la historia del desarrollo de la autoconciencia proletaria. El obrero ya no era un instrumento sin voluntad e inerte en manos de los opresores. Toda la vida que lo rodeaba lo convencía de la necesidad de librar una lucha continua, vigilante e insistente. El obrero consiguió cierta mejoría en su situación económica, aumento de salario y disminución de la jornada de trabajo. En esta etapa del movimiento sindical, los sueños y las esperanzas tendían al logro de una vida un poco soportable.

Pero llega un momento en que esta etapa de la autoconciencia de clase del proletariado, que en otros tiempos había significado un

nuevo paso de avance, resulta insuficiente. La vida empuja hacia adelante. Los desvergonzados capitalistas de todos los países, después de estrangular a las masas obreras, las atenazaron definitivamente con la guerra mundial, organizada tanto para seguir oprimiendo al proletariado que estaba liberándose, como para saquearse mutuamente los territorios. Armados hasta los dientes, los bandoleros imperialistas se lanzaron al combate. Convencieron al obrero de que la guerra se libraba en nombre de unas supuestas grandes ideas de emancipación de la humanidad. Pero la ceguera del obrero dura poco. Los acontecimientos de la paz de Brest y de Versalles, la apropiación de todas las colonias por parte de Inglaterra y Francia, le abren suficientemente los ojos ante el verdadero estado de cosas. Se pone en claro que durante la guerra mundial han muerto 10 millones de hombres y que otros 20 han quedado mutilados, y todo esto exclusivamente para que se enriquezcan aun más los bandoleros.

Y después de ver claro, el obrero se alza contra el yugo del capital y estalla la revolución social, que comenzó con los acontecimientos de octubre. Nuestras tareas, en la actualidad, no consisten sólo en formar parte de un sindicato; esto no basta. El obrero debe elevarse aun más para convertirse, de clase oprimida en clase dominante. Con los campesinos no podemos contar todavía. Están diseminados, sin fuerzas, y tardarán aún en salir de la ignorancia. A los campesinos sólo puede sacarlos de las tinieblas de la ignorancia la clase que ha salido asimismo del campesinado, la clase que supo comprender la fuerza de la organización y que fue capaz de conquistar una vida mejor no sólo bajo el capitalismo, pues esto mismo lo lograron también los obreros de Europa occidental sin librarse por ello de la guerra. El obrero debe comprender que se plantea una tarea nueva, infinitamente más difícil: tomar en sus manos todas las riendas del Estado.

Debe decirse: mientras subsista la propiedad privada, mientras no esté vencido el capitalismo, nadie que viva a costa de otro debe detentar el poder.

Pues bien, por eso precisamente brega el poder soviético, hacia el cual se vuelven las simpatías de todo el proletariado mundial, que crecen con extraordinaria rapidez. Después de haber creado el nuevo Estado, el Estado proletario, la clase obrera ha asumido una carga inaudita. El obrero sólo puede suprimir las clases explotadoras y edificar el socialismo marchando hombro a hombro con los campesinos. Pero éstos, como antes, organizan su economía individualmente,

vendiendo sus excedentes en el mercado libre y enriqueciendo aun más a un puñado de bandoleros. No lo hacen conscientemente, pues viven en condiciones en todo sentido distintas a las del obrero. Pero el libre comercio significa la vuelta a la esclavitud capitalista. Para evitar esto hay que organizar el trabajo de un modo nuevo, y ello nadie puede hacerlo más que el proletariado.

En la actualidad el obrero no sólo es miembro de su organización sindical. Este punto de vista significa la vuelta a lo viejo. La lucha contra el capital no ha terminado aún. El capitalismo sigue frenando hasta ahora las iniciativas del poder soviético por medio de la especulación en pequeña escala, de la *Sujarevka*, etc. A esta fuerza sólo puede enfrentarse la de las organizaciones obreras, estructuradas sobre nuevas bases, no en el estrecho marco de sus intereses productivos, sino en el de los intereses de todo el Estado. Sólo la clase obrera en su conjunto, independientemente de sus diversos oficios, es capaz de unificarse como clase dominante, luego de crear el ejército único del trabajo, sólo entonces se ganará el respeto de todo el mundo.

Es preciso que los obreros concientes sean capaces de penetrar por todos los poros del poder estatal y sepan acercarse a los campesinos, organizándolos de acuerdo con los intereses de la clase que se ha quitado de encima el yugo de los terratenientes y construye un Estado sin capitalistas. Se necesita espíritu de sacrificio y una disciplina de hierro. Es indispensable que todo el proletariado, como un solo hombre, realice en el frente del trabajo las mismas proezas inauditas que realizó en el frente sangriento [...]

Que la clase obrera organice la producción como organizó el Ejército Rojo. Que cada obrero se compenetre de la idea de que es él quien gobierna el país. Cuantos menos somos, tanto más se nos exige. Es necesario que Rusia se convierta en un inmenso ejército del trabajo, convencido heroicamente de la necesidad del sacrificio propio en aras de la causa común: la emancipación de los trabajadores.

Lenin, "Discurso en el III Congreso de los obreros de la industria textil de Rusia", 19 de abril de 1920, *ob. cit.*, t. XXX, págs. 509-514.

Antes de la Revolución de Octubre, el contenido fundamental de la moral marxista consistía en "criticar a la burguesía, desarrollar

en las masas el sentimiento de odio contra ella, desarrollar la conciencia de clase, saber agrupar sus fuerzas".\* La nueva moral penetraba en el seno de la clase obrera y de los trabajadores como si fuese por dos vías encontradas: por una parte, la propaganda que realizaban los intelectuales marxistas; por la otra, el propio capitalismo en desarrollo, con su feroz explotación del trabajo, empujaba a los obreros a la resistencia. Por eso, la conciencia de la comunidad de intereses de los trabajadores se abría rápidamente paso entre los obreros, que asimilaban con facilidad los llamamientos a la solidaridad internacional. La moral proletaria se iba formando en el mismo ambiente obrero: en los talleres y fábricas. La propaganda marxista no hacía más que ampliar la comprensión de la ética proletaria.

Por ejemplo, los obreros consideraban como un justo castigo el apaleamiento de los rompehuelgas, espías, soplones y capataces desalmados que rebajaban las tarifas. La solidaridad entre los obreros, especialmente durante los conflictos con los patronos, era comprendida, si no por todos, al menos por una inmensa mayoría. Esto, desde luego, no quiere decir que los obreros actuaban siempre solidariamente. Además de los espías pagados por la administración y de sus agentes, había entre los obreros advenedizos que aspiraban a llegar a contra maestres u ocupar algún puesto administrativo, y por eso se mantenían al margen.

Cada huelga, cada conflicto de mayor o menor importancia en las empresas, eran seguidos de represalias: despido de los llamados instigadores, listas negras y detenciones. Los obreros recolectaban dinero para las víctimas y las ayudaban con todo lo que podían. Había incluso contra maestres que contribuían a la suscripción, y, a veces, ayudaban a colocar a los obreros represaliados en otras fábricas. Entre los obreros esto era considerado como un deber moral.

Sin embargo, en los primeros tiempos, todo eso carecía de un carácter organizado. Y únicamente con el desarrollo del movimiento revolucionario, con el despertar de la conciencia de clase en el proletariado, con su transformación de clase en sí en clase para sí, empezaron a formarse cualidades morales como la honradez para con su clase, la disciplina y el apoyo mutuo, la abnegación en la lucha y el espíritu de organización. Estos rasgos morales del proletariado constituyeron la base de la naciente moral socialista, que en el régimen capitalista se oponía a la moral burguesa con sus crueles

\* Lenin, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 277. (Ed.)

y feroces principios: "El hombre es un lobo para el hombre", "Cada uno para sí y dios para todos", "Ábrete paso en la vida", etc.

M. Kalinin, "La fisonomía moral de nuestro pueblo", *Sobre la educación comunista*, ed. Anteo, Buenos Aires, 1953, págs. 257-258.

La revolución de 1905, a pesar de sus limitados resultados y de la derrota temporal de la clase obrera, elevó considerablemente no sólo la conciencia de clase de los obreros, sino también la de los campesinos, enriqueciendo a unos y otros con la experiencia revolucionaria de la lucha bajo la dirección de nuestro partido. El pueblo se convenció en la práctica de la posibilidad de defender sus intereses con las armas en la mano; y esto, naturalmente, no podía por menos que dejar sus huellas en la mentalidad de la gente y reflejarse en su estado de ánimo y en sus sentimientos morales y políticos.

Contrariamente a lo que ocurría, por ejemplo, en el seno de la intelectualidad burguesa, entre la pequeña burguesía y entre la *élite* obrera adherida a los mencheviques, donde a consecuencia de la derrota de la revolución se producía un brusco decaimiento de la moral revolucionaria, se entonaban cánticos fúnebres a la revolución y se predicaba el llamado egoísmo "legítimo" de la personalidad, nuestro partido era el único que, a despecho del elemento pequeñoburgués, además de no arriar la bandera de lucha revolucionaria, fortalecía sus filas, mantenía una lucha implacable contra todas las manifestaciones de oportunismo eliminando de su seno a los compañeros de viaje [...]

Bajo la influencia de nuestro partido, la revolución democrático-burguesa de febrero se transformó en la Gran Revolución Socialista de Octubre, coronada por el triunfo completo del proletariado y de los campesinos pobres sobre el viejo régimen de la Rusia zarista, sobre el capitalismo. Fue aquello un auténtico cruce del Rubicón; comenzó una nueva vida. El pueblo emprendió un camino nuevo, jamás explorado por nadie, y se planteó un grandioso objetivo: reorganizar su vida sobre principios nuevos, sobre principios socialistas, libres de la exploración del hombre por el hombre. Esto exigió un trastrocamiento radical de las viejas relaciones sociales, y, por consiguiente, hubo de cambiar también la fisonomía moral del hombre.

Y era natural, pues la reorganización sobre nuevos principios sociales y económicos de Rusia, un país, donde en forma tan caprichosa

se enlazaban las diferentes formas de la producción y de la vida social, exigió de nuestro partido, de su dirección, una enorme tensión de sus fuerzas intelectuales, muchos años de labor de agitación y propaganda con el fin de cultivar en las masas la moral comunista. Marx y Engels decían:

Tanto para engendrar en la masa esta conciencia comunista como para llevar adelante el objetivo mismo, es necesaria una transformación de los hombres en general, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*, y, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba*, salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.\*

La Gran Revolución Socialista de Octubre elevó la moral de todos los pueblos de Rusia a un grado más alto, convirtiéndola en la moral más elevada de la sociedad humana. Y no se trata de ninguna exageración; no es más que una conclusión objetiva de la realidad presente. Claro está que esto no significa que una buena mañana la gente se despertó iluminada por una gracia repentina: la moral nueva, la moral socialista. Marx señalaba ya que la conciencia de los hombres queda a la zaga del desarrollo económico, y que, por eso, no es posible extirpar de golpe, con la sola transformación revolucionaria, todos los remanentes del capitalismo.

M. Kalinin, *ob. cit.*, págs. 259-261.

\* Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., pág. 78. (Ed.)

## LA LIBERTAD, LA NECESIDAD Y EL IDEAL MORAL

## DETERMINISMO Y MORAL

No es fácil hablar de moral y de derecho sin tocar el problema del llamado libre albedrío, de la imputabilidad humana, de las relaciones entre la necesidad y la libertad. Para este problema, la filosofía de la realidad no sólo nos brinda una solución, sino dos.

"Todas esas falsas teorías de la libertad hay que sustituirlas con el carácter, que la experiencia nos revela, de la relación en que la penetración racional de un lado, y de otro los impulsos instintivos, se funden *como para formar* una resultante. Los hechos fundamentales de esta especie de dinámica deben tomarse de la observación para calcular de antemano lo aún no acaecido y, *también en lo posible*, en rasgos generales en cuanto a su género y magnitud. De este modo, no sólo caen por su base todas esas necias figuraciones acerca de la libertad interior, que han rumiado y con que se han torturado los hombres miles de años, sino que dejan el puesto a algo positivo y útil para organizar prácticamente la vida."

Según esto, la libertad consiste en que la penetración racional tira del hombre hacia la derecha y los impulsos irracionales hacia la izquierda, paralelogramo de fuerzas en que el movimiento real toma la dirección diagonal. La libertad vendría a ser, pues, el término medio entre la razón y el instinto, la inteligencia y la irreflexión, y su grado podría determinarse empíricamente en cada individuo por medio de una "ecuación individual", para decirlo en los términos de la astronomía. Pero unas cuantas páginas más allá, nos encontramos con esta afirmación: "Basamos la responsabilidad moral en la libertad, pero ésta no

significa, para nosotros, más que la susceptibilidad del hombre para los móviles conscientes, a tenor de la inteligencia natural y adquirida. Todos estos móviles actúan con el carácter inflexible de las leyes naturales, a pesar de la percepción de un posible antagonismo en los actos; y es precisamente con esta fuerza ineludible con la que contamos para aplicar las palancas morales".

Esta segunda definición de la libertad, que se da de bofetones con la primera, no es tampoco más que una extrema vulgarización de la concepción hegeliana. Hegel fue el primero que supo exponer de un modo exacto las relaciones entre la libertad y la necesidad. Para él, la libertad no es otra cosa que el conocimiento de la necesidad. "La necesidad sólo es ciega en cuanto no se la comprende." La libertad no reside en la soñada independencia de las leyes naturales, sino en el conocimiento de estas leyes y en la posibilidad que lleva aparejada de hacerlas actuar de un modo planificado para fines determinados. Y esto rige, no sólo con las leyes de la naturaleza exterior, sino también con las que presiden la existencia corporal y espiritual del hombre: dos clases de leyes que podremos separar a lo sumo en la idea, pero no en la realidad. El libre albedrío no es, por lo tanto, según eso, otra cosa que la capacidad de decidir con conocimientos de causa. Así, pues, cuanto *más libre* sea el juicio de una persona con respecto a un determinado problema, tanto más señalado será el carácter de *necesidad* que determine el contenido de ese juicio; en cambio, la inseguridad basada en la ignorancia, que elige, al parecer caprichosamente, entre un cúmulo de posibilidades distintas y contradictorias, demuestra de ese modo su falta de libertad, demuestra que se halla dominada por el objeto que pretende dominar. La libertad consiste, pues, en el dominio de nosotros mismos y de la naturaleza exterior, basado en la conciencia de las necesidades naturales; es, por lo tanto, forzosamente, un producto del desarrollo histórico.

Engels, *Anti-Dühring*, ed. cit., págs. 106-107.

Al posesionarse la sociedad de los medios de producción cesa la producción de mercancías y, con ella, el imperio del producto sobre los productores. La anarquía reinante en el seno de la producción social deja el puesto a una organización planificada y consciente. Cesa la lucha por la existencia individual. Con ello, en cierto sen-

tido, el hombre se separa definitivamente del reino animal, sale de las condiciones animales de existencia e inicia una vida realmente humana. A partir de este instante las condiciones de vida que rodean al hombre, y que hasta ahora lo dominaban, son dirigidas y controladas por el ser humano que por primera vez gobierna de manera activa y consciente la naturaleza porque se convierte en dueño de su vida social. Las leyes de su propia actividad social, que hasta ahora se alzaban frente al hombre como leyes naturales extrañas que lo dominaban, son aplicadas desde entonces por él con pleno conocimiento de causa, y por lo tanto, sometidas a su dominio. La propia existencia social humana, que hasta aquí se le enfrentaba impuesta por la naturaleza y la historia, es a partir de ahora, obra libre suya. Las fuerzas objetivas y extrañas que hasta ahora venían imperando en la historia se colocan bajo el dominio del hombre mismo. Sólo desde entonces éste comienza a trazarse su historia con plena conciencia de lo que hace, sólo desde entonces las causas sociales, puestas en movimiento por él, comienzan a producir predominantemente, y cada vez en mayor medida, los efectos apetecidos. Es el salto de la humanidad del reino de la necesidad al reino de la libertad.

Idem, págs. 265-266.

El problema, tal y como el propio Sancho lo entiende, se reduce a su vez a un puro absurdo. Se imagina que, hasta ahora, los hombres se han formado siempre un concepto acerca del hombre, liberándose luego en la medida necesaria para realizar en sí mismos este concepto; que la medida de la libertad alcanzada por ellos en cada momento se hallaba determinada por la representación que en cada caso se formaban del ideal del hombre, sin que pudiera faltar, naturalmente, el que en cada individuo quedara flotando un residuo que no correspondiera a este ideal y que, por lo tanto, en cuanto "inhumanos", no llegan a liberarse o sólo se liberaran *malgré eux*.\*

En realidad, las cosas ocurrían, naturalmente, de otro modo: los hombres sólo se liberaban en la medida en que se lo prescribía y se lo consentía, no su ideal del hombre, sino las fuerzas de producción existentes. Sin embargo, todas las liberaciones anteriores ruyeron como base fuerzas productivas limitadas, cuya producción insuficiente

\* A pesar de ellos. (Ed.)

para toda la sociedad sólo permitía un desarrollo siempre y cuando los unos satisficieran sus necesidades a costa de los otros y, por tanto, los unos —la minoría— obtuvieran el monopolio del desarrollo, al paso que los otros —la mayoría—, mediante la lucha constante para satisfacer las necesidades más apremiantes, se veían excluidos por el momento (es decir, hasta la creación de nuevas fuerzas revolucionarias de la producción) de todo desarrollo. De este modo, la sociedad, hasta aquí, ha venido desarrollándose siempre dentro de un antagonismo, que entre los antiguos era el de libres y esclavos, en la Edad Media el de la nobleza y los siervos, y en los tiempos modernos es el que existe entre la burguesía y el proletariado. Y esto es lo que explica, de una parte, el modo "inhumano", irregular, con que la clase dominada satisface sus necesidades y, por la otra, los estrechos marcos dentro de los cuales se forman esas relaciones y, con ellas, toda la clase dominante; por consiguiente estas limitaciones con que tropieza el desarrollo no se deben sólo a que una clase es excluida de él, sino también a la estrechez mental de la clase que provoca esa exclusión [...]

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 489-490.

Mijailovski se refiere al "conflicto entre la idea de la necesidad histórica y la importancia de la actividad individual": los hombres públicos se equivocan al considerarse actores, siendo así que "se los hace actuar", que sólo son "títeres movidos desde misteriosos bastidores por las leyes inmanentes de la necesidad histórica"; semejante conclusión, según él, se deduce de esta idea que, por ello, es calificada de "estéril" y "difusa". Probablemente, no todos los lectores sabrán de dónde ha tomado el señor Mijailovski toda esa necedad de los títeres, etc. Es que éste es uno de los temas preferidos por el filósofo subjetivista: la idea del conflicto entre el determinismo y la moralidad, entre la necesidad histórica y la importancia del individuo. Para esto emborronó un montón de papeles, llenando un abismo con sus absurdas habladurías sentimentales filisteas, para solucionar este conflicto a favor de la moralidad y el papel del individuo. En realidad, no existe tal conflicto: lo ha inventado el señor Mijailovski, temiendo (y no sin razón) que el determinismo quite terreno a la moralidad filisteas, por la que tanto cariño siente. La idea del determinismo, al

establecer la necesidad de los actos del hombre, al rechazar la absurda leyenda del libre albedrío, no niega en un ápice la inteligencia ni la conciencia del hombre, como tampoco la valoración de sus acciones. Muy por el contrario, sólo la concepción determinista permite valorar rigurosa y acertadamente, sin imputar todo lo imaginable al libre albedrío. Del mismo modo, tampoco la idea de la necesidad histórica menoscaba en nada el papel del individuo en la historia: toda la historia se compone precisamente de acciones de individuos que son indudablemente personalidades. El problema real que surge al valorar la actuación social del individuo consiste en saber en qué condiciones se asegura el éxito a esta actuación. ¿Dónde está la garantía de que esa actividad no resultará un acto individual que se hunde en el mar de actos opuestos?

Lenin, "Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas", *ob. cit.*, t. I, págs. 174-175.

¿Qué significa esto!? Si la gente reclama que las concepciones sobre los fenómenos sociales reposen inexorablemente sobre un análisis objetivo de la realidad y de la verdadera evolución, ¿hay qué deducir de ello que no tiene derecho a enojarse!? ¿Esto es simplemente un galimatías, un absurdo! ¿No habría oído el señor Mijailovski que el famoso tratado sobre *El capital* es considerado como uno de los mejores modelos de objetividad inexorable en la investigación de los fenómenos sociales? Para toda una serie de sabios y economistas, el defecto principal y fundamental de este tratado es precisamente su inexorable objetividad. Y sin embargo, en ese extraordinario tratado científico hallarán ustedes tanto "corazón", tantas ardientes y apasionadas agudezas polémicas contra los representantes de las concepciones atrasadas, contra los representantes de aquellas clases sociales que, a juicio del autor, frenan el desarrollo social. El escritor que con inexorable objetividad ha demostrado que las concepciones, digamos, de Proudhon, son el reflejo natural, comprensible e inevitable de los puntos de vista y del estado de ánimo del *petit bourgeois* francés "ha arremetido", sin embargo, con ira y ardor apasionados contra ese ideólogo de la pequeña burguesía. ¿No supondrá el señor Mijailovski que aquí Marx "se contradice"? Si cierta teoría exige de toda personalidad social un análisis inexorablemente objetivo de la realidad y de las relaciones que sobre la base de esta última se for-

man entre las diversas clases, ¿mediante qué milagro se puede de aquí la conclusión de que la personalidad no debe simpatizar con esta o aquella clase, que "no tiene derecho" a ello? Es hasta ridículo hablar aquí del deber, puesto que ningún ser viviente puede quedar al margen de una u otra clase (tan pronto haya comprendido la correlación mutua entre ellas), no puede dejar de alegrarse con el éxito de esa clase, ni dejar de sentir amargura por sus fracasos; no puede dejar de sentir indignación contra los que se manifiestan hostiles a ella, contra los que ponen trabas a su desarrollo difundiendo concepciones atrasadas, etc., etc. La fútil argucia del señor Mijailovski sólo demuestra que hasta hoy día aún no se ha orientado en el muy elemental problema de la diferencia entre el determinismo y el fatalismo.

Lenin, "¿A qué herencia renunciamos?", *ob. cit.*, t. II, págs. 521-522.

Merece la pena detenerse un poco más para analizar la relación del marxismo con la ética. El autor cita en las páginas 64 y 65 una magnífica aclaración dada por Engels de la relación entre la libertad y la necesidad: "La libertad es la comprensión de la necesidad". Lejos de presuponer el fatalismo, el determinismo da base para la actuación conciente. No se puede por menos de añadir a lo dicho que los subjetivistas rusos ni siquiera supieron ver claro en una cuestión tan elemental como es la del libre albedrío. El señor Mijailovski se hizo un lío terrible, confundiendo el determinismo con el fatalismo, y halló la salida... sentándose entre dos sillas: como no quería negar la regularidad, afirmaba que el libre albedrío era un hecho de nuestra conciencia (en rigor se trata de una idea de Mirtov, que el señor Mijailovski hace suya) y por ello puede servir de base a la ética. Está claro que, aplicadas a la sociología, estas ideas no podían dar otro fruto que una utopía o una moral vacía, que pasaba por alto la lucha de clases existentes en la sociedad.

Lenin, "Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", *ob. cit.*, t. I, pág. 439.

Así sólo se puede llegar a casos tan curiosos, posibles únicamente en Rusia, en que son consideradas como marxistas personas que no tienen ni idea de la lucha de clases, del antagonismo necesario inherente

inherente a la sociedad capitalista y del desarrollo de este antagonismo, personas que no tienen idea del papel revolucionario del proletariado; incluso gentes que presentan abiertamente proyectos burgueses, con tal de que en ellos aparezcan las palabras "economía monetaria", su "necesidad" y otras expresiones por el estilo, para reconocer a las cuales como especialmente marxistas hace falta todo el profundo ingenio del señor Mijailovski.

Pero Marx veía todo el valor de su teoría en que "por su misma esencia es una teoría crítica \* y revolucionaria". Y esta última cualidad es, en efecto, inherente al marxismo por entero y sin duda de ningún género, porque esta teoría se plantea directamente como tarea poner al descubierto todas las formas del antagonismo y de la explotación en la sociedad moderna, seguir su evolución, demostrar su carácter transitorio, la inevitabilidad de su conversión en otra forma distinta y servir así al proletariado, para que éste termine lo antes posible y con la mayor facilidad posible con toda explotación. La insuperable y sugestiva fuerza que atrae hacia esta teoría a los socialistas de todos los países, consiste precisamente en que une un rígido y supremo científicismo (siendo como es la última palabra de la ciencia social) al revolucionarismo, y los une no por casualidad, no sólo porque el fundador de la doctrina unía en sí personalmente las cualidades del científico y del revolucionario, sino que los une en la teoría misma con lazos internos e indisolubles. En efecto, como tarea de la teoría, como finalidad de la ciencia, se plantea directamente aquí el ayudar a la clase de los oprimidos en su lucha económica real.

Lenin, "Quiénes son los «amigos del pueblo» y cómo luchan contra los socialdemócratas", *ob. cit.*, t. I, pág. 347.

Simmel dice que la libertad es siempre la libertad respecto de algo, y allí donde la libertad no se concibe como algo opuesto a una

\* Obsérvese que Marx habla aquí de la crítica materialista, que es la única a la que considera científica, es decir, la crítica que compara los hechos político-jurídicos, sociales, de la vida diaria y otros con la economía, con el sistema de las relaciones de producción, con los intereses de las clases que inevitablemente se forman sobre el terreno de todas las relaciones sociales antagonicas. Que las relaciones rusas de producción son antagonicas, difícilmente habrá quien lo ponga en duda. Pero nadie ha intentado aún tomarlas como fundamento para una crítica semejante.

traba, deja de tener sentido. Esto, naturalmente, es cierto. Pero no es posible, fundándose en esta pequeña verdad elemental, refutar la tesis de que la libertad es la necesidad hecha conciencia, tesis que constituye uno de los descubrimientos más geniales del pensamiento filosófico. La definición de Simmel es muy estrecha: se refiere únicamente a la libertad no sujeta a trabas exteriores. Mientras se trate solamente de tales trabas, la identificación de la libertad con la necesidad sería en extremo ridícula: el ladrón no es libre de robarnos ni siquiera el pañuelo del bolsillo si se lo impedimos y en tanto que no ha vencido de uno u otro modo nuestra resistencia. Pero, además de esta noción elemental y superficial de la libertad, existe otra, incomparablemente más profunda. Para las personas incapaces de pensar de un modo filosófico, esta noción no existe en absoluto, y la gente capaz de pensar así alcanza esta noción únicamente cuando consigue desprenderse del dualismo y comprender que entre el sujeto, por un lado, y el objeto, por el otro, no existe en realidad el abismo que suponen los dualistas.

El subjetivista ruso opone sus ideales utópicos a nuestra realidad capitalista y no va más allá. Los subjetivistas se han quedado encharcados en el *dualismo*. Los ideales de los llamados "discípulos" rusos se parecen a la realidad capitalista incomparablemente menos que los ideales de los subjetivistas. A pesar de esto, los "discípulos" han sabido hallar un puente para unir los ideales con la realidad. Los "discípulos" se han elevado hasta el *monismo*. Según ellos, el capitalismo en su desarrollo conducirá a su propia negación y a la realización de los ideales de los "discípulos" rusos, y no sólo de los rusos. Es una *necesidad* histórica. El "discípulo" es un instrumento de esta necesidad y no puede dejar de serlo, tanto por su situación social como por su carácter intelectual y moral, creado por esta situación. Esto también es un *aspecto de la necesidad*. Pero, desde el momento en que su situación social ha formado en él precisamente este carácter y no otro, él no sólo sirve de instrumento a la necesidad, y no sólo no puede no servirle, sino que *apasionadamente quiere y no puede dejar de querer servirle*. Este es un *aspecto de la libertad*, una libertad surgida de la necesidad, o más exactamente, una libertad que se ha identificado con la necesidad, es la necesidad hecha libertad. Semejante libertad tam-

\* Nombre con que los marxistas figuraban en la literatura legal rusa de fines del siglo XIX, pues la censura zarista no permitía el uso de las palabras marxismo, socialismo, etc. (Ed.)

... es una libertad respecto de alguna traba; ella también se opone a una restricción de libertad: las definiciones profundas no refutan a las superficiales, sino que, completándolas, las abarcan. ¿Pero de qué se trata de que restricción de libertad puede, pues, tratarse en este caso? La cosa es clara; de las trabas morales que frenan la energía de los hombres que no se han despojado del dualismo; de las restricciones que constituyen un motivo de sufrimiento para aquellos que no han sabido tender un puente a través del abismo que separa los ideales de la realidad. En tanto que el individuo no ha conquistado esta libertad mediante un esfuerzo viril del pensamiento filosófico, no es aún plenamente dueño de sí mismo y con sus propios sufrimientos morales paga un tributo vergonzoso a la necesidad exterior con la que se enfrenta. Pero en cambio, apenas este mismo individuo se libera del pago de las trabas abrumadoras y oprobiosas, nace a una vida nueva, plena, desconocida hasta entonces, y su *libre* actividad se convierte en una expresión *conciente y libre* de la *necesidad*. El individuo se convierte en una gran fuerza social y ningún obstáculo podrá ya impedirle pensar con la furia de los dioses sobre la pérfida iniquidad.

J. Plejánov, "El papel del individuo en la historia", *Obras escogidas*, t. I, ed. Quetzal, Buenos Aires, 1964, págs. 434-435.

#### EL IDEAL MORAL

En este caso, no nos presentaremos al mundo como doctrinarios de un nuevo principio acabado de fabricar y diciendo: ¡He aquí la verdad, de rodillas ante ella! Damos al mundo nuevos principios, partiendo de sus propios principios. No le decimos al mundo: "deja de luchar, toda tu lucha es una bagatela", sino que le ofrecemos una auténtica consigna de lucha. Mostramos al mundo por qué cosa, exactamente, está luchando, y la conciencia es algo que el mundo *debe* adquirir, lo quiera o no.

Marx, "Cartas de *Deutschfranzösische Jahrbücher*". Marx y Engels, *Obras completas*, t. I, ed. cit., pág. 381.

Puesto que la *propiedad privada*, por ejemplo, no constituye una relación simple, y, mucho menos, un concepto o principio abstracto, sino todo el conjunto de las relaciones *burguesas* de producción (no se



trata aquí de la propiedad privada burguesa subordinada, que ya ha sucumbido sino de la que existe hoy); puesto que dichas relaciones burguesas de producción son relaciones de clase, cosa que cualquier discípulo de Adam Smith o Ricardo debe saber, la modificación o supresión de estas relaciones únicamente pueden operarse como consecuencia de una modificación de clases y de sus relaciones mutuas; en cuanto a la modificación de las relaciones entre las clases, es una modificación histórica, un producto de la actividad social en su conjunto, en una palabra, el producto de un determinado "movimiento histórico". Un escritor puede servir a este movimiento, siendo su portavoz, pero, por supuesto, no puede crearlo.

Así, por ejemplo, para explicar la supresión de las relaciones feudales de propiedad, los historiadores de la época tuvieron necesidad de mostrar el movimiento en el curso del cual la burguesía en formación alcanzó una fase lo bastante desarrollada como para poder suprimir todas las castas feudales y su propio y antiguo modo feudal de vida, y, por consiguiente, también las relaciones feudales de producción, en cuyo marco las castas feudales desarrollaban la producción. Así, la supresión de las relaciones feudales de propiedad y la creación de la sociedad burguesa moderna no fueron en absoluto el resultado de una doctrina que partía de un determinado principio teórico, como de un núcleo, y sacaba ulteriores deducciones. Por el contrario, los principios y teorías que formulaban los escritores burgueses en la época de la lucha entre la burguesía y el feudalismo no fueron otra cosa que la expresión teórica de un movimiento práctico; por otra parte es fácil descubrir con exactitud las formas más o menos utópicas, dogmáticas o doctrinarias que tomaba la expresión teórica, de acuerdo con la relación que tenía con las diversas fases, más o menos desarrolladas, del movimiento efectivo.

Marx, "La crítica moralizante y la moral crítica".  
Marx y Engels, *Obras completas*, t. IV, ed. cit.,  
págs. 318-319.

Los subjetivistas populistas hacen todo lo contrario: parten en sus razonamientos de los "ideales", sin pararse en absoluto a pensar que esos ideales no pueden ser sino cierto reflejo de la realidad, ni en que, por lo tanto, hay que comprobarlos con los hechos, hay que reducirlos a hechos. Por cierto, el populista no comprenderá, si no se le aclara, este último planteamiento. ¡Pero cómo! —dirá—. Los ideales deben

condenar los hechos, indicar qué se debe hacer para que cambien, comprobarlos, y no ser comprobados por ellos. Esto es lo que entiende el populista, habituado a perderse en las nubes, a resignarse con los hechos. Expliquemos nuestro pensamiento.

"El trabajo para otro" y la explotación engendrarán siempre, tanto en los explotados como en algunos representantes de la "intelectualidad", ideales contrarios a ese sistema.

Esos ideales encierran un gran valor para el marxista; basándose en ellos, y sólo en ellos, polemiza con el populista, y polemiza exclusivamente en torno de la formación de dichos ideales y de su realización.

Al populista le basta con registrar el hecho que engendra tales ideales, con indicar después la legitimidad de éstos desde el punto de vista de la "ciencia moderna y de las ideas morales contemporáneas" (sin comprender, por cierto, que esas "ideas contemporáneas" no son sino concesiones de la "opinión pública" de la Europa occidental a la nueva fuerza naciente) y con apelar luego a la "sociedad" y al "Estado": ¡garanticen, protejan, organicen!

El marxista parte del mismo ideal, pero no lo contrasta ni con "la ciencia moderna ni con las ideas morales contemporáneas";\* sino con las contradicciones de clase existentes, y por ello no lo formula como una reivindicación de la "ciencia", sino como la reivindicación de una determinada clase, como una reivindicación engendrada por determinadas relaciones sociales (que deben ser estudiadas objetivamente) y que sólo puede ser alcanzada de un modo determinado, en virtud de determinadas peculiaridades de esas relaciones. Si no se acoplan de este modo los ideales a los hechos, serán inocentes ilusiones sin ninguna probabilidad de que las masas los acepten y, por lo tanto, de verse realizados.

Lenin, "Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", *ob. cit.*, t. I, págs. 443-444.

¿Qué es un ideal? "El ideal, responde el filisteo, es un objetivo al que estamos moralmente obligados a aspirar, pero tan elevado que

\* En su libro *Herrn E. Dührings Umwälzung der Wissenschaft* (I subversión de la ciencia por el señor E. Dühring [*Anti-Dühring*] Ed.) Engel observa con admirable tino que comprobar el concepto no con el hecho que refleja, sino con otro concepto, copia de otro hecho, es un viejo método psicológico.

nunca lo alcanzaremos." De ello surge para él la agradable conciencia de que la "fe en un ideal" es compatible con proceder como se cree en la realidad. En la década del ochenta los oficiales "ideales" de la gendarmería que, cuando arrestaban a un "nihilista", aseguraban a éste que el socialismo es realmente una noble causa, que es imposible imaginar algo mejor, pero que es un ideal inalcanzable y que si se vive en la tierra es preciso pensar de modo "terrenal", lo que exige de ese oficial ideal de gendarmería que "busque y entregue" a un nihilista no menos ideal, y por eso "lo busque y lo entregue". Es evidente que los gendarmes mentían cuando hablaban de su aspiración a un "ideal". Pero veamos otro ejemplo. Nosotros, los populistas "legales" aspiraban con toda sinceridad a su propio "ideal". Veamos sin embargo qué resultó de esa sincera actitud. Su ideal social era un "pueblo" libre, que se desarrollara en forma independiente sin obstáculos de ninguna naturaleza por parte del gobierno y de las capas superiores. Tanto el gobierno como las capas superiores de la sociedad quedaban reducidos a la nada, se destruían por completo en el ideal populista. ¿Qué hicieron los populistas para realizar su ideal? A veces, simplemente, lloriqueaban por la disolución de los "principios" ("lloraban sobre las cifras", según Uspienski). Otras, aconsejaban al gobierno ampliar las parcelas de los campesinos y suavizar el yugo que se les impone. Con frecuencia —y éstos eran los más consecuentes y más intransigentes— "se sentaban en el suelo". Mas ello no acercaba la realidad rusa al ideal populista. He ahí por qué los populistas lloriqueaban, y no sólo por las cifras, sino por ellos mismos. Eran conscientes de la completa impotencia de los ideales que sustentaban. ¿Mas, cuál es el origen de esa impotencia? Las cosas son claras: *sus ideales no tenían vínculo orgánico alguno con la realidad*. Ésta marchaba apartada de los ideales, los cuales marchaban por su lado o, mejor dicho, no se movían de su sitio, "sentados en el suelo" con los señores populistas legales; por lo tanto, la distancia entre unos y otra iban en aumento, y los ideales perdían fuerza día a día. De tales ideales se burló, como es de suponer, Engels del mismo modo que lo había hecho Hegel. Pero en este caso la burla no iba dirigida a lo elevado de los ideales, sino a su *impotencia*, a su divorcio de la marcha general del movimiento ruso. Engels consagró su vida entera a un objetivo muy elevado: la liberación del proletariado. También tenía un "ideal", pero éste no estaba divorciado para siempre de la realidad. Su ideal era la propia realidad, pero la *realidad del mañana*, que no se realizaría por el hecho de que Engels fuera ideal, sino porque las características de la realidad

de hoy son tales, que de ella —por las leyes internas que le son inherentes— debe desarrollarse la realidad del mañana, a la cual puede llamarse el ideal de Engels. La gente poco instruida puede preguntarse: ¿todo depende de las propiedades de la realidad, ¿cuál es el papel de Engels, para qué interviene en el proceso histórico irreversible con sus ideales? ¿Acaso todo no se resolvería sin él? La posición de Engels, examinada *objetivamente*, se nos presenta así: en el proceso de tránsito de una de sus formas a la otra, la realidad se apoderó de él como de un arma necesaria para la revolución inminente. Desde el punto de vista *subjetivo*, resulta que a Engels le agrada participar en el movimiento histórico, que considera esa participación un deber y el gran objetivo de su vida. Las leyes del desarrollo social se realizan tan precisamente sin la intermediación humana, como las leyes de la naturaleza sin mediación de la materia. Pero ello no significa que la "*personalidad*" pueda hacer caso omiso de las leyes que rigen el desarrollo social. En el mejor de los casos, si lo hace, encontrará su castigo al verse en la ridícula situación de Don Quijote.

J. Plejánov, "Notas sobre el libro de Engels «Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana»", *Obras filosóficas escogidas*, t. I, ed. rusa, págs. 489-490.

La realidad económica sirve de criterio de un ideal. Así decían Marx y Engels y, basándose en ello, se recelaba de ellos, acusándoselos de cierto molchalínismo\* económico, de estar dispuestos a pisotear en el barro al económicamente débil y de hacerle también el caldo gordo al económicamente poderoso. La fuente de estas sospechas radicaba en una *interpretación metafísica* de lo que Marx y Engels entendían bajo las palabras de la *realidad económica*. Cuando un metafísico oye decir que un dirigente público debe apoyarse en la realidad, piensa que lo que le están aconsejando es hacer la paz con dicha realidad. Ignora que en toda realidad económica existen *elementos opuestos*, y que hacer la paz con la realidad significaría hacerla tan sólo con uno de sus elementos, con el que está imperando en el momento dado. Los dialécticos materialistas señalaron y siguen señalando al otro elemento, al que es hostil a la realidad, al elemento en *el que está madurando el futuro*.

\* *Molchalínismo*, sustantivo derivado del nombre de Molchalín, personaje de *La desgracia de tener ingenio*, de Griboiédov, que simboliza a un hombre zalamero, rastrero y acomodaticio. (Ed.)

Nosotros preguntamos, el apoyarse en *este* elemento, tomarlo como criterio de nuestros "ideales", ¿significa, acaso, entrar al servicio de los Kolupáiev y los Rasuváiev?

Pero si la realidad económica ha de ser el criterio del ideal, entiendo, entonces, que el criterio *moral* resulte insatisfactorio, debido no a que los sentimientos morales de los hombres merezcan ser menospreciados o descuidados, sino a que estos sentimientos aún no nos señalan la ruta correcta hacia el servicio de los intereses de nuestros vecinos. No basta que un médico compadezca la situación de su enfermo; debe tomar en cuenta la *realidad física* del organismo, apoyarse en ella para combatirla. Si al médico se le ocurriera darse por satisfecho con la indignación moral contra la enfermedad, se habría hecho merecedor del mayor escarnio. En este sentido fue como Marx había ridiculizado la "*crítica moralizante*" y la "*moral crítica*" de sus adversarios. Y éstos creían que se estaba burlando de la "*moralidad*".

J. Plejánov, "La concepción monista de la historia", *Obras escogidas*, t. I, ed. cit., pág. 178.

#### LA LUCHA POR EL COMUNISMO. EL CRITERIO DE LA MORAL COMUNISTA

##### *Tareas de las juventudes comunistas*

Discurso en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia, el 2 de octubre de 1920.

(Lenin es recibido por una calurosa ovación del Congreso.) Camaradas, quisiera hablarles hoy de las tareas fundamentales de la Unión de Juventudes Comunistas y, con este motivo, de lo que deben ser las organizaciones de la juventud en una república socialista en general.

Este problema merece tanto más nuestra atención cuanto que, en cierto sentido, puede decirse que es precisamente a la juventud a quien incumbe la verdadera tarea de crear la sociedad comunista. Pues es evidente que la generación de militantes educada bajo el régimen capitalista puede, en el mejor de los casos, resolver las tareas de destruir los cimientos de la vieja sociedad capitalista basada en la explotación. Lo más que podrá hacer será llevar a cabo las tareas de organizar un

social que ayude al proletariado y a las clases trabajadoras a tomar el poder en sus manos y crear una sólida base, sobre la que podrá edificar únicamente la generación que empieza a trabajar ya en condiciones nuevas, en una situación en la que no existen relaciones de explotación entre los hombres.

Pero bien, al abordar desde este punto de vista el problema de las tareas de la juventud, debo decir que las tareas de la juventud en general y de la Unión de Juventudes Comunistas y otras organizaciones comunistas en particular, podrían definirse en una sola palabra: aprender.

Pero claro está que esto no es más que "una palabra", que no responde a los interrogantes principales, a los más importantes: ¿qué y cómo aprender? Y en este problema lo esencial es que, con la transformación de la vieja sociedad capitalista, la enseñanza, la educación y la formación de las nuevas generaciones, destinadas a crear la sociedad comunista, no pueden seguir siendo lo que eran. Ahora bien, la enseñanza y la educación de la juventud deben partir de los materiales que nos ha legado la antigua sociedad.

No podemos edificar el comunismo si no es a partir de la suma de conocimientos, organizaciones e instituciones, con el acervo de medios y fuerzas humanas que hemos heredado de la vieja sociedad. Sólo transformando radicalmente la enseñanza, la organización y la educación de la juventud, conseguiremos que el resultado de los esfuerzos de la joven generación sea la creación de una sociedad que no se parece a la antigua, es decir, de la sociedad comunista.

Por ello debemos examinar en detalle qué debemos enseñar a la juventud y cómo debe aprender ésta si quiere merecer realmente el nombre de juventud comunista, cómo hay que prepararla para que pueda terminar y coronar la obra que nosotros hemos comenzado.

Debo decir que la primera respuesta y la más natural parece ser que la Unión de Juventudes, y en general toda la juventud que quiera el advenimiento del comunismo, tiene que aprender el comunismo.

Pero esta respuesta, "aprender el comunismo", es demasiado general. ¿Qué hay que hacer para aprender el comunismo? De entre la suma de conocimientos generales, ¿qué es lo que hay que escoger para adquirir la ciencia del comunismo? Aquí nos amenazan una serie de peligros, que surgen por doquier en cuanto se plantea mal la tarea de aprender el comunismo o cuando se entiende de una manera demasiado unilateral.

A primera vista, naturalmente, parece que aprender el comunismo es asimilar el conjunto de los conocimientos expuestos en los manuales,

folletos y trabajos comunistas. Pero esta definición sería demasada burda e insuficiente.

Si el estudio del comunismo consistiera únicamente en saber lo que dicen los trabajos, libros y folletos comunistas, esto nos daría únicamente exégetas y fanfarrones comunistas, lo que muchas veces nos causaría daño y perjuicio, porque estos hombres, después de haber leído mucho y aprendido lo que se expone en los libros y folletos comunistas, serían incapaces de coordinar todos estos conocimientos y de obrar como realmente exige el comunismo.

Uno de los mayores males, una de las peores calamidades que nos ha dejado en herencia la antigua sociedad capitalista, es un completo divorcio entre el libro y la vida práctica, pues teníamos libros en los que todo estaba expuesto en forma perfecta, pero en la mayoría de los casos no eran sino una repugnante e hipócrita mentira, que nos pintaba un cuadro falso de la sociedad comunista. Por eso sería una gran equivocación limitarse a aprender el comunismo simplemente de lo que dicen los libros.

Nuestros discursos y artículos de ahora no son simplemente repetición de lo que antes se ha dicho sobre el comunismo, porque están ligados a nuestro trabajo cotidiano en todos los terrenos. Sin trabajar sin lucha, el conocimiento libresco del comunismo, adquirido en folletos y obras comunistas, no tiene absolutamente ningún valor, porque no haría más que continuar el antiguo divorcio entre la teoría y la práctica, que era el más repugnante rasgo de la vieja sociedad burguesa.

El peligro sería mucho mayor todavía, si quisiéramos aprender solamente las consignas comunistas. Si no comprendiéramos a tiempo la importancia de este peligro, si no hiciéramos toda clase de esfuerzo por evitarlo, la existencia de medio millón o de un millón de jóvenes de ambos sexos, que después de semejante estudio del comunismo se llamasen comunistas, causaría un gran perjuicio a la causa del comunismo.

Se nos plantea, pues, la cuestión de cómo debemos coordinar todo esto para aprender el comunismo. ¿Qué debemos tomar de la vieja escuela, de la vieja ciencia?

La vieja escuela declaraba que quería crear hombres instruidos en todos los dominios y que enseñaba las ciencias en general. Ya sabemos que esto era pura mentira, puesto que toda la sociedad se basaba y cimentaba en la división de los hombres en clases, en explotadores y explotados. Como es natural, toda la vieja escuela, saturada de espíritu de clase, no daba conocimientos más que a los hijos de la burguesía. Cada una de sus palabras estaba adaptada a los intereses de la burguesía.

En estas escuelas, más que educar a los jóvenes obreros y campesinos, los preparaban para mayor provecho de esa misma burguesía. Se los educaba con el fin de formar servidores útiles, capaces de aumentar los beneficios de la burguesía, sin turbar su ociosidad y riesgo. Por eso, al condenar la antigua escuela, nos hemos propuesto eliminar de ella únicamente lo que nos es necesario para lograr una verdadera educación comunista.

Y ahora voy a tratar de las censuras, de los reproches que se dirigen por lo común a la escuela antigua y que conducen muchas veces a interpretaciones enteramente falsas.

Se dice que la vieja escuela era una escuela libresca, una escuela de adiestramiento autoritario, una escuela de enseñanza memorista. Esto es cierto, pero hay que saber distinguir en la vieja escuela, lo malo de lo útil, hay que saber escoger lo indispensable para el comunismo.

La vieja escuela era libresca, obligaba a almacenar una masa de conocimientos inútiles, superfluos, muertos, que atiboraban la cabeza y trasformaban a la generación joven en un ejército de funcionarios cortados todos por el mismo patrón. Pero concluir de ello que se puede ser comunista sin haber asimilado el tesoro de conocimientos acumulado por la humanidad, sería cometer un enorme error. Nos equivocariamos si pensáramos que basta con saber las consignas comunistas, las conclusiones de la ciencia comunista, sin haber asimilado la suma de conocimientos de los que es consecuencia el comunismo.

El marxismo es un ejemplo de cómo el comunismo ha resultado de la suma de conocimientos adquiridos por la humanidad.

Ya habrán ustedes leído y oído que la teoría comunista, la ciencia comunista, creada principalmente por Marx, que esta doctrina del marxismo ha dejado de ser obra de un solo socialista, bien es verdad que genial, del siglo XIX, para trasformarse en la doctrina de millones y decenas de millones de proletarios del mundo entero, que se inspiran en ella en su lucha contra el capitalismo.

Y si preguntan ustedes por qué ha podido esta doctrina de Marx conquistar millones y decenas de millones de corazones en la clase más revolucionaria, se les dará una sola respuesta: porque Marx se apoyaba en la sólida base de los conocimientos humanos adquiridos bajo el capitalismo. Al estudiar las leyes del desarrollo de la sociedad humana, Marx comprendió el carácter inevitable del desarrollo del capitalismo, que conduce al comunismo, y —esto es lo esencial— lo

demonstró basándose exclusivamente en el estudio más exacto, detallado y profundo de dicha sociedad capitalista, asimilando plenamente todo lo que la ciencia había dado hasta entonces.

Todo lo que había creado la sociedad humana lo analizó Marx en un espíritu crítico, sin desdeñar un solo punto. Todo lo que había creado el pensamiento humano, lo analizó, lo sometió a la crítica, lo comprobó en el movimiento obrero; formuló luego las conclusiones que los hombres, encerrados en los límites estrechos del marco burgués o encadenados por los prejuicios burgueses, no podían extraer.

Esto hay que tenerlo en cuenta cuando hablamos, por ejemplo, de la cultura proletaria. Si no nos damos perfecta cuenta de que sólo se puede crear esta cultura proletaria conociendo exactamente la cultura que ha creado la humanidad en todo su desarrollo y trasformándola, si no nos damos cuenta de esto, jamás podremos resolver este problema.

La cultura proletaria no surge de fuente desconocida, no brota del cerebro de los que se llaman especialistas en la materia. Sería absurdo creerlo así. La cultura proletaria tiene que ser el desarrollo lógico del acervo de conocimientos conquistados por la humanidad bajo el yugo de la sociedad capitalista, de la sociedad de los terratenientes y los burócratas.

Estos son los caminos y los senderos que han conducido y continúan conduciendo hacia la cultura proletaria, del mismo modo que la economía política, trasformada por Marx, nos ha demostrado a dónde tiene que llegar la sociedad humana, nos ha indicado el paso a la lucha de clases, al comienzo de la revolución proletaria.

Cuando con frecuencia oímos, tanto a algunos representantes de la juventud como a ciertos defensores de los nuevos métodos de enseñanza, atacar la vieja escuela diciendo que sólo hacía aprender de memoria los textos, les respondemos que, sin embargo, es preciso tomar de esta vieja escuela todo lo que tenía de bueno.

No hay que imitarla sobrecargando la memoria de los jóvenes con un peso desmesurado de conocimientos, inútiles en sus nueve décimas partes y desvirtuados el resto; pero de aquí no se sigue en modo alguno que podamos contentarnos con conclusiones comunistas y limitarnos a aprender de memoria consignas comunistas. De este modo no llegaríamos jamás al comunismo. Para llegar a ser comunista, hay que enriquecer indefectiblemente la memoria con los conocimientos que enriquecer indefectiblemente la humanidad.

No queremos una enseñanza mecánica, pero necesitamos desarro-

perfeccionar la memoria de cada estudiante dándole hechos esenciales porque el comunismo sería una vaciedad, quedaría reducido a una fachada vacía, el comunista no sería más que un fanfarrón, si no aprendiese y asimilase todos los conocimientos adquiridos. No sólo se amontonar en el cerebro un farrago inútil, sino de enriquecerlo con el conocimiento de todos los hechos, sin los cuales no es posible ser un hombre culto en la época en que vivimos.

El comunista que se vanagloriase de serlo, simplemente por haber recibido conclusiones ya establecidas, sin haber realizado un trabajo serio, difícil y grande, sin analizar los hechos frente a los que está obligado a adoptar una actitud crítica, sería un comunista lamentable. Nada podría ser tan funesto como una actitud tan superficial. Si sé poco, me esforzaré por saber más, pero si un hombre dice que es comunista y que no tiene necesidad de conocimientos sólidos, jamás aprenderá de él nada que se parezca a un comunista.

La vieja escuela forjaba los servidores necesarios para los capitalistas; de los hombres de ciencia hacia personas obligadas a escribir y hablar al gusto de los capitalistas. Eso quiere decir que debemos suprimirla. Pero si debemos suprimirla, destruirla, ¿quiere esto decir que no debemos tomar de ella todas las cosas necesarias que ha acumulado la humanidad? ¿Quiere decir que no sabemos distinguir entre lo que necesitaba el capitalismo y lo que necesita el comunismo?

En lugar del adiestramiento impuesto por la sociedad burguesa contra la voluntad de la mayoría, nosotros colocamos la disciplina conciente de los obreros y campesinos, que, a su odio contra la vieja sociedad, unen la decisión, la capacidad y el deseo de unificar y organizar sus fuerzas para esta lucha, con el fin de crear, con millones y decenas de millones de voluntades aisladas, divididas, dispersas en la inmensa extensión de nuestro país, una voluntad única, porque sin ella seremos inevitablemente vencidos. Sin esta cohesión, sin esta disciplina conciente de los obreros y de los campesinos, nuestra causa es una causa perdida. Sin ellas seremos incapaces de derrotar a los capitalistas y terratenientes del mundo entero. No sólo no llegaríamos a construir la nueva sociedad comunista, sino ni siquiera asentar sólidamente sus cimientos.

Así, a pesar de condenar la vieja escuela, a pesar de alimentar contra ella un odio absolutamente legítimo y necesario, a pesar de apreciar el deseo de destruirla, debemos comprender que hay que sustituir la antigua escuela libresca, la enseñanza memorista y el ante-

rior adiestramiento autoritario, por el arte de asimilar toda la suma de los conocimientos humanos, y de asimilarlos de modo que el comunismo sea para ustedes, no algo aprendido de memoria, sino algo pensado por ustedes mismos, y cuyas conclusiones se impongan desde el punto de vista de la educación moderna.

Así es como hay que plantear las tareas fundamentales, cuando se habla de aprender el comunismo.

Para explicarles cómo se deben aprender los problemas del mundo, tomaré un ejemplo práctico. Todos saben que ahora, inmediatamente después de los problemas militares, después de las tareas de la defensa de la República, surge ante nosotros el problema económico.

Sabemos que es imposible edificar la sociedad comunista sin restaurar la industria y la agricultura, pero que no se trata de restaurarlas en su forma antigua. Hay que restaurarlas conforme con la última palabra de la ciencia, sobre una base moderna. Ustedes saben que esta base es la electricidad; que sólo el día en que todo el país, todas las ramas de la industria y de la agricultura estén electrificadas, el día en que realicen esta tarea, sólo entonces podrán edificar, para ustedes, la sociedad comunista que no podía edificar la generación anterior.

La tarea que les corresponde es restablecer la economía de todo el país, reorganizar y restaurar la agricultura y la industria sobre una base técnica moderna, fundada en la ciencia moderna, la técnica, la electricidad.

Ya comprenderán que la electrificación no puede ser obra de ignorantes, y que en esto harán falta algo más que nociones rudimentarias. No basta con comprender lo que es la electricidad; hay que saber cómo aplicarla técnicamente a la industria y a la agricultura y a cada una de sus ramas. Todo esto tenemos que aprenderlo nosotros mismos, y hay que enseñárselo a toda la nueva generación trabajadora.

Esto es lo que debe hacer todo comunista conciente, todo joven que se estime comunista y se dé clara cuenta de que, por el hecho de ingresar en la Unión de Juventudes Comunistas, se ha comprometido a ayudar a nuestro partido a construir el comunismo y a ayudar a toda la joven generación a crear la sociedad comunista. Debe comprender que esto sólo será posible sobre la base de la instrucción moderna y que si no posee esta instrucción, el comunismo será un simple anhelo.

El papel de la generación precedente consistía tan sólo en derribar a la burguesía. Criticar a la burguesía, desarrollar en las masas el sentimiento de odio contra ella, desarrollar la conciencia de clase, saber agrupar sus fuerzas, eran entonces las tareas esenciales,

La nueva generación tiene ante sí una tarea más compleja. El deber de ustedes no es sólo el de reunir sus fuerzas para apoyar el poder de los obreros y campesinos contra la invasión de los capitalistas. Eso lo tienen que hacer. Lo han comprendido admirablemente, lo ven con claridad todo comunista. Pero no basta con esto.

Ustedes tienen que edificar la sociedad comunista. La primera parte del trabajo ha sido ya realizada en muchos terrenos. El antiguo régimen fue destruido como era preciso hacerlo; ya no es más que un montón de ruinas, que es a lo que debía quedar reducido. El terreno se encuentra ya desbrozado y, sobre este terreno, la nueva generación comunista debe ahora edificar la sociedad comunista.

La tarea de ustedes es la edificación, y sólo podrán resolverla cuando hayan dominado toda la ciencia moderna, cuando sepan trasladar el comunismo, de fórmulas hechas y aprendidas de memoria, recetas, directivas y programas, en esa realidad viva que exige toda su unidad al trabajo inmediato; cuando sepan hacer del comunismo la guía de todo el trabajo práctico.

Esta es la tarea que no deben perder de vista cuando quieran construir, educar y arrastrar a toda la joven generación. Tienen que ser los primeros constructores de la sociedad comunista, entre los millones de constructores que deben ser los jóvenes de ambos sexos.

Si no incorporan a esta edificación del comunismo a toda la masa de la juventud obrera y campesina, no construirán la sociedad comunista.

Y llego ahora, naturalmente, a la cuestión de cómo debemos enseñar el comunismo y cuál debe ser el carácter peculiar de nuestros métodos.

Me detendré ante todo en el problema de la moral comunista.

Tienen ustedes que educarse como comunistas. La tarea de la Unión de Juventudes consiste en organizar su actividad práctica de modo que al estudiar, organizarse, unirse y luchar, dicha juventud tenga su educación de comunistas y la de todos los que la reconocen como su guía. Toda la educación, toda la enseñanza y toda la formación de la juventud contemporánea deben contribuir a educarla en el espíritu de la moral comunista.

¿Pero existe una moral comunista? ¿Existe una ética comunista? Es evidente que sí. Se pretende muchas veces que nosotros no tenemos nuestra moral propia, y la burguesía nos acusa con frecuencia, a nosotros, comunistas, diciendo que negamos toda moral. Es una forma

como cualquier otra de embrollar las ideas y de arrojar tierra a los ojos de los obreros y de los campesinos.

¿En qué sentido negamos la moral y la ética?

La negamos en el sentido en que la ha predicado la burguesía deduciéndola de los mandamientos de dios. Claro está que nosotros decimos que no creemos en dios, y sabemos muy bien que el zar, los terratenientes y la burguesía hablaban en nombre de dios para defender sus intereses de explotadores. O bien, en lugar de tomar como punto de partida de la moral los dictados de la ética, los mandamientos de dios, partían de frases idealistas o semidealistas que, en definitiva, se parecían extraordinariamente a los mandamientos de dios.

Nosotros negamos toda esa moralidad tomada de concepciones al margen de la naturaleza humana, al margen de las clases. Decimos que eso es engañar, embaucar a los obreros y campesinos, y nublar los cerebros, en provecho de los terratenientes y capitalistas.

Decimos que nuestra moralidad está enteramente subordinada a los intereses de la lucha de clase del proletariado. Nuestra ética tiene por punto de partida los intereses de la lucha de clase del proletariado.

La antigua sociedad estaba fundada en la opresión de todos los obreros y de todos los campesinos por los terratenientes y capitalistas. Necesitábamos destruirla, necesitábamos derribar a estos opresores, para ello había que hacer la unión. No era dios quien podía crear esta unión.

Esta unión no podía venir más que de las fábricas, de un proletariado unido, arrancado de su viejo letargo. Solamente cuando se constituyó esta clase comenzó el movimiento de las masas que condujo a lo que vemos hoy: al triunfo de la revolución proletaria en uno de los países más débiles, que se está defendiendo desde hace tres años contra el embate de la burguesía de todo el mundo.

Vemos crecer en todo el mundo la revolución proletaria, ahora decimos, fundándonos en la experiencia, que únicamente el proletariado ha podido crear una fuerza tan coherente, a la que sigue la clase campesina dispersa y fragmentada, y que ha sido capaz de resistir todas las acometidas de los explotadores. Sólo esta clase puede ayudar a las masas trabajadoras a unirse, a agruparse, a hacer triunfar y consolidar definitivamente, a coronar, en definitiva, la construcción de la sociedad comunista.

Por eso decimos que, para nosotros, la moralidad considerada fuera de la sociedad humana no existe, es un engaño. Para nosotros,

la moral está subordinada a los intereses de la lucha de clase del proletariado.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta lucha de clase? En derribar al zar, en derribar a los capitalistas, en aniquilar a la clase capitalista.

¿Qué son las clases en general? Es lo que permite a una parte de la sociedad apropiarse del trabajo de la otra.

Si una parte de la sociedad se apropia de todo el suelo, tenemos la clase de los terratenientes y la de los campesinos. Si una parte de la sociedad posee fábricas, las acciones y los capitales, mientras que la otra trabaja en esas fábricas, tenemos la clase de los capitalistas y la de los proletarios.

No fue difícil desembarazarse del zar: bastaron algunos días. No fue muy difícil echar a los terratenientes: pudimos hacerlo en algunos meses. Tampoco fue muy difícil echar a los capitalistas.

Pero suprimir las clases es infinitamente más difícil; subsiste aún la división en obreros y campesinos. En cuanto un campesino instalado en una parcela de tierra se apropia del trigo sobrante, es decir, trigo que no es indispensable para él ni para su ganado, mientras los demás carecen de pan, se convierte ya en un explotador. Cuando más trigo retiene, más gana, y nada le importa que los demás tengan hambre: "Cuanto más hambre tengan, más caro venderé el trigo".

Es preciso que todos trabajen con un plan común, en un suelo común, en fábricas comunes y conforme con normas comunes. ¿Es esto fácil de realizar? Ya ven ustedes mismos que es más difícil solucionar esto que echar al zar, a los terratenientes y a los capitalistas. Para eso es preciso que el proletariado transforme, reduzca a una parte de los campesinos y atraiga a su lado a los campesinos trabajadores, con el fin de quebrar la resistencia de los campesinos ricos que lucran con la miseria de los demás.

Resulta, pues, que la lucha del proletariado está lejos de haber terminado después de haber derribado al zar y expulsado a los terratenientes y a los capitalistas; justamente el llevarla a término es el objetivo del régimen al que llamamos dictadura del proletariado.

La lucha de clases continúa, sólo ha cambiado de forma. Es la lucha de clase del proletariado que tiene por objeto impedir el regreso de los antiguos explotadores y unir en un todo a la dispersa e ignorante masa campesina. La lucha de clases continúa y es nuestro deber subordinarle todos los intereses.

Por eso le subordinamos nuestra moralidad comunista. Decimos:

es moral lo que sirve para destruir la antigua sociedad para agrupar a todos los trabajadores alrededor del proletariado de la nueva sociedad comunista.

La moral comunista es la que sirve para esta lucha, la que sirve a los trabajadores contra toda explotación y contra toda propiedad, porque la pequeña propiedad entrega a un individuo ha sido creado por el trabajo de toda la sociedad.

La tierra es considerada entre nosotros como propiedad común. ¿Qué ocurre si de esta propiedad común tomo una parte, si en ella dos veces más trigo del que necesito, si especulo con el excedente de la cosecha, si calculo que cuanto más hambre padezcan los demás, más caro me pagarán? ¿Obro entonces como un comunista? No, obro como explotador, como propietario. Contra esto necesitamos luchar, contra las cosas continuasen así, volveríamos al pasado, a caer bajo el poder de los capitalistas y de la burguesía, como ha ocurrido más de una vez en las revoluciones anteriores. Para evitar que se restaure el poder de los capitalistas y de la burguesía debemos prohibir el mercantilismo, debemos impedir que unos individuos se enriquezcan a costa de los demás. Para esto es necesario que todos los trabajadores se sumen a la causa y instauren la sociedad comunista. En esto consiste precisamente la característica esencial de la tarea más importante de la Unión de Juventudes Comunistas.

La antigua sociedad se basaba en el siguiente principio: si yo exploro a tu prójimo o te saquea él; trabajas para otro, u otro trabaja para ti eres esclavista o esclavo. Es natural que los hombres educados en semejante sociedad asimilen, por así decirlo con la leche materna, la psicología, la costumbre, la idea de que no hay más que amo o esclavo, o pequeño propietario, pequeño empleado, pequeño funcionario intelectual; en una palabra, hombres que se ocupan exclusivamente de sí mismos sin pensar en los demás.

Si yo exploto mi parcela de tierra, poco me importan los demás; si alguien tiene hambre, tanto mejor: venderé más caro mi trigo. Si tengo mi puestecito de médico, de ingeniero, de maestro o de empleado, ¿qué me importan los demás? Si me arrastro ante los poderosos es posible que conserve mi puesto y a lo mejor pueda hacer carrera y llegar a burgués. Esta psicología, esta mentalidad, no pueden existir en un comunista.

Cuando los obreros y campesinos demostraron que somos capaces con nuestras propias fuerzas de defendernos y de crear una nueva sociedad, en ese mismo momento nació la nueva educación comunista.

educación creada en la lucha contra los explotadores y en alianza con el proletariado, contra los egoístas y los pequeños propietarios, contra el estado de espíritu y esas costumbres que dicen: "Yo busco mi propio beneficio y lo demás no me interesa".

He aquí la respuesta a la pregunta de cómo se debe enseñar el comunismo a la joven generación.

Sólo ligando cada paso de esa instrucción, de su educación y de su formación a la lucha incesante de los proletarios y de los trabajadores contra la antigua sociedad de los explotadores puede esta generación aprender el comunismo. Cuando se nos habla de moral, debemos: para un comunista toda la moral reside en esta disciplina colectiva y unida, y en esta lucha conciente de las masas contra los explotadores. No creemos en la moral eterna, denunciamos la mentira de todas las leyendas forjadas en torno de la moral. La moral sirve para que la sociedad humana se eleve a mayor altura, para que se desembarace de la explotación del trabajo.

Para alcanzar este fin necesitamos de la joven generación que comenzó a convertirse en hombres concientes en las condiciones de la vida disciplinada y encarnizada contra la burguesía. En esta lucha, la juventud formará verdaderos comunistas; a esta lucha debe ligar y subordinar, en todo momento, su instrucción, educación y formación. La educación de la juventud comunista no debe consistir en ofrecerle discursos dulzones de toda clase y reglas de moralidad. No, no es ésta la educación. Cuando un hombre ha visto a sus padres vivir bajo el pago de los terratenientes y de los capitalistas, cuando ha participado él mismo en los sufrimientos de los que iniciaron la lucha contra los explotadores, cuando ha visto los sacrificios que cuesta la continuación de esta lucha y la defensa de lo conquistado, y cuán furiosos enemigos son los terratenientes y los capitalistas, ese hombre, en ese ambiente, se educa como comunista. La base moral comunista está en la lucha por consolidar y llevar a su término el comunismo. Igual base tienen la educación, formación y enseñanza comunistas. Esta es la respuesta a la pregunta de cómo hay que aprender el comunismo.

No creeríamos en la enseñanza, en la educación ni en la formación, si éstas fuesen relegadas al fondo de las escuelas y separadas de las tormentas de la vida. Mientras los obreros y los campesinos estén oprimidos por terratenientes y capitalistas, mientras las escuelas sigan en manos de los terratenientes y capitalistas, la joven generación seguirá ciega e ignorante. Nuestras escuelas deben dar a los jóvenes los fundamentos de la ciencia, deben ponerlos en condiciones de for-



jarse ellos mismos una mentalidad comunista, deben hacer de hombres cultos. En el tiempo que pasan en la escuela, ésta debe hacer de ellos participantes en la lucha por la liberación del país de los explotadores.

La Unión de Juventudes Comunistas tan sólo será digna de este título de unión de la joven generación comunista, cuando tome toda su instrucción, su educación y formación con la parte que debe tomar en la lucha común de todos los trabajadores contra los explotadores. Porque saben ustedes perfectamente que mientras Rusia sea la única república obrera, y en tanto que en el resto del mundo subsista el antiguo régimen burgués, somos más débiles que ellos, y constantemente nos amenazan nuevos ataques, y que sólo aprendiendo a mantener entre nosotros la cohesión y la unidad triunfaremos en las luchas futuras, y, después de habernos fortalecido, nos haremos verdaderamente invencibles. Por lo tanto, ser comunista significa organizar y unir a toda la joven generación, dar ejemplo de educación y de disciplina en esta lucha. Entonces podrán ustedes emprender y llevar a cabo la edificación de la sociedad comunista.

He aquí un ejemplo que les hará entender mejor la cosa. Nosotros nos llamamos comunistas. ¿Qué significa la palabra comunista? "Comunista" viene de la palabra latina *communis*, que significa común. La sociedad comunista es la comunidad de todo: del suelo, de las fábricas, del trabajo. Esto es el comunismo.

¿Puede haber trabajo común si los hombres explotan cada uno su propia parcela? La comunidad del trabajo no se crea de repente. Es imposible. No cae del cielo. Hay que lograrla tras largos esfuerzos, tras largos sufrimientos, hay que crearla, y esto se crea en el curso de la lucha. No se trata aquí de un libro viejo, nadie hubiera creído en un libro. Se trata de la experiencia personal vivida. Cuando Kolchak y Denikin avanzaban contra nosotros, procedentes de Siberia y del resto de los campesinos estaban a su favor. El bolchevismo no les gustaba, pero que los bolcheviques les quitaban el trigo a los precios establecidos. Pero después de haber sufrido en Siberia y en Ucrania el poder de Kolchak y de Denikin los campesinos reconocieron que no podían elegir más que entre dos caminos: o volver al capitalismo, que los convertiría de nuevo en esclavos de los terratenientes, o seguir a los obreros que, por cierto, no prometen el oro y el moro y que exigen una disciplina de hierro y una firmeza indomable en la dura lucha, pero que los liberan de la esclavitud de los capitalistas y de los terratenientes.

Cuando incluso los campesinos sumidos en la ignorancia lo comprendieron y sintieron por su propia experiencia, después de esta dura experiencia, se hicieron partidarios concientes del comunismo. Esta misma experiencia es la que la Unión de Juventudes Comunistas debe tomar como base de toda su actividad.

He respondido ya a los puntos: qué debemos aprender y qué es lo que debemos tomar de la vieja escuela y de la antigua ciencia. Trataré también de contestar a la cuestión de cómo aprender esto: sólo ligando indisolublemente y en todo momento la instrucción, la educación y la formación de la juventud a la lucha de todos los trabajadores contra los explotadores.

Con algunos ejemplos, extraídos de la experiencia del trabajo de ciertas organizaciones de la juventud, quisiera mostrarles ahora, con la máxima claridad, cómo debe hacerse la educación del comunismo.

Todo el mundo habla de la liquidación del analfabetismo. Como saben, en un país de analfabetos es imposible construir una sociedad comunista. No basta con que el poder de los soviets dé una orden, o que el partido lance una consigna, o que determinado contingente de los mejores militantes se dedique a esta tarea. Es preciso que la joven generación ponga también manos a la obra.

El comunismo consiste en que la juventud, los muchachos y muchachas pertenecientes a la Unión de Juventudes se digan: he aquí el trabajo que nosotros debemos realizar; nos agruparemos e iremos a todos los pueblos a liquidar el analfabetismo, para que la próxima generación no tenga analfabetos. Aspiramos a que toda la iniciativa de la juventud en formación se dedique a esta obra.

Ustedes saben que es imposible transformar rápidamente la Rusia ignorante e iletrada en una Rusia instruida; pero si la Unión de Juventudes pone en ello su empeño, si toda la juventud trabaja para el bienestar de todos, los 400.000 jóvenes que la componen tendrán el derecho de llamarse Unión de Juventudes Comunistas. Otra de sus misiones es, después de haber asimilado uno u otro conocimiento, la de ayudar a los jóvenes que no han podido desembarazarse por sí mismos de las tinieblas de la ignorancia.

Ser miembro de la Unión de Juventudes de Comunistas es poner su trabajo y su inteligencia al servicio de la causa común. En esto consiste la educación comunista. Sólo por este trabajo se convierten un joven o una muchacha en verdaderos comunistas. Sólo si obtienen en esta labor resultados prácticos, llegarán a ser comunistas.

Tomen, por ejemplo, el trabajo en las huertas suburbanas. ¿No

es ésta una obra de primerísima importancia? Esta es una de las tareas de la Unión de Juventudes Comunistas. El pueblo pasa hambre. Para salvarnos del hambre es preciso desarrollar la horticultura, pero la agricultura se hace a la antigua. Y ahora, es preciso que los elementos más concientes pongan manos a la obra, y verán ustedes entonces crecer el número de huertas, aumentar su superficie, mejorar el rendimiento. En este trabajo debe participar activamente la Unión de Juventudes Comunistas. Cada una de sus organizaciones o células debe ver en esto su deber inmediato.

La Unión de Juventudes Comunistas debe ser el grupo de choque que en todos los terrenos aporte su ayuda y manifieste su iniciativa, su espíritu de empresa. La Unión debe ser tal, que todos los obreros vean en sus miembros gente cuya doctrina les sea tal vez incomprensible, en cuyas ideas no crean tal vez inmediatamente, pero cuyo trabajo real y cuya actividad muestren que son ellos los que indican el verdadero camino.

Si la Unión de Juventudes Comunistas no sabe organizar así su labor en todos los terrenos, es que se desvía hacia el antiguo camino burgués.

Necesitamos ligar nuestra educación a la lucha de los trabajadores contra los explotadores, con el fin de ayudar a los primeros a resolver los problemas derivados de la doctrina comunista.

Los miembros de las juventudes comunistas deben consagrar todas sus horas de ocio a mejorar el cultivo en las huertas, a organizar en una fábrica cualquiera la instrucción de la juventud, etc. De nuestra Rusia pobre y miserable queremos hacer un país rico. Y es preciso que la Unión de Juventudes Comunistas una su formación, su instrucción y su educación a la labor de los obreros y de los campesinos, y que no se encierre en sus escuelas ni se limite a leer los libros y folletos comunistas. Sólo trabajando con los obreros y los campesinos se puede llegar a ser un verdadero comunista. Es preciso que todos vean que cualquiera de los miembros de las juventudes comunistas es instruido, y que al mismo tiempo sabe trabajar. Cuando todos vean que hemos eliminado de la antigua escuela la vieja férula, que la hemos remplazado por una disciplina conciente, que todos nuestros jóvenes participan en los sábados comunistas, que utilizan los huertos suburbanos para ayudar a la población, empezarán a considerar el trabajo de otro modo que antes.

Los miembros de las juventudes comunistas deben, en su pueblo y en su barrio, aportar su contribución, por ejemplo —un pequeño

ejemplo— al mantenimiento de la limpieza o a la distribución de víveres. ¿Cómo se hacían las cosas en la vieja sociedad capitalista? Cada uno trabajaba sólo para sí, nadie se ocupaba de si había ancianos o enfermos, o si todos los quehaceres de la casa recaían sobre una mujer, que por ello estaba esclavizada y aplastada. ¿Quién tiene el deber de luchar contra todo esto? La Unión de Juventudes Comunistas, que debe decir: nosotros transformaremos esto, organizaremos destacamentos de jóvenes que ayudarán en los trabajos de limpieza, en la distribución de víveres, recorriendo sistemáticamente las casas, y trabajarán en forma organizada para el bien de toda la sociedad, repartiendo con acierto las fuerzas y demostrando que el buen trabajo es el trabajo organizado.

La generación que tiene ahora unos 50 años, no puede pensar en ver la sociedad comunista. Habrá muerto antes. Pero la generación que tiene hoy 15 años, verá la sociedad comunista y será ella la que la construya. Y debe saber que la construcción de esta sociedad es la misión de su vida. En la antigua sociedad el trabajo se hacía por familias aisladas y nadie lo coordinaba, como no fuesen los terratenientes y los capitalistas, opresores de la masa del pueblo. Nosotros debemos organizar todos los trabajos, por sucios y duros que sean, de suerte que cada obrero, cada campesino se diga: yo soy una parte del gran ejército del trabajo libre y sabré, sin terratenientes y sin capitalistas, organizar mi vida, sabré instaurar el régimen comunista. Es preciso que la Unión de Juventudes Comunistas eduque a todos, desde la edad temprana, en el trabajo conciente y disciplinado. Sólo entonces podremos esperar que los objetivos que nos proponemos sean alcanzados: Debemos tener en cuenta que hacen falta por lo menos diez años para electrificar el país, para que nuestra tierra arruinada pueda aprovechar las últimas conquistas de la técnica. Pues bien, la generación que tiene hoy 15 años y que de aquí a diez o veinte vivirá en una sociedad comunista, debe organizar su educación de manera que cada día, en cada pueblo o ciudad, la juventud resuelva prácticamente una tarea de trabajo colectivo, por minúsculo, por simple que sea. A medida que esto se realice en cada uno de los pueblos, a medida que se desarrolle la emulación comunista, a medida que la juventud muestre que sabe unir sus esfuerzos, quedará asegurado el éxito de la edificación comunista. Sólo considerando cada uno de sus actos desde el punto de vista de este éxito, sólo preguntándose constantemente si lo hemos hecho todo para llegar a ser trabajadores unidos y concientes, sólo a través de este largo proceso agrupará la

Unión de Juventudes Comunistas el medio millón de sus miembros en un gran ejército de trabajo y merecerá el respeto general. (Véase *aplausos*.)

Lenin, "Tareas de las juventudes comunistas", *cit.*, t. XXXI, págs. 270-286.

La inmensa mayoría de la población, en cualquier país capitalista, incluyendo a Rusia —y con tanta mayor razón la inmensa mayoría de la población trabajadora—, ha experimentado mil veces, en unión de sus familias, el yugo abrumador del capital, su depredación y toda suerte de vejaciones. La guerra imperialista, es decir, el asesinato de diez millones de hombres con el solo fin de decidir qué capital debía tener prioridad en el saqueo del mundo, si el inglés o el alemán, ha venido a avivar, ampliar y profundizar en extraordinarias proporciones estas pruebas, obligando a las masas a adquirir conciencia de ellas. De ahí la inevitable simpatía de la inmensa mayoría de la población y sobre todo de la gran masa de los trabajadores hacia el proletariado, que con audacia heroica y rigor revolucionario derriba el yugo del capital, derriba a los explotadores, aplasta la resistencia de éstos y, derramando su sangre, abre el camino que conduce a la creación de una nueva sociedad, en la que ya no habrá lugar para los explotadores.

Por muy grandes e inevitables que sean las vacilaciones y los retrocesos pequeñoburgueses de las masas no proletarias y semiproletarias de la población trabajadora, sus oscilaciones hacia atrás, hacia el "orden" y la "égida" de la burguesía, estas masas no pueden por menos de reconocer la autoridad moral y política del proletariado, el cual no se limita a derrocar a los explotadores y a quebrar su resistencia, sino que además instaura relaciones sociales nuevas, superiores, una disciplina social más elevada: la disciplina de los trabajadores conscientes y unidos, que no conocen ningún yugo, ningún poder, fuera del de su propia unión, del de su propia vanguardia, más conciente, audaz, coherente, revolucionaria y firme.

Para triunfar, para crear y consolidar el socialismo, el proletariado tiene que resolver una doble tarea o, mejor dicho, una tarea única que se presenta bajo dos aspectos: primero, desplegando un heroísmo a toda prueba en su lucha revolucionaria contra el capital, debe ganarse a toda la masa de los trabajadores y los explotados, atraerla, organizarla, dirigir sus esfuerzos para derrocar a la burgue-

ría y aplastar toda resistencia de ésta: y, segundo, debe conducir a toda la masa de los trabajadores y los explotados, y a todos los sectores de la pequeña burguesía, por el camino de la nueva construcción económica, por el camino de la creación de nuevas relaciones sociales, de una nueva disciplina y una nueva organización del trabajo, en la que se empleen los últimos inventos de la ciencia y la técnica capitalistas y que, al mismo tiempo, sepa agrupar a las masas de trabajadores conscientes, creadores de la gran producción socialista.

Esta última tarea es más difícil que la primera, porque no puede resolverse en modo alguno mediante un esfuerzo heroico aislado, sino que exige el heroísmo más sostenido, constante y difícil del trabajo de masas cotidiano. Pero esta tarea es, al mismo tiempo, más importante que la primera, porque, en última instancia, la más profunda fuente de la fuerza para derrotar a la burguesía y la única garantía de solidez y seguridad de esta victoria hay que buscarla en un modo nuevo y superior de producción social, en la sustitución de la producción capitalista y pequeñoburguesa por la gran producción socialista.

Lenin, "Una gran iniciativa", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 414-416.

#### APRECIACIÓN DE LA MORAL

El alma mezquina, insensible, vulgar y egoísta del individuo interesado ve solamente aquello que atañe a su sensibilidad. Así, por ejemplo, el hombre grosero, sin educación, está dispuesto a tildar de criatura más malvada y baja de la tierra a cualquier persona que le pise un callo al cruzarse con él. Sus callos constituyen la medida con que juzga los actos humanos. Llega a convertir el punto en que él se roza con el transeúnte en el único punto de contacto de la esencia de ese individuo con el mundo. Sin embargo, un hombre puede pisarme un callo sin dejar por ello de ser una persona honesta; más aun, excelente. Así como nadie debe juzgar a la gente tomando sus propios callos de punto de partida, tampoco se la debe mirar con los ojos del interés personal.\*

Marx, "Debates en el VI Landtag del Rin (art. III). Sobre la ley de robo de madera". Marx y Engels, *Obras completas*, t. I, ed. cit., pág. 132.

\* Juego de palabras. En alemán *Hühneraugen* es callo y *Augen*, ojos. (Ed.)

El objetivista habla de la necesidad de un proceso histórico dado; el materialista hace constar con precisión que existen la formación social-económica y las relaciones antagónicas engendradas por ella. Al demostrar la necesidad de una serie dada de hechos, el objetivista siempre corre el riesgo de convertirse en un apologista de los mismos; el materialista pone al desnudo las contradicciones de clase y, al proceder así, fija ya su posición. El objetivista habla de "tendencias históricas invencibles"; el materialista habla de la clase que "administra" el orden de cosas económico dado, creando determinadas formas de reacción de las otras clases. Como vemos, el materialista es, de una parte, más consecuente que el objetivista y aplica su objetivismo con mayor profundidad y plenitud. No se limita a señalar la necesidad del proceso, sino que aclara qué formación social-económica es precisamente la que da su contenido a ese proceso, *qué clase, precisamente*, determina esa necesidad. En el caso dado, por ejemplo, el materialista no se limitaría a hacer constar que "hay tendencias históricas invencibles" y señalaría la existencia de ciertas clases que determinan el contenido del orden de cosas dado y excluyen cualquier posibilidad de salida que no sea la acción de los productores mismos. Por otra parte, el materialismo presupone el partidismo, por decirlo así, imponiendo siempre el deber de defender franca y abiertamente el punto de vista de un grupo social concreto siempre que se enjuicie un acontecimiento.

Lenin, "Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", *ob. cit.*, t. I, págs. 419-420.

Es un hecho: todo el mundo civilizado se lanza hoy contra Rusia. Cabe preguntarse: ¿hemos caído en contradicción con nosotros mismos cuando llamábamos a los trabajadores a la revolución, y les prometíamos la paz, para haber desatado una campaña de todo el mundo civilizado contra la Rusia débil, agotada, atrasada y derrotada, o han caído en contradicción con los más elementales conceptos de democracia y socialismo quienes tienen la insolencia de lanzarnos semejante reproche? He aquí el problema. Para plantearlo en forma teórica y general, haré una comparación. Hablamos de clase revolucionaria y de política revolucionaria del pueblo, pero les propongo que nos fijemos en un revolucionario individual. Tomemos, por ejemplo, a Chernishevski y enjuiciemos su actividad. ¿Cómo podrá juzgarlo un hombre completamente ignorante e inculto? Éste diría,

quizá: Bien, he aquí un hombre que destruyó su vida, fue a parar a Siberia y no consiguió nada. Es un ejemplo. Si no sabemos de quién viene esta opinión, diremos: "Este juicio procede, en el mejor de los casos, de un hombre irremediamente inculto, que no tiene, por cierto, la culpa de ser tan obtuso como para no comprender la significación de la carrera de un revolucionario individual en conexión con toda la cadena de acontecimientos revolucionarios; o bien: este juicio procede de un granuja, de un reaccionario, que trata deliberadamente de amedrentar a los trabajadores para apartarlos de la revolución". He elegido el ejemplo de Chernishevski porque en el enjuiciamiento de este revolucionario individual no puede haber, en lo esencial, discrepancias de criterio, sea cual fuere la corriente a la que pertenezcan quienes se llaman socialistas. Todos estarán de acuerdo en que cuando se enjuicia a un revolucionario desde el punto de vista de los sacrificios externamente estériles y con frecuencia infructuosos hechos por él, perdiendo de vista al hacerlo el contenido de sus actos y su entronque con los revolucionarios que le han precedido y los que le siguen, este modo de enjuiciar el significado de su conducta representa una ignorancia o una incultura irremediables, o un modo hipócrita y maligno de abogar por los intereses de la reacción, de la opresión, de la explotación y del sojuzgamiento de clase. Acerca de esto no puede haber diferencias de criterio [...]

Ponemos en tensión todas nuestras fuerzas para derrotar en esta guerra civil a la burguesía y extirpar en sus raíces la posibilidad de la opresión de clase. No; no ha habido ni puede haber una revolución en que se garantice que no se producirá una lucha larga, difícil, dura y que imponga, tal vez, los más espantosos sacrificios. Y quien no sepa distinguir entre los sacrificios que hay que hacer por la victoria durante una lucha revolucionaria, cuando todos los poseedores, todas las clases contrarrevolucionarias luchan contra la revolución; quien no sepa, digo, distinguir estos sacrificios de los de una guerra de explotación y de rapiña, adolece de la ignorancia más grosera y hay que mandarlo que estudie el abecedario y pase por la escuela de primeras letras antes de emprender la instrucción extraescolar, o es más bien un exponente de la maligna hipocresía tipo Kolchak, llámese como se quiera y cualquiera sea el nombre bajo el cual se oculte.

Lenin, "I Congreso de la enseñanza extraescolar de Rusia, 6-19 de mayo de 1919: Cómo se engaña al pueblo con consignas de libertad e igualdad, 19 de mayo", *ob. cit.*, t. XXI, págs. 335-338.

La historia —razona el señor Mijalovski— la hace el "individuo vivo con todas sus ideas y todos sus sentimientos". Eso es muy cierto. Pero, ¿qué es lo que determina esas "ideas" y "sentimientos"? ¿Puede defenderse en serio la opinión de que aparecen por azar, de que dimanar necesariamente de un medio social dado, que sirve de material, de objeto de la vida espiritual del individuo y que se refleja positiva o negativamente en sus "ideas y sentimientos", en la forma en que se representa los intereses de una u otra clase social? Además, ¿por qué índices podemos juzgar de "las ideas y los sentimientos" *reales* de individuos *reales*? Está claro que sólo hay un índice para ello: las *acciones* de esos individuos, y como aquí hablamos tan sólo de "ideas y sentimientos" sociales, hay que añadir: las *acciones sociales* de los individuos, es decir, los *hechos sociales*.

Lenin, "Contenido económico del populismo y su crítica en el libro del señor Struve", *ob. cit.*, t. I, pág. 424.

La *apreciación* ética de un acontecimiento social es, desde luego, algo completamente diferente de la *explicación* genética de su aparición; Marx no siente la menor admiración por el capitalismo aunque demuestre la necesidad histórica de su advenimiento. Pero el hecho de establecer que la valoración ética y la investigación histórica son cosas perfectamente distintas, ¿permite acaso sacar la conclusión de que la ética es superior al desarrollo histórico? La apreciación ética se convierte en una fuerza histórica y política sólo cuando se apoya en la sociedad que le dio origen, no importa si ésta es buena o mala; pero cuando la apreciación ética pretende ser un "complemento teleológico" de la "marcha" causal "de las cosas", su peso no supera el de la nube que nada en el éter.

F. Mehring, "Los neokantianos" *En defensa del marxismo*, ed. cit., pág. 102.

Conversaré con aquellos que reprochan al materialismo histórico el negar todo criterio moral. Primero, aplicar criterios morales no incumbe al historiador. Éste nos debe relatar los acontecimientos en base al estudio científico objetivo. Sus opiniones personales fundadas en conceptos éticos subjetivos, no interesan. El "criterio moral"

aparece constantemente, y si la generación actual quiere juzgar a las generaciones pasadas, aplicándoles el criterio moral actual, es como si alguien pretendiera estudiar los estratos petrificados de la tierra según las propiedades de las arenas movedizas que el viento levanta por el aire. Schloezer, Herwinus, Ranke, Jansen, cada uno tiene su criterio ético, su moral particular de clase, y sus obras reflejan más exactamente las clases que defienden que la época que describen.

Y es lógico: lo mismo ocurriría si el historiador describiera los tiempos pasados desde el punto de vista ético de su clase.

Por supuesto, el materialismo histórico niega todo criterio moral, pero sólo en el plano de la investigación histórica, pues es algo que materializa el estudio científico. Pero si el reproche significa que el materialismo histórico niega en principio la fuerza de los impulsos morales en la historia, también esta vez la verdad es todo lo contrario. No sólo no los niega, sino que es el único que permite reconocerlos. "Las transformaciones materiales de las condiciones económicas de producción, comprobadas con exactitud científica", sirven al materialismo histórico de única escala segura para investigar las lentas y rápidas transformaciones que se operan en las ideas morales. En último término, también las ideas morales son el producto del modo de producción. Marx objetó con mucho acierto el texto de los Nibelungos de Richard Wagner, por querer éste sazonar sus historias amorosas con una nota picante, agregándoles una pequeña dosis de incesto: "En la sociedad primitiva —señaló Marx— la hermana era al mismo tiempo la esposa, y ello nada tenía de inmoral."

En lo que se refiere a los personajes históricos que suelen aparecer con aspectos tan diferentes, a raíz del amor o la hostilidad de los partidos, el materialismo histórico adopta igual actitud que cuando considera a los grandes hombres creadores de la historia. Rinde a cada uno lo debido, porque conoce las fuerzas que han determinado sus actos; por ende, es capaz de expresar la evaluación ética de esos actos con una gama de matices que está fuera del alcance del "criterio moral" de los historiadores idealistas.

F. Mehring, "A propósito del materialismo histórico", ed. rusa, *Krásnaia Nov*, 1923, págs. 31-32.

#### EL PAPEL DE LA CONCIENCIA DE LA JUSTICIA

El señor Peshejónov no comprende que, mientras estén en el poder los capitalistas, lo que él defiende *no son* los intereses de con-

junto, sino los intereses egoístas del capital imperialista ruso y "de los señores de los explotadores". El señor Peshejónov no comprende que la guerra sólo puede tener su carácter de guerra de anexión, imperialista y rapaz, después de haberse concertado con los capitalistas, con sus tratados secretos, con sus anexiones (o sea, con la conquista de territorios extranjeros), con sus estafas financieras bancarias. El señor Peshejónov no comprende que sólo puede hacerse eso, y siempre que el enemigo rechace la paz justa que se le ofreciese en términos formales, la guerra se convertiría en una guerra defensiva, en una guerra justa. El señor Peshejónov no comprende la capacidad de defensa de un país que ha derrocado el yugo del capital, entregado la tierra a los campesinos y puesto los bancos y las fábricas bajo el control de los obreros, sería *mucho* mayor que la capacidad de defensa de un país capitalista.

Y, sobre todo, el señor Peshejónov no comprende que al ser obligado a reconocer la justicia de las reivindicaciones bolcheviques al reconocer que estas reivindicaciones son "de las masas trabajadoras", es decir, de la mayoría de la población, *abandona* así todas sus posiciones, o sea, las posiciones de toda la democracia pequeñoburguesa.

En eso radica nuestra fuerza. Por eso será invencible nuestro gobierno: porque hasta nuestros propios enemigos se ven obligados a reconocer que el programa bolchevique es el programa "de las masas trabajadoras" y "de las nacionalidades oprimidas".

Pues el señor Peshejónov es un amigo político de los kadetes\*, de los elementos que se agrupan en torno de *Edinstvo* y de *Dielo Narodno*, de las Breshkóvskaja y los Plejánov; es un representante de los kulaks y de los caballeros cuyas señoras y hermanas irían mañana a sacarles los ojos con sus sombrillas a los bolcheviques para remarcarlos, si éstos fuesen derrotados por las tropas de Kornílov o (lo que es completamente igual) por las tropas de Kerenski.

Y semejante señor se ve obligado a reconocer la "justicia" de las reivindicaciones bolcheviques.

Para él, la "justicia" no es más que una frase. Pero para las masas de los semiproletarios, para la mayoría de los pequeñoburgueses de la ciudad y del campo, arruinados, torturados y martirizados por la guerra, es algo más que una frase, es el problema más agudo, más candente, más importante: el problema de la muerte por hambre, de la lucha por un pedazo de pan. Por eso *no puede* cimentarse *ninguna*

\* Kadetes: demócratas constitucionalistas. (Ed.)

sobre la "coalición", sobre el "pacto" concertado entre los señores de los que tienen hambre, de los que sufren miseria, y los señores de los explotadores. Por eso también un gobierno bolchevique tiene asegurado el apoyo de la inmensa mayoría de esas masas.

La justicia es una palabra vacía, dicen los intelectuales y canallas que se las dan de marxistas por la grandiosa razón de haber "echado una mirada a la parte trasera" del materialismo económico.

Las ideas se convierten en una fuerza cuando prenden en las masas. Y hoy precisamente, los bolcheviques, es decir, los representantes del internacionalismo revolucionario, proletario, encarnan en la política la idea que pone en acción, en el mundo entero, a las inmensas masas trabajadoras.

Por sí sola, la justicia, el sentimiento de las masas sublevadas por la explotación, no las habría traído jamás a la senda certera del socialismo. Pero una vez que, gracias al capitalismo, se ha formado el aparato material de los grandes bancos, de los consorcios, de los ferrocarriles, etc.; una vez que la experiencia sumamente rica de los países avanzados ha acumulado las reservas de las maravillas de la técnica, cuya aplicación tropieza con las trabas del capitalismo; una vez que los obreros concientes han forjado un partido de un cuarto de millón de militantes para tomar en sus manos de una manera sistemática ese aparato y ponerlo en marcha, con el apoyo de todos los trabajadores y explotados; una vez que *existen* todas estas condiciones previas, no habrá en el mundo fuerza capaz de impedir que los bolcheviques, *si no se dejan amedrentar* y saben adueñarse del poder, se sostengan en él hasta el triunfo de la revolución socialista mundial.

Lenin, "¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?", *ob. cit.*, t. XXVI, págs. 116-117.

Yo sé de dónde toman ustedes sus conceptos sobre justicia. Proceden de la época capitalista pasada. El poseedor de mercancías, su igualdad y su libertad: he ahí los conceptos que ustedes tienen sobre justicia. Son resabios pequeñoburgueses de prejuicios pequeñoburgueses: eso es la justicia, la igualdad y la democracia del trabajo de ustedes. Para nosotros, la justicia está supeditada a los intereses del de-

rocamiento del capital. No es posible derrocar el capital más que uniendo los esfuerzos del proletariado.

Lenin, "I Congreso de la enseñanza obrera de Rusia, 6-19 de mayo de 1919: Cómo se engaña al pueblo con consignas de libertad e igualdad, 19 de mayo", *ob. cit.*, t. XIII, pág. 362.

La clase dominante siempre considera justo lo que beneficia sus intereses económicos y políticos, e injusto aquello que la perjudica. La justicia, según la interpretación de esta clase, se cumple cuando los intereses de clase quedan satisfechos. De modo que los intereses de la burguesía determinan una justicia burguesa, del mismo modo que los intereses de la aristocracia determinaron una justicia feudal. No sin razón se simboliza, con ironía inconciente, a la justicia con los ojos vendados, para que no pueda ver los mezquinos intereses que está llamada a resguardar.

El régimen feudal y corporativo, que perjudicaba los intereses de la burguesía, era tan injusto —según opina esta última—, que la propia justicia inmanente resolvió destruirlo. Los historiadores burgueses nos dicen que la justicia inmanente no podía soportar los saqueos armados de los señores feudales, quienes no admitían otra manera de acrecentar sus dominios y llenar sus arcas; lo que no impide a la honrada justicia inmanente estimular saqueos armados idénticos, que los pacíficos burgueses, sin el menor riesgo personal, obligan a cometer a los proletarios, disfrazados de soldados, en los bárbaros países del Viejo y el Nuevo Mundo. No es que este género de robo guste particularmente a la virtuosa matrona. Ella aprueba y autoriza solemnemente, por medio de toda clase de sanciones jurídicas, el robo económico que la burguesía comete a diario, sin tempestuosa violencia, en perjuicio del trabajo asalariado. El robo económico se adapta con tanta perfección al temperamento y al carácter de la justicia, que ella se convierte en el perro guardián de la riqueza burguesa, puesto que se trata de una riqueza habida con la acumulación de robos tan legítimos como justos.

La justicia, que al decir de los filósofos creó milagros en el pasado, impera en la sociedad burguesa y conduce al hombre hacia un porvenir pacífico y dichoso; es, por el contrario, la madre prolífica de las injusticias sociales. La justicia concedió al esclavista el derecho

sobre otros hombres, como si fueran ganado. La justicia otorga al capitalista el derecho de explotar a los hombres, mujeres y niños proletarios, peor que si fuesen animales de carga. La justicia permitía al esclavista azotar al esclavo y endurecía su corazón para que lo martirizara. La justicia autoriza al capitalista a apropiarse de la plusvalía, creada por el trabajo asalariado, y deja su conciencia tranquila, cuando retribuye con un salario mísero el trabajo que lo enriquece [...]

El capitalista, el obrero asalariado y el funcionario judicial tienen diferentes nociones de la justicia. El socialista entiende por justicia devolver a los productores asalariados las riquezas que les fueron robadas; el capitalista cree que la justicia consiste en salvaguardar para sí dichas riquezas y como el poder económico y político se halla en sus manos, impone su concepto, que se hace ley, y la ley es para el juez la justicia misma. Precisamente porque un mismo término encierra nociones tan contradictorias, la burguesía las ha transformado en instrumento de engaño y opresión.

P. Lafargue, "El determinismo económico de Carlos Marx", *Obras*, t. III, ed. cit., págs. 12, 13 y 28.

#### IV

### PRINCIPIOS Y CATEGORÍAS DE LA MORAL COMUNISTA

#### COLECTIVISMO

##### *Necesidad histórica del colectivismo para los obreros*

La condición esencial de la existencia y de la dominación de la clase burguesa es la acumulación de la riqueza en manos de particulares, la formación y el acrecentamiento del capital. La condición de existencia del capital es el trabajo asalariado. El trabajo asalariado descansa exclusivamente sobre la competencia de los obreros entre sí. El progreso de la industria, del que la burguesía, incapaz de oponérsele, es agente involuntario, sustituye el aislamiento de los obreros, resultante de la competencia, por su unión revolucionaria mediante la asociación. Así, el desarrollo de la gran industria socava bajo los pies de la burguesía las bases sobre las que ésta produce y se apropia de lo producido. La burguesía produce, ante todo, sus propios sepultureros. Su hundimiento y la victoria del proletariado son igualmente inevitables.

Marx y Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 22.

Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político. El poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra. Si en la lucha contra



la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase dominante, si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuantas relaciones de producción, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que esas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y las clases en general, y, por lo tanto, su propia dominación como clase.

En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

Idem, pág. 27.

Solamente dentro de la comunidad tiene el individuo los medios necesarios para desarrollar sus dotes en todos los sentidos; solamente dentro de la comunidad es posible, por lo tanto, la libertad personal. En los substitutivos de la comunidad que hasta ahora han existido, en el Estado, etc., la libertad personal sólo existía para los individuos desarrollados dentro de las relaciones de la clase dominante y sólo tratándose de individuos de esta clase. La aparente comunidad en que se han asociado hasta ahora los individuos ha cobrado siempre una existencia propia e independiente frente a ellos y, por tratarse de la asociación de una clase en contra de otra, no sólo era, al mismo tiempo, una comunidad puramente ilusoria para la clase dominada, sino también una nueva traba. Dentro de la comunidad real y verdadera, los individuos adquieren su libertad al asociarse y por medio de la asociación.

De toda la exposición anterior se desprende que las relaciones sociales en que entraban los individuos de una clase estaban condicionadas por sus intereses comunes frente a otra clase, que formaban siempre una comunidad a la que pertenecían estos individuos solamente como individuos medios, solamente en cuanto vivían dentro de las condiciones de existencia de su clase; es decir, una relación que no los unía como individuos, sino como miembros de una clase. En cambio, con la comunidad de los proletarios revolucionarios, que toman bajo su control sus condiciones de existencia y las de todos los miembros de la sociedad, sucede cabalmente lo contrario; en ella toman parte los individuos como tales. Esta comunidad no es otra cosa,

precisamente, que la asociación de los individuos (partiendo, naturalmente, de la premisa de que las fuerzas productivas ya estaban desarrolladas en ese tiempo), que entrega a su control las condiciones del libre desarrollo y movimiento de los individuos, condiciones que hasta ahora se hallaban a merced del azar y habían cobrado existencia propia e independiente frente a los diferentes individuos, precisamente por la separación de éstos como individuos y que luego, con su necesaria asociación y por medio de la división del trabajo, se habían convertido en un vínculo ajeno a ellos.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 82-83.

Durante siglos la humanidad padeció y soportó el yugo de un régimen de explotadores que escarnecían a millones de trabajadores. En tanto que los explotadores de épocas pasadas —los terratenientes— explotaban y oprimían al campesinado feudal, dividido, disperso e ignorante, hoy, sus modernos representantes, los capitalistas, han comprobado que tienen ante sí al destacamento de avanzada de las masas explotadas, los obreros urbanos, los trabajadores industriales. La fábrica forjó su unidad, la vida de la ciudad los esclareció y la lucha huelguística y las acciones revolucionarias los templaron.

El gran mérito histórico de Marx y Engels consiste en haber demostrado, por medio del análisis científico, la inevitabilidad del derrumbe del capitalismo y el tránsito de éste al comunismo, régimen en el cual no existirá ya la explotación del hombre por el hombre.

El gran mérito histórico de Marx y Engels es el de haber señalado a los proletarios de todos los países el papel que están llamados a desempeñar, y las tareas que deben cumplir: ser los primeros en lanzarse a la lucha revolucionaria contra el capital, enrolar en esta lucha a todos los trabajadores y explotados.

Vivimos una época feliz, la época en que las previsiones de los grandes socialistas comienzan a realizarse.

Lenin, "Discurso en la inauguración del monumento a Marx y Engels", 7 de noviembre, 1918, *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 160.

*La propiedad privada divide, el trabajo une*

Si meditamos en la causa más profunda que, en fin de cuentas, determinó que se operase este milagro histórico —la victoria de un

país débil, extenuado, atrasado, sobre los países más poderosos del mundo—, veremos que reside en una centralización, disciplina y abnegación jamás vistas. ¿Sobre qué base? Millones de trabajadores pudieron llegar, en el país menos educado, a la organización, a la realización de esta disciplina y esta centralización, pura y únicamente sobre la base de que los obreros, que pasaron por la escuela del capitalismo, han sido unidos por el capitalismo; y de que el proletariado de todos los países avanzados se unió tanto más cuanto más avanzado era el país; y por otra parte, gracias a que la propiedad, la propiedad capitalista, la pequeña propiedad en la producción mercantil, es un elemento de división. La propiedad divide, mientras que nosotros vamos uniendo y uniendo a un número cada vez mayor de millones de trabajadores en todo el mundo. Puede decirse que ahora lo ven hasta los ciegos, por lo menos aquellos que no lo querían ver. Cuanto más tiempo pasa, tanto más se dividen nuestros enemigos. Los divide la propiedad capitalista, la propiedad privada bajo el régimen de la producción mercantil, ya sean pequeños propietarios que especulan con la venta de los excedentes de trigo y lucran a expensas de los obreros hambrientos, ya sean capitalistas de diversos países, poseedores de un gran poderío militar, creadores de la "Liga de las Naciones", la "gran liga única" de todas las naciones avanzadas del mundo. Semejante unidad es una completa ficción, un engaño total, una mentira absoluta. Y nosotros hemos visto —¡grandioso ejemplo!— que esta famosa "Liga de las Naciones", que pretendía distribuir el derecho a gobernar los Estados y repartir el mundo, que esta famosa liga resultó ser una pompa de jabón que se deshizo en seguida por estar basada en la propiedad capitalista. Lo hemos visto en una escala histórica más amplia; esto confirma la verdad esencial, en el reconocimiento de la cual basamos nuestra razón, nuestra absoluta seguridad en el triunfo de la revolución de octubre, nuestra seguridad de que estamos enfrentándonos a una tarea a la cual, pese a su dificultad, pese a todos los obstáculos, se adherirán millones y millones de trabajadores de todos los países. Sabíamos que tenemos aliados y que es preciso dar el ejemplo de la abnegación en un país al que la historia ha impuesto una honrosa y difícilísima misión, para que los inauditos sacrificios sean recompensados con creces, porque cada nuevo mes que vivimos en nuestro país nos dará millones y millones de aliados en todos los países.

En resumidas cuentas, si pensamos en por qué pudimos y debimos vencer, veremos que ello se debe sólo a que nuestros enemigos,

ligados formalmente por todos los vínculos que se quiera con los gobiernos más poderosos del mundo y con los representantes del capital —por mucho que estuvieran unidos formalmente—, resultaron estar divididos; en el fondo, su misma vinculación interna los dividía, los lanzaba unos contra otros, y la propiedad capitalista los corrompía, convirtiéndolos, de aliados, en fieras salvajes [...]

Lenin, "IX Congreso del PC(b)R, 29 de marzo-5 de abril de 1920", *ob. cit.*, t. XXX, págs. 440-442.

Los capitalistas franceses y Wrangel no pueden comprender el milagro de que la Rusia soviética arruinada venza a Estados civilizados más fuertes que ella. No comprenden que toda la fuerza de estas victorias reside en la doctrina fundamental de los comunistas, según la cual la propiedad divide, en tanto que el trabajo une. La propiedad privada es un robo, y el Estado basado en la propiedad privada es un Estado de hombres de presa que hacen la guerra para el reparto del botín. Y aun antes de haber terminado la guerra comienzan ya a luchar entre sí, a despedazarse entre sí. Hace un año nos amenazaban 14 Estados. Sin embargo, su alianza se derrumbó de golpe. ¿Por qué? Porque el pacto de esos Estados era un pacto en el papel y ninguno de ellos se decidió a hacer la guerra. Y cuando más tarde comenzó la guerra, cuando Francia, Polonia y Wrangel se unieron, su alianza se desmoronó porque sólo piensan en hacerse zancadillas. Se disponían a repartirse la piel de un oso que todavía no habían matado, ni matarán. Lo cual no impide que riñan por esa piel.

La experiencia de la política mundial ha demostrado que la alianza contra la Rusia soviética está irremediabilmente condenada al fracaso, porque es una alianza imperialista, una alianza de rapaces, que no están unidos, ya que no existen intereses verdaderos y sólidos que puedan unirlos. Como se ha visto una vez más durante la guerra polaca, entre ellos no existen los lazos y los intereses que unen a la clase obrera.

Lenin, "Discurso en la Conferencia de presidentes de comités ejecutivos de distrito, subdistrito y aldea de la provincia de Moscú, 15 de octubre de 1920", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 310-311.

No tomemos actitudes individuales, no pensemos con egoísmo, porque ese sería nuestro fin; es preciso luchar contra esta tendencia, contra hábitos inculcados en nosotros, en millones de trabajadores, por la propiedad capitalista privada, por la competencia en el mercado, en el que nos guiaba la idea de vender para sacar el máximo de beneficios y pasar menos hambre yo; en cuanto a los demás, ¡no me importa! Esa es la maldita herencia que nos legó la propiedad privada, culpable de que las masas pasaran hambre mientras en el país había abundancia de víveres, culpable de que una pequeña minoría se enriqueciera con la miseria mientras el pueblo sufría increíbles necesidades y perecía en la guerra.

Camaradas, tal es la situación en que se halla nuestra política de abastecimientos en los momentos actuales. Hay una ley económica que reza: cuando escasean víveres la libertad de comercio engendra una especulación desenfrenada. Por consiguiente, cuanto se diga al respecto, todas las tentativas que se hagan para mantener esa política serán nocivas en alto grado, implicarán un retroceso, un paso hacia atrás en la construcción socialista que el Comisariato para los abastecimientos trata de realizar en medio de las dificultades inconcebibles con que se topa en su lucha contra los millones de especuladores que recibimos en herencia del capitalismo y la vieja moral del propietario pequeñoburgués, cuyo lema es "cada uno en su casa y dios en la de todos"; y si no quebramos esta regla no podremos construir el socialismo.

La única vía auténtica para construir el socialismo es la unión, la estrecha unión que se logra en la rutinaria tarea de dividir un pedazo del pan que escasea.

Lenin, "Discurso en la sesión conjunta del CEC, el Soviet de Moscú y el Congreso de sindicatos de Rusia, 17 de enero de 1919", *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 397.

Todo lo que sabíamos, todo lo que nos han indicado con precisión los mejores conocedores de la sociedad capitalista, las inteligencias más grandes que preveían su desarrollo, era que la transformación se operaría con inexorabilidad histórica dentro de determinada línea general, que la historia ya había sentenciado a la propiedad privada de los medios de producción, que esta propiedad reventaría y que los explotadores serían inevitablemente expropiados. Esto fue esta-

todo con exactitud científica. Y nosotros lo sabíamos cuando tomamos en nuestras manos la bandera del socialismo, cuando nos dedicamos socialistas, nos dedicábamos a fundar partidos socialistas para transformar la sociedad. Lo sabíamos cuando tomamos el poder para iniciar la reorganización socialista, pero lo que no podíamos conocer eran las formas de la transformación, ni el ritmo de la rapidez del desarrollo de la reorganización concreta. Únicamente la experiencia colectiva, la experiencia de millones de personas, puede dar las aplicaciones decisivas en este sentido, porque precisamente para nuestra causa, para la construcción del socialismo, no basta con la experiencia de esos centenares y centenares de miles de las capas superiores que hasta ahora hicieron la historia en la sociedad terrateniente y en la sociedad capitalista. Nosotros no podemos hacerla, porque no podemos contar con la experiencia conjunta, la experiencia de los millones de trabajadores.

Lenin, "Discurso pronunciado en el I Congreso de consejos de la economía nacional, 26 de mayo de 1918", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 403.

Reuniremos a las masas para asestar un nuevo golpe a los malditos hábitos que heredamos de la vieja sociedad capitalista y que, en mayor o menor medida, nos han corrompido y deformado a todos: de ese hábito que se rige por la regla de "cada uno en su casa y dios en la de todos". Ese legado que recibimos del capitalismo rapaz, sucio y sanguinario nos oprime, nos lastima, nos corroe; para librarnos de él tendremos que desarrollar una lucha encarnizada, una, dos o muchas cruzadas.

Podemos salvar a millones y decenas de millones de seres del hambre y la fiebre tifoidea que los amenazan. La solución de este problema está en nuestras manos. Es absurdo y vergonzoso dejarse llevar por la desesperación; luchar individualmente, por separado, para "zafarse" de algún modo y abrirse camino empujando a un lado a los más débiles, significa desertar, abandonar a los camaradas enfermos y agotados, empeorar la situación general.

Lenin, "¡Todos a trabajar en el abastecimiento y transporte!", *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 442.

No hay necesidad de demostrar de un modo especial que la introducción del espíritu colectivo debe ocupar un lugar destacado en la educación comunista. No me refiero aquí a los fundamentos teó-

ricos del espíritu colectivo, sino a la implantación de hábitos en la producción y en la vida cotidiana, a la creación de condiciones en las que el espíritu colectivo constituya una parte prescriptible de nuestras costumbres, de nuestras normas de conducta para que nuestros actos no sólo sean meditados y tengan un carácter consciente, sino que se produzca de una manera instintiva y automática [...]

En la vida práctica de nuestra sociedad, el espíritu colectivo desempeña un gran papel, pues se basa en el colectivismo. Nos oponemos a la sociedad capitalista el colectivismo-comunismo, estamos convencidos de su enorme superioridad. Del éxito que tengamos en la empresa de llevar a la producción y a la vida social individual los hábitos colectivos depende también en gran medida el éxito de la edificación comunista.

El espíritu colectivo en el trabajo, la cooperación, es la base de la producción. En lo que respecta a la industria socialista esto requiere una demostración especial. Es algo evidente que los obreros y todo el que esté ligado a la producción fabril lo puede comprender con facilidad. Si en la sociedad capitalista el trabajo de cualquier proletario se despersonaliza por completo y, al ser materializado en un objeto, desaparece del campo visual no sólo del obrero, sino también del fabricante, al que únicamente interesa la ganancia, por el contrario, en nuestro país el trabajo materializado está a la vista del obrero, pues no sólo se manifiesta en el lugar de su producción, sino también en el consumo, en el uso. Por consiguiente, cualquier productor de perspicacia mediana puede ver los resultados de su trabajo. Sin embargo, con nuestra labor educativa debemos ampliar y ahondar la capacidad de cada obrero de percibir su participación individual en el trabajo común, en el trabajo colectivo.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., págs. 100-101.

#### *Conjugación de los intereses personales con los de la sociedad*

Los individuos siempre y en todas las circunstancias "han partido de sí mismos", pero como no eran únicos en el sentido de que no necesitaban mantener relación recíproca alguna, como sus necesidades y, por lo tanto, su naturaleza, y el modo de satisfacerlas,

los relacionaba entre sí (relaciones sexuales, intercambio, división del trabajo), necesariamente tenían que entrar en relaciones. Y como, además, no entraban en relación como puros Yo, sino como individuos en una determinada etapa de desarrollo de sus fuerzas productivas y sus necesidades, y estas relaciones, a su vez, determinaban la producción y las necesidades, tenemos que, cabalmente, el comportamiento personal, individual, su comportamiento recíproco como individuos, es lo que creó y sigue creando las relaciones existentes. Entraban en relaciones como lo que eran, partían "de sí mismos", siendo indiferente la "concepción de la vida" que profesaran. Esta "concepción de la vida", incluso la tan diversa de los filósofos, sólo podía hallarse determinada siempre, naturalmente, por su vida real. Esto muestra evidentemente que el desarrollo de un individuo está condicionado por el desarrollo de todos los otros y que las distintas generaciones de individuos que mantienen relaciones mutuas tienen entre sí una conexión; que las generaciones posteriores se hallan condicionadas por la existencia física de las que las han precedido, ya que recogen las fuerzas productivas y las formas de comercio transmitidas por ellas, y están determinadas por ellas en sus propias relaciones presentes. En una palabra, se revela que se opera un desarrollo y que la historia de un individuo no puede en modo alguno desligarse de la historia de los individuos precedentes y contemporáneos, sino que, por el contrario, se halla determinada por ésta.

El cambio de la relación personal en su contrario, relación meramente material, la distinción hecha por los individuos entre la individualidad y el carácter ocasional, constituye, como ya lo hemos demostrado, un proceso histórico y adopta, en las distintas fases de desarrollo, formas distintas, cada vez más acusadas y más universales. En la época actual, la dominación de las condiciones materiales sobre los individuos, el aplastamiento de la individualidad por la casualidad, ha cobrado su forma más aguda y más universal, imponiendo con ello una tarea del todo determinada a los individuos existentes. Plantea ante ellos la tarea de sustituir la dominación de las condiciones y del azar sobre los individuos por la dominación de los individuos sobre el azar y las condiciones. No formula, como Sancho se lo imagina, el postulado de que "Yo me desarrolle", lo que todo individuo ha hecho hasta aquí sin esperar el consejo de Sancho, sino que prescribe que yo me libere de un modo totalmente determinado de desarrollo. Esta tarea impuesta por las condiciones actuales coincide con la tarea de la sociedad una organización comunista.

Ya hemos puesto de manifiesto más arriba que la abolición de la independencia de las relaciones entre los individuos y de la supeditación de lo individual a la casualidad, de la subsunción de sus relaciones personales bajo las relaciones generales de clase, etc., se halla condicionada por la supresión de la división del trabajo. Y hemos hecho ver, asimismo, que la abolición de la división del trabajo se halla condicionada, a su vez, por el desarrollo del comercio y de las fuerzas productivas, que han alcanzado un ámbito tal de universalidad, que la propiedad privada y la división del trabajo se convierten en una traba para ellos. Y hemos puesto de relieve, igualmente, que la propiedad privada sólo puede abolirse, bajo la condición de un desarrollo omnilateral de los individuos, precisamente porque las formas del comercio y las fuerzas productivas existentes son universales y porque sólo individuos que hayan alcanzado un desarrollo también universal pueden apropiarse de ellas, es decir, hacerlas una libre expresión de su vida. Hemos puesto de manifiesto que en la actualidad los individuos *necesitan* abolir la propiedad privada, porque las fuerzas productivas y las formas de comercio se han desarrollado ya con tal amplitud, que bajo el imperio de la propiedad privada se han convertido en fuerzas destructivas y porque el antagonismo entre las clases ha llegado a su grado máximo. Finalmente, hemos hecho ver que la abolición de la propiedad privada y de la propia división del trabajo es ya la unión de los individuos sobre la base establecida por las fuerzas productivas existentes y por el comercio mundial.

Dentro de la sociedad comunista, la única donde el desarrollo original y libre de los individuos no es una frase, este desarrollo se halla condicionado por los vínculos entre los individuos, vínculos que se dan, en parte, en las premisas económicas mismas, en parte en la necesaria solidaridad del desarrollo libre de todos y, finalmente, en el modo universal de manifestarse los individuos sobre la base de las fuerzas productivas existentes. Aquí se trata, pues, de individuos que han llegado a una determinada fase de desarrollo histórico y no, ni mucho menos, de individuos casuales cualesquiera, y esto aun prescindiendo de la necesaria revolución comunista, que es, a su vez, una condición común para su libre desarrollo. La conciencia de los individuos acerca de sus relaciones mutuas será también, naturalmente, otra muy distinta y no será, por tanto, ni el "principio del amor" o el *dévoûment* ni tampoco el egoísmo.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 497-499.

Todos trabajamos, persiguiendo nuestro propio beneficio y sin preocuparnos por el bien de los demás; sin embargo, es una verdad evidente e incontestable que el interés, el bien y la felicidad de cada uno están indisolublemente entrelazados con el bien de los demás hombres. Nos es preciso reconocer que no podemos prescindir de nosotros semejantes, y que el simple interés nos une a todos; sin embargo, pisoteamos esta verdad con nuestra acción y edificamos nuestra sociedad de tal forma, que nuestros intereses parecieran francamente opuestos. Ya hemos visto los resultados de ese tremendo error; para suprimir tan tristes resultados, es necesario suprimir el error, y el comunismo, precisamente, se propone esa finalidad.

Engels, "Los discursos de Elberfeld", Marx y Engels, *Obras completas*, t. II, ed. cit., pág. 535.

Después de derrocados los zares, los terratenientes y los capitalistas, por primera vez comienza a desbrozarse el terreno para la verdadera construcción del socialismo, para la elaboración de nuevas relaciones sociales, de una nueva disciplina del trabajo colectivo, de un nuevo ordenamiento, de alcance histórico, de la economía nacional (y más tarde, también internacional). Se trata de transformar los hábitos morales, durante largo tiempo pervertidos, corrompidos por la maldita propiedad privada de los medios de producción, y junto con ésta, por todo el ambiente de discordias, desconfianza, hostilidad, división, traiciones mutuas, que inevitablemente engendra —y siempre vuelve a engendrar— la pequeña economía aislada, economía de propietarios bajo el régimen de "libre" intercambio. La libertad de comercio, la libertad de intercambio fue durante centenares de años, para millones de personas, la ley suprema de la sabiduría económica, el hábito más arraigado para centenares y centenares de millones de seres humanos. Esta libertad es tan enteramente falsa, sirve tanto para encubrir el engaño, el abuso y la explotación capitalistas, como las otras "libertades" proclamadas y practicadas por la burguesía, como por ejemplo "la libertad del trabajo" (léase: la libertad de morir de hambre), etcétera.

Con esta "libertad" del propietario para ser propietario, con esta "libertad" del capital para explotar el trabajo, hemos roto irrevocablemente y lucharemos en forma implacable y sin tregua.

¡Abajo los viejos vínculos sociales, las viejas relaciones econó-

micas, la vieja "libertad" del trabajo (subordinado al capital), las viejas leyes, las viejas costumbres!

¡Construyamos la nueva sociedad!

No nos asustaron las derrotas en la gran guerra revolucionaria contra el zarismo, contra la burguesía, contra las poderosas naciones imperialistas del mundo.

No nos asustarán las enormes dificultades, ni los errores, inevitables al comienzo, de una obra tan difícil, pues la tarea de reducir todos los hábitos y costumbres del trabajo exigirá decenas de años. Y nos prometemos uno a otro, solemne y firmemente, que estamos dispuestos a cualquier sacrificio, que aguantaremos y nos mantendremos en pie en esta lucha tan difícil —la lucha contra la fuerza de la costumbre—, que trabajaremos durante años y decenios sin descanso. Trabajaremos para desarraigar la maldita regla: "cada uno para sí y dios para todos", para extirpar la costumbre de considerar el trabajo sólo como una obligación, y de considerar legítimo solamente el trabajo remunerado de acuerdo con una norma determinada. Vamos a trabajar para infundir en la conciencia, en el hábito, en la vida diaria de las masas, la regla: "todos para uno y uno para todos", y la regla: "de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades"; para implantar, paulatina pero inflexiblemente, la disciplina comunista y el trabajo comunista.

Hemos puesto en movimiento un bloque de peso inaudito, una montaña de oscurantismo, de ignorancia, de terquedad en la defensa de los hábitos del "libre comercio" y "libre juego" de la oferta y la demanda de la fuerza de trabajo humano, como de cualquier otra mercancía. Hemos comenzado a alterar y destruir los prejuicios más arraigados, las costumbres seculares más tenaces y atrasadas. En un año, nuestros sábados comunistas han dado un enorme paso adelante. Todavía son infinitamente débiles. Pero no se nos puede asustar con ello. Hemos visto cómo el "infinitamente débil" poder soviético, bajo nuestros ojos, con nuestros esfuerzos, se fortalecía y empezaba a convertirse en una fuerza mundial infinitamente poderosa. Vamos a trabajar durante años y decenios para realizar los sábados comunistas, para desarrollarlos, difundirlos, perfeccionarlos y convertirlos en una costumbre. ¡Llegaremos a la victoria del trabajo comunista!

Lenin, "Del primer «sábado comunista» en el ferrocarril Moscú-Kazan, al «sábado comunista» de mayo en toda Rusia", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 116-118.

El comunista es, ante todo, un *hombre social*, con instintos sociales muy desarrollados, deseoso de que todos los hombres vivan bien y sean felices.

Los comunistas pueden proceder de todas las clases de la sociedad, pero de donde salen más comunistas es de los medios obreros. ¿Por qué? Porque las condiciones de vida de los obreros fomentan en ellos instintos sociales: el trabajo colectivo, cuyo éxito depende de los esfuerzos comunes, el ambiente común de trabajo, las impresiones comunes y la lucha común por lograr condiciones humanas de existencia. Todo ello acerca a los obreros entre sí y los une con lazos de solidaridad de clase. Tomemos la clase de los capitalistas. Las condiciones de vida de esta clase son completamente distintas. La competencia hace que cada capitalista vea en otro capitalista un competidor al que debe ponerle la zancadilla, el capitalista ve en el obrero solamente "brazos" que deben trabajar para proporcionarle beneficios. La lucha común contra la clase trabajadora cohesionan a los capitalistas, pero no existe en la clase de los capitalistas esa unidad interior, esa fusión con la colectividad que vemos en los obreros —éstos no tienen nada que repartirse—; la solidaridad capitalista está corroida por la carcoma de la competencia; de ahí que en los medios obreros abunden los hombres con instintos sociales desarrollados, mientras que en los medios capitalistas son muy escasos.

El instinto social tiene mucha importancia y contribuye con frecuencia a encontrar intuitivamente una salida acertada de la situación, a hallar el verdadero camino. Por eso al depurar las filas del Partido Comunista Ruso, se miraba si los militantes pertenecían o no a los medios obreros. El que pertenece a los medios obreros se corrige más fácilmente. A fines de la década del 90 y a principios del siglo XX (1896-1908), la intelectualidad rusa —viendo la facilidad con que los obreros, gracias al instinto de clase, comprendían lo que a los intelectuales les costaba gran trabajo— exageraba la importancia del instinto de clase. *Rabóchaia Misl* [Pensamiento obrero], uno de los periódicos socialdemócratas clandestinos, llegó a decir que los socialistas sólo podían salir de los medios obreros [...]

El instinto de clase —en la clase obrera coincide con el social— es una condición indispensable para ser comunista. Es indispensable pero no suficiente.

El comunista ha de *saber* muchas cosas. En primer lugar debe comprender qué ocurre a su alrededor y conocer el mecanismo del régimen existente [...]

En su vida personal el comunista debe guiarse siempre por los intereses del comunismo. Esto significa que si el éxito de la causa comunista requiere dejarlo todo y marchar al sitio de más peligro, el comunista lo hace, aunque no sienta ningún deseo de abandonar las comodidades de la casa. Esto significa que por muy difícil e importante que sea la misión que se le encomienda al comunista, éste procura cumplirla en la medida de sus fuerzas y aptitudes: va a combatir al frente, a trabajar durante los sábados rojos, a requisar valores, etc., Esto significa que el comunista supedita siempre sus intereses personales a los intereses generales. Esto significa que el comunista no observa con indiferencia lo que pasa a su alrededor, sino que lucha activamente contra lo que perjudica a la causa del comunismo, a los intereses de los trabajadores y, por otra parte, defiende activamente estos intereses, considerándolos como suyos.

N. Krúpskaia, *Acerca de la educación comunista*, ed. Anteo, Buenos Aires, 1964, págs. 111, 112 y 114.

Nuestra época nos permite comprender claramente que no se puede separar la vida privada de la sociedad. En otros tiempos quizá no se comprendiera que el divorcio entre éstas lleva al hombre a traicionar tarde o temprano la causa comunista. Por lo tanto, nuestra aspiración debe ser ligar nuestra vida privada con la causa de la lucha, con la causa de la construcción del comunismo.

Esto no significa, desde luego, que debemos renunciar a la vida privada. El partido comunista no es una secta, por lo tanto no puede predicar un ascetismo semejante [...]

Hay que saber fusionar la vida personal y la social. Esto no es ascetismo; por el contrario, la vida privada se enriquece con esta penetración, gracias a que la causa común de todos los trabajadores se convierte en causa personal. La vida no se torna más estrecha; al contrario, las vivencias que nos proporciona son intensas y profundas como jamás nos ha proporcionado la vida familiar pequeñoburguesa. Saber establecer la fusión de la vida individual, el trabajo por el comunismo y la acción y la lucha de los trabajadores por la construcción comunista, he aquí uno de los objetivos que se nos plantea. Ustedes son la juventud, ustedes comienzan ahora a construir la propia

vida, y sabrán hacerlo de modo que no exista divorcio alguno entre la vida privada y la social.

N. Krúpskaia, "La preparación de leninistas", *Acerca de la educación comunista, artículos y discursos escogidos*, ed. rusa, pág. 130.

### *Ideología, disciplina y espíritu organizativo de la comunidad*

En el terreno de los principios hemos expuesto ya muchas veces ~~estas~~ ideas acerca de lo que significan la disciplina y el concepto de la disciplina en el partido obrero. *Unidad de acción, libertad de discusión y de crítica*: he ahí nuestra definición. Solamente una disciplina así es digna del partido democrático de la clase más progresista. La fuerza de la clase obrera reside en la organización. Sin la organización de las masas, el proletariado no es nada. Organizado, lo es todo. Organización es unidad de acción, unidad de actuación práctica. Claro está que todas las acciones y toda actuación tienen un valor solamente en cuanto que impulsan hacia adelante y no empujan hacia atrás, en cuanto que contribuyen a la cohesión ideológica del proletariado, en cuanto que lo estimulan y no lo rebajan, lo corrompen o lo debilitan. Organización sin contenido ideológico es un desmán, que sólo sirve, en la práctica, para convertir a los obreros en lamentables instrumentos de la burguesía entronizada en el poder. De ahí que el proletariado no reconozca nunca la unidad de acción sin libertad de discusión y de crítica. Y de ahí también que los obreros con conciencia de clase no pueden nunca olvidar que ante violaciones de los principios, suficientemente graves, la ruptura de todos los nexos de organización se convierte en un deber.

Lenin, "La lucha contra los socialdemócratas kadtizantes y la disciplina del partido", *ob. cit.*, t. XI, págs. 317-318.

La primera pregunta que surge es la siguiente: ¿cómo se mantiene la disciplina del partido revolucionario del proletariado?; ¿cómo se comprueba?; ¿cómo se refuerza? Primero, por la conciencia de la vanguardia proletaria y por su fidelidad a la revolución, su firmeza, su espíritu de sacrificio, su heroísmo. Segundo, por su capacidad de

ligarse, de acercarse y, hasta cierto punto, si se quiere, de fundirse con las más amplias masas trabajadoras, en primer término con las masas proletarias, pero también con las masas trabajadoras no proletarias. Tercero, por lo acertado de la dirección política que ejerce esta vanguardia, por lo acertado de su estrategia y de su táctica política, a condición de que las masas más extensas se convenzan de ello por experiencia propia. Sin estas condiciones es imposible la disciplina en un partido revolucionario verdaderamente capaz de ser el partido de la clase avanzada, llamada a derrocar a la burguesía y a transformar toda la sociedad. Sin estas condiciones, los intentos de implantar una disciplina se convierten, inevitablemente, en una ficción, en una frase, en gestos grotescos. Pero por otra parte estas condiciones no pueden aparecer de golpe. Sólo se forman a través de una labor prolongada, de una dura experiencia; su formación se facilita con una acertada teoría revolucionaria que, a su vez, no es un dogma, sino que sólo se forma de manera definitiva en estrecha conexión con la experiencia práctica de un movimiento verdaderamente de masas y verdaderamente revolucionario.

Lenin, "La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo", *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 19.

Prestar especial atención al desarrollo y fortalecimiento de la disciplina fraternal de los trabajadores y elevar en todos los aspectos su independencia y la conciencia de su responsabilidad. En esto reside el medio principal, si no el único, para superar definitivamente al capitalismo y los hábitos creados por el régimen de propiedad privada sobre los medios de producción. Lograr este objetivo exige una labor lenta y tenaz de reeducación de las masas lo que no sólo se hizo posible ahora que las masas han visto de un modo práctico la eliminación de los terratenientes, capitalistas y comerciantes, sino que está llevándose a cabo de un modo efectivo y por miles de caminos, mediante la propia experiencia práctica de los obreros y campesinos.

Lenin, "Proyecto de programa del PC(b)R", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 128.

En la escuela y la sociedad prerrevolucionarias la disciplina era un fenómeno exterior. Se trataba de una forma de dominio, de una manera de inhibir la personalidad, la voluntad y las aspiraciones indi-

viduales. También se trataba, en cierta medida, de un método de dominación, de un método para colocar al individuo en estado de sumisión con respecto a los elementos del poder. Así interpretábamos la disciplina los que conocimos el antiguo régimen, los que hemos frecuentado la escuela, el gimnasio o el colegio real. Tanto nosotros como nuestros maestros teníamos el mismo concepto, a saber: la disciplina es un código de reglas obligatorias, indispensable para la comodidad, el orden y un indefinido bienestar puramente exterior, un bienestar más bien del orden de la convivencia que de tipo moral.

En la sociedad soviética la disciplina es un fenómeno moral y político.

A. Makarenko, "Disciplina, régimen, castigos y estímulos", *Obras completas*, t. V, ed. rusa, pág. 134.

Las conversaciones sobre disciplina no deben tomar un tono moralizante, pero siempre es necesario transmitir a los jóvenes, además de los hábitos disciplinarios obligatorios, los elementos de la lógica disciplinaria, a saber:

- a) La colectividad necesita disciplina para alcanzar mejor y más rápidamente sus fines;
- b) La disciplina es necesaria para el desarrollo individual, para que cada uno eduque en sí la capacidad de superar obstáculos y realizar trabajos difíciles y hasta hazañas, si la vida lo pone en ese trance;
- c) En toda colectividad, la disciplina tiene que estar por encima de los intereses privados de sus componentes;
- d) La disciplina constituye un perfeccionamiento para la colectividad y para cada uno de sus integrantes;
- e) La disciplina es libertad, pues pone al individuo en una posición más defendida y le proporciona la seguridad total de su derecho, posibilidades y caminos a seguir;
- f) La disciplina no se pone de manifiesto cuando el hombre hace algo que le agrada, sino cuando realiza algo difícil e inesperado que le exige considerable esfuerzo, y lo cumple porque está convencido de que hace algo útil y necesario a la colectividad, la sociedad y el Estado soviético.

En todos estos esquemas y axiomas de la disciplina, debemos subrayar siempre lo principal, es decir, la significación política de la dis-



ciplina, puesto que constituye una parte muy importante de la educación política general.

Todos los educandos —niños y adolescentes— tienen que conocer estos preceptos y saber que no admiten la menor duda. Es necesario volver a expresarlos perentoriamente cada vez que surgen en la colectividad tendencias que se oponen a ellos.

A. Makarenko, "Disciplina y régimen", *ob. cit.*, t. V, págs. 36-37.

#### *Características de la colectividad socialista*

La sociedad socialista se funda sobre el principio de la colectividad. En ella no debe existir el individuo aislado, que aparece, en ocasiones, en forma prominente como un furúnculo y, a veces, de manera deleznable como el polvo del camino, sino el miembro de la colectividad socialista.

La Unión Soviética no es terreno propicio para el individuo fuera de la colectividad; por lo tanto, no lo es tampoco para el destino individual aislado, para un camino y una felicidad privados, opuestos al destino y la dicha de la colectividad.

En la sociedad socialista abundan las colectividades; la amplia comunidad soviética está formada enteramente de colectividades, pero ello no exime a los pedagogos del deber de buscar y hallar en su labor las formas colectivistas perfectas. La colectividad escolar, la célula de la sociedad infantil soviética tiene que ser el primer objetivo del trabajo educacional. Al educar al individuo debemos pensar en la educación de la colectividad entera. En la práctica, ambas tareas se resuelven en conjunto y mediante el mismo procedimiento. Nuestra influencia sobre el individuo debe ser también, necesariamente, un influjo sobre la colectividad. Y a la inversa, cada contacto nuestro con la colectividad debe contribuir, obligatoriamente, a la educación del individuo que integra la colectividad.

En realidad estos son postulados muy conocidos. Pero no han sido complementados en nuestra literatura por un minucioso estudio de los problemas colectivistas. La colectividad requiere una investigación especial.

La colectividad —primera meta de nuestra educación— tiene cualidades perfectamente definidas, que provienen claramente de su carácter socialista. Es imposible señalar en un breve artículo todas esas cualidades; por lo tanto sólo indicaré las principales.

A. La colectividad une a la gente no sólo en la meta y el trabajo comunes, sino también en la organización común de este trabajo. La meta común no es aquí, como en el tranvía o en el teatro, una coincidencia casual de metas privadas, sino la meta de la colectividad entera. La relación que existe entre el fin común y el individual no es entre nosotros una relación de opuestos, sino la que existe entre lo común (y por lo tanto, también mío) y lo individual (que siendo sólo mío, se suma a lo común). Cada acción, cada éxito o fracaso de un alumno, deben ser considerados como tales en la labor común. Es la lógica pedagógica que, literalmente, debe impregnar cada día escolar, cada movimiento de la colectividad.

B. La colectividad es una parte de la sociedad soviética, orgánicamente unida a todas las otras colectividades. La primera responsabilidad ante la sociedad, el primer deber ante el país reposan sobre ella, pues sólo a través de la colectividad cada uno de sus componentes integra la sociedad. De ahí emana la idea de la disciplina soviética. En esta forma, todo escolar comprenderá los intereses de la colectividad así como las nociones del deber y el honor. Sólo en esta forma puede armonizar los intereses privados y comunes, sólo así es posible educar el sentimiento del honor, que en nada se parece al viejo honor de los presuntuosos dominadores.

C. Alcanzar los objetivos de la colectividad, el trabajo en común, el deber y el honor del grupo, no son cosas que pueden convertirse en juego o capricho ocasional de los individuos. La colectividad no es una muchedumbre. Es un organismo social y, por consiguiente, posee órganos administrativos y coordinadores cuya misión es, en primer lugar, representar los intereses de la colectividad y la sociedad. La experiencia de la vida colectiva no es la mera experiencia de vivir en proximidad de otras personas; es una complejísima experiencia de movimientos colectivos racionales, entre los que ocupan el lugar más importante los principios de ordenamiento, debate, acatamiento a la voluntad de la mayoría, subordinación de un camarada a otro, responsabilidad y coordinación.

En la escuela soviética se abren amplias y luminosas perspectivas al trabajo del maestro. Éste está llamado a crear, cuidar, perfeccionar esta organización ejemplar, y transmitirla a los nuevos contingentes de educadores. La misión del maestro no consiste en moralizar, sino en dirigir con tacto y prudencia el crecimiento normal de la colectividad.

D. La unidad mundial de la humanidad trabajadora es la posi-

ción de principio en que se basa la colectividad soviética (la colectividad, siempre, a cada paso, debe tener presente los intereses de nuestra lucha; debe sentir siempre ante sí al partido comunista que la conduce a la felicidad auténtica.

Los detalles sobre el desarrollo del individuo dimanan de los postulados acerca de la colectividad. Los graduados de las escuelas soviéticas deben ser enérgicos e inteligentes miembros de la colectividad socialista, capaces de encontrar siempre, en cualquier momento de la vida, sin vacilaciones, el criterio justo para considerar un acto individual y también capaces de exigir a los demás una conducta correcta. Nuestro educando, quienquiera que sea, no puede actuar en la vida como portador de la perfección individual, ni como un hombre únicamente bondadoso y honesto. No; debe siempre conducirse como un miembro de su colectividad, como un integrante de la sociedad, que responde por sus actos y por los de sus compañeros.

A. Makarenko, "La meta de la educación", *ob. cit.*, t. V, págs. 353-356.

#### *Autoridad moral*

Para terminar, unas cuantas palabras acerca de las "autoridades". Los marxistas no pueden hacer suyo el acostumbrado punto de vista de los intelectuales radicales, quienes, con generalización seudorevolucionaria, afirman: ¡no reconocemos ninguna "autoridad"!

No; la clase obrera, que libra en el mundo entero una dura y obstinada lucha por la plena y total liberación, necesita de autoridades, aunque solamente, en el sentido, claro está, de que los jóvenes obreros necesitan de la experiencia de los viejos luchadores en contra de la opresión y la explotación, de esos luchadores que han tomado parte en muchas huelgas y en una serie de revoluciones, que han sabido asimilar las tradiciones revolucionarias y adquirir un amplio horizonte político. Los proletarios de cada país necesitan contar con la autoridad de la lucha internacional del proletariado. Necesitamos de la autoridad de los teóricos de la socialdemocracia internacional para ver claro acerca de nuestro programa y de la táctica de nuestro partido. Claro está que esta autoridad nada tiene que ver con las autoridades oficiales de la ciencia burguesa y de la política del ré-

gimen policíaco. Esta autoridad a que nos referimos es la autoridad de una complicada lucha que se libra en las filas del ejército socialista internacional. Pero si esta autoridad es importante para ampliar el horizonte visual de los combatientes, no menos inadmisiblemente sería manifestar, en un partido obrero, la pretensión de recibir de fuera y desde lejos la solución a los problemas prácticos y concretos de la política diaria. En lo que a estos problemas se refiere, la mayor autoridad será siempre el espíritu colectivo de los obreros avanzados y concientes de cada país, los que libran directamente la lucha en él.

Lenin, "Prólogo a la edición rusa del folleto de K. Kautsky, «Fuerzas motrices y perspectivas de la revolución rusa»", *ob. cit.*, t. XI, págs. 416-417.

En esta lucha impetuosa que es la revolución y en esos puestos especiales que ocupan los revolucionarios, donde la discusión surge hasta en la labor del más pequeño organismo colegiado, tiene inmensa importancia la gran autoridad moral que se conquista en el transcurso de la lucha y que jamás se pone en tela de juicio, esa autoridad cuya fuerza no emana, naturalmente, de una moral abstracta, sino de la moral del combatiente revolucionario, de la moral de filas, de los luchadores de filas de las masas revolucionarias.

Si en el curso de más de un año logramos vencer las ímprobables pruebas que recaían sobre un reducido círculo de revolucionarios abnegados, si los grupos dirigentes lograron resolver de una manera tan firme, tan rápida y tan unánime los problemas más difíciles, fue sólo porque el puesto destacado lo ocupaba un organizador tan excepcional, de tanto talento, como Iakob Mijáilovich. Sólo a él le era dado aunar en su persona un conocimiento tan asombroso de los militantes y dirigentes del movimiento proletario; sólo él logró, durante los largos años de lucha —a los cuales sólo puedo referirme aquí muy de pasada—, combinar en su persona la admirable sagacidad del hombre práctico, el notable talento del organizador y una autoridad jamás puesta en cuestión, gracias a la cual Iakob Mijáilovich podía dirigir de un modo absoluto y excepcionalmente personal las ramas más importantes de la labor del Comité Ejecutivo Central de Rusia, a cuya altura sólo podía hallarse un grupo de personas. Únicamente un hombre como él pudo llegar a conquistar una situación que le permitía resolver de manera definitiva gran parte de los problemas prácticos de organización fundamentales y de mayor importancia.

Bastaba una sola palabra suya para que un problema quedara solucionado de manera inapelable, sin dar lugar a deliberaciones ni votaciones formales; el asunto quedaba resuelto en forma definitiva y todos se sentían plenamente convencidos de que la cuestión se había zanjado sobre la base de conocimientos prácticos y sentido de organización tales, que dicha solución sería concluyente, no sólo para cientos y miles de obreros de vanguardia, sino también para las masas.

Lenin, "Discurso en memoria de I. Sverdlov, en la sesión extraordinaria del CEC de Rusia el 18 de marzo de 1919", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 86-87.

Era Lenin un hombre que impedía a la gente vivir su vida habitual, y lo hacía como nadie supo hacerlo antes de él.

El odio que inspiró a la burguesía mundial es evidente, está al desnudo; las repugnantes muestras de ese odio son visibles por doquier, y ese mismo odio nos dice cuán grande y terrible aparecía a los ojos de la burguesía el inspirador y líder de los proletarios de todos los países, Vladímir Ilich. Ya no existe, pero su voz resuena cada día más vigorosa y triunfal para los trabajadores del mundo, y ya no hay un rincón de la tierra donde no estimule la voluntad obrera hacia la revolución, la vida nueva y la construcción de una sociedad de hombres iguales. Los discípulos de Lenin, los herederos de su fuerza, prosiguen la gran obra con seguridad, firmeza y éxito crecientes.

Me inspiraba admiración su voluntad de vivir, expresada con tal brillo, y su odio activo por la bajeza. Me maravillaba el ardor juvenil con que impregnaba todo lo que hacía. Me asombraba su sobrehumana capacidad de trabajo. Sus movimientos eran rápidos y ágiles; su breve y vigoroso ademán armonizaba perfectamente con su lenguaje; era parco en palabras pero rico en pensamiento. Y en su rostro de facciones mongólicas ardían, centelleaban, los ojos penetrantes de luchador incansable contra la mentira y el dolor de la vida; esos ojos resplandecían, se entrecerraban, guiñaban, sonreían irónicamente o fulguraban de ira. El brillo de esos ojos hacía su discurso más incisivo y claro aun.

A veces parecía que la indomable energía de su espíritu lanzaba chispas por sus ojos, y que sus palabras, saturadas de esa energía,

brillaban en el aire. Su discurso siempre despertaba una sensación física de verdad irrefutable.

M. Gorki, "V. Lenin", *Obras completas*, t. XVII, Gospolitizdat, Moscú, 1952, págs. 28-29.

Ya hablé de su actitud absolutamente excepcional para con los camaradas y de su atención vigilante que le permitía adivinar hasta las pequeñeces desagradables de sus vidas. Pero jamás pude descubrir en este sentimiento la preocupación interesada que a veces manifiesta el patrono inteligente por el trabajador honrado y hábil. Se trataba de la atención cordial de un genuino compañero, del sentimiento de amor de un hombre por sus iguales. Sé que es imposible trazar un paralelo entre Lenin y los hombres de su partido, incluso los más descollantes, pero él parecía no saberlo o, mejor dicho, quería ignorarlo. Solía ser tajante al discutir con la gente, se mofaba sin piedad y llegaba a veces hasta la burla mordaz; pero cuántas veces, en sus juicios acerca de gente censurada y "regañada" ayer, se podía oír claramente una nota de admiración por el talento y la firmeza moral, por la perseverancia y el duro trabajo en condiciones infernales, como las de 1918-1921, labor realizada dentro de un cerco de espías de todos los países y partidos, y entre conspiraciones que aparecían como brotes de peste en el cuerpo del país agotado por la guerra. Era gente que trabajaba sin descanso, comía poco y mal, y vivía en constante alarma.

Idem, págs. 40-41.

#### *Camaradería y amistad*

Las leyendas de la antigüedad nos muestran diversos ejemplos de emocionante amistad. El proletariado europeo tiene derecho a decir que su ciencia fue creada por dos sabios y luchadores cuyas relaciones mutuas superan a las más emocionantes leyendas antiguas sobre la amistad entre los hombres.

Lenin, "Federico Engels", *ob. cit.*, t. II, pág. 20.

Marx y Engels hicieron realidad en nuestro siglo el ideal de amistad que describieron los poetas de la antigüedad. Desde la ju-

ventud se desarrollaron en forma conjunta y paralela, vivieron en la más íntima comunidad de ideas y de sentimientos, participaron en la misma agitación revolucionaria y, mientras pudieron hacerlo, trabajaron juntos [...]

Marx tenía en cuenta —antes que ninguna otra— la opinión de Engels; lo consideraba el hombre capaz de ser su colaborador. Engels era para él el público. Nada de lo que tuviera que hacer para persuadirlo, para ganarlo para sus ideas, le parecía una labor demasiado cargosa. Lo he visto hojear nuevamente libros enteros, con el fin de dar con los hechos que necesitaba para modificar la opinión de Engels acerca de algún punto secundario, que ya no recuerdo, de la cruzada política y religiosa de los albigenses. Lograr la adhesión de Engels era para él un triunfo.

Estaba orgulloso de él. En ocasiones me enumeraba con satisfacción las cualidades morales e intelectuales de su amigo; me llevó especialmente a Manchester para que lo viera.

P. Lafargue, "Recuerdos sobre Marx", *Recuerdos sobre Marx y Engels*, Gospolitizdat, Moscú, 1956, págs. 74-75.

Quiero decir, en particular, unas cuantas palabras acerca del *compañerismo* entre la juventud. Durante los años juveniles, el hombre se siente mucho más predispuesto a la amistad y a la ayuda colectiva a los camaradas. Rara vez un joven abandonará al camarada que se encuentre en una situación difícil. De cada cien casos se pueden dar dos o tres en que esto ocurre. Estos sentimientos adquieren una importancia extraordinaria en el combate. La seguridad plena en la firmeza del compañero de al lado eleva considerablemente las cualidades combativas de una unidad. Y el fuego del enemigo no provoca pánico, o, en todo caso, éste es menor. Estos sentimientos unen estrechamente y disciplinan a los combatientes. El compañerismo, la amistad de clase, hay que fomentarlos por todos los medios entre la juventud. Es ésta una de las cualidades más socialistas, imprescindible en todas partes y en particular en la lucha de clases.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., pág. 22.

## HUMANISMO SOCIALISTA

### *Esencia humanista del socialismo y el comunismo*

El comunismo como la supresión *positiva* de la *propiedad privada*, como *autoenajenación humana*, y, por consiguiente, como auténtica *apropiación de la esencia humana* por y para el hombre; el comunismo, entonces, como un retorno completo del hombre hacia sí mismo como ser *social* (es decir, humano): retorno hecho conciencia y realizado dentro de toda la riqueza del desarrollo previo. Este comunismo, en tanto que naturalismo acabado, se iguala al humanismo, y como humanismo acabado iguala al naturalismo; es la resolución *genuina* del conflicto entre el hombre y la naturaleza y entre el hombre y el hombre: la verdadera resolución de la lucha entre la existencia y la esencia, entre la objetivación y auto-confirmación, entre la libertad y la necesidad, entre el individuo y la especie.

Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, ed. Austral, Buenos Aires, 1960, pág. 102.

Igual que el ateísmo que, siendo la anulación de dios, es el advenimiento del humanismo teórico; y el comunismo, como anulación de la propiedad privada es la justificación de la verdadera vida humana como posesión del hombre y así, el advenimiento del humanismo práctico (así como el ateísmo es humanismo mediatizado consigo mismo a través de la anulación de la religión, en tanto que el comunismo es humanismo mediatizado consigo mismo a través de la anulación de la propiedad privada). Sólo a través de la anulación de esta mediatización —que es ella misma, sin embargo, una premisa necesaria— llega a existir el *humanismo positivo*, el humanismo autoderivado *positivo*.

Idem, págs. 169-170.

El enemigo más peligroso del *humanismo real*, en Alemania, es el *espiritualismo* o *idealismo especulativo*, que suplanta al *hombre individual y real* por la "*Autoconciencia*" o el "*Espíritu*" y dice, con el Evangelista: "El Espíritu vivifica, la carne embota". Huelga decir que este Espíritu inmaterial sólo en su imaginación tiene espíritu.

Marx y Engels, *La Sagrada Familia y otros escritos*, ed. cit., pág. 73.

Tal como en el siglo pasado los campesinos y los obreros de la manufactura sufrieron cambios en su modo de vida y se convirtieron en hombres diferentes después de su incorporación en la gran industria, cuando las fuerzas productivas de toda la sociedad dirigidas en común la producción, las nuevas formas en que se desarrollan esta última como resultado de esas condiciones, demandará hombres completamente nuevos y los creará. La producción no puede ser dirigida en base al principio social por los hombres de hoy: subordinados individualmente a una rama determinada de la industria, encadenados a la misma y explotados por ésta, que desarrollan un solo aspecto de sus aptitudes a expensas de las demás y que conocen una sola rama, o parte de ella en toda la industria. Ya en la actualidad la industria está cada vez menos dispuesta a emplear gente de semejantes características. Es evidente, entonces, que cuando la industria esté dirigida en común, y en forma planificada, por toda la sociedad, necesitará de hombres cuyas aptitudes estén ampliamente desarrolladas y sean capaces de orientarse en todo el sistema de la producción. Por ende, desaparecerá por completo la división del trabajo, minada ya en la actualidad por las máquinas, y que convierte a una persona en campesino, a otra en zapatero, obrero o especulador de la bolsa. La educación dará a los jóvenes la oportunidad de asimilar rápidamente en la práctica todo el sistema de producción, les permitirá pasar en forma alternada de una rama de la producción a la otra, según las necesidades de la sociedad y las inclinaciones personales. En consecuencia, los liberará de esa formación unilateral que hoy adquiere toda persona a causa de la división del trabajo. De este modo, la sociedad organizada en base a los principios comunistas dará a sus miembros amplia oportunidad para desarrollar todas sus aptitudes. Al mismo tiempo desaparecerán forzosamente las diferentes clases. Así, pues, por una parte, la sociedad organizada sobre la base de los principios comunistas es incompatible con la existencia de las clases, y, por la otra, la propia estructura de esa sociedad brinda los medios para eliminar las diferencias de clase.

Engels, "Principios de comunismo", Marx y Engels, *Obras completas*, t. IV, ed. cit., págs. 335-336.

A través de estos sindicatos de industria (que engloban a industrias enteras y no sólo a corporaciones, oficios y profesiones) se pasará a suprimir la división del trabajo entre los hombres, a educar, instruir y formar hombres *universalmente desarrollados y universalmente preparados*, hombres que lo *sabrán hacer todo*. Hacia eso marcha, debe marchar y *llegará* el comunismo, mas sólo dentro de muchos años. Intentar hoy anticiparse en la práctica a ese resultado futuro de un comunismo llegado al término de su completo desarrollo, solidez y formación, de su íntegra realización y de su madurez, es lo mismo que querer enseñar matemáticas superiores a un niño de cuatro años.

Lenin, "La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo", *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 44.

#### *El humanismo hipócrita de los explotadores y el humanismo revolucionario de la clase obrera*

Gueiden fue una persona ilustrada, culta, humana, tolerante, proclaman exultantes los babosos liberales y demócratas, que creen haberse colocado por encima de todo "partidismo" y haber alcanzado el punto de vista "general humano".

Muy señores míos, se equivocan ustedes. No es el punto de vista general humano, sino el general lacayuno. El esclavo que tiene conciencia de su condición y lucha contra ella es un revolucionario. El esclavo que no tiene conciencia de su esclavitud y vegeta en su vida de esclavo de un modo silencioso, inconciente y pasivo, ese es simplemente un esclavo. El esclavo al que se le cae la baba cuando describe satisfecho las excelencias de la vida del ilota y se entusiasma hablando de la bondad de su amo, es un siervo, un lacayo. Pues bien, señores de *Továrisch*, vosotros pertenecéis precisamente a esa categoría de lacayos. Con una beatitud repulsiva os enternecéis ante el hecho de que un terrateniente contrarrevolucionario, que apoyaba al gobierno contrarrevolucionario, fuese una persona ilustrada y humana. No comprendéis que, en lugar de convertir los esclavos en revolucionarios, los convertís en siervos sumisos. Vuestras palabras acerca de la libertad y la democracia no son más que frases de relumbrón aprendidas de memoria, una cháchara de moda o una hipocresía. Es un rótulo pintarrajeado. Y vosotros mismos no sois más que unos sepulcros blanqueados. Vuestras almas están llenas de servi-

lismo, y toda vuestra instrucción, cultura e ilustración es tan sólo una variedad de la prostitución calificada. Y es que vosotros vendéis vuestras almas, y no por necesidad, sino por "amor al arte" [...]

—Gueiden fue un hombre instruido, proclaman enternecidos nuestros demócratas de salón. En efecto, ya lo hemos reconocido y reconocemos de buena gana que fue más instruido y más inteligente (cosa que no siempre corre pareja con la instrucción) que los propios demócratas, pues comprendía los intereses de su clase y de su movimiento social contrarrevolucionario mejor de lo que vosotros, señores de *Továrisch*, comprendéis los intereses del movimiento emancipador. El contrarrevolucionario e ilustrado terrateniente sabía defender con sutileza y astucia los intereses de su clase, encubría hábilmente con un barniz de nobles frases y de aparente caballerosidad los afanes egoístas y los rapaces apetitos de los señores feudales e insistía (ante Stolipin) para que esos intereses se salvaguardasen con las formas más civilizadas de la dominación de clase. Gueiden y otros como él sacrificaron toda su "instrucción" en aras de los intereses de los terratenientes. Un verdadero demócrata, y no un lacayo "decente" de los salones radicales rusos, podría ver en esto un tema excelente para un publicista que mostrase cómo se prostituye la instrucción en la sociedad contemporánea.

Cuando un "demócrata" habla de instrucción, su deseo es despertar en el lector la idea de ricos conocimientos, de una amplitud de miras, de un ennoblecimiento del cerebro y del corazón. Para los Gueiden la instrucción es un barniz superficial, una domesticación, una forma de "aprender" a llevar a cabo, con modales de caballero, los más burdos y más sucios amaños políticos [...]

—Gueiden fue "un hombre", dice en pleno éxtasis el demócrata de salón. Gueiden fue humano.

Semejante enternecimiento ante el humanismo de Gueiden nos hace recordar no sólo a Nekrásov y a Saltikov, sino también los *Relatos de un cazador* de Turguéniev. Ante nosotros se halla un terrateniente civilizado, culto, instruido, de suaves modales y con un lustre europeo. El terrateniente obsequia a su huésped con una copa de vino y habla sobre temas elevados. "¿Por qué no se ha calentado el vino?", pregunta al lacayo. Éste palidece y guarda silencio. El terrateniente hace sonar la campanilla y, sin elevar la voz, dice al sirviente que ha acudido a la llamada: "En cuanto a Fiodor... tome las medidas pertinentes."

Ahí tenéis un ejemplo de "humanismo" gueideniano o de hu-

manismo a lo Gueiden. Comparado con Saltichija,\* por ejemplo, el terrateniente de Turguéniev también es un hombre "humano", tan humano que no va en persona a la cuadra para comprobar si se ha azotado a Fiodor como corresponde. Es tan humano que no se preocupa de que las varas con que azota a Fiodor hayan sido humedecidas en agua salada. Este terrateniente jamás se permitirá golpear o insultar a un lacayo; como persona instruida se limita a "ordenar" desde lejos, con modales suaves y humanos, sin alborotos, sin escándalos, sin sacar las cosas al público...

Exactamente de la misma especie es el humanismo de Gueiden. Él no ha tomado parte, con los Luzhenovski y los Filónov, en el apaleamiento de los campesinos. Él no ha participado, con los Renenkampf y los Meller-Zakomelski, en las expediciones punitivas. Él no ha ametrallado las calles de Moscú con Dubásov. Era tan humano que se abstenía de realizar tales hazañas, dejando que esos héroes de la "cuadra" rusa "tomasen las medidas pertinentes", mientras él, en la tranquilidad de su pacífico y culto despacho, dirigía el partido político que apoyaba al gobierno de los Dubásov y cuyos dirigentes bebían en honor de Dubásov, el vencedor de Moscú... ¿Acaso no es lo más humano enviar a los Dubásov a que "tomen las medidas pertinentes en cuanto a Fiodor", en lugar de ir en persona a la cuadra? Para las viejas comadres que se encargan de la sección política de nuestra prensa liberal y democrática, eso es un modelo de humanismo... ¡Fue un hombre de oro, no molestó ni a una mosca! "Raro y dichoso sino", ese de apoyar a Dubásov, aprovecharse de los frutos de las represiones de Dubásov y no tener que responder por Dubásov.

Lenin, "En memoria del conde Gueiden", *ob. cit.*, t. XIII, págs. 47-51.

No tenemos necesidad de demostrar la falacia e hipocresía del "humanismo" burgués de nuestros días, pues la propia burguesía, al organizar el fascismo, se ha encargado de arrojar al humanismo como una máscara gastada, incapaz de cubrir ya su hocico de fiera rapaz; y se ha desprendido de él por haberlo incluido entre las causas de su

\* Terrateniente del siglo XVIII, famosa por las feroces torturas a que sometía a los campesinos siervos. (*Ed*)

división y podredumbre. Los hechos que hemos relatado en las páginas anteriores nos dicen cómo, cada vez que la gente sensible y alarmada por el espectáculo de la vileza del mundo, predica el humanitarismo con la ingenua esperanza de poder mitigar esa vileza, o por lo menos disimularla entre frases elocuentes, los amos y señores de la vida, los mercaderes, permiten la prédica con el solo objeto de calmar a los hombres, irritados por la miseria, la falta de derechos, la opresión y otras inevitables consecuencias de la actividad "cultural" de dichos mercaderes. Pero no bien la irritación de las masas obreras toma formas sociales y revolucionarias, la burguesía responde a "la acción con la reacción" [...]

El humanismo revolucionario confiere al proletariado el derecho, —históricamente fundado— de combatir implacablemente al capitalismo, el derecho de suprimir y aniquilar todos los infames cimientos del mundo burgués. Por primera vez en la historia de la humanidad se estructura un auténtico humanitarismo, fuerza creadora que se propone como fin la emancipación de centenares de millones de trabajadores, oprimidos por el inhumano y absurdo poder de una ínfima minoría, y les señala que precisamente el trabajo físico fue el que creó todos los valores culturales y que el proletariado, utilizándolos, tiene la misión de crear una nueva cultura: la cultura socialista de toda la humanidad, que establecerá en el mundo la inquebrantable hermandad, la igualdad del pueblo trabajador.

Este humanismo proletario no es una ficción ni una teoría, sino la práctica combativa, viril y heroica del proletariado de la Unión Soviética, la práctica que ya ha demostrado que, en el territorio de la ex Rusia burguesa, campesina, "bárbara" y multinacional, se está realizando verdaderamente la hermandad, la igualdad entre las nacionalidades, y se desarrolla el proceso de transformación de la inmensa energía física en energía intelectual.

M. Gorki, "El humanismo proletario", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 234-235.

En la base de todo lo que hemos enumerado en forma breve e incompleta, existe y actúa la vigorosa energía creadora del humanismo proletario, el humanismo de Marx y Lenin, que no es precisamente el humanismo que, hasta hace poco, la burguesía ensalzaba como cimiento de su civilización y cultura.

Nada en común tienen ambos humanismos, salvo el término;

una misma palabra, pero con dos contenidos reales diametralmente opuestos. El humanismo burgués, que hizo su aparición hace unos quinientos años, fue un instrumento de autodefensa de la burguesía contra los señores feudales y la Iglesia, "guía espiritual" de los señores que ellos dirigían. El rico burgués, industrial o comerciante, cuando hablaba de equivalencia entre los hombres, sólo se refería a la suya frente al parásito feudal, con armadura de caballero o casulla de obispo. El humanismo burgués convivió plácidamente con el régimen esclavista, el comercio de esclavos, el "derecho de primera noche", la Inquisición, el exterminio de los albigenses de Tolosa, la muerte en la hoguera de Giordano Bruno, Jan Hus y decenas de miles de "herejes", "brujas", artesanos y campesinos anónimos...

En general, la burguesía nunca se preocupó por aliviar la vida de las masas obreras, excepto con la limosna, que humilla la dignidad de los hombres de trabajo. El humanismo de la pequeña burguesía se expresaba en la práctica en forma de "filantropía", es decir, la limosna que se da al despojado. Un "mandamiento" muy basto y falaz fue echado entonces a rodar: "Que tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda"; con lo cual se justificaba a los "amos y señores de la vida", que gastaban unas miserables monedas en escuelas, hospitales y asilos para inválidos después de haber robado millones...

El humanismo burgués, de haber sido veraz, de haber deseado sinceramente despertar y educar en los hombres explotados el sentimiento de dignidad humana, la conciencia de su fuerza colectiva y del valor del hombre como organizador de las fuerzas del mundo y la naturaleza, no hubiera inculcado la mísera y vil idea de lo inevitable del sufrimiento ni el sentimiento pasivo de la compasión, sino la activa repugnancia por todo sufrimiento, en especial el provocado por causas económico-sociales.

M. Gorki, "A propósito de las culturas", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 464-465.

El humanismo del proletariado revolucionario es rectilíneo. No pronuncia ampulosas y dulzonas palabras acerca del amor a los hombres. Su fin es liberar al proletariado mundial del ignominioso, sanguinario y demente yugo del capitalismo; enseñar a los hombres que no deben considerarse una mercancía de compra-venta, una materia prima para fabricar oro y lujo para los burgueses...

El humanismo proletario exige un odio inextinguible a los pequeñoburgueses, al poder de la burguesía y sus lacayos, a los parásitos y fascistas, a los verdugos y traidores de la clase obrera; odio a todo lo que obliga a sufrir, a todos los que viven y lucran con el sufrimiento y las desdichas de centenares de millones de hombres.

Idem, pág. 466.

### *Libertad e igualdad*

Los profesores burgueses han tratado de hacer ver que por igualdad entendíamos nosotros el hacer a todos los hombres iguales entre sí. Pretendían acusar a los socialistas de esta necedad, urdida por ellos mismos. Pero no sabían, dada su ignorancia, que los socialistas —y, concretamente, los fundadores del socialismo científico contemporáneo, Marx y Engels— dijeron que la igualdad es una frase vacía si por igualdad no se entiende la supresión de las clases. Nosotros queremos suprimir las clases y en ese sentido somos partidarios de la igualdad. Pero pretender convertir a todos los hombres en individuos iguales los unos a los otros, no pasa de ser la más vacua de las frases y una necia cavilación de los intelectuales, que, a veces de buena fe, hacen muecas y alinean palabras sin sentido, ya se llamen escritores, sabios o qué sé yo cuántas cosas más.

Y lo que nosotros decimos es que nos proponemos como meta la igualdad como supresión de las clases. Pero para ello hará falta acabar también con la diferencia de clases entre el obrero y el campesino. Esa es precisamente nuestra meta.

Lenin, "I Congreso de la enseñanza extraescolar de Rusia", 6-19 de mayo de 1919, *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 351-352.

El socialismo es la supresión de las clases.

Para suprimir las clases lo primero que hace falta es derrocar a los terratenientes y capitalistas. Hemos cumplido esta parte de la tarea, pero es sólo una parte y *no* la más difícil. Para acabar con las clases es preciso, en segundo lugar, suprimir la diferencia existente

entre obreros y campesinos, convertir a *todos en trabajadores*. Y no es posible hacerlo de la noche a la mañana. Es una tarea muchísimo más difícil y necesariamente muy larga.

Lenin, "Economía y política en la época de dictadura del proletariado", *ob. cit.*, t. XXX, pág. 106.

Mientras no sean abolidas las clases, hablar de libertad y de igualdad en general es engañarse a sí mismo o engañar a los obreros y a todos los trabajadores y explotados por el capital; en todo caso es defender los intereses de la burguesía. Mientras no sean suprimidas las clases, en todo debate sobre libertad e igualdad deben formularse las siguientes preguntas: ¿libertad para qué clase? ¿Y para qué exactamente? ¿Igualdad entre qué clases? ¿Y con qué relaciones entre sí? Eludir estas preguntas directa o indirectamente, conciente o inconcientemente, equivale a defender los intereses de la burguesía, los intereses del capital, los de los explotadores. La consigna de libertad o igualdad, si se callan estas preguntas, si no se dice nada sobre la propiedad privada de los medios de producción, es mentira e hipocresía de la sociedad burguesa, que con el reconocimiento formal de la libertad y la igualdad encubre la servidumbre y desigualdad económicas de hecho de los trabajadores explotados por el capital, o sea, de la inmensa mayoría de la población de todos los países capitalistas.

Actualmente en Rusia, gracias a que la dictadura del proletariado planteó prácticamente los problemas fundamentales y últimos del capitalismo, se advierte con especial claridad a *quién sirven* (*cui prodest*. "¿a quién beneficia?") los discursos sobre la libertad e igualdad en general [...]

Mientras se mantenga la propiedad privada de los medios de producción (por ejemplo, los implementos agrícolas y el ganado, aun cuando la propiedad privada de la tierra haya sido abolida) y el comercio libre, existirá la base económica del capitalismo. Y la dictadura del proletariado es el único medio de lucha victoriosa contra esta base, el único camino hacia la abolición de las clases (sin la cual no puede hablarse siquiera de libertad efectiva para el ser humano —y *no para el propietario*—, de la igualdad efectiva, política y social entre hombre y hombre —y *no la hipócrita igualdad entre*



propietario y desposeído—, entre el harto y el hambriento, entre el explotador y el explotado).

Lenin, "A propósito de la lucha en el seno del Partido Socialista Italiano", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 378-379.

El socialismo se propone, en el mundo entero, luchar contra toda explotación del hombre por el hombre. Para nosotros sólo tiene un significado auténtico la democracia que sirve a los explotados, a quienes se hallan colocados en situación de desigualdad. Privar de derechos electorales a quienes no trabajan es implantar la verdadera igualdad entre los hombres. Quien no trabaja no debe comer.

En respuesta a tales acusaciones, señalemos que hay que preguntarse cómo se realiza la democracia en tales o cuales Estados. En todas las repúblicas democráticas vemos cómo se proclama la igualdad, pero también cómo en las leyes civiles y en las que se refieren a los derechos de la mujer, a su situación en la familia, al divorcio, a cada paso la mujer se halla en una situación de inferioridad y humillación, y decimos que esto sí es un atentado contra la democracia, y precisamente contra los oprimidos. El poder soviético realizó la democracia más que ningún otro país, incluyendo a los más adelantados, al no dejar en sus leyes ni el menor vestigio de la desigualdad de la mujer. Repito que ni un solo Estado, ni una sola legislación democrática, hicieron por la mujer ni la mitad de lo que hizo el poder soviético ya en los primeros meses de su existencia.

Claro está que las leyes por sí solas no bastan, y en modo alguno nos damos por satisfechos con nuestros decretos. Pero en el terreno de la legislación, hemos hecho cuanto de nosotros dependía para equiparar la situación de la mujer a la del hombre, y podemos enorgullecernos de ello con todo derecho. Actualmente, la situación de la mujer en la Rusia soviética es tal, que se la puede considerar ideal, incluso desde el punto de vista de los Estados más adelantados. Sin embargo, decimos que no es, por supuesto, más que el comienzo.

Todavía la mujer sigue limitada a las labores domésticas que pesan sobre ella. Para lograr la plena emancipación de la mujer y su igualdad real y efectiva con el hombre, es preciso que exista una economía socializada y que la mujer participe en el trabajo general de la producción. Entonces sí ocupará el mismo lugar que el hombre.

Claro está que aquí no hablamos de nivelar a la mujer con el hombre en cuanto a la productividad, cantidad y duración de la jornada, y a las condiciones en que trabaja, etc., sino que sostenemos simplemente que no debe hallarse oprimida por su situación doméstica, que deben desaparecer sus diferencias con el hombre. Todos ustedes saben que, incluso en un régimen de plena igualdad de derechos, se mantiene, a pesar de todo, esta opresión de hecho de la mujer, porque pesan sobre ella todas las cargas de la economía doméstica. En la mayoría de los casos esas labores son un trabajo totalmente improductivo, absurdo y pesadísimo, que recae sobre la mujer. Se trata de faenas extraordinariamente mezquinas y que en nada pueden contribuir al desarrollo de la mujer.

En la búsqueda del ideal socialista, luchamos por la realización total del socialismo, y en este camino se abre un amplio campo de acción para la mujer. Nos disponemos ahora a emprender concretamente la tarea de desbrozar el terreno para la construcción del socialismo, y la edificación de la sociedad socialista sólo comienza allí donde, después de haber logrado la igualdad completa de la mujer, abordamos las nuevas labores junto con ella, libre ya de esas faenas mezquinas, embrutecedoras e improductivas. Y estas labores nos ocuparán durante muchos, muchísimos años.

Lenin, "Las tareas del movimiento obrero femenino en la República Soviética. Discurso pronunciado en la IV Conferencia de la ciudad de Moscú, de trabajadores sin partido, el 23 de setiembre de 1919", *ob. cit.*, t. XXX, págs. 35-37.

El comunismo libera a los hombres del temor a la guerra y garantiza una paz duradera; emancipa de la explotación y de la opresión imperialistas, del paro forzoso y de la miseria, y garantiza el bienestar general y un alto nivel de vida; libera del temor ante las crisis económicas y asegura el impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas en bien de toda la sociedad; libera al individuo del yugo de la bolsa de dinero y garantiza al hombre un desenvolvimiento espiritual multifacético, el florecimiento de todas sus aptitudes y el ilimitado progreso científico y cultural de la sociedad. Debemos hacer que la idea de que la victoria del nuevo régimen social beneficia a todas las capas de la población, excepto un reducido grupo de ex-

plotadores, prenda en la conciencia de millones de hombres de los países capitalistas.

"Declaración de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros", *Hacia nuevas victorias del movimiento comunista mundial*, ed. Anteo, Buenos Aires, 1961, págs. 66-67.

### *La preocupación por el hombre*

*En un país arruinado, la tarea primordial es salvar al trabajador. La principal fuerza productiva de toda la humanidad son los obreros, los trabajadores.*

Lenin, "I Congreso de la enseñanza extraescolar de Rusia, 2-19 de mayo de 1919", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 357.

¡Para salvar a la clase obrera no hay que escatimar sacrificios! Media libra a los capitalistas y una libra a los obreros: esto es lo que hace falta para salir de este período de hambre y ruina. El consumo de los obreros que se mueren de hambre es la condición y la base para poder restaurar la producción.

Zetkin tenía absoluta razón cuando decía a Kautsky que "*se deslizaba hacia la economía política burguesa. La producción existe para el hombre, y no a la inversa*"....

Lenin, "Los héroes de la Internacional de Berna", *ob. cit.*, t. XXIX pág. 391.

Tenía Lenin una profunda comprensión por los sufrimientos morales que torturaban a la humanidad, oprimida por caducas formas sociales y económicas. Pero lo que experimentaba por la dura suerte de las masas, lo que sentía por ellas, no terminaba en la simple compasión. Su sentimiento no arraigaba en una lacrimosa simpatía, sino que estaba firmemente enraizado en su valoración de las masas como fuerza histórica revolucionaria. Lenin veía y apreciaba en los explotados y oprimidos a los luchadores contra la opresión y la explotación; y en esos luchadores, a los constructores de un nuevo ré-

gimen social que pondría fin a la opresión y la explotación del hombre por el hombre. La destrucción, por obra de las masas, de los viejos baluartes de la opresión y de la explotación, estaba para él estrechamente relacionada con la creación de un régimen sin oprimidos ni explotados, obra también de las masas.

Como una vez me lo dijo, Lenin pensaba que la causa emancipadora de la revolución proletaria, cuya misión era recrear el mundo, necesitaba ya algo más que una "masa en cantidad"; se hacía indispensable "la calidad en la cantidad". La masa revolucionaria que debía destruir victoriosamente lo viejo y crear lo nuevo no era para Lenin una materia informe, anónima, impersonal, que un pequeño grupo de líderes podía modelar a su antojo. Valoraba a la masa como a un conjunto de innumerables individuos que representaban lo mejor de la humanidad, sus elementos más combativos y de aspiraciones más elevadas. Era necesario despertar el sentimiento y la conciencia de esta parte de la humanidad, desarrollar y elevar la conciencia proletaria de clase al máximo grado de actividad organizada.

Lenin, que apreciaba a la masa marxista, atribuía por supuesto una enorme trascendencia al desarrollo cultural multifacético de ésta. La consideraba la más grande conquista de la revolución y la más segura garantía de la realización del comunismo.

El Octubre rojo —me dijo un día— abrió amplio camino a la revolución cultural, que se está realizando en escala inmensa sobre la base de la revolución económica y en constante reciprocidad con ella. Imagínese a millones de hombres y mujeres de diferentes nacionalidades y razas, y de distintos grados de cultura. Pues bien, todos ellos se han lanzado hoy hacia adelante, hacia una vida nueva. La tarea que actualmente se le plantea al poder soviético es grandiosa. Debe cancelar en unos años o décadas una deuda cultural de muchos siglos. Además de los organismos e instituciones estatales, trabajan por el progreso cultural numerosas organizaciones y asociaciones de científicos, artistas y maestros. Enorme labor cultural realizan nuestros sindicatos obreros en las empresas y nuestras cooperativas rurales. La actividad de nuestro partido se despliega y penetra por doquier. Se hace muchísimo; nuestros éxitos son grandes en comparación con lo que fue, pero pequeños si se los compara con lo que hay que hacer todavía. Nuestra revolución cultural apenas comienza.

C. Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*, ed. cit., págs. 67-68.

*El mayor respeto por el hombre, la más severa exigencia con el hombre*

Si alguien me pidiera una definición concisa de la esencia de mi experiencia pedagógica, la fórmula sería: exigir del hombre lo más y darle el máximo respeto. Estoy seguro de que también ésta es la fórmula de la disciplina soviética y de nuestra sociedad en general.

Esta combinación de exigencia y respeto no reúne dos cosas diferentes, sino una y la misma. Las exigencias que formulamos al individuo contienen respeto por sus fuerzas y aptitudes, y nuestro respeto por él ya representa una exigencia. No se trata del respeto por algo exterior, agradable y hermoso, colocado fuera de la sociedad; es el respeto por los camaradas que comparten el trabajo común; es el respeto por el militante.

A. Makarenko, "Disciplina, régimen, castigos y estímulos", *Obras completas*, t. V, ed. rusa, páginas 148-149.

#### LA ACTITUD COMUNISTA HACIA EL TRABAJO Y LA PROPIEDAD SOCIAL

##### *El trabajo, amo de la nueva sociedad*

El trabajo es, en primer término, un proceso entre la naturaleza y el hombre, proceso en que éste realiza, regula y controla mediante su propia acción, su intercambio de materias con la naturaleza. En este proceso el hombre se enfrenta como un poder natural con la materia de la naturaleza. Pone en acción las fuerzas naturales que forman su corporeidad, los brazos y las piernas, la cabeza y la mano, para de ese modo apropiarse, bajo una forma útil para su propia vida, las materias que la naturaleza le brinda. Y a la par que de ese modo actúa sobre la naturaleza exterior a él y la transforma, trasforma su propia naturaleza, desarrollando las potencias que dormitan en él y sometiendo el juego de sus fuerzas a su propia disciplina. Aquí no vamos a ocuparnos, pues no nos interesan, de las primeras formas de trabajo, formas instintivas y de tipo animal. Detrás de la fase en que el obrero se presenta en el mercado de las mercancías como vendedor de su propia fuerza de trabajo, se alza en

un fondo prehistórico, la fase en que el trabajo humano no se ha desprendido aún de su primera forma instintiva. Aquí partimos del supuesto del trabajo plasmado ya bajo una forma en la que pertenece exclusivamente al *hombre*. Una araña ejecuta operaciones que se semejan a las manipulaciones del tejedor, y la construcción de los panales de las abejas podría avergonzar, por su perfección, a más de un maestro de obras. Pero hay algo en que el peor maestro de obras aventaja, desde luego, a la mejor abeja, y es el hecho de que, antes de ejecutar la construcción, la proyecta en su cerebro. Al final del proceso de trabajo, brota un resultado que antes de comenzar el proceso existía ya *en la mente del obrero*; es decir, un resultado que tenía existencia *ideal*. El obrero no se limita a hacer cambiar de forma la materia que le brinda la naturaleza, sino que, al mismo tiempo, *realiza en ella su fin*, fin que él *sabe* que rige como una ley las modalidades de su actuación y al que tiene necesariamente que supeditar su voluntad. Y esta supeditación no constituye un acto aislado. Mientras permanezca trabajando, además de esforzar los órganos que trabajan, el obrero ha de aportar esa voluntad *conciente del fin* a que llamamos *atención*, atención que deberá ser tanto más reconcentrada cuanto menos atractivo sea el trabajo, por su carácter o por su ejecución, para quien lo realiza, es decir, cuanto menos disfrute de él el obrero como de un juego de sus fuerzas físicas y espirituales.

Marx, *El capital*, ed. cit., págs. 147-148.

El trabajo es la fuente de toda riqueza, afirman los economistas. Lo es, en efecto, a la par que la naturaleza, encargada de suministrarle los materiales que él convierte en riqueza. Pero el trabajo es muchísimo más que eso. Es la condición básica y fundamental de toda la vida humana. Y lo es en tal grado que, hasta cierto punto, podemos decir que el trabajo ha creado al propio hombre.

Engels, "El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 499.

Frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y sus demencias políticas, está surgiendo una sociedad nueva, cuyo principio

de política internacional será *la paz*, porque el gobernante nacional será el mismo en todos los países: *el trabajo*.

Marx y Engels, "La guerra civil en Francia", *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 306.

"El que no trabaja, no come": esto lo comprende cualquier trabajador. Con ello están de acuerdo todos los obreros, todos los campesinos pobres, e incluso los campesinos medios, todo el que haya conocido las necesidades, todo el que haya vivido alguna vez de su trabajo. Las nueve décimas partes de la población de Rusia están de acuerdo con esta verdad sencilla, la más sencilla y evidente, que constituye la base del socialismo, el manantial inagotable de su fuerza, la firme garantía de su victoria definitiva.

Mas lo esencial consiste, precisamente, en que una cosa es expresar la conformidad con esta verdad. jurar que se la comparte y reconocerla de palabra, y otra saber aplicarla en la práctica.

Lenin, "Sobre el hambre", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 384-385.

Es necesario luchar contra la vieja costumbre de considerar la medida del trabajo y los medios de producción desde el punto de vista del hombre esclavizado que se pregunta cómo podrá liberarse de un peso suplementario, cómo podrá quitar algo a la *burguesía*. Los obreros avanzados y concientes han comenzado ya esta lucha y responden vigorosamente a los elementos advenedizos, que han acudido a las fábricas en número particularmente grande durante la guerra, y que quieren considerar a la fábrica, *que pertenece al pueblo*, que ya es propiedad del pueblo, como antes, únicamente con el criterio de "sacar el mayor provecho y marcharse". Cuanto hay de conciente, honrado y reflexivo entre los campesinos y en las masas trabajadoras se alzará en esa lucha al lado de los obreros avanzados [...]

La contabilidad y el control, necesarios a la transición al socialismo, sólo pueden ser obra de las masas. La colaboración voluntaria y conciente de las *masas* obreras y campesinas, prestada con entusiasmo revolucionario en la contabilidad y en el control *sobre los ricos, los vividores, los parásitos y los maleantes*, es lo único que puede

vencer esas supervivencias de la maldita sociedad capitalista, esos detritos humanos, esos miembros irremisiblemente gangrenados y petrificados de la sociedad, ese contagio, esa peste, esa llaga que el capitalismo deja en herencia al socialismo.

Lenin, "¿Cómo organizar la emulación?", *ob. cit.*, t. XXVI, pág. 391.

### *La actitud comunista hacia el trabajo*

El trabajo comunista, en el más estricto y riguroso sentido de la palabra, es un trabajo gratuito en bien de la sociedad, un trabajo realizado, no para cumplir determinada obligación, no para tener derecho a ciertos productos, no de acuerdo con normas legales y establecidas de antemano, sino un trabajo voluntario, al margen de normas, un trabajo realizado sin tener en cuenta recompensa alguna, sin poner condiciones sobre su remuneración, un trabajo realizado por el hábito de trabajar en bien de la sociedad y de acuerdo con la actitud conciente (transformada en hábito) ante la necesidad de trabajar para el bien común y, por último, un trabajo como exigencia del organismo sano.

Para todos está claro que nosotros, es decir, nuestra sociedad, nuestro régimen social, estamos aún lejos, muy lejos de la aplicación en vasta escala, de la verdadera aplicación en masa de *ese tipo* de trabajo.

Pero el solo hecho de que esta cuestión se plantee, el hecho de que la planteen tanto la vanguardia del proletariado (el partido comunista y los sindicatos) como el poder del Estado, es un paso hacia adelante por ese camino.

Para llegar a lo grande hay que empezar por lo pequeño.

Y por otro lado, después de "lo grande", después de la revolución que derribó la propiedad de los capitalistas y puso el poder en manos del proletariado, la construcción de la vida económica sobre una *nueva* base sólo puede comenzar por lo pequeño.

Lenin, "De la destrucción de un régimen secular a la creación de otro nuevo", *ob. cit.*, t. XXX, pág. 507.

El comunismo representa un grado más alto de productividad del trabajo (con respecto al capitalismo), alcanzado voluntariamente por obreros concientes y unidos, que disponen de una técnica moderna. Los sábados comunistas tienen una importancia extraordinaria como comienzo *efectivo de comunismo*, cosa verdaderamente extraordinaria, si se tiene en cuenta que nos hallamos en una etapa en la que "sólo se dan los primeros pasos en el tránsito del capitalismo al comunismo" (como se dice, con toda razón, en el programa de nuestro partido).

El comunismo comienza allí donde los *obreros de filas* sienten la preocupación —una preocupación abnegada y más fuerte que la dureza del trabajo— de elevar la productividad, defender *cada púd de pan, de carbón, de hierro* y de otros productos, destinados, no a los que trabajan y a sus familias, sino a personas "extrañas", es decir, a toda la sociedad en su conjunto, a decenas y cientos de millones de hombres, agrupados primero en un Estado socialista y más tarde en la Unión de Repúblicas Soviéticas.

Lenin, "Una gran iniciativa", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 419-420.

"El trabajo en la URSS es, para todo ciudadano apto para el mismo, un deber y una causa de honor, de acuerdo con el principio: *El que no trabaja, no come.*"

En la URSS se aplica el principio del socialismo: "de cada uno según su capacidad; a cada uno, según su trabajo". Y vosotros mismos sabéis, camaradas, que la Constitución no es sólo la expresión jurídica de los derechos y deberes de los ciudadanos, sino también un poderoso factor para la educación de la gente.

Podría objetárseme diciendo que una cosa es la grandeza del trabajo en nuestro país y otra, la lucha por una elevada productividad del trabajo. No, camaradas, no hay tal cosa. El propio planteamiento de la cuestión de la grandeza del trabajo implica también la necesidad de estimular por todos los medios la elevación de la productividad del trabajo. Y eso es lo fundamental.

A la realización de esta tarea están encaminadas unas medidas tan importantes del partido y del poder soviético como son el establecimiento del título de "Héroe del trabajo socialista", la institución

de la orden de "La bandera roja del trabajo" y de las medallas "Por el trabajo heroico" y "Por el trabajo distinguido".

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., pág. 87.

En nuestro país, trabajar es al mismo tiempo un derecho y una obligación del ciudadano. Nuestra Constitución lo declara escuetamente, pero en esa fórmula concisa están contenidas las particularidades extraordinariamente variadas y felices del estado político y moral del ciudadano soviético. En nuestra sociedad el derecho al trabajo no significa solamente derecho a ganar un salario; es, ante todo, derecho a la creación, derecho de participar en la construcción del socialismo, en la solución de los problemas del Estado [...] El ciudadano soviético vive advirtiendo constantemente en su trabajo el latir de nuestro país y del mundo entero; ya no puede encerrarse dentro de los estrechos límites de su rincón de trabajo, de su taller, ni siquiera de su fábrica. Su trabajo se ha convertido en la labor creadora, en el sentido laboral, productivo, político y moral.

Ese trabajo, ampliado hasta muy extensas generalizaciones políticas, se ha convertido en el principio fundamental del crecimiento político del ciudadano soviético, lo cual es uno de los fenómenos más notables de nuestra época, fenómeno que marca nuevas fronteras entre el viejo y el nuevo concepto del trabajo y la diferencia entre el trabajo intelectual y el físico. El trabajo del ciudadano soviético, sea cual fuere el lugar donde se cumple, es un conjunto muy complejo de experiencias físicas e intelectuales y, en último término, es la experiencia de la plenitud vital, el sentimiento de dignidad y de protegida seguridad humana, la sensación de la unidad de los trabajadores y del potencial del Estado socialista. Es ésta una noción compleja que sobrepasa el concepto habitual del deber, y se aproxima de lleno a la meta de la vida: la alegría de vivir.

Pero en nuestra sociedad el trabajo no es solamente un derecho, sino también una obligación. Siempre en el orden del renacimiento social, nuestro concepto de la obligación es mucho más amplio que el de la sociedad burguesa. En nuestro país la obligatoriedad del trabajo ha dejado de ser un aspecto negativo de la vida. Nuestra obligación ya no entra en la categoría de las ataduras humanas. Entre nosotros es sobre todo un programa de crecimiento y desarrollo de la personalidad, ligado estrechamente a los aspectos placenteros de

la vida. Por eso, la vivencia de la obligación es para el ciudadano soviético una vivencia activa, no limitada por los marcos de un convenio, que surge de las más hondas potencias de la personalidad en continuo crecimiento y avance; precisamente por eso nuestra obligación no se limita a cumplir las funciones del convenio de trabajo, sino que tenemos el deber de enfocarla de una manera independiente y creadora.

A. Makarenko, "La alegría del trabajo creador", *Obras completas*, t. VII, ed. de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RFSSR, 1958, págs. 135-137.

Cuando el trabajo es una maldición, un mal inevitable y un medio de existencia, cuando el mejor objetivo de la vida es liberarse del trabajo, cuando tantos holgazanes viven más felices y ricos que los trabajadores, entonces aparece en la sociedad humana la idea de "una infancia sin preocupaciones"; idea justificada: que al menos los niños se libren de la maldición del trabajo.

Pero hay que decirlo francamente: la idea de una infancia sin preocupaciones debe ser ajena a nuestra sociedad, puesto que puede causar mucho daño en el porvenir. Solamente el que trabaja puede ser ciudadano del país soviético, y en ello reside su honor, su alegría y su dignidad humana. La preocupación laboral no es una simple vía para obtener los medios de existencia; es además una ética, es la filosofía del mundo nuevo, la idea de la unidad de los trabajadores, el concepto de la nueva humanidad dichosa. ¿Cómo podríamos entonces educar al futuro ciudadano, si no le proporcionamos desde la infancia la oportunidad de vivir la preocupación laboral y templar en ella su carácter y su actitud ante el mundo y los hombres, es decir, su moral socialista?

A. Makarenko, "Sobre la experiencia de la preocupación laboral", *Obras completas*, t. IV, ed. cit., pág. 520.

#### *Socialismo y emulación*

Lejos de impedir la emulación, el socialismo, por el contrario, crea, por vez primera, la posibilidad de aplicarla en escala verdade-

ramente *amplia*, verdaderamente *masiva*, crea la posibilidad de hacer realmente que la mayoría de los trabajadores entren en el terreno de una actividad que les permita manifestarse en todo su valor, desarrollar sus capacidades, revelar los talentos que en el pueblo forman un manantial inagotable y que el capitalismo pisoteaba, oprimía y ahogaba por miles y millones [...]

Sólo ahora adquieren la posibilidad de manifestarse, amplia y realmente de un modo general, el espíritu emprendedor, la emulación y la iniciativa audaz. Cada una de las fábricas, cuyo dueño haya sido lanzado a la calle o, cuando menos, metido en cintura por un verdadero control obrero; cada una de las aldeas donde se ha expulsado al gran terrateniente explotador, cuyas tierras han sido confiscadas, es ahora, y sólo ahora, campo de acción donde el hombre de trabajo puede manifestarse en todo su valor, enderezar un poco el espinazo, erguirse, sentirse hombre. Por primera vez, después de siglos trabajando para los demás, bajo el yugo, para los explotadores, se tiene la posibilidad de *trabajar para sí*, y de trabajar beneficiándose de todas las conquistas de la cultura y de la técnica más moderna.

Esta sustitución del trabajo esclavizado por el trabajo para sí —el cambio más grande que conoce la historia de la humanidad— no puede realizarse, naturalmente, sin rozamientos, sin dificultades, sin conflictos, sin el empleo de la violencia contra los parásitos inveterados y sus lacayos.

Lenin, "¿Cómo organizar la emulación?", *ob. cit.*, t. XXVI, págs. 387-388.

Ahora sólo nos queda organizar la emulación, es decir, asegurar una publicidad que permita a todas las comunidades del Estado informar con respecto al desarrollo económico de las diferentes zonas; en segundo lugar, facilitar la confrontación de los resultados obtenidos en el movimiento hacia el socialismo de una u otra comuna del país; en tercer lugar, asegurar que la experiencia práctica de una comunidad pueda ser repetida en otras comunidades; asegurar la posibilidad del intercambio de las fuerzas materiales —y humanas—, que se revelaron en el mejor aspecto en las esferas correspondientes de la economía nacional o de la administración estatal. Oprimidos por el régimen capitalista, en la actualidad ni siquiera podemos imaginarnos con precisión qué riqueza de fuerzas se ocultan en la masa trabajadora, en las diversas comunas de trabajadores

de un gran Estado, en las fuerzas intelectuales que hasta ahora trabajaron como ejecutoras inertes y mudas de las prescripciones capitalistas, qué riqueza de fuerzas se ocultan y pueden desplegarse en la estructura socialista de la sociedad. Nuestra tarea consiste únicamente en desbrozar el camino a todas esas fuerzas. Y si nos planteamos el establecimiento de la emulación como nuestra *estatal*, ateniéndonos a la aplicación de los principios soviéticos del orden estatal, a la abolición de la propiedad privada sobre la tierra, las fábricas, etc., los resultados se manifestarán inevitablemente, y nos sugerirán las ulteriores formas de construcción.

Lenin, "Primer borrador del artículo 'Tareas inmediatas del poder soviético'", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 201-202.

Los señores burgueses y sus lacayos, incluyendo entre éstos a los mencheviques y los eseristas,\* acostumbrados a considerarse como los representantes de la "opinión pública", se burlan, por supuesto, de las esperanzas de los comunistas, a las que llaman "un baobab plantado en una maceta de reseda"; se burlan del pequeño número de sábados rojos en comparación con la cantidad infinita de robos, de casos de desidia, baja producción, deterioro de las materias primas, de los productos, etc. A estos señores les contestamos: si los intelectuales burgueses hubieran ayudado con sus conocimientos a los obreros, en vez de ponerse al servicio de los capitalistas rusos y extranjeros para restablecer su poder, la revolución habría seguido un curso más rápido y pacífico. Sin embargo, esto no pasa de ser una hipótesis utópica, porque el problema se soluciona por la lucha de clases, y en ella la mayor parte de los intelectuales se inclinan a la burguesía. Pero el proletariado vencerá sin la ayuda de los intelectuales y a pesar de su oposición (por lo menos en la mayoría de los casos); barrerá a los intelectuales partidarios incorregibles de la burguesía, transformando y reduciendo y asimilando a los vacilantes, atrayendo paulatinamente a su lado a un número cada vez mayor de éstos. Regocijarse ante las dificultades y los reveses de la revolución, sembrar el pánico, predicar el retorno al pasado; tales son las armas y los métodos de lucha a que recurren los intelectuales burgueses. Pero el proletariado no se dejará engañar.

\* *Eseristas*: socialistas revolucionarios. (Ed.)

Pero si se considera el fondo del problema, ¿ha habido alguna vez en la historia un solo ejemplo de un modo de producción nuevo que se haya implantado de repente, sin una larga serie de fracasos, errores y retrocesos? Medio siglo después de la abolición de la servidumbre aún persisten en el campo ruso muchas supervivencias de aquel régimen. Había transcurrido medio siglo desde la abolición de la esclavitud de los negros en Norteamérica, y todavía las condiciones en que éstos vivían seguían siendo, no pocas veces, las de una semi-esclavitud. Los intelectuales burgueses, incluyendo a los mencheviques y eseristas, se muestran fieles a sí mismos: sirven al capital mientras siguen argumentando, de un modo rematadamente falso: antes de la revolución del proletariado nos motejaban de utopistas; ahora, después de la revolución, ¡nos exigen que borremos de la noche a la mañana todas las huellas del pasado!

Pero nosotros, que no somos utopistas, conocemos el verdadero valor de los "argumentos" burgueses. Y sabemos también que las huellas del pasado seguirán predominando, inevitablemente, hasta bastante tiempo después de la revolución e imponiéndose a los brotes de lo nuevo. Lo mismo en la naturaleza que en la vida social, cuando lo nuevo acaba de nacer, lo viejo sigue siendo siempre más fuerte que él durante cierto tiempo. Mofarse de la fragilidad de los nuevos tallos, adoptar un escepticismo fácil de intelectuales, etc., son, en el fondo, actitudes propias de la lucha de clases de la burguesía contra el proletariado, maneras de defenderse a que el capitalismo recurre en contra del socialismo. Nosotros, por nuestra parte, debemos estudiar cuidadosamente los gérmenes de lo nuevo, prestarles la mayor atención, alentar y cuidar por todos los medios el crecimiento de estos nuevos brotes. Es inevitable que algunos de ellos perezcan. Y nadie podría asegurar que los "sábados comunistas" llegarán a desempeñar un papel de particular importancia. No se trata de eso. Se trata de que es preciso fomentar el desarrollo de todos los brotes de lo nuevo, dejando que la vida misma se encargue de seleccionar los más vitales [...]

Los "sábados comunistas" tienen tanta importancia porque han sido iniciados por obreros que no se hallan, ni mucho menos, en condiciones excepcionalmente favorables, por obreros de diversos oficios y por simples peones, que trabajan en condiciones *ordinarias*, es decir, las *más difíciles*.

Lenin, "Una gran iniciativa", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 417-418.

Sería muy saludable desterrar del lenguaje corriente el abuso de la palabra "comuna", impedir que los advenedizos se apoderen de ella o *reservar este nombre* a las verdaderas comunas, que hayan demostrado efectivamente en la práctica (demostración corroborada por la opinión unánime de la población interesada) su capacidad para organizar las cosas a la manera comunista. Sólo cuando se demuestra que se es capaz de trabajar sin retribución en interés de la sociedad, en interés de todos los trabajadores, que se es capaz de trabajar "a la manera revolucionaria", de elevar la productividad y de desarrollar una actividad organizadora ejemplar, sólo entonces se puede reclamar el honroso título de "comuna".

En este sentido, los "sábados comunistas" representan una excepción de la más alta importancia. Los peones y los ferroviarios *han comenzado* probándonos con sus actos que son capaces de trabajar como comunistas, y sólo después de demostrarlo dieron a su iniciativa el nombre de "sábados comunistas". Hay que lograr que así se hagan las cosas en lo sucesivo, que cuantos den a su obra, institución o empresa el nombre de "comuna" *sin probar* mediante un trabajo tenaz y con los éxitos prácticos de una labor sostenida su modo ejemplar y realmente comunista de organizar las cosas, queden implacablemente en ridículo y se vean expuestos a la vergüenza pública, como charlatanes o fanfarrones.

Idem, pág. 424.

### *Cuidar y consolidar la propiedad social*

¡Camaradas obreros, soldados y campesinos, trabajadores todos! Poned *todo* el poder en manos de *vuestros* soviets. Proteged la tierra, el trigo, las fábricas, los instrumentos de producción, los productos, el transporte, cuidad de ellos como de las niñas de vuestros ojos, pues todo eso es desde hoy *exclusivamente* vuestro, patrimonio del pueblo. Gradualmente, con el acuerdo y la aprobación de la mayoría de los campesinos, orientándonos por la experiencia *práctica* de los campesinos y los obreros, marcharemos con paso firme y seguro a la victoria del socialismo, victoria que consolidarán definitivamente los obreros de vanguardia de los países más civilizados y que dará a los pueblos una paz duradera y los liberará de todo yugo y de toda explotación.

Lenin, "A la población", *ob. cit.*, t. XXVI, págs. 282-283.

Administra con cuidado y escrupulosamente el dinero, administras económicamente, abandona la pereza, no robes, observa la mayor disciplina en el trabajo: estas son precisamente las consignas que, ridiculizadas con razón por el proletariado revolucionario cuando la burguesía encubría con ellas su dominio como clase explotadora, se transforman hoy, después del derrocamiento de la burguesía, en las consignas principales y propias del momento.

Lenin, "Las tareas inmediatas del poder soviético", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 240.

En el artículo 131 de la Constitución de la URSS leemos: "*Todo ciudadano de la URSS está obligado a salvaguardar y consolidar la propiedad común, socialista, como base sagrada e inviolable del régimen soviético, como manantial de la riqueza y del poderío de la patria, como fuente de una vida acomodada y culta para todos los trabajadores. Las personas que atenten contra la propiedad común, socialista, son enemigos del pueblo.*"

Por su valor intrínseco, la cuestión de salvaguardar y consolidar la propiedad común es una cuestión de mayor importancia que la que aparenta exteriormente. La actitud cuidadosa para con la propiedad común es un rasgo comunista. Tengo la impresión de que en la historia de la humanidad no ha existido una sociedad más cuidadosa que la comunista. Y es natural, puesto que sólo en la sociedad comunista los recursos se encuentran en manos de los productores que disponen de ellos. No creo que haya especial necesidad de demostrar que el productor es más económico en el gasto que el explotador o el usurpador de bienes ajenos.

La historia no ha acostumbrado a la gente a ser cuidadosa en la propiedad común; en cambio, siempre han abundado los aficionados a dilapidarla. El peculado constituía uno de los rasgos característicos del viejo sistema de gobierno; el erario público era una vaca lechera para los funcionarios. Se comprende que tal orden de cosas fomentara la incuria hasta con respecto a los bienes personales y su dilapidación mientras que la actitud negligente hacia los bienes comunes se extendía de arriba a abajo.

Pero esta depredación del patrimonio nacional y del trabajo humano que observábamos en el pasado, apenas es una travesura infantil si la comparamos con la manera en que se despilfarró el trabajo hu-



mano en la sociedad capitalista contemporánea. Podemos decir <sup>que</sup> ~~temor~~ a equivocarnos que en la actualidad se arrojan al aire millones de jornadas de trabajo con el fin de destruir el trabajo anterior. ¡Y cuántos valiosísimos dones de la naturaleza, tan limitados en el mundo, se están destruyendo! Por ese solo delito de lesa humanidad, el capitalismo merece ser destruido cuanto antes.

En el balance general de la producción del Estado, la economía es una de las partidas en el haber del patrimonio nacional. Y en esta partida tiene que aumentar de año en año como resultado de la elevación de nuestro nivel cultural.

Camaradas, el artículo 131 de la Constitución nos proporciona abundantísimo material para la educación comunista.

Se trata de un artículo dirigido contra la concepción burguesa que dice: "Esta es mi casa y no quiero saber nada más. Es mi refugio antiaéreo y no dejaré entrar a nadie". Ese artículo nos obliga a cuidar de la propiedad común, a colocar los intereses comunes por encima de los intereses individuales, pues sólo en la colectividad socialista es donde queda verdaderamente salvaguardada la situación de cada uno.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., págs. 92-93.

*Cada uno de nosotros debe tener el sentido de la propiedad social.*

Debemos ser propietarios, mucho más que cualquier capitalista. Debemos cuidar y proteger con el mayor celo cada tuerca, cada eslabón de nuestra obra, porque nos pertenece, es de los obreros, la hemos conquistado.

A veces nos olvidamos de ello. Si sopla, que sople; si chorrea, que chorree; total, no es nuestro [...]

Es necesario que aprendamos a cuidar lo que tenemos, a controlar los materiales y su uso como buenos patronos, de modo que cada kopek nos escale la mano antes de gastarlo; entonces, podremos lograr grandes cosas con lo que tenemos.

S. Kírov, "La línea general del partido ha sido verificada por millones", *Discursos y artículos escogidos*, Gospolitizdat, Moscú, 1939, pág. 449.

*Bregar por la mayor productividad.*

Mayor productividad del trabajo no sólo significa una mayor cantidad, sino también mejor calidad de la producción. Hay entre nosotros gente inclinada a considerar el comunismo de una manera abstracta, sin dar a este concepto un contenido concreto. ¿Pero qué significa el comunismo? Significa producir cuanto más y de la mejor calidad posible. Y al decir esto no sólo me refiero a la producción del trabajo físico, sino también a la del trabajo intelectual, a la producción de los ingenieros, arquitectos, escritores, maestros, médicos, artistas, pintores, músicos, cantantes, etcétera.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., pág. 90.

Cuando se habla del comunismo y al mismo tiempo no se lo relaciona de un modo concreto y material con cuestiones de un interés tan palpante como la calidad de la producción, es como si lleváramos agua en un cedazo [...]

Y cuando hablamos de educación comunista, eso quiere decir ante todo que es preciso inculcar en la conciencia de los trabajadores la idea de que deben realizar su trabajo por lo menos con un mínimo de escrupulosidad. Tenemos que inculcarles la idea de que si se consideran un bolchevique o simplemente un honrado ciudadano soviético, deben producir con un mínimo de escrupulosidad, de modo que sus artículos sean de buena calidad.

Así, pues, la lucha por el comunismo es la lucha por una mayor productividad del trabajo, tanto en lo que se refiere a la cantidad como a la calidad de la producción.

Idem, pág. 92.

El amor al trabajo es uno de los elementos fundamentales de la moral comunista. Pero únicamente con el triunfo de la clase obrera, el trabajo —condición inmutable de la existencia humana— deja de ser una carga pesada y vergonzosa, y se convierte en una cuestión de honor y heroísmo.

Cierta vez, antes de la Revolución, me tocó participar en una reunión de obreros en la que se discutía sobre la actitud que debíamos adoptar ante el trabajo en el taller. Unos consideraban que puesto

que trabajábamos para el capitalista no había que esmerarse mucho; bastaba con cumplir el mínimo de lo exigido por el patrón o el contra-  
maestre. Otros objetaban, diciendo que su honor profesional no tole-  
raba que de sus manos salieran objetos medianamente hechos; el tra-  
bajo perfecto, decían, proporciona una satisfacción moral.

Se comprende que aquella discusión era puramente teórica. Todos sabían que el contra-  
maestre o el dueño exigirían un trabajo de alta calidad y vigilarían atentamente para que así fuese. Pero después del  
triunfo de la revolución socialista, ¿podía acaso plantearse semejante  
cuestión, aunque sólo fuese en teoría? De ningún modo; la moral  
proletaria exigía ahora categóricamente que sólo se produjeran ar-  
tículos de alta calidad.

Idem, págs. 262-263.

*Fortalecer la disciplina socialista en el trabajo.*

Nosotros debemos organizar todos los trabajos por sucios o duros que sean, de suerte que cada obrero, cada campesino se diga: yo soy una parte del gran ejército del trabajo libre y sabré, sin terratenientes y sin capitalistas, organizar mi vida, sabré instaurar el régimen comunista. Es preciso que la Unión de Juventudes Comunistas eduque a todos desde la edad temprana, desde los doce años, en el trabajo conciente y disciplinado.

Lenin, "Tareas de las Juventudes Comunistas" (Discurso en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia), 2 de octubre de 1920, *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 286.

Hay que consolidar lo conquistado por nosotros mismos, lo que hemos decretado, convertido en leyes, discutido y proyectado; todo eso debemos consolidarlo dentro de las formas estables de una *disciplina diaria del trabajo*. Esta es la tarea más difícil, pero también la más fecunda, porque únicamente su solución nos permitirá implantar el orden socialista. Hay que aprender a conjugar el democratismo de la discusión pública por las masas trabajadoras, que fluye brioso, con el ímpetu de las aguas primaverales que hacen desbordar todos los ríos, con la disciplina férrea durante las horas de trabajo, con la *obediencia incondicional* a la voluntad unipersonal del dirigente soviético en las

horas de trabajo. Todavía no lo hemos aprendido. Pero lo aprenderemos.

Lenin, "Las tareas inmediatas del poder soviético", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 267.

[...] si ustedes no permiten que los confunda esa gente, esas clases, esa burguesía y esos secuaces de la burguesía, cuyo único fin es sembrar el pánico, el desánimo, infundir el desinterés más completo por el trabajo, quitándole toda perspectiva; esa gente que señala cada caso aislado de indisciplina y de corrupción, y con este motivo denigra a la revolución, como si en el mundo hubiera existido, como si en la historia hubiera existido una sola revolución auténtica sin casos de corrupción, sin pérdida de la disciplina, sin dolorosos pasos experimentales en que la masa elabora su nueva disciplina. No debemos olvidar que por vez primera hemos llegado a ese punto preliminar de la historia en que millones de trabajadores y explotados comienzan a forjar en la práctica una nueva disciplina, la disciplina laboral, la disciplina del vínculo fraternal, la disciplina soviética. En esto no pretendemos éxitos rápidos, no contamos con ellos. Sabemos que la obra ocupará toda una época histórica. Hemos iniciado esta época histórica, pues en un país todavía burgués estamos destruyendo la disciplina de la sociedad capitalista, la estamos destruyendo y sentimos orgullo de que todos los obreros concientes, todo el campesinado trabajador, nos ayuden con todas sus fuerzas en esta tarea de destrucción; y de que las masas vayan asimilando voluntariamente y por propia iniciativa la conciencia de que deben ser ellas las que sustituyan la disciplina fundada en la explotación y la esclavitud de los trabajadores —sustituirla, no obedeciendo la indicación de arriba, sino la indicación de la propia experiencia vital—, la sustituyan por una nueva disciplina del trabajo mancomunado, la disciplina de los obreros unidos y organizados, y de los campesinos de toda Rusia, país que tiene una población de millones de personas. Es una tarea de gigantescas dificultades, pero sin embargo promisoria, porque solamente cuando la hayamos realizado en la práctica, sólo entonces, habremos clavado el último clavo en el ataúd de la sociedad capitalista que estamos enterrando.

Lenin, "Discurso pronunciado en el I Congreso de Consejos de la Economía Nacional", 26 de mayo de 1918, *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 407-408.

Esa es nuestra principal tarea; nosotros decimos que todo orden social nuevo exige nuevas relaciones entre la gente y una nueva disciplina. Hubo un tiempo en que era imposible administrar sin la disciplina esclavista, en que había una sola disciplina: la del garrote. Luego llegó el tiempo del dominio capitalista, en que la fuerza disciplinaria fue el hambre. Pero ahora, después del viraje soviético, desde que comenzó la revolución socialista, la disciplina debe ser creada sobre bases completamente nuevas; debe ser la disciplina de la confianza en la capacidad organizativa de los obreros y los campesinos pobres, de la amistad, el respeto, la independencia y la iniciativa en la lucha. Todo aquel que recurra a los viejos métodos capitalistas, quienes en tiempos de privaciones y hambre razonan a la vieja manera capitalista: ganaré más si vendo yo solo el trigo; si me empeño en buscarlo solo, lo conseguiré más fácilmente; quien así razone, elige el camino más fácil, pero no llegará al socialismo.

Es simple y fácil quedarse en la vieja zona de las habituales relaciones capitalistas, pero nosotros queremos marchar por un camino nuevo. Éste nos exige, a nosotros y al pueblo entero, mayor conciencia, mejor organización, exige más tiempo, da lugar a grandes errores. Pero nosotros decimos: no se equivoca quien nada práctico realiza.

Lenin, "V Congreso de toda Rusia de los Soviets de diputados obreros, campesinos y soldados del Ejército Rojo", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 503.

### INTERNACIONALISMO SOCIALISTA Y PATRIOTISMO

#### *El internacionalismo socialista y la crítica del nacionalismo burgués*

La clase obrera posee un elemento de triunfo: el número. Pero el número no pesa en la balanza si no está unido por la asociación y guiado por el saber. La experiencia del pasado nos enseña cómo el olvido de los lazos fraternales que deben existir entre los trabajadores de los diferentes países y que deben incitarlos a sostenerse unos a otros en todas sus luchas por la emancipación, es castigado con la derrota común de sus esfuerzos aislados.

Marx y Engels, "Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores", *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 256.

La confraternización de las naciones que el partido proletario proclama actualmente por doquier y opone al viejo egoísmo nacional y al hipócrita cosmopolitismo egoísta del libre comercio, es mucho más valiosa que todas las teorías alemanas sobre el "auténtico socialismo".

Engels, "Festival de las naciones en Londres", Marx y Engels, *Obras completas*, t. II, ed. rusa, pág. 587.

Una de las grandes finalidades de la Asociación consiste en conseguir que los obreros de los diferentes países no sólo *sientan*, sino que *actúen* como hermanos y camaradas en la lucha por la emancipación.

Marx, "Instrucciones a los delegados al Consejo Central Provisional sobre problemas varios", Marx y Engels, *ob. cit.*, t. XIII, parte I, pág. 196.

El *chovinismo* de la burguesía es tan sólo la vanidad que oculta sus pretensiones bajo la máscara de lo nacional. El chovinismo es un medio para perpetuar la lucha entre las naciones con el empleo de ejércitos permanentes y de someter a los productores de cada país, incitándolos contra sus hermanos de los otros países; es un medio para obstaculizar la colaboración internacional de la clase obrera, que constituye la condición primera de su emancipación. El verdadero carácter del chovinismo (frase vana desde hace ya mucho tiempo) quedó al descubierto después de Sedán, durante la guerra defensiva obstaculizada de mil maneras por la burguesía chovinista; se puso de manifiesto en la capitulación de Francia, en la guerra civil, ¡que se libra con la autorización de Bismarck, bajo el mando del supremo sacerdote del chovinismo, Thiers! Se dio a conocer en las mezquinas intrigas policíacas de la liga antigermana y en el acoso de los extranjeros en París, después de la capitulación. ¡Se esperaba que el pueblo de París (y todo el pueblo de Francia) se dejara embriagar por el odio nacional y que la hostilidad artificialmente creada hacia los extranjeros le haría olvidar sus verdaderas aspiraciones y a los traidores de la nación!

¡Cómo ha desaparecido todo ese movimiento artificial ante el aliento del París revolucionario! Proclamando en voz alta sus tendencias internacionalistas —pues la causa del productor es una y la misma en todas partes, y su enemigo es uno y el mismo por doquier,

sea cual fuere su nacionalidad (sea cual fuere la vestidura nacional con que se presenta)—, París ha proclamado en calidad de principio la admisión de extranjeros en la Comuna; incluso ha elegido a un obrero extranjero (miembro de la Internacional) para su Comité Ejecutivo, y decretado la destrucción del símbolo del chovinismo francés: ¡la columna de Vendôme!

Marx, "Primer esbozo de «La guerra civil en Francia»", *Archivo de Marx y Engels*, t. III (VIII), ed. rusa, Partizdat, 1934, pág. 353.

Siempre hemos dicho —y la revolución lo confirma— que cuando las cosas llegan al extremo de conmover las bases del poder económico, del poder de los explotadores, hasta esa propiedad que les permite utilizar el trabajo de decenas de millones de obreros y campesinos, que permite enriquecerse a los terratenientes y capitalistas; cuando, repito, se afecta a la propiedad privada de los capitalistas y los terratenientes, éstos olvidan todas sus bellas frases de amor a la patria y a la independencia. Sabemos, además, que los kadetes, los eseristas de derecha y los mencheviques, han superado todas las marcas en cuanto a alianzas con las potencias imperialistas, concertación de acuerdos rapaces y traición a la patria frente al imperialismo anglofrancés. Ejemplo de ello son Ucrania y Tiflís; también es elocuente la alianza de los mencheviques y eseristas de derecha con los checoslovacos. La conducta de los eseristas de izquierda, cuando quisieron arrastrar a la guerra a la república rusa para defender los intereses de los guardias blancos de Iarosláv, demuestra, con suficiente claridad, que cuando se trata de sus privilegios de clase, la burguesía vende a su patria y llega incluso a cualquier acuerdo mercantilista con cualquier extranjero, contra su propio pueblo. La historia de la revolución rusa confirmó una vez más esta verdad, probada por más de cien años de desarrollo revolucionario: que tal es la ley de los intereses de clase, de la política de clase de la burguesía de todas las épocas y en todos los países.

Lenin, "Discurso en la sesión conjunta del CEC de Rusia, el Soviet de Moscú, los comités fabriles y sindicatos de Moscú, 29 de julio de 1918", *ob. cit.*, t. XXVIII, págs. 19-20.

En cada nación moderna —decimos nosotros a todos los social-nacionalistas— hay dos naciones. En cada cultura nacional hay dos culturas. Hay la cultura gran rusa de los Purishkiévich, de los Guchkov y de los Struve, pero también hay la cultura gran rusa caracterizada por los nombres de Chernishevski y Plejánov. También hay *dos* culturas como éstas entre los ucranios, lo mismo que en Alemania, en Francia, en Inglaterra, entre los judíos, etc. Si la mayoría de los obreros ucranios se encuentra sometida a la cultura gran rusa, sabemos perfectamente que, al lado de las ideas de la cultura clerical y burguesa gran rusa, ejercen también su influencia sobre ellos las ideas de la democracia y de la socialdemocracia gran rusa. Al luchar contra el primer tipo de "cultura", el marxista ucranio destacará siempre la otra cultura y dirá a los obreros de su nacionalidad: "Debemos aprovechar, utilizar y consolidar con todas nuestras fuerzas cualquier oportunidad de mantener contacto con los obreros concientes rusos, con su literatura y con sus ideas, pues así lo exigen los intereses vitales del movimiento obrero *tanto* ucranio *como* gran ruso".

Si el marxista ucranio se deja arrastrar por su odio, *absolutamente legítimo y natural*, a los opresores gran rusos, *hasta el extremo* de hacer extensiva aunque sólo sea una partícula de ese odio, aunque sólo sea rechazando la cultura proletaria y la causa proletaria de los obreros gran rusos, ese marxista se habrá deslizado a la charca del nacionalismo burgués. Del mismo modo, el marxista gran ruso se deslizará a la charca del nacionalismo, no sólo burgués, sino también centurionegrta, si olvida, aunque sea por un instante, la reivindicación de la plena igualdad de derechos para los ucranios o el *derecho* de éstos a constituir un Estado independiente.

Los obreros gran rusos y ucranios deben defender juntos, estrechamente unidos y fundidos (mientras vivan en el mismo Estado) en una sola organización, la cultura general o internacional del movimiento proletario, mostrando absoluta tolerancia en cuanto a la cuestión del idioma en que ha de realizarse la propaganda y en cuanto a la necesidad de tener presentes en esta propaganda las *particularidades* puramente locales o puramente nacionales. Tal es la exigencia incondicional del marxismo. Cualquier prédica a favor de la separación de los obreros de una nación con respecto a los de otra, cualquier ataque contra la "asimilación" marxista, cualquier intento de oponer en las cuestiones relativas al proletariado una cultura nacional en conjunto a otra cultura nacional...

nalismo *burgués*, contra el que se debe llevar a cabo una lucha implacable.

Lenin, "Notas críticas sobre el problema nacional", *ob. cit.*, t. XX, págs. 24-25.

El centro de gravedad de la educación internacionalista de los obreros de países opresores debe residir, inevitablemente, en la prédica y defensa, por parte de ellos, de la libertad de separación para los países oprimidos. Sin eso *no hay* internacionalismo. Tenemos el derecho y el deber de tratar de imperialista y canalla a todo socialdemócrata de una nación opresora que *no* realice esta propaganda. Es una reivindicación incuestionable, aun cuando *in caso* de separación fuera posible y "realizable", antes del advenimiento del socialismo, sólo en uno de mil casos [...]

Para ser un socialdemócrata-internacionalista es preciso *no* sólo pensar en su propia nación, sino colocar *por encima de ella* los intereses de todas las naciones, su libertad y su igualdad de derechos. En "teoría" todos están de acuerdo con eso, pero en la práctica manifiestan una indiferencia exactamente anexionista. En eso reside la raíz del mal.

Por el contrario, el socialdemócrata de una nación pequeña debe colocar el centro de gravedad de su agitación en la *segunda* palabra de nuestra fórmula común: "voluntaria *unión*" de las naciones. Puede, sin infringir sus obligaciones de internacionalista, estar *tanto* por la independencia política de su nación *como* por su incorporación al vecino país X, Y o Z, etc. Pero en todos los casos debe luchar *contra* el hermetismo, el aislamiento, la estrechez mezquinamente nacional, por la consideración de lo integral y lo general, por la subordinación de los intereses de lo particular a los intereses de lo general.

Lenin, "Balance de una discusión sobre el derecho de las naciones a la autodeterminación", *ob. cit.*, t. XXII, págs. 362-363.

Ante el problema nacional, la política del proletariado, después de conquistado el poder estatal, a diferencia de la proclamación democrático-burguesa puramente formal de la igualdad de las naciones, irrealizable bajo el imperialismo, consiste en llevar a la práctica de

un modo real e indefectible el acercamiento y la fusión de los obreros y campesinos de todas las nacionalidades, en su lucha revolucionaria por el derrocamiento de la burguesía. La consecución de este objetivo exige la total liberación de los pueblos coloniales y demás naciones oprimidas o con inferioridad de derechos, concediéndoles la libertad de separación como garantía de que la desconfianza de las masas trabajadoras de las diferentes naciones, heredada del capitalismo, y la irritación de los obreros de las naciones oprimidas contra los de las naciones opresoras se disipen totalmente y sean sustituidas por una alianza conciente y voluntaria. Los obreros de las naciones que fueron opresoras bajo el capitalismo deben mantener una solícita actitud con respecto a los sentimientos nacionales de las naciones oprimidas (por ejemplo, en lo que se refiere a los gran rusos, a los ucranios y a los polacos respecto de los judíos, a los tártaros respecto de los bashkires, etc.), trabajando, no sólo por la igualdad efectiva de derechos, sino también por el desarrollo de la lengua y la literatura de las masas trabajadoras de las naciones antes oprimidas, con vistas a desterrar todos los vestigios de desconfianza y recelo legados por el capitalismo.

Lenin, "Proyecto de programa del PC(b)R", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 120.

El nacionalismo pequeñoburgués proclama como internacionalismo el mero reconocimiento de la igualdad de derechos de las naciones, y nada más (dejo a un lado el carácter puramente verbal de semejante reconocimiento), manteniendo intacto el egoísmo nacional, en tanto que el internacionalismo proletario exige: 1) la subordinación de los intereses de la lucha proletaria en un país a los intereses de esta lucha en escala mundial; 2) que la nación que triunfa sobre la burguesía sea capaz y esté dispuesta a hacer los mayores sacrificios nacionales en aras del derrocamiento del capital internacional [...]

La opresión secular de las nacionalidades coloniales y débiles por las potencias imperialistas ha dejado entre las masas trabajadoras de los países oprimidos no sólo un rencor, sino también una desconfianza hacia las naciones opresoras en general, comprendiendo al proletariado de estas naciones [...]

Por otra parte, cuanto más atrasado es un país, tanto más pro-

el aislamiento, lo cual conduce de modo ineludible a un desarrollo particularmente vigoroso y persistente de los prejuicios pequeñoburgueses más arraigados, a saber: los prejuicios de egoísmo nacional, de estrechez nacional. La extinción de esos prejuicios es necesariamente un proceso muy lento, puesto que sólo pueden desaparecer después de la desaparición del imperialismo y el capitalismo en los países avanzados y una vez que cambie radicalmente toda la base de la vida económica de los países atrasados. De ahí surge el deber, para el proletariado comunista conciente de todos los países, de demostrar circunspección y atención particulares frente a las supervivencias de los sentimientos nacionales en los países y en las nacionalidades que han sufrido una prolongadísima opresión; asimismo es su deber hacer ciertas concesiones con el fin de apresurar la desaparición de esa desconfianza y esos prejuicios. La causa del triunfo sobre el capitalismo no puede tener su remate eficaz si el proletariado, y luego todas las masas trabajadoras de todos los países y naciones del mundo entero, no demuestran una aspiración voluntaria a la alianza y a la unidad.

Lenin, "Primer esbozo de las tesis sobre los problemas nacional y colonial (Para el II Congreso de la Internacional Comunista)", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 141-144.

Los obreros de los países adelantados deciden a tal punto el curso de un conflicto militar, que no se puede sostener una guerra contra su voluntad, y, en suma, con su resistencia pasiva y semipasiva, hicieron fracasar la guerra emprendida contra nosotros. Aquí es donde, sin duda alguna, está la fuente que brindó al proletariado ruso las fuerzas morales para resistir tres años y medio y vencer. Estas fuerzas consistían en que los obreros rusos sabían, sentían y palpaban la ayuda y el apoyo que les prestaba el proletariado de todos los países avanzados de Europa [...]

¿Habría tenido nuestro proletariado la fuerza moral de que dio pruebas si no hubiese contado con la simpatía de los obreros de los países avanzados que nos apoyaban, a pesar de las calumnias difundidas contra el poder soviético en millones de ejemplares por las publicaciones imperialistas, a pesar de los esfuerzos de los "líderes obreros", mencheviques y eseristas, cuya misión era sabotear la lucha de los obreros en nuestro favor? Sobre la base de este apoyo, nuestro proletariado, débil por su escaso número, atormentado por las calami-

dades y las privaciones, venció, porque su potencia reside en su fuerza moral.

Esta es la primera fuerza.

Lenin, "Discurso en el Congreso de los obreros del transporte de Rusia", 27 de marzo de 1921, *ob. cit.*, t. XXXII, págs. 267-268.

Ya he escrito, en mis obras sobre el problema nacional, que es en todo sentido vano formular en abstracto el problema del nacionalismo en general. Es indispensable distinguir entre el nacionalismo de la nación opresora y el de la nación oprimida, entre el nacionalismo de una gran nación y el de una pequeña.

En relación con el segundo nacionalismo, nosotros, los nacionales de una gran nación nos hacemos casi siempre culpables, a través de la historia, de una infinidad de coerciones, y aun llegamos a cometer una infinidad de violencias y de ultrajes, sin advertirlo. Sólo tengo que evocar mis recuerdos del Volga, sobre la forma en que se maltrata entre nosotros a la gente de otras nacionalidades: al polaco, al tártaro, al ucranio, al georgiano y los otros alógenos del Cáucaso sólo se los llama con motes peyorativos tales como "poliáchishka", "kniaz", "joid", "kapkazi cheloviek".

Por lo tanto, el internacionalismo por parte de la nación opresora, o así llamada "grande" (aunque sólo sea grande por su violencia, grande simplemente como lo es Derzhimorda\*), debe consistir, no sólo en el respeto a la igualdad formal de las naciones, sino también en una desigualdad que compense, por parte de la nación opresora, de la gran nación, la desigualdad que se manifiesta prácticamente en la vida. Quien no haya entendido esto no ha entendido tampoco la actitud verdaderamente proletaria en relación con el problema nacional: ha quedado, en el fondo, en el punto de vista pequeñoburgués y, por consiguiente, no puede dejar de caer a cada instante en el punto de vista de la burguesía.

¿Qué es lo importante para el proletariado? Es importante, pero también esencial e indispensable, que se le asegure, en la lucha de

\* *Derzhimorda*: nombre de un policía en la comedia de N. Gógol *El inspector*. Nombre genérico que personifica al tirano y opresor insolente y

clase proletaria, el máximo de confianza por parte de los componentes de otras nacionalidades. ¿Qué hace falta para ello? Para eso no sólo hace falta la igualdad formal, sino que también hay que compensar de una u otra manera, por su comportamiento o por las concesiones, la desconfianza, la sospecha, los resentimientos que a lo largo de la historia fueron engendrados en el hombre de otras nacionalidades por el gobierno de la nación "imperialista".

Pienso que para los bolcheviques, para los comunistas, no es necesario explicar esto en más detalle. Y creo que aquí tenemos, en lo que concierne a la nación georgiana, el ejemplo típico del hecho de que una actitud verdaderamente proletaria exige que redoblemos la prudencia, la previsión y la conciliación. El georgiano que considere con desdén este aspecto del asunto, que lance despectivas acusaciones de "social-nacionalismo" (cuando él mismo es no sólo un verdadero, un auténtico "social-nacionalista", sino además un brutal Derzhimorda gran ruso), ese georgiano viola en realidad los intereses de la solidaridad proletaria de clase, porque no hay otra cosa que más retrase el desarrollo y la consolidación de esa solidaridad como la injusticia nacional; nada hay que sea más sensible a los integrantes de las minorías nacionales "ofendidos" como el sentimiento de igualdad y la violación de dicha igualdad, aunque sólo sea por negligencia o por broma, por sus camaradas proletarios. He ahí por qué, en el caso considerado, es preferible forzar la nota en el sentido del espíritu de conciliación y de bondad para con las minorías nacionales, y no a la inversa. He ahí por qué, en el caso considerado, el interés fundamental de la solidaridad proletaria, y por lo tanto de la lucha de clase proletaria, exige que no observemos jamás una actitud puramente formal respecto del problema nacional, sino que tengamos siempre en cuenta la diferencia obligatoria en la actitud del proletariado de una nación oprimida (o pequeña) hacia la nación opresora (o grande).

Lenin, "El problema de las nacionalidades o de la «autonomía»", *ob. cit.*, t. XXXVI, págs. 613-614.

El socialismo conjuga orgánicamente el desarrollo de la economía, la cultura y el Estado nacionales con los intereses del fortalecimiento y el desarrollo de todo el sistema socialista mundial, con una cohesión cada vez mayor de las naciones. Los intereses de todo el

sistema socialista en su conjunto y los intereses nacionales se conjugan armónicamente. Sobre esta base ha surgido y se consolida la unidad moral y política de todos los pueblos de la gran confraternidad socialista. El aislamiento político y el egoísmo nacional, propios del capitalismo, han cedido lugar a la amistad fraternal y a la ayuda mutua de los pueblos, engendradas por el régimen socialista.

Los intereses generales de los pueblos de los países socialistas, los intereses de la causa del socialismo y de la paz, exigen que en la política se conjuguen acertadamente los principios del internacionalismo proletario y el patriotismo socialistas. Sobre cada partido comunista que llega a ser partido gobernante del Estado recae la responsabilidad histórica, tanto por el destino de su país como por el de todo el campo socialista.

En la Declaración de 1957 se señala con toda razón que la exageración del papel de las peculiaridades nacionales, el abandono de las tesis generales del marxismo-leninismo acerca de la revolución socialista y de la edificación socialista, son perjudiciales a la causa general del socialismo. Al mismo tiempo, la Declaración señala también con toda justeza que el marxismo-leninismo exige la aplicación creadora de los principios generales de la revolución socialista y de la edificación del socialismo en relación con las condiciones históricas concretas de cada país, y no tolera la copia mecánica de la política y la táctica de los partidos comunistas de otros países. El hacer caso omiso de las peculiaridades nacionales puede llevar al partido proletario a divorciarse de la vida, de las masas, a inferir daño a la causa del socialismo.

Las manifestaciones de nacionalismo y de estrechez nacional no desaparecen automáticamente en cuanto se establece el régimen socialista. Para fortalecer las relaciones fraternales y la amistad de los países del socialismo son indispensables la política internacionalista marxista-leninista de los partidos comunistas y obreros, la educación de todos los trabajadores en el espíritu de la conjugación del internacionalismo con el patriotismo, y la lucha decidida por superar los vestigios del nacionalismo y chovinismo burgueses.

*Los partidos comunistas y obreros educan incansablemente a los trabajadores en el espíritu del internacionalismo socialista, de la intransigencia hacia todas las manifestaciones de nacionalismo y chovinismo. La cohesión de los partidos comunistas y obreros y de los pue-*

*marxista-leninista son la cantera principal de la fuerza y la invencibilidad de cada país socialista y del campo socialista en su conjunto.*

"Declaración de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros", noviembre de 1960, *Hacia nuevas victorias del movimiento comunista mundial*, ed. cit., págs. 27, 28 y 29.

Los países del socialismo son sinceros y fieles amigos de los pueblos que luchan por la emancipación o que se han liberado ya del yugo y la opresión imperialistas. Al rechazar por principio toda ingerencia en los asuntos internos de los jóvenes Estados nacionales, consideran que es su deber internacionalista ayudar a los pueblos en la lucha por la consolidación de su independencia nacional. Prestan ayuda y apoyo de toda clase a estos países en su desarrollo por el camino del progreso, en la creación de una industria nacional, en el fomento y la consolidación de la economía nacional y en la preparación de especialistas propios: colaboran con ellos en la lucha por la paz en el mundo, contra la agresión imperialista.

Los obreros concientes de las metrópolis han luchado con toda consecuencia por la autodeterminación de las naciones oprimidas por el imperialismo, comprendiendo que "no puede ser libre un pueblo que oprime a otros pueblos". Ahora, cuando estos pueblos están tomando el camino de la independencia nacional, el deber internacionalista de los obreros y de todas las fuerzas democráticas de los países capitalistas desarrollados en el sentido industrial es prestarles el máximo concurso en la lucha contra los imperialistas, por la independencia nacional y por su consolidación, así como ayudarles a cumplir con éxito las tareas del resurgimiento económico y cultural. Al proceder así defienden los intereses de las masas populares de sus países.

Toda la marcha de la historia mundial en los últimos decenios impone la necesidad de acabar total y definitivamente con el régimen colonial en todas sus formas y manifestaciones.

Idem, págs. 51-52.

Los intereses de la lucha por la causa de la clase obrera exigen una cohesión cada día mayor de las filas de cada partido comunista y del gran ejército de los comunistas de todos los países, su unidad de

voluntad y de acción. El supremo deber internacionalista de cada partido marxista-leninista es la solicitud por el fortalecimiento constante de la unidad del movimiento comunista internacional.

La defensa decidida de la unidad del movimiento comunista internacional sobre la base de los principios del marxismo-leninismo y del internacionalismo proletario, y la inadmisión de cualquier acto que pueda socavar esta unidad, constituyen una condición necesaria de la victoria en la lucha por la independencia nacional, la democracia y la paz, por resolver con éxito las tareas de la revolución socialista y de la edificación del socialismo y el comunismo. La vulneración de esos principios puede debilitar las fuerzas del comunismo.

Todos los partidos marxistas-leninistas son independientes e iguales, elaboran su política partiendo de las condiciones concretas de sus países, sobre la base de los principios del marxismo-leninismo, y se prestan apoyo unos a otros. El éxito de la causa de la clase obrera de cada país exige la solidaridad internacional de todos los partidos marxistas-leninistas. Cada partido es responsable ante la clase obrera y los trabajadores de su país, y ante todo el movimiento obrero y comunista internacional.

Idem, págs. 71-72.

Los partidos comunistas y obreros declaran unánimes que la vanguardia, por todos reconocida, del movimiento comunista mundial ha sido y seguirá siendo el Partido Comunista de la Unión Soviética, el destacamento de mayor experiencia y más templado del movimiento comunista internacional. La experiencia del PCUS, acumulada en la lucha por la victoria de la clase obrera, en la construcción del socialismo y en el despliegue de la construcción del comunismo en toda la línea reviste una importancia de principio para todo el movimiento comunista internacional. El ejemplo del PCUS y su solidaridad fraternal inspiran a todos los partidos comunistas en su lucha por la paz y el socialismo y representan la aplicación práctica de los principios revolucionarios del internacionalismo proletario. Los históricos acuerdos del XX Congreso del PCUS no sólo tienen una gran importancia para el PCUS y para la edificación comunista en la URSS, sino que dieron comienzo a una nueva etapa en el movimiento comunista internacio-



nal y han contribuido a impulsar su desarrollo sobre la base del marxismo-leninismo.

Idem, pág. 73.

### *La clase obrera y la patria*

Se acusa también a los comunistas de querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen. Mas, por cuanto el proletariado debe en primer lugar conquistar el poder político, elevarse a la condición de clase nacional\*, constituirse en nación, todavía es nacional, aunque de ninguna manera en el sentido burgués.

El aislamiento nacional y los antagonismos entre los pueblos desaparecen de día en día con el desarrollo de la burguesía, la libertad de comercio y el mercado mundial, con la uniformidad de la producción industrial y las condiciones existentes que les corresponden.

El dominio del proletariado los hará desaparecer más de prisa todavía. La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.

En la misma medida en que sea abolida la explotación de un individuo por otro, será abolida la explotación de una nación por otra.

Al mismo tiempo que el antagonismo de las clases en el interior de las naciones, desaparecerá la hostilidad de las naciones entre sí.

Marx y Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 26.

En la sociedad comunista nadie pensará siquiera en un ejército permanente. Por lo demás, ¿para qué? ¿Para salvaguardar la tranquilidad interna del país? Pero ya hemos visto que a nadie se le ocurrirá quebrantar esa tranquilidad interior. Ya sabemos que el temor a las revoluciones es un mero resultado de la contradicción de intereses; allí donde los intereses de todos coinciden no puede existir ni la som-

\* En la edición inglesa de 1888, en lugar de "elevarse a la condición de clase nacional", decía "elevarse a la condición de clase dirigente de la nación". (Ed.)

bra de tales recelos. ¿Para una guerra de conquista? ¿Pero cómo puede una sociedad comunista llegar al extremo de emprender una guerra de conquista, una sociedad que sabe perfectamente que con la guerra perderá hombres y capital, y que cuando mucho conquistará algunas provincias cuyo resentimiento provocará el quebranto del orden social! ¿Para una guerra defensiva? Pero para ello no tiene necesidad de un ejército permanente, pues le será fácil enseñar a cada miembro de la sociedad apto para la guerra, el manejo de las armas para la defensa del país, y no sólo para los desfiles militares; naturalmente, sin que deje por ello sus ocupaciones habituales. Por otra parte consideremos que el miembro de esa sociedad, en caso de guerra, que por supuesto sólo podrá ser una guerra *contra naciones anticomunistas*, deberá defender su *verdadera* patria, su hogar *genuino* y, por consiguiente, su fervor, su firmeza, su valentía en el combate, aventará como paja el aprendizaje mecánico de los ejércitos modernos. Recordemos los milagros que hizo el entusiasmo de los ejércitos revolucionarios de 1792 a 1799, ejércitos que sólo combatían por una *ilusión*, por una *patria ficticia*, y comprenderemos el alcance de una fuerza que lucha, no por una ilusión, sino por algo real y palpable. Así, esa innumerable cantidad de manos obreras que el ejército quita actualmente a los pueblos civilizados, con la organización comunista serían devueltas al trabajo; y no solamente producirían para el propio consumo, sino que podrían producir mucho más de lo que necesitan para su manutención, contribuyendo a aumentar las reservas de la sociedad.

Engels, "Los discursos de Eilberfeld", Marx y Engels, *Obras completas*, t. II, ed. cit., pág. 539.

La patria, es decir, el medio político, cultural y social dado, es el factor más poderoso en la lucha de clase del proletariado [...]

El proletariado no puede permanecer indiferente e insensible ante las condiciones políticas, sociales y culturales de su lucha; por tanto, no pueden serle indiferentes tampoco los destinos de su país.

Lenin, "El militarismo belicoso y la táctica antimilitarista de la socialdemocracia", *ob. cit.*, t. XV, pág. 184.

"Los obreros no tienen patria"; esto significa que a) su situación

económica (la del *salariat*) no es nacional, sino internacional;  $\beta$ ) que su enemigo de clase es internacional; y) que la unidad internacional de los obreros es *más importante* que la nacional.

¿Quiere decir esto que haya que llegar, partiendo de ahí, a la conclusión de que *no se debe luchar cuando se trata de sacudir el yugo de una nación extranjera*? ¿Sí o no?

¿La guerra de las colonias por su liberación?

¿La guerra de Irlanda contra Inglaterra?

¿Y acaso no entraña la defensa de la patria la insurrección (nacional)?

Lenin, "A Inessa Armand", *ob. cit.*, t. XXXV, págs. 249-250.

¿Es que el sentimiento de orgullo nacional resulta ajeno a nosotros, proletarios concientes de nacionalidad gran rusa? ¡Claro que no! Amamos nuestra lengua y nuestra patria, *nos* esforzamos sobre todo por que *sus* masas trabajadoras (es decir, las nueve décimas partes de su población) se eleven a una vida conciente de demócratas y socialistas. Nada nos duele más que ver y sentir las violencias, la opresión y el escarnio a que los verdugos zaristas, los aristócratas y los capitalistas someten a nuestra hermosa patria. Nos enorgullece que *esas* violencias hayan provocado resistencia en nuestro medio, entre los gran rusos, que de *ese* medio hayan salido un Radíchev, los decembristas, los revolucionarios *raznochintsí* \* de 1870-1880, que la clase obrera gran rusa creara en 1905 un poderoso partido revolucionario de masas y que el mujik gran ruso haya empezado al mismo tiempo a convertirse en un demócrata y a barrer al pope y al terrateniente.

Recordemos que hace medio siglo el demócrata gran ruso Chernishevski, que consagró su vida a la causa de la revolución, dijo: "Pobre nación, nación de esclavos; de arriba abajo, todos son esclavos" \*\*. A los gran rusos, esclavos francos o encubiertos (esclavos con respecto a la monarquía zarista), no les agrada recordar estas palabras. A nuestro juicio, en cambio, eran palabras impregnadas de un verdadero

\* Personas instruidas de la sociedad rusa, procedentes de la pequeña burguesía, el clero, comerciantes y campesinos. (Ed.)

\*\* Pasaje de la novela *Prólogo*, de N. Chernishevski. (Ed.)

amor a la patria, de amor angustiado por la ausencia de espíritu revolucionario en las masas de la población gran rusa. Entonces no lo había. Ahora, aunque poco, lo hay. Nos invade el sentimiento de orgullo nacional, porque la nación gran rusa ha creado, *también ella*, una clase revolucionaria; porque ha demostrado, *también ella*, que es capaz de dar a la humanidad ejemplos grandiosos de lucha por la libertad y por el socialismo, y no sólo grandes pogroms, hileras de patibulos, mazmorras, hambres terribles y un gran servilismo ante los popes, los zares, los terratenientes y los capitalistas.

Estamos penetrados del sentimiento de orgullo nacional, y precisamente por eso odiamos, *en forma especial, nuestro pasado de esclavos* [...]

Lenin, "Sobre el orgullo nacional de los gran rusos", *ob. cit.*, t. XXI, págs. 98-99.

Nadie tiene la culpa de haber nacido esclavo; pero el esclavo que, lejos de sentir el anhelo de su propia libertad, justifica y embellece su esclavitud (llamando, por ejemplo, al aplastamiento de Polonia, de Ucrania, etc., etc., "defensa de la patria" de los gran rusos), semejante esclavo es un vil lacayo que provoca un sentimiento legítimo de indignación, de desprecio y repugnancia.

"Un pueblo que oprime a otros pueblos no puede ser libre", decían los más grandes representantes de la democracia consecuente del siglo XIX, Marx y Engels, maestros del proletariado revolucionario. Y nosotros, obreros gran rusos, imbuidos del sentimiento de orgullo nacional, queremos a toda costa una Gran Rusia libre e independiente, autónoma, democrática, republicana, orgullosa, que base sus relaciones con sus vecinos en el principio humano de la igualdad, y no en el principio feudal de los privilegios, que envilece a una gran nación. Precisamente porque la queremos así decimos: en el siglo XX, en Europa (aunque sea en el extremo oriental de Europa), no se puede "defender la patria" de otro modo que luchando por todos los medios revolucionarios contra la monarquía, contra los terratenientes y los capitalistas de la *propia* patria, es decir, contra los *peores* enemigos de nuestra patria; los gran rusos no pueden "defender la patria" de otro modo que deseando, en cualquier guerra, la derrota del zarismo, como mal menor para las nueve décimas partes de la población de la Gran Rusia, pues el zarismo no sólo oprime económica y políticamente a estas nueve décimas partes de la población sino que las desmoraliza, humilla, deshonra

y prostituye acostubrándolas a oprimir a otros pueblos y a encubrir su oprobio con frases hipócritas de un pretendido patriotismo [...]

Pero la revolución del proletariado requiere una larga educación de los obreros en el espíritu de la más completa igualdad y fraternidad nacional. Por lo tanto, desde el punto de vista de los intereses del proletariado gran ruso, es indispensable una prolongada educación de las masas en el espíritu de la lucha más resuelta, consecuente, audaz y revolucionaria en defensa de la completa igualdad y el derecho a la autodeterminación de todas las naciones oprimidas por los gran rusos. El interés del orgullo nacional (no entendido servilmente) de los gran rusos coincide con el interés socialista del proletariado gran ruso (y de todos los demás proletarios). Nuestro modelo seguirá siendo Marx, quien, después de vivir varios decenios en Inglaterra, se hizo medio inglés y exigía la libertad y la independencia nacionales de Irlanda, en interés del movimiento socialista de los obreros ingleses.

Idem, págs. 99-101.

El patriotismo es uno de los sentimientos más profundos, afianzados por siglos y milenios de patrias aisladas.

Lenin, "Las preciosas confesiones de Pitirim Sorokin", *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 182.

Nosotros los comunistas, somos, *por principio, enemigos irreconciliables* del nacionalismo burgués en todas sus formas y variedades. Pero *no somos partidarios del nihilismo nacional*, ni podemos actuar jamás como tales. La misión de educar a los obreros y a los trabajadores en el espíritu del internacionalismo proletario es una de las tareas fundamentales de todos los partidos comunistas. Pero el que piense que esto le permite, e incluso le obliga, a escupir en la cara a todos los sentimientos nacionales de las amplias masas trabajadoras, está muy lejos del verdadero bolchevismo, y no ha comprendido nada de las enseñanzas de Lenin sobre la cuestión nacional.

Lenin, que luchó siempre decidida y consecuentemente contra el nacionalismo burgués, en su artículo *Sobre el orgullo nacional de los*

*gran rusos* \*, escrito en el año 1914, nos dio un ejemplo de cómo debe enfocarse acertadamente el problema de los sentimientos nacionales.

J. Dimítrov, *Los comunistas y el frente único*, ed. Anteo, Buenos Aires, 1963, págs. 78-79.

### *Patriotismo soviético*

Tenemos todas las razones para contemplar con total firmeza y seguridad absoluta el porvenir, que nos prepara nuevos aliados y nuevas victorias de la revolución socialista en varios de los países más adelantados. Tenemos el derecho de sentirnos orgullosos y felices por habernos tocado ser los primeros en derribar al capitalismo en un rincón del globo terrestre, a esa fiera salvaje que inundó de sangre la tierra, llevó la humanidad al hambre y a la barbarie, y que muy pronto sucumbirá inexorablemente, por monstruosas y feroces que sean las manifestaciones de sus estertores postreros.

Lenin "Palabras proféticas", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 488.

Todos nosotros sabemos, camaradas, con qué dificultades, después de haber pasado por los cuatro años de la guerra imperialista tuvo Rusia que empuñar de nuevo las armas para defender a la República Soviética contra los rapaces imperialistas. Sabemos cuán dura es esta guerra y cómo nos está agotando. Pero sabemos también que si esta guerra se libra con una elevada energía, con un alto heroísmo, ello se debe a que, por vez primera en el mundo, se creó un ejército, una fuerza armada, que sabe por qué lucha, porque por vez primera en el mundo los obreros y los campesinos, afrontando increíbles sacrificios, tienen clara conciencia de que defienden a la República Socialista Soviética, el poder de los trabajadores sobre los capitalistas, que defienden la causa de la revolución proletaria socialista mundial.

Lenin, "VIII Congreso del PC(b)R. Discurso de clausura del congreso, 23 de marzo", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 214-215.

Jamás podrá ser derrotado un pueblo cuyos obreros y campesinos, en su mayoría, han comprendido, sentido y visto que defienden su propio poder, el poder soviético, el poder de los trabajadores: que defienden una causa cuyo triunfo les asegurará a ellos y a sus hijos la posibilidad de beneficiarse con todos los bienes de la cultura y todas las creaciones del trabajo humano.

Lenin, "Discurso en la Conferencia de ferroviarios de Moscú, 16 de abril de 1919", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 313.

La guerra pone a prueba todas las fuerzas económicas y organizativas de las naciones. Y en fin de cuentas, por indeciblemente dura que haya sido la guerra para los obreros y campesinos que padecen hambre y frío, podemos decir, sobre la base de dos años de experiencia, que estamos venciendo y venceremos porque contamos con una retaguardia fuerte, porque los campesinos y obreros, a pesar del hambre y el frío, están unidos, se han fortalecido y a cada golpe duro responden acrecentando la cohesión de sus fuerzas y de su potencia económica.

Lenin, "Informe en el II Congreso de Rusia de las organizaciones comunistas de los pueblos de Oriente, 22 de noviembre de 1919", *ob. cit.*, t. XXX, pág. 149.

En toda guerra la victoria se condiciona, en último término, por el estado anímico de las masas, que derraman su sangre en el campo de batalla. La convicción de que se lucha en una guerra justa, la conciencia de la necesidad de sacrificar la vida en bien de sus hermanos, eleva el espíritu de los soldados y les permite soportar penalidades increíbles. Los generales zaristas dicen que nuestros soldados rojos soportan tales penalidades como jamás las hubiese soportado el ejército del régimen zarista. Eso se explica porque cada obrero y campesino enrolado sabe por qué combate, y concientemente derrama su sangre en aras del triunfo de la justicia y el socialismo.

El hecho de que las masas tengan conciencia de las finalidades

y las causas de la guerra tiene una enorme importancia y garantiza la victoria.

Lenin, "Discurso en la Conferencia ampliada de obreros y soldados del Ejército Rojo, en el barrio de Rogozhski-Simonovski, 13 de mayo de 1920", *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 130.

El estímulo del amor a la patria, a la patria socialista, el estímulo del patriotismo soviético, es también un elemento indispensable de la educación comunista.

La palabra "patriota" apareció por vez primera durante la Revolución Francesa de 1789-1793. En aquella época se llamaban patriotas los que luchaban por la causa del pueblo, los defensores de la República, en oposición a los traidores, a los monárquicos que habían traicionado a la patria.

Pero más tarde ese término fue utilizado en provecho de sus fines egoístas por los reaccionarios y por las castas superiores que se encontraban en el poder. Por eso, tanto en Europa como en la Rusia zarista, las personas más honradas que se desvelaban por las necesidades del pueblo, adoptaron siempre una actitud de desconfianza hacia la palabra "patriotismo", en la que veían una expresión del chovinismo nacional y del infundado engrimiento de las capas gobernantes. Finalmente, bajo la bandera del patriotismo los sátrapas zaristas desvalijaban a los pueblos anexionados.

Las centurias negras monopolizaron el "patriotismo", demostrando sus "sentimientos patrióticos" con pogroms callejeros y apaleando a los obreros, a los intelectuales y a los judíos. Y en general, en torno de ese "patriotismo" se agruparon entonces muchos elementos sospechosos y aventureros procedentes de los bajos fondos de la sociedad.

La palabra "patriotismo" quedó envilecida a los ojos del pueblo. Una persona honrada no podía incluirse entre los "patriotas".

Los pueblos que habían sido incorporados a Rusia, oprimidos, explotados, despojados y escarnecidos a cada paso por funcionarios y colonizadores, odiaban naturalmente al Estado ruso.

Como contrapartida al "patriotismo" de los caballeros del knut y del garrote, se iba desarrollando con rapidez creciente un movimiento progresista cuyo filo iba dirigido contra la autocracia [...]

Apareció toda una pléyade de escritores, críticos y publicistas

geniales dotados de gran talento, que pusieron muy en alto nuestra literatura, y la incorporaron al patrimonio de la literatura mundial. Y esto no ocurrió solamente con la literatura, sino que también con la música, la pintura y las ciencias comenzaron a destacar luminosos representantes en calidad de verdaderos patriotas de la cultura nacional rusa.

Estos hombres, celosos de su honor, de su dignidad de hombres y de su reputación social, se apartaban resueltamente de ese "patriotismo" oficial y mezquino. Para ellos, por encima de todo estaba la tarea de servir a su propio pueblo y despertar en él un verdadero patriotismo. Y no escatimaban sus fuerzas ni su talento en aras de ese gran objetivo. Sus contemporáneos y las generaciones siguientes aprendieron de ellos, siguieron su ejemplo y se contagiaron de su elevado patriotismo. La actividad profundamente patriótica de esos hombres ha llenado gran número de atractivas y brillantes páginas de la historia del pueblo ruso. Y aunque no gozaban de las simpatías de la Rusia oficial, en cambio, el pueblo los rodeaba del respeto a que se habían hecho acreedores y siempre ha venerado y seguirá venerando su recuerdo luminoso [...]

La prédica del patriotismo soviético no puede hacerse de una manera aislada, desvinculándola del pasado de nuestro pueblo. Esa prédica debe estar llena de orgullo patriótico por las hazañas de nuestro pueblo, pues el patriotismo soviético es el heredero directo de la obra creadora de nuestros antepasados, que han impulsado el desarrollo de nuestro pueblo [...]

Pero para eso debemos educar a todos los trabajadores de la URSS en un espíritu de ardiente patriotismo, de amor sin límites a su patria. Y no me refiero a un amor abstracto y platónico, sino a un amor apremiante, activo, apasionado, indómito; un patriotismo inmisericorde para con los enemigos y que no se detenga ante ninguna clase de sacrificios en aras de la patria.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., págs. 95-99.

Si toda la guerra pone a prueba los recursos materiales de un Estado y su fuerza moral, la presente conflagración ha exigido del pueblo un gasto realmente nunca visto de fuerzas materiales y el máximo temple moral. Especialistas militares de gran autoridad tam-

bién consideran que la firmeza moral es uno de los principales elementos para obtener la victoria.

Quizás en ningún sitio se ame tanto la vida como en la Unión Soviética. Y es precisamente el amor a la vida en el país soviético, con el pueblo soviético, lo que hace que sus ciudadanos pierdan el temor a la muerte cuando sus vidas están en peligro, cuando, por salvarla, se lucha sin cuartel. Entonces el temor a la muerte cede ante el afán del hombre por conservar la vida del pueblo soviético y, con ella, eternizar, como si dijéramos, su propia vida. No es casual que el comunista suba al cadalso con la cabeza orgullosamente erguida y lance a sus enemigos palabras impregnadas de una fe sublime: "Yo muelo, pero nuestra causa vive y vivirá". En estos instantes, el hombre se funde por completo con la colectividad, cuyos intereses son para él lo primero de todo, más fuertes que la muerte. Esta conciencia, hace del ciudadano soviético un intrépido combatiente. Acordémonos de los veintiocho soldados de la guardia de la división de Panfilov, que entablaron un duelo singular con decenas de tanques fascistas; del soldado Matróssov, que con su cuerpo cubrió la tronera de un fortín alemán; de Kamal Pulátov, que durante la defensa de los accesos a Stalingrado lanzó con un manojo de bombas bajo el tanque alemán que encabezaba una columna de fuerzas blindadas; de Tuichi Erdzhiguitov, que con su cuerpo tapó la boca de una ametralladora alemana. Lo más importante es que estas hazañas no son únicas; en el curso de la guerra las han repetido, y hoy las siguen repitiendo, nuestros soldados y oficiales.

Incluso durante los días más penosos, cuando nuestro ejército se veía obligado a replegarse, en sus filas reinaba plena confianza en nuestra victoria. Los soldados y los oficiales decían con firmeza a la población que quedaba en el territorio evacuado: "¡Volveremos!" Y su seguridad no descansaba únicamente en premisas materiales, sino también en la firmeza moral de nuestra gente, en su fe en nuestra justa causa. Nadie podía admitir ni siquiera la idea de que en el mundo hubiera una fuerza capaz de arrebatarnos a nuestro pueblo el poder soviético. Y este sentimiento, imperante entre las masas, se transformó en una fuerza material, que en Occidente califican de milagro. Nosotros, en cambio, estimábamos esa confianza como la medida más fiel de la fuerza del poder soviético.

El amor a la patria es inherente a todos los pueblos. Pero no podemos decir lo mismo de todos los ejércitos [...]

El Ejército Soviético es un ejército peculiar, que no se parece

ni al viejo ejército ruso, ni a ninguno de los europeos. Sus efectivos han salido de la entraña del pueblo. Entre sus soldados y los oficiales no existe ninguna diferencia de clase, hecho que no se da en ninguno de los ejércitos modernos. Nuestro ejército está ligado a su pueblo por infinitos lazos, tanto por su género de vida como por su actividad social.

Idem, págs. 283-285.

### CATEGORÍAS DE LA MORAL COMUNISTA

#### *El deber*

Además, sus cartas están colmadas de afectuosa amistad personal hacia mí, y ya comprenderá usted que yo sé estimar lo que eso vale; yo, que estoy librando la más dura batalla con el mundo (el oficial, se entiende).

¿Por qué, entonces, no le he contestado antes? Porque todo este tiempo he estado al borde de la tumba. Y me consideré obligado a aprovechar *todos* los momentos en que me sentía capaz de trabajar para poner término a mi obra, a la que he sacrificado la salud, la felicidad y la familia. Confío que con esta explicación le bastará. Me río de los llamados "hombres prácticos" y de su archisabiduría. Quien no tiene otra aspiración que ser bestia, puede, desde luego, volver la espalda a los dolores de la humanidad, y no preocuparse más que de su propio pellejo. Pero yo me habría considerado, en verdad, *muy poco práctico* si hubiese muerto sin dejar mi obra terminada, al menos el manuscrito.

Marx a S. Meyer, 30 de abril de 1867, Marx y Engels, *Correspondencia*, ed. cit., pág. 151.

¡Con cuánta intrepidez actúa el señor Kuhlvetter! Es indudable que hubo casos de deber quebrantado, pero en su conjunto, los funcionarios cumplieron honestamente con su deber.

En efecto, los funcionarios de Poznan, en su enorme mayoría, *cumplieron* con su "deber", "deber del juramento de servicio", deber para con el viejo sistema burocrático prusiano y sus propios intereses, que coinciden con dicho deber. Ellos cumplieron con su deber,

sin sentir escrúpulos de los medios empleados con tal de anular lo resuelto el 19 de marzo. ¡Y precisamente por eso, su deber, señor Kuhlvetter, consiste en exonerar a todos esos funcionarios!

Pero el señor Kuhlvetter se refiere a un deber que determinaban las leyes prerrevolucionarias, mientras que hoy se trata de un deber muy distinto, que surge después de cada revolución y que consiste en interpretar correctamente las condiciones modificadas y contribuir a su desarrollo.

Engels, "Reunión de conciliación del 4 de julio", Marx y Engels, *Obras completas*, t. V, ed. cit., pág. 202.

Reconocemos que la camaradería es un deber, que es un deber apoyar a todos los compañeros, un deber dar prueba de tolerancia para con las opiniones de nuestros camaradas, *pero para nosotros ese deber de camaradería surge del deber ante la socialdemocracia rusa y ante la socialdemocracia internacional, y no a la inversa* [...]

Por eso, si estamos convencidos de que los "camaradas" se apartan del programa de la socialdemocracia, que los "camaradas" restringen o deforman los objetivos del movimiento obrero, entonces consideramos nuestro deber expresar nuestra convicción con toda nitidez y sin reticencia alguna.

Lenin, "Una tendencia regresiva en la socialdemocracia rusa", *ob. cit.*, t. IV, pág. 264.

Realizar una revolución victoriosa y defender las conquistas de ésta impone al proletariado asumir gigantescas tareas. Pero al proletariado no le asusta esa responsabilidad. Apartará despreciativamente de su lado a quien le augure que el triunfo le acarreará desgracias. El proletariado ruso sabrá cumplir su deber hasta el final.

Lenin, "Comunicado sobre el III Congreso del POSDR", *ob. cit.*, t. X, pág. 208.

Está poseída [la fiera imperialista (*Ed.*)] de un odio salvaje, y por ello nos decimos: suceda lo que sucediere, que cada obrero y

cada campesino de Rusia cumpla con su deber y ofrende su vida, si así lo exige la defensa de la revolución. Proclamamos: suceda lo que sucediere, y sean cuales fueren las calamidades que desencadenen los imperialistas, todo ello no les servirá para salvarse. ¡El imperialismo perecerá; en cambio la revolución socialista triunfará pese a todo!

Lenin, "VI Congreso extraordinario de los soviets de diputados obreros, campesinos, cosacos y soldados rojos de Rusia, 6-9 de noviembre de 1918", *ob. cit.*, t. XXVIII, págs. 144-145.

Pero los filisteos son incapaces de comprender que los comunistas consideran su deber —y con toda razón— *estar al lado de las masas combatientes* de los oprimidos, y no al lado de los héroes del filisteísmo, que se mantienen al margen, en una cobarde expectativa. Cuando las masas luchan, los errores son inevitables: los comunistas, al percibir estos errores, los explican a las masas, tratan de corregirlos, defienden firmemente el triunfo de lo conciente sobre lo espontáneo y se mantienen al lado de las masas.

Lenin, "Los héroes de la Internacional de Berna", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 389.

El deber de los comunistas es no silenciar las debilidades de su movimiento, sino criticarlas abiertamente para verse libres de ellas lo antes posible y de manera radical.

Lenin, "Tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista", *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 177.

En nuestros días no hay para la humanidad tarea más imposterable que la lucha contra el peligro de una guerra nuclear con empleo de cohetes, por el desarme universal y total, por el mantenimiento de la paz. En nuestros días no hay deber más noble que la participación en esta lucha.

"Llamamiento de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros a todos los pueblos del mundo", *Hacia nuevas victorias del movimiento comunista mundial*, ed. cit., pág. 79.

Vuelvo a leer las dos cartas que me has escrito, y advierto que me imaginas muy desdichado, como no lo he sido ni lo soy. En el aspecto material, hasta me siento demasiado bien; en cuanto a que carezco de libertad, de libros, y me encuentro en reclusión solitaria, y que, siendo un encarcelado, mi dignidad humana sufre todo género de ultrajes [...] recuerda, querida Aldona, que la conciencia moral de estar cumpliendo con mi deber me recompensa mil veces de esos padecimientos. Hay que poseer esa conciencia para comprender que nosotros, los reclusos, somos más felices que la mayoría de los que están en libertad, pues, aunque nuestro cuerpo esté encadenado, nuestra alma es libre, mientras que los otros tienen alma de esclavo. Y no creas que es una frase vana, una expresión literaria; nada de eso. Has visto que después de haber sido detenido y encarcelado por primera vez, no retrocedí ante mi deber, tal como lo interpretaba y lo interpreto. Los que somos así, para lograr la finalidad que nos hemos propuesto debemos renunciar a todos los bienes personales, a vivir para sí, en aras de una vida por la causa. Te escribo todas estas cosas, querida Aldona, para que no me consideres un "pobrecito" y no me escribas en esos términos.

F. Dzerzhinski, *Diario. Cartas a la familia*, ed. La joven guardia, 1958, págs. 121-122.

Mi capacidad de trabajo ha mermado mucho últimamente. Más de una vez he pensado que no seré capaz de desenvolverme ni ser útil en el futuro. Pero entonces me digo: quien vive y sigue una idea no puede ser un inútil, salvo que renuncie a su idea. Sólo la muerte, cuando llegue, dirá la última palabra acerca de la inutilidad. Pero mientras la vida aliente en mí y viva la idea, cavaré la tierra, haré los trabajos más duros, entregaré lo que pueda. Es un pensamiento que tranquiliza y permite soportar el sufrimiento. Hay que cumplir con el deber, seguir el camino hasta el final. Aunque los ojos se queden sin vista, y no puedan contemplar la belleza del mundo, el alma conoce esa belleza y la sigue sirviendo. Los tormentos de la ceguera se mantienen, pero hay algo superior a esos tormentos: es la fe en la vida, en los hombres; es la libertad y la conciencia inalterable del deber.

Idem, pág. 187.

No triunfaremos, si desde ya consideramos que hemos logrado todo el bienestar posible y nos preocupamos más de nuestros derechos que de nuestras obligaciones. Decía Lenin que la regla básica de nuestra moral es la siguiente: bueno es todo lo que contribuye a la victoria del proletariado y malo todo lo que la dificulta.

El egoísmo es malo porque dificulta esa victoria. La abnegación profunda y el sacrificio heroico por el triunfo del proletariado son buenos. Pero, por cierto, no somos ascetas y no exigimos que la única finalidad del hombre sea la de sacrificarse. Nada de eso.

Sabemos que nos son necesarios hombres sanos y plenos de alegría de vivir. Es en gran parte nuestra obligación personal preocuparnos por nuestro propio desarrollo y porque nuestra vida privada trascorra en condiciones sanas y, si es posible, felices. Pero, no bien estos deseos tropiezan con algún conflicto entre nuestra dicha personal y nuestro deber para con el proletariado, los motivos privados deben ceder el primer plano a los sociales. Para ello debemos templar en nosotros un carácter fuerte, la capacidad de autodominio y de represión de los propios deseos y pasiones, aprender a dirigir la voluntad y la conciencia hacia el rumbo requerido; en suma, es necesario que el comunista triunfe sobre el pequeño burgués, que el individuo social domine al privado. Es una tarea de gran trascendencia, hacia cuya solución podemos encaminarnos a través de la autoeducación, de ciertas formas muy sutiles de disciplina amistosa, de influencias de compañeros, etc.

A. Lunacharski, "La campaña cultural del komso-mol", *Sobre la instrucción pública*, ed. de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RFSSR, 1958, págs. 476-477.

El deber para con nuestro país, la sociedad, la humanidad, sólo puede originarse en un profundo, conciente y al mismo tiempo entrañable sentimiento de solidaridad entre los trabajadores, y en la firme convicción de que esta solidaridad es un bien para todos los hombres, incluso para uno mismo. El deber socialista no encierra altruismo ni sacrificio de sí mismo; es una categoría necesaria, moralmente obligatoria y absolutamente real, con una lógica férrea que

dimana de los verdaderos intereses humanos, no celestiales, sino terrenales; una lógica materialista y no idealista.

De esta esencia real es de donde proviene la idea del deber. El deber social es una función del interés social.

Pero la anterior premisa nada soluciona. Los intereses solidarios dan nacimiento a la idea del deber, pero no originan necesariamente el cumplimiento del deber. La solidaridad de intereses y la consiguiente solidaridad de idea no constituyen todavía un fenómeno moral. Este último adviene cuando se produce la solidaridad de conducta.

Muchos camaradas suponen que la solidaridad de ideas (e intereses) conduce inevitablemente a la conducta solidaria. Tal convicción es un error grave y perjudicial.

En términos generales, se puede considerar un axioma que la solidaridad de conducta no puede producirse sin la solidaridad de ideas (salvo en casos de comportamiento ciego o hipócrita), pero la conclusión inversa es equivocada.

Ningún conocimiento de dibujo o de cálculo, ningún estudio teórico de tecnología o de resistencia de materiales pueden impulsar a un hombre a edificar una casa, si nunca ha visto un ladrillo, una viga, el cemento, el vidrio, etc., si no se ha ejercitado en el trabajo práctico con ellos, si no ha asimilado el proceso de construcción con sus cinco sentidos, su voluntad y su experiencia.

Asimismo, ninguna idea determinará la conducta de un hombre, si no ha tenido la experiencia de la conducta.

Ahora bien, la experiencia de la conducta solidaria es el verdadero objetivo de la educación socialista. Esta experiencia se lleva a cabo en la familia y la sociedad soviética desde los primeros años de vida; se desarrolla en el niño al tiempo que evoluciona su conciencia, y produce posteriormente nuestros cuadros de jóvenes militantes, admirablemente activos e inspirados, de los que nos enorgullecemos con razón.

Pero en algunas familias no se presta bastante cuidado a la formación de esta experiencia; se sigue insistiendo en la pura idea y hasta en el puro amor, con la esperanza de que la una o el otro serán las garantías de una conducta correcta.

A. Makarenko, "El amor y el deber", *Obras completas*, t. IV, ed. cit., págs. 518-519.



*La felicidad*

Así, en un estado declinante de la sociedad: creciente miseria del obrero; en una sociedad que progresa: miseria con complicaciones; y en una sociedad completamente desarrollada: miseria estacionaria.

Puesto que, sin embargo, según Smith, no es feliz una sociedad en la cual sufre la mayoría —ya que aun el Estado social más próspero conduce a estos sufrimientos de la mayoría— y puesto que el *sistema económico* (y en general una sociedad basada en el interés privado) conduce a esta condición de mayor prosperidad, se sigue que el fin del sistema económico es la *infelicidad* de la sociedad.

Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, ed. Austral Ltda., Santiago de Chile, 1960, pág. 20.

Primero, el hecho de que el trabajo es *exterior* al obrero, es decir, no pertenece a su ser esencial; que en su trabajo —por consiguiente— no se confía a sí mismo, sino que se niega a sí mismo, no se siente feliz, sino desgraciado; no desarrolla libremente su energía física y mental, sino que mortifica su cuerpo y arruina su mente. Por lo tanto, el obrero solamente se siente fuera de su trabajo, y en su trabajo se siente fuera de sí mismo. Se siente libre cuando no está trabajando, y cuando está trabajando no se siente libre. Por consiguiente su labor no es voluntaria, sino coercitiva: es una *labor forzada*. Por lo tanto no es la satisfacción de una necesidad; es tan sólo un *medio* para satisfacer necesidades exteriores a ella. Su carácter alienado emerge claramente en el hecho de que apenas no existe compulsión física o de otro carácter, se huye de él (del trabajo) como de la peste. El trabajo externo, el trabajo en el cual se enajena el hombre, es un trabajo de autosacrificio, de mortificación. Finalmente, aparece el carácter externo que el trabajo tiene para el obrero en el hecho de que no es suyo sino de otra persona, que no le pertenece, que él no se pertenece a él, a sí mismo, sino a otro.

Idem, pág. 70.

Si el producto del trabajo no pertenece al obrero, si lo enfrenta como un poder extraño, esto sólo puede ocurrir porque pertenece a *otro hombre que no es el obrero*. Si la actividad del obrero constituye un tormento para él, para otro debe significar *deleite* y la alegría de su vida. Ni los dioses ni la naturaleza, sino el hombre mismo puede ser este poder ajeno por encima del hombre.

Idem, pág. 77.

*De las "confesiones" de Marx*

- ¿Su rasgo distintivo? ..... La unidad de objetivos.
- ¿Qué es para usted la felicidad? ..... La lucha.
- ¿Qué es para usted la desdicha? ..... La sumisión.
- ¿El defecto que se siente más inclinado a disculpar? ..... La credulidad.
- ¿El defecto que más aversión le inspira? .. El servilismo.\*

*Recuerdos sobre Marx y Engels*, ed. rusa, pág. 274.

Ese es mi destino. Pelear una y otra vez contra las estupideces y las ruindades políticas, contra el oportunismo, etc.

Y así desde 1893. Y en pago de ello, el odio de la gente ruin. Y sin embargo no cambiaría mi suerte por la "paz" con esos mentecatos.

Lenin, "A Inessa Armand", *ob. cit.*, t. XXXV, pág. 263.

Pero tenemos derecho a enorgullecernos de que nos haya tocado en suerte *iniciar* la construcción del Estado soviético, *iniciar* así una nueva época de la historia universal, la época de la dominación de una *nueva* clase, oprimida en todos los países capitalistas, y que en todas partes avanza hacia una vida nueva, hacia la victoria sobre la

\* Las "Confesiones" datan de 1865. Son respuestas de Marx a preguntas que le formuló su hija. (Ed.)

burguesía, hacia la dictadura del proletariado y la liberación de la humanidad del yugo del capital, de las guerras imperialistas.

Lenin, "Con motivo del cuarto aniversario de la Revolución de Octubre", *ob. cit.*, t. XXXIII, págs. 43-44.

Los defectos, los errores y los desaciertos son inevitables en una obra tan nueva, tan ardua y de tal envergadura. Quien teme las dificultades de la construcción del socialismo, quien se deja intimidar por ellas, quien cae en la desesperación o en un pusilánime desaliento, no es socialista.

Crear una nueva disciplina de trabajo, nuevas formas de relaciones sociales entre los hombres, formas y métodos nuevos de incorporación de los hombres al trabajo, es una tarea que exige muchos años y décadas.

Esta es la tarea más fecunda y más noble.

Nuestra fortuna está en que, después de derrocar a la burguesía y aplastar su resistencia, hemos podido sentar las bases sobre las cuales esa tarea se *ha hecho posible*.

Y pondremos manos a la obra con toda energía.

Lenin, "De la destrucción de un régimen secular a la creación de otro nuevo", *ob. cit.*, t. XXX, pág. 508.

Querida Aldona: Nuestros caminos se han separado; estamos lejos el uno del otro, pero los gratos recuerdos de los inocentes días de la infancia, el recuerdo de nuestra madre, todo eso me impulsa a no romper el hilo que nos une, por delgado que sea. Por lo tanto, te ruego que no me guardes rencor por mis ideas; en ellas no cabe el odio a los hombres. Aprendí a aborrecer la riqueza, porque amo a los hombres, porque veo y siento con todas las fibras de mi alma que hoy... los hombres adoran el becerro de oro, adoración que ha convertido en bestiales las almas humanas y expulsado el amor de

los corazones. Recuerda que en el alma de los hombres que se me parecen arde una llama sagrada... que hasta en la hoguera proporciona felicidad.

F. Dzerzhinski, *Diario. Cartas a los familiares*, ed. rusa, pág. 123.

Nuestra vida es terrible en su conjunto y, sin embargo, podría ser espléndida y bella. Lo deseo tanto, tanto me gustaría vivir de un modo humano, amplio y polifacético. Quisiera tanto conocer la belleza de la naturaleza, de los hombres y sus creaciones, admirar estas cosas, perfeccionarme yo mismo; porque la belleza y el bien son hermanos. Me es tan ajeno este ascetismo que me cayó en suerte. Quisiera ser padre; colmar el alma de un pequeño de todo lo bueno que hay en el mundo, observar cómo se abre bajo los rayos de mi amor la magnífica flor de un alma humana. A veces estos sueños me atormentan con sus tentadoras imágenes vívidas y claras. Pero, ¡oh, milagro!, los senderos del alma humana me llevaron por otros rumbos, y yo los sigo. Quien *ama* la vida tanto como yo, le entrega su propia vida. Sin corazones plenos de amor, sin ensueños, no podría vivir.

Idem, pág. 169.

¡Hay tantos hombres condenados a no ver jamás, ni siquiera en sueños, la genuina felicidad y alegría de la vida por causa de la deformación de sus sentimientos! Y sin embargo, la naturaleza del hombre está dotada de la capacidad de sentir y experimentar la felicidad. Un puñado de hombres quitó a millones esa capacidad, mutilándose y corrompiéndose también ellos mismos; sólo quedan "la demencia y el horror", "el horror y la demencia", o bien el lujo y los placeres que proporcionan la excitación alcohólica, el poder o el misticismo religioso. La vida no valdría la pena si la estrella del socialismo, la estrella del porvenir, no iluminara a la humanidad. Porque el "yo" no puede vivir si no incorpora a sí mismo el resto del mundo y de los hombres. Tal es ese "yo" [...]

Idem, pág. 27.

El alma humana, como la flor, absorbe inconcientemente los ra-

yos del sol y permanentemente siente nostalgias de él y de su luz; se marchita y deforma cuando el mal vela esa luz. En esa aspiración del alma humana a la luz del sol se origina nuestra vitalidad y nuestra fe en un porvenir mejor de la humanidad; por eso, no debe haber lugar para la desesperanza [...] La hipocresía se ha convertido en el genio maléfico de la humanidad: amor, de palabra; en la práctica, lucha despiadada por la existencia, por alcanzar la llamada "felicidad", por una carrera... Ser un claro rayo de luz para los otros, irradiar luz, he aquí la felicidad suprema que puede lograr el hombre. Entonces, el hombre no teme los sufrimientos, el dolor, las penas, las privaciones. Entonces, el hombre deja de temer a la muerte, a pesar de que sólo así aprende a amar verdaderamente la vida. Sólo entonces el hombre marchará por el mundo con los ojos abiertos, y lo verá todo, lo oír y lo comprenderá todo; sólo entonces saldrá de su estrecha envoltura y experimentará las alegrías y las penas de la humanidad entera; sólo entonces será un hombre auténtico.

Idem, págs. 179-180.

Renunciar a los bienes de la vida para luchar por ellos junto a los que nada poseen, se considera en la actualidad una especie de ascetismo. Pero hay pensamientos que no me abandonan y los comparto contigo. Yo no soy un asceta. Se trata tan sólo de una dialéctica de los sentimientos, cuyas fuentes brotan de la vida misma y, según mi parecer, de la vida del proletariado. El problema reside en que esta dialéctica debe cumplir íntegramente su ciclo para alcanzar la síntesis, es decir, la solución de las contradicciones. Y la síntesis, si bien es proletaria, debe ser al mismo tiempo "mi" verdad, la verdad de "mi" alma. Debemos tener la conciencia interior de la necesidad de ir a la muerte en aras de la vida, de ir a la cárcel en aras de la libertad; hay que poseer la fuerza de enfrentar con los ojos abiertos el infierno de la vida, sintiendo en el alma el grandioso y elevado himno a la belleza, a la verdad y a la alegría que surge de la vida misma.

Idem, págs. 208-209.

Mientras el obrero no esté persuadido de la justeza de las ideas comunistas y no las haya asimilado, le parecerá que su situación no

tiene salida, y estará próximo a la desesperación. Trabaja toda la vida para otros, su familia siempre se halla amenazada por el hambre, y el sistema capitalista no le ofrece la perspectiva de algo mejor. Tal es la suerte que lleva a muchos obreros a la desesperación total. ¡Pero el comunista no cree que la situación no tenga salida, y no desespera! A nosotros se nos plantea el objetivo de llevar a la humanidad a una vida mejor y más perfecta. Ya lo dijeron Carlos Marx y Federico Engels en su *Manifiesto Comunista*: transformaremos a los esclavos encadenados a sus máquinas y a los indigentes desesperados, en los libres y dichosos constructores de un porvenir nuevo, de una nueva vida, fundada sobre principios colectivistas.

A ejemplo de la Unión Soviética, construiremos un mundo socialista.

E. Thaelmann, "¡Al ataque, por una Alemania soviética!", *Artículos y discursos escogidos*, t. II, ed. rusa, 1958, pág. 365.

En realidad, ¿qué es el comunismo? ¿La sola organización de una política determinada que condujo a la victoria del proletariado? Todos sabemos perfectamente que no. Tomar el poder y no hacer felices a los hombres no tiene sentido. Hemos tomado el poder precisamente para dar a los hombres la felicidad. ¿Es acaso el comunismo un problema estrictamente económico, el dar libertad a los hombres para que trabajen sin un excesivo cansancio, tengan techo, alimentos y ropas, y eso es todo? Por supuesto que no. ¿Acaso el hombre vive para vegetar, ponerse los pantalones por la mañana, comer un trozo de carne a mediodía y, llegada la noche, volverse a acostar? No. Todas esas cosas únicamente son medios para lograr una vida feliz.

Pero el hombre no vive para esos medios en sí. Se viste, se alimenta, trabaja, descansa para poder desplegar sus conocimientos, desarrollar sus sentimientos y sensaciones, conocer la dicha, ser feliz y dar felicidad a los demás. Nuestra finalidad última es crear una unidad fraternal entre los hombres, cada vez más elevada, que habrá de alcanzar la plenitud de los bienes materiales, de todas las riquezas y posibilidades accesibles al ser humano. El gran Marx formuló así nuestros objetivos. Dijo: el fin último del comunismo es el supremo desarrollo de la riqueza; y si al lector le parece ésta una definición económica demasiado estrecha, le diré que me refiero al supremo desarrollo de todas las capacidades del hombre; ahora bien, el desa-

rollo de las aptitudes humanas —intelectuales, artísticas y prácticas— es la cultura.

A. Lunacharski, "Las tareas educacionales en el sistema de la construcción soviética", *Sobre la instrucción popular*, ed. rusa, pág. 274.

Muy compleja es nuestra felicidad y riquísimo el conjunto de estados anímicos del ciudadano soviético. La alegría del amor forma parte de este conjunto, pues ha roto el aislamiento y la soledad en que lo colocaba su primitiva acepción, respira a pulmón lleno y arde en una verdadera hoguera fulgurante, en vez de vegetar en la débil llama del nido familiar como un sedante para mitigar los sufrimientos del hombre.

La felicidad soviética es mucho más vasta. Tan grande es, que nuestro arte, joven aún, no ha sabido todavía representarla, a pesar de que constituye, indudablemente, el tema más digno para el artista.

Nuestra felicidad comienza por el solo hecho de que en nuestras calles han dejado de pulular ya las ahítas sanguijuelas hinchadas de presunción y crueldad; los lujosos palacios, carruajes y galas de los explotadores, la turba de gorriones, sirvientes y lacayos, y toda esa repugnante muchedumbre de parásitos de segundo orden; no vemos a las despojadas masas a las que el odio deformaba; no sabemos ya de anónimas y desesperanzadas biografías. Y tenemos la felicidad de saber con certeza que ya nunca volveremos a ver estas cosas; tenemos la felicidad de nuestras amplias y purificadas perspectivas.

Es una felicidad excepcional, pero ya nos hemos acostumbrado a ella. Hábito admirable, adquirido en los últimos veinte años, que, como la salud, el hombre sano generalmente no advierte.

Pero tenemos aun más que esta espléndida riqueza. Los veinte años transcurridos desde octubre nos trajeron la libertad y sus frutos.

Hemos aprendido a ser felices en ese grado supremo en que uno puede enorgullecerse de ser feliz. Hemos aprendido a ser felices en el trabajo, la creación, la victoria y la lucha. Conocemos la alegría de la unidad humana, sin los retaceos y excepciones que se originan en la proximidad del rico. Hemos aprendido a ser felices con el conocimiento, porque el conocimiento ha dejado de ser un privilegio de los expoliadores. Hemos aprendido a ser felices en el descanso, porque a nuestro lado ya no existe el ocio que lo había monopolizado. Hemos aprendido a ser felices en el sentimiento de nuestro país, por-

que ahora el país es nuestro y no de nuestros amos. Hoy sabemos cuánta alegría y belleza encierra la disciplina, pues el libre movimiento legisla nuestra disciplina y no la arbitraria ley de los explotadores.

En cada sensación que experimentamos se halla presente la idea del hombre y de la humanidad, y por eso nuestra felicidad no es sólo un fenómeno social, sino también histórico. Y es esta la única razón que la libera de su penosa condición de ser algo casual y efímero; no tiene ninguna relación con el destino, la vieja celestina de la predestinación humana de los tiempos pasados.

Pero nuestra felicidad dista mucho de ser un obsequio que la "providencia" ofrece al ciudadano soviético. La hemos conquistado con dura lucha y sólo nos pertenece a nosotros, los sinceros y rectos integrantes de una sociedad sin clases. No la goza cualquiera que tenga el capricho de residir en nuestro territorio. Aquel que sólo sabe nadar en las aguas turbias de la explotación no será feliz entre nosotros [...]

Las leyes de la felicidad soviética exigen un estudio atento y profundo, pero ello no nos preocupa, pues a diferencia de lo que ocurre en los demás países, nuestra ley general de la nación es en realidad una ley sobre la felicidad.

A. Makarenko, "La felicidad", *Obras*, t. VII, ed. rusa, págs. 33-35.

### *Honor y conciencia*

Alemania se ha hundido profundamente en el lodo, y se hunde cada día a mayor profundidad. Creedme: el menos inclinado a sentir el orgullo nacional, no puede dejar de experimentar la vergüenza nacional, incluso si está en Holanda. El más insignificante de los holandeses es, sin embargo, un ciudadano, comparado con el alemán más importante. ¡Y los juicios que los extranjeros emiten sobre el gobierno prusiano! En este sentido existe una aterradora unanimidad. Nadie se engaña ya con respecto al sistema prusiano y a su sencillo mecanismo. Por consiguiente, pese a todo, la nueva escuela ha proporcionado cierta utilidad. La aparatosa capa del liberalismo ha caído de sus hombres y el más repugnante de los despotismos se hace presente ante la faz del mundo entero en toda su desnudez.

También esto ha sido una revelación, aunque en sentido inverso.

de nuestro patriotismo, la monstruosidad de nuestro régimen estatal, y nos obliga a cubrirnos el rostro de vergüenza. Tal vez, mirándome sonrientes, me preguntarán: ¿qué utilidad reporta eso? De la vergüenza no nacen las revoluciones. Y yo respondo: la vergüenza es una revolución en cierto sentido; la vergüenza dio en realidad a la Revolución Francesa la victoria sobre el patriotismo alemán, que la había derrotado en 1813. La vergüenza es una especie de ira, sólo que dirigida hacia adentro. Y si la nación entera experimentara un verdadero sentimiento de vergüenza, se asemejaría a un león que se agazapa, preparándose para dar el salto. Pero, por cierto, en Alemania no se experimenta ni siquiera vergüenza; por el contrario, esa gente lastimosa todavía sigue siendo patriota. ¿Pero es que existe otro sistema capaz de sacarles el patriotismo en la misma medida que el ridículo sistema de este paladín de nuevo cuño? \* La comedia que representa ante nosotros el despotismo es tan peligrosa para él, como lo fue en su tiempo la tragedia para los Estuardo y los Borbones.

Marx, "Cartas de «Deutsch-französische Jahrbücher»".  
Marx y Engels, *Obras completas*, t. I, ed. cit., págs. 371-372.

Pero la conciencia de los ricos fabricantes es elástica, y no porque se muera de hambre un niño más o menos el alma del pietista irá a parar a los infiernos, siempre que sea un alma que frecuente la iglesia los domingos. Pues se ha establecido que, de todos los fabricantes, son los pietistas quienes peor tratan a sus obreros; se desviven por bajarles el salario con el pretexto de quitarles la posibilidad de emborracharse; sin embargo, cuando se trata de elegir predicadores, son los primeros en sobornar a sus hombres.

Engels, "Cartas de Wuppertal", Marx y Engels, *ob. cit.*, t. I, pág. 456.

Pero la conciencia de los jurados —nos objetarán—, la conciencia, ¿es posible exigir mayor garantía? ¡Oh, *mon Dieu!*, la conciencia depende de los conocimientos \*\* y del modo de vida del hombre.

\* Se refiere a Federico Guillermo IV. (Ed.)

\*\* Juego de palabras: *Gewissen*, conciencia; *wissen*, conocimiento (Ed.)

La conciencia de un republicano es distinta de la conciencia de un realista; la del poseedor, distinta de la de un desposeído; la de un ser pensante, diferente de la de aquel que es incapaz de pensar. El hombre cuya única vocación es la de jurado, tiene la conciencia correspondiente.

La "conciencia" de los privilegiados es, en realidad, una conciencia privilegiada.

Marx, "El proceso de Gotsalk y sus camaradas",  
Marx y Engels, *ob. cit.*, t. VII, pág. 140.

Seamos inflexibles en la investigación de las menores dudas ante el tribunal de los obreros concientes, ante el tribunal de nuestro partido: sólo en él tenemos fe, en él vemos la inteligencia, el honor y la conciencia de nuestra época [...]

Lenin, "Un chantaje político", *ob. cit.*, t. XXV,  
pág. 252.

*La lucha por la dictadura del proletariado y la victoria del comunismo* es, indudablemente, el contenido de mi vida. Quisiera vivir todavía veinte años, por lo menos, para el comunismo y luego morir en paz. Pero, precisamente por eso soy decidido adversario de los métodos de terror individual y del putchismo.

Y no por impulsos sentimentales, no por humanismo. En total concordancia con la enseñanza comunista, con las decisiones y la disciplina de la Internacional Comunista, que constituyen para mí, como para todo auténtico comunista, la ley suprema, estoy contra el terror individual y las aventuras de conjurados, juzgándolos con el criterio de la conveniencia revolucionaria en interés de la revolución proletaria y el comunismo.

Soy realmente un adepto exaltado y admirador del partido bolchevique de la Unión Soviética, por ser el partido que gobierna el país más grande del mundo —una sexta parte del globo— y construye allí, heroica y triunfalmente, el socialismo [...]

No tengo absolutamente nada que ver, directa ni indirectamente, con el incendio del Reichstag [...]

Hoy me inclino a suponer que el incendio del Reichstag —ese

acto anticomunista— se produjo sobre la base de una alianza entre la provocación política y la demencia política.

Difícilmente se podría cometer un atentado más grave contra mi honor revolucionario, político y personal, que sospechar y acusarme de haber participado en este crimen, dirigido contra el pueblo y el comunismo.

J. Dimítrov, "Borrador del primer discurso en el tribunal", *Obras escogidas*, ed. rusa, págs. 319-320.

Mi lenguaje es apasionado y duro, lo reconozco, pero también mi lucha y mi vida han sido siempre duras y apasionadas. Mi lenguaje es un lenguaje franco y sincero. Estoy acostumbrado a llamar a las cosas por su nombre. No soy un abogado que defiende por deber a su cliente.

Me defiendo a mí mismo, como comunista acusado.

Defiendo mi honor personal de comunista, mi honor de revolucionario.

Defiendo mis ideas, mis convicciones comunistas.

Defiendo el sentido y el contenido de mi vida.

Por esta razón, cada palabra pronunciada por mí ante el tribunal es, por decirlo así, *sangre de mi sangre y carne de mi carne*. Cada palabra mía es la expresión de mi indignación más profunda contra esta injusta acusación, contra el hecho de que se impute a los comunistas un crimen tan anticomunista [...]

Puedo decir con la conciencia tranquila ante el tribunal y, por lo tanto, ante la opinión pública también, que he dicho la verdad y sólo la verdad en todos los aspectos. En lo tocante a mi partido colocado en la ilegalidad, me he abstenido de hacer ninguna clase de declaración. He hablado siempre con seriedad y con el sentimiento de la más profunda convicción.

J. Dimítrov, *Los comunistas y el frente único*, ed. Anteo, Buenos Aires, 1963, pág. 11.

Lenin solía decir: ajusta tu conducta a las principales reglas morales del proletariado. Según éstas, es bueno lo que contribuye a la victoria del proletariado y sus ideales, y malo lo que la perjudica.

En esta dirección debemos desarrollar el sentimiento del honor.

Y hay que desarrollarlo desde la infancia. Es necesario que sea la colectividad el organismo encargado de esa misión educativa; si un niño o una niña dicen una fea mentira, estorban la labor colectiva; si maltratan a un niño más débil o dan muestras de antisemitismo, deberán avergonzarse ante sus compañeros de esos actos indignos de los miembros de su colectividad. Es necesario que el pequeño ser humano se ruborice de vergüenza cuando se confiese autor de esos actos ante su colectividad.

He aquí lo que significa para nosotros el sentimiento del honor. Es la enorme fuerza de la disciplina colectiva.

A. Lunacharski, *La educación del hombre nuevo*, ed. Priboi, Moscú, 1928, págs. 38-39.

En la actualidad, lo que nos impulsa a trabajar en provecho propio y de la comunidad es sobre todo nuestra conciencia.

Pero no todos son lo bastante concientes. A los que no lo son, hay que obligarlos.

En todas aquellas empresas donde no se trabaja para un capitalista, los que trabajan a conciencia deben juntarse y formar un fuerte núcleo. Y deben persuadir y hasta obligar a los holgazanes e inescrupulosos.

Pero ocurre a veces que los concientes están en minoría, y que la mayoría se compone de individuos que sólo piensan en rehuir el trabajo y robar los bienes de la empresa.

En esos lugares, la minoría es a veces impotente. Pero no debemos desalentarnos. Es necesario explicar y persuadir. Y algunas veces resulta útil publicar en el periódico notas sobre los que trabajan mal.

Los holgazanes y la gente inescrupulosa son enemigos de nuestra victoria.

M. Olminski, "Únanse para trabajar", *Obras completas*, t. II, ed. rusa, Moscú, 1933, pág. 357.

#### LAS REGLAS ELEMENTALES DE LA CONVIVENCIA HUMANA

Y definíamos la política exterior a que aspira la Internacional, con las siguientes palabras: "Reivindicar que las sencillas leyes de la moral y de la justicia, que deben presidir las relaciones mutuas

entre los individuos, sean las leyes supremas de las relaciones entre las naciones".

Marx, "La guerra civil en Francia", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 333.

Los sencillísimos principios que regulan las relaciones entre hombre y hombre, increíblemente embrollados ya por las condiciones sociales existentes y la guerra de todos contra todos, no pueden dejar de parecer completamente extraños y confusos al obrero no instruido cuando se le presentan mezclados con dogmas religiosos incomprensibles, en forma de un precepto religioso, arbitrario e infundado.

Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, ed. cit., pág. 123.

Y sólo entonces la democracia comenzará a *extinguirse*, por la sencilla razón de que los hombres liberados de la esclavitud capitalista, de los innumerables horrores, bestialidades, absurdos y vilezas de la explotación capitalista, se *habituaron* poco a poco a observar las reglas elementales de convivencia, conocidas a lo largo de los siglos y repetidas desde hace miles de años en todos los preceptos, a observarlas sin violencia, sin coacción, sin subordinación, *sin ese aparato especial* de coacción que se llama Estado.

Lenin, "El Estado y la revolución", *ob. cit.*, t. XXV, pág. 456.

Finalmente, sólo el comunismo suprime en absoluto la necesidad del Estado, pues *no hay nadie a quien reprimir*, "nadie" en el sentido *de clase*, en el sentido de una lucha sistemática contra determinada parte de la población. No somos utopistas y no negamos, de ninguna forma, que es posible e inevitable que *algunos individuos cometan excesos*, como tampoco negamos la necesidad de reprimir *tales* excesos. Pero, en primer lugar, para ello no hace falta una máquina especial, un aparato especial de represión; esto lo hará el propio pueblo armado, con la misma sencillez y facilidad con que un grupo cualquiera de personas civilizadas, incluso en la sociedad actual,

separa a los que se están peleando o impide que se maltrate a una mujer. Y, en segundo lugar, sabemos que la causa social más importante de los excesos, consistentes en la infracción de las reglas de convivencia, estriba en la explotación de las masas, en su penuria y su miseria. Al suprimir esta causa fundamental, los excesos comenzarán inevitablemente a *"extinguirse"*. No sabemos con qué rapidez y gradación, pero sabemos que se extinguirán. Y, con ellos, *se extinguirá* también el Estado.

Idem, págs. 457-458.

Pues cuando *todos* hayan aprendido a dirigir, y dirijan en realidad, por su cuenta, la producción social, cuando hayan aprendido a llevar el registro y el control de los haraganes, de los señoritos, de los granujas y de otros "depositarios de las tradiciones del capitalismo", el escapar a este registro y a este control realizado por la totalidad del pueblo será, sin remisión, algo tan inaudito y difícil, una excepción tan rara, y suscitará probablemente una sanción tan rápida y tan severa (pues los obreros armados son gente práctica y no intelectualillos sentimentales, y será muy difícil que permitan que nadie juegue con ellos) que la *necesidad* de observar las reglas nada complicadas y fundamentales de toda convivencia humana, se convertirá muy pronto en una *costumbre*.

Y entonces quedarán abiertas de par en par las puertas para pasar de la primera fase de la sociedad comunista a la fase superior y, a la vez, a la extinción completa del Estado.

Idem, pág. 468.

## CUALIDADES MORALES Y RASGOS DE CARÁCTER DE LOS QUE LUCHAN POR EL COMUNISMO

*Firmeza de las convicciones comunistas, fe en las masas,  
abnegación y constancia*

Para llegar a ser comunista, hay que enriquecer indefectiblemente la memoria con los conocimientos de todas las riquezas creadas por la humanidad.

No queremos una enseñanza mecánica, pero necesitamos desarrollar y perfeccionar la memoria de cada estudiante dándole hechos esenciales, porque el comunismo sería una vaciedad, quedaría reducido a una fachada vacía, el comunista no sería más que un fanfarrón, si no comprendiese y asimilase todos los conocimientos adquiridos. No sólo deben ustedes assimilarlos, sino assimilarlos en forma crítica, con el fin de no amontonar en el cerebro un farrago inútil, sino de enriquecerlo con el conocimiento de todos los hechos, sin los cuales no es posible ser hombre culto en la época en que vivimos.

El comunista que se vanagloriase de serlo, simplemente por haber recibido conclusiones ya establecidas, sin haber realizado un trabajo muy serio, difícil y grande, sin analizar los hechos frente a los que está obligado a adoptar una actitud crítica, sería un comunista lamentable. Nada podría ser tan funesto como una actitud tan superficial. Si sé que sé poco, me esforzaré por saber más, pero si un hombre dice que es comunista y que no tiene necesidad de conocimientos sólidos, jamás saldrá de él nada que se parezca a un comunista.

Lenin, "Tareas de las juventudes comunistas". (Discurso en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia), 2 de octubre de 1920, *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 274-275.



[...] debemos comprender que hay que sustituir la antigua escuela libresca, la enseñanza memorista y el anterior adiestramiento autoritario, por el arte de asimilar toda la suma de los conocimientos humanos, y de asimilarlos de modo que el comunismo sea para ustedes, no algo aprendido de memoria, sino algo pensado por ustedes mismos, y cuyas conclusiones se impongan desde el punto de vista de la educación moderna.

Así es como hay que plantear las tareas fundamentales, cuando se habla de aprender el comunismo.

Idem, pág. 276.

Para renovar nuestro aparato estatal es indispensable que nos proponamos: primero, estudiar; segundo, estudiar, y tercero, estudiar; después comprobar que la ciencia no queda reducida a letra muerta o a una frase de moda (cosa que, no hay por qué ocultarlo, ocurre con demasiada frecuencia entre nosotros), sino que se convierta en efecto en carne y sangre nuestras, que llegue a ser plena y verdaderamente un elemento integrante de la vida diaria.

Lenin, "Más vale poco, pero bueno", *ob. cit.*, t. XXXIII, págs. 448-449.

Cada vez que el poder soviético tropieza con dificultades en la complicada obra de construir el socialismo, sabe que tiene un único recurso de lucha: apelar a los obreros, y lo hace exhortando cada vez a capas más amplias. Ya he dicho que el socialismo sólo podrá construirse a condición de que participen en esa tarea un número 10, 100 veces más amplio de masas que antes, que éstas colaboren en la edificación del Estado y en la organización de la nueva vida económica.

Lenin, "Discurso en la sesión conjunta del CEC, el Soviet de Moscú y el Congreso de Sindicatos de Rusia, 17 de enero de 1919", *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 405.

Con el aumento de la resistencia de la burguesía y sus parásitos, crece la fuerza del proletariado y del campesinado que se le une. Los explotados se fortalecen, maduran, crecen, aprenden, se despojan de

los vestigios de la esclavitud asalariada a medida que aumenta la resistencia de sus enemigos: los explotadores. La victoria será de los explotados, pues con ellos está la vida, con ellos la fuerza del número, la fuerza de la masa, la fuerza de las inagotables fuentes de todo lo abnegado, idealista, honesto, de todo lo que ansía ir adelante, de todo lo que despierta para la construcción de lo nuevo, de todo el gigantesco depósito de energía y talento del así llamado "pueblo simple", obreros y campesinos. La victoria será de ellos.

Lenin, "Los asustados por el derrumbe de lo viejo y los que luchan por lo nuevo", *ob. cit.*, t. XXVI, pág. 384.

En cuanto a los organizadores de talento, que abundan en la clase obrera y entre los campesinos, comienzan ahora a tener conciencia de su valor, a despertar y a ambicionar el gran trabajo vivo y creador, a emprender por sí mismos la construcción de la sociedad socialista.

Una de las más importantes tareas, si no la más importante, de la hora presente, consiste en desarrollar todo lo posible esa libre iniciativa de los obreros y de todos los trabajadores y explotados en general, en su obra creadora de *organización*. Hay que deshacer a toda costa el viejo prejuicio, *absurdo*, salvaje, infame y odioso, según el cual sólo las llamadas "clases superiores", sólo los ricos o los que han pasado por la escuela de los ricos pueden administrar el Estado, dirigir, en el terreno de la organización, la construcción de la sociedad socialista.

Ese es un prejuicio mantenido por una rutina podrida y fosilizada, por un hábito servil y, en mayor medida, por la inmundicia avida de los capitalistas, interesados en administrar saqueando y saquear administrando. No; los obreros no olvidarán, ni un minuto siquiera, que necesitan la fuerza del saber. El celo extraordinario que los obreros ponen en instruirse, hoy precisamente, atestigua que en este sentido no hay ni puede haber error en el seno del proletariado. Pero el obrero y el campesino de *filas*, que saben leer y escribir, que conocen a los hombres y tienen una experiencia práctica, están también a la altura del trabajo de *organización*. Estos hombres forman *legión* en la "plebe", de la que hablan con desdén y altanería los intelectuales burgueses. La clase obrera y los campesinos poseen un manantial inagotable y aún intacto de esos talentos.

Los obreros y los campesinos son todavía "tímidos", no están aún

acostumbrados a la idea de que ahora son *ellos* los que constituyen la clase *dominante*, les falta resolución. La revolución no podía inculcar de *repente* estas cualidades a millones y millones de hombres obligados por el hambre y la miseria a trabajar bajo el látigo durante toda su vida. Pero la fuerza, la vitalidad, la invencibilidad de la Revolución de octubre de 1917 consiste precisamente en que *despierta* esas cualidades, derrumba todos los viejos obstáculos, rompe los lazos verustos, lleva a los trabajadores al camino de la creación, *por ellos mismos*, de la nueva vida.

Lenin, "¿Cómo organizar la emulación?", *ob. cit.*, t. XXVI, págs. 389-390.

El vivo espíritu creador de las masas: he ahí el factor esencial de la nueva sociedad [...] El socialismo no se crea por decretos; a su espíritu le es extraño el automatismo burocrático administrativo; el socialismo vivo, creador, es obra de las propias masas populares.

Lenin, "Reunión del CEC de toda Rusia del 4 (17) de noviembre de 1917. Respuesta a la interpe-lación de los socialistas revolucionarios de izquierda", *ob. cit.*, t. XXVI, pág. 272.

Entre las clases oprimidas, la única capaz de acabar con las clases por medio de su dictadura es la que se halla aleccionada, unida, educada, templada por decenas de años de luchas políticas y de huelgas contra el capitalismo; la clase que ha asimilado la cultura urbana, la cultura de la industria y del gran capitalismo, y que cuenta con la decisión y la capacidad necesarias para defenderla, para mantener y desarrollar todas sus conquistas y hacerlas accesibles a todo el pueblo, a todos los trabajadores; la clase capaz de afrontar todos los golpes, todas las pruebas, todas las adversidades, todos los grandes sacrificios que indefectiblemente impone la historia a quien, rompiendo con el pasado, trata de abrirse audazmente paso hacia un porvenir nuevo; la clase cuyos mejores hijos odian y desprecian todo lo mediocre y todo lo filisteo, cualidades que tanto abundan entre la pequeña burguesía, los pequeños empleados y los "intelectuales"; la clase que

"se ha forjado en la escuela del trabajo" y que, por su labor, inspira respeto a todos los trabajadores y a todos los hombres honrados.

Lenin, "Saludo a los obreros húngaros", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 383.

La firmeza, la tenacidad, la disposición, la decisión y la capacidad de ensayar cien veces, de corregir otras cien y de conseguir a toda costa las metas propuestas, estas cualidades las ha adquirido el proletariado en los 10, 15 y 20 años que precedieron a la revolución de Octubre y en los dos años trascurridos después de esta revolución, sufriendo privaciones, hambre, ruina y calamidades jamás vistas. Estas cualidades del proletariado son la garantía de que el proletariado vencerá.

Lenin, "De la destrucción de un régimen secular a la creación de otro nuevo", *ob. cit.*, t. XXX, pág. 508.

Vencerá y se mantendrá en el poder sólo quien tenga fe en el pueblo, quien se sumerja en el manantial del espíritu creador, viviente, del pueblo.

Lenin, "Reunión del CEC de toda Rusia del 4 (17) de noviembre de 1917. Discurso y resolución acerca de la declaración de Noguín sobre su renuncia al Consejo de Comisarios del Pueblo", *ob. cit.*, t. XXVI, pág. 275.

[...] la tarea principal del proletariado y de los campesinos pobres, guiados por él, la constituye, en toda revolución socialista —por consiguiente también en la revolución socialista comenzada por nosotros en Rusia el 25 de octubre de 1917—, el trabajo positivo o constructivo de formación de una red extraordinariamente compleja y delicada de nuevas relaciones de organización, que abarquen la producción y distribución planificada de los productos necesarios para la existencia de decenas de millones de seres. Una revolución de esta naturaleza sólo puede verse coronada por el éxito cuando la mayoría de la población y, ante todo, la mayoría de los trabajadores, demuestre una iniciativa creadora histórica independiente. La victoria de la revolución socialista quedará asegurada únicamente cuando el poble.

trabajadores y los campesinos pobres logren el grado suficiente de conciencia, firmeza, abnegación y tenacidad.

Lenin, "Las tareas inmediatas del poder soviético", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 234-237.

No hay en nosotros exageración alguna, ni temor a decir la verdad. Si se considera desde el punto de vista del objetivo por alcanzar, hemos hecho poco, pero muchísimo en cuanto a la consolidación de los fundamentos. No se puede hablar de que las amplias masas obreras construyen de modo conciente las bases del socialismo después de leer varios libros y algún folleto; lo conciente en este caso es que dichas masas, por propia decisión y con sus propias manos, han emprendido una obra extraordinariamente complicada, cometido miles de errores que ellas mismas debieron soportar, pero cada uno de estos errores sirvió para forjarlas y templarlas en la tarea de organizar la dirección de la industria, que hoy existe y se asienta sobre sólidas bases. Pero ya no se trabajará como entonces: hoy toda la masa obrera, y no sólo los jefes y trabajadores avanzados, sino verdaderamente las más amplias capas, saben que construyen el socialismo con sus propias manos, que han puesto el fundamento, y que ninguna fuerza en el interior del país les impedirá terminar su obra.

Lenin, "VI Congreso extraordinario de soviets de diputados obreros, campesinos, cosacos y soldados rojos de Rusia, 6-9 de noviembre de 1918. Discurso sobre el aniversario de la revolución, 6 de noviembre", *ob. cit.*, XXVIII, pág. 134.

Cuanto mayor la envergadura y amplitud de las acciones históricas, más numerosos son los que participan en ellas. Y a la inversa, cuanto más honda es la transformación que deseamos realizar, tanto más necesario es el interés y la actitud conciente, y tanto más es preciso convencer de esta necesidad a millones y decenas de millones de personas. En último término, nuestra revolución fue mucho más lejos que todas las otras, porque gracias al poder soviético hizo par-

ticipar en forma activa en la construcción del Estado a decenas de millones de los que jamás se habían interesado en ello.

Lenin, "VIII Congreso de los soviets de Rusia, 22-29 de diciembre de 1920. Informe sobre actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo, 22 de diciembre", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 477-47

Así, pues, una vida llena de contenido ideológico y de intereses sociales, una vida que tienda a esos fines es la mejor y la más interesante de cuantas vidas podamos imaginar [...]

Vivir una vida grande y de contenido ideológico es vivir los intereses sociales de la clase más avanzada y progresista de la época y en la época actual, es vivir los intereses del pueblo soviético, de la Patria socialista. Si vivís para servir a esos intereses, si vuestros pensamientos tienden a engrandecer aun más a vuestro pueblo, a elevar aun más el potencial económico y militar de nuestra patria, dedicáis todas vuestras fuerzas a la lucha por el triunfo total del comunismo y esa gran idea domina vuestros pensamientos, no dudo que en efecto viviréis una vida grande.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit. pág. 112.

Vladimir Ilich escribía que no puede haber movimiento revolucionario sin teoría revolucionaria. Mucho trabajó Lenin para elaborar esta teoría. Un objetivo claramente planteado, la profunda comprensión de este objetivo, el exacto conocimiento de los caminos que conducen a él, he aquí lo que necesita el revolucionario; porque si no ve con claridad dónde y por cuáles caminos hay que ir, por mucho fervor que ponga en su trabajo caerá continuamente en errores.

Comprender exactamente el fin, ver con claridad el camino, es imprescindible para saber distinguir lo fundamental de lo secundario. Vladimir Ilich tenía esa capacidad. Durante la lucha podemos a veces ceder en lo secundario para conquistar lo fundamental. Los oportunistas se diferencian de los revolucionarios por ceder en lo importante y fundamental, por olvidar el fin y renunciar a él. Hemos visto cómo Vladimir Ilich, a lo largo de toda su vida, combatió el oportunismo, cómo luchó contra esta incapacidad de defender lo fundamental, los principios. Y existe además otra equivocación: la persona que no sabe establecer la diferencia entre lo fundamental y lo secu-

dario, con frecuencia se deja aturdir por la fraseología revolucionaria. La lucha contra la fraseología revolucionaria caracterizó también toda la actividad de Vladímir Ilich. "La teoría revolucionaria no es un dogma", solía decir. Es una guía para la acción, para el trabajo. Desde este punto de vista hay que enfocar siempre la teoría. En este momento todos nosotros tenemos una necesidad extrema de estudiar la teoría revolucionaria. La URSS es un país atrasado en cuanto al desarrollo económico, y por eso existen muchas capas proletarias. Tenemos las capas proletarias de vanguardia que trabajan en la gran industria, pero existen capas más atrasadas y también artesanos; el grado de conciencia de clase es muy diferente en los distintos grupos. Y por lo tanto, la verdad proletaria no habla por boca de todo proletario. Es necesario saber reconocer la ideología proletaria de vanguardia, y para ello es sumamente importante que la juventud estudie la teoría revolucionaria.

No hay que creer todo a ciegas; cada uno debe pensar por su cuenta. No debemos creer en las simples afirmaciones; cada uno tiene que meditar profundamente las cosas. Esta es una tarea de la juventud, de los komsomoles que quieren ser leninistas. Vladímir Ilich decía que la teoría es una guía para la acción. Y en efecto, sólo porque se guiaba por la teoría revolucionaria, sabía él en todo momento hallar la meta más inmediata que debía alcanzar.

La clara comprensión de la finalidad y de los caminos para alcanzarla confiere al revolucionario el temple necesario, fortalece su decisión en los momentos de ofensiva y no lo deja caer en el pánico cuando es necesario el retroceso [...]

Vladímir Ilich aborrecía la fraseología y la jactancia, y exigía del revolucionario, del miembro del partido, el trabajo más intenso.

El trabajo suele ser a veces rutinario e ingrato, pero el revolucionario no debe rehuirlo; la causa no sólo precisa del trabajo espectacular, sino también del rutinario, del trabajo de todos los días.

"La falta de fe en ese oscuro, lento, difícil y duro trabajo, hace que la gente se deje vencer por el pánico y busque una salida «fácil» [...]", escribía Vladímir Ilich a G. Miasnikov.\*

Trabajar sin descanso para alcanzar la meta que nos hemos propuesto, no desalentarnos, tal es el legado de Ilich.

Es preciso que liguéis vuestra vida con el trabajo por el comunismo, que os guiéis por la teoría revolucionaria, contemplando sere-

\* Lenin, *ob. cit.*, t. XXXII, pág. 501.

namente la realidad y no temiendo un trabajo perseverante; entonces, seréis leninistas.

N. Krúpskaia, "La educación del leninista", *Acercos de la educación comunista, Artículos y discursos escogidos*, ed. cit., págs. 130 y 133.

*Quien no tiene fe en la victoria de su partido, quien no sigue la dirección partidaria movido por una profunda convicción, quien no combate con auténtica pasión las sucias calumnias de los enemigos, no está capacitado para llevar las ideas comunistas a las masas.*

E. Thaelmann, del discurso en el plenario de octubre del Comité Central del Partido Comunista Alemán, *Artículos y discursos escogidos*, t. II, ed. rusa, págs. 179-180.

Algún día la palabra "personalidad" adquirirá aproximadamente la siguiente significación: carácter y conjunto de cualidades morales. Es la palabra que debe caracterizar a la persona que pone por entero sus fuerzas al servicio del pueblo. Una integridad semejante es la cualidad inalienable de la persona progresista, pues el carácter determina el valor y las dimensiones morales de la gente. Ahora bien, ¿cuál es el rasgo más característico de una persona? El hecho de subordinar en todo momento la vida a una idea, aspirando a lo más elevado. La historia de nuestra vida es rigurosa, por eso exige hombres íntegros. Tú, yo y todos los camaradas de lucha por nuestra gran causa debemos ser fuertes, firmes y combativos, tener seguridad en el porvenir, pues ser un soldado de la revolución significa guardar una fidelidad inquebrantable a la causa, una fidelidad puesta a prueba en la vida y la muerte; significa manifestar en cualquier ocasión lealtad incondicional, entereza, voluntad y energía de lucha. La llama que ilumina nuestros corazones y colma nuestros espíritus nos guía como brillante antorcha en los campos de lucha de nuestra vida. Únicamente siendo firmes y leales y estando seguros de la victoria podremos gobernar nuestro destino, cumplir con nuestro deber de revolucionarios es la gran misión histórica que se nos ha encomendado, y conseguir el triunfo definitivo del socialismo.

¡Soy fiel a este pensamiento! Los años de la vida no han transcurrido en vano; clara está para mí

la conclusión final de la sabiduría humana.  
Sólo es digno de la vida y la libertad  
aquél que cada día va al combate por ellas.

(Goethe, *Fausto*)

Con un saludo revolucionario de tu fiel camarada de lucha por el socialismo y compañero firme en nuestro común destino.

E. Thaelmann, "Respuesta a las cartas de un compañero de reclusión en la cárcel de Bautzen", *Bolshevik*, 1950, núm. 21, pág. 114.

¿Qué criterios fundamentales deben guiarnos en la selección de los cuadros?

Primero: *la más profunda abnegación* por la causa de la clase obrera y *fidelidad al partido*, probadas en la lucha, en las cárceles, ante los tribunales, cara a cara con el enemigo de clase.

Segundo: *la más íntima conexión con las masas*: vivir para los intereses de las masas, tomar el pulso a la vida de las masas, a su estado de espíritu y a sus pretensiones. La autoridad de los dirigentes de nuestras organizaciones de partido debe basarse, ante todo, en el hecho de que la masa vea en ellos a sus dirigentes, se convenza sobre la propia experiencia de su capacidad de dirigentes, de su decisión y abnegación para la lucha.

Tercero: *saber orientarse por sí mismos en las situaciones* y no tener miedo a la *responsabilidad por sus decisiones*. No es dirigente quien teme incurrir en responsabilidad. No es bolchevique quien no sabe demostrar iniciativa, quien dice: "Yo me limito a hacer lo que me mandan". Sólo es verdadero dirigente bolchevique aquel que no pierde la cabeza en la hora de la derrota ni se ensoberbece en la hora del triunfo y demuestra una firmeza inmovible en la aplicación de las decisiones adoptadas. Los cuadros se desarrollan y crecen del mejor modo cuando se ven colocados ante la necesidad de resolver por su cuenta los problemas concretos de la lucha y sienten toda la responsabilidad que esto supone.

Cuarto: *disciplina y temple bolchevique*, lo mismo para luchar contra el enemigo de clase que para combatir irreconciliablemente todas las desviaciones de la línea del bolchevismo.

Debemos, camaradas, recalcar con tanta más energía la necesidad de estas condiciones para una certera selección de los cuadros, que en la práctica se da con harta frecuencia, el caso de preferir a un ca-

marada que sabe, por ejemplo, escribir literariamente o hablar muy bien, pero que no es un hombre de acción y que no sirve para la lucha, a otro, que tal vez no escriba ni pronuncie discursos tan bien, pero que es, en cambio, un hombre firme, de iniciativa, compenetrado con las masas, capaz de luchar y de conducir a otros a la lucha. ¿Acaso son raros los casos en que un sectario, un doctrinario, un razonador huero, desplaza a un hombre abnegado, que conoce bien la labor de masas, a un auténtico dirigente obrero?

Nuestros cuadros dirigentes deben asociar el conocimiento de lo que hay que hacer a la *consecuencia bolchevique* y a la *fuerza revolucionaria de carácter y de voluntad para llevarlo a la práctica*.

J. Dimítrov, "Por la unidad de la clase obrera contra el fascismo", *Obras escogidas*, ed. de Lenguas Extranjeras, Sofía, 1960, págs. 200-201.

Debe usted elegir placeres sanos que acrecienten sus fuerzas físicas y morales, y no los que perjudican su salud y debilitan su voluntad.

Debe usted poseer voluntad firme y perseverancia. Termine el trabajo que ha comenzado, pues uno de los defectos más difundidos en la vida social y privada es el de empezar muchos trabajos y luego concluir sólo una cuarta parte, o ninguno. Es necesario llevar a término el trabajo. Cuando usted emprenda una tarea no la deje inconclusa, termínela. Para lograrlo, hacen falta esfuerzos, perseverancia y quizás algunos sacrificios. Pero es precisamente eso lo que da resultado, y sólo así todas las tareas pueden ser cumplidas de manera cabal.

No deje para mañana la tarea de hoy. No deje para mañana lo que puede y debe hacerse hoy, aunque le resulte más fácil. El postergar para mañana una tarea, la perjudica. El tiempo es un factor muy importante.

No debe usted aprender formalmente, aprender de memoria las lecciones, para repetir las como un loro ante el maestro; debe estudiar realmente, dedicar su pensamiento al estudio. Los conocimientos que adquiere el estudiante deben quedar profundamente grabados en su conciencia e incorporarse a todo su ser. Muchas de las cosas estudiadas en el colegio, se olvidan terminadas las clases. Usted debe estudiar bien, con perseverancia. Y siempre es necesario vincular los estudios con la vida práctica, con lo que ocurre en la realidad. En

esa forma, los conocimientos se graban profundamente en la conciencia y se convierten en una segunda naturaleza del hombre; de otra manera, sólo forman una leve pátina que desaparece con rapidez.

Debe usted contar siempre con sus propias fuerzas —en el estudio como en la vida—, ante todo con las propias fuerzas. Existen estudiantes que copian a otro o le piden ayuda para una lección o un problema, sin poner de su parte esfuerzo alguno [...]

No debe usted temer a nada. Los cobardes no alcanzan éxitos ni en el estudio ni en la vida privada o social. Los cobardes están condenados a extinguirse o a ser dejados de lado como objetos inútiles.

No retroceda frente a las dificultades. Si algo no le sale bien una vez, insista una segunda. Si usted se amilana frente a las primeras dificultades y obstáculos, nunca conseguirá éxito alguno.

Usted debe tener un ideal. Imposible vivir sin tenerlo. Existen personas que creen en dios y esperan la muerte para llegar al paraíso. Se equivocan, pero son gente que tienen un ideal. Sin embargo, nuestro ideal debe ser sano, surgir de la entraña misma de nuestro pueblo. En los tiempos más duros, en los momentos más difíciles que tuve que afrontar —he estado al borde de la muerte muchas veces—, siempre me mantuve incólume gracias a la fe en la verdad, en la fuerza del pueblo, en la fuerza y el porvenir del socialismo. Cuando fui a dar a la cárcel berlinesa de Moabit, una de las peores prisiones políticas de Alemania, me alojaron en una celda de triple cerrojo que destinaban a los criminales más empedernidos. Sobre la puerta de la celda estaba escrito: "Dejad toda esperanza, vosotros que entráis". Sonreí y pensé: "Nada tiene que ver conmigo". ¿Por qué? Porque estaba profundamente convencido de que la idea por la cual luchaba no podía ser derrotada, me ocurriera lo que me ocurriese, aun si me mataban. El pueblo siempre vence.

Deben ustedes tener fe en la causa justa, en las propias fuerzas y en las fuerzas del pueblo; alimentar esa fe. Únicamente de esta manera podemos vencer las múltiples dificultades que hallamos en el camino [...]

[...] deben ustedes amar con un amor ilimitado a la patria y al pueblo. Existe el tipo de intelectual que nada entre dos aguas, aborrece a su pueblo y lo pinta a menudo bárbaro y primitivo. Ello no es justo. Debemos amar al pueblo tal como es, pues estamos convencidos de que es un pueblo magnífico por su alma, su corazón y su carácter [...]. El amor al pueblo y a la patria es un factor moral muy poderoso que nos ayuda en la lucha contra todo género de

dificultades, padecimientos y desgracias que afligen al hombre. Al mismo tiempo, deben odiar ustedes con un odio sin límites a los enemigos del pueblo, al fascismo, a la reacción, al imperialismo, etc. El hombre no debe ser indiferente, no debe mantenerse apartado como frío espectador, sino que debe tomar parte en la lucha contra los enemigos del pueblo.

J. Dimítrov, "El trabajo y el amor por la patria", *Obras escogidas*, t. II, Gospolitizdat, Moscú, 1957, t. II, págs. 434-436.

Queremos que el obrero soviético sea un hombre culto. Por consiguiente, debemos proporcionarle instrucción, de ser posible, secundaria, y hacer de él un especialista; debemos disciplinarlo hasta que se convierta en un miembro políticamente desarrollado y leal de la clase obrera, un komsomol, un bolchevique. Tenemos que desarrollar en él el sentimiento del deber y el concepto del honor; en otras palabras, debe tener conciencia de su dignidad y de la de su clase, y sentirse orgulloso de ello, como asimismo tener conciencia de las obligaciones que le caben como miembro de la clase a que pertenece. Debe saber obedecer al camarada y darle órdenes. Debe ser cortés y estricto, bondadoso e implacable, de acuerdo con las condiciones de su vida y su lucha. Debe ser un activo organizador, perseverante y templado, saber dominarse e influir en los demás; si la colectividad lo castiga, debe respetar a la colectividad y aceptar el castigo. Debe ser alegre, animoso, esforzado, capaz de luchar y construir, de vivir y amar la vida; debe ser feliz. Y tiene que ser así, no en el porvenir, sino a partir de hoy, todos los días.

A. Makarenko, "Los pedagogos se encogen de hombros", *Obras*, t. II, ed. de la Academia de Ciencias Pedagógicas de la RFSSR, 1957, págs. 397-398.

Tenemos una finalidad específica: educar al hombre para que tenga una conducta comunista. En otras palabras, nuestra finalidad habrá de expresarse únicamente en las cualidades de carácter que definen a una individualidad comunista, y por lo demás, dichas cualidades deben tener una expresión bien detallada y precisa.

Ahora bien, pensemos juntos en lo que sabemos acerca de la calidad de carácter del colectivista, del hombre que se comporta como

comunista. ¿Qué ideas tenemos de este hombre? Si lo calificamos de honrado, fuertemente tenaz, enérgico, nada significa, porque tales cualidades no son exclusivamente nuestras [...]

Nuestra honestidad exige unidad positiva entre los trabajadores, respeto por cada uno de ellos, respeto por nuestra pequeña colectividad y la colectividad que forma la sociedad soviética, respeto por los trabajadores del mundo entero. Eso es lo que significa para nosotros la honestidad. Cualquier cualidad moral adquiere en nuestro medio un contenido diferente del que le da la burguesía. Entre nosotros, las cualidades morales tienen un temple particular [...]. Y son esas cualidades especiales las que debemos inculcar.

A. Makarenko, "Mis conceptos pedagógicos", *Obras*, t. V, ed. cit., págs. 285-286.

Por consiguiente, las virtudes homónimas, que, al parecer, existían también en el pasado, son en realidad fenómenos diferentes por completo. La honestidad del "santo" y la del comunista son en principio conceptos distintos.

La honestidad solía comenzar por un "no quiero": no quiero lo ajeno, no quiero lo injusto, no quiero lo excesivo.

Pero nuestra honestidad tiene que revestir siempre la forma de una exigencia activa respecto de uno mismo y de los demás: quiero y exijo de mí mismo y de los demás la total preocupación por los intereses comunes, un tiempo laboral completo, la responsabilidad de la tarea, el pleno desarrollo de las fuerzas y un conocimiento cabal; quiero y exijo las acciones más perfectas y acertadas.

A. Makarenko, "A propósito de la ética comunista", *Obras*, t. V, ed. cit., págs. 433-434.

*Lealtad a la causa y destreza en el trabajo, espíritu práctico, eficacia y cultura*

Cuando una nueva clase aparece en el escenario histórico como jefe y dirigente de la sociedad, nunca falta un período de grandes "vaivenes", conmociones, luchas y tormentas, y por otro lado tampoco falta un período de titubeos, experimentos, vacilaciones y dudas respecto de la elección de nuevos métodos que respondan a la nueva

situación objetiva. La nobleza feudal agonizante se vengaba de la burguesía que triunfaba y la desplazaba, no sólo mediante conspiraciones e intentos de insurrección y restauración, sino también mediante torrentes de burlas sobre la incapacidad, la torpeza y los errores de esos "advenedizos" e "insolentes" que se permitían tomar en sus manos el "sagrado timón" del Estado, sin poseer la preparación secular de los príncipes, barones, nobles y aristócratas. Del mismo modo, los Kornílov y los Kerenski, los Gotz y los Márto, toda esa cofradía de héroes de la charlatanería y del escepticismo burgueses, se están vengando ahora de la clase obrera de Rusia por su intento "atrevido" de tomar el poder.

Se comprende que no son semanas, sino largos meses y años los que se requieren para que la nueva clase social —una clase hasta ahora oprimida y aplastada por la miseria y la ignorancia— pueda familiarizarse con la nueva situación, orientarse, organizar su trabajo y destacar a sus organizadores. Se comprende que el partido que dirige al proletariado revolucionario no podía adquirir la experiencia y los hábitos de las grandes empresas destinadas a organizar millones y decenas de millones de ciudadanos; que el cambiar los viejos hábitos, que se reducían casi exclusivamente a la agitación, es una tarea muy larga. Pero en esto no hay nada imposible, y en cuanto tengamos la clara conciencia de la necesidad de ese cambio, la firme decisión de realizarlo, la constancia necesaria en la consecución de este objetivo grande y difícil, lo conseguiremos. Es enorme el número de organizadores de talento que existen en el "pueblo", es decir, entre los obreros y los campesinos que no explotan el trabajo ajeno; el capital los aplastaba por millares, los aniquilaba y lanzaba al arroyo. Nosotros aún no sabemos descubrirlos, animarlos, ponerlos en pie, destacarlos. Pero lo aprenderemos si nos dedicamos a ello con todo el entusiasmo revolucionario, sin el cual no puede haber revoluciones victoriosas.

No ha habido ningún movimiento popular profundo y potente en la historia que no fuese acompañado por esa inmundicia espumosa de aventureros y granujas, de fanfarrones y vocingleros que se arriman a los innovadores inexpertos; no ha habido movimiento sin ajetreos absurdos, sin confusión, sin agitación vana, sin que algunos "jefes" intenten emprender veinte asuntos a la vez sin terminar ninguno. Ladren y aúllen los perrillos falderos de la sociedad burguesa, desde Bieloúsov hasta Márto, a propósito de cada astilla que salte al talar ese bosque grande y vetusto. Por algo son perrillos falderos:

para ladrarle al elefante proletario. Que ladren. Nosotros continuaremos nuestro camino, tratando de poner a prueba y estudiar pacientemente, con el mayor cuidado posible, a los verdaderos organizadores, a los hombres con lucidez de espíritu y sagacidad práctica, a los hombres que reúnan en sí la fidelidad al socialismo con la capacidad de organizar silenciosamente (y a pesar del desorden y del ruido) el trabajo intenso, solidario y común de gran número de personas en el marco de la organización soviética. Sólo a estos hombres, después de probarlos diez veces, y elevándolos de los trabajos más sencillos a los más complejos, debemos llevarlos a los puestos responsables de dirigentes del trabajo del pueblo, de dirigentes administrativos. Todavía no hemos aprendido a hacerlo. Pero lo aprenderemos.

Lenin, "Las tareas inmediatas del poder soviético", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 257-258.

La consigna del sentido práctico y de la diligencia no gozó de mucha popularidad entre los revolucionarios. Incluso podemos decir que no hubo entre ellos consigna menos popular. Es perfectamente comprensible que mientras los revolucionarios tenían como objetivo destruir la vieja sociedad capitalista, negaran esta consigna y se burlaran de ella. Pues de hecho, tal consigna encubría entonces el deseo de conciliar, de una u otra manera, con el capitalismo, o de debilitar el ataque proletario contra las bases del capitalismo, de debilitar la lucha revolucionaria contra el mismo. Pero es también perfectamente comprensible que las cosas debían cambiar radicalmente después de que el proletariado tomara el poder, después de afianzar ese poder, de iniciar los trabajos de crear en gran escala las bases de la nueva sociedad, es decir, la sociedad socialista. Tal como lo hemos señalado anteriormente, tampoco ahora tenemos el derecho de aflojar un ápice en nuestro trabajo de convencer a las masas de la población de la justeza de nuestras ideas, ni en nuestro trabajo de destruir la resistencia de los explotadores. Pero en la ejecución de estas dos funciones ya hicimos lo principal. Lo principal y lo urgente ahora es la consigna del sentido práctico y de la diligencia. De ahí se infiere que la tarea inmediata, madura y necesaria, es incorporar al trabajo a la intelectualidad burguesa. Sería absurdo interpretar que esa incorporación implica la inestabilidad del poder, el abandono de los principios socialistas, o cierto compromiso inaceptable con la bur-

guesía. Manifestar una opinión semejante significaría repetir sin sentido palabras concernientes a otro período de la actividad de los partidos proletarios revolucionarios. Por el contrario, precisamente para cumplir nuestros objetivos revolucionarios para que éstos no se trasformen en una utopía o en una inocente expresión de deseos, sino que se conviertan de manera efectiva en una realidad; para que se lleven a la práctica de inmediato, en nombre de esta finalidad, debemos plantearnos ahora como nuestra tarea primera, urgente y principal, la aplicación del sentido práctico y de la diligencia en el trabajo organizativo. Se trata justamente de emprender por todos los costados la creación de un edificio cuyo plan fue proyectado por nosotros desde hace mucho, en el terreno conquistado ya con suficiente energía y bastante firmeza, con los materiales que hemos reunido en cantidad suficiente; se trata ahora de levantar los andamiajes auxiliares, endosarnos la ropa de trabajo, sin temor de mancharla con cualquier material de trabajo, cumplir estrictamente las órdenes impartidas por los dirigentes del trabajo práctico y construir, construir y construir este edificio.

Lenin, "Primer borrador del artículo «Las tareas inmediatas del poder soviético»", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 208-209.

En los últimos tiempos,\* se habla mucho de cultura y de hombres cultos.

La cultura, o la condición de persona culta, es lo opuesto al salvajismo y al semisalvajismo; es una forma superior de la vida y, por lo tanto, algo excelente en sí mismo, algo a lo que debemos aspirar.

Pero cualquier cosa buena puede ser deformada y ensuciada. Y en la actualidad, la palabra "cultura" comienza a interpretarse en el país de una manera tergiversada, lo mismo que ocurrió cuarenta o cincuenta años atrás.

Hace cincuenta años, alrededor de 1861, hubo una época a la que mucha gente consideraba la época del despertar de la conciencia entre las clases superiores rusas. Pero muy pronto la conciencia re-

\* El artículo de Olminski se publicó en *Pravda* el 23 de agosto (5 de setiembre) de 1912. (Ed.)



sultó ser un fardo incómodo y fue sustituida por la prédica de la "cultura"; aparecieron los "hombres cultos".

Un sensible escritor de aquel tiempo, Schedrín, lo advirtió en seguida y escribió:

"¿Cómo apareció de repente este hombre culto, como brotado de la tierra...? Hasta se han inventado cualidades especiales que testimonian indudablemente la posesión de la cultura: «Yo como del plato mientras que Juan usa escudilla». El ser tonto no le impide a esa gente una comprensión muy sutil de lo que significa ser culto: «En mi casa de campo tengo una salita, jardín, vajilla y platería; duermo en una cama con colchón y no en una yacija»; ¡en seguida puede verse que allí habita un hombre culto! ¿Y el mujik?: «Días pasados, las cucarachas devoraron la nariz a un niño campesino, mientras que en casa, las cucarachas no pasan de la cocina»".

Como es sabido, en las épocas de auge social se aprecian en el hombre cualidades tales como la inteligencia, el talento, el conocimiento, la destreza, la honestidad, la solidaridad, el humanismo, la abnegación; en resumen, todo lo que enaltece al hombre. Y eso es cultura en el mejor sentido de la palabra.

Pero, en la actualidad, en este período de decadencia, la intelectualidad burguesa cambió la auténtica cultura por el hartazgo burgués, pues ha descubierto que no necesita de las cualidades que ennoblecen al hombre. Y en la "cultura" de hoy encontramos unidos a inteligentes y tontos, honrados y canallas, a luchadores de ayer y traidores, a ex izquierdistas y centurionegrístas,\* con tal de tener dinero para llevar una vida cómoda; y ya es sabido que para comer manjares sabrosos, dormir en cama blanda y trasnochar en lugares de diversión "cultural", no hace falta demasiada inteligencia, como decía el poeta:

Para engendrar niños,  
¿Quién es demasiado tonto?

Aferrados a cultura tal, los intelectuales hacen rápidos progresos en lo que se refiere a ganar dinero y vender su tiempo, talento y conciencia. Schedrín escribía acerca de ese tipo de hombres cultos: "Hoy es tu amigo, pero mañana bastará con que el general Soliter

\* *Centurionegrístas*: miembros de las bandas monárquicas organizadas por la policía zarista para luchar contra el movimiento revolucionario. Asesinaban a los revolucionarios, agredían a los intelectuales progresistas y organizaban pogroms antisemitas. (Ed.)

le permita tocar el taco de su bota, para que vuelva la espalda a los amigos de ayer."

Para llevar una vida "culto" en la sociedad burguesa, es necesario ser explotador o por lo menos aferrarse a la bota de un gran explotador. Esta última no es una situación airosa para la conciencia, pero siempre puede uno justificarse, engañarse a sí mismo diciendo: si me tomo del taco de la bota del señor Soliter, no lo hago movido por fines bajos, sino en aras de la "cultura", porque soy un "hombre culto".

Por lo tanto, si observan ustedes en estos tiempos a un intelectual que se jacta de su cultura o se burla de la ignorancia de los obreros y campesinos, sepan que ese hombre ya ha traicionado o que tiene decidida la traición en su alma, y que está dispuesto a venderse por una vida de hartura.

En cuanto a los obreros, no tienen por qué repetir hipócritas discursos sobre la cultura, propios de los hombres de conciencia sucia; a ellos les toca preocuparse por la conciencia y la solidaridad. Entonces, la cultura auténtica vendrá a ellos aunque no se lo propongan.

M. Olminski, "Los hombres cultos y la conciencia sucia", *Lenin, periodista y redactor*, Gospolitizdat, Moscú, 1960, págs. 432-434.

La cultura es un factor que aumenta la fecundidad de cualquier trabajo positivo. Cuanto más completo y calificado es un trabajo, tanta mayor cultura se requiere. La cultura nos es tan necesaria como el aire, la necesitamos en toda su amplitud, es decir, desde la cultura elemental, literalmente indispensable a cada hombre, hasta la llamada gran cultura. Se dice: un hombre de gran cultura.

La cultura constituye un índice del grado de desarrollo de la persona. Y como las personas desarrolladas son objeto de una atención preferente, algunos se dedican a copiar los aspectos externos de la cultura. De esa gente acostumbran a decir: ése se adorna con plumas de pavo real. Sin embargo, en mi opinión, ese juicio es equivocado y perjudicial para el desarrollo de la cultura. Claro que en su gran mayoría los hombres adoptan primero los aspectos externos. Pero en la medida que el hombre trata de adquirir los aspectos externos de la cultura, éstos contribuyen a su vez a elevar el nivel general de su cultura.

¿Por qué experimentamos ahora con particular acudeza la ne-

cesidad de elevar el nivel cultural general? En estos veintidós años de existencia del régimen soviético nuestra economía ha hecho considerables progresos. Ha subido mucho el nivel técnico de la producción, las máquinas se han hecho más complicadas y reclaman un trato más atento, más esmerado. Si pasamos revista, una tras otra, a las distintas ramas de la industria, en todas partes oiremos el mismo clamor: necesitamos trabajadores mejor preparados. De suyo se comprende que también en las oficinas las exigencias hayan crecido en igual medida.

El campo koljosiano, a su vez, presenta una demanda colosal de hombres de elevado nivel cultural. El tractorista, el conductor de la segadora-trilladora, el mecánico, el agrónomo, el zootécnico, además de los conocimientos de su especialidad deben poseer por lo menos una cultura elemental.

Además de todo lo indicado, la cultura es también pulcritud en la producción y en la manera de vivir.

Imagínense, camaradas, un ingeniero, un buen ingeniero. Es una persona instruida y que ha estudiado mucho. Dirige una fábrica y se considera que es un trabajador valioso. ¡Pero si ustedes pasan por los talleres de su fábrica se exponen a romperse la cabeza a cada paso! ¡Puede llamarse eso cultura! Si un ingeniero de este tipo presta atención a tales cosas, quiere decir que aún carece de la cultura más elemental, quiere decir que aún no tiene el apego debido a la producción ni a su fábrica.

La lucha por la cultura la entiendo yo en el sentido más amplio de esta expresión.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. en págs. 102-104.

Sabemos que el sentido práctico es también para los burgueses una buena cualidad. Pero, ¿qué interpretación le da el mundo burgués? "Tú debes ser práctico, porque existen muchos papanatas que así lo son, y tú debes ser más fuerte que ellos." El sentido práctico es una cualidad que el burgués utiliza para vencer a los que no la poseen. dominarlos y convertirlos en esclavos, en explotados. El sentido práctico sirve aquí de instrumento de explotación. En nuestro medio, todo hombre soviético debe tener sentido práctico, pues la practicidad de uno no estorba la del otro. Por consiguiente, el sentido práctico es para nosotros una cualidad moral, y exigirlo sig-

fica formular una exigencia moral. Por lo tanto, debemos educar el sentido práctico en cada hombre.

A. Makarenko, "Mis conceptos pedagógicos", *Obras*, t. V, ed. cit., pág. 286.

Muchos actos que la ética del pasado colocaba fuera de los límites de la moral, se han convertido para nosotros en categorías éticas. Todo aquello que fortalece o debilita los vínculos entre los hombres y que, por consiguiente, une o destruye la colectividad, no puede dejar de ser considerado por nuestra sociedad como algo que atañe a lo moral. Por ejemplo, la exactitud, la puntualidad, la capacidad de expresarse con precisión y de exigir respuestas claras y concisas son cosas que se consideran en la sociedad comunista no solamente desde un punto de vista práctico, sino también ético [...]

El sentido práctico era en el pasado una ventaja que tenían algunos individuos, en virtud de la cual se elevaban rápidamente en la escala social y adquirían las capacidades más perfectas del explotador. Educar el sentido práctico equivalía entonces a educar una fuerza individual que se enfrentaba inevitablemente con la debilidad que en este aspecto tiene la mayor parte de los hombres. El sentido práctico convertíase en una ventaja que permitía a una minoría superar a la mayoría. En consecuencia, desde nuestro punto de vista, este género de sentido práctico constituía, en cierto modo, un fenómeno inmoral.

En nuestra sociedad, el sentido práctico es una cualidad que deben poseer todos los ciudadanos; se ha convertido en criterio de la conducta correcta, de modo que se ha transformado en un fenómeno de orden moral.

Pero ya hemos visto que nuestro criterio sobre lo moral e inmoral, lo correcto e incorrecto, es nuevo, y que nuestra educación comunista se diferencia de la vieja educación "moralista" no sólo en las reglas éticas que enuncia, sino también en el carácter del proceso en sí. Por ejemplo, podemos afirmar con suficiente seguridad que la educación moral del hombre comunista se basa, ante todo, en la educación de su capacidad y en el desarrollo de su fuerza y actividad creadoras. En nuestra sociedad, la personalidad es algo muy distinto de lo que es en la sociedad de clases. Las dotes personales, que en la sociedad de clases se cultivaban en secreto para que algunos hombres tuvieran la oportunidad de aprovecharse a expensas de los demás,

guiente, no eran objeto de estudio científico, en nuestra sociedad deben ser objeto de la más profunda atención pedagógica.

A. Makarenko, "A propósito de la ética comunista". *Obras*, t. V, ed. cit., págs. 434-435.

### *Voluntad, valor, heroísmo*

Vencimos a los terratenientes y a los capitalistas porque los combatientes rojos, los obreros y los campesinos sabían que luchaban por su propia causa entrañable.

Vencimos porque los mejores hijos de la clase obrera y de todo el campesinado pusieron de manifiesto un heroísmo inaudito en esta guerra contra los explotadores, realizaron milagros de valentía, soportaron privaciones inusitadas, se sacrificaron y arrojaron implacablemente de sus filas a los aprovechados y a los cobardes.

Y ahora estamos seguros de que vamos a vencer el desbarajuste, porque los mejores hijos de la clase obrera y de todo el campesinado se lanzan a la lucha con la misma conciencia, la misma firmeza y el mismo heroísmo.

Y cuando millones de trabajadores se unen como un solo hombre, siguiendo a los mejores hijos de su clase, la victoria está asegurada.

Lenin, "Sobre la disciplina del trabajo", *ob. cit.*, t. XXX, pág. 431.

Se halla a la orden del día para todos la lucha contra toda manifestación de atraso, pusilanimidad y vacilaciones. Hay que sentir una gran decisión interior, levantar la firmeza de espíritu, elevar el grado de conciencia y fortalecer la disciplina fraternal.

La clase obrera y el campesinado de Rusia han pasado por pruebas inmensamente duras. Sus sufrimientos se agudizaron todavía más en estos últimos meses. Pero la asamblea declara que la voluntad de los obreros no se ha mellado, que la clase obrera sigue manteniéndose en su puesto, que está plenamente convencida de que llegará a superar todas las dificultades, de que logrará, cueste lo que costare,

el triunfo de la república socialista soviética en Rusia y en el mundo entero.

Lenin, "Sesión plenaria extraordinaria del Soviet de Moscú de diputados obreros y soldados rojos, 3 de abril de 1919. Resolución sobre el informe acerca de la situación exterior e interior de la República Soviética", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 267-268.

En lugar del adiestramiento impuesto por la sociedad burguesa contra la voluntad de la mayoría, nosotros colocamos la disciplina consciente de los obreros y campesinos, que, a su odio contra la vieja sociedad, unen la decisión, la capacidad y el deseo de unificar u organizar sus fuerzas para esta lucha, con el fin de crear, con millones y decenas de millones de voluntades aisladas, divididas, dispersas en la inmensa extensión de nuestro país, una voluntad única, porque sin ella seremos inevitablemente vencidos. Sin la cohesión, sin esta disciplina consciente de los obreros y de los campesinos, nuestra causa es una causa perdida. Sin ellas seremos incapaces de derrotar a los capitalistas y terratenientes del mundo entero. No sólo no llegaríamos a construir la nueva sociedad comunista, sino ni siquiera a asentar sólidamente su cimientos.

Lenin, "Tareas de las juventudes comunistas". (Discurso en el III Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas de Rusia) 2 de octubre de 1920, *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 275-276.

Todos sabemos muy bien cuál es la razón principal del descenso de la productividad del trabajo observado no sólo en Rusia, sino en el mundo entero: la causa de ello está en la ruina y la miseria, la exasperación y la fatiga provocadas por la guerra imperialista, en las enfermedades y el hambre. Este último factor ocupa, en orden de importancia, el primer lugar. El hambre: he ahí la causa esencial. Y para acabar con él hay que elevar la productividad del trabajo en la agricultura, en la industria y en el transporte. Estamos, pues, ante una especie de círculo vicioso: para elevar la productividad del trabajo hay que acabar con el hambre, y para acabar con el hambre es preciso elevar la productividad del trabajo.

Semejantes contradicciones, como es sabido, se resuelven en la práctica rompiendo el círculo vicioso mediante un viraje en la marcha.

alidad de las masas, por la iniciativa heroica de ciertos grupos, que suelen desempeñar un papel decisivo en este viraje. Los peones y los ferroviarios de Moscú (refiriéndonos, claro está, a su mayoría, y no a un puñado de especuladores, burócratas y demás guardias blancos) son trabajadores que viven en condiciones tremendamente difíciles. Padecen continuas privaciones, y ahora, antes de la nueva cosecha, ante la agravación general del abastecimiento, pasan verdadera hambre. Pues bien, estos obreros hambrientos, cercados por todas partes por la canallesca propaganda contrarrevolucionaria de la burguesía, de los mencheviques y los eseristas, organizan "sábados comunistas", trabajan horas extraordinarias *sin retribución alguna* y consiguen un *enorme aumento de la productividad*, a pesar de hallarse fatigados, exhaustos, agotados por las privaciones. ¿No es esto un caso maravilloso de heroísmo? ¿No estamos ante el comienzo de una transformación de importancia histórica?

El factor más importante, el decisivo para el triunfo del nuevo régimen social es, en última instancia, la productividad. El capitalismo logró un grado de productividad sin precedentes bajo el feudalismo. Pero también el capitalismo podrá ser y será definitivamente derrotado, porque el socialismo alcanzará un nuevo grado de productividad del trabajo, muchísimo más elevado.

Lenin, "Una gran iniciativa", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 418-419.

Nuestro pueblo no sólo ha acrecentado su riqueza común, su conocimiento y desarrollo, su disposición para actuar y luchar; también ha crecido moralmente y ha sido tan grande este crecimiento que, desde hace tiempo, ha determinado la transición de la ética a una "calidad nueva".

A cada paso podemos observar que nuestra sociedad tiene exigencias completamente nuevas con respecto al hombre, y fija normas de conducta también nuevas. Los niños de nuestro país conocen los nombres de muchas personas que han dado muestras de elevado heroísmo socialista, perseverancia y fidelidad a la revolución y al partido. Desde estos pináculos de la ética práctica soviética se difunden amplia y profundamente en el pueblo las nuevas leyes de conducta, las nuevas exigencias formuladas al hombre, creándose nuevas categorías en nuestro pensamiento y nuevas tradiciones para la acción [...]

Podemos afirmar literalmente que no existe acto, palabra o hecho alguno de nuestra historia que no tenga —además de su directa significación económica, militar o política— un significado educativo, que no sea un aporte para la nueva ética y no promueva el incremento de la nueva experiencia moral.

Esta experiencia moral, estas normas de conducta, que ya nacieron, no han sido codificadas todavía en un sistema, no han tomado aún forma de postulados precisos, y sobre todo, no han tomado aún tal amplitud como para constituirse en tradiciones populares, fundadas en la experiencia. Todavía podemos observar con bastante frecuencia cierta lucha entre las dos éticas, la vieja y la nueva, todavía se oyen discusiones acerca de detalles relacionados con el comportamiento. Muchas premisas sobre el amor, la amistad, los celos, la fidelidad y el honor carecen aún de regulación y del equilibrio necesarios. En la actualidad, nuestra juventud se muestra preocupada por estos temas y procura ávidamente dar con su solución exacta, porque desea y exige la perfección de la conducta comunista.

La educación de la voluntad, el valor y la determinación se hallan entre los problemas de primordial importancia. Si bien es difícil señalar en toda la historia de la humanidad una época que se distinga, como la nuestra, por las manifestaciones masivas de las cualidades indicadas, a pesar de que nuestros triunfos son el resultado de nuestra voluntad poderosa, de nuestra abnegada valentía y de nuestra conciente y tenaz determinación de alcanzar la meta, a pesar de ello, o quizás en virtud de ello, los problemas sobre la educación de la voluntad se han convertido en los más importantes y emocionantes de nuestra vida. Y tanta más trascendencia adquieren hoy, cuando un nuevo auge se manifiesta en el país, cuando se abren caminos bien definidos hacia el comunismo.

Desde luego, la educación de la voluntad y el valor en nuestro país se cumple ya a cada paso en el presente; en este aspecto, cada día agrega nuevas victorias, aún no registradas. Pero hay también otra cosa evidente. Debemos confesar, con la franqueza y sinceridad que caracteriza a los bolcheviques, que la educación de la voluntad, el valor y la determinación se practica a veces en forma espontánea, y que en este sentido no existen iniciativas organizadas en forma precisa y conciente [...]

Es imposible educar a un hombre virtuoso sin colocarlo en las condiciones en que pueda manifestar su valor, cualquiera sea su carácter: la franqueza, la paciencia, las privaciones, la reserva, el arrojo. No podemos emprender la educación de la voluntad sin haber

establecido previamente la diferencia entre la voluntad soviética y la burguesa. Hemos visto que en la sociedad burguesa la voluntad le era necesaria al hombre para dominar a los otros, y la determinación servía para conquistar el mejor trozo del pastel social. Cuando reducimos la pedagogía al llamado enfoque "individual", ¿no corremos el riesgo de colocar estas categorías burguesas en el lugar de las nuestras?

Es imposible educar la voluntad, el valor y la determinación comunistas sin practicar ejercicios especiales dentro de la colectividad. Lo que debe constituir el contenido de nuestra labor educativa no es el método de influencia recíproca ocasional, ni el de lograr la no resistencia, la moderación y el silencio, sino *la organización de la colectividad*, la formulación de exigencias y la orientación de las aspiraciones reales, vívidas, del hombre hacia una meta definida, en correspondencia con la colectividad.

A. Makarenko, "La voluntad, el valor y la determinación", *Obras*, t. V, ed. cit., págs. 420, 422 y 425.

Nuestra vida es hermosa, precisamente porque somos capaces de luchar, es decir, de resolver los conflictos, enfrentarlos con audacia, soportar las penas y privaciones con valor y paciencia, y luchar por una vida mejor y por un hombre más perfecto. Solamente una humanidad aplastada por la explotación puede llegar a una existencia vegetativa, sin conflictos, a someterse al destino, negarse a ver las contradicciones de la vida, a estancarse.

La vida en el país soviético se construye según el principio dialéctico del movimiento y el perfeccionamiento. Nos hemos liberado de la maldición que significan los conflictos sociales sin salida, pero precisamente por ello nuestra lucha contra la naturaleza ha adquirido mayor vigor. ¿Acaso el vuelo de Grómov y Chkállov, y la hazaña de la expedición de Papanin, no constituyen una superación de conflictos? ¿Es que el problema del heroísmo soviético es algo simple y elemental? ¿Se trata de acciones fáciles, lógicas y directas? No; la intrepidez y el valor soviéticos no se expresan en acciones despreocupadas, irreflexivas, de seres vanidosos. Se trata siempre de un servicio que se presta a la sociedad soviética, a la causa revolucionaria, a nuestro renombre internacional. Por eso, entre nosotros, la audacia va acompañada siempre de la prudencia y la cautela; nuestra decisión

nunca es simple, sino intensa y compleja, y nuestra acción volitiva no tiene un carácter calmo, sino que es de tipo conflictual. Nuestro héroe no se caracteriza por la falta de conflictos, sino por su disposición a enfrentarse con ellos, disposición que proviene de su preparación ideológica, su firme orientación y los objetivos emocionales e intelectuales comunes a todos, pero en modo alguno de la simpleza o la insensibilidad de nuestro hombre.

A. Makarenko, "Contra la rutina", *Obras*, t. VI, ed. cit., págs. 419-420.

## VI

### BASES MORALES DEL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

#### FORMAS HISTÓRICAS DE LA FAMILIA

Como hemos visto, hay tres formas principales de matrimonio, que corresponden aproximadamente a los tres estadios fundamentales de la evolución humana. Al salvajismo corresponde el matrimonio por grupos; a la barbarie, el matrimonio sindiásmico; a la civilización, la monogamia con sus complementos: el adulterio y la prostitución. Entre el matrimonio sindiásmico y la monogamia se intercalan, en el estadio superior de la barbarie, la sujeción de las mujeres esclavas a los hombres y la poligamia.

Según lo ha demostrado todo lo antes expuesto, la peculiaridad del progreso que se manifiesta en esta sucesión consecutiva de formas de matrimonio consiste en que se ha ido quitando más y más a las mujeres, pero no a los hombres, la libertad sexual del matrimonio por grupos. En efecto, el matrimonio por grupos sigue existiendo hoy para los hombres. Lo que es para la mujer un crimen de graves consecuencias legales y sociales, se considera muy honroso para el hombre, o a lo sumo como una ligera mancha moral que se lleva con gusto. Pero cuanto más se modifica en nuestra época el hetairismo antiguo por la producción capitalista de mercancías, a la cual se adapta, más se transforma en prostitución descarada y más desmoralizadora se hace su influencia. Y, a decir verdad, degrada mucho más a los hombres que a las mujeres. La prostitución, entre las mujeres, no degrada sino a las infelices que caen en sus garras, y aun a éstas en un grado mucho menor de lo que suele creerse. En cambio, envilece el carácter del sexo masculino. Y así es de advertir que el noviazgo por ciento de las veces el noviazgo prolongado es una verdadera escuela preparatoria para la infidelidad conyugal.

Caminamos en estos momentos hacia una revolución social en que las bases económicas actuales de la monogamia desaparecerán tan seguramente como las de la prostitución, complemento de aquélla. La monogamia nació de la concentración de grandes riquezas en las mismas manos —las de un hombre— y del deseo de transmitir esas riquezas por herencia a los hijos de este hombre, excluyendo a los de cualquier otro. Para eso era necesaria la monogamia de la mujer, pero no la del hombre; tanto es así, que la monogamia de la primera no ha sido el menor óbice para la poligamia descarada u oculta del segundo. Pero la revolución social inminente, trasformando por lo menos la inmensa mayoría de las riquezas duraderas hereditarias —los medios de producción— en propiedad social, reducirá al mínimo todas esas preocupaciones de trasmisión hereditaria. Y ahora cabe hacer esta pregunta: habiendo nacido de causas económicas la monogamia, ¿desaparecerá cuando desaparezcan esas causas?

Podría responderse no sin fundamento: lejos de desaparecer, más bien se realizará plenamente a partir de ese momento. Porque con la trasformación de los medios de producción en propiedad social desaparecen el trabajo asalariado, el proletariado y, por consiguiente, la necesidad de que se prostituyan cierto número de mujeres que la estadística puede calcular. Desaparece la prostitución, y en vez de decaer, la monogamia llega por fin a ser una realidad, hasta para los hombres [...]

¿Puede desaparecer la prostitución sin arrastrar consigo al abismo a la monogamia?

Ahora interviene un elemento nuevo, un elemento que en la época en que nació la monogamia existía a lo sumo en germen: el amor sexual individual.

Antes de la Edad Media no puede hablarse de que existiese amor sexual individual. Es obvio que la belleza personal, la intimidad, las inclinaciones comunes, etc., han debido despertar en los individuos de sexo diferente el deseo de relaciones sexuales; que tanto para los hombres como para las mujeres no era por completo indiferente con quién entablar las relaciones más íntimas. Pero de eso a nuestro amor sexual moderno aún media muchísima distancia. En toda la antigüedad son los padres quienes conciertan la boda en vez de los interesados; y éstos se conforman tranquilamente. El poco amor conyugal que la antigüedad conoce no es una inclinación subjetiva, sino más bien un deber objetivo; no es la base, sino el complemento del matrimonio. El amor, en el sentido moderno de la palabra, no se presenta en la antigüedad sino fuera de la sociedad oficial. Los pas-

tores cuyas alegrías y penas de amor nos cantan Teócrito y Moscos o Longo en su Dafnis y Cloe son simples esclavos que no tienen participación en el Estado, esfera en que se mueve el ciudadano libre. Pero fuera de los esclavos no encontramos relaciones amorosas sino como un producto de la descomposición del mundo antiguo al declinar éste; por cierto, son relaciones mantenidas con mujeres que también viven fuera de la sociedad oficial, con heteras, es decir, con extranjeras o libertas: en Atenas en vísperas de su caída y en Roma bajo los emperadores. Si había allí relaciones amorosas entre ciudadanos y ciudadanas libres, todas ellas eran mero adulterio. Y el amor sexual, tal como nosotros lo entendemos, era una cosa indiferente para el viejo Anacreonte, el cantor clásico del amor en la antigüedad, a quien ni siquiera le importaba el sexo mismo de la persona amada.

Nuestro amor sexual difiere esencialmente del simple deseo sexual, del *eros* de los antiguos. En primer término, supone la reciprocidad en el ser amado; desde este punto de vista, la mujer es en él igual que el hombre, al paso que en el *eros* antiguo se está lejos de consultarla siempre. En segundo término, el amor sexual alcanza un grado de intensidad y de duración que hace considerar a las dos partes la falta de relaciones íntimas y la separación como una gran desventura, si no la mayor de todas; para poder ser el uno de otro, no se retrocede ante nada y se llega hasta jugarse la vida, lo cual no sucedía en la antigüedad sino en caso de adulterio. Y, por último, nace un nuevo criterio moral para juzgar las relaciones sexuales. Ya no se pregunta solamente: ¿son legítimas o ilegítimas?, sino también: ¿son hijas del amor y de un afecto recíproco? Claro es que en la práctica feudal o burguesa este criterio no se respeta más que cualquier otro criterio moral, pero tampoco menos; lo mismo que los otros criterios, está reconocido en teoría, en el papel, Y por el momento no puede pedirse más.

La Edad Media arranca del punto en que se detuvo la antigüedad, con su amor sexual en embrión, es decir, arranca del adulterio. Ya hemos pintado el amor caballeresco, que engendró los *Tagelieder*. De este amor, que tiende a destruir el matrimonio, hasta aquel que debe servirle de base, hay un largo trecho que la caballería jamás cubrió hasta el fin. Incluso cuando pasamos de los frívolos pueblos latinos a los virtuosos alemanes, vemos en el poema de los *Nibelungen* que Krimhilda, aunque en silencio está tan enamorada de Sigfredo como éste de ella, responde sencillamente a Gunther, cuando éste le anuncia que la ha prometido a un caballero, de quien calla

el nombre: "No tenéis necesidad de suplicarme; haré lo que me ordenáis; estoy dispuesta de buena voluntad, señor, a unirme con aquel que me déis por marido". No se le ocurre de ningún modo a Krimhilda la idea de que su amor pueda ser tenido en cuenta para nada. Gunther pide en matrimonio a Brunilda, y Etzel a Krimhilda sin haberlas visto nunca. De igual manera Sigebant de Irlanda busca en "Gudrun" a la noruega Ute, Hetel de Hegelingen a Hilda de Irlanda, y, en fin, Sigfredo de Morlandia, Hartmur de Ormania y Herwig de Seelandia piden los tres la mano de Gudrun; y sólo aquí sucede que ésta se pronuncia libremente a favor del último. Por lo común la futura del joven príncipe es elegida por los padres de éste si aún viven o, en caso contrario, por él mismo, aconsejado por los grandes feudatarios, cuya opinión, en esos casos, tiene gran peso. Y no puede ser de otro modo, por supuesto. Para el caballero o el barón, como para el mismo príncipe, el matrimonio es un acto político, una cuestión de aumento de poder mediante nuevas alianzas; el interés de la *casa* es lo que decide, y no las inclinaciones del individuo. ¿Cómo podía entonces corresponder al amor la última palabra en la concertación del matrimonio?

Lo mismo sucede con los burgueses de los gremios en las ciudades de la Edad Media. Precisamente sus privilegios protectores, las cláusulas de los reglamentos gremiales, las complicadas líneas fronteras que separaban legalmente al burgués, acá de las otras corporaciones gremiales, allá de sus propios colegas del gremio o de sus oficiales y aprendices, hacían harto estrecho el círculo dentro del cual podía buscarse una esposa adecuada para él. Y en este complicado sistema, evidentemente no era su gusto personal, sino el interés de familia lo que decidía cuál era la mujer que le convenía mejor.

Así, en los más de los casos, y hasta el fin de la Edad Media, el matrimonio siguió siendo lo que había sido desde su origen; un trato que no cerraban las partes interesadas. Al principio, se venía ya casado al mundo, casado con todo un grupo de seres del otro sexo. En la forma ulterior del matrimonio por grupos, verosíblemente existían análogas condiciones, pero con estrechamiento progresivo del círculo. En el matrimonio sindiásmico es regla que las madres convengan entre sí el matrimonio de sus hijos; también aquí, el factor decisivo es el deseo de que los nuevos lazos de parentesco robustezcan la posición de la joven pareja en la gens y en la tribu. Y cuando la propiedad individual se sobrepuso a la propiedad colectiva, cuando los intereses de la transmisión hereditaria hicieron nacer la pre-

ponderancia del derecho paterno y de la monogamia, el matrimonio comenzó a depender por entero de consideraciones económicas. Desaparece la *forma* de matrimonio por compra; pero en esencia continúa practicándose cada vez más y más, y de modo que no sólo la mujer tiene su precio, sino también el hombre, aunque no según sus cualidades naturales, sino con arreglo a la cuantía de sus bienes. En la práctica y desde el principio, si había alguna cosa inconcebible para las clases dominantes, era que la inclinación recíproca de los interesados pudiese ser la razón por excelencia del matrimonio. Esto sólo pasaba en las novelas o en las clases oprimidas, que no contaban para nada [...]

Según el concepto burgués, el matrimonio era un contrato, una cuestión de derecho y, por cierto, la más importante de todas, pues disponía del cuerpo y del alma de dos seres humanos para toda la vida. Verdad es que, en aquella época, el matrimonio era el concierto formal de dos voluntades; sin el "sí" de los interesados no se hacía nada. Pero harto bien se sabía cómo se obtenía el "sí" y cuáles eran los verdaderos autores del matrimonio. Sin embargo, puesto que para todos los demás contratos se exigía la libertad real para decidirse, ¿por qué no era exigida en éste? Los jóvenes que debían ser unidos, ¿no tenían también el derecho de disponer libremente de sí mismos, de su cuerpo y de sus órganos? ¿No se había puesto de moda, gracias a la caballería, el amor sexual? ¿Acaso en contra del amor adúltero de la caballería, no era el conyugal su verdadera forma burguesa? Pero si el deber de los esposos era amarse recíprocamente, ¿no era tan deber de los amantes no casarse sino entre sí y con ninguna otra persona? Y este derecho de los amantes, ¿no era superior al derecho del padre y de la madre, de los parientes y demás casamenteros y apareadores tradicionales? Desde el momento en que el derecho al libre examen personal penetraba en la Iglesia y en la religión, ¿podía acaso detenerse ante la intolerable pretensión de la generación vieja de disponer del cuerpo, del alma, de los bienes de fortuna, de la ventura y de la desventura de la generación más joven?

Por fuerza debían suscitarse estas cuestiones en un tiempo que relajaba todos los antiguos vínculos sociales y sacudía los cimientos de todas las concepciones heredadas. De pronto habíase hecho la tierra diez veces más grande; en lugar de la cuarta parte de un hemisferio, el globo entero se extendía ante los ojos de los europeos occidentales, que se apresuraron a tomar posesión de las otras siete cuartas partes. Y, al mismo tiempo que las antiguas y estrechas barreras del país natal, caían las milenarias barreras puestas al pensa-



miento en la Edad Media. Un horizonte infinitamente más extenso se abría ante los ojos y el espíritu del hombre. ¿Qué importancia podían tener la reputación de honorabilidad y los respetables privilegios corporativos, transmitidos de generación en generación, para el joven a quien atraían las riquezas de las Indias, las minas de oro y plata de México y del Potosí? Aquella fue la época de la caballería andante de la burguesía; porque también ésta tuvo su romanticismo y su delirio amoroso, pero sobre un pie burgués y con miras burguesas al fin y a la postre.

Así sucedió que la burguesía naciente, sobre todo la de los países protestantes, donde se conmovió de una manera más profunda el orden de cosas existente, fue reconociendo cada vez más la libertad del contrato para el matrimonio y puso en práctica su teoría del modo que hemos descrito. El matrimonio continuó siendo matrimonio de clase, pero en el seno de la clase concedióse a los interesados cierta libertad de elección. Y en el papel, tanto en la teoría moral como en las narraciones poéticas, nada quedó tan inquebrantablemente asentado como la inmoralidad de todo matrimonio no fundado en un amor sexual recíproco y en un contrato de los esposos efectivamente libre. En resumen: quedaba proclamado como un derecho del ser humano el matrimonio por amor; y no sólo como derecho del hombre (*droit de l'homme*), sino que también y, por excepción, como un derecho de la mujer (*droit de la femme*).

Pero este derecho humano difería en un punto de todos los demás llamados derechos del hombre. Al paso que éstos en la práctica se reservaban a la clase dominante, a la burguesía, para la clase oprimida, para el proletariado, reducíanse directa o indirectamente a letra muerta, y la ironía de la historia confirmábase aquí una vez más. La clase dominante prosiguió sometida a las influencias económicas conocidas, y sólo por excepción presenta casos de matrimonios concertados verdaderamente con toda libertad; mientras que éstos, como ya hemos visto, son la regla en las clases oprimidas.

Por lo tanto, el matrimonio no se concertará con toda libertad sino cuando, suprimiéndose la producción capitalista y las condiciones de propiedad creadas por ella, se aparten las consideraciones económicas accesorias que aún ejercen tan poderosa influencia sobre la elección de los esposos. Entonces el matrimonio ya no tendrá más causa determinante que la inclinación recíproca.

Pero dado que, por su propia naturaleza, el amor sexual es exclusivista —aun cuando en nuestros días ese exclusivismo no se realiza nunca plenamente sino en la mujer—, el matrimonio fundado

en el amor sexual es, por su propia naturaleza, monógamo. Hemos visto cuánta razón tenía Bachofen cuando consideraba el progreso del matrimonio por grupos al matrimonio por parejas como obra debida sobre todo a la mujer; sólo el paso del matrimonio sindiástico a la monogamia puede atribuirse al hombre e históricamente ha consistido, sobre todo, en rebajar la situación de las mujeres y facilitar la infidelidad de los hombres. Por eso, cuando lleguen a desaparecer las consideraciones económicas en virtud de las cuales las mujeres han tenido que aceptar esta infidelidad habitual de los hombres —la preocupación por su propia existencia y aun más por el porvenir de los hijos—, la igualdad alcanzada por la mujer, a juzgar por toda nuestra experiencia anterior influirá mucho más en el sentido de hacer monógamos a los hombres que en el de hacer poliandras a las mujeres.

Pero lo que sin duda alguna desaparecerá de la monogamia son todos los caracteres que le han impreso las relaciones de propiedad a las cuales debe su origen. Estos caracteres son, en primer término, la preponderancia del hombre y, luego, la indisolubilidad del matrimonio. La preponderancia del hombre en el matrimonio es consecuencia, sencillamente, de su preponderancia económica, y desaparecerá por sí sola con ésta. La indisolubilidad del matrimonio es consecuencia, en parte, de las condiciones económicas que engendraron la monogamia y, en parte, una tradición de la época en que, mal comprendida aún, la vinculación de esas condiciones económicas con la monogamia fue exagerada por la religión. Actualmente está deteriorada ya por mil lados. Si el matrimonio fundado en el amor es el único moral, sólo puede ser moral el matrimonio donde el amor persiste. Pero la duración del acceso del amor sexual es muy variable según los individuos, particularmente entre los hombres; en virtud de ello, cuando el afecto desaparezca o sea remplazado por un nuevo amor apasionado, el divorcio será un beneficio lo mismo para ambas partes que para la sociedad. Sólo que deberá aborrazarse a la gente el tener que pasar por el barrizal inútil de un pleito de divorcio.

Así, pues, lo que podemos conjeturar hoy acerca de la regularización de las relaciones sexuales después de la inminente supresión de la producción capitalista, es, más que nada, de un orden negativo, y queda limitado, principalmente, a lo que debe desaparecer. Pero, ¿qué sobrevendrá? Eso se verá cuando haya crecido una nueva generación: una generación de hombres que nunca se hayan encontrado en el caso de comprar a costa de dinero, ni con ayuda de ninguna otra fuerza social, el abandono de una mujer; y una generación de

mujeres que nunca se hayan visto en el caso de entregarse a un hombre en virtud de otras consideraciones que las de un amor real, ni de rehusar entregarse a su amante por miedo a las consecuencias económicas que ello pueda traerles. Y cuando esas generaciones aparezcan, enviarán al cuerno todo lo que nosotros pensamos que deberían hacer. Se dictarán a sí mismas su propia conducta y, en consonancia, crearán una opinión pública para juzgar la conducta de cada uno. ¡Y todo quedará hecho!

Engels, "El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., págs. 601-606.

#### EL MATRIMONIO BURGUÉS

¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas.

¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.

¿Nos reprocháis el querer abolir la explotación de los hijos por sus padres? Confesamos este crimen.

Pero decís que destruimos los vínculos más íntimos, sustituyendo la educación doméstica por la educación social.

Y vuestra educación, ¿no está también determinada por la sociedad, por las condiciones sociales en que educáis a vuestros hijos, por la intervención directa o indirecta de la sociedad a través de la escuela, etc.? Los comunistas no han inventado esta ingerencia de la sociedad en la educación; no hacen más que cambiar su carácter y arrancar la educación a la influencia de la clase dominante.

Las declamaciones burguesas sobre la familia y la educación, sobre los dulces lazos que unen a los padres con sus hijos, resultan más repugnantes a medida que la gran industria destruye todo vínculo de familia para el proletariado y trasforma a los niños en simples artículos de comercio en simples instrumentos de producción.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, queréis establecer la comunidad de las esposas! — nos grita a coro la burguesía.

Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común y, naturalmente, no puede menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte.

No sospecha que se trata precisamente de acabar con esa situación de la mujer como simple instrumento de producción.

Nada más grotesco, por otra parte, que el horror ultramoral que inspira a nuestros burgueses la pretendida comunidad oficial de las mujeres que atribuyen a los comunistas. Los comunistas no tienen necesidad de introducir la comunidad de las mujeres: casi siempre ha existido.

Nuestros burgueses, no satisfechos con tener a su disposición las mujeres y las hijas de sus obreros, sin hablar de la prostitución oficial, encuentran un placer singular en seducir a las esposas ajenas.

El matrimonio burgués es, en realidad, la comunidad de las esposas. A lo sumo, se podría acusar a los comunistas de querer sustituir una comunidad de las esposas hipócritamente disimulada, por una comunidad franca y oficial. Es evidente, por otra parte, que con la abolición de las relaciones de producción actuales desaparecerá la comunidad de las esposas que de ellas deriva, es decir, la prostitución oficial y privada.

Marx y Engels, "Manifiesto del Partido Comunista", *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 25.

Si todos los burgueses, en masa y al mismo tiempo, burlasen las instituciones de la burguesía, dejarían de ser burgueses, actitud que a ellos, naturalmente, no se les ocurre adoptar y que en modo alguno depende de su voluntad. El burgués mujeriego burla el matrimonio y cae secretamente en el adulterio; el comerciante burla la institución de la propiedad, al despojar de sus bienes a otros por medio de la especulación, la bancarrota, etc.; el joven burgués se hace independiente de su familia en cuanto puede, declarando prácticamente abolida la familia con respecto a su persona; pero el matrimonio, la propiedad, la familia, se mantienen teóricamente indemnes, pues son, prácticamente, los fundamentos sobre los que ha erigido su poder la burguesía, por ser, en su forma burguesa, las condiciones que han

tantemente burlada, hace del judío religioso un judío religioso. Esta actitud del burgués ante sus condiciones de existencia reviste una de sus formas generales en la moralidad burguesa. No hay para qué hablar de la familia "en general". La burguesía imprime históricamente a la familia el carácter de la familia burguesa, que tiene como nexo de unión el hastío y el dinero, y de la que forma parte también la disolución burguesa de la familia, pero de tal modo que la familia persiste siempre. A su sucia existencia corresponde el concepto sagrado que prevalece en los tópicos de los discursos oficiales y en la hipocresía general.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 196-197.

#### *La opinión de Marx sobre la ley de divorcio*

En la mayoría de los casos, la disolución del matrimonio es la disolución de la familia; incluso desde un punto de vista puramente jurídico, la situación de los hijos y de los bienes de éstos no debe depender del arbitrio de los padres ni de lo que a éstos se les ocurra. Si el matrimonio no fuera el fundamento de la familia, no sería objeto de legislación, como no lo es, por ejemplo, la amistad. Pero aquí se toma en cuenta *solamente* la voluntad individual o, mejor dicho, el arbitrio de los cónyuges, y no la *voluntad del matrimonio*, la esencia moral de esta relación [...] Nadie está obligado a contraer matrimonio, pero una vez contraído, hay obligación de respetar las leyes matrimoniales. La persona que contrae matrimonio no lo *crea* ni lo *inventa*, así como el nadador no crea ni inventa la naturaleza ni las leyes del agua y del peso. Por lo tanto, el matrimonio no puede estar al arbitrio de quienes lo contrajeron; a la inversa, el arbitrio de quienes contrajeron matrimonio tiene que someterse a la esencia del matrimonio. Quien quiera disolver el matrimonio a voluntad, está afirmando que el libre albedrío, *la falta de ley, es la ley del matrimonio*, porque ningún hombre sensato es tan vanidoso como para considerar que sus actos son un privilegio *sólo a él* concedido; por el contrario, la persona, racional cree que sus actos se ajustan a la ley y son *permitidos a todos*. Sin embargo, ¿a qué os oponéis? A la legislación del arbitrio. Pero a nadie se le puede ocurrir erigir el arbitrio en ley en el preciso instante en que se acusa al legislador de ejercer su libre albedrío [...]

El divorcio es únicamente el reconocimiento de un hecho, es decir, de que un matrimonio dado es *letra muerta*, de que su existencia es tan sólo una apariencia engañosa. Se sobrentiende que ni la voluntad del legislador ni la de los individuos interesados, sino *la esencia del problema* puede decidir en cada caso si el matrimonio es o no letra muerta, pues como sabemos, la comprobación de la muerte no depende de los *deseos* de las personas, sino de la esencia del asunto. Pero, si exigimos pruebas irrefutables y exactas cuando se produce la muerte *física*, ¿no está claro que el legislador debe comprobar la *muerte moral* sólo en base a síntomas indudables? ¿Porque el legislador no sólo tiene el derecho, sino la obligación de mantener con vida las relaciones morales!

Sólo allí donde la ley es la expresión conciente de la voluntad popular, surge con ésta y es creada por ésta, podemos tener la *seguridad* de que las *circunstancias* en que la *existencia* de una relación moral ha dejado de corresponder a su *esencia* serán comprobadas correctamente, sin preconcepções, de acuerdo con el nivel alcanzado por la ciencia y con las ideas imperantes en la sociedad. Algunas palabras más sobre la necesidad de facilitar el divorcio o ponerle trabas. ¿Acaso no consideráis sano, fuerte y bien constituido un cuerpo, aunque un embellón exterior, una lastimadura, pueden destruirlo? ¿No os sentiríais ultrajados en el caso de que alguien afirmase que vuestra amistad es incapaz de resistir el menor contratiempo, que el menor capricho la hará desavarecer *inevitablemente*? En lo que respecta al matrimonio el legislador puede establecer únicamente las condiciones que *permiten* la disolución matrimonial, es decir, que convierten el matrimonio en algo *ya disuelto* de hecho. La disolución judicial del matrimonio sólo puede ser la comprobación legal de su disgregación interior. El punto de vista del legislador es el de la necesidad. Por consiguiente, *respeto* el matrimonio y reconoce su esencia profundamente moral cuando lo considera lo bastante fuerte para resistir un gran número de choques sin perder por ello su esencia. Mostrar blandura con respecto a los deseos individuales hubiese sido una crueldad para lo que constituye la esencia, la razón moral de esos individuos, encarnada en las relaciones morales.

Marx, "Proyecto de ley de divorcio", Marx y Engels, *Obras completas*, t. I, ed. cit., págs. 162-164.

*Capitalismo y familia*

Vuelvo al problema: he dicho que no me conocías. "Usted rechaza la familia —piensas—; el sentimiento que usted tiene por todas en general, es más fuerte que el que alimenta por los individuos, y son éstos quienes componen las familias." Así, afirmas que no admiras la familia. ¡Oh, estás profundamente equivocada! Digo solamente que la actual forma familiar casi siempre produce malos resultados. Para casi todas las clases sociales, hoy sólo trae sufrimientos, y ningún alivio, ninguna alegría. Veamos primero un ejemplo tomado de la vida de la clase obrera. Conozco una familia —y hay miles— en la cual el padre y la madre trabajan en una fábrica tabacalera (aquí, en Nolinck), desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche. ¿Qué pueden recibir los niños en tales circunstancias? Mal alimentados, crecen sin cuidado alguno; apenas llegan a la adolescencia tienen que comenzar a trabajar antes de haber aprendido a leer, porque deben ganarse el pan. Díme, ¿qué puede significar la familia para ellos?

Tomemos otro grupo social, los campesinos. Aquí la familia se conserva en parte, pero va perdiendo cada vez más terreno. Hoy, la mayor parte de los campesinos se ven obligados a buscar ingresos auxiliares, porque con demasiada frecuencia la tierra no los puede alimentar, y los ingresos suplementarios forman parte cada día más importante de sus presupuestos. Son ellos quienes deben ayudar a la familia y no la familia a ellos. Se comprende que en estas condiciones, tampoco la familia campesina puede estar a salvo de una paulatina destrucción.

Hablemos ahora de la clase rica. Aquí, ante todo, salta a la vista el hecho de que la familia se forma casi exclusivamente por razones económicas. En segundo lugar, la familia marca con un sello de oprobio e ignominia a la mujer corrompida, mientras que la disipación del hombre es fenómeno corriente; nuestra sociedad permite todo al hombre y nada a la mujer. Por consiguiente, ¿podemos considerar ejemplares estas familias, donde la mujer esclava convive con el hombre déspota y las finalidades comerciales son las que desempeñan el papel dominante? ¿Qué relaciones puede haber aquí entre hijos y padres? Por cierto, pueden ser muy cordiales, puesto que los padres mantienen a los hijos, los educan, los miman, les brindan los medios de vida; pero no se puede decir que sus ideas coincidan en todo. La vida avanza y se modifica, y hoy con particular celeridad. Los hijos crecen en un ambiente por completo diferente de aquel en que se desarrolla-

ron sus padres; por tanto, asimilan ideas y convicciones diferentes, lo cual es causa de antagonismos entre hijos y padres.

La familia actual puede satisfacer, y satisface en parte, únicamente a las clases poseedoras. Por ello, éstas no pueden ni quieren comprender las críticas que se hacen a la familia de hoy, desde el punto de vista de los desposeídos. Porque ellos se encuentran bien, en razón de que los demás están mal; sus familias sólo pueden subsistir aniquilando a otras, es decir, a las familias obreras.

Ya vez, Aldona, que no combato la familia en general, sino la forma que ésta reviste en la actualidad. La vida destruye a la familia, le quita todas sus características positivas y deja para la mayoría abrumadora de la humanidad solamente sus aspectos negativos. En cuanto a la prostitución que encierra la familia de las clases acomodadas, es repugnante. Pero no se trata exactamente de la familia; lo que me interesa es el bienestar de las clases explotadas, sobre el cual se erigirá la familia, la moral, el desarrollo intelectual, etc.

Dzerzhinski, *Diario. Cartas a los familiares*, ed. cit., págs. 115-116.

En el ámbito de la burguesía acomodada y la intelectualidad burguesa podemos encontrar muchas mujeres capaces, inteligentes e interesantes, pero son vidas que, al fin y al cabo, se desgastan en bagatelas, en llenar con artificios una existencia vacía. Leen, pintan, tocan instrumentos musicales, cantan y hasta piensan, pero se mantienen dentro del marco estrecho de un pasatiempo más o menos agradable, todo pierde valor por su propia inutilidad. ¿Para qué les sirve todo eso? Para desarrollar una personalidad profunda y armoniosa. Magnífico. Pero, para ello, la mujer tendría que empezar por ser una persona libre y no un apéndice del marido, una parte del decorado de la casa. ¿Y acaso puede ser libre la mujer que a cada paso depende del marido, de su posición material y oficial, de sus razones monetarias y de su ambición? ¿Acaso puede organizar su vida privada en la forma en que se lo sugiere su deseo interior, sin destruir de hecho la familia? Ella puede disponer con libertad de los muebles de la casa, elegir a gusto los adornos, cambiar el tapizado de los sillones y el servicio de mesa, pero, no bien trata de disponer libremente de su persona siente con dolor el tirón de la cadena que la ata con fuerza a la vida de su marido. En estas condiciones, ¿qué personalidad puede

desarrollarse en ella, como no sea la de un juguete elegante, objeto de placer para su marido y adorno de su salón?

En los buenos tiempos idos, la vida de los sectores acomodados exigía de la esposa otras cualidades. En aquel entonces, la complicada vida doméstica necesitaba del cuidado vigilante y activo de la dueña de casa. Pese al gran número de criados, hasta en la época del duro trabajo servil, las amas de casa debían trabajar y saber mucho. A esta vida estable y segura correspondía una moralidad igualmente segura y estable; reglas sencillas, claras y sin complicaciones; los "mandamientos", que daban respuestas hechas a todas las eventualidades.

En la sociedad actual, la actividad doméstica de la mujer se ha conservado únicamente en el ámbito de la pequeña burguesía y de los anticuados comerciantes, que cultivan todavía el ideal de la "casa bien puesta", pero ya no interesa a la mujer del ambiente culto acomodado. En efecto, ¿qué actividad doméstica puede desarrollar una mujer cuando el cocinero o la cocinera saben mejor que ella lo que debe hacerse, cuando la despensa y el sótano han sido sustituidos por los grandes almacenes, donde puede pedir por teléfono todo lo necesario; cuando cualquier objeto se compra hecho o se encarga al profesional, en casa no se produce nada y sólo se consume? ¿Qué le queda por hacer a la dueña de casa? Buscar el modo de pasar el tiempo.

La nueva psiquis de la mujer responde a las nuevas condiciones —absurdas y malsanas— de su vida. La conciencia de la mujer se ajusta a su inutilidad. Ella misma se considera un juguete, un adorno, un objeto de lujo. Su posición le parece perfectamente normal y razonable; más aun, tiende a considerarse la perla de la creación. "Cualquiera diría que los hombres trabajan para los hombres, pero Elena sabe que únicamente trabajan para ella. El mundo existe nada más que para satisfacer todos sus deseos [...] Hasta el sol trabaja, calienta la tierra e ilumina las calles para ella, que nada hace y lo recibe todo sin conmoverse." Solamente mientras exista esta armonía entre el mundo interior y la posición exterior de la mujer, puede ella vivir tranquila, gozar de la vida y no sentir su vacío mortal, su falta de sentido y su humillación. Sólo mientras desconozca la duda y no sepa pensar, le es posible vivir así. Por cierto, a raíz de la educación y forma de vivir de la mujer-juguete, pocas de ellas son capaces de dudar y reflexionar; quizá sólo haya una entre mil —la oveja negra de la familia— dotada de un pensamiento capaz de funcionar, de un sentimiento capaz de elevarse, de una voluntad capaz de actuar. "En-

los niños astutos, pusilánimes, traviesos y mimados", las naturalezas profundas aparecen por excepción. Y por otra parte, también estas últimas se someten a la influencia del medio ambiente, viven la vida de quienes las rodean, adoran los ídolos comunes y se conforman con el vacío y la tontería de esa existencia. Pero, basta con que alguna circunstancia —a menudo ínfima— conmueva el equilibrio de una mujer semejante, para que su alma ociosa se sacuda y el gusano de la duda y la reflexión empiece a roer su cerebro y su corazón [...]

Existen valores espirituales, sin los cuales una persona, al menos una persona corriente y normal, no puede vivir. El primero de estos valores es la apreciación moral del mundo. Quitar a una persona este criterio ético, sin darle uno nuevo, equivale a sumergirla en las tinieblas, a empujarla, ciega, a un torbellino, a contribuir a su hundimiento.

V. Vorovski, "Dentro y fuera del círculo", *Artículos críticos y literarios*. Goslitizdat, Moscú, 1956. págs. 363-366.

### *Capitalismo y prostitución*

La prostitución es el inevitable resultado de las condiciones actuales; es el complemento indispensable del matrimonio burgués, su doble repugnante; es una institución social universal, y por eso se ríe de cualquier intento que haga la sociedad moderna por desarraigarla. Lo máximo que ésta puede lograr es empujarla hacia los barrios suburbanos con ayuda de la hipócrita policía moral. La prostitución existirá mientras haya centenares de miles de muchachas que no tienen otra alternativa que morir de hambre o venderse por dinero. Sólo podrá desaparecer cuando toda persona tenga oportunidad de vivir honestamente, y para ello es indispensable cambiar la sociedad actual, el modo actual de producción. La mujer pública, caída tan bajo, merece nuestra compasión, es digna de nuestra simpatía. Su historia constituye una tragedia social conmovedora para aquél en cuyo pecho late un corazón humano y sabe leer en el alma humana. Educación deficiente, pésimos ejemplos, falta de familia, hambre, son las causas que impulsan a la mujer a la prostitución, ¿y quién puede atreverse a lanzar una piedra a esas caídas, a esas desgraciadas víctimas de la sociedad?

Pero, ¿qué es la prostitución sino la comunidad de la mujer, reali-

zada en la forma más brutal e inmoral? ¿Y a nosotros nos *acusan* de querer comunizar a la mujer! De haberlo querido, no *habríamos* declarado la guerra a la sociedad actual. Dije ya que la *prostitución* es el doble repugnante del matrimonio burgués. Analicemos el *matrimonio* en la sociedad moderna. ¿Acaso el *capitalismo* no ha *convertido* el matrimonio en prostitución? ¿Acaso está fundado sobre el amor, sobre la libre atracción? ¿Acaso la propiedad no constituye el factor decisivo? ¿No es el matrimonio *especulación, negocio*, en lugar de unión de corazones? ¿No se vende la mujer también en el *matrimonio*? ¿No la venden como una mercancía? ¿Acaso no sabemos que las clases superiores prohíben directamente los matrimonios por amor? ¿Acaso no se tasan con exactitud los bienes de ambas partes? ¿No se considera acaso una tontería un matrimonio "por debajo de su clase"? Y cuando los padres obligan a su hija a casarse con un libertino viejo y rico, ¿no se declara el hecho "sensato" y "práctico"? ¿Acaso los colegas de un fabricante no lo tacharían de loco si permitiera que su hija se casara por amor con un obrero? Y a la inversa, ¿no merecería la aprobación general si la obligara a casarse por interés con un burgués? ¿No es esto prostitución, no constituye la mujer un objeto de comercio? Y observamos de paso que ello no solamente ocurre en "los peldaños superiores de la sociedad", sino en todas las capas sociales; donde domina el culto de Mamón, el matrimonio es profanado y se prostituye el amor.

Recuerdo una caricatura de *Fliegende Blätter*; dos campesinos conversan; el hijo de uno pretende en matrimonio a la hija del otro. "Mi hijo recibirá tantos acres de tierra, tantos bueyes, vacas y caballos. ¿Y tu hija?" — "Sólo puedo dar tanto." — "Demasiado poco. Debes agregar una pareja de bueyes y otra de vacas." — "No puedo." — "Bien, entonces no hay matrimonio." Es un cuadro de la vida; ni Juvenal podría haber escrito sátira más cáustica. Estamos orgullosos de nuestra cultura y nos consideramos inmensamente superiores a los salvajes; sin embargo, en nuestra sociedad las muchachas son vendidas por bueyes y vacas, exactamente como entre los cafres de Sudáfrica. ¿Y por qué no? Nuestra sociedad está fundada sobre la degradación del hombre, a quien ha transformado en una mercancía, y el hecho de que la mujer esté obligada a vender su cuerpo sólo forma parte de un sistema que conduce al obrero a vender su trabajo, es decir, a venderse a sí mismo con alma y cuerpo. Por supuesto, existe aquí una diferencia esencial. Lo que vende el esclavo asalariado es un trabajo socialmente necesario, que se convierte en maldición para el obrero única-

mente en virtud de las condiciones en que lo efectúa, mientras que lo que vende la prostituta es la profanación del amor y la naturaleza humana. El amor *se entrega*, no puede *venderse*. Cuando se vende, dentro o fuera del matrimonio, es *prostitución*.

G. Liebknecht, *El socialismo y la cultura*, Gosizdat, 1926, págs. 59-61.

#### LA ACTITUD HACIA LA MUJER ES EL CRITERIO ACERCA DEL DESARROLLO DE LA SOCIEDAD

La consideración de la *mujer* como botín y sirvienta de la lujuria colectiva expresa la infinita degradación en que el hombre existe para sí, porque el misterio de esta consideración tiene una expresión *no disimulada*, decisiva, *franca* y llana de *hombre a mujer* y en la manera en que se concibe la relación procreativa *directa y natural*. La relación directa, natural y necesaria de persona a persona es la *relación* del hombre y la mujer [...] Por lo tanto en esta relación se *manifiesta sensorialmente*, reducido a un *hecho observable*, hasta qué punto la conducta natural del hombre se ha hecho humana, o hasta qué punto el ser humano se ha hecho ser natural. De esta relación, pues, se puede juzgar todo el desarrollo humano."

Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*, ed. cit., págs. 100-101.

#### La clase obrera y el malthusianismo

Pero desde el punto de vista de la clase obrera, difícilmente se podrá encontrar una expresión más patente del carácter reaccionario y de la indigencia espiritual del "neomalthusianismo social", que las mencionadas palabras del señor Astraján.

... "Parir hijos para que luego los inutilicen" [...] ¿Sólo para eso? ¿Por qué no para que *luchen* mejor, más unidos, de un modo conciente y con mayor energía que nosotros contra las actuales condiciones de vida, que mutilan e inutilizan a nuestra generación?

En esto consiste la diferencia radical entre la psicología del campesino, del artesano, del intelectual, del pequeño burgués en general,

que la vida se hace cada vez más difícil, que la lucha por la existencia es cada vez más despiadada y que su situación y la de su familia resultan más desesperadas cada día. El hecho es indiscutible. Y el pequeño burgués protesta contra él.

¿Pero cómo protesta?

Protesta como representante de una clase que parece sin remisión y ha perdido toda esperanza en su futuro, de una clase sumisa y cobarde. Todo es inútil; lo único que cabe es tener menos hijos que sufran nuestras penas y calamidades, nuestra miseria y nuestras humillaciones: este es el clamor del pequeño burgués.

El obrero conciente está lejos de semejante punto de vista. No consentirá que oscurezcan su conciencia tales plañidos, por sinceros y sentidos que sean. Sí, nosotros, obreros, y la masa de pequeños propietarios arrastramos una existencia marcada con el estigma de un yugo y de unos sufrimientos insostenibles. Para nuestra generación la vida es más dura de lo que fue para nuestros padres, pero en un sentido somos mucho más afortunados que ellos: *hemos aprendido y estamos aprendiendo con rapidez a luchar*, y a luchar no solos, como lucharon los mejores de nuestros antecesores, no en nombre de consignas de los parlanchines burgueses, intrínsecamente ajenas a nosotros, sino en nombre de nuestras propias consignas, de las consignas de nuestra clase. Luchamos mejor que nuestros padres. Nuestros hijos lucharán aun mejor, y *vencerán*.

La clase obrera, lejos de perecer, crece, se vigoriza, madura, se une, se instruye y se templea en la lucha. Somos pesimistas respecto del régimen de servidumbre, del capitalismo y de la pequeña producción, pero somos fervorosamente optimistas respecto del movimiento obrero y sus fines. Estamos ya sentando los cimientos del nuevo edificio, y nuestros hijos darán remate a la obra.

Por eso —y sólo por eso— somos enemigos incondicionales del neomaltusianismo, de esta corriente propia de las parejas mesocráticas fosilizadas y egoístas que cuchichean despavoridas. Vivamos nosotros, dios mediante, como podamos, y mejor será no tener hijos.

Por supuesto, eso no nos impide en modo alguno, exigir la abolición absoluta de todas las leyes que castiguen el aborto o la difusión de obras de medicina en las que se exponen medidas anticoncepcionales, etc. Semejantes leyes no indican sino la hipocresía de las clases dominantes. Estas leyes no curan las dolencias del capitalismo, sino que las hacen particularmente malignas y perniciosas para las masas oprimidas. Una cosa es la libertad de la propaganda médica

y la protección de los derechos democráticos elementales del ciudadano y de la ciudadana, y otra cosa es la doctrina social del neomaltusianismo. Los obreros concientes sostendrán siempre la lucha más implacable contra los intentos de imponer esta reaccionaria y cobarde doctrina a la clase social contemporánea más avanzada, más fuerte y más preparada para las grandes transformaciones.

Lenin, "La clase obrera y el neomaltusianismo", *ob. cit.*, t. XIX, págs. 233-234.

### *Amor, matrimonio y familia en la sociedad socialista*

Las formas superiores del capitalismo actual preparan nuevas relaciones familiares, nuevas condiciones para la mujer y para la educación de las nuevas generaciones: el trabajo de las mujeres y de los niños, y la disolución de la familia patriarcal por el capitalismo, revisten inevitablemente en la sociedad moderna las formas más espantosas, miserables y repulsivas. No obstante, "la gran industria, al asignar a la mujer, al joven y al niño de ambos sexos un papel decisivo en los procesos socialmente organizados de la producción, arrancándolos con ello a la órbita doméstica, crea las nuevas bases económicas para una forma superior de familia y de relaciones entre ambos sexos. Tan necio es, naturalmente, considerar absoluta la forma cristiano-germánica de la familia, como lo sería atribuir ese carácter a la forma romana antigua, a la antigua forma griega o la forma oriental, entre las cuales media, por lo demás, un lazo de continuidad histórica. Y no es menos evidente que la existencia de un personal obrero combinado, en el que entran individuos de ambos sexos y de las más diversas edades, aunque hoy, en su forma capitalista primitiva y brutal, en que el obrero existe para el proceso de producción y no éste para el obrero, sean fuente apastosa de corrupción y esclavitud, bajo las condiciones que corresponden a este régimen se trocará necesariamente en fuente de evolución humana" (*El capital*, t. I, final del cap. XIII). Del sistema fabril "brota el germen de la educación del porvenir, en el que se combinará para todos los niños a partir de cierta edad el trabajo productivo con la enseñanza y la gimnasia, no sólo como método para intensificar la producción social, sino también como el único método que permite producir hombres plenamente desarrollados" (*loc. cit.*).

Lenin, "Carlos Marx", *ob. cit.*, t. XXI, págs. 67-68.

Todos tenemos que reconocer que, a cada paso, en todas partes, incluso en nuestras propias filas, se descubren huellas de la *palabra* de charlatanería propia de los intelectuales burgueses en la *masa* de abordar los problemas de la revolución. Nuestra prensa, por *ejemplo*, no lucha lo bastante contra estos residuos putrefactos del *pasado* contra la democracia burguesa hundida en la podredumbre, y *proporciona* un apoyo muy débil a los brotes sencillos, modestos, cotidianos *pero* vivos del auténtico comunismo.

Tómese la situación de la mujer. Ningún partido democrático del mundo, ni en las repúblicas burguesas más avanzadas, ha hecho en este sentido, en decenas de años, ni la centésima parte de lo que realizamos nosotros en el primer año de ejercicio del poder. No hemos dejado, en el verdadero sentido de la palabra, piedra sobre piedra de las ignominiosas leyes que establecían la inferioridad jurídica de la mujer, que ponían trabas al divorcio, que lo sometían a odiosos requisitos, que proclamaban la ilegitimidad de los hijos naturales, la investigación de la paternidad, etc. Los vestigios de estas leyes se mantienen en gran número en todos los países civilizados, para vergüenza de la burguesía y del capitalismo. Nosotros tenemos una y mil veces razón para sentirnos orgullosos de lo que hemos hecho en este terreno. Pero *cuanto más* nos desembarazamos del farrago de las viejas leyes e instituciones burguesas, vamos viendo con mayor claridad que no hemos hecho otra cosa que desbrozar el terreno para empezar a construir, pero que la construcción aún no ha comenzado.

La mujer sigue siendo la *esclava* del hogar, a pesar de todas las leyes emancipadoras, porque vive agobiada, oprimida, embrutecida, humillada por los *pequeños quehaceres* domésticos que la atan a la cocina y a los hijos, obligada a malgastar sus esfuerzos en faenas absurdamente improductivas, mezquinas, embotadoras, embrutecedoras y aplastantes. La verdadera *emancipación de la mujer*, el verdadero comunismo, sólo comenzarán cuando y donde las masas (dirigidas por el proletariado, dueño del poder del Estado) comiencen a luchar contra esa pequeña economía doméstica o, más exactamente, cuando y donde ésta comience a *transformarse, en masa*, en una gran economía socialista.

¿Acaso concedemos, en la práctica, suficiente atención a este problema, que desde el punto de vista teórico es indiscutible para cualquier comunista? Por cierto que no. ¿Dedicamos el debido interés a los *brotes* de comunismo que ya existen en este terreno? No, y mil veces no. Los comedores colectivos, las casas-cuna, los jardines de

infantes, son otros tantos ejemplos de estos brotes, medios sencillos, ordinarios, sin pompa, sin elocuencia ni solemnidad, pero *efectivamente* idóneos para *emancipar a la mujer*, para disminuir y suprimir la desigualdad de ésta con respecto al hombre, elevando su papel en la producción y en la vida social. Y estos medios no son nuevos. Fueron creados (como ocurre en general, con todas las premisas materiales del socialismo) por el gran capitalismo; pero bajo este régimen eran, en primer lugar, casos aislados, y en segundo término —cosa muy importante—, o bien se trataba de empresas *mercantiles* con las peores taras de la especulación, el lucro, la trapacería y el engaño, o bien de "acrobacias de beneficencia burguesa", con toda razón odiadas y despreciadas por los mejores obreros.

No cabe duda de que estas instituciones abundan ya más, entre nosotros, y *comienzan* a cambiar de carácter. No cabe duda de que hay, entre las obreras y las campesinas, muchas más *organizadoras de talento* de lo que a nosotros nos parece; mujeres capaces de organizar las cosas prácticas, con participación de gran número de militantes y de una cantidad mucho mayor de interesados, sin la abundancia de frases, la charlatanería, el alboroto y las disputas en torno de planes, sistemas, etc., de que tanto "padecen siempre los intelectuales" excesivamente presuntuosos y los "comunistas" precoces. Pero *no cuidamos* como debiéramos estos brotes de lo nuevo.

Lenin, "Una gran iniciativa", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 421-422.

Dear friend: Aconsejo encarecidamente escribir más en detalle el plan del folleto. De otro modo, quedarán oscuras demasiadas cosas. Pero ya desde ahora debo emitir una opinión:

Aconsejo eliminar totalmente el § 3: "reivindicación [femenina] del amor libre".

Se trata, en verdad, de una reivindicación burguesa, y no proletaria. En efecto, ¿qué entiende usted por eso? ¿Qué *puede* entender por eso?

1. ¿El amor liberado DE los cálculos materiales (financieros)?
2. ¿El amor liberado también DE preocupaciones materiales?
3. ¿De prejuicios religiosos?
4. ¿De la prohibición del papáito, etcétera?
5. ¿De los prejuicios de la "sociedad"?



6. ¿Del ambiente estrecho (campesino, pequeñoburgués o intelectual burgués)?
7. ¿De las ataduras de la ley, de los tribunales y de la policía?
8. ¿De la seriedad en el amor?
9. ¿De la procreación?
10. ¿Libertad de adulterio?, etcétera.

He enumerado muchos matices (no todos, por supuesto). Usted no quiere referirse, por supuesto, a los núms. 8-10, sino a los núms. 1-7 o algo *por ese estilo*.

Pero para designar los núms. 1-7 habría que elegir una expresión distinta, ya que la de "amor libre" no expresa con precisión esta idea.

El público, los lectores del folleto, entenderán *indeseablemente* por "amor libre", en términos generales, algo por el estilo de los núms. 8-10, incluso *aunque usted no lo quiera así*.

Se da precisamente el caso de que, en la sociedad en que vivimos, las clases más locuaces, las más ruidosas y las "más destacadas", entienden por amor libre los núms. 8-9; por eso ésta no es una reivindicación proletaria, sino burguesa.

Los núms. 1-2 son los más importantes para el proletariado, y luego los núms. 1-7, y eso, en el fondo, no es amor libre.

No se trata de lo que usted, *subjetivamente*, "quiera entender" por esto, sino de la *lógica objetiva* de las relaciones de clase en las cuestiones del amor.

Friendly shake hands!

Lenin, "A Inessa Armand", *ob. cit.*, t. XXXV, págs. 179-180.

Querida amiga: Perdóneme la demora en contestar; pensaba escribirle ayer, pero me retuvieron y no tuve tiempo para sentarme a escribir esta carta.

Con respecto a su plan de folleto, le expresaba mi opinión de que la "reivindicación del amor libre" era poco clara y de que, independientemente de su voluntad y deseos (cosa que le subrayaba, al decir que se trata de las relaciones objetivas de clase, y no de sus deseos subjetivos), resultaría, en el medio social de nuestro tiempo, una reivindicación burguesa, y no proletaria.

Usted no está de acuerdo.

Bien. Volvamos a examinar el asunto.

Para aclarar lo que estuviera oscuro, enumeré aproximadamente una docena de diferentes interpretaciones *posibles* (posibles e inevitables en un ambiente de discordia social), señalando que, a mi juicio, las interpretaciones 1 a 7 eran típicas o características de las mujeres proletarias, y las 8 a 10 de las burguesas.

Quien quiera refutar esta opinión tendrá que demostrar: 1) que dichas interpretaciones son equivocadas (sustituyéndolas, en ese caso, por otras o señalando las que son falsas), o bien: 2) que son incompletas (añadiendo las que falten), o bien: 3) que no se dividen como yo pienso, en proletarias y burguesas.

Usted no hace ninguna de estas tres cosas.

Ni siquiera toca los puntos 1 a 7. ¿Quiere eso decir que reconoce que son acertados, en términos generales? (Lo que escribe acerca de la prostitución de las proletarias y de su situación de dependencia, de "la imposibilidad de decir no", encaja perfectamente en los apartados 1 a 7. Acerca de esto no existe discrepancia alguna entre nosotros.)

Tampoco pone en tela de juicio el que esto sea una interpretación *proletaria*.

Quedan, pues, los apartados 8 a 10.

Dice usted que "no los entiende del todo" y "objeta": "no comprendo cómo ES POSIBLE [así escribe] IDENTIFICAR [!?!?] el amor con" el apartado 10...

¿Así, pues, resulta que yo "identifico", y usted se prepara a pulverizarme y aplastarme a mí?

¿Cómo es eso? ¿De qué se trata?

La BURGUESÍA entiende por amor libre los núms. 8 a 10: he ahí mi tesis.

¿Refuta esto? Diga qué entienden por amor libre las damas *burguesas*.

No lo dice. ¿Acaso tanto la literatura como la realidad no *demuestran* que es esto precisamente lo que tienen en su mente las mujeres de la burguesía? ¡Sí, lo demuestran cumplidamente! Y usted lo reconoce en forma tácita.

Y si ello es así, no cabe duda de que se trata de la posición de clase de esas mujeres, y resultaría imposible e ingenuo tratar de refutarlas a ellas.

De este punto de vista hay que *deslindar* claramente, oponiéndolo al anterior, el punto de vista proletario. Hay que tener en cuenta el hecho objetivo de que, de otro modo, aquéllas entresacarán los pasajes correspondientes de su folleto, los interpretarán a su manera, se

servirán de su folleto para llevar agua a su molino, tergiversarán las ideas de usted ante los obreros y "confundirán" a éstos (sembrando en ellos el temor de que usted trate de inculcarles ideas extrañas). Hay que tener presente que cuentan con gran número de periódicos, etcétera.

Y usted, olvidando el punto de vista objetivo y de clase, pasa al "ataque" contra mí, afirmando que presuntamente trato de "identificar" el amor libre con los apartados 8-10... Es maravilloso, verdaderamente maravilloso...

"Incluso una pasión y una unión efímeras" son "más poéticas y puras" que los "besos sin amor" de los cónyuges (triviales y vulgares). Así escribe. Y así se dispone a escribir en su folleto. Excelente.

¿Hay lógica en esta contraposición? Los besos sin amor de los cónyuges triviales son sucios. De acuerdo. ¿Qué es lo que debe contraponerse a eso?... Parecería que los besos con amor. Pero usted les contraponen una "pasión" (¿por qué no amor?) "efímera" (¿por qué efímera?). De donde se desprende, según las reglas de la lógica, que los besos sin amor (efímeros) se contraponen a los besos conyugales sin amor... Es raro. Tratándose de un folleto de carácter popular, parecería más natural contraponer un matrimonio trivial y sucio de pequeños burgueses, campesinos o intelectuales (que es, si no me equivoco, el apartado 6 ó 5 de mi enumeración) a un matrimonio civil de proletarios enamorados (agregando, SI USTED HACE HINCAPIÉ EN ELLO, que también pueden ser sucias o puras una pasión o una unión efímeras). En la clasificación que hace no vemos TIPOS de clases sociales, sino algo a la manera de un "caso particular", que, desde luego, puede presentarse.

¿Pero en verdad se trata de casos particulares? Si se toma como tema el caso individual de los besos matrimoniales impuros y de los besos puros de una pasión efímera, será bueno para tratarlo en una novela (pues aquí lo esencial está en el medio INDIVIDUAL, en el análisis de los CARACTERES y de la psicología de DETERMINADOS tipos). ¿Pero y en un folleto?

Entendió usted muy bien cuál era mi idea al hablar de la inconveniencia de la cita de Key, diciendo que era "absurdo" representar el papel de "profesores *és* \* amor". Así es, en efecto. Pero, ¿y el papel de profesores *és* lo efímero, etc.?

De veras, no tengo deseos de polemizar. Habría preferido no escri-

\* *Es*, en (Ed.)

birle esta carta y aplazar el asunto hasta que nos viéramos. Pero quisiera que el folleto proyectado fuese bueno y que *nadie pudiera* entresacar de él frases desagradables para usted (a veces basta con *una* frase para que todo resulte como un poco de hiel...), que *nadie pudiera* tergiversar su pensamiento. Estoy convencido de que también en este caso dejó usted correr la pluma "en contra de su voluntad", y envié esta carta sencillamente porque tal vez le resulte más fácil estudiar el plan del folleto con mayor cuidado sobre la base de las cartas que basándose en conversaciones, ya que se trata, desde luego, de algo muy importante.

¿Conoce a alguna socialista francesa? Tradúzcale (como si lo hiciera del inglés) mis apartados 1-10 y las observaciones de usted acerca de lo "efímero", etc., y vea qué cara pone, escuche con atención lo que le diga: será una pequeña experiencia; ¿qué dirá la gente que *nada tiene que ver con el asunto*?; ¿cuáles son sus impresiones?, ¿qué espera esa gente del folleto?

Le estrecho la mano y le deseo que mejore de su jaqueca y se recupere pronto. V.U.

Lenin, "A Inessa Armand", *ob. cit.*, t. XXXV, págs. 181-184.

—Me han informado que en las veladas de lectura y discusión que se realizan con obreras, con preferencia se analizan problemas sobre el sexo y el matrimonio. Al parecer, es el principal centro de atención de la educación política y de la enseñanza general. No podía creerlo. El primer Estado de la dictadura proletaria lucha contra los contrarrevolucionarios del mundo entero. La situación de Alemania exige la máxima cohesión de todas las fuerzas revolucionarias proletarias para repeler la contrarrevolución que se muestra cada día con mayor energía. Mientras tanto, ¡las comunistas activas analizan los problemas del sexo, las formas del matrimonio en el pasado, el presente y el porvenir! Consideran su deber primordial ilustrar a las obreras al respecto. Dicen que el folleto de una comunista vienesa sobre el problema sexual tiene gran difusión. ¡Qué tontería, ese folleto! Lo que tiene de cierto, los obreros ya lo han leído hace años en las obras de Bebel. Sólo que no en forma de aburrido y duro esquema, como en el folleto, sino de apasionante alegato, colmado de ataques a la sociedad burguesa. La mención de las hipótesis de Freud parece darle al folleto un aspecto científico, pero todo ello es chapucería de aficionado. La

teoría de Freud también es un capricho de moda. Desconfío de las teorías sobre el sexo, expuestas en artículos, informes, folletos, etc., en suma, en esa literatura específica que florece espléndidamente sobre el terreno estercolado de la sociedad burguesa. Desconfío de aquellos que están constante y tenazmente absorbidos por el problema sexual, como el faquir hindú por la contemplación de su ombligo. Me parece que esta abundancia de teorías sobre el sexo, que en la mayoría de los casos son sólo hipótesis, y con frecuencia arbitrarias, emana de necesidades individuales. Es decir, que está motivada por el deseo de justificar a los ojos de la moral burguesa la propia vida sexual, anormal o excesiva, y solicitar tolerancia. Este respeto disimulado por la moral burguesa me resulta tan repugnante como la afición de hurgar en los problemas sexuales. Por rebelde y revolucionaria que quiera presentarse, se trata en último término de una afición perfectamente burguesa. Es la ocupación particularmente favorita de los intelectuales y las capas próximas a éstos. En el partido, en el proletariado combatiente, imbuido de conciencia de clase, no hay lugar para ello. He podido observar que actualmente, en la sociedad burguesa, dominada por la propiedad privada, el sexo y el matrimonio han creado múltiples problemas, serios conflictos y padecimientos a las mujeres de las diversas clases y capas sociales. La guerra y sus consecuencias han agudizado en forma extraordinaria los conflictos y sufrimientos que padecían antes las mujeres, precisamente en lo que se refiere a las relaciones entre los sexos. Problemas que las mujeres desconocían se mostraron al desnudo. Hay que añadir a esto la atmósfera de revolución incipiente. El mundo de los antiguos sentimientos e ideas revienta por todas las costuras. Las antiguas relaciones sociales se debilitan y se rompen. Se insinúan los gérmenes de nuevas premisas ideológicas de relaciones entre la gente, todavía informes. El interés por estos problemas se debe a la necesidad de aclarar la situación, de saber cómo orientarse. En ello también se manifiesta una reacción contra las mentiras y deformaciones de la sociedad burguesa. El estudio de las modificaciones operadas en el matrimonio y la familia en el curso de la historia, y de sus vínculos con la economía, constituye un medio eficaz para desarraigar de la mente de las obreras el prejuicio acerca del carácter eterno de la sociedad burguesa. Ellas deben comenzar por un concepto histórico-crítico para pasar luego a analizar sin miramientos el régimen burgués y desenmascarar su esencia y sus consecuencias, incluyendo la falsa moral sexual. Todos los caminos llevan a Roma.

Todo análisis marxista respecto de una importante parte de la superestructura ideológica de la sociedad, respecto de un fenómeno social descollante, conduce al análisis del régimen burgués y su base, la propiedad privada; y todo análisis semejante conduce a la conclusión de que "Cartago debe ser destruida".

Lenin asintió, sonriendo:

—¡Usted defiende a sus camaradas y a su partido como un buen abogado! Desde luego, lo que usted dice es justo. Pero sólo puede servir de disculpa, no de justificación por el error que han cometido en Alemania. Pues fue y sigue siendo un error. ¿Podría usted asegurarme que en sus veladas de lectura y debate, los problemas del sexo y el matrimonio se analizan desde el punto de vista de un materialismo histórico firme y consecuente? No ignora usted que ello presupone poseer profundos conocimientos polifacéticos y la certera interpretación marxista de un material inmenso. ¿Dónde tienen ustedes hoy los cuadros necesarios para hacerlo? Si los tuvieran, no hubiera ocurrido que el mencionado folleto se utilizara en calidad de material de enseñanza. En lugar de criticar el folleto, lo recomiendan y difunden. En último término, ¿a qué conduce este debate insatisfactorio y nada marxista del problema? Pues a que los problemas sexuales y matrimoniales no se interpreten como partes del problema social principal. Por el contrario, el gran problema social comienza a aparecer como una parte, un apéndice de la cuestión sexual. Lo importante retrocede a segundo plano, como si fuera lo secundario. Ello perjudica la clara visión del problema, y además en general, confunde el pensamiento y la conciencia de clase de las obreras.

Otra cosa. Dijo el sabio Salomón que para cada cosa hay un tiempo. Contésteme, se lo ruego: ¿es este el momento propicio para entretener durante meses enteros a las obreras con debates acerca de cómo se ama y cómo se es amado, cómo se corteja y cómo han de aceptarse los cortejos? Y todas estas cosas, por supuesto en el pasado, el presente y el futuro, para poder denominarlo luego, con orgullo, materialismo histórico. No; en estos momentos, el pensamiento todo de las obreras tiene que ser orientado hacia la revolución proletaria, que también creará, incidentalmente, las bases para una efectiva renovación de las condiciones matrimoniales y las relaciones entre los sexos. Le aseguro que hoy figuran en primer plano para el proletariado alemán otros problemas, que no son los de las formas de matrimonio entre los negros australianos y los concertados entre familiares en el mundo antiguo. La historia sigue poniendo a

la orden del día del proletariado alemán problemas como el de los soviets, la paz de Versalles y su influencia sobre la vida de la mujer, el desempleo, los impuestos, los bajos salarios y muchos otros. En resumen, mantengo mi opinión de que el método empleado para brindar ilustración política y social a las obreras fue desacertado, desacertado por completo. ¿Cómo pudo usted callar? Tenía que haber hecho valer su autoridad contra eso.

Expliqué a mi apasionado amigo que no había perdido oportunidad alguna, en mis intervenciones en varios lugares, para criticar y hacer objeciones a las dirigentes femeninas. Pero él sabe que no hay profeta en su tierra. Mis críticas hicieron que sobre mí cayera la sospecha de que "todavía albergaba fuertes resabios de la posición social-demócrata y la anticuada psicología pequeñoburguesa". No obstante, la crítica no había sido vana. Los problemas sexuales y matrimoniales ya no constituían el centro de las discusiones en las tertulias de lectura y debate.

Lenin continuó desarrollando su pensamiento:

—Lo sé; sobre mí también caen sospechas de filisteísmo en lo que se refiere a esos temas. Pero lo tomo con calma. Los pichones que acaban de romper el cascarón de los conceptos burgueses, siempre son terriblemente inteligentes. No tenemos más remedio que aceptarlo, sin rectificarnos. El movimiento juvenil también sufre el mal del planteo moderno del problema sexual y se apasiona demasiado por éste.

Lenin acentuó irónicamente la palabra "moderno", como si al tiempo de pronunciarla la descartara:

—Asimismo, me han informado que los problemas sexuales constituyen la materia favorita de estudio en vuestras organizaciones juveniles. Dicen que los conferenciantes sobre el tema no dan abasto. Es algo monstruoso y particularmente nocivo y peligroso para la juventud. Muy fácilmente puede provocar y estimular un exceso de vida sexual y causar un despilfarro de la salud y las fuerzas de los jóvenes. Usted tiene que combatir el fenómeno, ya que existen muchos contactos entre el movimiento femenino y el juvenil. En los diversos lugares, las camaradas comunistas deben desarrollar un trabajo planificado conjuntamente con los jóvenes. Es una labor que las enaltece y las traslada del mundo de la maternidad individual al de la maternidad social. Es necesario ayudar a las mujeres a que despierten a una vida y actividad sociales y superen los estrechos límites de una

psicología pequeñoburguesa, doméstica y familiar individualista. Pero le digo esto sólo de paso. También en nuestro país gran parte de la juventud se ocupa afanosamente de "revisar la interpretación y la moral burguesas" en cuanto a problemas sexuales. Y debo agregar, gran parte de nuestra mejor juventud, la más promisoría. La situación es, en efecto, como la acaba usted de describir. Los viejos valores ideológicos se derrumban y pierden su fuerza moderadora en la atmósfera de las consecuencias de la guerra y la revolución incipiente. Los nuevos valores van cristalizando lentamente en la lucha. Las ideas acerca de las relaciones entre los hombres y entre hombre y mujer, como asimismo los pensamientos y sentimientos, se tornan más revolucionarios. Nuevas líneas demarcatorias se trazan entre el derecho individual y colectivo, es decir, respecto del deber del individuo. Es un proceso lento y a menudo muy doloroso de desaparición y nacimiento, y todas estas cosas también se refieren a las relaciones sexuales, al matrimonio y a la familia. La decadencia, podredumbre y suciedad del matrimonio burgués, con las dificultades para disolverlo, con las libertades para el marido y la esclavitud para la mujer, y con la abyecta falsedad de su moral sexual, inspiran a la mejor gente un sentimiento de profunda repugnancia.

El peso de las leyes burguesas sobre el matrimonio y la familia agrava el mal y agudiza los conflictos. Es el peso de "la sagrada propiedad privada" que santifica la venalidad, la bajeza y la inmundicia. La mentira convencional de la sociedad burguesa "decente" corona la obra. Las gentes se rebelan contra la infamia y deformaciones imperantes. Ahora bien, en la época en que se derrumban Estados poderosos, se rompen las viejas relaciones de dominación y comienza a hundirse todo un mundo social, en esa época los sentimientos del individuo se modifican con gran rapidez. La incitante sed de variedad en los placeres adquiere fácilmente una fuerza desenfrenada. Las formas burguesas de matrimonio y relaciones sexuales ya no satisfacen. En este aspecto, se aproxima una revolución acorde con la revolución proletaria. Se comprende la extraordinariamente embrollada madeja de problemas que tal situación plantea y que interesa tanto a la mujer como a la juventud, es decir, a los que más sufren el desorden que impera hoy en las relaciones sexuales. La juventud se rebela contra este desorden con su ímpetu característico, y es lógico que así sea. Nada más falso que predicar a la juventud el ascetismo monástico y la santidad de la sucia moral burguesa. Sin embargo, tampoco me parece acertado que los problemas sexuales, naturalmente

importantes a esa edad, se conviertan en los problemas centrales de la mente juvenil. Las consecuencias pueden resultar funestas. Y prosiguió:

—La nueva actitud de los jóvenes frente a los problemas de la vida sexual es, desde luego, "principista", y aparentemente se apoya en la teoría. Muchos jóvenes consideran su posición "revolucionaria" comunista, y lo creen sinceramente. A mí, un viejo, eso no me impresiona. Aunque no soy en absoluto un sombrío asceta, la llamada "nueva vida sexual" de la juventud —y a menudo también de los adultos— me parece con bastante frecuencia netamente burguesa, una variedad de la buena casa de tolerancia burguesa. Todas esas cosas nada tienen de común con la libertad en el amor como lo entendemos nosotros, los comunistas. Usted conoce, por supuesto, la famosa teoría acerca de que, en la sociedad comunista, satisfacer las necesidades sexuales y las ansias de amar será tan fácil y sin importancia como beberse un "vaso de agua". La teoría del "vaso de agua" volvió loca, literalmente loca, a nuestra juventud. La teoría se ha convertido en un sino fatal para muchos adolescentes de ambos sexos. Sus partidarios afirman que se trata de una teoría marxista. Muy agradecido por semejante "marxismo", que deduce todos los fenómenos y cambios en la superestructura ideológica de la sociedad, directa e íntegramente de la base económica. La cosa dista de ser tan simple. Un tal Federico Engels estableció hace ya mucho tiempo esta verdad con respecto al materialismo histórico.

Personalmente creo que la "teoría del vaso de agua" nada tiene de marxista; más aun, la considero antisocial. En la vida sexual se pone de manifiesto no sólo lo que da la naturaleza, sino también lo que aporta la cultura, sea ello elevado o bajo. En el *Origen de la familia*, Engels señaló cuán importante es que el amor sexual evolucione y se refine. Las relaciones sexuales no son la simple expresión del juego entre la economía social y la necesidad física. No es marxismo sino racionalismo atribuir a la base económica los cambios producidos en este género de relaciones, aisladas, colocadas al margen del conjunto de la superestructura ideológica. Desde luego, la sed exige ser satisfecha. Pero, ¿acaso un hombre normal, en condiciones normales, se echa a tierra, en medio de la calle, en el lodo, y bebe del charco, o en una copa cuyos bordes conservan las marcas de docenas de bocas? Pero lo más importante es el aspecto social. Beber agua es realmente un asunto individual; en el amor intervienen dos personas y a menudo aparece una nueva, la tercera vida.

Como comunista no tengo la menor simpatía por la teoría del "vaso de agua", aun cuando lleve la etiqueta de "amor liberado". Además, ni es nueva ni es comunista. Usted, seguramente, recuerda que la literatura de más o menos mediados del siglo pasado la predicó bajo el rótulo de "emancipación de los corazones". En la práctica burguesa se convirtió en emancipación del cuerpo. La prédica de aquel tiempo se hacía con mayor talento que la actual; qué ocurre con la práctica de hoy, no sé, no puedo juzgar.

No quiero predicar el ascetismo con mi crítica. Ni siquiera se me ocurre. El comunismo no debe traer el ascetismo, sino la alegría y los bríos de vivir, que también tienen origen en la plenitud de la vida amorosa. Sin embargo, opino que el exceso de vida sexual, que hoy observamos a menudo, no trae alegrías ni bríos vitales, sino, por el contrario, los disminuye. En tiempos de una revolución, eso está mal, muy mal.

La juventud tiene particular necesidad de estar alegre y animosa. ¡Deportes sanos —gimnasia, natación, excursiones, ejercicios físicos de todo tipo—, variedad de intereses intelectuales, estudios, análisis, investigaciones y de ser posible, todo junto! Ello resultaría mucho más provechoso para la juventud que los eternos debates e informes sobre los problemas sexuales, y el llamado "aprovechamiento de la vida". ¡Mente sana en cuerpo sano! No queremos ni un monje ni un Don Juan; tampoco el filisteo alemán como término medio. Creo que usted conoce al joven camarada X. ¡Un magnífico muchacho, extraordinariamente dotado! Pero, a pesar de sus cualidades, temo que no llegue a nada que valga la pena. Se agita y se lanza de una historia amorosa en otra. Eso no es bueno para la lucha política ni para la revolución. Tampoco apostaría por la seguridad y firmeza de aquellas mujeres que entrelazan el romance con la política, ni de aquellos hombres que corren detrás de cualquier falda y se dejan enredar por toda mujer joven. No, no; no es bueno para la revolución.

Lenin se puso de pie, descargó un puñetazo en la mesa y dijo algunos pasos por la habitación:

—La revolución exige de las masas y del individuo concentración y tensión de las fuerzas. No soporta los estados orgiásticos que caracterizan a las heroínas y héroes decadentes de D'Annunzio. La incontinencia en la vida sexual es burguesa, un síntoma de descomposición. El proletariado es una clase en pleno ascenso; no necesita de embriaguez que lo aturda o excite. No necesita embriagarse con la incontinencia sexual ni con alcohol. No quiere ni...

infamia, la inmundicia y la barbarie del capitalismo. Extrae los más vigorosos estímulos para la lucha de la situación de su clase y del ideal comunista. Necesita claridad, claridad y más claridad. Por eso, repito, no debemos permitir ningún despilfarro o desgaste de fuerzas, ninguna debilidad. La entereza y la autodisciplina no son esclavitud; también hacen falta en el amor. Pero, perdóneme, Clara; me he desviado mucho del tema inicial de nuestra conversación. ¿Por qué no me llamó al orden? Es la alarma lo que me hizo hablar tanto. El porvenir de nuestra juventud me preocupa profundamente; es parte de nuestra revolución. Y si los fenómenos nocivos de la sociedad burguesa comienzan a propagarse en el mundo de la revolución, como las raíces de las malas hierbas, es mejor oponerse a ello con anticipación. Por lo demás, los puntos que hemos tocado forman parte del problema femenino.

C. Zetkin, *Recuerdos sobre Lenin*, ed. cit., págs. 44-50.

El hombre debe respetar a su mujer y preocuparse por educarla como persona social. Por lo tanto, nuestra familia tiene que estar organizada de tal forma que las obligaciones sociales y familiares se distribuyan por partes equitativas. En ocasiones, al decir esto, me llegaban notas que preguntaban lo siguiente: "¿Acaso debo hacer dormir al niño?" Naturalmente. Si al visitar a un camarada me encuentro con un hombre barbudo que está ocupado en hacer dormir al niño porque su mujer fue a una reunión o a estudiar, ¿qué puedo decirle? Sólo estrecharle la mano por ser un leninista honesto. Debemos reconocer que los matrimonios donde no hay diferencia entre hombre y mujer, donde las obligaciones se distribuyen por partes iguales, se ajustan a nuestro ideal.

A. Lunacharski, *Vida cotidiana*, ed. Gosizdat, 1927, pág. 27.

El amor penetra el alma y la hace buena, fuerte y generosa, mientras que el miedo, el dolor y la vergüenza sólo la deforman. El amor es el creador de todo lo bueno, elevado, fuerte, cálido y luminoso. Los niños no saben, no comprenden lo que es bueno y malo; es necesario enseñárselo. No tienen todavía voluntad fuerte, por eso hay

que perdonarles sus travesuras y no enojarse con ellos. No basta con decir: "Haz esto, no hagas aquello", ni con castigar al niño cuando no obedece. Si lo hacemos, sólo el dolor y el miedo serán su conciencia y más tarde no sabrá distinguir el bien del mal. El niño sabe amar a quien lo ama [...] Y sólo se lo puede educar con amor. La criatura que advierte y siente el amor de sus padres, trata de obedecerlos para que no se disgusten. Y cuando comete una travesura, debido a su vitalidad y movilidad infantiles lo lamenta. Cuando, con la edad, vigoriza su voluntad y aprende a dominarse, entonces es su conciencia la que lo gobierna y no los malos ambientes y los bajos ejemplos de la vida, que llevan con tanta frecuencia al hombre a su derrumbe moral. El niño comprende la pena de los seres queridos. La menor pequeñez influye sobre su alma y por eso no debemos cometer ante él nada inmoral, ni irritarnos, ni regañar; no debemos permitir que nuestros actos desmientan nuestras palabras; el niño lo recordará, y aunque no lo recuerde dejará su huella, y de esas huellas, de esas impresiones infantiles, se irá formando el fundamento de su alma, de su conciencia y de su moral. También debemos educar la voluntad de los niños. Los mimados y consentidos, cuyos padres satisfacen sus menores caprichos, crecen débiles y egoístas. Porque el amor de los padres no debe ser ciego... Con satisfacer todo deseo del niño, atiborrarlo continuamente de caramelos y otras golosinas, únicamente se consigue deformar su alma. El amor prudente, cien veces más grande que el amor ciego, tiene que servir de guía al educador. Les daré un ejemplo: un niño enfermo pide pan negro y otro, sano, solicita demasiadas golosinas, grita o llora y no quiere escuchar lo que la madre le dice hasta no ver satisfecho su deseo. Digan ustedes, ¿es mayor el amor de la madre que satisface el capricho del niño o el de aquella que se niega a satisfacerlo? Lo correcto es calmar a la criatura con caricias, y si no surte efecto, dejarla que lllore, sin castigarla; cuando se cansa de llorar, se calma, y entonces se le puede explicar en un lenguaje comprensible por qué no recibió lo que pedía y que con su llanto sólo consiguió apenar a su padre y a su madre [...] Una enorme tarea les espera a ustedes: educar y formar el alma de sus niños. ¡Sean vigilantes! Porque la culpa o el mérito de los niños depende en gran medida de la conciencia de los padres. Quisiera escribir mucho más sobre los niños, pero no sé cómo tomarán ustedes mis consejos y si no les parece inoportuna mi intromisión en asuntos ajenos. En todo caso, pueden ustedes estar seguros de que sólo me guía el amor por sus hijos.

Bésenlos de mi parte... Ojalá crezcan sanos y alegres, llenos de amor por sus padres y por los demás; ojalá crezcan fuertes y valerosos de cuerpo y alma; ojalá nunca comercien con su conciencia; ojalá sean más felices que nosotros y conozcan el triunfo de la libertad, la fraternidad y el amor.

F. Dzerzhinski, *Diario. Cartas a los familiares*, ed. cit., págs. 129-131.

En nuestro país, el matrimonio no se contrae por razones materiales, y nuestros niños no heredan de sus familias nada importante en sentido material.

Nuestras familias no son ya grupos aislados a los que domina un padre. Los miembros de la familia, desde el padre hasta la criatura recién nacida, son miembros de la sociedad socialista. Cada uno de ellos es portador de la dignidad y el honor que confiere este alto rango.

Y lo más importante: cada miembro de la familia tiene asegurada la elección de caminos y oportunidades entre una espléndida variedad; de modo que el avance triunfal de cada hombre depende más de él mismo que de la movilización familiar.

Pero nuestra familia no es una unión casual de componentes de la sociedad. La familia es una colectividad natural y, como todo lo que es natural, sano y normal, sólo florece en la sociedad socialista, después de haberse liberado de esas maldiciones de que tiene que liberarse toda la humanidad y todo individuo.

La familia se convierte en la natural célula primaria de la sociedad, en el lugar donde se cumple el encanto de la vida, donde las fuerzas victoriosas del hombre encuentran descanso, donde viven y crecen los niños, la mayor alegría de la vida.

Nuestros padres no carecen de poder, pero sólo es el reflejo del poder social. El poder del padre sobre los hijos es una forma particular de su deber para con la sociedad. Es como si la sociedad le dijera a los padres:

—Os habéis unido por propia y amorosa voluntad, sois dichosos con vuestros hijos y pensáis seguir siéndolo. Es asunto vuestro y de vuestra felicidad privada. Pero de este proceso dichoso han nacido hombres nuevos. Llegará el momento en que ellos dejarán de servir exclusivamente a vuestra dicha, y actuarán como integrantes independientes de la sociedad. Por tanto, la sociedad no puede ser indi-

ferente a la calidad de estos hombres; de modo que el Estado soviético, al transmitir cierta parte del poder social, exige que deis al futuro ciudadano una educación conveniente. Para ello cuenta en especial con una circunstancia que surge naturalmente de vuestra unión: el amor de padres.

Si queréis echar al mundo un ciudadano prescindiendo del amor paternal, haced el favor de prevenir a la sociedad de que vais a cometer semejante villanía. Los hombres que se educan sin el amor de los padres, son con frecuencia gente mutilada. Y puesto que la sociedad alimenta un amor parecido por cada uno de sus componentes, por pequeño que sea, vuestra responsabilidad por los hijos siempre tiene que revestir formas reales.

El poder de los padres en la sociedad soviética es un poder fundado no sólo sobre la autoridad de la sociedad, sino también sobre la fuerza íntegra de la moral social...

A. Makarenko, "Libro para los padres", *Obras completas*, t. IV, ed. cit., págs. 34-35.

Nuestras madres son ciudadanas de un país socialista, y su vida debe ser tan plena y alegre como la de los padres e hijos. No necesitamos de hombres educados en la contemplación de la callada hazaña de sus madres o alimentados con el interminable sacrificio de éstas... Sólo en una sociedad basada en la explotación, viven hijos educados gracias al sacrificio de la madre.

Ahora bien, nos sentimos obligados a protestar contra el daño que ciertas madres se infligen a sí mismas, fenómeno que podemos comprobar todavía en algunas partes de nuestro país. Estas madres, a falta de otros tiranos y dominadores, se los preparan ellas mismas en la persona de... sus hijos. "Todo para los hijos." Interpretan la frase en un sentido formalista, inadmisibles en absoluto: cualquier cosa para los hijos, por consiguiente, también el valor de la vida materna y la ceguera materna. ¡Todo para los hijos! Un ciego amor no debe ser la guía del trabajo y la vida de nuestras madres, sino el profundo sentimiento del ciudadano soviético, dirigido hacia el porvenir. Estas madres son las que nos darán magníficos hombres dichosos, y ellas también serán felices.

[...] El hombre soviético no debe olvidar en todas sus actitudes —tanto hacia la mujer como hacia el hombre— las exigencias de la moral comunista, la que custodia siempre los intereses de toda la sociedad y exige de cada ciudadano el cumplimiento de normas definidas también en la esfera sexual. La educación de los niños se encauzará de modo que su futura conducta no esté reñida con dicha moral.

¿Qué es lo que exige la moral comunista en materia de vida sexual? Exige que la vida sexual de cada hombre y de cada mujer esté en armonía constante con las dos expresiones tan importantes de la vida humana como son la familia y el amor. Considera como normal y moralmente justificado sólo a la vida sexual que se basa en el amor recíproco y que se manifiesta en el matrimonio, o sea en la unión civil pública y abierta del hombre y la mujer, y cuyos fines son la felicidad humana y la procreación y educación de los hijos [...]

Los factores decisivos en materia de amor y vida familiar están constituidos por la personalidad moral y política del individuo, su desarrollo general, su capacidad de trabajo, honestidad, aptitudes, su lealtad al país y el amor a la sociedad. De ahí se puede afirmar que la vida sexual del futuro hombre se educa siempre, a cada paso, incluso cuando los padres o los educadores ni piensan en ella. El viejo proverbio de que "la pereza es la madre de todos los vicios" refleja muy bien esa ley general, pero los vicios tienen más de una madre. No sólo la pereza, sino cualquier desviación de la conducta social conduce inevitablemente a una conducta viciosa en la sociedad y a una vida sexual desordenada [...]

Cuando se inculca al niño la honestidad, la sinceridad, la rectitud, la costumbre a la limpieza, la veracidad, el respeto a los demás, el amor a la patria, la lealtad a las ideas de la revolución socialista, cuando se lo capacita para el trabajo, al mismo tiempo se desenvuelve también su educación en el aspecto sexual. Entre todos estos factores educativos, algunos tienen una relación más directa con la educación sexual, pero todos, tomados en su conjunto, determinan en gran medida el éxito de la educación de los futuros cónyuges.

A. Makarenko, "La educación sexual", *Conferencias sobre educación infantil*, ed. Cartago, Buenos Aires, 1959, págs. 110, 111 y 112.

Debemos saber amar, saber cómo hay que amar. Tenemos que encarar el amor como personas concientes, racionales y responsables de sus actos; entonces no habrá dramas amorosos...

El problema ético de "me amaba y dejó de amarme", de "me engañó y me ha abandonado" o de "me enamoré y amaré toda la vida" no puede ser resuelto si no se aplica el más cuidadoso cálculo, orientación, verificación y capacidad de planificar el futuro; esto último es obligatorio. Y debemos aprender cómo hay que amar. Tenemos la obligación de permanecer concientes en el amor y, por lo tanto, despojarnos de la vieja costumbre de considerarlo un arrebató, un torbellino que se apodera del hombre, para quien, desde ese momento, nada existe en el mundo fuera del "objeto" de su adoración. El amor tiene que enriquecer a los hombres —y lo hace— con una sensación de poderío. Siempre enseñé a los jóvenes de mi comuna a ser reflexivos aun en el amor, a pensar en el mañana.

A. Makarenko, "La educación y el comportamiento comunistas", *Obras completas*, t. V, ed. cit., pág. 253.

La franca conversación con un joven o una muchacha, por separado, resulta eficaz. Conversaciones francas, sin ambages, con los jóvenes de 17 ó 18 años, no sólo son posibles, sino necesarias; debemos enseñarles a amar. Sueña extraño, pero esta ciencia existe... Debemos educar a las muchachas en el mayor respeto por ellas mismas, por el orgullo femenino. Es preciso enseñarles a tratar con algo de rigor incluso a los jóvenes que son de su agrado.

Debemos hablar con las muchachas y los muchachos de su responsabilidad por cada día vivido, por cada ramalazo de sentimientos, pues por todo hay que pagar con la vida; no debemos limitarnos a conversar con ellos en dos o tres ocasiones, sino ir educándolos en estas cosas día por día.

A. Makarenko, "Mis conceptos pedagógicos", *Obras completas*, t. V, ed. cit., págs. 299-300.



## VII

### VÍAS Y MEDIOS PARA LA EDUCACIÓN MORAL DE LAS MASAS

#### *Relaciones sociales y formación del hombre*

La propiedad privada nos ha hecho tan estúpidos y unilaterales, que un objeto es *nuestro* solamente cuando lo tenemos — cuando existe para nosotros como capital, o cuando es directamente poseído, comido, bebido, usado, habitado, etc., en fin, cuando es *utilizado* por nosotros. Aunque la propiedad privada también concibe estas realizaciones directas de posesión como *medios de vida*, la vida a que sirven como medios es la *vida de la propiedad privada*: el trabajo y su conversión en capital.

En lugar de todos estos sentidos físicos y mentales ha ocurrido, pues, el simple enajenamiento de *todos* estos sentidos: el de *tener*. El ser humano tenía que ser reducido a esta pobreza absoluta para que pudiera ceder su riqueza íntima al mundo exterior. (La categoría de *tener*, ver el artículo de Hess en la recopilación *Veintiuna Hojas*.)

La superación de la propiedad privada es, por consiguiente, la completa *emancipación* de todos los sentidos y atributos humanos; pero precisamente esta emancipación es porque estos sentidos y atributos se han hecho, subjetiva y objetivamente, *humanos*.

Marx, *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*,  
ed. cit., pág. 107.

De este modo el hombre es afirmado en el mundo objetivo, no sólo en el acto del pensamiento, sino con *todos* sus sentidos.

Por otra parte, considerando esto en su aspecto subjetivo: así no sólo la música despierta en el hombre el sentido de la música, así como la música más hermosa *no tiene* sentido alguno para el oído no musical, no es objeto para él, porque mi objeto sólo puede ser la confirmación de una de mis potencias esenciales y sólo puede ser para mí en cuanto mi potencia esencial está presente para sí o no alcanza hasta donde *mis* sentidos alcanzan (tiene sentido sólo el sentido correspondiente a ese objeto) — por esta razón los sentidos del hombre social son *distintos* a los del hombre no-social. Pero a través de la riqueza acumulada en las cosas, el ser humano desarrolla y la riqueza de la sensibilidad subjetiva *humana* (el oído musical, el ojo que descubre la belleza de la forma, en resumen, *sentidos* capaces de goces humanos, sentidos que se confirman no potencias esenciales del *hombre*) se cultiva o nace. Porque no solamente los cinco sentidos, sino también los llamados sentidos menores —los sentidos prácticos (voluntad, amor, etc., etc.)—, en una palabra el sentido *humano* —la humanidad de los sentidos— se consigue en virtud de su objeto, en virtud de la naturaleza *humanizada*. La formación de los cinco sentidos es el trabajo de toda la historia del mundo hasta nuestros días.

El sentido circunscrito a las necesidades prácticas groseras tiene sólo un sentido *restringido*. Para el hombre que padece de hambre, es la forma humana del alimento la que existe, sino sólo su ser abstracto como alimento; bien pudiera estar allí su más grosera forma, y sería imposible decir si su actividad alimenticia difiere de la de otros *animales*. El hombre abrumado de preocupaciones, urgido, tiene sentidos para la más hermosa obra de teatro; el traficante de minerales sólo ve el valor mercantil, pero no la belleza y naturaleza única del mineral: no posee sentido mineralógico. Así, la objetivación de la esencia humana, tanto en su aspecto práctico como teórico, es necesaria para que se forme el *sentido humano* del hombre, al igual que para crear el *sentido humano* correspondiente a toda la riqueza de la sustancia humana y natural.

De la misma manera que gracias al movimiento de la *propiedad privada*, tanto de su riqueza como de su pobreza —riqueza y pobreza material y espiritual— la nascente sociedad encuentra todo lo necesario material para su *desarrollo*, así la sociedad *establecida* produce al hombre en toda la riqueza de su ser —produce al hombre rico y a

*fundamente dotado de todos los sentidos*— como su realidad permanente.

Idem, págs. 109-110.

En la historia anterior es, evidentemente, un hecho empírico el que los individuos concretos, al extenderse sus actividades hasta un plano histórico-universal, se ven cada vez más sojuzgados bajo un poder extraño a ellos (cuya opresión llegan luego a considerar como una perfidia del llamado espíritu universal, etc.), poder que adquiere un carácter cada vez más de masa y se revela en última instancia como el *mercado mundial*. Pero, asimismo, se demuestra empíricamente que, con el derrocamiento del orden social existente por obra de la revolución comunista (de lo que hablaremos más adelante) y la abolición de la propiedad privada, idéntica a dicha revolución, se disuelve ese poder tan misterioso para los teóricos alemanes y, entonces, la liberación de cada individuo se impone en la misma medida en que la historia se convierte totalmente en una historia universal. Es evidente, por lo que dejamos expuesto más arriba, que la verdadera riqueza espiritual del individuo depende totalmente de la riqueza de sus relaciones reales. Sólo así se liberan los individuos concretos de las diferentes trabas nacionales y locales, se ponen en contacto práctico con la producción (incluyendo la espiritual) del mundo entero y se colocan en condiciones de adquirir la capacidad necesaria para poder disfrutar esta multiforme y completa producción de toda la tierra (las creaciones de los hombres). La dependencia *total*, forma natural de la cooperación histórico-universal de los individuos, se convierte, gracias a la revolución comunista, en el control y la dominación consciente sobre estos poderes, que, nacidos de la acción de unos hombres sobre otros, hasta ahora han venido imponiéndose a ellos, aterrándolos y dominándolos, como potencias absolutamente extrañas.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., págs. 37-38.

Si las circunstancias en las que este individuo vive sólo le permiten desarrollar una de sus cualidades a costa de todas las demás,

dad solamente, el desarrollo de este individuo será necesariamente unilateral y desmedrado. Contra esto no vale ninguna clase de prédicas morales. Y el modo como se desarrolle esta cualidad sola, favorecida con preferencia sobre todas las demás, depende, a su vez, por una parte, del material de formación que se le ofrezca y, por otra, del grado y del modo en que sean reprimidas las otras cualidades. [...] En un individuo, por ejemplo, cuya vida abarque un gran círculo de múltiples actividades y relaciones prácticas con el mundo, que lleve, por lo tanto una vida multilateral, el pensamiento tendrá el mismo carácter de universalidad que toda otra manifestación de vida del mismo individuo.

Idem, págs. 289-290.

Los hombres han sido siempre, en política, víctimas necias del engaño de los demás y del propio, y lo seguirán siendo mientras no aprendan a descubrir detrás de todas las frases, declaraciones y promesas morales, religiosas, políticas y sociales, los *intereses* de una u otra clase. Los partidarios de reformas y mejoras se verán siempre burlados por los defensores de lo viejo mientras no comprendan que toda institución vieja, por bárbara y podrida que parezca, se sostiene por la fuerza de unas u otras clases dominantes. Y para vencer la resistencia de esas clases, sólo hay *un* medio: encontrar, educar y organizar para la lucha, en la propia sociedad que nos rodea, a las fuerzas que puedan —y, por su situación social, *deben*— formar la fuerza capaz de barrer lo viejo y crear lo nuevo.

Lenin, "Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo", *ob. cit.*, t. XIX, págs. 15-16.

Los hombres hacen su propia historia, ¿pero qué determina los móviles de estos hombres, y precisamente de las masas humanas?; ¿qué es lo que provoca los choques de ideas y las aspiraciones contradictorias?; ¿qué representa el conjunto de todos estos choques que se producen en la masa entera de las sociedades humanas?; ¿cuáles son las condiciones objetivas de producción de la vida material que crean la base de toda la actividad histórica de los hombres?; ¿cuál es la ley que rige el desenvolvimiento de estas condiciones? Marx concentró su atención en todo esto y trazó el camino para estudiar científica-

mente la historia como un proceso único, regido por leyes, en toda su inmensa diversidad y con su carácter contradictorio.

Lenin, "Carlos Marx", *ob. cit.*, t. XXI, págs. 51-52.

#### LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA Y LA TRASFORMACIÓN DEL HOMBRE

##### *La lucha contra los resabios del capitalismo en la conciencia del hombre*

"Stirner" cree aquí que los proletarios comunistas que revolucionan la sociedad y establecen las relaciones de producción y la forma de comunicación sobre una nueva base, es decir —esa base son ellos mismos, los nuevos hombres, y su nuevo modo de vida—, que esos proletarios siguen siendo "los mismos de antes". La incansable propaganda a que se entregan estos proletarios, las discusiones que diariamente mantienen entre sí, demuestran suficientemente hasta qué punto no quieren seguir siendo "los mismos de antes", ni quieren que lo sean los hombres. "Los mismos de antes" lo serían si, con Sancho, "buscasen la culpa en sí mismos"; pero, saben demasiado bien que sólo al cambiar las circunstancias, dejarán de ser "los mismos de antes", y por eso están resueltos a hacer que estas circunstancias cambien en la primera ocasión. En la actividad revolucionaria, el cambiarse coincide con el hacer cambiar las circunstancias.

Marx y Engels, *La ideología alemana*, ed. cit., pág. 233.

[...] que tanto para engendrar en masa esta conciencia comunista como para llevar adelante el objetivo mismo, es necesaria una transformación en masa de los hombres, que sólo podrá conseguirse mediante un movimiento práctico, mediante una *revolución*; y que, por consiguiente, la revolución no sólo es necesaria porque la clase *dominante* no puede ser derrocada de otro modo, sino también porque únicamente por medio de una revolución logrará la clase *que derriba* salir del cieno en que se hunde y volverse capaz de fundar la sociedad sobre nuevas bases.

Idem, pág. 78.

De lo que se trata aquí [en el socialismo. - *Ed.*], no es de una sociedad comunista que se *ha desarrollado* sobre su propia base, sino de una que acaba de salir de la sociedad capitalista y que, por lo tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede.

Marx, "Crítica del programa de Gotha", Marx y Engels, *Obras escogidas*, ed. cit., pág. 458.

Por cierto, la clase obrera no se halla separada de la vieja sociedad burguesa por una muralla china. Y cuando llega la revolución las cosas no ocurren como cuando muere un individuo: a éste se lo sepulta y asunto concluido. Pero cuando la que muere es la vieja sociedad no es posible encerrar su cadáver en un ataúd y enterrarlo. Este cadáver se va descomponiendo en nuestro propio medio, se pudre y nos infecta también a nosotros.

Lenin, "Sesión conjunta del CEC de Rusia, del Soviet de Moscú de diputados obreros, campesinos y soldados del Ejército Rojo, y de los sindicatos obreros, 4 de junio de 1918. Informe sobre la lucha contra el hambre", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 427.

Los hábitos del régimen capitalista son demasiado fuertes; reducir a un pueblo educado por siglos en dichos hábitos es un asunto complicado y exige mucho tiempo. Pero nosotros decimos: nuestro método de lucha es la organización. Debemos organizarlo todo, tomarlo todo en nuestras manos [...]

Lenin, "V Congreso de Rusia de los soviets de diputados obreros, campesinos y soldados del Ejército Rojo. 4 al 10 de julio de 1918. Informe del Consejo de Comisarios del Pueblo", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 505.

Para construir el comunismo no contamos más que con los elementos formados en el capitalismo, no tenemos otro aparato cultural que el que nos legó la sociedad burguesa, y por ello inevitablemente impreciso.

regra dicho aparato cultural— de la psicología propia del ambiente de que proviene. Estas son las dificultades con que chocamos para construir la sociedad comunista, pero esas mismas condiciones constituyen una garantía de éxito para nuestro objetivo. Y esta es precisamente la diferencia que existe entre el marxismo y el antiguo socialismo utópico, que se negaba a construir la sociedad nueva con el material humano formado por el capitalismo sanguinario, sucio, rapaz y mercantilizado, y quería hacerlo con hombres virtuosos, creados en incubadoras e invernaderos especiales. Esta idea absurda provoca risas en la actualidad y nadie piensa en ella, pero no todas las personas quieren o pueden analizar a fondo la cara opuesta de la doctrina marxista, para determinar cómo se puede (y se debe) construir el comunismo con la masa de elementos humanos corrompida por siglos y milenios de esclavitud, feudalismo, capitalismo, de pequeña propiedad desperdigada, de guerras de todos contra todos por una posición en el mercado, por obtener los mejores precios por los productos y el trabajo.

Lenin, "Un pequeño cuadro que esclarece grandes problemas", *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 388.

Durante largo tiempo combatimos los restos del maldito régimen burgués, con los resabios del espíritu pequeñoburgués de la propiedad, que son una mezcla de rasgos anarquistas y de egoísmo, y que están profundamente arraigados en los obreros.

Los obreros jamás estuvieron aislados de la vieja sociedad por una muralla china, y, por consiguiente, han conservado una gran parte de las tradiciones y caracteres de la sociedad capitalista. Los obreros construyen la nueva sociedad, pero no por ello se han transformado en gente nueva, se han purificado de toda la suciedad del viejo mundo; todavía están hundidos hasta las rodillas en ese lodo. Y entre nuestras obligaciones nos toca también resolver la forma de librar a los obreros de esa plaga. Pero sería una utopía pensar que ello puede lograrse en seguida; en la práctica ese criterio alejaría al socialismo de nosotros.

No. No encaramos el socialismo en esa forma. En cambio, partimos de la base que nos da la sociedad capitalista, luchamos contra todas las debilidades y los defectos de los trabajadores, que arrastran el proletariado hacia el lado opuesto. Y en esa lucha chocamos a cada

paso con los antiguos hábitos y prejuicios; el viejo refrán que dice "cada uno en su casa y dios en la de todos" [...]

Lenin, "Discurso en el II Congreso de Sindicatos de Rusia. 20 de enero de 1919", *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 426.

Los viejos socialistas utópicos se imaginaban que sería posible llegar a construir el socialismo con otros hombres, que se comenzaría por educar a hombres muy buenos, muy puros, magníficamente modelados, para construir en base a ellos el socialismo. Nosotros siempre nos hemos reído de estas quimeras, siempre hemos dicho que eso era jugar a las muñecas, un socialismo para niñas de pensionado, pero no una política seria.

Nosotros queremos construir el socialismo con los hombres educados por el capitalismo, estropeados y corrompidos por él, y por esta razón templados para la lucha. Hay proletarios templados de tal modo, que son capaces de afrontar mil veces más sacrificios que cualquier ejército; hay decenas de millones de campesinos oprimidos, ignorantes, dispersos, pero capaces de unirse en torno del proletariado en la lucha, siempre y cuando la clase obrera sepa mantener una táctica adecuada. Y hay, además, los especialistas de la ciencia y la técnica, imbuidos hasta el tuétano de la concepción burguesa del mundo, los especialistas militares educados en las condiciones burguesas, y menos mal si ha sido en éstas y no en las condiciones de vida de los terratenientes, del látigo, del feudalismo. Por lo que se refiere a la economía nacional, todos los agrónomos, los ingenieros, los maestros, todos proceden de la clase poseedora, ¡no han llovido del cielo! Ni bajo el zar Nicolás, ni bajo el presidente republicano Wilson pasan a las aulas universitarias los desposeídos proletarios del torno, ni los campesinos que empuñan el arado. La ciencia y la técnica son para los ricos, para los pudientes: el capitalismo sólo da cultura a una minoría. Y con esta cultura tenemos nosotros que construir el socialismo. No disponemos de otro material. Queremos construir el socialismo inmediatamente, sobre la base del material que nos ha legado el capitalismo de la noche a la mañana, ahora mismo, y no con hombres criados en invernaderos, si es que damos crédito a tales chácharas.

Lenin, "Éxitos y dificultades del poder soviético", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 63-64.

Si nos preguntamos qué es el comunismo a diferencia del socialismo, debemos decir que socialismo es la sociedad que surge directamente del capitalismo, la primera fase de la nueva sociedad. El comunismo, en cambio, es una fase superior de la sociedad, que sólo puede desarrollarse cuando el socialismo se ha consolidado por completo. El socialismo presupone el trabajo sin el concurso del capitalista, el trabajo social en las condiciones del más riguroso cálculo, control y vigilancia por parte de la vanguardia organizada de los trabajadores, de su sector avanzado; además, bajo él deben determinarse, tanto la medida del trabajo como su remuneración. Esta determinación es necesaria porque la sociedad capitalista nos deja vestigios y hábitos como el trabajo desordenado, la desconfianza hacia la economía social y los viejos hábitos del pequeño propietario que predominan en todos los países agrícolas. Todo esto se opone a una economía verdaderamente comunista. Ahora bien, llamamos comunismo el régimen bajo el cual los hombres se habitúan a cumplir con sus obligaciones sociales sin necesidad de que se empleen instrumentos especiales de coerción, y bajo el cual se convierte en un fenómeno general el trabajo gratuito en bien de la comunidad. De suyo se comprende que, desde el punto de vista de los que dan los primeros pasos en el logro de la victoria total sobre el capitalismo, el concepto de "comunismo" va demasiado lejos.

Lenin, "Informe sobre los sábados comunistas, pronunciado en la Conferencia de Moscú del PC (b) R. 20 de diciembre de 1919", *ob. cit.*, t. XXX, págs. 280-281.

Este reducido número de obreros, corrompidos por el viejo capitalismo, que piensan así: "A mí tienen que aumentarme el salario; lo demás me importa un bledo", "Quiero un salario doble, quiero dos o tres libras de pan al día", dicen, y no piensan que están trabajando para defender a los obreros y campesinos, y que marchan a la victoria sobre los capitalistas. Hay que luchar contra esos obreros por la vía de su educación fraternal y de la influencia amistosa sobre ellos; pero esto nadie puede hacerlo más que los sindicatos. Es preciso aclarar bien a esos obreros que si se ponen del lado de los especuladores y pequeños especuladores —del lado de los campesinos ricos que dicen: "Cuando más trigo posea, tanto más ganaré", y "Cada uno para sí y dios para todos"—, hay que explicarles que así razonar

los señores capitalistas y todos los que conservan los viejos hábitos capitalistas; a esos que razonan al viejo estilo los consideramos tráfugas, traidores, a los que la clase obrera debe estigmatizar y cubrir de ignominia.

Lenin, "Discurso en el primer congreso constituyente de obreros mineros de Rusia", *ob. cit.*, t. XXX, págs. 490-491.

Pues es imposible construir el comunismo con otra cosa que no sea el material humano creado por el capitalismo. Es imposible expulsar y exterminar a los intelectuales burgueses; lo que hay que hacer es vencerlos, transformarlos, refundirlos, reducirlos, de la misma manera que es necesario reducir en lucha prolongada, sobre la base de la dictadura del proletariado, a los propios proletarios, que no se desembarazan de sus prejuicios pequeñoburgueses de golpe, por un milagro, por obra y gracia del espíritu santo o por el efecto mágico de una consigna, de una resolución o un decreto, sino sólo en una lucha de masas larga y difícil contra la influencia de las ideas pequeñoburguesas entre las masas.

Lenin, "La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo", *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 109.

#### POLÍTICA Y EDUCACIÓN: PAPEL DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA EDUCACIÓN DE LAS MASAS

En toda la línea de nuestra labor educativa no podemos ubicarnos en las antiguas posiciones de la educación apolítica, no podemos encarar la labor educativa desvinculada de la política.

Esta idea predominaba y predomina en la sociedad burguesa. El término "apolítico" o "no político" de la educación es la hipocresía burguesa destinada a engañar a las masas que, en un 99 por ciento, son embrutecidas por el dominio de la Iglesia, la propiedad privada, etcétera.

Actualmente dominante en todos los países aún burgueses, la burguesía se dedica a engañar de...

Y cuanto mayor importancia tiene en esos países una institución, tanto menos independiente es respecto del capital y su política.

En todos los Estados burgueses, la relación entre el aparato político y la educación es extraordinariamente sólida, aun cuando la sociedad burguesa no pueda reconocerlo de manera abierta. Entre tanto, esta sociedad influye en las masas por medio de la Iglesia y de todo el sistema de la propiedad privada.

Nuestra tarea fundamental consiste, entre otras, en confrontar nuestra verdad con la "verdad" burguesa e imponerla.

La transición de la sociedad burguesa a la política del proletariado es muy difícil, tanto más porque la burguesía nos difama incansablemente, recurriendo a todo su aparato de propaganda y agitación. Procura con todas sus fuerzas oscurecer el trascendental papel de la dictadura del proletariado y su tarea educativa, de particular importancia en Rusia, donde el proletariado constituye la minoría de la población. No obstante, esta tarea debe plantearse aquí en primer plano, pues es necesario preparar a las masas para la construcción del socialismo. No podría hablarse siquiera de dictadura del proletariado, si éste no se hubiese forjado una elevada conciencia, una fuerte disciplina, un gran espíritu de sacrificio en la lucha contra la burguesía, es decir, todas las cualidades necesarias para asegurar la victoria total del proletariado sobre su enemigo de siempre.

No compartimos el utópico punto de vista que supone a las masas trabajadoras ya preparadas para la sociedad socialista. Sabemos, según los datos precisos de toda la historia del socialismo obrero, que no es así; que únicamente la gran industria, la lucha huelguística y la organización política permiten preparar el socialismo. Y para conseguir la victoria, para realizar la revolución socialista, el proletariado debe ser capaz de una acción solidaria en la obra de derrocar a los explotadores. Y vemos ahora que cuando conquistó el poder, adquirió todas las aptitudes necesarias y las convirtió en acción.

Para los trabajadores de la educación y para el partido comunista, como vanguardia de la lucha, la tarea fundamental debe ser ayudar a la educación e instrucción de las masas trabajadoras, para que superen viejas costumbres y hábitos, heredados del antiguo régimen, hábitos y costumbres de propietarios que han impregnado profundamente a las masas. Esta fundamental tarea de toda revolución socialista jamás debe ser dejada a un lado al examinar los problemas

particulares que durante tanto tiempo ocuparon la atención del CC del partido y del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Lenin, "Discurso en la Conferencia de Rusia de las direcciones de enseñanza política adjuntas a las secciones de instrucción pública de provincia y distrito, 3 de noviembre de 1920", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 351-352.

El partido se propone concientemente la tarea de ayudar al proletariado a cumplir su papel de educador, organizador y dirigente, un papel sin el cual el derrumbe del capitalismo es imposible. Las masas trabajadoras, las masas de obreros y campesinos, deben superar los viejos hábitos de la intelectualidad y reducirse para la edificación del comunismo, sin lo cual es imposible emprender esa obra. Toda nuestra experiencia demuestra que se trata de un problema muy serio, y por lo tanto no debemos perder de vista el reconocimiento del papel dirigente del partido, ni olvidarlo en las discusiones sobre la actividad de este organismo y los problemas de organización.

Idem, pág. 354.

Nuestra tarea reside en vencer la resistencia capitalista, no sólo la militar y política, sino también la ideológica, más profunda y potente. La tarea de nuestros trabajadores de la instrucción reside en realizar esta reducción de la masa. El interés que manifiesta, su aspiración a la instrucción y al conocimiento del comunismo garantizan que también en este terreno seremos los vencedores, aunque tal vez no con tanta rapidez como en el frente, quizá con mayores dificultades, incluso con algunas derrotas, pero que en último término venceremos.

Idem, pág. 357.

Pero todas estas "dificultades" \* son en verdad pueriles comparadas con las tareas *absolutamente del mismo género* que deberá re-

\* Se trata de la superación de las tradiciones burguesas en el partido obrero. (N. de los recopiladores.)

solver de manera ineluctable el proletariado para su victoria, durante la revolución proletaria y después de tomar el poder. En comparación con estas tareas, verdaderamente gigantescas cuando bajo la dictadura del proletariado haya que reducir a millones de campesinos y de pequeños propietarios, a centenares de miles de empleados, de funcionarios y de intelectuales burgueses, subordinándolos todos al Estado proletario y a la dirección proletaria, y vencer en ellos los hábitos burgueses y las tradiciones burguesas; en comparación con estas tareas gigantescas, resulta de una facilidad infantil crear bajo el dominio de la burguesía una minoría auténticamente comunista del verdadero partido proletario en el parlamento burgués.

Lenin, "La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo" *ob. cit.*, t. XXXI, pág. 110.

La dictadura del proletariado debe consistir ante todo en que el sector más avanzado, conciente y disciplinado de los obreros urbanos e industriales, el que pasa más hambre que nadie, el que realizó sacrificios inauditos durante estos dos años, eduque, enseñe y discipline al resto del proletariado, con frecuencia no conciente, y a toda la masa trabajadora y el campesinado [...]

Estamos convencidos de que los obreros, que han aceptado todas las cargas, que compraron el orden y la estabilidad del poder soviético al precio de sacrificios inauditos, deben considerarse ahora el destacamento de vanguardia que eleva al resto de la masa trabajadora a la cultura y disciplina, pues es sabido que el capitalismo nos ha dejado en herencia a un trabajador reducido a un estado de completo embotamiento y oscurantismo, que no comprende que se puede trabajar, no sólo bajo el garrote del capital, sino también con la dirección de los obreros organizados. Pero será capaz de comprenderlo si se lo demostramos en la práctica. No lo aprenderá en los folletos; lo sabrá cuando se lo hayamos demostrado en la práctica.

Lenin, "Discurso en la II Conferencia de Rusia de organizadores responsables del trabajo en el campo, 12 de junio de 1920", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 168-169.

Por otra parte, un embellecimiento idéntico del capitalismo y de la democracia burguesa, y un engaño igual de los obreros es la ad-

misión, habitual en los viejos partidos y en los viejos líderes de la II Internacional, de la idea de que, bajo la esclavitud capitalista, bajo el yugo de la burguesía, que reviste formas infinitamente variadas, tanto más sutiles, y al mismo tiempo crueles y despiadadas, cuanto más civilizado sea el país capitalista en cuestión, la mayoría de los trabajadores y explotados es capaz de adquirir clara conciencia socialista, convicciones y carácter firmemente socialistas. En efecto, sólo después de que la vanguardia del proletariado, apoyada por toda esta clase, la única revolucionaria, o por la mayoría, de ella, derroque a los explotadores, aplaste su resistencia, emancipe a los explotados de su esclavitud y mejore inmediatamente sus condiciones de vida a expensas de los capitalistas expropiados, sólo después de esto y en el curso mismo de una exacerbada lucha de clases son factibles la instrucción, educación y organización de las más amplias masas de trabajadores y explotados en torno del proletariado, bajo su influencia y su dirección; sólo entonces es posible liberarlas del egoísmo, de la dispersión, de los vicios y de la debilidad que se derivan de la propiedad privada, y convertirlas en una unión libre de trabajadores libres.

Lenin, "Tesis sobre las tareas fundamentales del II Congreso de la Internacional Comunista", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 178-179.

Jamás hemos sido utopistas; nunca hemos sostenido que fuéramos a construir la sociedad comunista con las manos limpias de comunistas puros, nacidos y educados en el seno de una sociedad puramente comunista. Estos son cuentos para niños. El comunismo tenemos que construirlo con los escombros del capitalismo, y esto sólo puede hacerlo la clase templada en la lucha contra él. El proletariado —es bien sabido— no está exento de los defectos y fallas de la sociedad capitalista. Lucha por el socialismo, y al mismo tiempo contra sus propias deficiencias. La parte mejor y más avanzada del proletariado, que durante decenas de años sostuvo una lucha desesperada en las ciudades, ha podido hacer suya en esta lucha toda la cultura de la vida urbana y de la capital, y aun asimilarla hasta cierto punto. Ustedes saben que la aldea, en cambio, se hallaba condenada a la ignorancia, hasta en los países más adelantados. Claro está que ele-

varemos el nivel cultural de la aldea, pero esto es cuestión de años, de muy largos años.

Lenin, "VIII Congreso del PC (b) R sobre el trabajo en el campo, 23 de marzo", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 201-202.

Es indispensable que prestemos atención a un tema, aparentemente viejo, pero nuevo en el fondo: me refiero a la educación política de nuestra juventud comunista.

Debemos proporcionarle a la joven generación comunista una educación que no sea libresca, sino práctica, realizada en el cotidiano trabajo revolucionario. Únicamente de esta manera podremos templar de verdad a los genuinos constructores de la sociedad comunista.

Todos sabemos cómo y cuándo entraron en la vida política consciente los actuales cuadros de komsomoles. Sabemos que sólo conocen el pasado por los libros, que no han sido tocados en realidad por toda la opresión y explotación de la época anterior. Por tanto, si de ellos queremos hacer verdaderos constructores de la sociedad comunista, es necesario que vinculemos, en las diversas fases y etapas, la educación teórica con la práctica revolucionaria, con el trabajo práctico. Vladímir Ilich nos habló de ello en su momento.

S. Kírov, "Marchamos a todo vapor al socialismo por las vías de la industrialización", *A la juventud*, ed. rusa, ed. La joven guardia, 1958 págs. 93-94.

La fuerza y la belleza son las dos cosas más importantes que nos hemos habituado a valorar en el hombre. Una y otra se manifiestan en él sólo en su proyección hacia el porvenir. El hombre más débil es aquel cuya conducta está determinada por una perspectiva muy próxima. El hombre a quien satisface únicamente su perspectiva personal, aunque sea lejana, puede parecer fuerte, pero no nos da la sensación de belleza, de personalidad, ni de tener ésta un genuino valor. Cuanto más amplias son las perspectivas de la colectividad tanto más hermoso y elevado es el hombre que ha hecho suyas, personales, esas perspectivas [...]

*La educación de una perspectiva de este tipo constituye un etapa muy importante en la tarea de una educación política amplia*



*pues, sirve de natural transición práctica a una perspectiva más vasta todavía: el porvenir de nuestra Unión Soviética.*

A. Makarenko, "Perspectivas", *Obras completas*, t. V, ed. cit., págs. 74 y 81.

No podemos educar simplemente al hombre y nada más; no tenemos el derecho de efectuar un trabajo de educación sin proponernos una finalidad política definida. El trabajo educativo que no está pertrechado con un objetivo claro, abierto y conocido en sus menores detalles, es una labor de educación apolítica, y en nuestra vida social soviética encontramos a cada paso las pruebas que corroboran esta afirmación.

A. Makarenko, "Métodos educativos", *Obras completas*, t. V, ed. cit., pág. 113.

#### EL TRABAJO Y LA EDUCACIÓN DE LA JOVEN GENERACIÓN

Si la clase media y la superior descuidan las obligaciones que tienen para con sus propios hijos, es un error. El niño que goza de los privilegios de estas clases, padece al mismo tiempo por sus prejuicios.

En cuanto a la clase obrera, la situación es muy diferente. El obrero no es libre en sus actos. En muchos casos, hasta es demasiado ignorante para comprender como es debido los intereses de su hijo, o las condiciones normales del desarrollo humano. Como quiera que fuere, la parte más ilustrada de la clase obrera sabe perfectamente que el porvenir de su clase, y por consiguiente el de la humanidad, depende por entero de la educación de la joven generación obrera. Sabe que, ante todo, los niños y adolescentes tienen que ser protegidos de la acción destructora del moderno sistema de producción. Esto sólo puede lograrse en la transformación de la *conciencia social* en  *fuerza social*, lo cual, en las actuales condiciones, sólo puede ser obra de las *leyes generales*, cuyo cumplimiento exige el Estado. La clase obrera no afianza el poder estatal cuando demanda tales leyes; por el contrario, convierte al poder que hoy se ejerce en su contra, en su ins-

lo que sería tentativa estéril pretender lograr mediante gran número de esfuerzos individuales aislados.

Partiendo de lo anterior, afirmamos que ni los padres ni los empresarios deben estar autorizados, en ningún caso, a emplear el trabajo de los niños y adolescentes, si éste no se combina con la educación.

Bajo el término de educación comprendemos:

Primero: *educación intelectual*.

Segundo: *educación física*, como la que se imparte en las escuelas de gimnasia y en los ejercicios militares.

Tercero: *enseñanza técnica*, que instruye en los principios fundamentales de todos los procesos de producción, a la par que inicia al niño o al adolescente en el empleo práctico de los instrumentos de trabajo más elementales.

Los niños y adolescentes obreros tienen que ser distribuidos en grupos de acuerdo con la edad; y el curso de educación intelectual, física y técnica debe ajustarse a cada grupo, elemental para los pequeños y más complejo para los mayores. Los gastos de las escuelas técnicas pueden cubrirse parcialmente con la venta de lo producido en ellas.

La combinación de trabajo productivo retribuido, educación intelectual, ejercicio físico y enseñanza politécnica elevará a la clase obrera muy por encima de las clases superior y media.

Marx, "Instrucciones a los delegados del Consejo Central provisional", Marx y Engels, *Obras completas*, ed. cit., t. XIII, págs. 198-199.

[...] no es posible imaginarse el ideal de una sociedad futura sin la conjugación de la enseñanza con el trabajo productivo de la joven generación; ni la enseñanza e instrucción sin trabajo productivo, ni el trabajo productivo sin la paralela enseñanza e instrucción podrían ser puestos a la altura que requiere el nivel contemporáneo de la técnica y el actual estado del conocimiento científico.

Lenin, "Perlas de la proyectomanía populista", *ob. cit.*, t. II, pág. 461.

En el terreno de la instrucción pública el PCR se plantea como tarea terminar la obra iniciada por la revolución de octubre de 1917, encaminada a transformar la escuela, de arma de dominación de clase de la burguesía, en arma de derrocamiento de dicha dominación, así como de la total supresión de la división de la sociedad en clases. La escuela debe convertirse en arma de la dictadura del proletariado, es decir, no sólo en vehículo de los principios del comunismo en general, sino también en vehículo de la influencia ideológica, organizativa y educativa del proletariado sobre las capas proletarias y semiproletarias de las masas trabajadoras, con vistas a aplastar totalmente la resistencia de los explotadores y de realizar el régimen comunista. En este camino y en los actuales momentos, las tareas inmediatas son las siguientes:

(1) Seguir desarrollando la independencia de los obreros y campesinos trabajadores en el terreno de la instrucción, con la ayuda total del poder soviético;

(2) Ganar de manera definitiva, no sólo a una parte o a la mayoría del personal docente, como sucede en la actualidad, sino a su totalidad, separando de sus puestos a los elementos contrarrevolucionarios burgueses incorregibles, y asegurando la honrada aplicación de los principios comunistas (de la política);

(3) Implantar la instrucción general y politécnica (que enseñe la teoría y práctica de las ramas más importantes de la producción) gratuita y obligatoria, para todos los niños de ambos sexos menores de 16 años;

(4) Establecer estrechos nexos entre la enseñanza y el trabajo productivo-social de los niños.

Lenin, "Proyecto de programa del PC (b) R", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 125.

Creo que la clave para la educación comunista de los niños reside en organizar su trabajo. Sabemos cómo educa a los adultos la organización del trabajo.

Tomemos como ejemplo el campo. La economía campesina individual desarrolla en quienes la ejercen determinados conceptos, caracteres y modos de enfocar los diversos problemas. Crea en ellos una psicología de pequeños propietarios, como decimos. ¿Qué significa eso? Significa que el hombre no comprende las bases generales de los fenómenos, no entiende los problemas fundamentales, se in-

teresa sólo por lo que se halla en su inmediata proximidad y aplica a todo las medidas de su pequeño mundo.

Sabemos con cuánta frecuencia estallan en el campo querellas entre vecinos, peleas de mujeres por un huevo o cosas parecidas. Sabemos que sus ideas no traspasan los límites de la aldea y conocemos el razonamiento del pequeño campesino: "Cada uno para sí y dios para todos". Tal es la concepción del mundo que desarrolla la pequeña economía individual. No se comprenden allí las nuevas formas de trabajo ni las nuevas formas de organización...

Imaginemos a un campesino que pasa a trabajar en una fábrica. Contempla la gran producción maquinizada, la organización, ve que todo se desenvuelve según un plan establecido, organizado y preciso, observa cómo el trabajo de uno se completa y afirma con el trabajo de otro; cada uno es una parte —un tornillo, un ruedita— del gran mecanismo común. Y el campesino, luego de cocinarse por un tiempo en la olla de la fábrica, de acuerdo con el dicho popular, comienza a mirar todas las cosas con ojos nuevos. Ya no ve el mundo desde el punto de vista de su campanario, sino de los intereses comunes.

¿Por qué la clase obrera es la clase rectora? Porque las condiciones mismas de la gran producción hacen un colectivista de cada obrero de fábrica. También en lo que se refiere a religión podemos decir que los cuadros obreros, que llevan mucho tiempo de trabajo en las fábricas, son poco religiosos, pues observan a toda hora los resultados de la elaboración maquinizada de materias primas y la organización maquinizada del trabajo. En ellos se desarrolla más fácilmente la concepción materialista [...] Ello se observa en especial en ciertas ramas de la producción como, por ejemplo, la industria metalúrgica, donde puede advertirse con particular claridad la potencia de las máquinas. Cuando a la vista de un hombre un trozo de hierro se transforma en un delicado instrumento o en una máquina compleja, el hombre comprende la fuerza de la técnica, de la organización y de la colectividad.

He aquí por qué la clase obrera, templada en las fábricas, constituye la clase que mejor comprende las relaciones sociales y por qué se transforma en la clase rectora.

Veamos lo que ocurre en la actualidad. La industrialización del país consolida la potencia de la clase obrera. Ahora bien, ¿cuáles son los resultados de la colectivización que estamos poniendo en práctica a partir del XV Congreso partidario? Pues estamos consiguiendo que las antiguas propiedades pequeñas y las formas habituales de trabajo

heredadas de padres y abuelos, comiencen a disgregarse y la nueva gran economía colectiva empiece a recrear las concepciones campesinas de una manera nueva. Hoy tenemos extraordinarias condiciones favorables para educar a la joven generación. Cuanto más tiempo pase, las condiciones se irán haciendo cada vez más favorables. Pero para comprender mejor cómo debemos estructurar la educación comunista de los niños, tenemos que examinar los eslabones de esta educación en forma separada.

En la época en que imperaban los oficios manuales, la producción artesanal y la pequeña economía campesina, la familia desempeñaba un papel de enorme trascendencia. Un niño campesino observaba desde sus primeros años el trabajo de sus padres y del resto de la familia. El ejemplo era su enseñanza, y a los ocho años ya tenía una práctica laboral, pero en cambio no podía explicarse los fenómenos de la naturaleza. Tomemos el caso de la producción artesanal. También allí el hijo miraba cómo trabajaba su padre, y aprendía de él. En resumen, en otros tiempos la familia proporcionaba la educación laboral. ¿Y en la actualidad? En la actualidad, el trabajo del obrero y del koljosiano, especialmente en las formas superiores del movimiento koljosiano (la comuna), se desarrolla fuera de la casa; la familia ha dejado de ser una unidad económica. El trabajo del obrero se desenvuelve en la fábrica y su hijo no lo ve trabajar. Se queda en casa, al cuidado de alguna vieja abuela que a menudo le cuenta tonterías, o de la madre, cuando ésta no trabaja; en el caso de que también trabaje, el niño pasa su tiempo en la calle, que absorbe por entero su atención.

Así que la influencia educadora de la fábrica, que beneficia al obrero adulto, no beneficia al niño. Observamos que idénticos procesos comienzan a operarse en la familia campesina. Cuando un campesino ingresa en un gran koljós maquinizado o en un gran sovjós cerealista, la familia cesa de desempeñar el papel que representaba antes en la educación laboral del niño. Si tomamos la familia de un empleado, es decir, una familia no obrera, residente en la ciudad, vemos que si existe educación laboral familiar, se estructura en torno de las tareas domésticas: barrer, ayudar a preparar el almuerzo, ir al mercado, etc. De manera que esta clase de educación laboral se reduce a una especie de autoservicio. En estos momentos en que están a punto de hacerse realidad las fábricas de comidas preparadas y semipreparadas, los comedores públicos, etc., este tipo de educación del trabajo también pierde importancia [...]

Ahora bien; visto que la influencia familiar se debilita, en virtud del carácter de la producción, la escuela adquiere una importancia educativa enorme. Se nos plantea el problema de cómo organizar el trabajo en las escuelas y otras instituciones infantiles. Nuestra meta es la enseñanza general. En la actualidad no es una meta lejana, por el contrario, está próxima, palpable, es casi una realidad; y la enseñanza general significa la influencia de la escuela en la totalidad de la masa infantil. Y es un hecho importante que la escuela no sólo proporcione una cantidad de conocimientos, sino que imparta además la educación laboral, y que el trabajo sea organizado de tal manera que la educación tenga un espíritu comunista.

Es por eso que el programa del partido comunista habla, en el inciso dedicado a la instrucción pública, de la necesidad de organizar, además de la escuela laboral, la politécnica, es decir, donde se enseñe el trabajo de una manera nueva [...]

Debemos procurar que nuestra escuela y nuestras instituciones educativas estén ligadas con la masa obrera y koljosiana, para que el obrero y el koljosiano aporten su experiencia de trabajo a la escuela. Solamente entonces se podrá encarar la educación de una manera efectiva. Dondequiera que haya fábricas, koljosos y sovjosos bien organizados, es imprescindible incorporar la masa obrera a la enseñanza escolar, porque si seguimos estructurando el trabajo infantil en la escuela en la forma antigua, poco es lo que conseguiremos [...]

La educación comunista consiste en una educación laboral determinada. El pequeño propietario lo mira todo desde el punto de vista de "eso no me conviene; aquello es mío", etc. Y el obrero de la fábrica, ¿cómo considera las cosas? Tomemos como ejemplo los obreros comunistas o la emulación socialista. ¿Cómo ha educado a su hijo el obrero? Pues, de modo tal que, ahora, doce años después del 20 de Octubre, las masas obreras consideran la fábrica como algo que no les pertenece, algo entrañable, y se sienten responsables por la forma en que se desenvuelve el trabajo en la empresa, es decir, se ha formado lo que el camarada Lenin llamaba disciplina conciente, no la disciplina del garrote, forzada, sino la disciplina conciente, sin la cual es imposible construir el socialismo. Esta es la auténtica disciplina comunista.

Por otra parte, vemos a menudo que en los koljosos no existe todavía esa disciplina. Es indispensable llevar a cabo una prolongada educación, por el estilo de los sábados comunistas o la emulación socialista para infundir en la masa koljosiana una actitud conciente

respecto del trabajo. Ahí está la clave de la educación comunista. En la actitud laboral conciente vemos la comprensión de que el trabajo de cada uno es una partícula del trabajo común. Entonces, la ayuda mutua se estructura sobre otras bases, o sea, sobre la comprensión de que la ayuda mutua es imprescindible si se quiere organizar adecuadamente el trabajo; la ayuda recíproca es parte inalienable del trabajo colectivo. El trabajo colectivo educa el sentimiento de solidaridad.

El hombre, el adolescente a quien sepamos educar como colectivista conciente, lo mirará todo con otros ojos [...]

El pequeño propietario teme a todo lo que le parece incomprendible, casual. Pero el colectivista comprende que lo esencial es organizar el trabajo... Necesita del ingeniero, del compañero de trabajo y de una correcta organización de la labor [...]

También el colectivista comienza a encuadrar los problemas sociales de una manera nueva. Un hombre educado como colectivista, con una disciplina interior conciente, también resulta disciplinado en el aspecto social e interpreta de una manera diferente todos los problemas. Esta es una de las más importantes tareas educativas [...]. Tenemos que señalar que la educación laboral no debe exceder las fuerzas de los niños. No hay que aplicar la misma medida a niños de diferentes edades [...]

Al hablar de trabajo, hay que tener presente el cansancio de los niños, que se produce con mayor facilidad que en los adultos. Por eso hay que tener mucho cuidado y calcular las fuerzas del niño, según la edad. Si se sobrecarga a los niños con un trabajo superior a sus fuerzas, educaremos a holgazanes, hombres que huirán del trabajo. Es necesario obrar de modo que el trabajo sea interesante y accesible y, al mismo tiempo, no solamente mecánico, sino creador [...]

Debemos reflexionar cómo dotar a todas las instituciones educativas de carácter laboral de una envergadura más amplia, porque están llamadas a sustituir cada vez más la educación laboral que antes brindaba la familia.

N. Krúpskaia, "La educación comunista de los niños y adolescentes", *Obras pedagógicas escogidas*, ed. Pedagógica del Estado, Moscú, 1957, págs. 295-302.

Tengo la impresión de que en nuestras escuelas, por así decirlo, intelectualizan demasiado a la gente. Y no en el sentido intelectual

sino en el sentido de que se mimó demasiado a los chicos y no se les acostumbra a apreciar el trabajo físico; no puedo precisar de quién es la culpa, pero el hecho es ese. Por lo visto, aquí se dejan sentir en cierta medida las supervivencias de la antigua actitud ante el trabajo físico. Y tal vez la culpa principal la tenga en este caso la familia; pero la escuela no se opone como debiera a esta influencia, no inculca a los chicos en la medida necesaria una actitud comunista ante el trabajo físico. Por eso, muchos chicos se entregan de mala gana al trabajo físico, considerándolo como algo vergonzoso y humillante. A mi juicio esto constituye un profundo error. Nosotros honramos cualquier tipo de trabajo. No existen para nosotros trabajos de categoría inferior o superior. Para nosotros es igualmente una cuestión de honor, de gloria, de valor y heroísmo el trabajo del albañil, como el del sabio, el portero, el ingeniero, el carpintero, el artista, la porquera, la actriz, el tractorista, el agrónomo, el dependiente de comercio, el médico, etc.

Todo joven soviético debe apreciar el trabajo físico y no debe rehuir los trabajos más simples. Los que os acostumbráis al trabajo físico conoceréis mejor la vida; los que sepáis hacerlos vosotros mismos por lo menos las cosas más indispensables —lavar y remendar la ropa, preparar la comida, mantener limpia la habitación, etc.—, los que sepáis por lo menos algún oficio, podéis estar seguros de que nunca os veréis perdidos.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., págs. 117-118.

#### LA OPINIÓN PÚBLICA Y EL PAPEL EDUCADOR DE LA COLECTIVIDAD

La prensa debe constituir nuestro primero y principal recurso para elevar la autodisciplina de los trabajadores y transformar los viejos e inservibles métodos de trabajo, métodos de rehuir el trabajo propios de la sociedad capitalista. Su misión consiste en poner de manifiesto todos los defectos de la vida económica de cada comuna de trabajo, fustigarlos de manera implacable, revelar todas las llagas de nuestra vida económica y apelar con ello a la opinión pública de los trabajadores, para lograr la curación de estos males. Mejor será que tengamos diez veces menos...

del día, pero debemos contar con una prensa de centenares de miles y de millones de ejemplares, que haga conocer a toda la población la ejemplar organización de las pocas comunas estatales adelantadas de trabajadores.

Lenin, "Primer borrador del artículo «Las tareas inmediatas del poder soviético», *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 197.

Nos hallamos todavía bajo los efectos de una considerable presión de la antigua opinión pública burguesa. Al examinar nuestros periódicos, resulta fácil advertir cuánto espacio excesivo seguimos otorgando a las cuestiones planteadas por la burguesía, cuestiones con las que ésta quiere distraer la atención de los trabajadores de las concretas tareas prácticas de la reconstrucción socialista. Debemos convertir —y lo haremos— la prensa, de órgano sensacionalista, de simple aparato de información de las noticias políticas, de órgano de lucha contra la mentira burguesa, en el medio para enseñar a las masas a encauzar el trabajo de una nueva manera. Las empresas o comunidades campesinas que no respondan a los llamados o exigencias que se les formulen con respecto al restablecimiento de la autodisciplina y a la elevación de la productividad del trabajo, serán puestas en la lista negra por los partidos socialistas, y colocadas en la categoría de empresas enfermas, para cuya curación se habrá de recurrir a medidas particulares —procedimientos y reglas especiales—, o de lo contrario ponerlas en la categoría de las empresas multadas, suietas a clausura, y sus colaboradores entregados a la justicia popular. El hecho de introducir la publicidad en esta esfera constituirá por sí mismo una reforma enorme y servirá para incorporar a grandes masas populares a la participación activa para solucionar dichos problemas, que son los que más afectan los intereses de aquéllas. Hasta la fecha es muy poco lo que se ha avanzado al respecto, precisamente porque las empresas y comunidades han seguido ocultando a la opinión pública lo que sucede en su seno, cosa que si bien resultaba comprensible bajo el capitalismo, es completamente insensato y absurdo en una sociedad que quiera realizar el socialismo.

Idem, págs. 198-199.

Más economía. Pero no en forma de argumentos "generales", ensayos científicos, estructuras intelectuales y absurdos por el estilo, como por desdicha ocurre con demasiada frecuencia. Necesitamos reunir hechos sobre la construcción real de la nueva vida, *verificarlos en detalle* y estudiarlos. ¿Existen éxitos *efectivos* en la organización de la nueva economía en las grandes fábricas, en las comunas agrícolas, en los comités de pobres, en los consejos de economía nacional de los diferentes lugares? ¿Qué éxitos son esos? ¿Se ha demostrado que lo son? ¿No se trata de frases hechas, de alabanzas, de promesas de intelectual ("las cosas se arreglan", "el plan está elaborado", "pondremos en acción las fuerzas", "ahora garantizamos", "la mejoría es indudable" y charlatanería similar, en la que "somos" verdaderos maestros)? ¿Con qué se lograron estos éxitos? ¿Cómo ampliarlos?

¿Dónde está la lista negra de los rezagados en las fábricas atrasadas, que después de la nacionalización continúan siendo modelo de desorden, descomposición, suciedad, bandidaje y holgazanería? No existe. Pero *hay* fábricas tales. Y no cumplimos con nuestro deber si no declaramos la *guerra* a estos "conservadores de las tradiciones del capitalismo". No somos comunistas, sino vagabundos, si soporamos en silencio estas fábricas. No somos capaces de llevar a los periódicos la lucha de clases como lo hacía la burguesía. Recuerden cuán magníficamente *acosaba* a sus enemigos de clase, cómo se enseñaba con ellos, cómo los ridiculizaba y les hacía la vida imposible. ¿Qué hacemos nosotros? ¿Acaso la lucha de clases en la época de transición del capitalismo al socialismo no consiste en proteger los intereses de la *clase* obrera de la actividad de esos puñados, grupos, capas de obreros que se aferran a las tradiciones (costumbres) del capitalismo y adoptan ante el poder soviético la misma actitud que antes: trabajar para "él" lo menos y lo peor posible, y obtener de "él" la mayor cantidad de dinero? [...]

La prensa calla al respecto. Y cuando escribe lo hace al estilo de los burócratas y funcionarios, no como debe hacerlo la prensa *revolucionaria*, un órgano de la *dictadura* de una clase, cuya función es demostrar con hechos que la resistencia de los capitalistas y los parásitos que conservan sus costumbres será suprimida con mano de hierro.

Lo mismo ocurre con la guerra. ¿Acosamos acaso a los jefes militares cobardes, a la negligencia? ¿Deshonramos ante Rusia a los regimientos que no sirven para nada? ¿Hemos "encontrado" un número suficiente de los peores elementos, a los cuales habría que eliminar del ejército, haciendo el mayor ruido posible, debido a su

inutilidad, incuria, atraso, etc.? No libramos una guerra efectiva, implacable, verdaderamente revolucionaria *contra* los culpables *concretos* del daño.

Lenin, "Cómo deben ser nuestros periódicos", *ob. cit.*, t. XXVIII, págs. 90-92.

Pensamos que la influencia que un individuo puede ejercer sobre otro es un factor educativo estrecho y limitado.

La colectividad es el objetivo de nuestra educación y hacia ella dirigimos nuestra influencia pedagógica organizada. Por otra parte, tenemos la seguridad de que la forma más realista de trabajar con el individuo es mantenerlo en el seno de la colectividad, de manera tal que llegue a pensar que se halla dentro de ésta por deseo propio y que ella lo alberga voluntariamente.

La colectividad es la educadora del individuo [...] Pero ello no significa que nosotros, los educadores, y en general los dirigentes experimentados de la colectividad, nos mantengamos al margen como observadores. Precisamente, debemos poner a cada instante en movimiento nuestro pensar, experiencia, tacto y voluntad, para analizar las múltiples manifestaciones de deseos y aspiraciones de la colectividad y ayudarla con el consejo, la influencia, la opinión y hasta con nuestra acción. Es un conjunto muy complejo e intenso de esfuerzos laborales.

Pero por mucho que trabajemos, no llegaremos a ser los augures pedagógicos que dictaminan las leyes educativas. Estas leyes emanan de la vida general de la Unión Soviética y, en particular, de la vida de nuestra colectividad; son tan convincentes por su misma esencia, que no hace falta agudizar el ingenio ni perdernos en sutilezas.

De modo que el enfoque pedagógico de la comuna puede, en términos generales, formularse de la siguiente manera: la creación de una colectividad adecuada; la creación de una adecuada influencia de la colectividad sobre el individuo.

A. Makarenko, "Los pedagogos se encogen de hombros", *Obras completas*, t. II, ed. cit., págs. 399-400.

Las mayores exigencias deben formularse en aquellos casos en que el hombre se opone a la colectividad de una manera más o menos

conciente. La exigencia puede no ser tan áspera, cuando la actitud de la persona se debe a su naturaleza, carácter, brusquedad o ignorancia política y ética. En estos casos, todavía podemos contar con la influencia positiva de la experiencia, con una paulatina acumulación de buenos hábitos. Pero, cuando el individuo se opone concontente a la colectividad, negando las necesidades y poder de ésta, tenemos que formular exigencias perentorias, e insistir hasta que reconozca que es necesario someterse a la colectividad.

A. Makarenko, "Disciplina, régimen, castigos y estímulos", *Obras completas*, t. V, ed. cit., págs. 157-158.

La colectividad debe estar organizada en forma que eduque las cualidades reales y verdaderas del individuo, y no las imaginarias. Nuestra obligación es hacerlo así, y comprobaremos entonces que en esas condiciones los métodos individuales actúan con mayor fuerza, belleza y provecho. Porque si no existe la colectividad ni la educación colectiva, con el empleo de métodos individuales nos arriesgamos a educar individuos y nada más.

No los fastidiaré con otros detalles del problema [...] Sólo diré que se trata de problemas extraordinariamente difíciles de resolver, pues se necesitan años para crear buenas cualidades. Es imposible formar el carácter de una persona empleando métodos especiales de acción acelerada.

Sólo es posible formar un carácter mediante una prolongada participación del hombre en la vida de una colectividad organizada con acierto, disciplinada, consecuente y orgullosa.

A. Makarenko, "Mis conceptos pedagógicos", *Obras completas*, t. V, ed. cit., pág. 287.

#### LA EDUCACIÓN EN LOS MEJORES EJEMPLOS Y TRADICIONES

Cada fábrica, cada artel y empresa agraria, cada aldea que pasa a la nueva agricultura por la aplicación de la ley de la socialización de la tierra, es ahora, considerando las bases democráticas del poder

trabajo. La elevada autodisciplina de los trabajadores de cada una de estas comunas, su capacidad para trabajar armónicamente con los dirigentes especialistas, aunque aquéllos fueran de extracción intelectual-burguesa, el logro de resultados prácticos en cuanto a la elevación de la productividad del trabajo, la economía de trabajo humano, evitar el increíble despilfarro de productos de que tanto padecemos en la actualidad: he aquí dónde debe concentrarse el contenido de la mayor parte del material de nuestra prensa soviética. Por este camino podemos y debemos conseguir que la fuerza del ejemplo sea moral en primer lugar, y más tarde el modelo implantado obligatoriamente en la organización del trabajo de la nueva Rusia soviética.

En la sociedad capitalista hubo numerosos ejemplos de organización de comunas de trabajo por parte de personas que tenían la esperanza de convencer pacífica e incruentamente a la humanidad de las ventajas del socialismo y asegurar su implantación. Tal criterio y tales métodos de acción provocan en los marxistas revolucionarios legítima burla, ya que conseguir un cambio más o menos radical en la coyuntura de la esclavitud capitalista, por el camino de los ejemplos aislados, es realmente un sueño por completo vano que en la práctica termina, o bien en empresas sin vida, o en la transformación de tales empresas en asociaciones de pequeños capitalistas.

La costumbre de considerar burlescamente y con menosprecio la significación del ejemplo en la economía nacional de masas todavía se manifiesta, algunas veces, en las personas que no han reflexionado bastante en el cambio radical que se produjo desde que el proletario conquistó el poder político. Ahora que la tierra ha dejado de ser propiedad privada —y sin duda alguna dejará de serlo por completo en el futuro más inmediato (al poder soviético, en su situación actual, no le costará absolutamente ningún trabajo promulgar los correspondientes decretos)—, el ejemplo de una comuna de trabajadores que resuelve mejor las tareas organizativas que cualquier otro medio, adquiere una enorme importancia. Es en este preciso momento cuando debemos ocuparnos de que la gran cantidad de material de valor extraordinario que constituye la experiencia de la nueva organización de la producción puesta ya en algunas ciudades al servicio de determinadas empresas y comunidades campesinas, se convierta en patrimonio de las masas.

Lenin, "Primer borrador del artículo «Las tareas inmediatas del poder soviético»", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 197-198.

La fuerza del ejemplo, que no pudo manifestarse en la sociedad capitalista, adquiere una enorme significación en una sociedad que ha abolido la propiedad privada sobre las tierras y fábricas, no sólo porque aquí un buen ejemplo puede ser seguido, sino porque un excelente modelo organizativo de la producción redundará inevitablemente en beneficio del trabajo y en el aumento del poder adquisitivo para quienes pusieron en práctica esta organización mejor. Y aquí, en relación con el problema de la importancia de la prensa como órgano de reorganización y reducción económica de las masas, debemos referirnos también al problema de su trascendencia en materia de organizar la emulación.

Idem, pág. 199.

Casi no hemos comenzado todavía la labor enorme, difícil, pero al mismo tiempo fecunda, de organizar la emulación entre las comunas, implantar la contabilidad y la publicidad en la producción del trigo, del vestido, etc., convertir los balances burocráticos áridos y sin vida en ejemplos vivos, unas veces repelentes y otras atractivos. Con el modo capitalista de producción, la importancia de un ejemplo aislado, digamos, de un artel de producción, quedaba de un modo infalible limitado en grado extremo, y sólo una fantasía pequeño-burguesa podía soñar con "corregir" el capitalismo mediante la influencia de las instituciones benéficas modelo. Después de pasar el poder político a manos del proletariado, después de la expropiación de los expropiadores, la situación cambia radicalmente y —de acuerdo con las repetidas indicaciones de los más destacados socialistas— la fuerza del ejemplo adquiere por vez primera la posibilidad de ejercer su influencia en vasta escala. Las comunas-modelo deben servir y servirán de ejemplo educador, de enseñanza y estímulo para las comunas atrasadas. La prensa debe ser un instrumento de la construcción del socialismo, difundiendo con todos los detalles los éxitos de las comunas-modelo, analizando las causas de sus éxitos, los métodos de organización de sus economías, exponiendo, por otro lado, en la pícnica pública a las comunas que se obstinan en conservar las "tradiciones del capitalismo", es decir, la anarquía, la holgazanería, el desorden, la especulación.

Lenin, "Las tareas inmediatas del poder soviético", *ob. cit.*, t. XXVII, pág. 256-257.

Fíjense en la burguesía. ¡Cuán admirablemente sabe dar publicidad a lo que a ella le conviene! ¡Cómo, en millones de ejemplares de su prensa, ensalza a las empresas que constituyen un "modelo" en opinión de los capitalistas! ¡Cómo se las arregla para hacer de instituciones burguesas "modelo" un motivo de orgullo nacional! En cambio nuestra prensa no se cuida o apenas se preocupa de describir los mejores comedores colectivos, las mejores casas-cuna; de insistir un día y otro hasta conseguir que algunos de ellos se conviertan en establecimientos modelo, de elogiarlos, de relatar con todos los detalles la economía de esfuerzo humano que representan, las ventajas que supone para los interesados, el ahorro de productos, la emancipación de la mujer de la esclavitud doméstica, los progresos de carácter sanitario, etc., logrados mediante un *trabajo comunista ejemplar* y que es posible hacer extensivos a toda la sociedad, a todos los trabajadores.

Una producción ejemplar, sábados comunistas ejemplares, un cuidado y una honradez ejemplares en la producción y distribución de cada pud de trigo, comedores colectivos ejemplares, aseo ejemplar de una vivienda obrera en determinado barrio; todo ello debe ser, diez veces más que ahora, objeto de preocupación y de cuidado por parte de nuestra prensa y de todas y *cada una* de las organizaciones obreras y campesinas. Son todos brotes de comunismo y cuidarlos es nuestra obligación primordial y común.

Lenin, "Una gran iniciativa", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 422-423.

Utilizamos poco en la *educación de las masas* los ejemplos y modelos vivos, concretos, en todos los aspectos de la vida, y esta es la tarea fundamental de la prensa en la época del tránsito del capitalismo al comunismo. Prestamos poca atención a lo *cotidiano* en la vida interna de las fábricas, en el campo y el ejército, y allí es donde se construye en mayor medida lo nuevo, lo que merece fundamental atención, difusión, que debe ser criticado desde el punto de vista social, combatiendo los defectos y llamando a aprender de los mejores ejemplos.

Menos charlatanería política. Menos razonamiento de intelectual. Aproximarse más a la vida. Prestar más atención a...

y campesina. *Comprobar mejor* hasta qué punto es comunista esta manifestación de lo nuevo.

Lenin, "Cómo deben ser nuestros periódicos", *ob. cit.*, t. XXVIII, pág. 92.

La propaganda de viejo tipo dice con ejemplos lo que es el comunismo. Pero esta vieja propaganda no sirve ya para nada, porque es necesario demostrar en la práctica cómo se construye el socialismo. Toda nuestra propaganda debe estructurarse sobre la experiencia política de la edificación económica. Esa es nuestra tarea principal, y si a alguien se le ocurriera interpretarla en la antigua acepción de la palabra, quedaría rezagado y no podría realizar el trabajo de propaganda entre la masa obrera y campesina. En la actualidad, nuestra principal política debe ser: la construcción económica del Estado, para acumular trigo, producir más carbón, utilizar mejor ese trigo y ese carbón, que no haya más hambrientos: ésta es nuestra política. Y sobre eso debe basarse toda la agitación y propaganda. Hacen falta menos bellos discursos, pues a los trabajadores no se los satisface con palabras. En cuanto la guerra nos permita desplazar el centro de gravedad de la lucha contra la burguesía, contra Wrangel, contra los guardias blancos, nos dedicaremos a la política económica. Y es aquí donde desempeñarán un papel enorme, cada vez mayor, la agitación y la propaganda.

Todo agitador debe ser un dirigente del Estado, el dirigente de todos los campesinos y obreros en la construcción de la economía. Debe indicarles que para ser un comunista es necesario poseer conocimientos, leer tal folleto o tal libro.

Así es como perfeccionaremos la economía y la haremos más sólida, más social, aumentaremos la producción, mejoraremos la situación en lo referente al trigo, repartiremos con mayor equidad los productos elaborados, aumentaremos la extracción de carbón y restableceremos la industria, sin el capitalismo y sin el espíritu capitalista.

¿En qué consiste el comunismo? Toda su propaganda debe encarnarse de tal modo, que culmine en la dirección práctica de la edificación del Estado. El comunismo debe tornarse accesible a las masas obreras, como obra propia. Este trabajo se realiza mal, con miles de errores. No lo ocultamos, pero los propios obreros y campesinos, con nuestra ayuda, con nuestra pequeña y débil colaboración, deben mejorar y corregir nuestro aparato; el comunismo va no es...



nosotros un programa, una teoría, una misión; para nosotros es la construcción concreta de hoy. Y si hemos sufrido en la guerra las más crueles derrotas, éstas nos instruyeron y nos significaron una victoria total. Y también ahora debemos extraer enseñanzas de toda derrota, debemos recordar que es necesario enseñar a los obreros y campesinos con el ejemplo del trabajo ya realizado. Es necesario señalar lo que hay de malo entre nosotros para evitarlo en lo sucesivo.

Con el ejemplo de esta edificación, repitiéndolo una gran cantidad de veces, lograremos transformar a los malos dirigentes comunistas en auténticos constructores, ante todo de nuestra economía nacional. Lograremos todo lo que es necesario, superaremos todos los obstáculos que nos dejó el antiguo régimen y a los que no es posible descartar de un solo golpe. Es necesario reducir a las masas, y sólo la agitación y la propaganda pueden hacerlo; es necesario vincular a las masas a la edificación de toda la vida económica, en primer lugar. Eso debe ser lo principal y fundamental en el trabajo de todo agitador-propagandista, y cuando lo haya asimilado, el éxito del trabajo estará asegurado.

Lenin, "Discurso en la Conferencia de Rusia de las direcciones de enseñanza política adjuntas a las secciones de instrucción pública, 3 de noviembre de 1920", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 358-359.

#### PERSUASIÓN Y COERCIÓN

La dictadura del proletariado tuvo éxito porque supo conjugar la coerción con la persuasión. No teme ejercer la coerción, la expresión dura, decidida, implacable de la coerción estatal, porque la clase de vanguardia, que fue la más oprimida por el capitalismo, tiene derecho de ejercer la coerción, ya que lo hace en nombre de los intereses de todos los trabajadores y explotados, y posee medios de coerción y persuasión de que no disponía ninguna de las clases anteriores, pese a que ellos tenían posibilidades materiales de propaganda y agitación incomparablemente mayores que nosotros.

Cuando nos preguntamos cuál es el balance de nuestra experiencia de tres años (pues en algunas cuestiones básicas es difícil hacer el balance de un año), cuando nos preguntamos cómo se explican en último término nuestras victorias sobre un enemigo mucho más fuerte, tenemos que contestar: se explica por el hecho de que en la

organización del Ejército Rojo fue realizada en forma magnífica la continuidad y firmeza de la dirección proletaria en la alianza de los obreros y el campesinado trabajador, contra todos los explotadores. ¿Cómo pudo ocurrir eso? ¿Por qué la enorme masa campesina lo aceptó de buena gana? Porque estaba convencida, siendo sin partido en su mayoría abrumadora, de que no había salvación si no se apoyaba al poder soviético. Y se convenció de ello, por supuesto, no por los libros ni la propaganda, sino por la experiencia. La convenció la experiencia de la guerra civil y, en particular, la unión de mencheviques y escristas, más emparentados con ciertos rasgos básicos de la pequeña economía campesina. La experiencia de la alianza de estos partidos de los pequeños propietarios con los terratenientes y capitalistas, y también la experiencia de Kolchak y Denikin, convencieron a la masa campesina de que no había término medio posible, de que la recta política soviética era justa, de que la dirección férrea del proletariado era el único camino para salvar al campesino de la explotación y la violencia. Y sólo porque pudimos convencer al campesinado, sólo por eso, tuvo un éxito tan enorme.

Lenin "VIII Congreso de los soviets de Rusia, 22-29 de diciembre de 1920. Informe sobre la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo, 22 de diciembre", *ob. cit.*, t. XXXI, págs. 476-477.

*Actuar por la violencia* [con respecto al campesinado medio. *Ed*], significa echarlo todo a perder. Lo que hace falta es un largo trabajo educativo. Hay que presentarle al campesino, que es en todas partes, y no sólo en nuestro país, un hombre práctico y realista, ejemplos y pruebas concretos de que el "comunismo" (la "comuna", como ellos lo llaman) es lo mejor de todo. Porque no llegaremos a nada bueno si aparecen de pronto en el campo personas que vienen a toda prisa desde la ciudad para parlotear, provocar algunas disputas intelectuales, o incluso nada intelectuales, y se marchan disgustadas, enemistadas con todo el mundo. Casos de estos suelen ocurrir. En vez de inspirar respeto, inducen a risa, y con toda razón.

A este propósito, debemos decir que estimulamos la formación de comunas, pero que éstas deben plantearse de modo tal, *que conquisten la confianza de los campesinos*. Y hasta ahora tenemos que aprender de los campesinos, y no enseñarles. No hay nada más necio que el que personas que no saben nada de agricultura ni de sus

peculiaridades, que sólo han ido a vivir a la aldea porque han oído hablar de las ventajas de la economía colectiva, porque se cansaron de la vida en la ciudad y desean trabajar en el campo; que tales personas se consideren maestros de los campesinos. *No hay nada más necio que la idea de emplear la violencia con respecto a las relaciones económicas del campesinado medio.*

La tarea aquí no consiste en expropiar al campesinado medio, sino en tener en cuenta las condiciones especiales de vida de los campesinos, en aprender de éstos cómo pasar a un régimen mejor, y *no atreverse a mandar.* He ahí la regla que nos hemos trazado.

Lenin, "VIII Congreso del PC (b) R, 18-23 de marzo de 1919, Informe sobre el trabajo en el campo, 23 de marzo", *ob. cit.*, t. XXIX, págs. 204-205.

Una vez que se dice que hay que conseguir un acuerdo voluntario, se sobrentiende que es necesario convencer al campesino, y convencerlo, además, en la práctica. No se dejará convencer con palabras, y hará muy bien. No haría bien en dejarse convencer con la simple lectura de decretos y hojas de agitación. Si tan fácil fuera reorganizar la vida económica, esta reorganización no valdría un bledo. Hay que empezar por demostrar que la agrupación es el mejor camino, agrupar, unir a la gente de modo tal que realmente se una y no se separe, demostrarle que esto es lo beneficioso. Así se plantea el problema del campesinado y así lo formulan también nuestros decretos. Y si hasta ahora no hemos sido capaces de lograrlo no hay en ello nada que deba avergonzarnos, y tenemos que reconocerlo abiertamente.

Idem, pág. 206.

Ahora tenemos que resolver el problema de aprovechar a los especialistas burgueses. Y aquí, repito, la violencia por sí sola no basta. ¡Aquí, además de la violencia, después de haber triunfado con ésta es preciso aplicar el sentido de organización, la disciplina y el peso moral del proletariado triunfante, subordinando e incorporando a su trabajo a todos los especialistas burgueses!

Dicen que ahí...

la influencia moral! Sería estúpido creer que la violencia por sí sola puede resolver el problema de organizar la nueva ciencia y la nueva técnica para construir la sociedad comunista. ¡Absurdo! Nosotros, como partido y como hombres que aprendimos algo durante el año que llevamos de labor soviética, no caeremos en este absurdo e impediremos que las masas caigan en él. La utilización de todo el aparato de la sociedad burguesa, capitalista, no sólo requiere la violencia victoriosa, sino, sobre todo, sentido de organización y disciplina fraternal entre las masas. Además, es necesario organizar la acción del proletariado sobre el resto de la población, crear una nueva situación de masas, en la que el especialista burgués se convenza de que no tiene salida, de que no puede retornar a la antigua sociedad burguesa y de que sólo puede ejercer su especialidad con los comunistas que están a su lado, dirigen a las masas, disfrutan de la absoluta confianza de las mismas y luchan para que los frutos de la ciencia y la técnica burguesas, del desarrollo milenari de la civilización, no sirvan únicamente a un puñado de personas que se valen de ellos para destacarse y enriquecerse, sino a todos los trabajadores sin excepción.

¡Problema extraordinariamente difícil, cuya solución integral requiere decenas de años!

Lenin, "Éxitos y dificultades del poder soviético", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 66.

#### *Importancia educativa del tribunal soviético*

Este nuevo tribunal era necesario, ante todo, para combatir a los explotadores que intentaban restablecer su dominio, o defender sus privilegios, o introducirse de contrabando para lograr por medio de engaños una partícula de sus privilegios. Pero si estos tribunales están realmente organizados sobre el principio de las instituciones soviéticas, les corresponde además otra tarea de mayor importancia todavía. Es la tarea de asegurar la aplicación de la más estricta disciplina y autodisciplina de los trabajadores. Seríamos unos utopistas ridículos si nos hubiéramos imaginado que semejante tarea era posible realizarla al día siguiente de la caída del poder de la burguesía, es decir, en la primera etapa de transición del capitalismo al socialismo, o bien que se pudiera realizar sin coerción. Es absolutamente imposible realizarla sin recurrir a la coerción. Necesitamos el Estado y

de aplicar esta coerción deben ser los tribunales soviéticos. Y a ellos les corresponde la enorme tarea de educar a la población en la disciplina del trabajo. Es muy poco, o casi nada, lo que hemos hecho para lograr esta finalidad. Debemos organizar estos tribunales en la más vasta escala, extendiendo su actividad a toda la vida laboral del país. Únicamente tribunales semejantes, con tal de que participen en ellos las más grandes masas de la población trabajadora y explotada, podrán lograr, de manera democrática, de acuerdo con los principios del poder soviético, que las aspiraciones de alcanzar la disciplina y autodisciplina no sigan siendo vanas aspiraciones.

Lenin, "Primer borrador del artículo «Las tareas inmediatas del poder soviético»", *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 212-213.

A este respecto, después del 25 de octubre de 1917 las masas revolucionarias emprendieron el camino justo y demostraron la vitalidad de la revolución, comenzando a organizar sus propios tribunales obreros y campesinos, sin esperar la aparición de los decretos referentes a la disolución del aparato judicial burocrático-burgués. Pero nuestros tribunales revolucionarios y populares son tribunales extraordinaria, increíblemente débiles. Se deja sentir el hecho de que aún no ha sido del todo liquidado el concepto que tiene el pueblo de los tribunales como de algo oficial y que le es ajeno, concepto heredado de la época del yugo de los terratenientes y de la burguesía. Todavía no se comprende en grado suficiente que el tribunal es un órgano llamado a atraer precisamente a los pobres en su totalidad al gobierno del Estado (ya que la actividad judicial es una de las funciones de gobierno del Estado), de que el tribunal es un *órgano de poder* del proletariado y de los campesinos pobres, de que es un instrumento *para educar e inculcar la disciplina*.

Lenin, "Las tareas inmediatas del poder soviético" *ob. cit.*, t. XXVII, págs. 261-262.

Es preciso proceder con habilidad y prudencia, con conciencia de clase, velar meticulosamente para descubrir el menor desorden, la menor desviación del concienzudo acatamiento a las leyes soviéticas. Los terratenientes y capitalistas, no sólo son fuertes por sus conoci-

mientos y su experiencia, y por la ayuda que reciben de los más ricos países del mundo, sino también por la fuerza de los hábitos y la ignorancia de las grandes masas, a quienes les gustaría seguir viviendo a la manera "tradicional" y que no comprenden la necesidad de acatar estricta y escrupulosamente las leyes del poder soviético.

La más leve infracción de la legalidad y del orden soviético es una *brecha* de la que inmediatamente se aprovechan los enemigos de los trabajadores [...]

Lenin, "Carta a los obreros y campesinos con motivo de la victoria sobre Kolchak", *ob. cit.*, t. XXIX, pág. 548.

#### DIVULGACIÓN DE LA MORAL COMUNISTA COMO MEDIO EDUCATIVO. TRANSFORMACIÓN DE LAS NORMAS MORALES EN HÁBITOS

Mi práctica pedagógica me ha llevado a la conclusión de que también nosotros tenemos necesidad de exponer una teoría de la moral. Esta materia no existe en nuestras actuales escuelas. Existen, sí, la colectividad de educadores, los organizadores del komsomol y los guías de pioneros que, si quisieran, podrían enseñar a los alumnos la teoría de la moral, la teoría de la conducta.

Estoy seguro de que llegaremos a ello en el futuro desarrollo de nuestra escuela. Durante mi práctica, me vi obligado a ofrecer a mis alumnos la teoría moral en forma de programa, pues no tenía derecho de introducir la moral como materia; utilizaba un programa que había redactado personalmente y lo exponía a mis educandos con cualquier motivo en las asambleas generales.

Incluso, llegué a preparar resúmenes de conversaciones sobre moral de tipo teórico; tuve tiempo para ir perfeccionando algo mi trabajo y pude observar los excelentes resultados que proporcionaba mi teoría. Desde luego, eran resultados incomparablemente mejores que los obtenidos en la vieja escuela a cargo de algún pope, por ilustrado que fuera [...]

Podemos desarrollar una teoría de la honestidad, una teoría sobre el comportamiento con las cosas ajenas, propias y del Estado; y la podemos desarrollar con gran convicción, lógica rigurosa y poder de persuasión, de manera que nuestra teoría concreta de oposición al robo sea, por su vigor persuasivo, infinitamente superior a las viejas

disquisiciones, a la vieja lógica, según la cual no debíamos robar porque Dios nos castigaría. Era un argumento poco convincente, que no ponía freno al robo, aunque hiciese vacilar nuestro pensamiento acerca de él.

La discreción, el respeto por la mujer, el niño y el anciano, el respeto por sí mismo, en fin, toda la teoría sobre aquellos actos que están relacionados con la sociedad entera o con la colectividad puede ser ofrecida a nuestros alumnos en una forma sumamente convincente y vigorosa.

Considero que la teoría de la conducta soviética tiene a su alcance tal cantidad de ejemplos que puede tomar de nuestra vida pública y de nuestra práctica social, de la historia de nuestra guerra civil y de la lucha soviética y, especialmente, de la historia del partido comunista, como para constituirse en una hermosa materia de enseñanza, fácil y persuasiva para el alumnado.

Y afirmo que la colectividad ante la cual se exponga esta teoría de la moral, la asimilará, y los diferentes alumnos y educandos que la reciban extraerán de ella fórmulas y reglas morales obligatorias para uso personal.

Recuerdo cómo, con qué rapidez y alegría renacía mi colectividad, luego de una sola conversación sobre un tema moral, cómo se operaba en ella todo un saneamiento filosófico cuando las conversaciones se realizaban en serie, en forma de ciclo.

A. Makarenko, "Disciplina, régimen, castigos y estímulos", *Obras completas*, t. V, ed. cit., págs. 136-137.

Nuestra tarea consiste no sólo en educar una actitud correcta y racional frente a los problemas de conducta, sino en educar también hábitos correctos, es decir, que no sólo actuemos en forma debida porque nos detuvimos previamente a meditarlo, sino porque actuar correctamente es ya costumbre en nosotros y no podemos hacerlo de otra manera. Esta educación de la costumbre es una labor mucho más difícil que la educación de la conciencia.

Durante mi trabajo de educar caracteres, formar la conciencia me resultaba fácil, pues a pesar de todo el hombre comprende, sabe cómo se debe actuar. Pero cuando tiene que actuar, lo hace de otra manera, especialmente si ejecuta el acto sin testigos. El acto efectuado sin testigos es la manera de verificar exactamente la conciencia de la

oye y lo controla? Mucho he trabajado en el problema, y he llegado a la conclusión de que era fácil enseñar a un hombre a comportarse correctamente en mi presencia o en la de la colectividad; pero enseñarle a actuar con la misma corrección cuando nadie lo veía, lo oía, cuando todos ignoraban el hecho, resultaba muy difícil.

En varias ocasiones tuve la oportunidad de observar el comportamiento de mis alumnos en el tranvía. He aquí una escena. El muchacho de mi comuna ocupaba un asiento. No me veía. Subió un hombre; mi comunero se levantó lentamente, con cuidado, para que nadie lo advirtiera y cedió su asiento al nuevo pasajero. Nadie se dio cuenta de ello. Aquí tenemos un acto sano y hermoso, camaradas. Realizar algo por una idea, por un principio, es difícil; aprender a hacerlo es difícil, y difícil es enseñarlo. Por ejemplo, camina usted a orillas de un río, ve a una niña que se está ahogando, se arroja al agua y salva a la niña, luego se va. De haber tres o cuatro espectadores que lo aplaudieran, ¿qué ocurriría? Nada, no significaría nada. Pero a usted le agradaría. ¿Recuerda el caso ocurrido en un incendio en Moscú? Un joven que pasaba por el lugar vio a una muchacha en la ventana de un cuarto piso, se introdujo en el edificio y consiguió sacarla, para desaparecer en seguida. Nadie pudo hallarlo. Este es un acto ideal. Un acto realizado por una idea justa.

Tuve que trabajar con este problema en los casos más distintos. Por ejemplo, acostumbáramos a encerar los pisos diariamente. Perfecto. El piso estaba encerado y la sala resplandecía, pero alguien pasaba por allí con sus zapatos embarrados. Era un caso sin importancia; sin embargo, puedo asegurarles que ni un robo ni otra bribonada parecida me hacían rabiar tanto como el barro de esas pisadas. ¿Por qué lo había hecho? Porque nadie lo veía. Quizá se tratara del mejor de mis comuneros, de un magnífico alumno, el primero entre todos, de esos que exigen de los demás la conducta más perfecta. Y, sin embargo, porque estaba solo, sin testigos, le pareció bien burlarse del trabajo de sus compañeros, del confort, la limpieza y la belleza de su propia casa... Así se manifiesta la contradicción entre la conciencia de cómo debemos comportarnos y el habitual comportamiento. Entre ambos existe una pequeña fisura que es preciso cerrar mediante la experiencia. Precisamente era de esta costumbre de actuar correctamente de lo que hablaba muchas veces el camarada Lenin.

A. Makarenko, "La educación y la conducta comunistas", *Obras completas*, t. V, ed. cit., págs. 445-446.

Lo más trascendental que tenemos por delante es acumular tradiciones de comportamiento comunista. Se abusa a veces de la palabra "conciente". Nuestra conducta debe ser el comportamiento conciente del hombre de la sociedad sin clases, pero ello no significa, ni mucho menos, que debamos siempre apelar a la conciencia ante un problema de comportamiento. Sería una carga demasiado ruinoso para la conciencia. La verdadera y más amplia norma ética solamente se torna efectiva cuando su etapa "conciente" se ha transformado en etapa de la experiencia general, en tradición y costumbre, cuando la norma comienza a actuar rápida y exactamente, con el apoyo de la opinión y el gusto públicos. Lenin habla de ello en *El Estado y la revolución*.

"[...] el escapar a este registro y a este control realizado por la voluntad del pueblo será, sin remisión, algo tan inaudito y difícil, una excepción tan rara, y suscitará probablemente una sanción tan rápida y severa [...] que la necesidad de observar las reglas nada complicadas y fundamentales de toda convivencia humana, se convertirá muy pronto en una *costumbre*".\*

A. Makarenko, "Sobre la ética comunista", *Obras completas*, t. V, ed. cit., págs. 435-436.

#### EL PAPEL DE LA LITERATURA Y EL ARTE EN LA EDUCACIÓN DE LA MORAL COMUNISTA

En contraposición a los hábitos burgueses, en contraposición a la prensa burguesa empresaria, mercantilista, en contraposición a la literatura burguesa advenediza e individualista, al "anarquismo señorial" y a la carrera tras el lucro, el proletariado socialdemócrata debe afirmar, realizar y desarrollar, de la forma más amplia y completa posible el principio de la *literatura de partido*.

¿En qué consiste, pues, este principio de la literatura de partido? No sólo en que para el proletariado socialdemócrata el quehacer literario no es un instrumento de lucro para personas o grupos, sino en que, generalmente, no puede ser una labor individual, independiente de la causa del proletariado. ¡Abajo los literatos sin partido! ¡Fuera los superhombres de la literatura! La labor literaria debe ser parte de la labor general del proletariado, debe ser la "ruedita y el tornillito"

\* Lenin, *ob. cit.*, t. XXV, pág. 468.

de un único y grandioso mecanismo socialdemócrata puesto en movimiento por el conjunto de la vanguardia conciente de toda la clase obrera. La labor literaria debe transformarse en una parte integrante de un trabajo partidista socialdemócrata organizado, planificado, cohesionado.

"Toda comparación cojea", dice un proverbio alemán. Por lo tanto también cojea mi comparación entre la literatura y el tornillito, entre un movimiento vivo y un mecanismo. Habrá sin duda inclusive algunos intelectuales histéricos que pondrán el grito en el cielo ante semejante comparación que rebaja, esteriliza, "burocratiza" la libre lucha ideológica, la libertad de crítica, la libre creación literaria, etc., etc. En el fondo, tales gritos no serían más que la expresión del individualismo intelectual burgués. Está fuera de discusión que la labor literaria es la que menos se presta a una comparación mecánica, a la nivelación, al dominio de la mayoría sobre la minoría. Está fuera de discusión el hecho de que es absolutamente necesario asegurar el mayor campo posible a la iniciativa personal, a las inclinaciones individuales, una mayor amplitud al pensamiento y a la fantasía, a la forma y al contenido. Todo esto es indiscutible, pero todo esto sólo muestra que el aspecto literario de la labor del partido del proletariado no puede ser mecánicamente identificado con otros aspectos de la labor partidista del proletariado. Todo esto en modo alguno refuta la tesis —tesis extraña y ajena a la burguesía y a la democracia burguesa— de que la labor literaria debe ser necesaria y obligatoriamente una parte ligada de manera indisoluble a las demás partes del trabajo del partido socialdemócrata. Los periódicos deben ser órganos de las distintas organizaciones del partido. Los literatos deben indefectiblemente formar parte de las organizaciones del partido. Las editoriales y los depósitos, las librerías y salas de lectura, las bibliotecas y las diversas formas de comercio de libros, todo eso debe ser del partido, debe estar contabilizado. El proletariado socialista organizado debe vigilar y controlar toda esta labor, y aportar a toda ella especialmente la corriente vivificante de la acción proletaria viva, quitando de ese modo fundamento al tradicional principio ruso, *semioblomovista*\*, semimercantilista: la función del escritor es escribir, la del lector leer.

No vamos a sostener, naturalmente, que esta transformación de la labor partidista, mancillada por la censura asiática y por la burguesía

\* *Oblómov*: Personaje de una novela de Goncharov que encarna la pereza, la rutina, la aspiración a una vida tranquila y sin sobresaltos. (Ed.)

Europea, pueda producirse de golpe. Lejos de nosotros la idea de predicar algo así como un sistema único o de querer resolver el problema con algunas reglamentaciones. No, en este campo lo que menos cabe es el esquematismo. De lo que se trata, es de que todo nuestro partido, el proletariado socialdemócrata conciente de toda Rusia, adquiera conciencia de este nuevo problema, lo plantee con toda claridad y se disponga en todas partes y en cada lugar a darle solución. Liberados del cautiverio de la censura feudal, no queremos caer, y no caeremos, en el cautiverio de las relaciones burguesas mercantiles en el campo de la literatura. Queremos crear, y la crearemos, una prensa libre, no sólo en el sentido policial, sino también libre del yugo del capital, exenta de arribismo; más aun, liberada del individualismo anárquico burgués.

Estas últimas palabras podrán parecer una paradoja o una burla al lector. ¿Cómo?! — exclamará probablemente algún intelectual, fogoso partidario de la libertad. ¿Cómo queréis someter al criterio colectivo un asunto tan delicado, tan individual, como lo es la creación literaria?! ¿Queréis que los obreros, por simple mayoría de votos, decidan los problemas de la ciencia, de la filosofía, de la estética?! ¿Negáis la libertad absoluta de algo tan absolutamente individual como la creación ideológica?!

—¡Tranquilizaos, señores! En primer lugar, se trata de la literatura de partido y de su sometimiento al control del partido. Cada cual es libre de escribir y de decir todo aquello que le plazca sin la menor limitación. Pero toda asociación libre (inclusive el partido) es libre de expulsar de sus filas a todo aquel que, aprovechándose del nombre del partido, propaga puntos de vista antipartidistas. La libertad de palabra y de prensa debe ser completa. Pero también la libertad de las asociaciones debe ser completa. En nombre de la libertad de palabra, yo estoy obligado a concederte pleno derecho para gritar, mentir y escribir lo que te plazca. Pero en nombre de la libertad de las asociaciones, tú estás obligado a concederme el derecho de concertar o anular la alianza con personas que dicen tal y tal cosa. El partido es una asociación voluntaria que inevitablemente se disgregaría primero ideológica y después materialmente, si no se desprendiera de los miembros que predicán puntos de vista antipartidistas. Y para determinar el límite entre lo partidista y lo antipartidista, sirve el programa del partido, sirven las resoluciones tácticas del partido y sus estatutos; sirve, finalmente, toda la experiencia de la socialdemocracia internacional, las asociaciones voluntarias internacionales del proletariado, el que cons-

tantemente incorpora en sus partidos a elementos aislados y corrientes no del todo consecuentes, no del todo puros desde el punto de vista marxista, no del todo justos; pero que también periódicamente, procede siempre a "depurar" a sus partidos. Así se hará también entre nosotros, *dentro* del partido, señores partidarios de la "libertad de crítica" burguesa. En estos momentos nuestro partido se transforma de golpe en un partido de masas, en estos momentos estamos pasando bruscamente hacia la organización legal, en estos momentos, inevitablemente, se incorporarán a nuestras filas muchos hombres no consecuentes (desde el punto de vista marxista), quizás algunos cristianos, quizá también algunos místicos. Nosotros tenemos el estómago fuerte, somos marxistas con firmeza de roca. Seremos capaces de digerir a esos hombres no consecuentes. La libertad de pensamiento y la libertad de crítica dentro del partido no nos obligarán a olvidar jamás la libertad de agrupación de los hombres en asociaciones libres llamadas partidos.

En segundo lugar, señores individualistas burgueses, vuestros discursos acerca de la libertad absoluta no son más que pura hipocresía, y debemos decíroslo. En una sociedad basada sobre el poder del dinero, en una sociedad donde las masas trabajadoras padecen miseria y donde un puñado de ricachones vive parasitariamente, no puede haber "libertad" real y verdadera. ¿Sois libres de vuestro editor burgués, señores escritores, o de vuestro público burgués que os exige pornografía en el cuadro y en el marco; prostitución bajo el aspecto de "complemento" al "sagrado" arte escénico? Porque esa libertad absoluta no es más que una frase burguesa o anarquista (puesto que como concepción del mundo el anarquismo es el espíritu burgués vuelto del revés). Vivir en una sociedad y no depender de ella es imposible. La libertad del escritor burgués, del pintor, de la actriz, es sólo una dependencia enmascarada (o que se trata hipócritamente de enmascarar) de la bolsa de dinero, un soborno, una forma de prostitución.

Nosotros, los socialistas, denunciaremos esta hipocresía, arrancamos los falsos rótulos, no para obtener una literatura y un arte al margen de las clases (esto sólo será posible en la sociedad socialista sin clases) sino para oponer a esa literatura hipócritamente libre, pero que de hecho está ligada a la burguesía, una literatura verdaderamente libre, abiertamente ligada al proletariado.

Será una literatura verdaderamente libre, porque no ha de ser el interés material ni el deseo de hacer carrera, sino la idea del socialismo y la simpatía hacia los trabajadores las que atraerán nuevas y nuevas fuerzas a sus filas. Será una literatura libre porque no estará

al servicio de una heroína ahíta, ni de los "diez mil de arriba" que sufren de aburrimento y de exceso de gordura, sino al servicio de millones y millones de trabajadores que son los que constituyen la flor de la nación, su fuerza, su futuro.

Lenin, "La organización del partido y la literatura del partido", *ob. cit.*, t. X, págs. 38-42.

La literatura rusa del siglo XVIII produjo los primeros brotes de la moral revolucionaria, debido en parte a la influencia de los enciclopedistas franceses. El representante más destacado de esta literatura —Radíschev— realiza una crítica demoledora del régimen de la servidumbre en su obra *Viaje de Petersburgo a Moscú*. Al describir con brillantes colores el bochornoso cuadro de la vida feudal (la venta de familias campesinas al por mayor y al por menor, las leyes, el escarnio y las violencias que los señores ejercían contra sus esclavos), Radíschev estigmatizaba lleno de indignación el régimen de la servidumbre, su crueldad, y afirmaba la legitimidad de cualquier acción de los campesinos en defensa de su derecho de llamarse hombres. Al invitar a sus contemporáneos a la sensatez, decía:

"Hasta hoy nuestros labriegos siguen siendo esclavos; no los reconocemos como conciudadanos iguales a nosotros, nos hemos olvidado de que son hombres. ¡Oh, amados conciudadanos! ¡Oh, hijos genuinos de nuestra patria! ¡Mirad en torno vuestro y reconoced vuestro error! [...] ¿Pero quién de nosotros lleva cadenas, quién soporta el peso de la esclavitud? ¡El labriego! El que alimenta nuestra magrura y sacia nuestro hambre; el que nos da la salud y mantiene nuestra vida, sin poder disponer de lo que cultiva ni de lo que produce..."

"¿Puede llamarse bienaventurado un Estado en el que las dos terceras partes de los ciudadanos están privados de condición social y que en cierta medida no existen para la ley? ¿Puede llamarse bienaventurada la situación social del campesino de Rusia? Sólo un vampiro insaciable dirá que es un bienaventurado, porque no tiene noción alguna de una situación mejor [...]"

"Llamemos bienaventurado a un país donde cien altivos ciudadanos nadan en la opulencia, mientras millares no tienen asegurado el

pan y carecen de un techo que los proteja del calor y del frío. ¡Y malditos sean esos países pródigos! [...]"\*

Las ideas de Radíschev sobre la educación pueden considerarse progresistas hasta hoy.

La moral abarca una amplia escala de sentimientos, y, para revelarlos a la sociedad, necesita un lenguaje rico. Lomonósov, el gran sabio ruso, trabajó mucho en la creación del idioma, lo que contribuyó a que la sociedad rusa asimilara las nuevas ideas de su tiempo.

"El idioma —decía Lomonósov— mediante el cual el Estado ruso ejerce su mando en una gran parte del mundo, posee, en virtud de ese poderío, una riqueza, una hermosura y un vigor naturales, que no ceden ante ningún idioma europeo."

En el idioma ruso, Lomonósov veía "el esplendor del español, la viveza del francés, el vigor del alemán, la ternura del italiano y, además, la riqueza y el laconismo lleno de imágenes del griego y del latín".

Las bellas letras de la primera mitad del siglo XIX han dado un poderoso impulso al desarrollo del pensamiento político de la sociedad rusa y le han permitido conocer mejor a su pueblo.

Belinski, Chernishevski, Dobroliúbov y Nekrásov dieron un gran impulso al desarrollo y a la profundización de la moral revolucionaria, que ya se había extendido a masas más considerables de la sociedad de entonces. Esos autores despertaban la conciencia humana, obligaban a la gente a meditar sobre la vida y sobre lo que se podía hacer de útil en ella. Dudo de que hubiese alguien en la historia de la literatura y del periodismo rusos que ejerciese tanto dominio sobre el pensamiento de la gente y elevase tan eficazmente su conciencia cívica, moviendo a la lucha contra la autocracia, en favor de la revolución democrática, como Belinski, Chernishevski y Dobroliúbov, cuyas vidas consagradas por entero al desarrollo de la democracia rusa, estaban nimbadas, a los ojos de la sociedad progresista, de una aureola de elevada moral.

Belinski decía:

"Es imposible no amar a la patria [...] es preciso, únicamente, que este amor no sea una conformidad inerte con lo que existe, sino un vivo afán de perfección; en una palabra, el amor a la patria debe ser al mismo tiempo amor a la humanidad [...] El amor a la patria

\* A. Radíschev, *Obras completas*, t. I, ed. rusa, 1938, págs. 313-317.

es el deseo ardiente de ver en ella la realización del ideal humano y contribuir a ello en la medida de nuestras fuerzas."

Con sus obras, Nekrásov despertaba en todo hombre honrado el odio a los esclavistas, el amor al pueblo, y llamaba a la lucha:

Marcha al combate por el honor de la patria.  
Por tus convicciones, por tus amores...  
Marcha y muere con la conciencia limpia.  
No será en vano... Es firme la causa  
Cuyos cimientos son regados con sangre.

El grito salido del fondo de su alma: "puedes no ser poeta, pero ser ciudadano es tu deber", despertaba espontáneamente en amplios círculos de la sociedad rusa los más elevados sentimientos cívicos, la conciencia de la responsabilidad moral ante el país, ante su pueblo.

M. Kalinin, *Sobre la educación comunista*, ed. cit., págs. 255-257.

He señalado las fuentes que han dado origen al desarrollo de la moral soviética. Estas fuentes se remontan al pasado lejano de nuestra historia; incumbe descubrirlas a los investigadores del desarrollo espiritual del pueblo ruso y de los demás pueblos que habitan la Unión Soviética. Me he referido a un número muy reducido de personalidades que han contribuido a la introducción y desarrollo de las mejores cualidades morales en la sociedad rusa.

Como ya he dicho, nuestra moral ha sido cultivada y predicada por los mejores hijos del pueblo. En este aspecto hay que hacer justicia a la intelectualidad progresista rusa, a la literatura y el arte rusos, que durante siglos lucharon abnegadamente contra las fuerzas negras del zarismo, contra la crueldad de los explotadores, contra la ignorancia del pueblo. La literatura rusa ha ennoblecido al hombre, ha obligado a todo el mundo a reconocer su elevado espíritu moral, que ha florecido particularmente y penetrado en la masa del pueblo con el régimen soviético. El régimen soviético socialista ha servido de base al desarrollo de nuestra moral comunista, y no podía ser de otro modo.

Idem, pág. 289.

### SOBRE LAS TAREAS DE LA PROPAGANDA PARTIDARIA EN LAS CONDICIONES ACTUALES

*Resolución del Comité Central del PCUS, del  
9 de enero de 1960 (extracto)*

En este período de amplia construcción de la sociedad comunista que se realiza en el país, la labor ideológica del partido, en especial su parte decisiva, la propaganda, adquiere una extraordinaria importancia. Llegar a asimilar la concepción comunista, aprender los fundamentos del marxismo-leninismo y comprender en profundidad la política partidaria, se ha vuelto una necesidad vital para cada hombre soviético, en virtud de lo siguiente:

*Primero:* La exitosa realización del programa de construcción comunista, la creación de la base técnico-material del comunismo, el ulterior afianzamiento de la potencia económica de la URSS y el logro de una abundancia de bienes materiales, dependen directamente de la elevación del nivel de conciencia de los trabajadores.

*Segundo:* A medida que prosigue el desarrollo de la democracia socialista y que el Estado socialista se transforma paulatinamente en autogestión social comunista, la educación de las masas se va convirtiendo, cada vez en mayor grado, en el principal método para regular la actividad práctica de la sociedad soviética.

*Tercero:* Una de las tareas prácticas fundamentales de la hora actual consiste en formar al hombre nuevo, con rasgos de carácter, hábitos y moral comunistas, como asimismo en liquidar los resabios del capitalismo en la conciencia de la gente.

*Cuarto:* La coexistencia pacífica entre Estados de diferente estructura social no debilita la lucha ideológica. Nuestro partido ha librado y seguirá librando una lucha sin cuartel por la ideología comunista, la más progresista y auténticamente científica de las ideologías modernas [...]

1. [...] la propaganda comunista tiene como tarea principal brindar una amplia y multifacética explicación de las ideas marxista-leninistas, y señalar con cuánto éxito se ponen en práctica en el curso de la lucha partidaria por la victoria del socialismo y el comunismo en nuestro país; enseñar a utilizar en la actividad práctica y a desarrollar de manera creadora la riqueza teórica acumulada por el partido; llevar a los trabajadores a la lucha por la realización de la política



*partidaria; educar a firmes y activos combatientes por la causa del comunismo.*

La lucha por una inflexible aplicación del principio "quien no trabaja, no come" a aquel que rehúse participar del trabajo socialmente útil; la educación de una conducta comunista y el desarrollo de estímulos morales respecto del trabajo, tienen que ocupar el primer lugar en la labor ideológica. Es indispensable que el hombre soviético comprenda con hondura la enorme significación histórico-social de su actividad cotidiana, que vea en ésta la condición determinante del afianzamiento de la potencia de la patria, del logro de abundantes bienes materiales y culturales, y del triunfo total del comunismo.

La eficacia de la propaganda partidaria se pone de manifiesto, en primer lugar, en los resultados concretos de la producción. Debemos procurar que la propaganda encierre menos fraseología política y más incitación a la lucha concreta para acelerar el ritmo de la construcción comunista. La propaganda oral e impresa debe movilizar a las masas para que realicen con éxito el plan septenal y el programa íntegro de construcción del comunismo en la URSS, elevar la productividad del trabajo y el progreso técnico en la economía nacional, descubrir nuevas reservas e introducir las mejores experiencias, economizar y cuidar los medios y valores del Estado, combatir las manifestaciones de rutina y de espíritu conservador, y educar en la intolerancia para con los defectos.

La propaganda partidaria debe mostrar con elocuentes ejemplos concretos las ventajas del régimen socialista y de la ideología marxista-leninista; señalar admirables casos de trabajo y vida comunista, y hacer de los integrantes de la sociedad comunista hombres ideológicamente convencidos y de cultura polifacética. Es necesario educar a los trabajadores en el espíritu de fe inquebrantable en la causa del partido y el pueblo, del colectivismo y el amor al trabajo, del internacionalismo proletario y el patriotismo soviético, de los elevados principios morales de la nueva sociedad. Es necesario luchar implacablemente contra los casos aislados de apoliticismo, nacionalismo y cosmopolitismo que aún se manifiestan en nuestra vida soviética, así como contra los resabios del pasado: actitud negligente respecto del trabajo y el deber social, robo de la propiedad social, burocratismo, soborno, especulación, obsequiosidad, alcoholismo o golfería, manifestaciones que son ajenas a nuestro régimen.

Es indispensable librar una ofensiva contra el enemigo del marxismo-leninismo, la ideología burguesa y sus predicadores socialistas

de derecha y revisionistas, y elevar constantemente la vigilancia política del pueblo soviético.

En las condiciones actuales es de enorme importancia esclarecer con hondura la política exterior pacifista de la Unión Soviética. Con ejemplos concretos, tomados de la lucha por realizar los principios leninistas de coexistencia pacífica, la propaganda partidaria está llamada a educar a los trabajadores en el espíritu de orgullo por su gran patria, que marcha a la cabeza de las fuerzas de la paz y el progreso, y a formar en todo hombre soviético la ardiente aspiración de afianzar con su trabajo abnegado el poderío de la Unión Soviética y de todo el campo socialista, de participar activamente en la gran tarea de la emulación entre el socialismo y el capitalismo, de contribuir con todos los medios a su alcance a consolidar la obra de la paz en el mundo ontero. Es necesario seguir desenmascarando resueltamente a los imperialistas partidarios de la continuación de la guerra fría, a todos aquellos que procuran mantener y agudizar la tensión internacional y la carrera armamentista.

El estudio exhaustivo y el amplio esclarecimiento de las obras clásicas del marxismo-leninismo, de los problemas teóricos y tareas prácticas, formulados en las resoluciones del XX y el XXI congresos del partido, en las sesiones plenarias del Comité Central del PCUS, en las intervenciones de los dirigentes partidarios y gubernamentales, y en los más importantes documentos del movimiento comunista internacional, así como el estudio de la historia del PCUS, de la economía política y de la filosofía marxista, deben constituir el contenido básico de la propaganda partidaria.

En las condiciones actuales, cuando la teoría marxista-leninista está fundida con la práctica de la construcción comunista, cuando la solución de los problemas prácticos de la construcción comunista es al mismo tiempo la solución de importantes problemas teóricos, resulta indispensable que la realidad sea estudiada a fondo y que la práctica de la construcción comunista sea resumida en fórmulas generales, y, en base a ello, se estudie el marxismo-leninismo y se desarrolle y difunda nuestra teoría revolucionaria.

2. El CC del PCUS subraya que *los resultados de la propaganda partidaria, su efectividad y papel educativo serán tanto mayores, cuanto más estrecho sea el nexo que la vincule con la creación y la vida del pueblo y con la práctica de la construcción del comunismo.* Es necesario desterrar para siempre el falso concepto de que es suficiente exponer ante los oyentes un resumen de los conocimientos generales,

reforzado con algunas citas, para cumplir la función de propagandista bolchevique. En las circunstancias actuales, el principal rumbo que debemos imprimir al trabajo ideológico es educar al pueblo en la lucha por el comunismo, y educarlo en la marcha, en el proceso mismo del trabajo. La propaganda partidaria debe realizarse con vistas a un objetivo determinado y revestir formas concretas; tiene que estimular a los trabajadores a que solucionen los candentes problemas económicos y políticos [...]

3. Considerando que, en las actuales condiciones, *la necesidad vital —no sólo de los comunistas, sino de todos los trabajadores— reside en la asimilación de las ideas marxistas-leninistas y en la comprensión profunda de la política partidaria y la lucha por su aplicación*, es necesario ampliar el marco del trabajo propagandístico y dotarlo de mayor envergadura para poder llegar a toda la gente soviética sin excepción [...]

El CC del PCUS subraya el importante papel que desempeñan los sindicatos obreros, el komsomol, los organismos sociales de masas y las organizaciones que agrupan a los intelectuales en la tarea de la educación comunista de la gente soviética. Y únicamente cuando el trabajo ideológico-educativo ocupe el sitio central en la actividad de las organizaciones sindicales, komsomoles y otras instituciones sociales; y tomen parte activa en él las enormes fuerzas de nuestra sociedad, podrá este trabajo adquirir una vasta envergadura y llegar con su influencia a cada hombre soviético.

4. El CC del PCUS llama la atención de los comités y otros organismos partidarios sobre la necesidad de efectuar la propaganda en forma diferenciada, es decir, que tome en cuenta las particularidades de oficio, edad, grado de instrucción, nacionalidad y otras características de las diferentes capas de la población.

Es necesario prestar especial atención, cuando se realiza la propaganda entre los *obreros y koljosiános*, a la educación de una actitud conciente, comunista, con respecto al trabajo y la propiedad socialistas, al desarrollo de un espíritu colectivista, de ayuda mutua, de amistad y respeto recíprocos, a la labor de inculcar normas comunistas de conducta en la vida cotidiana, al espíritu de innovación así como a la intolerancia por el conservadurismo y las supervivencias del pasado.

Hay que orientar la propaganda *entre los intelectuales* hacia el desarrollo de los estímulos morales que llevan al trabajo por el bien de la humanidad, señalando la importancia primordial que tienen la educación ideológica y política de los trabajadores intelectuales y su

incorporación a un activo trabajo educativo entre las masas. Es preciso tener en cuenta que precisamente una elevada instrucción ideológica comunista y el vínculo indisoluble con la práctica de la construcción del comunismo y con la vida del pueblo, son las cosas que permiten a los intelectuales manifestar con la mayor plenitud su papel en la sociedad soviética.

El trabajo ideológico-educativo *entre la juventud* debe ayudarla a comprender correctamente los fenómenos sociales, y a que los principios de la moral comunista se conviertan en profundas convicciones personales; debe infundirles intolerancia frente a las manifestaciones ideológicas burguesas, el apoliticismo y la rutina.

Hay que elevar el nivel de trabajo del komsomol, concentrando la atención en la instrucción política y la ampliación del horizonte de los conocimientos generales, técnicos y culturales de los adolescentes de ambos sexos. Debemos educar en éstos el sentimiento de patriotismo soviético, el respeto por el trabajo, el cuidado por los bienes sociales y la capacidad de advertir el enorme sentido histórico de su actividad cotidiana. Debemos educar una nueva generación plena de ánimo, valerosa, intrépida e incommoviblemente segura del triunfo final del comunismo.

La propaganda de la ideología comunista entre la juventud tiene que revestir un carácter variado e interesante en sus formas y métodos: ser viva, plástica y popular. En su fundamento, debemos colocar el estudio de los problemas más importantes de la teoría marxista-leninista, como también de la historia heroica de nuestro partido y nuestro país; debemos educar a la juventud en las tradiciones combativas del pasado, en la realidad heroica del presente y en los ejemplos de la lucha abnegada del pueblo soviético por la victoria del comunismo.

El trabajo de propaganda *entre las mujeres* debe orientarse a elevar sus demandas e intereses ideológicos, a incorporarlas —en particular a las amas de casa— a la activa vida político-social, a la lucha contra los prejuicios religiosos y contra los resabios pequeñoburgueses. La educación ideológica de la mujer debe ocupar un puesto descollante en todas las formas de la propaganda oral e impresa. Es necesario llevar a cabo, con mayor frecuencia y en más alto nivel, conferencias, y otras actividades para mujeres, teniendo en cuenta la profesión y el género de ocupación de éstas. Es imprescindible combatir cualquier actitud feudal con respecto a la mujer.

En el trascurso del trabajo de propaganda, los organismos y comités partidarios deben considerar estrictamente las *particularidades*

*nacionales* de los diferentes sectores de nuestra población, orientándose principalmente hacia la educación internacionalista de los trabajadores, el continuo afianzamiento de la amistad entre los pueblos y la firme aproximación y polifacético enriquecimiento recíproco de las nacionalidades socialistas. Es indispensable librar una lucha implacable contra las manifestaciones de nacionalismo burgués, las tendencias a idealizar o disminuir las contradicciones sociales del pasado, la tergiversación de la genuina historia de las nacionalidades y de sus relaciones mutuas con los otros pueblos de la URSS, y las manifestaciones de aislamiento o exclusivismo nacionales.

*Pravda*, 10 de enero de 1960.

## INDICE

<i>De los recopiladores</i> .....	7
INTRODUCCION: PROBLEMAS DE ETICA EN LA CONCEPCION MARXISTA-LENINISTA DEL MUNDO .....	9
I. EL MARXISMO Y LAS DOCTRINAS ÉTICAS DEL PASADO .....	85
TEORÍA ÉTICO-FILOSÓFICA DEL HEDONISMO .....	85
LA ÉTICA DE EPICURO Y LUCRECIO .....	86
LA IDEOLOGÍA DEL MEDIEVO .....	88
LA ÉTICA DE LOS MATERIALISTAS FRANCESES .....	91
LA ÉTICA DE KANT .....	97
LA ÉTICA DE HEGEL .....	103
LA ÉTICA DE FEUERBACH .....	106
LA ÉTICA DE BENTHAM .....	115
LA ÉTICA DE CHERNISHEVSKI .....	117
II. INTERPRETACIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA Y DE LA MORAL .....	123
RELACIONES ECONÓMICAS Y MORAL .....	123
ORIGEN DEL CONCEPTO DE LA JUSTICIA .....	136
ORIGEN DEL CONCEPTO DEL BIEN .....	144
RELIGIÓN Y MORAL .....	154
TIPOS HISTÓRICOS DE MORAL. CLASES Y MORAL .....	167
LAS COSTUMBRES BURGUESAS Y LA MORAL BURGUESA ..	175
NACIMIENTO DE LA MORAL PROLETARIA .....	182
III. LA LIBERTAD, LA NECESIDAD Y EL IDEAL MORAL .....	199
DETERMINISMO Y MORAL .....	199
EL IDEAL MORAL .....	207
LA LUCHA POR EL COMUNISMO, EL CRITERIO DE LA MORAL COMUNISTA .....	212
APRECIACIÓN DE LA MORAL .....	229
EL PAPEL DE LA CONCIENCIA DE LA JUSTICIA .....	233